IRVING WALLACE



EL TODOPODEROSO

¿Hasta dónde es capaz de llegar un hombre obsesionado con el poder?

grijalbo pocket

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Sylvia con amor y gratitud.

Todos los personajes de esta obra son ficticios,
y cualquier semejanza con personas, vivas o muertas,
es mera coincidencia. George Washington fue un terrorista.
Calificar a un hombre de terrorista es un término honorífico

Un miembro de la Banda Baader Meinhof.

Contempló el interior del ataúd abierto y lo que más le sorprendió fue que su padre pareciera tan pequeño. A Edward, el viejo siempre le había parecido un gigante. Ahora, rígido entre el almohadillado de satén, parecía pequeño, y Edward comprendió que ello se debía a que el aire de la vida lo había abandonado. Ezra J. Armstead, el más poderoso y autocrático señor de la prensa en los tiempos modernos, había estado siempre pletórico de vida, con una avasalladora fuerza energética. Ahora, era pequeño y estaba inmóvil. Por lo demás, todo estaba en orden, aunque tal vez no las mejillas. Las mejillas de E. J. eran de un rojo poco natural. Los de la funeraria habían aplicado demasiado rojo, como de costumbre. Al volverse, alejándose del ataúd, otra sorpresa. Edward Armstead no experimentaba una sensación de pérdida. Y luego otra. Se sentía francamente bien. Casi alegre. Su vista recorrió las cascadas de flores que formaban un semicírculo colorido detrás del ataúd. Había una nota discordante. Sobre un caballete descansaba una vistosa bandera de los Estados Unidos, hecha con claveles rojos, blancos y azules. Procedía del personal del Record de Nueva York, Edward Armstead estaba seguro de ello. Uno de los empleados había oído hablar o había leído algo acerca de que una bandera floral de ese estilo había adornado el ataúd de William Randolph Hearst, en 1951, y decidió que E. J. merecía lo mismo. Edward Armstead se dijo que era de un mal gusto terrible, a tono con los periódicos de su padre. Frente a él, oyó que Hannah, su esposa, profería un quedo sollozo y sintió una punzada de remordimiento. Rápidamente se adelantó para ponerse a su lado y rodear su brazo con el suyo, en un gesto protector. El brazo de ella parecía tan delgado como una cerilla. Casi había olvidado cuan frágil y enfermiza era Hannah. Ella alzó sus húmedos ojos hacia Armstead y murmuro: —Roger.., ¿dónde está Roger?. Por un momento, Armstead parpadeó sin comprender, y entonces recordó algo que había olvidado por unos instantes. Roger era su hijo. Miró tras él y vio que Roger acababa de llegar junto al ataúd, procedente de la sala de los familiares, y que se quedaba a su lado, con una expresión de profundo pesar en su largo semblante. Como siempre, Armstead se sintió enojado con su hijo. O presa del desagrado. Tal vez como se había sentido su padre con él. Pero no, su disgusto era diferente. El chico —un hombre maduro, en realidad un hombre de treinta y seis años —era demasiado alto, de tez demasiado curtida, de aspecto demasiado saludable, al estilo rural, y poco creativo para ser su hijo o el nieto de su padre. Trabajaba para un activo grupo ecológico en Wisconsin y siempre estaba en los bosques o junto a algún lago o río. Armstead estaba seguro de que Roger no había leído un solo libro en varios años. Era incapaz de escribir algo, ni siquiera una carta. Venía a Nueva York una vez al año, en Navidad, y se mantenía en contacto enviando folletos. ¿De dónde diablos procedían sus genes? Probablemente, de algún pionero por parte de Hannah. Armstead llamó a su hijo.

—Roger, ocúpate de tu madre. A pesar de que Hannah podía andar por sus medios, permanecer de pie aunque sólo fuese por unos momentos le resultaba penoso. Armstead añadió: —Ayúdala a sentarse en su silla de ruedas. Armstead confió a Hannah a su retoño y echó a andar hacia la abierta puerta de la capilla, al otro lado de la cual se habían reunido los portadores del féretro. Recordó que no debía andar con excesiva viveza y que su apretón de manos debía ser flojo. Gravemente, estrechó las manos de los seis famosos —las manos del vicepresidente de los Estados Unidos, dos gobernadores, el alcalde, el jefe del Estado Mayor del Ejército, y la de un veterano astronauta y aceptó sus condolencias, dándoles las gracias. Por su cabeza discurrió la imagen del dibujo editorial que había adornado la primera página orlada de negro del Record neoyorquino de aquella mañana: un sutil dibujo de E. J. en el acto de trepar por las nubes hacia un Olimpo donde las borrosas imágenes de Dwight D. Eisenhower, Winston Churchill, Charles de Gaulle, Anuar el Sadat, Francisco Franco y John Wayne esperaban para darle la bienvenida. Armstead sintió un sobresalto al recordar que su padre había conocido a aquellas figuras distantes y nebulosas, había vivido hasta los ochenta y un años y tratado a todos los grandes de su tiempo, y que de hecho había sido considerado como uno de ellos. Armstead abandonó el panteón de los inmortales y avanzó hacia la cercana multitud de personajes y de fieles. Caminó hacia ellos con pasos pesados, esperando que su semblante romano expresara alguna semblanza de compunción contenida. Saludó con una

inclinación de cabeza a sus leales ayudantes, Harry Dietz y Bruce Harmston, y estrechó las manos de Ollie McAllister, el redactor jefe de su padre. Experimentó una breve sorpresa al encontrarse frente al gran rival de su padre, Paul Eldridge, propietario del New York Times, pero no una gran sorpresa puesto que Eldridge era miembro de la prestigiosa Ivy League y pertenecía al establishment del Este y éste era el gesto caballeroso que cabía esperar (aunque Armstead sospechaba que Eldridge probablemente sentía una cierta admiración por el menos mundano E. J., por el éxito que su padre se había forjado a pulso, por su audacia y su ímpetu). Eldridge apretó su mano con afecto y Armstead correspondió, recordando que eran hermanos en la fraternidad de la prensa. Armstead se dirigió hacia un grupo apiñado de mujeres con indumentaria severa —predominaban los trajes sastre—y reconoció a algunas de ellas como pertenecientes al periódico, y algunas como esposas de otros hombres. Saludó una y otra vez con la cabeza, y descubrió que estaba buscando a Kim Nesbit. Trató de encontrar a aquella mujer joven y cimbreante, de rubios cabellos y límpidos ojos verdes, pero pronto supo que no estaría allí. Sabía también que ella había sido siempre una de las razones que le habían enemistado con su padre. El trataba de creer que su enojo se debía al hecho de que su padre mantuviera a aquella mujer durante tantos años, cuando su madre vivía, el hecho de que Kim hubiera sido tan joven, mucho más joven que él mismo. Pero el resentimiento no había procedido de ninguna de estas razones, sino del hecho de que había envidiado a su padre y había sentido celos de él. Se alegró de que Kim no hubiera venido al entierro. Demostraba que tenía clase, y tal vez demostrara que, después de todo, no había tenido en gran estima a su padre. Terminada su infructuosa búsqueda de Kim Nesbit, Armstead advirtió que Horace Liddington se le aproximaba. Liddington media más de un metro ochenta, con los grises cabellos muy cortos, y elegante e impecablemente vestido con un traje oscuro con chaleco.

—Lo siento, Edward —dijo con voz sonora, tomando con una mano la de Armstead y apretándole el hombro con la otra.

—Bueno, tuvo una buena vida —repuso Armstead—. Supo aprovecharla.

—Sí, no cabe duda.

—Supongo que todos aceptaríamos lo mismo —añadió Armstead.

—Por supuesto —asintió Liddington. Carraspeó, como si le incomodaran aquellas frases hechas y ansiara pasar a otra cosa—. Oye, Edward, cuando dispongas de tiempo, cuando esto haya concluido, me gustaría verte. No quiero apremiarte; puede ser dentro de uno o dos días, pero hay un asunto que resolver.

—¿Un asunto? ¿Qué asunto?

—El testamento de tu padre. No va a exigirte mucho tiempo. Es un documento breve y en gran parte te concierne. Como sabes, era muy rico. Es importante mantener una continuidad en sus actividades. Bien, tan pronto como te sea posible. . Tal vez mañana, si te es posible, claro.

—¿Y hoy?

—¿Hoy? —Liddington se sobresaltó —. Pues claro. ¿Por qué no, si crees poder disponer de tiempo?

—Puedo disponer de tiempo. Creo que debo saber lo que hay en el testamento de mi padre.

—Así es. Debes saberlo. Yo iré directamente a mi despacho después del entierro —extrajo un reloj de oro del bolsillo de su chaleco—. Estaré allí a las dos.

—Yo iré inmediatamente después —dijo Armstead.

Al separarse Liddington de él para saludar a unos amigos de la familia, todo el impacto de su nueva situación golpeó a Armstead. La observación del abogado había sido bien clara: En gran parte te concierne. Una confirmación positiva de que el testamento de su padre le concernía principalmente a él. El no era meramente un hijo desconsolado. Era un heredero, el heredero de un imperio. El rey había muerto. El era ahora el rey, el nuevo monarca de todas

las posesiones de E. J. Los millones y millones de dólares, los diarios y las emisoras de televisión, el poder. Así había de ser. En realidad, no había nadie más que contara. Su madre había fallecido, senil, tres años antes. Estaba Roger, el nieto, y unos pocos parientes secundarios, pero el viejo había concedido muy poca atención a cualquiera de ellos. El era el único hijo de E. J., el único heredero.

El pensar en semejante poder le causó una momentánea sensación de aturdimiento, pero antes de que pudiera saborearla oyó que alguien pronunciaba su nombre: Edward. Oyó el graznido por segunda vez y supo que había de ser su esposa. Miró a su alrededor y vio a Hannah en la silla de ruedas, portátil, empujada hacia él por Roger. . ¡Dios mío —pensó, mientras esperaba—, ¡qué aspecto tan terrible tiene! Estaba acurrucada en la silla de ruedas, tan encogida y ajada como una momia egipcia, prematuramente arrugada su cara pintada en exceso. ¿Cómo había permitido que aquello le ocurriese a ella? Sólo tenía cincuenta y seis años, la misma edad que él, y sin embargo aparentaba casi el doble. La causa era haber cedido a todas aquellas dolencias, pasarse tanto tiempo en cama.

Ahora se encontraba junto a él y dijo:

—Edward, van a trasladar enseguida el féretro a la tumba. Deberíamos estar allí.

—Estaremos allí. Deja que llame al chofer —hizo un gesto a su musculoso hijo—. Roger, lleva a tu madre hasta la acera.

Quiso alejarse, pero la voz de Hannah le retuvo.

—Edward, tan pronto como termine la ceremonia será mejor que volvamos a casa. Ya oíste lo que dijeron. Puede haber más de cien personas que deseen venir a presentar su pésame. Deberíamos estar allí los dos para recibirlas.

—Estaremos allí —repitió él, con impaciencia—. Cuando termine el sepelio, tú y Roger os adelantaréis. Yo llegaré algo más tarde. Primero tengo que atender un asunto urgente.

—¿Un asunto? ¿En un día como hoy?

Tuvo ganas de decirle a aquella anciana: "El rey ha muerto, en un día como hoy, debe ser coronado nuevo rey", pero lo que le dijo fue:

—Es algo importante, muy importante. Estaré a tu lado.. –su voz se hizo más lejana— más tarde o más temprano. Hannah y Roger partieron en el Cadillac limousina y, poco después, el Rolls Royce Silver Cloud y el chofer que esperaban a Edward Armstead le llevaron desde el cementerio a Manhattan y lo dejaron ante la estructura de aluminio del Citicorp Building. Edward subió en el ascensor expreso hasta el piso veintiséis y se encaminó hacia las oficinas cuya puerta de entrada ostentaba, en letras doradas, el rótulo LIDDINGTON Y KRAUS, ABOGADOS.

Acompañado hasta el familiar despacho de Horace Liddington, disfrutó de un rápido arrebato de ilusión ante la perspectiva de la coronación. El asunto del muerto ya había quedado resuelto. Lo que ahora importaba era el asunto del vivo.

En el extremo más distante de la sala, Horace Liddington estaba enfrascado en un documento —probablemente el documento—y al entrar Armstead levantó la cabeza y se quitó las gafas.

—Ah, Edward, me alegro de que hayas venido enseguida —dijo Liddington, levantándose.

—No podía perdérmelo.

Armstead pisaba ya la alfombra Aubusson colocada ante el antiguo escritorio de nogal del abogado, cuando vio una bandeja de plata con botellas de brandy y coñac y copas, sobre el secretaire situado debajo de un espejo barroco con marco dorado. Bruscamente, se encaminó hacia este mueble.

—¿Te importa que tome un trago, Horace?

—Por favor, te lo ruego —respondió presuroso Liddington.

Armstead destapó una botella de coñac Remy—Martin medio llena, y la levantó.

—¿Quieres que te sirva?

—Gracias, Edward, pero no por el momento. Sin embargo, te ruego que.. tu te sirvas uno. Estoy seguro de que te sentará bien.

—Me sentará perfectamente —aseveró Armstead, vertiendo tres buenos dedos de coñac en la copa.

Inhaló el aroma y después bebió lentamente, caminando al mismo tiempo hacia el sillón francés de talla emplazado junto a la mesa de juego Luis XV.

Al acomodarse en el sillón, advirtió que Liddington le estaba mirando con expresión preocupada.

—Si te causo alguna inquietud, Horace.., no hay motivo para ello —dijo Armstead—. Estoy perfectamente.

Liddington meneó la cabeza y se sentó en su silla de nogal ante el escritorio.

—Sería comprensible que no estuvieras perfectamente. Perder un padre no es cosa de todos los días —se encogió de hombros—, pero ha llegado el momento, como ha de ocurrirnos a todos.

—Creí que no llegaría nunca —dijo Armstead.

Liddington alzó la vista, sorprendido, y Armstead sonrió.

—¿Te he escandalizado? —preguntó—. Hacía mucho tiempo que esperaba, Horace. Tengo cincuenta y seis años. Creí que nunca tendría la oportunidad para meter mano. Pero ahora me toca a mí. Al menos, pienso que así debe ser —tomó otro sorbo de coñac y dejó la copa sobre la mesa—. ¿Me toca a mí, Horace?

—Oh, si.., sí, claro. Tú eras su único heredero real. El no pensaba en grandes obras de beneficencia.

—Pues bien, adelante con ello. Dale carácter oficial, Horace.

Liddington estaba algo trastornado e hizo un esfuerzo para recuperar el aplomo. Acercó hacia sí el documento que había sobre la mesa y necesitó unos momentos para adoptar la debida expresión.

—¿Quieres que te lea el testamento, Edward? Es un testamento breve —se apresuró a añadir—. He oído decir que el de Hearst tenía ciento veinticinco folios. El de E. J. sólo tiene treinta y siete. Relativamente corto para unos bienes tan complejos. Si quieres, te lo leo.

—¿Quieres decir con toda formalidad, como en esas películas donde los parientes se reúnen en un cuarto para oír la última voluntad del abuelo? —preguntó Armstead con una sonrisa.

—Bueno..

—dijo Liddington, confuso.

—Cuéntame sólo lo esencial —sugirió Armstead, incorporándose en su sillón—. Ya leeré todo el testamento cuando disponga, de más tiempo. Puedes mandarme una copia. Ahora, sólo lo esencial. ¿Lo he heredado todo? ¿La mayor parte, quizás?

—Te ha dejado el grueso de sus bienes. Ha dispuesto un fideicomiso para su nieto (tu hijo, Roger) y ha puesto una de sus siete fincas, el chateau cerca de St—Paul—de—Vence, a nombre de Hannah.. de la señora Armstead. De sus acciones, él era propietario de la mitad del paquete, y te lo ha pasado a ti. Hannah, desde luego, siempre tuvo la otra mitad..

Con un gesto, Armstead pareció prescindir de su esposa.

—Hannah no representa ningún problema.

—Muy bien. Las otras seis fincas las heredas tú. Hay algunas mandas (principalmente pequeñas participaciones en las revistas y el sindicato) para unos cuantos veteranos que trabajaron durante años con él. Tal vez una docena más para varios parientes lejanos.

—¿Y el resto para mí? Los ranchos..

—Prácticamente, casi todo será tuyo, Edward. Las minas en Utah y Nevada. Los pozos de petróleo en Oklahoma y Texas. La cadena de supermercados. La finca de Nueva York. Los buques mercantes. Las obras de arte, excepto unas pocas que legó al Metropolitan Museum.

—¿Y Kim? —preguntó Armstead, presa de súbita curiosidad—. ¿Qué dice de Kim? Kim Nesbit.

Liddington pareció titubear.

—¿Qué quieres saber de ella?

—¿Figura en el testamento?

—No.., no exactamente —contestó el abogado, todavía vacilante.

—¿Qué significa esto?

—Bien, ya sabes que el testamento es un documento público. Puede ser leído por cualquiera una vez homologado. Yo no.. no creo que Ezra quisiera fomentar especulaciones acerca de su relación con la señorita Nesbit.

-¡Especulaciones! —masculló Armstead—. -¡El viejo hipócrita! Todo el mundo sabe que la mantuvo desde el primer día. Ha debido dejarle algo.

—Yo no he dicho que no le haya dejado nada —puntualizó Liddington—. Simplemente he dicho que ella no figura en el testamento. La señorita Nesbit fue atendida en este aspecto un año antes de la muerte de él, cuando comenzó su última enfermedad.

—¿Y qué le dio? —quiso saber Armstead.

Liddington se mostró reticente en su réplica.

—No sé si sería correcto que yo hablase de esto, Edward. Existe un carácter confidencial en una relación entre..

—Lo sé, lo sé —le interrumpió Armstead, que terminó su coñac, se levantó para sacar un cigarro del humidificador que había sobre la mesa de nogal, y mordió el extremo del puro—. Sólo me preguntaba cómo se portó finalmente con Kim. ¿La dejó de patitas en la calle?

—Oh, no, no..

—¿Le permitió conservar su condominio?

—Se lo cedió hace años. Y le cedió una pensión en metálico. Un arreglo muy generoso. A ella nunca le faltará nada.

—Comprendo.

—Armstead acercó un encendedor a su cigarro y lanzó una bocanada de humo—. Y ahora hablemos otra vez de mí, Horace. ¿Cuánto me ha dejado a mí?

—Ya te dije que el grueso de su fortuna. Como unos tres cuartos de ella.

—Sólo entiendo los números, Horace. ¿Cuánto?

—Yo diría que.. por un valor de más de mil millones de dólares. Armstead volvió a sentarse y, tras un breve silencio, preguntó plácidamente:

—Horace, ¿dónde está la trampa?

—¿Qué trampa?

—El truco, el problema. No irás a decirme que el viejo se fue al otro mundo y me lo dejó todo a mí sin intentar pincharme de algún modo, ejercer alguna influencia sobre mi después de desaparecido él, crearme alguna que otra dificultad..

—Bueno… —por unos momentos Liddington titubeó—. Como te he dicho, te ha dejado la mayor parte de su fortuna.

—¿Limpia? —insistió Armstead—. ¿Sin condiciones ni peros? —tuvo entonces una súbita intuición. . Añadió—: ¡El periódico! ¿Incluye la herencia el periódico?

—Los periódicos —le corrigió Liddington—. Como sabes, ya había liquidado la mayoría de ellos. Pero todavía quedan cinco.

—A mi sólo me interesa uno —replicó secansente Armstead—. El Record de Nueva York, su diario enseña. Los demás son periodicuchos, pero el Record puede ser importante.

—Contempló fijamente el rostro del abogado y detectó una leve expresión evasiva—. Me ha dejado el Record, verdad?

—Sí, claro —dijo Liddington, y hojeó las páginas del testamento—. Sí, ahora iba a hablarte de esto.

—¿Y qué hay que hablar? —inquirió Armstead, impaciente—. Es lo único suyo que a mí me importa. Ese diario le hizo famoso, hasta que dejó de prestarle atención. Yo me he criado con ese diario. Sé lo que debe hacerse con él. Y ahora es mío, ¿no es así?

—Bueno, si y no —respondió Liddington, que siguió volviendo las páginas del testamento hasta encontrar lo que buscaba y releerlo para sí—. Con respecto al Record de Nueva York.., hay una cláusula restrictiva.. ¿Qué clase de cláusula?.

—Te deja a ti el periódico, pero hay una condición restrictiva.

—¿Qué condición?

—Es.. es una cláusula muy curiosa. Recuerdo cuando él la insertó. Yo no entendí su razonamiento, pero hice lo que me dijo y la incluí.

—¿Me explicarás de una vez qué dice esa maldita cláusula?

—El Record de Nueva York pasa a tus manos, desde luego. Pero condicionalmente, por un año de prueba. En algún momento de ese año debes superar la circulación diaria del New York Times. Si lo consigues, aunque sea por una sola vez, el periódico es tuyo, permanentemente. Si fallas, el periódico debe ser vendido, obligatoriamente, a Paul Eldridge, del New York Times. Eldridge había hecho una oferta a tu padre unos meses antes de su muerte. Pero, claro, esta cláusula es inoperante si..

—¡El hijo de mala madre! —estalló Armstead, con el rostro lívido—. ¡Ya sabía yo que resultaba demasiado bonito para ser verdad! Forzosamente tenía que haber una trampa. Sabia que E. J. había de apuñalarme por algún lado. El sabía lo que ese diario significa para mi. Y sabía que, desde 1954, ni una sola vez ha superado la circulación del Times. Puso una condición imposible. No quería mostrarse como el hijo de perra que era en realidad. Quería enseñar a todo el mundo que era el buen padre que me dejaba a mi lo que yo más quería, pero asegurándose de que yo lo perdería. Quería mostrar a todo el mundo lo que siempre creyó: que yo soy un incompetente, indigno de..

—Espera un momento. Cálmate, Edward —le interrumpió Liddington, tratando de aplacarlo—. Aunque perdieses el diario, obtendrías el dinero de su venta. Podrías fundar otro periódico en Nueva York.

—Tú no lo entiendes —replicó Armstead, airado—. tú no lo conocías como yo. A partir de cierto punto, nunca se preocupó por el dinero, como tampoco me preocupa a mi. Lo que le preocupaba era su periódico. Le había hecho.. le había hecho famoso internacionalmente. Yo me crié con él. Y yo quería el Record por encima de todas las cosas. Tenerlo me ofrecía la oportunidad de ponerme a prueba, de demostrarme que yo valía. Pero él no quería que tuviera el diario. No quería que yo tuviera esta oportunidad.

—Edward, es posible que te estés mostrando un tanto irrazonable. Te repito que podrías fundar tu propio periódico..

—Hoy en día no se puede iniciar un diario. Un diario ha de estar aquí. Es como una persona; tiene corazón y alma. Es un amigo, parte de la familia y la vida de cada lector. El Record forma parte de la vida cotidiana de cientos de miles de personas de aquí, y yo hubiera podido impulsarlo, hacer algo más de él, volverlo a sus momentos de mayor gloria.., pero no, él no podía consentirlo.

—Todavía puedes hacerlo, Edward —dijo Liddington—. El periódico es enteramente tuyo por un ano.

—¡Un año! —repitió Armstead con amargura—. Me ha concedido un año para hacer lo que él fue incapaz de hacer en varias décadas. Sabía que es imposible. ¡El hijo de puta!

El abogado hizo un nuevo esfuerzo para hacerle entrar en razón.

—Edward, él debía de tenerte en muy buen concepto. Te lo ha dejado casi todo. Te ha dejado las emisoras de televisión, incluso esa tan grande que hay aquí. en Nueva York. Todo el mundo ve la televisión.

—¡A la mierda la televisión! —exclamó Armstead—. ¡Un libro de estampas para analfabetos y retrasados mentales! Dos o tres minutos para cada tema. Sin dar tiempo para profundizar, para comprender, para absorber y reflexionar. Lo único que es tratado con esmero son los anuncios. ¿Y me dejó la televisión?

—Y mil millones de dólares.

Armstead aplastó su cigarro en un cenicero de peltre, se levantó y dijo con el mismo tono amargo y meneando la cabeza:

—Me dejó un montón de mierda.. Tú no puedes comprenderlo —miró más allá del abogado—. ¿Hay algún teléfono desde el que pueda hacer una llamada en privado?

—Te acompañaré a la sala de conferencias, ahí al lado –contestó Liddington, levantándose—. No hay nadie en ella. ¿Puedo hacer que llamen y te pasen la línea?

—Es personal. Se trata de algo que quiero hacer yo mismo – había sacado una pequeña libreta de direcciones del bolsillo de su chaqueta—. Hay alguien a quien debo ver.

—No estaba muy seguro de que pudieras acudir hoy tal como convinimos —dijo el doctor Carl Scharf, cerrando la puerta del despacho y acompañando a Edward Armstead hacia la butaca tapizada de cuero marrón, agrietado y descolorido, situada delante de su propio y polvoriento sillón.

Generalmente, cuando se sentaba para comenzar una de sus tres sesiones semanales, Armstead hacia algún comentario derogatorio respecto a la butaca de cuero, que parecía procedente de la venta del mobiliario de segunda mano de un garaje. Nunca faltaba su comentario critico sobre el atiborrado y desaliñado despacho del doctor Scharf. En una ocasión, incluso se había ofrecido para alquilar y pagar una suite más cómoda y moderna, en un barrio mejor, para su psicoanalista, pero el doctor Scharf rehusó cortésmente. Armstead sospechó entonces que el psiquiatra conservaba su Agujero Negro de Calcuta porque era el polo opuesto de la elegancia. Tener la sede en un edificio destartalado y peligrosamente vetusto de la calle Treinta y seis de Broadway, y recibir allí a pacientes famosos y acaudalados, demostraba un cierto individualismo no exento de excentricidad, así como desdén por las fachadas que nunca dejaban de impresionar a los más neuróticos.

Hacia tiempo que Armstead se había resignado al lamentable atuendo del doctor Scharf. Desde luego, el psicoanalista no tenía tipo de Beau Brummel, y al parecer había decidido muy pronto en su vida atenerse a lo que buenamente poseía. El doctor Scharf era un hombre bajo y obeso, con una calva redonda circundada por un halo de ralos cabellos, y una cara carnosa y también redonda. Un borrón para el Instituto Psicoanalítico de Nueva York —Armstead estaba seguro de ello—, pues era un analista poco propenso a escuchar. Pero era perspicaz, amable y brillante. Durante años había tratado de conseguir que Armstead rompiera con su padre, que intentara navegar por sus propios medios, pero esto había sido pedir demasiado. Esa tarde, como siempre, llevaba una raída y maltrecha chaqueta deportiva de tweed, un suéter de cuello vuelto y unos pantalones sin planchar.

Al dejarse caer en la butaca, Armstead apenas lo advirtió. Tampoco se fijó en el maltrecho despacho y en su vergonzante mobiliario. Armstead estaba ciego de rabia.

Mientras Armstead incubaba su ira, el analista distribuyó unos números atrasados del Journal of the American Psychoanalytical Association sobre la otomana, frente a su sillón.

Seguidamente, se arrellanó más cómodamente en su bajo asiento, colocó los pies sobre las revistas, aplicó una cerilla a su apestosa pipa de brezo, y repitió:

No creí que vinieras hoy.

—No pensaba hacerlo. Pero acabo de enterarme de su testamento y me he cabreado tanto que forzosamente tenía que ver a alguien.., aunque fuese a ti.

Plácidamente, el doctor Scharf siguió chupando su pipa.

—Edward, ¿has asistido al entierro, verdad?

Sólo para asegurarme que estaba bien muerto.

El doctor Scharf asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—Esto me recuerda la historia del viejo Harry Cohn. Ya sabes que Harry Cohn estaba al frente del Columbia Studio..

¡Por el amor de Dios, Carl, sé perfectamente quién era!

—Cuando murió, se congregó una gran multitud para el entierro. Al ver tanta gente, alguien dijo: "Basta darle a la gente lo que quiere, y hacen acto de presencia". Creo que es así.

—Es así —afirmó Armstead.

—Y te convenciste de que había muerto.

—Estaba tan seguro como se puede estar. Estoy seguro de ello.

¿Y todavía no te sientes libre?

¿Cómo voy a sentirme libre? No quiere dejarme en paz. Deberías oír lo que puso en el testamento, el mal nacido.

—Está bien, Edward, ¿qué puso en el testamento que te haya trastornado tanto?

—Me lo ha dejado todo, excepto lo que yo quería.

—Cuéntame.

Armstead se sumió en el relato de su visita a Horace Liddington, el contenido del testamento y la cláusula condicional referente al Record de Nueva York. Cuando terminó, estaba casi asmático de la indignación. Miró al doctor Scharf, esperando su comentario. Eres un hombre rico —dijo el doctor Scharf—. Te ha convertido en un hombre rico. Pudo haber sido peor. Pudo haberlo dejado todo al Ejército de Salvación.

—Vamos, Carl, tú sabes lo que todo esto quiere decir.

—Claro que lo sé —repuso amablemente el doctor Scharf—. Sólo trato de darte un poco de objetividad en tu situación.

—Siempre me miró con desprecio, nunca me respetó —dijo Armstead—. Ni una sola vez me demostró confianza.

—A los grandes hombres que se han hecho a sí mismos, y que lo tienen todo, les cuesta mucho considerar como iguales a sus insignificantes hijos, y confiar en ellos.

—No quiero repetirme —dijo Armstead—, pero esta última voluntad suya es ya el colmo. No pudo resistir, incluso después de enterrado, hacerme saber lo que pensaba de mí. Yo quise ser un periodista, un director de periódico, desde un buen principio, tal como lo era él, pero nunca pudo encontrar un lugar para mí. Cuando todavía era un muchacho, me proporcionó un empleo de lo más servil en el Record, cuando era el periódico en cabeza, y yo me sentí contento y orgulloso, y adoraba mi trabajo. Pero en vez de hacerme ascender, me trasladó a otro sitio. Me envió a su diario sensacionalista de San Francisco, y después a aquel periodicucho que tenía en Denver. Después a Chicago, lo que ya estuvo mejor, pero precisamente cuando ya creía estar lanzado, me trajo de nuevo aquí, a Nueva York. ¿Me dio un puesto de responsabilidad? No. Confió en otros. A mi me nombró encargado de Proyectos Especiales. ¿Y qué era eso? Nunca pude averiguarlo. Cada vez que yo presentaba una nueva idea (y en los últimos años el Record necesitaba nuevas ideas), él la ignoraba. Cuando le protesté.., ya sabes que me rebelé y le protesté..

—Sí, así fue —asintió el doctor Scharf.

—..no conseguí nada. Siempre me daba tareas secundarias. Me tenía continuamente aprendiendo el negocio; eso es lo que me decía cuando yo protestaba. "Has de conocer el negocio, Edwards, me decía..," pero, válgame Dios, tengo ya cincuenta y seis años y todavía me tenía de aprendiz. Cuando murió, nunca me había sentido tan excitado y tan contento. ¡Por fin tendría el diario! Por fin podría demostrar lo que soy. Y después, hace apenas una hora, he oído su testamento, y la cláusula según la cual, a menos que yo pueda mejorar el periódico que él destruyó por su negligencia, a menos que logre hacer lo imposible, no podré conservar el diario. Será vendido. Lo perderé para siempre. Este fue su mensaje de despedida para mí.

El doctor Scharf trató de hablar, pero Armstead no se lo permitió. Seguía hirviendo de rabia. No podía cesar de verter su emponzoñado pasado. Recordó el acierto con el que había empezado a actuar en el periódico de Chicago, hasta que, cuando adquiría ya su propia identidad, su padre volvió a llamarle a Nueva York. Tuvo entonces la certeza de que se trataba de un ascenso y una recompensa, de que su padre había reconocido al fin su valía, pero lo que hizo su padre fue negarle toda promoción, relegarle a una oficina interior con un par de ayudantes, e ignorarlo.

—Fue entonces cuando acudí a ti, Carl. Estaba desesperado. Necesitaba ayuda.

—Sí.

—Ya sabes que sentía por mí verdadero desprecio.

—Bueno..

—Así era. Todos veían cómo me trataba, y ellos me trataban con el mismo menosprecio. En todos y cada uno de sus periódicos, los directores me trataban como a un necio, un pariente al que era preciso soportar. Sólo en Chicago, hubo una o dos personas.., bueno sobre todo una, el redactor en jefe, Hugh Weston, el veterano que el año pasado fue nombrado secretario de prensa del presidente.. El me tenía un cierto respeto, sabía que yo era inteligente y creativo, y trató de darme una oportunidad.., pero entonces E. J. me llamó otra vez a Nueva York y me degradó, y también sus jefes de redacción de aquí me trataron como a un hijo retrasado mental.

Ruidosamente, el doctor Scharf vació de ceniza la cazoleta de su pipa, la volvió a llenar de tabaco y la encendió. A través del humo, miró a Armstead y dijo:

—Edward, ahora eres el propietario del periódico.

—Por un año —replicó airadamente Armstead.

Aunque sea por un año. Esos jefes son ahora tus redactores. Puedes demostrar quién es el que manda.

—¿Te refieres a librarme de ellos?

—A partir de cero, debes formar un equipo de incondicionales. ¿Hay algunos periodistas leales en los que puedas confiar?

—Harry Dietz, sin duda. Ya me has oído hablar de él. Y Bruce.., Bruce Harmston. Estuvieron conmigo en Chicago. También estuvieron en Proyectos Especiales conmigo, aquí en Nueva York. Ellos creen en mi. Harían cualquier cosa por mí.

—Pues entonces llévalos a la cima contigo, y haz algo por el periódico. Si, tú siempre decías que el periódico era lo más importante entre todo lo que deseabas de tu padre.

—De hecho, yo siempre te he dicho que mi padre sólo tenía dos cosas que yo había deseado siempre: el periódico., y Kim.., Kim Nesbit.

—Pues bien, ahora ya tienes el periódico.

—Y Kim.., bueno, claro, ella es la querida de mi padre..

—Tu padre ha muerto, Edward.

A través del humo, Armstead miró, parpadeante, al doctor Scharf. Luego guardó un prolongado silencio, hasta que finalmente dijo:

—Creo que tienes razón. El ha muerto. Se necesita algún tiempo para hacerse a esta idea —hizo una pausa—. ¿Y qué sabes de Kim? ¿Ya no viene nunca a verte?

Lo que Armstead había recordado era que cinco años antes, en una de las raras ocasiones en que la había visto, Kim Nesbit había advertido el estado de depresión que le dominaba. Ella le había hablado con amabilidad, casi como una aliada momentánea contra su padre, y había admitido que éste la había inducido a ir a ver a un psicoanalista. Así había conocido a un buen hombre, a un hombre maravilloso, el doctor Carl Scharf, y si alguna vez Edward necesitaba hablar con alguien, obraría con acierto si veía al doctor Scharf. Y así había acudido Armstead al doctor Scharf.

—¿Que si ya no veo a Kim Nesbit? —estaba diciendo el doctor Scharf—. No. Se perdió de mi vista. En realidad, creía que yo no podía ayudarla. Vino por aquí por última vez hará cosa de un año —el doctor Scharf buscó en su recuerdo—. No estaba en muy buena forma. La soledad puede resultar devastadora. Bebía demasiado. Yo esperaba verla de nuevo, pero no volvió.

—¿Qué aspecto tenía?

El doctor Scharf se frotó la nariz con la cazoleta de la pipa y replicó:

—¿Por qué me lo preguntas a mí? ¿Por qué no lo compruebas tú mismo?

Ella en persona abrió la puerta.

Armstead se quedó petrificado. Todo cuanto había imaginado y recreado en su fantasía durante tanto tiempo estaba ante él. Y ella era hermosa, de una hermosura absoluta, y dejó escapar un leve grito.

—¡Edward! ¡Qué sorpresa! Cuánto me alegra que hayas venido —le tendió los brazos y él buscó su abrazo y la besó en cada mejilla. El dulce olor de su piel se mezclaba con el del whisky—. Pasa, por favor, pasa —insistió ella, tomándole del brazo y llevándolo desde el recibidor hacia la vasta sala de estar.

Momentáneamente, la brillante luminosidad de la habitación le hizo sentirse aturdido. Sus ojos pasearon la mirada por los cojines multicolores de los sofás verde lima —un tresillo que rodeaba una mesa de café—, a través de la alfombra con dibujos, hasta el piano de cola de color crema. Cerca del piano había un lujoso televisor que ofrecía un serial, y junto a él un bar portátil.

Kim Nesbit volvía a encontrarse ante su vista. Trataba de poner en orden su blanco negligé de encaje, y se excusaba.

—Lamento que la sala esté tan desordenada, pero hoy es el día libre de la sirvienta.

Al cruzar la habitación en dirección al televisor, se tambaleó ligeramente; después caminó con deliberada precaución hasta el aparato y lo apagó, acercándose seguidamente al mueble bar.

—¿Te preparo una bebida, Edward?

—Si tú me acompañas, sí —contestó él, cortésmente.

—¡Ya lo creo que te acompañaré! —aseguró ella, levantando un vaso casi vacío—. Ya he comenzado hace rato —tocó una botella de whisky J&B, medio llena—. Yo tomo whisky. No recuerdo.. ¿qué bebes tú?

—Lo mismo.

—Ha pasado mucho tiempo, Edward —comentó ella, mientras llenaba los vasos.

—Once meses —dijo él.

Había ocurrido por casualidad. Su padre había planeado llevarla al teatro y a cenar para festejar el cumpleaños de ella, pero en el último instante se había visto obligado a ir en avión

a Los Ángeles. En vez de dejar que Kim pasara aquella velada sola, E. J. Había telefoneado a su hijo y le había pedido que la acompañara. Nerviosamente, Armstead había accedido.

Recordaba que la presencia de ella, aquella noche, le había hecho sentirse como un adolescente inseguro. Después de la función, mientras cenaban los dos en La Caravelle, él había guardado un silencio casi continuo, incapaz de apartar los ojos de ella, y con todo esforzándose por no mirarla. Vívidamente ahora, recordaba su mezcla de incomodidad y atracción que ella ejercía.. y recordó cómo había envidiado y odiado a su padre aquella noche, y cómo se había preguntado qué podía ver ella en el viejo.

Armstead había llegado a la conclusión de que no Podía amarlo. E. J. casi le triplicaba la edad y no tenía nada de guapo. Pero había sido un poder, una leyenda, y además rico.

Armstead se dirigió a un sofá y se sentó, una vez más incapaz de apartar los ojos de ella. Su negligé era vaporoso, transparente, y podía adivinar el perfil de uno de sus muslos, desnudo. Probablemente, por estar sola, no llevaba nada más debajo. Armstead la estudió mientras ella estaba junto al bar portátil. Había en ella algo que resultaba maravillosamente licencioso, la manera de caer sobre un ojo sus largos cabellos rubios, la manera de mover un hombro casi desnudo, el contorno de aquel muslo carnoso.

Reafirmaba lo que él había sentido la última vez que la vio. Había conservado su belleza, de ello no cabía duda, su belleza apenas agostada, más madura y provocativa. Era bastante alta, con un cuerpo elástico de curvas firmes pero rotundas en el pecho y las caderas, y unas piernas largas y esbeltas. Su padre era un bastardo con suerte.. había sido un bastardo con suerte. Había sido.

Trató de calcular la edad de Kim. Ella cantaba y bailaba en una mediocre revista musical de Broadway —una revista que no podía durar más que unas pocas semanas—cuando su padre se fijó en ella y empezó a merodear entre bastidores. Cuando se suspendieron las funciones, su padre empezó a verla con más frecuencia, y finalmente la instaló en un pequeño pero lujoso apartamento cerca de Carnegie Hall. Esto fue hacia dieciocho años. Kim tenía entonces veintiún años, su padre sesenta y tres, y él treinta y ocho. Ella ahora tenía treinta y nueve y él cincuenta y seis, y su padre.. ya no estaba. Ella era joven, mucho más joven que él, pero él era mucho más joven que su padre.

Ella se encontraba ahora delante de él y le ofrecía su whisky con agua.

—Ahí lo tienes.

Aceptó la copa, tomó un sorbo distraídamente, la miró y le pregunto:

—¿Estuviste en el entierro? No te vi.

—Pensé que él no hubiera querido que fuese —apuró de un trago parte de su bebida—. ¿Cómo fue, Edward?

—Deja que te lo cuente a mí manera..

Recordó la irreverente historia del doctor Scharf sobre el entierro de Harry Cohn, y se la volvió a contar a Kim, terminando con el comentario: "Dale a la gente lo que quiere, y harán acto de presencia". No sonrió, ni ella tampoco, y bebió antes de decir.

—Mi padre era un mal nacido. ¿Te ofende que lo diga?

—En absoluto —contestó ella, con una sacudida del hombro desnudo—. Nunca fue muy amable contigo.

Se sentó en el sofá, a poca distancia de Armstead, se arrellanó contra los cojines de la esquina y colocó las piernas sobre el sofá, levantando las rodillas y asegurándose apresuradamente de que la parte inferior de su negligé estuviera cerrada.

Armstead mantenía la mirada fija en ella.

—¿Fue amable contigo?

Ella guardó silencio por unos instantes, mientras bebía un largo trago y después contemplaba el vaso que sostenía su mano.

—¿Si fue amable conmigo? No lo sé. Si, supongo que si, al principio. Yo no era más que una cría larguirucha, y él se mostraba amable. Después, durante unos cuantos años, se mostró.. bueno, atento conmigo.

Armstead trató de recordar aquellos primeros años. Su madre, Sadie, había sufrido su primer ataque de apoplejía y estaba parcialmente paralizada. Su padre había dedicado cada vez más tiempo al trabajo, en realidad a Kim, dispuesto a hacer de ella una estrella de Broadway. Su padre había financiado cinco comedias musicales para lanzarla al estrellato. Cuatro habían sido retiradas al cabo de una semana, y una cubrió, cojeante, una temporada de variedades. Kim no se convirtió en estrella, pero sí en objeto de curiosidad y habladurías.

Fue después del segundo ataque sufrido por su madre, más devastador todavía —recordaba Armstead—, cuando su padre compró para Kim aquel nuevo condominio en Sutton Place. Adquirió para ella toda la planta baja, remodelando dos grandes apartamentos en uno solo, inmenso. También le compró un sinfín de vestidos, pieles, brillantes, coches. Su padre se había mostrado muy celoso con ella, consciente como era de la edad de él y la juventud de ella, y rara vez había permitido que saliera sola, cosa que, al parecer, no había representado ningún problema mientras él la viera con regularidad. Sólo después de muerta Sadie Armstead, E. J. había accedido a que Kim le acompañara en público, pero de forma gradual. A medida que su padre envejecía y se cansaba con mayor rapidez, y al dedicarse cada vez con mayor intensidad a la búsqueda de honores, no sólo había descuidado su periódico número uno, sino también a Kim. Finalmente, por lo que Armstead había podido saber, su padre comenzó a verla sólo de manera ocasional, y en cuanto a Kim —sospechaba Armstead—, temiendo salir por su cuenta, separada desde hacia largo tiempo de amistades de su misma edad, había llevado cada vez más la vida de una reclusa. Una reclusa y, según el suponía, una bebedora empedernida, acaso una alcohólica.

Observó cómo terminaba su whisky y le dijo:

—Kim, ¿cuándo viste por última vez a mi padre?

Ella reflexionó unos instantes.

—Hará unos seis meses, tal vez siete u ocho. Pero en los últimos años no solía venir muy a menudo por aquí.

—¿No le viste durante tanto tiempo?

—En absoluto. Telefoneaba una vez por semana, mas o menos —apuró las últimas gotas de su vaso. Luego inquirió con voz un tanto pastosa—: ¿Más preguntas?

—Si —dijo Armstead tras unos momentos de vacilación—. ¿Cuándo durmió contigo por última vez?

Ella trató de enfocar su mirada en Armstead.

—¿Te refieres a la última vez que se acostó conmigo, Edward? No sé.., hace muchísimo tiempo. Tal vez seis o siete años. Y no fue muy agradable. De hecho, nunca fue muy agradable. Ezra no se mostraba muy interesado en eso —frunció el ceño—. No debería decir esas cosas sobre tu padre.

—¿Qué vida sexual has tenido?

—Oh, no se necesita hacer gran cosa cuando una bebe. A veces me masturbaba.

—Eso no resultaba muy divertido.

Ella alargó el brazo para dejar su vaso y se incorporó para levantarse.

—Nunca te oí sugerir nada mejor —repuso.

Su negligé se había abierto por encima de la cintura y él pudo ver el blanco montículo de un pecho.

Seguidamente se levantó y él notó la pulsación entre sus piernas. Clavó la mirada en la ondulante silueta que se erguía ante él.

—¿Y qué piensas hacer ahora? Eres joven y hermosa.

—Lo que voy a hacer es prepararme otro trago —respondió ella, pero sin moverse—. ¿Crees que soy hermosa? ¿No estarás simplemente mostrándote amable por ser hoy el día que es?

El se levantó con rapidez.

—Lo que te estoy diciendo es que te deseo, Kim. Te deseo. Siempre te he deseado.

El rostro de ella era inexpresivo. Osciló levemente, pero no se movió. El la tenía entre sus brazos y la apretaba con fuerza. La besó en la boca, y después oprimió su cuerpo contra el suyo hasta que ella pudo notar su erección.

No sin dificultad, Kim echó atrás la cabeza y dijo con voz entrecortada:

—Edward, ¿sabes lo que estás haciendo?

—Lo que siempre he deseado hacer desde que te conocí.

—Si —suspiró ella.

Lentamente, sus brazos se enroscaron alrededor de él y sus bocas se encontraron.

Al estrecharse su abrazo, sus besos se hicieron más apremiantes y una mano de él trató de abrir el negligé. Sus dedos tocaron la carne desnuda y tantearon hasta llegar al denso y suave vello púbico.

Ella empezó a gemir junto a su oído, mientras su mano trataba de acariciarle.

—Yo.. yo siempre te deseé —murmuró.

El la levantó en sus brazos, y cruzando un pasillo hasta llegar al dormitorio principal, iluminado por una sola lámpara de pie, la depositó sobre el mullido cobertor rosa y blanco que cubría la cama. Después se quitó la chaqueta, la corbata y la camisa, y se desnudó completamente. Pudo verse en el espejo de cuerpo entero, y sus ojos azul pálido retuvieron su imagen de sus cincuenta y seis años. Casi un metro ochenta, corpulento pero no gordo, recio y fuerte, sin manchas ni apenas arrugas. En el espejo pudo ver a Kim detrás de él, al borde de la cama, desprendiéndose de su blanco negligé. Pudo ver lo joven que era, la piel impecable color de melocotón, los pechos rotundos y erguidos con unos pezones grandes y endurecidos, su abdomen, el largo triángulo de suave vello púbico.

Su mirada volvió a su propio reflejo. Dio media vuelta. Kim yacía ahora de espalda, y le miraba fascinada mientras él se aproximaba a ella.

—¿Tanto es lo que sientes por mi? —preguntó a media voz.

—Más que nunca —llegó junto a la cama—. Hazme sitio.

Ella se apartó con un movimiento lateral y él se tendió a su lado. Acarició sus pechos y se incorporó hasta arrodillarse. Kim se cubrió los ojos con un brazo, pasó la lengua por sus labios resecos, alzó sus rodillas y las separó.

El se situó sobre ella, entre sus carnosos muslos, y la penetró muy lenta y profundamente. Aquella entrada le resultó deliciosa y, al moverse hacia adelante y atrás, se excitó hasta un punto insostenible. Pensó entonces que podía acabar en el acto y frenó sus movimientos, luchando contra la sensación hasta que la oleada pasó, y entonces adoptó un ritmo firme e incesante, con unas penetraciones directas y recias.

A los pocos minutos, las caderas de ella empezaron a alzarse y descender con él y a descubrir movimientos circulares que se aceleraron e intensificaron, y Kim comenzó a gemir. El estaba preparado, y de pronto los dedos de ella se clavaron en sus hombros e indicaron que también ella lo estaba. Kim abrió los ojos e inicio su orgasmo, y entonces él se movió sin tino, notó que el sudor bañaba su frente y acabó a su vez.

Ella quedó exhausta debajo de él, y Armstead se apartó para echarse a su lado.

—¿Has acabado? —preguntó.

—Sí, ya lo creo.

El descansó la cabeza entre sus pechos mientras los dedos de ella jugueteaban con sus enmarañados cabellos. Pasado un rato, Armstead se tendió boca arriba y pensó que Kim, tan accesible, tan amorosa y acogedora, resultaba una amante increíble. De pronto notó un movimiento involuntario entre sus piernas. Esto no le ocurría desde su juventud, pero se dijo que todavía era joven..

Su mano buscó los pechos de ella y los acarició, frotando sus grandes pezones y sintiéndolos crecer bajo las puntas de sus dedos. Kim se dio la vuelta hasta colocarse de lado, notó la creciente erección de él y la acompañó hasta que su mano se llenó y sólo pudo contener parte de ella.

Entonces lo atrajo hacia ella, levantó las rodillas y se abrió de nuevo para él. Ya sobre ella, Armstead la penetró de nuevo sin el menor obstáculo, procediendo como si la hubiese conocido de toda la vida y como si aquello fuese una danza que ambos hubieran bailado siempre a la perfección.

Esta vez fue todavía mejor. El cuerpo de él estaba cubierto de sudor y la piel de ella resbalaba al contacto con la suya, cuando Kim se abandonó en una prolongada erupción; segundos más tarde, también él la acompañó.

Consiguió apartarse de ella y ambos quedaron echados el uno junto al otro, como muertos. Hubo un momento en que ella susurró, medio adormecida:

—¿Verdad que nunca mas volverás a dejarme sola?

—Nunca —aseguró él, acariciándole la mejilla.

Permaneció echado largo tiempo, descansando y dejando que vagara su mente. Hoy había dicho a su analista que en su vida sólo le habían sido denegadas dos cosas que siempre había querido. Una había sido el periódico; la otra, Kim. Ahora había poseído a Kim, le pertenecía. Sólo quedaba el periódico, pero de momento era suyo. Mañana por la mañana entraría en el despacho del propietario, quitaría las fotografías de la pared y eliminaría cuanto hubiera sobre la maciza mesa escritorio de roble. Seria solamente suyo. Y ahora, por vez primera, revitalizado por su conquista de Kim, pensó confiadamente en que todo era posible y que el periódico podía ser suyo para siempre. Había dicho a Scharf que seria capaz de matar para conservar el diario.

Satisfecho, saltó de la cama y se dirigió hacia la silla adonde estaban sus ropas. Buscó y encontró su reloj. Era media tarde. Si se retrasaba un poco más, se libraría de las visitas, los pésames, y de Hannah. Telefonearía a Harry Dietz y a Bruce Harmston y les diría que trajeran comida al despacho de dirección del Record. Cenarían juntos para celebrarlo, y planificarían su nueva dirección y su victoria definitiva sobre el rey que había muerto.

Mientras se vestía, su mirada se posó en la cama. La respiración de Kim era poco profunda, pero estaba dormida.

Se acercó a la cama y, mientras contemplaba aquel maravilloso cuerpo desnudo, un pensamiento cruzó por su mente.

El y Kim habían hecho el amor, pero uno de ellos había acabado con su padre. Inmediatamente después de aterrizar en el National Airport de Washington, D. C., procedente de Chicago, en aquella soleada mañana, Victoria Weston había tomado un taxi para dirigirse a la casa de su padre, un edificio colonial de dos plantas de piedra arenisca rojiza, ubicado en Prospect Street, Georgetown. Hugh, su padre, había vuelto a casa para almorzar y la estaba esperando.

Después de que Selma, su ama de llaves negra, la hubiera saludado con un beso, recogido su maletín y su bolsa de viaje y llamado a su padre, Hugh Weston apareció casi de inmediato. Victoria se arrojó en sus brazos. Lo quería y no le había visto en los últimos meses.

Cuando finalmente la soltó, él la examinó detenidamente y dijo:

—Por lo que parece, tienes un aspecto inmejorable. Tal vez no te vinieran del todo mal unos kilos más..

—Peso cincuenta y cuatro y voy a mantenerme así hasta que encuentre un hombre.

—¿Qué tonterías estás diciendo? Que yo recuerde, siempre has tenido docenas de hombres siguiendo tus pasos.

—Me refiero al hombre adecuado.

—¿Cuántos años tienes? Veinticuatro.

—Veinticinco, camino de los veintiséis. Casi treinta.

—Veinticinco, eso es. Perdona. A los sesenta, uno tiende a perderse con eso de los años, tanto los de los demás como los propios.

Volvió a contemplarla. Su hija era una muchacha alta y esbelta con una rubia cabellera suelta, unos ojos luminosos, una nariz un tanto descarada y una amplia sonrisa, vivaracha y alegre, y estaba particularmente encantadora con su suéter color albaricoque pálido, la blusa rojiza y las sandalias de cuero trenzado a mano.

—Lo siento, Victoria —añadió—. No me causas ninguna preocupación. Habrá muchos hombres adecuados —le tomó la mano y la llevó a la sala de estar—. No sé cómo explicarte la alegría que me diste al ganar el Chicago Hildy Johnson Award, esa gran copa del periodismo. Te felicito una vez más.

—Gracias, papá.

—Leí aquellos recortes al menos tres veces. Tu reportaje fue una campanada tremenda. Imagínate a todas aquellas mujeres casadas, presuntamente respetables, trabajando a horas para una madame de Lakeview Avenue. ¿Qué les indujo a hacerlo? Seguramente, no necesitaban dinero.

—Necesitaban emociones. Se aburrían.

—Bueno, merecías el Hildy Award. ¿Estuvo contenta tu madre?

—Tengo la impresión de que le avergonzó que su querida hija pudiera escribir públicamente sobre estas cosas.

Hugh Weston no se mostró sorprendido.

—Si, no me extraña en ella —miró de nuevo a su hija—. ¿Cómo está tu madre?

A los treinta años, la esposa de Hugh Weston se había sentido desdichada en su papel de cónyuge de un periodista. Su única hija, Victoria, había sido el fruto de numerosos esfuerzos para mantener en pie su matrimonio. Al final, fueron inútiles. Hacía seis años, disfrutaron de un divorcio pacifico y menos de dos años después ella se casó con un próspero hombre de negocios y ahora vivía opulentamente en Evanston, Illinois.

¿Mamá? —dijo la joven—. Ahora es como si fuese la viuda de un conservero de carnes, pero éste se da mejor vida que tú. Regresa a casa mucho antes del amanecer. Mamá es mamú, y por esto me fui a Chicago y me monté mi propio apartamento apenas pude hacerlo. Todavía nos hablamos. La veo como una vez cada dos semanas. Oye, ¿y tú qué, papá? ¿Cómo te va el nuevo empleo?

Un año antes, Hugh Weston había sido nombrado secretario de prensa del presidente de los Estados Unidos, Thomas Callaway. Había dejado su puesto de director en el Journal de Chicago y se había trasladado a la Casa Blanca y a su propia casa en Georgetown.

Victoria le señaló con el dedo.

—Lo había imaginado. Llevas puestos unos shorts de tenis. ¿Vas a decirme que encuentras tiempo pana jugar al tenis? Ya sé que lo hacías cuando yo era niña, pero..

Hugh Weston alzó una mano para acallaría.

—Victoria, a este presidente le gusta jugar al tenis los domingos. Y le gusta jugar conmigo porque puede ganarme —se acercó a las ventanas de dos hojas, junto a las que había

una raqueta apoyada en la pared—. Debo hacerte una confesión. Me gusta tanto el tenis que me uní a dos vecinos de la manzana en la compra de una pista. Soy propietario de una tercera parte de ella y la uso cuando puedo. Hasta las tres no tengo que regresar a la Casa Blanca, de modo que voy a usarla ahora. ¿Quieres ver el partido?.

—Gracias, papá. Voy a ducharme y a arreglarme un poco. Después prepararé el almuerzo. ¿Qué te apetece?

—La tortilla especial de queso, Victoria. Tal vez una ensalada ligera para empezar.

—La tendrás.

Su padre se dispuso a salir, pero de pronto se volvió en redondo.

—Oye, ¿y qué estás haciendo tú aquí en un día laborable? Yo creía que eras una chica que trabajaba de firme.

—Y lo era. Dejé el periódico el viernes pasado, papá. He venido porque quiero hablan contigo sobre ello.

—De acuerdo —asintió él—. Prepárame esa tortilla y hablaremos. Volveré en una hora.

Después de marcharse su padre, Victoria Weston subió al dormitorio de huéspedes, donde ya la esperaban su maleta y su bolsa, y sacó su equipaje. Después se desnudó, tomó una breve ducha y se puso una camisa a cuadros rojos y blancos y unos tejanos descoloridos. Bajó a la cocina, dijo a Selma que fuese a ver su serial favorito y empezó a preparar el almuerzo.

Una hora y media más tarde, Victoria y Hugh Weston comían gustosamente en el soleado comedor pequeño contiguo a la cocina. Durante la ensalada, él había hecho comentarios sobre su partido de tenis y los demás jugadores. Después, apartando la fuente de ensalada de patata y mientras su hija le servia una generosa porción de tortilla de queso, dijo:

—Está bien, Vicky, has dejado el Citizen y has venido aquí a hablar. Dime de qué quieres hablar. Te escucho.

—De mi futuro —contestó Victoria, sentándose frente a su padre. Probó la tortilla, hizo un gesto de aprobación y levantó la vista—. Quiero hablar de mi futuro, de mi futuro inmediato, de mañana mismo.

—Adelante.

—Papá, pasé todo un año en aquel semanario de Chicago, después de dejar la Northwestenn University. A continuación, trabajé dos años en aquel diario suburbano, pero aquello no me llevaba a ninguna parte. Yo era la mejor articulista del diario. En realidad, demasiado buena para él. Reinaba la monotonía y las historias que podían redactarse eran todas iguales. Yo necesitaba algo más. Necesitaba un acicate, y por esto me marché. De este modo, sabia que había de encontrar algo mejor.

—Hizo una pausa en espera de que su padre dijera algo, y cuando él guardó silencio, añadió—: Bien, tal vez haya algo más en ello.

—¿Quieres contármelo?

—Una parte es profesional y la otra es personal. Empecemos por lo profesional. Allí me ocupaba de la "guía de la mujer" y esa rutina me cansaba. Ya sabes que yo siempre había querido ocuparme de las noticias. Creí que todo mi trabajo en aquel reportaje me ayudaría, especialmente después de ganar el premio. Pero no fue así; mi director no quiso ascenderme. Probablemente se había formado con el Lady's Book de Godey. El lugar de la mujer está en las recetas y en la sección de cartas de enamorados. Me enfurecí de veras.

—Lo comprendo. ¿Y la parte personal?

Victoria titubeó.

—Una breve relación. El estaba casado y prometió separarse. No lo hizo.

—¿Te dolió mucho?

—Sólo momentáneamente —reconsideró el episodio y añadió—: En realidad, no. Estoy segura de que así fue mucho mejor. Como te dije antes, todavía ando buscando el Hombre Adecuado.

—Y, como yo te dije antes, lo encontraras.

—Sea como fuere, quería un cambio. Y por encima de todo, quería largarme de aquel periodicucho suburbano. Papá —agregó con toda seriedad—, sé que estoy preparada para acometer alguna gran empresa.

—Estoy seguro de que así es. Es posible que hayas obrado con la mayor sensatez —hizo una pausa—. Iba a sugerirte que me permitieras proponerte una prueba en mi viejo diario de Chicago. Pero dices que deseas un cambio..

—Gracias, papá, pero no. Se trata de algo más que un cambio. Hubo allí un Weston, y nunca podrá ser superado. Mis pies no son lo bastante grandes para llenar tus zapatos.

—Creo que estás exagerando un poco.

—Lo que me gustaría en realidad seria dejar Chicago. Me agradaría probar en la cumbre.

—¿En Nueva York?

—Sí, en Nueva York —asintió Victoria.

Weston terminó su tortilla y reflexionó mientras se secaba la boca con la servilleta.

—Allí hay mucha gente en todas partes, Vicky. ¿No te parecería mejor un pequeño rodeo, tal vez hacia arriba? El cuerpo de redacción de una revista o una editorial, o incluso la televisión.. Yo tengo algunos contactos.

Victoria se apoyó en la mesa.

—Papá, yo quiero hacer lo que has hecho tú: periodismo de noticias. Siempre he envidiado tu vida, aquellas emociones, el ajetreo, el vivir al día..

—El dinero tan escaso —agregó Weston, con una sonrisa irónica.

—¡Al diablo con el dinero! Viviré en una sola habitación en un gueto, comeré una manzana al día, me remendaré los pantalones.. con tal de despertar sin esperar la hora de comenzar el trabajo, y de acostarme deseando volver al trabajo. Quiero ser Nellie Bly. Quiero ser Annie Laurie. Quiero ser Dorothy Kilgallen.

Hugh Weston se arrellanó en su silla y dijo:

—Bueno..

—Bueno, ¿qué? —inquirió Victoria vivamente.

—Nueva York —dijo su padre—. Una ciudad muy dura. Déjame pensar.

Se levantó, buscó su chandal de tenis, lo encontró, extrajo de él una vieja pipa, la bolsa de tabaco y el encendedor, y después se sentó otra vez frente a su hija, fumando. Ella le miraba atentamente, esperando.

—Estoy revisando mis contactos en Nueva York —explicó Weston—, y he tenido una idea. Se me ha ocurrido pensar en Ezra J. Armstead. ¿Te acuerdas de él?

—E. J. Armstead. Le llamaban el Gigante. Tú trabajaste para él en su periódico de Chicago. Ha muerto esta semana, ¿verdad?

—Si, ha muerto. Y esto significa que el Record de Nueva York pasará probablemente a manos de su hijo, Edward Armstead (que yo sepa, Edward era su único heredero), y Edward y yo estuvimos muy unidos en Chicago.

—Le recuerdo perfectamente, papá. A veces venía a cenar con nosotros. Tú le tratabas casi como a un hijo.

—Un buen hombre, no mucho más joven que yo, pero en cierto modo no tenía padre y a menudo recurría a mi. Éramos muy amigos. Hace tiempo que no lo veo, pero creo que todavía me aprecia. Tal vez pueda llamarle. Acaso haya suerte..

Victoria se estrechó las manos.

—¡Papá, esto seria perfecto! El Record de Nueva York..

—Un momento, un momento..

—Weston se levantó—. Hay unas cuantas condiciones en el camino: que Edward Armstead haya heredado el periódico, que esté buscando nuevo personal, que te quiera tener en cuenta.. Bien, vamos a verlo.

Weston entró en la sala de estar donde había un teléfono en el escritorio de persiana que se había traído desde su oficina de Chicago. Mientras Victoria, muy nerviosa, retiraba los platos del almuerzo, Weston llamó a informaciones y obtuvo el número del Record de Nueva York. Lo marcó y esperó.

—¿Record? Deseo hablar con el señor Edward Armstead. Dígale que le llama Hugh Weston desde Washington.. De acuerdo, espero.

Weston vio que Victoria había aparecido en la sala de estar, quitándose su delantal, también a la espera.

Hubo unos chasquidos en el teléfono y Weston se puso inmediatamente alerta, con el auricular apretado contra la oreja.

—Sí, soy Hugh Weston —dijo, y pasó a la escucha—. . -¡Harry, Harry Dietz! ¡Dios mío, cuánto me alegra oír de nuevo tu voz! Sí, yo estoy bien, muy bien.. Sí, bastante jaleo en la Casa Blanca, pero a mí me gusta. Sólo quería hablar un momento con Edward para saber cómo le va.. ¿Qué? ¿Que está aquí? ¿Y quiere hablar conmigo? ¡Magnífico! Pásamelo.

Hugh Weston vio la tensión retratada en la cara de su hija y le dirigió un guiño. Después volvió a hablar por teléfono.

—Hola, Edward. ¿Cómo estás..? Me alegro. Aparte de esto, acepta mi pésame. El viejo tuvo larga vida, y además buena, y tú has esperado mucho tiempo.. Edward, comprendo perfectamente tu estado de ánimo. Supongo que te habrás hecho cargo de todo, y del Record..

—escuchó un rato—. Bien, bien, muy bien. Y en el momento preciso. El periódico necesita una transfusión. Harás un trabajo espléndido, Edward, nadie puede saberlo tan bien como yo.. Bueno, gracias, Edward, muy amable por tu parte y yo te lo agradezco, pero yo me he apartado para siempre del negocio de los diarios. Quería retirarme, ¿y qué mejor lugar que la Casa Blanca? —se echó a reír y seguidamente adoptó una expresión seria—. En realidad, no sólo te he llamado para desearte buena suerte, sino también para preguntarte si piensas formarte tu propio equipo —mantuvo pegado el auricular a su oído, escuchando atentamente—. Bien, eso encaja con algo de lo que yo quería hablarte. Has tenido la amabilidad de interesarte por el viejo Weston, pero de hecho puedes conseguir un nuevo Weston, tan bueno como el otro, sí no mejor.

—¡Oh, papá! —exclamó Victoria—. ¡No hagas esto! Su padre le hizo gestos con la mano para que se callase y siguió hablando por el teléfono.

—Te lo explicaré, Edward. Tú recuerdas a Vicky, mi hija.., pues bien, ahora es toda una mujer y una periodista de tomo y lomo. Ha trabajado tres años en la zona de Chicago, dos de ellos en un importante diario suburbano, y conoce bien el oficio. Ha decidido buscarse un trabajo que sea todavía más exigente. Ayer dejó su empleo de Chicago, y esta mañana ha venido a verme para pedirme consejo. Yo he pensado en ti, y me pregunto si dispondrías de tiempo para verla, si querrías..

—guardó silencio, escuchó y sonrió complacido ante el teléfono—. Esto es estupendo, Edward, estupendo. No te decepcionará. ¿Cómo..? Es Victoria, Victoria Weston.. muy bien, perfecto. Y buena suerte, Edward, la mejor suerte. La mereces. Avísame la próxima vez que vengas a Washington. Tomaremos unas cervezas mano a mano.. Está bien. Se lo diré a Victoria. Colgó el teléfono y se volvió, radiante, hacia Victoria.

—Armstead está buscando gente —le dijo—. Está dispuesto a darte una oportunidad. Mañana a las dos te espera en el Record de Nueva York. En la esquina de Park Avenue con la

calle 46, la mole gris fea del Armstead Building se erguía con sus dieciséis pisos empequeñecidos por los edificios más altos que lo rodeaban. El corazón de la estructura, el órgano que inyectaba actividad en todas las demás plantas, era el sexto piso. En su mayor parte, abarcaba la sala de redacción, con una sección reservada para la suite del director y que incluía su despacho, la oficina para su secretaria personal y la recepcionista, una sala de conferencias y de medios electrónicos, dos despachos para el director de publicidad y su ayudante, y unos cubículos más pequeños, acristalados, para el director administrativo y su ayudante.

Al tercer día del entierro de E. J. Armstead, el heredero temporal de esta suite y del edificio había realizado pocos cambios de personal. Edward Armstead había jubilado con una pensión generosa a la secretaria de su padre, una mujer de edad avanzada, y la había sustituido por su propia secretaria, Estelle Rivkin, una mujer de unos treinta años, elegante y dinámica, de oscuro cabello muy corto y gafas de montura de concha, que durante cinco años le había servido devotamente en Proyectos Especiales. Había traspasado al director publicitario y su ayudante a su antigua oficina de Proyectos Especiales, y ascendido a Harry Dietz y Bruce Harmston desde el cuarto piso para instalarlos en las oficinas de publicidad contiguas. De momento, había dejado que el director ejecutivo de Redacción, Ollie McAllister, y su ayudante permanecieran en sus cubículos de cristal.

Ahora, a principios de la tercera tarde después del entierro, Edward Armstead, tras haber dado buena cuenta del contenido de su bandeja de almuerzo (tomate y lechuga sobre pan blanco, unos encurtidos, una ensalada de espinacas y una bebida de dieta, pues había decidido ponerse a régimen para ofrecer una presencia más atractiva ante Kim Nesbit), llamó a su secretaria personal y le pidió que retirase la bandeja de cartón. Mientras Estelle retiraba los vacíos platos y el vaso de papel, Armstead cogió un mondadientes y empezó a utilizarlo mientras inspeccionaba el espacioso despacho.

—Empieza a tener buen aspecto, señor Armstead —dijo Estelle desde la puerta.

Armstead asintió con la cabeza.

—Sí, creo que hemos conseguido remodelarlo.

Tras retirarse su secretaria, Armstead volvió a examinar el vasto despacho. En mangas de camisa, situado detrás del formidable escritorio de roble, se sintió complacido de su inspección. Empezaba a tener el debido aspecto, su despacho, que ya no era el de E. J. En su mayor parte, los recuerdos de su padre habían sido erradicados. Para empezar, los adornos murales. Durante los dos últimos días, él, Estelle y su ordenanza del periódico habían retirado todas las fotos favoritas de su padre, así como los pergaminos honoríficos y los cuadros franceses. Del papel mural de lino irlandés habían desaparecido los retratos de E. J. el hombre que se autodenominaba El Gigante, con cinco presidentes de los Estados Unidos, con monarcas extranjeros, con ases del béisbol, y con estrellas del cine y de la televisión. Sólo se había respetado una fotografía, un retrato de la madre de Edward Armstead junto a su hijo cuando éste tenía catorce años.

Puesto que las fotos de Armstead junto a celebridades y sus títulos o premios enmarcados eran penosamente escasos, había llenado los espacios vacíos con fotos artísticas por Julia Cameron, Stieglitz y Steichen, y sustituido los Matisse, Picasso y Cézanne de su padre por sus primitivos yugoslavos favoritos —Generalic, Rabuzin y Lackovic, una vistosa colección de naifs adquirida en el curso de varias visitas a Hiebine, Zagreb y Belgrado.

Armstead dejó que su mirada siguiera recorriendo la habitación. Los helechos a cada lado de las puertas correderas que cerraban el balcón sobre Park Avenue, eran plantas nuevas, como nuevo era también el moderno televisor con pantalla gigante ante la chimenea. . Unas sillas de esterilla ocupaban, ante el escritorio de roble, el lugar de las pomposas butacas de cuero de su padre. La superficie del escritorio, que su padre siempre mantenía despejado, la había llenado Armstead, rebeldemente, de recuerdos y chucherías: miniaturas de marfil procedentes de Tokio, figuras militares adquiridas en Paris, varios pequeños trofeos de golf en

Librodot

bronce de St. Andrews, y una moneda antigua de Masada en un fino estuche forrado de terciopelo.

De los grandes muebles, sólo el escritorio de roble, hecho por encargo de su padre, conservaba su lugar. En un tiempo había sido mágico y Armstead no tenía ganas de vérselas con la magia.

Efectuada su inspección, Armstead miró su calendario de sobremesa y de pronto sintió el afán de impulsar las cosas. El testamento de su padre le había vuelto extremadamente sensible respecto al discurrir del tiempo. Tomó su teléfono—ordenador, color marfil, pulsó un botón y seguidamente el código intercomunicador del teléfono privado de Harry Dietz.

—Harry, estoy a punto para la reunión. Ven con Bruce.

—Enseguida, jefe. Lo tenemos todo preparado.

Unos minutos más tarde aparecieron Harry Dietz y Bruce Harmston, el primero cargado con varias carpetas, y Armstead señaló a sus lugartenientes las sillas de esterilla frente a su mesa. Armstead se sentía a sus anchas con ellos, las únicas personas de las que él dependía, aparte su secretaria. Desde luego, la confianza que tenía depositada en Dietz no reconocía límites.

Dietz era el más alto de los dos, con cabellos color de arena, una tez blanquecina y unos modales suaves, amables. Harmston tenía la cara redonda, pronunciadas entradas en el cabello, nariz bulbosa y una buena papada. Ni uno ni otro eran tan creativos como Armstead, pero eran perfectos en lo que se refería a leer sus pensamientos, e incluso cómo iban a acabar sus frases. Eran agresivos, audaces y pletóricos de energía, y ambos habían odiado a E. J. Estos eran los confidentes, los leales de Armstead desde Chicago, y a partir de ahora serían debidamente recompensados.

—Lo primero es lo primero —dijo Armstead a Dietz—. ¿Has verificado la circulación diaria del New York Times?

Dietz buscó una zona despejada en el escritorio, depositó en ella sus carpetas y abrió la que estaba colocada encima de las demás.

—Según la Oficina de Auditoria de la Prensa, la última cifra de circulación del Times, que tiene cuatro meses, es de ochocientos setenta y tres mil doscientos cincuenta y cinco ejemplares. Esto incluye suscripciones y kioscos.

—¿Y cu l es nuestra última cifra de circulación diaria para el Record?

—Aproximadamente quinientos treinta y tres mil.

Armstead frunció el ceño.

—Entonces tendremos que captar a trescientos cincuenta mil lectores para aventajar al New York Times.

—Me temo que así es, jefe —repuso Dietz.

—¡El hijo de mala madre! Tanto Dietz como Harmston sabían que se refería a su padre, y ambos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

Armstead se acomodó en su sillón basculante y se aflojó la corbata.

—Bien, si queremos conservar este diario será mejor que nos pongamos a trabajar. ¿Tenéis las listas de la plantilla y los programas de reorganización?

—Aquí —contestó Dietz, dando una palmada a las carpetas.

—De acuerdo, después les echaré un vistazo. Vamos a comenzar por vosotros dos. He estado pensando al respecto. Uno y otro sólo responderéis ante mí. Aparte de las instrucciones de carácter general, todo lo que yo os diga será considerado como estrictamente confidencial. Harry, esta es una tarea más importante, mucho más importante que la de Proyectos Especiales, y por tanto tu trabajo aumentará considerablemente. Como siempre, tú serás el que desarrolle y ponga en práctica mis ideas. Tú, Bruce, tendrás doble carga de trabajo. No

sólo quiero que me sirvas como enlace con los doscientos empleados, sino también que actúes como mí encargado personal de relaciones públicas.

—O sea para usted, y no sólo para el periódico —quiso aclarar Harmston.

—Para mi. He llegado a esta posición como hijo del Gigante, como un heredero que ha tenido suerte, un pariente casi desconocido, una copia borrosa del legendario barón de la prensa. Quiero escalar a partir de esa imagen. Quiero ser yo mismo, un hombre conocido.

—¡Así me gusta! —exclamó Harmston con entusiasmo.

—Hiciste relaciones públicas en Chicago —agregó Armstead—, y por tanto dispones ya de experiencia en esta tarea. Procura que todo lo que yo haga tenga el debido eco. Y elabora un programa que llame la atención sobre mi y que a la vez me dé prestigio.

—Puedo hacerlo —aseguró Harmston.

—Para hacer cualquier cosa, debemos basarnos en el periódico —continuó Armstead—, y para seguir basándonos en el periódico debemos revitalizarlo. Para convertirnos en el Número Uno, hemos de dar al público lo que éste no pueda encontrar en ningún otro diario. ¿Cómo vamos a hacerlo? Consiguiendo exclusivas. Buscando reportajes. Teniendo lo que no tenga nadie más. Harry, tú y yo remodelaremos la plantilla, eliminaremos a las nulidades y contrataremos a unos cuantos profesionales jóvenes y brillantes. Bruce, quiero que resucites Proyectos Especiales. Averigua lo que puede ofrecer la plantilla actual. Habla con McAllister y Crutchfield. Y con ese reportero investigador que nos presentó últimamente aquel Proyecto Especial, aquella serie sobre el interior del terrorismo mundial, que mi viejo rechazó. ¿Quién era ese reportero?

—Nick Ramsey —dijo Harmston.

—Un tipo valioso. Sácale unas cuantas ideas para Proyectos Especiales. Después..

Sonó el interfono de Armstead y se oyó la voz de Estelle:

—Señor Armstead, hay una joven que asegura estar citada con usted para las dos. Es la señorita Victoria Weston. Yo no la tengo anotada en mi libro..

—La señorita.. ¿cómo?

—La señorita Victoria Weston. Al parecer, usted ha de entrevistarla para una plaza de reportera.

Por unos momentos, el rostro de Armstead reflejó la duda, pero en seguida surgió en él la identificación.

—Sí, ya recuerdo. Es la hija de Hugh Weston.., prometí recibirla. Dígale que espere un momento.

Al dejar Armstead el teléfono, Dietz preguntó:

—¿Quiere que la atienda yo?

—No, no, tengo que ocuparme yo mismo. ¿Recordáis cómo me trató Hugh en Chicago? Estoy en deuda con él —se levantó—. ¿Por qué no os reunís con McAllister y Crutchfield en la sala de conferencias? Haced algo creativo y original; yo vendré apenas acabe con esa chica. Armstead se sentó en el sofá de su despacho, hojeando el currículum y estudiando a la hija de Hugh Weston, sentada en el extremo opuesto del sofá.

Lo sorprendente era que había pensado en la hija de Hugh Weston como una chiquilla, y se encontraba ante una mujer, y por cierto muy mujer. Era una joven muy bella y de soberbias piernas, con un traje de mezclilla estilo Chanel y unos zapatos de color beige. Tenía unos ojos castaños arrebatadores y una sonrisa muy atractiva. Parecía reflejar una inocencia capaz de desarmar a cualquiera, pero quiso creer que era sólo aparente.

—Ya sabe que su padre y yo teníamos muy buena amistad —dijo Armstead—. Yo lo admiraba.

Librodot

—Y él siempre tuvo la mejor opinión de usted —replicó Victoria—. Todavía la tiene. Lamentó la muerte de su padre..

—titubeó por un instante—pero creyó que para usted podía ser un bien.

Armstead le agradeció su franqueza con una radiante sonrisa.

—Sí, Hugh sabe comprender las cosas. ¿No fue Freud quien dijo que un hijo no puede ser hombre hasta que muere su padre?

—Recuerdo haberlo leído.

—¿Y cómo está ahora su padre? ¿Le gusta su nuevo trabajo?

La joven arrugó la nariz y contestó:

—No estoy muy segura. En el fondo, él es un periodista de pies a cabeza. No le agrada verse colocado en una posición adversa frente a la prensa de Washington. El está al lado de los corresponsales de la Casa Blanca cuando ha de suministrarles su dosis diaria de informaciones.

—¡Pobre Hugh! —exclamó Armstead, echándose a reír—. Sin embargo, esto resulta excitante para él, ¿no cree?

—Oh, si, muchísimo.

—¿Y ahora usted quiere seguir sus pasos?

—Bien, ya sabe que los pasos de mi padre son muy largos..

—¿Pero está segura de querer ser periodista?

—Soy periodista, señor Armstead. Lo he sido, de día y de noche, durante más de tres años. Y verá en mi curriculum..

—Ah, sí, el currículum. Déjeme que lo vea —desdobló la hoja y la leyó atentamente. Después volvió a doblarla—. Es impresionante. Una sólida experiencia. Parece que se inclina usted por el reportaje—investigación. Puede ser un campo poco grato.

—Puedo ser una periodista a la caza de noticias. Soy persistente, resistente y aceptablemente tortuosa.

Y engañosamente inocente, decidió Armstead, y se sintió complacido.

—Mi modelo siempre ha sido Nellie Bly —continuó Victoria.

—Aquella mujercita que dio la vuelta al mundo en ochenta días, en.. ¿cuándo fue?

—En mil ochocientos ochenta y nueve. Y lo hizo en setenta y dos días para el New York World de Pulitzer. Partió en un buque llamado Augusta Victoria y.. Bueno, eso de Victoria siempre he pensado que era un buen augurio para mí.

—Y lo es —dijo Armstead sonriendo de nuevo, encantado ante el entusiasmo y la aparente ingenuidad de la joven—. A partir de este momento, tiene una plaza en el Record de Nueva York.

—¿De veras? —Victoria casi saltó de alegría en el sofá y sintió el impulso de darle un beso a Armstead, pero se dominó—. ¡Esto es magnífico! Le prometo que no se arrepentirá.

—No espero arrepentirme. Lo que espero de usted son grandes cosas —se levantó y ella se puso enseguida de pie y a su lado—. Nos será útil otro reportero investigador, especialmente una mujer. Los dos o tres que tenemos son hombres, y el mejor de ellos es Nick Ramsey.

—He leído sus trabajos. Es maravilloso.

—Cuando no está bebido —puntualizó Armstead—. Un poco de competencia por parte de usted puede resultarle una experiencia que le induzca a la sobriedad —acompañó a la joven a través de la habitación—. Empezará mañana, a las nueve en punto. Hable con la señora Crowe, nuestra directora de personal. Ella le hablará de su salario y estoy seguro de que lo encontrará satisfactorio; después la enviará a Ollie McAllister y éste le asignará una mesa. Ahora vamos a la sala contigua, para que conozca a Ollie y a su ayudante, y a otros dos de

mis ejecutivos. Quiero que vean a la primera persona que he contratado para el cuerpo de redacción del Record. Ya ve, por consiguiente, que tengo un interés muy personal en usted. Sin embargo, mañana nada de misiones periodísticas. Quiero que pase el día con Nick Ramsey. El le enseñará la casa y la familiarizará con todo.

—Junto a la entrada de la sala de conferencias, Armstead la detuvo y dijo:—Hay una cosa que me inspira curiosidad. ¿Llevaba pistola Nellie Bly?.

—Pues.., no lo sé —contestó Victoria, muy extrañada.

—Teniendo en cuenta la índole de su tarea, hubiera debido llevarla. Pregúnteselo a Nick Ramsey mañana; él lo sabrá. Es probable que él sí la lleve, y si va usted a ser una reportera investigadora probablemente tendrá que llevarla también. Para Victoria Weston, su excitación a la mañana siguiente sólo quedó mitigada por las formalidades de la iniciación en un nuevo empleo. Pasó largo tiempo con la señora Crowe repasando todo lo referente al salario y los seguros de enfermedad y asistencia social, y faltaban veinte minutos para las doce cuando llegó al despacho de Ollie McAllister, el director ejecutivo. Era un escocés alto y melancólico, de unos cincuenta años y pico. Al conocerle el día antes, Victoria tuvo el temor de no haberle caído simpática, hasta que advirtió que el ceño de McAllister era permanente y no representaba juicio alguno.

Cuando ella entró, estaba absorto en unos textos del teletipo y le indicó una silla con un ademán. Terminó su trabajo al cabo de un par de minutos y entonces preguntó:

—¿Todo resuelto, señorita Weston?

—Creo que si. Me han dicho que ahora se ocupará de mi Nick Ramsey. Ha de enseñarme la casa y creo que ha de familiarizarme con todo, aunque no sé lo que esto significa.

—Significa que le enseñará dónde están los lavabos y que le dirá que no debe usted malgastar su tiempo trabajando en un periódico —tomó el teléfono—. Voy a llamarlo.

McAllister gastó en vano un minuto tratando de localizar a Ramsey y, al darse por vencido, echó un vistazo al reloj de la pared y meneó la cabeza.

—Casi las doce menos cuarto. Debí suponer que estaría fuera. Siempre sale temprano en busca de su ración para tener la seguridad de que llegará al bar antes que la multitud de los que van a almorzar. Después suele recorrer otros varios abrevaderos, lo cual significa que no lo vera hasta las tres.

—¿No está cumpliendo ninguna misión? —preguntó Victoria, extrañada.

—De momento, no. Cuando trabaja, trabaja de firme. Cuando no trabaja, no hace absolutamente nada.

—¿Hay alguna cosa que yo pueda hacer hasta entonces, señor McAllister?

—Almorzar. Es la hora del almuerzo; por lo tanto, almuerce. Después, si le queda algún tiempo.. Es la primera vez que viene a Nueva York, ¿verdad, Victoria? Pues en este caso no va a faltarle actividad.

—En realidad —dijo Victoria—, he estado hablando esta noche con unos amigos, y uno de ellos sabia de un apartamento que acaba de quedar disponible. Podría ir a verlo.

—Véalo —aconsejó McAllister—. No tiene que volver hasta las tres.

Victoria se puso en pie.

—Me dijeron que me asignarían una mesa.

—Si, desde luego —asintió McAllister.

Acompañó a Victoria hasta la puerta de su despacho, la abrió y contempló la espaciosa sala de redacción. Había mesas en cantidad incalculable, la mitad de ellas ocupadas.

—Nunca había visto tantas mesas —comentó Victoria, notando que volvía a apoderarse de ella la excitación.

—Doscientas —explicó McAllister—, y la sala tiene más de media hectárea. ¿Ve esta fila a la izquierda? —dijo recorriéndola con la mirada—. La décima hacia el fondo. No puede equivocarse; es la única mesa limpia en el local. Es la sección metropolitana. Es donde probablemente la haremos empezar y donde podrá soltar el áncora por un tiempo. Y ahora vaya a almorzar, Victoria.

Con la sensación de ya pertenecer al lugar, agarró la correa de su bolso colgado del hombro y caminó a lo largo de la fila más cercana de mesas, arrostrando bravamente las miradas y sonrisas de los jóvenes reporteros, hasta que llegó a su mesa. Era un mueble metálico de color marrón, sobre el que había un teléfono, unos cuantos listines telefónicos, una bandeja de papeles con un compartimiento de "Entradas" y otro de "Salidas", y un procesador de palabras en un soporte junto a ella.

Satisfecha de sí misma por haber encontrado su lugar, se sintió dispuesta a salir en busca del almuerzo, el apartamento y el escurridizo Nick Ramsey.

Victoria volvió a su mesa del Record a las dos y media, con la esperanza de que Nick Ramsey hubiera regresado temprano, pero todavía no había hecho acto de presencia.

Había aprovechado al máximo su tiempo para el almuerzo. Tras despachar rápidamente una hamburguesa, buscó un taxi y fue a la calle Setenta y tres, donde una antigua compañera de estudios la esperaba para enseñarle el apartamento libre. Consistía en una pequeña sala de estar con un sofá—cama y una cocinilla; los muebles eran de estilo moderno y todo acababa de ser limpiado a fondo. Rápidamente, Victoria firmó un contrato de alquiler y pagó un depósito a la casera.

Ahora, todavía sin recuperar el aliento del todo, desde su mesa buscó a Nick Ramsey en la vasta sala de redacción, sin tener la menor idea de cuál era su aspecto, pero sabiendo al menos que él acabaría por encontrarla a ella. Más tranquilizada, rellenó una hoja de pedido de materiales de escritorio y después sacó del bolso su polvera y rehizo su maquillaje. Finalmente, empezó a leer la edición matinal del Record de Nueva York, que había sacado de una pila de ejemplares en el vestíbulo de entrada de la sala. Soslayó las noticias del Oriente Medio y otros despachos del extranjero, ojeó rápidamente las noticias nacionales de Washington D. C. (no sin notar la mención del nombre de su padre en una de ellas, y prometiéndose telefonearle después del trabajo), y se concentró en las noticias metropolitanas. Al parecer, la principal atracción que funcionaba en Nueva York era el crimen, en especial el asesinato. La monotonía de esta retahíla sólo era aliviada por unos pocos sueltos referentes a corruptelas de la administración municipal.

Estaba absorta en esa lista, al parecer interminable, de sórdidos sucesos, cuando sintió que una mano se posaba en su hombro.

Oyó su voz antes de verlo, una voz con una traza de burla.

—¿La señora Nellie Bly, supongo? —Victoria volvió la cabeza y levantó la vista, mientras él añadía: —Soy Nick Ramsey, a su servicio.

Se levantó, un tanto sorprendida y desconcertada ante su aspecto atractivo. Había esperado que el mejor reportero investigador de Armstead pareciera un hurón agresivo, o tal vez un topo, pero en realidad podía pasar por un estudiante de cierta edad que todavía se las arreglaba perfectamente con las chicas. Media más de metro ochenta y tenía los hombros un tanto caídos. En su rostro, delgado y un tanto ajado, había una leve expresión de divertido cinismo. Llevaba el pelo oscuro peinado a un lado, con un mechón obstinado que se erguía en la coronilla, y tenía los ojos grises, unos ojos grises maravillosos capaces de cautivar a cualquier mujer. Llevaba un pullover marrón y pantalones de pana. Unos treinta y cinco años, tal vez alguno más, calculó Victoria.

Y olía a desodorante bucal.

—Soy Vicky.., Vicky Weston —dijo, tratando de recuperar su aplomo.

—Ah, ¿de modo que no eres ¿Nellie? —repuso él—. A propósito, ella nunca la llevó.

—¿El qué? —preguntó Victoria, totalmente desconcertada.

—Pistola. Nellie Bly jamás llevó pistola. Y tú tampoco llevarás, a no ser que te guste tirotear a los gatos extraviados. Me han dicho que has sido contratada como reportera investigadora, categoría júnior. Bueno, no tendrás que enfrentarte a nada que sea más feroz que Ma Belí. El teléfono es el arma que utilizamos. Tengo instrucciones para ponerte al tanto de todo esta tarde.

—Tengo buena voz por teléfono. ¿Servirá esto de algo, señor Ramsey?

—Si, te conseguirá un montón de invitaciones para salir. La primera etapa en el proceso de educación: me llamo Nick.

—De acuerdo, Nick.

—Pues ahora ya lo sabes —consultó su reloj—. Disponemos de dos horas. Creo que el mejor empleo que podemos darles es enseñarte estos andurriales: dónde está el lavabo de señoras, dónde puedes encontrar la máquina expendedora de refrescos, y cómo llegar a tu mesa sin ser vista cuando vengas tarde y con resaca.

—Me parece muy bien.

—No es necesario que andes a mi lado —dijo Nick—. Ya veo que no puedes resistir el olor a spray refrescante de aliento. Nuestra relación ha de ser abierta. He estado bebiendo, y he bebido demasiado.

—¿Te encuentras bien?

—Demasiado spray bucal —replicó él—. Pero bajo tu mirada fría y entonada, se me está disipando la cruda.

—La tomó del brazo—. Vamos a comenzar nuestra arriesgada odisea aquí en la sala de redacción, donde late la vida de un gran diario de la ciudad, como dicen los documentales. ¿Preparada, Vicky?

—Preparada, Nick —dijo ella, simpatizando cada vez más con él.

La guió por la interminable sala, presentándola a una multitud de amables redactores y reporteros, en su mayor parte varones, y tratándole de explicar la organización del cuerpo de redacción. Muy poco de lo que dijo era nuevo para Victoria; casi todo era similar a la organización de su periódico de Chicago, sólo que aquí había mucho más de todo.

Ramsey le indicó la ubicación de las mesas de los redactores metropolitanos, de los redactores nacionales, de los redactores de internacional, y las secciones especiales que albergaban a los de información deportiva, financiera y cultural. Victoria paseó con él ante las mesas de los copistas, en forma de herradura. Vieron cómo los redactores seleccionaban notas publicitarias y repasaban carpetas que contenían material referente a posibles noticias futuras. Victoria siguió a Ramsey hasta la sala de comunicaciones, donde treinta y cinco teletipos suministraban noticias de todo el mundo, en su mayoría procedentes de los corresponsales especiales del Record, y las demás de Associated Press, Reuter, Dow Jones y otras agencias.

Aquel torrente de palabras impresionó a Victoria, que pregunto:

—¿Cuántas palabras llegan aquí cada día?

—¿Quieres decir sólo por cable? ¿O bien contando a nuestros reporteros locales, la central de la policía, el Ayuntamiento, y todo en general?

—Las que se reciben de todas partes.

—Como un millón y tres cuartos de palabras cada veinticuatro horas. De ellas imprimimos unas ciento veinticinco mil.

Victoria lanzó un remilgo.

—¿Cómo me las arreglaré yo para meter una sola palabra mía?

—No se trata de cuanto metas, sino de lo que metas —le dijo Ramsey—. Si destacas como reportera investigadora, meterás tus palabras, y en cantidad. No te preocupes.

Después Ramsey acompañó a Victoria a través de una serie de departamentos y oficinas: publicidad con sus doscientos cincuenta empleados, el "depósito de cadáveres" con su hilera de archivos con notas obituarias, el despacho del redactor de pies de ilustración, y finalmente la sala de composición, donde los operadores se afanaban sobre los teclados de los teletipos o de las máquinas TTS que picaban sobre cinta codificada palabras que después se materializaban a través de metal fundido.

Al salir de las salas de composición, Ramsey dedicó una larga mirada a Victoria.

—Debes de estar agotada —dijo y consultó su reloj—. Son casi las seis, y por otra parte tengo que dejarte, ya que tengo una cita de trabajo.. Dentro de quince minutos debo estar en el Oak Bar del Plaza.

—Gracias por el recorrido, Nick.

Antes de dejarla y mientras encendía un cigarrillo, él pareció titubear.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Creo que compraré unos cuantos comestibles, los llevaré a mi nuevo apartamento y me prepararé algo para cenar.

—Pienso que podrías hacer algo mejor en tu primera noche como persona debidamente empleada en Manhattan.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, cenar con tu consejero. Estaré libre si lo estás tú.

La cara de ella se iluminó.

—Me encantaría, pero con la condición de que cada uno pague lo suyo.

—Puesto que tengo la intención de tomarme unas cuantas copas, haremos que pague Armstead. Te espero a las ocho y media. El Oak Room en el Plaza. No es necesario que traigas tu libreta de notas. Será estrictamente un encuentro amistoso, a base de tomarse las manos. No se tomaron de la mano en ningún momento. Hubiera sido imposible, porque cada mano de él estuvo continuamente ocupada durante la hora que pasaron sentados ante una mesa de la parte posterior del Oak Room. Ni por un momento la mano derecha de Ramsey había dejado de sostener un vaso de gin—tonic, y su izquierda había aguantado permanentemente un cigarrillo, ya que los encendía uno tras otro. Victoria tenía casi toda su bebida intacta cuando él había apurado ya tres copas. Se sentía literalmente hambrienta y estaba a punto de decírselo cuando él abrió el menú y encargó cena para los dos sin consultarla siquiera. Sin embargo, se sintió agradecida, y después preocupada cuando él encargó una cuarta bebida.

Victoria se sentía nerviosa pero también estimulada en presencia de aquel individuo extraño pero atractivo. Era decididamente disoluto y abiertamente cínico, la encarnación de Sydney Carton, un personaje de novela de la juventud de Victoria. Su tensión aumentaba debido a la creencia de que él le haría alguna clase de proposición, y no estaba muy segura de cómo iba a reaccionar. Pero hasta el momento Ramsey no le había hecho proposición alguna, ni siquiera se había sentado muy cerca de ella, y la joven se sentía decepcionada en el fondo.

Su nerviosismo la había obligado a hablar más de lo normal. Apenas se sentaron, había empezado a explicarle cómo había pagado el alquiler y el depósito de su nuevo apartamento antes de recibir las llaves. Poco tiempo había habido para hacer otras cosas, y con todo le refirió los detalles de deshacer su maleta y su bolsa de viaje, la llamada jubilosa a su padre, en Washington, para decirle que había conseguido un empleo en el Record, otra llamada más restringida a su madre, en Evanston, para repetirle la noticia de su empleo (una conversación irritante en la que su madre dijo: "Bien, no deja de alegrarme que estés tan contenta, pero en realidad yo esperaba que abandonases ese mísero negocio de los periódicos" y la petición a su madre de que le hiciera enviar sus ropas, libros y demás pertenencias a Nueva York, y después tomar un rápido baño y cambiarse antes de ir a buscar un taxi que la llevara al Plaza.

La única reacción de Ramsey ante esta narración espontánea e intrascendente, fue decir.

Librodot

—Tengo la impresión de que tu madre no te cae muy bien.

—Oh, la quiero, claro. A una madre hay que quererla, pero en mí caso no mucho. Ella me tiene algo atravesada porque piensa que he salido a mi padre.

—¿Y es así?

—Al menos, así lo espero —contesto ella con toda sinceridad.

—De todos modos, hay una cosa en la que tu madre tiene razón.

—¿Cuál es?

—Que el negocio de los periódicos es mísero, y que no es lugar para una señorita decente. Hace que una persona se vuelva tortuosa, hipócrita, inmoral. Hace que olvides que los demás son seres humanos, con sentimientos. Hace que deformes la verdad con tal de conseguir una historia. ¿Qué diablos te hizo meter en esta jungla?

Sorprendida por la ira subyacente en sus palabras, pese a su aparente desparpajo, Victoria ocultó su turbación pasando a explicarle los trazos fundamentales de su autobiografía. Su padre, los éxitos de éste y sus compañeros, habían sido, desde luego, fuertes influencias, pero aparte de ello siempre se había sentido fascinada por los periodistas, por las primicias memorables, por la novelesca aventura del reportaje. Había estudiado cinco años en la Medilí School of Journalism en la Northwestern University, trabajado en la revista del centro docente, en cuya plantilla destacó por encima de todos los demás, y al recibir su titulo de periodista había encontrado una plaza en un semanario. Desde entonces, siempre había trabajado en redacciones.

—¿Y has tenido tiempo para el amor? —preguntó él.

—No es de tu incumbencia, pero si lo he tenido.

—¿Con periodistas?

—No, pero..

—Pues no lo hagas.

—¿Por qué no?

—Como los actores, los reporteros están demasiado absorbidos por su propia vida. Como dijo en cierta ocasión Wilson Mizner: "Algunos de los más grandes amores que he conocido tuvieron un solo actor, al que nadie ayudaba".

Victoria se preguntó cómo debía ser un asunto amoroso con un periodista, alguien con la misma clase de mentalidad, tal vez alguien como Nick Ramsey. Ella había tenido cuatro asuntos —lo que cabía calificar de asunto en su momento, aunque cada uno de ellos fue de breve duración—en toda su vida. El primero, en el instituto, tuvo como finalidad perder su virginidad. El segundo y el tercero tuvieron también lugar en el instituto, con la intención de averiguar si podía ser algo divertido (en un caso lo fue —un poco—mientras estaban en la cama, pero por lo demás la diversión fue escasa). El último asunto, el que ella había mencionado a su padre, fue con un abogado, casado, al que ella hizo una entrevista para su periódico. El le ofreció todo su amor y le prometió dejar a su mujer, pero era un hombre de un egoísmo insoportable y nunca intentó obtener el divorcio.

Por más que lo dijera Nick Ramsey, ¿podía ser peor un periodista?

Y en aquel punto llegó el camarero con un nuevo vaso para Ramsey. Este lo tomó y lo levantó como para ofrecer un brindis a Victoria.

—Y como dijo también Wilson Mizner: Soy un estilista, y la frase más bella que jamás he oído es: "Esta es invitación de la casa".

Ignoró las ensaladas César que les habían sido servidas y se dedicó a la ingestión casi sin pausa de su bebida. Victoria, que había estado dispuesta a atacar con vigor su ensalada, notó ahora que su estómago estaba menos preparado para ello. Tenedor en mano, preguntó a media voz:

—¿Quién era Wilson Mizner?

—¿Quién era Wilson Mizner? —repitió Ramsey con voz un tanto pastosa—. He aquí una pregunta que.. que es difícil de contestar. Era escritor, jugador y otras muchas cosas más. Pero sobre todo era un talento. Era en primer lugar un cínico, y por esto me agrada. Nunca consumía todo su potencial, y ésta es otra razón de mí admiración por él. En una ocasión le dijo a un tipo que era una nulidad: "Eres un ratón que está estudiando para llegar a rata".

Victoria no pudo contener la risa y, una vez seria de nuevo, echó otra mirada a su plato y dijo:

—Tú has preguntado algo, y por tanto creo que también yo puedo hacerlo. ¿Qué me dices de tu vida amorosa?

—Sin comentario.

—Esto no es justo.

—No tengo vida amorosa alguna —aclaró él—, sólo una vida sexual. En mi léxico, amor es una palabra de cuatro letras. No me pidas que te explique mi tormentoso pasado. Si alguna vez me miras como un objeto de amor, olvídalo.

—En tu lugar, yo no me preocuparía demasiado por esto.

—Amor y noticias, dos palabras que sólo valen sus letras.

Mientras revolvía su ensalada, Victoria le observó por el rabillo del ojo. El seguía bebiendo, impertérrito.

—Si tanto te desagrada el periodismo —le preguntó—, ¿cómo es que estás tan metido en él?

—¿Y cómo te explicas que una puta sea una puta? —replicó él.

—Esto no es una respuesta.

—Y lo que tú has hecho no es una pregunta.

—Quiero decir que algo te metió en el periodismo. ¿Qué fue?

—Esto si es una pregunta —decidió él. Dejó la copa en la mesa y empezó a comer, mientras reflexionaba—. Nací en Oakland. ¿Has conocido a alguien que hubiera nacido en Oakland?

—No —confesó Victoria—. Cuanto sé de Oakland es lo que Gertrude Stein dijo sobre ese lugar: "Cuando vayas allí, no hay allí, ningún allí".

Ramsey la miró con no disimulado respeto.

—Exactamente —dijo. Se dedicó a su ensalada y después pareció recordar lo que estaba hablando—. No valía nada para los deportes, pero si para escribir. No me llevaba bien con mis padres. Ellos tenían una tienda de tejidos. Escribir era para mí un don natural. Traté de escribir libros. Había escritores que, al parecer, vivían bien e independientemente. Pero al cabo de dos años en un instituto, recibí una beca para la Escuela de Periodismo de la Universidad de Wisconsin. Y este fue el principio de mi caída.

Les habían retirado los platos de ensalada y les estaban sirviendo cordero con patatas y guisantes. Ramsey echó un vistazo a la comida y apuró su copa. Entonces pareció advertir de nuevo la presencia de Victoria y preguntó:

—¿Dónde estaba?

—En Madison, Wisconsin.

—Si. Era redactor de noticias en el Daily Cardinal. Era un joven muy dotado, demasiado bien dotado. Una revista de Nueva York —olvidemos su nombre—me confió un trabajo como freelance. Un reportaje sobre los grandes del fútbol. En plan de recluta. ¿Te he dicho que se trataba de un reportaje?

—Empezabas a contármelo.

—Fue muy bueno. Como resultado, el New York Times me contrató. Noticias. Algunos comentarios. Nuevo resultado: El Gigante (E. J. Armstead) me ofreció más dinero. Hace casi diez años. Desde entonces estoy en el Record.

—¿Y qué hay de malo en ello? —quiso saber Victoria.

—Los libros —murmuró Ramsey—. Yo siempre he querido escribir libros.

—¿Y por qué no lo haces?

—Ya lo he hecho. Escribí uno.

—¿Si? —se sorprendió ella—. ¿De modo que escribiste un libro y fue publicado? ¿De que trataba?

—Una novela sobre Rousseau. Pero no Jean—Jacques, sino Henri, Henri Rousseau. Un pintor primitivo francés, muerto en mil novecientos diez. Un auténtico primitivo, inspector de aduana, a veces cartero, convertido en pintor.

—Me gustaría leerlo. ¿Cómo se llamaba?

—El cartero siempre llama dos veces. No, estoy bromeando. No importa su titulo.

—Me gustaría leerlo, Nick.

—Está agotado, incluso en las librerías especializadas. Se vendieron trescientos cuarenta y cuatro ejemplares.

—¿Y por qué no escribes otro?

—¿Lo harías tú después de semejante estimulo?

Victoria asintió vigorosamente con la cabeza.

—Ya lo creo que lo haría, si esto fuese lo que más quisiera en el mundo.

—Me figuro que sí —resopló él, despectivamente—. Eres una romántica. Crees incluso que los periódicos son románticos. Crees que en cada esquina hay grandes noticias, sucesos, reuniones clandestinas, primicias estremecedoras.. Eso es lo que crees, ¿verdad?

—Si, eso es lo que creo. Creo que formar parte de la redacción de un periódico es una de las últimas cosas románticas que quedan en el mundo.

—Pequeña, vivimos en una época eminentemente comercial, y pronto vas a perder tu risita infantil. Es posible que en otro tiempo los periódicos fuesen románticos, cuando tu padre era un joven periodista, con un sombrero maltrecho, una vieja máquina de escribir Underwood y unos cuantos lápices mal afilados, buscando primicias y números extra en la calle. Pequeña, ese mundo está tan muerto como los carruajes de caballos. ¿Sabes qué es hoy un periódico? Algo que lees si te perdiste la televisión de la noche anterior. Algo que pugna por meter sus letras entre anuncio y anuncio. Ya no hay máquinas de escribir, ni lápices sin punta, ni número extra con la información completa sobre tal o cual cosa. Sólo un gran centro electrónico, lleno de ordenadores y cintas. Es un auténtico aburrimiento, sin el menor futuro. Créeme y te ahorrarás muchas decepciones.

—Quiero creer que estás equivocado —dijo ella.

—Por tu bien, ojalá lo esté —hizo una seña a un camarero que pasaba y levantó su copa vacía—. ¡Uno para el camino! —pidió, y al volverse encontró la mirada de ella fija en su rostro.

—Nick, ¿por qué bebes tanto?

—No lo sé —contestó con una sonrisa burlona—. Tú eres la reportera investigadora. Averígualo. La mañana siguiente, sentada a primera hora ante su mesa de trabajo, Victoria Weston seguía pensando en Nick Ramsey cuando oyó que la llamaban por el altavoz. Era una llamada del director ejecutivo de Redacción y, tomando una libreta de notas y un bolígrafo, se dirigió apresuradamente al despacho de McAllister.

Mientras estudiaba el contenido de un sobre de papel manila, éste indicó a Victoria que se sentara, con un gesto.

—Su primera misión —le dijo.

—Estoy lista —respondió ella, indicando su libreta y bolígrafo y preguntándose cuál podría ser la misión.

—Puesto que Edward Armstead acaba de asumir el mando, todavía no hemos tenido tiempo para determinar qué clase de investigaciones son las que más nos interesan. Sin embargo, para tenerla ocupada, hay algunas informaciones que pueden ponerse en marcha. Una de ellas, especialmente, queremos que se trate de inmediato.

—Victoria esperaba con los nervios en tensión, y McAllister levantó la vista—. ¿Ha oído hablar de Sam Yinger?

—¿Y quién no? Asesinó a todas aquellas pobres criaturas.

—Dentro de dos días va a morir en la silla eléctrica, en la prisión de Green Haven. Puesto que sus crímenes —entre los más horrorosos de los que yo haya tenido noticia— quedaron grabados en la conciencia pública, creemos que ofrece considerable interés saber cómo pasa Yinger sus últimas horas o su último día. En realidad, es un relato colorista. Uno se encuentra en una celda del Bloque de la Muerte. Pronto va a extinguirse como ser humano. ¿Cómo transcurren sus últimas horas? ¿Qué hace? ¿Qué piensa? ¿Comprende usted la situación?

—Creo que sí.

—¿Son o no unos momentos angustiosos para un ser infrahumano como Yinger? No lo sabemos, pero esperamos averiguarlo. Por desgracia, a nosotros —y a toda la prensa—se nos han denegado visitas y entrevistas. No podemos llegar directamente hasta Yinger. Sin embargo, resulta que si podemos llegar a él indirectamente, como si dijéramos de segunda mano.

—No le comprendo muy bien.

—Lo comprenderá enseguida —aseguró McAllister—. Aquí, en el Record, tenemos en nómina a un gran número de informadores en todos los campos. Tenemos algunos en el Ayuntamiento, otros en la oficina del fiscal de distrito, otros en el mismísimo Capitolio —hizo una pausa efectista—. Y tenemos unos cuantos en el mundo del hampa.

Victoria no se sorprendió, pero ya que era evidente que McAllister trataba de conseguir un golpe de efecto, repuso:

—¿De veras? ¿Y no les resulta muy peligroso informar acerca de sus amigos?

—Así es, aunque rara vez nos dan algo que sea importante. Pero son personas que siempre andan escasas de dinero. Nos informan sobre asuntos de poca monta cuando juzgan que pueden hacerlo impunemente. Pues bien, uno de nuestros informadores más productivos en ese mundo subterráneo es un hombre llamado Gus Pagano. ¿Le dice algo este nombre?

—Pues no.

—Es probable que no, ya que Gus Pagano fue historia local y en aquellos momentos usted estaba en Chicago. Hace tres años, Pagano era una figura menor en el mundo del hampa. No era un asesino; sólo un ladrón. Una noche, la cajera de un hotel cerca del Park, en la Quinta Avenida, fue víctima de un atraco y accionó un sistema oculto de alarma. Precisamente cuando el atracador se daba a la fuga, llegó un coche patrulla y se apearon de él dos policías. El atracador disparó contra ellos, los mató y logró huir, Como sabe, la policía no se toma a la ligera la muerte de los suyos. Se tendió una amplia red y en ella fueron atrapados varios sospechosos, entre ellos Gus Pagano. Inmediatamente, tres testigos lo señalaron como asesino de los dos guardias. El lo negó, juró que era inocente, pero ¿qué cabía esperar de un criminal encallecido? Pagano fue juzgado, considerado culpable y sentenciado a la silla eléctrica. Fue encarcelado en la prisión de Green Haven, donde siguió insistiendo en su inocencia. Aunque casi analfabeto, le gustaba leer y empezó a leerse las leyes, tras lo cual se dedicó a apelar y a escribir cartas a todos los periódicos de Nueva York. Aquí, en el Record, a algunos nos impresionaron sus cartas y decidimos que nuestros asesores legales respaldaran

Librodot

una de sus apelaciones. Como resultado, se consiguió una acción dilatoria y su ejecución fue aplazada una y otra vez. Finalmente, Pagano perdió su última apelación y se fijó en firme una fecha para su ejecución. Se encontraba ya en el Bloque de la Muerte, preparándose para ir al encuentro de su Creador, cuando otro hombre fue detenido por asesinato en Atlanta y confesó ser el autor de las muertes que se le imputaban a Pagano. De hecho, el verdadero asesino se parecía mucho a Pagano, por lo que el error cometido por los testigos era comprensible. Naturalmente, Pagano salió del Bloque de la Muerte y de la cárcel y fue de nuevo un hombre libre.

—¿Y ahora trabaja para ustedes?

—Sí. La cosa resultó muy sencilla. Poco después de salir de la cárcel, vino un día a vernos, al parecer para agradecernos nuestra ayuda. En realidad, andaba en busca de algún dinero. Admitió estar mezclado otra vez con el hampa y dedicarse de nuevo a delitos de menor cuantía, pero sus ganancias eran muy escasas y quería saber sí le pagaríamos sus informaciones. Titubeamos, porque difícilmente se le podía considerar como muy fiable, pero Dietz dijo que era un buen conocedor de los bajos fondos y me ordenó que le diera una oportunidad. Por tanto, le fijamos unos emolumentos modestos. En su mayoría, sus datos eran demasiado vagos y prudentes para revestir algún valor, pero poco a poco empezó a telefonear informaciones (tres, cuatro, cinco) que condujeron a noticias de considerable importancia. Desde entonces lo hemos tenido en nómina.

—¿Y qué tiene que ver él con Sam Yinger? —preguntó Victoria.

—Pagano conocía superficialmente a Yinger antes de que los dos estuvieran encerrados en Green Haven. Yo no sé si esto quiere decir gran cosa, pero lo más importante es que Yinger ocupa ahora la celda del Bloque de la Muerte donde estuvo Gus Pagano antes de que se comprobase su inocencia y, tras su dramática experiencia, quedara en libertad.

McAllister esperó la reacción de Victoria y ésta reaccionó casi en el acto.

—Ya lo entiendo. Puesto que no podemos llegar hasta Yinger, hemos de averiguar cuanto le sucede en esa celda, antes de su ejecución, a través de Pagano, que pasó por la misma experiencia.

—Esto es. Obtenga el material de Pagano.. y escríbalo con Yinger como protagonista.

—¿Cuándo puedo ver a Pagano?

—De un momento a otro. Viene hacia aquí y tiene ya una idea acerca de lo que queremos de él. Puede hablar con él en nuestra sala de conferencias, aquí al lado. Aquí tiene un archivo de recortes sobre el crimen de Yinger. Repáselos y, cuando haya terminado con Pagano, escriba el artículo. Ochocientas palabras como máximo. Entréguemelo esta tarde —la acompañó hasta una puerta lateral—. Buena suerte, jovencita. Gus Pagano resultó ser un hombre delgado, vivaracho y todavía joven —unos treinta y cinco años—, que parecía extraído de una película de gangsters de Edward G. Robinson, rodada en los cincuenta. Media como un metro setenta y cinco y vestía un traje azul marino a rayas blancas, con una americana cruzada muy ajustada, y llevaba zapatos de ante azules. Sus cabellos eran negros y rizados, muy abundantes, y tenía los ojos muy juntos, una nariz larga y ganchuda, labios gruesos y mejillas fláccidas. Era indudablemente el típico hampón callejero y, al mismo tiempo, un conversador rápido y agudo.

Con los ojos fijos en Victoria, se quitó el sombrero de fieltro de ala ribeteada, lo depositó cuidadosamente en la mesa redonda de conferencias, y dedicó a la joven una leve reverencia.

—Soy Gus Pagano —dijo—. Es usted la primera visión atractiva que he contemplado en este diario.

—Gracias, señor Pagano —respondió ella, sentándose en una silla de madera.

Aunque había ocho sillas alrededor de la mesa, Pagano eligió para si la contigua a Victoria.

Librodot

—Tengo entendido que van a escribir algo sobre Sam Yinger y sobre lo que significa prepararse para morir —dijo.

—Sobre lo que representa esperar la silla eléctrica y sobre lo que es una celda en el Bloque de la Muerte.

—No pueden llegar hasta Yinger, y por tanto desean saber lo que yo sé.

—Exactamente.

—¿Le han contado que yo estuve en el Bloque de la Muerte, a punto de pasar a la freidora, antes de que me soltaran? ¿Sabe usted toda esa historia?

—El señor McAllister me la ha contado.

—Yinger está en la misma celda que ocupé yo. Bueno, yo no puedo decirle a partir de mis sentimientos cuáles pueden ser ahora los de Yinger. Yo era un caso especial. Yo estaba allí por error, y cuanto podía pensar era que iban a asarme por algo que yo no había hecho. Era mala pata, tan sólo un caso de mala pata. Yinger es otra cosa. Finalmente, admitió haberlo hecho. Y usted sabe lo que hizo, ¿verdad?

Victoria golpeó con un dedo la carpeta que había sobre la mesa.

—He leído la información que dio el Record sobre el juicio.

Pagano meneó la cabeza.

—Un loco de atar, un verdadero enfermo mental. Va y sale con aquella mujer.. ¿cómo se llamaba?

—Caroline.

—Sí, Caroline, una maestra de escuela. Yinger sale con ella un par de veces, y en vista de la pinta de él la chica se niega a volver a verle. No contesta a sus llamadas por teléfono. Una noche, él la ve con otro tipo y le da el ataque. Al día siguiente, va a su escuela, entra en la clase donde ella está enseñando inglés a seis críos extranjeros (seis críos de ocho a diez años, un niño y cinco niñas) y se carga a Caroline a tiros, y después recorre la clase y mata a los seis pequeños.

—Conozco la historia —dijo Victoria.

Ignorando a su interlocutora, Pagano prosiguió:

Después, quiso desaparecer, pero alguien le reconoció pocos días más tarde —meneó de nuevo la cabeza—. Llegó a Green Haven después de salir yo. Son los chiflados como él los que nos dan mala reputación a todos los demás. No puedo ayudarla en esto de Yinger.

—¿En qué condiciones vive allí? ¿Qué vida lleva? ¿En qué pasa el tiempo?

Pagano esperó a que Victoria abriese su libreta y tomara su bolígrafo, y entonces empezó a hablar:

—El Bloque de la Muerte se encuentra en el tercer piso del edificio del hospital. En realidad, es el ala llamada Galería K. La celda en la que yo estaba, y donde está ahora Yinger, es.. bueno, ¿qué puedo decir sobre ella? Una celda es una celda. Usted las habrá visto a montones en las películas sobre prisiones.

—Sí, pero me gustaría que usted me la describiera.

—Es una habitación pequeña y oscura. Hay un catre. Hay un retrete, sin asiento. Hay un lavabo empotrado en una pared, un grifo.. Hay una mirilla en el techo, para que el guardián que hace su ronda arriba pueda echar un vistazo de cuando en cuando. Uno no tiene lo que tienen los demás presos.

—¿A qué se refiere?

—A que uno no come en el comedor con todos los demás. Te traen las raciones a la celda. Puedes tener cigarrillos, pero no cerillas. Si quieres fuego, te lo da el guardián. Y es mejor que los pantalones te ajusten, ya que no puedes tener cinturón. Y lo mismo ocurre con

los zapatos; nada de cordones. Se puede pedir una maquinilla de afeitar, pero siempre hay que devolverla después de afeitarse.

—¿Dejan los guardianes que el preso salga alguna vez de la celda?

—Una hora al día, para hacer ejercicio bajo vigilancia. Y cuando hay visitantes.

—¿Se pueden recibir visitas? —preguntó Victoria.

—Mi vieja solía visitarme, y también mi hermana mayor. Otro que venía era mi abogado. Y también un médico y el cura párroco de mí madre Todos los demás necesitaban un permiso del tribunal.

—¿Y cómo mataba usted el tiempo, señor Pagano? Quiero decir en los días anteriores a la fecha fijada para su ejecución..

—En mi caso, esto era diferente. Leía libros, en su mayoría libros de leyes. Escribía sin cesar suplicatorios, apelaciones y cartas a la prensa. No tenía tiempo para nada más. Pero en cuanto a Sam Yinger.. no, no es posible que abra siquiera un libro o escriba una sola línea.

—¿O leer periódicos?

—Los periódicos no están permitidos. Yo supondría que se pasa casi todo el tiempo viendo la televisión.

—¿televisión? —se sorprendió Victoria—. ¿Quiere decir que les permiten tener un televisor?

—Sí, claro. ¿No se lo dije? Green Haven es lo que llaman una penitenciaria civilizada. Pero Yinger nunca sabrá cómo acaban los personajes de sus seriales favoritos..

Sonrió a Victoria y ésta trató de corresponder. Después se puso a escribir mientras Pagano admiraba su perfil. Cuando hubo terminado de tomar notas, Gus añadió con cierta timidez:

—Desde luego, no le he dicho a usted cómo pasaba yo todo mí tiempo libre. Victoria frunció el ceño.

—Ahora no le comprendo. ¿No me ha dicho que no le quedaba tiempo libre?.

—Algo me quedaba —repuso él, misteriosamente—. Oiga, ¿le molesta que fume?.

—La oven le acercó un cenicero mientras él aplicaba la llama de su encendedor a un cigarrillo. Tragó profundamente una bocanada de humo, pareció reflexionar por unos instantes, y finalmente dijo con la mayor seriedad en su actitud y su tono:

—Voy a contarle una cosa curiosa, y esa cosa curiosa es que yo pude haberle sacado de allí.

—¿Pudo haber sacado a quién?

—A Yinger, a Sam Yinger. Pude haberle sacado de la cárcel haberle salvado de freírse en el último momento, pero no lo hice porque no merece vivir un tipo que mata a seis pobres criaturas.. Un tipo así merece morir. Pero si yo hubiera querido, podría haberle sacado de allí.

—¿De veras? ¿Cómo?. Pagano reflexionó unos instantes más. Chupó su cigarrillo en silencio y después dirigió un guiño a Victoria.

—Entre nosotros dos —dijo a media voz—. Totalmente confidencial. ¿Me da su palabra?

—Le doy mi palabra —respondió Victoria, todavía desconcertada.

—Sólo para demostrarle las cosas que pasan sin que la gente se entere, ni siquiera Yinger. ¿Puedo confiar en usted?

—Se lo prometo.

—De acuerdo. Voy a contárselo.

Esperó hasta que Victoria dejó de nuevo su libreta y el bolígrafo sobre la mesa, y rápidamente, siempre a media voz, volvió a hablar. Dos horas después, poco antes de

Librodot

almorzar, Victoria estaba sentada muy tiesa ante la mesa de Ollie McAllister y trataba de captar alguna reacción en su rostro mientras él leía su articulo sobre la celda de Sam Yinger en el Bloque de la Muerte.

Pero el jefe de redacción era un veterano en cuanto a ocultar toda clase de reacciones. No había la menor expresión en su cara mientras leía el escrito de Victoria hasta llegar al final.

—Está bien escrito, desde luego —dijo McAllister—, pero..

—el "pero" quedó colgando ominosamente en el aire—.. no sé. Básicamente, el artículo es flojo. No contiene información humana.

—He utilizado todo lo que Pagano me dio —alegó Victoria, a la defensiva—, pero no pudo darme lo suficiente. Apenas conocía a Sam Yinger, y no tiene idea acerca de los sentimientos y emociones de éste. En cuanto a su celda.., ¿qué decir acerca de ella? No había nada personalizado en ella. Pagano no tiene un pelo de tonto, pero simplemente no podía decirme nada más. La mejor información en su poder era algo que no podemos en absoluto utilizar..

—¿Que no podemos utilizar? ¿Y por qué no?

—Pagano dijo que no era para publicarla. Me hizo prometer que no haríamos uso de ella.

—¿Prometer no hacer uso de qué? —inquirió McAllister con voz suave.

—La historia sobre el túnel de escape excavado debajo de la celda de máxima seguridad, la de Yinger, a través del patio de la prisión y bajo el muro exterior de hormigón.

—¿Un túnel ha dicho?

—Un túnel que va desde el Bloque de la Muerte hasta el exterior.

—¿Un túnel, un túnel de verdad?

—Según Gus Pagano, allí está y es de verdad. Después de construida la prisión de Green Haven y de que empezara a funcionar, uno de los primeros residentes en el Bloque de la Muerte descubrió en su celda la tapa de una tubería, que podía ser extraída, y así averiguó que había espacio suficiente para que un hombre se introdujera en la tubería y descendiera por ella hasta un sótano abandonado. Calculó que era posible excavar un túnel desde aquel sótano hasta un lugar fuera del muro exterior de la prisión, pero que ello exigiría varios años. Utilizando unas herramientas viejas que encontró en el sótano, comenzó el túnel, depositando la tierra extraída en la misma habitación abandonada. Fue ejecutado antes de que llegara muy lejos, pero pudo pasar esa información al siguiente ocupante de la celda. Y así, cada ocupante de la misma progresó en la excavación, esperando ser el primero en aprovecharla. Cuando Gus Pagano ingresó en la celda, no tardó en enterarse de la existencia del túnel. Poco faltaba ya para completarlo, y con todos los aplazamientos y demoras que él consiguió logró terminar la tarea. Tenía la intención de utilizar aquella ruta de escape sí no recibía el indulto total, pero lo consiguió y ya no tuvo razón para evadirse. Cuando oyó que Sam Yinger iba a reemplazarle en aquella celda, decidió no hablarle del túnel, ya que odiaba a Yinger y creía que no merecía estar libre.

—Victoria cobró aliento—. Yinger tiene a mano un medio para escapar, pero desconoce su existencia. -¡Qué gran historia! Es una pena que no podamos utilizarla.

—Es una vergüenza —admitió McAllister, con los ojos clavados en la joven—. ¿Y usted prometió a Pagano que no la utilizaríamos?

—Sí. Se lo prometí solemnemente. Lo juré.

—Está bien —suspiró y se levantó, con el articulo de Victoria en la mano—. Quiero enseñar esto a Harry Dietz, el ayudante de nuestro editor. Veremos si podemos hacer algo con su articulo, aprovecharlo de alguna manera. Gracias por este primer y prometedor esfuerzo. Mañana tendremos algo más para usted.

Al marcharse Victoria, McAllister pulsó el botón del intercomunicador en su teléfono y esperó hasta oír que contestaba Harry Dietz.

—Soy Ollie —dijo McAllister—. ¿Puedo ir a verte un momento?

—¿Ahora mismo? —preguntó Dietz—. Estoy muy atareado —hizo una pausa—. ¿Es urgente?

—Es urgente.

—De acuerdo. Ven enseguida.

Cuando McAllister entró en el despacho de Dietz, encontró a éste de pie frente a un espejo mural, peinándose sus cabellos color de arena. Cuando quedó satisfecho, Dietz se metió el peine en el bolsillo y regresó a su mesa escritorio.

—¿Qué ocurre, Ollie?

El jefe de redacción le entregó el articulo de Victoria.

—Es de Victoria Weston. Su primer trabajo para nosotros. Obtuvo el material de Gus Pagano. Me gustaría que le echaras un vistazo. Con un gesto, Dietz indicó a McAllister que se sentara y él se acomodó en su alto sillón basculante tapizado con piel de ante, y leyó el articulo. Cuando terminó, devolvió a McAllister las páginas mecanografiadas, con una mueca de disgusto.

—Esto no vale nada —dijo—. La chica sabe escribir, pero Pagano no le dio nada a lo que pudiera agarrarse. No habrás venido aquí sólo para enseñarme esto, ¿verdad?

—No, claro que no —repuso McAllister calmosamente—. He venido a contarte algo que ella no ha incluido en el articulo.

—Adelante con ello —dijo Dietz, instantáneamente atento.

—Pagano le contó que él fue uno de los que estuvieron excavando un túnel secreto debajo de la celda de Sam Yinger en el Bloque de la Muerte, un túnel que llega hasta el exterior. . Yinger no conoce la existencia del túnel. Desde luego, Pagano se lo contó a la chica de manera privada y confidencial o, como se dice ahora, off the record.

En el rostro de Dietz sólo reaccionaron sus ojillos, que se hicieron todavía más pequeños.

—Cuéntame más, Ollie.

Con un tono restringido pero efectivo, McAllister le refirió los detalles del túnel en la prisión de Green Haven. Cuando terminó, se encogió de hombros y dijo con indiferencia:

—Pensé que era algo que tú debías saber.

Dietz se incorporó en su sillón.

—¿Me lo has contado todo?

—Todo lo que sé.

—Muy interesante —dijo Dietz, dedicando al jefe de redacción la mera sombra de una sonrisa—. Muy acertado por tu parte venir directamente aquí con eso.

—Pensé que era algo que a ti y al señor Armstead os interesaría saber.

—Si, estoy seguro de que él se mostrará muy interesado. Y sabrá apreciar tu.. tu clarividencia y tu lealtad.

—Sé que no podéis hacer nada con esto —dijo McAllister—, pero pensé que debes estar informado de todos los detalles.

Dietz le estudió durante unos momentos. Después, mirando a McAllister directamente, dijo:

—Como sin duda sospechas, y también todos los demás, con una nueva dirección al frente del Record habrá una nueva evaluación de la plantilla. Inevitablemente, se procederá a ciertos cambios importantes. El señor Armstead pretende limpiar la casa, barrer a unos

Librodot

cuantos incompetentes que mantenía aquí su padre. Cuando surja tu nombre, ten la seguridad de que recordaré esto. Puede ser tan sólo un detalle, como dices tú, pero notificarlo demuestra esa perspicacia que andamos buscando y que tanto estimamos. Es también una prueba de que estás a nuestro lado. Sigue manteniendo ojos y oídos bien abiertos para nosotros. Desde luego, yo cuidaré de que el señor Armstead sea informado.

—Gracias, Harry. Edward Armstead escuchó a Harry Dietz, sentado detrás de su maciza mesa de roble, contemplando la hilera de pinturas primitivas yugoslavas en la pared del despacho.

Al cabo de diez minutos, Dietz dio por terminada su explicación y dijo:

—Esto es todo, jefe.

Armstead siguió contemplando sus pinturas, absorbiendo todo lo que había oído. Poco a poco, una sonrisa animó su semblante y finalmente concentró de súbito toda su atención en Dietz.

—Espléndido —dijo—. Sencillamente espléndido, Harry.

—Debemos tener en cuenta que Pagano dijo a la chica que todo esto era confidencial.

La sonrisa de Armstead desapareció y examinó la cara de su ayudante como para comprobar si hablaba en serio o no.

—¿Que Pagano dijo que era confidencial? No lo dirás en serio, ¿verdad? ¿Y quién demonios es Pagano? Un granuja de pacotilla a quien le salvamos el pellejo. A la mierda con Pagano. Lo que resulta confidencial es precisamente lo que vamos a publicar ahora mismo.

Dietz asintió con un gesto de la cabeza.

—¿Vas a dar a conocer toda la historia, pues?

—No voy a darla a conocer —repuso Armstead—. Voy a hacer algo mucho mejor —pareció saborear la información que acababa de recibir—. Un túnel sin utilizar, desconocido por todos, que va desde la celda de Sam Yinger a la libertad. ¿Qué te parece si Sam Yinger se enterase de eso mañana? —Súbitamente, Armstead pasó a la acción—. No perdamos tiempo, Harry. Busca el nombre del abogado de Yinger. Llámalo y dile que venga a tomar unas copas conmigo en Le Périgard Park, esta tarde a las siete. Si te viene con historias de que está ocupado, dile simplemente que lo suspenda todo. Dile que esto es verdaderamente importante. George Tatum, el abogado defensor de Yinger, esperaba a Edward Armstead cuando éste llegó a Le Périgard Park. Estaba sentado, solo, en un compartimiento a la izquierda de la entrada al local, por otra parte vacío. Era un hombre de mediana edad y cara pálida, que llevaba gafas de cristales gruesos y un traje marrón pasado de moda. Armstead supuso que probablemente no había sido en toda su vida objeto de tanta atención como la que había recibido en el caso Sam Yinger. Y sin duda nunca había pisado antes aquel restaurante de lujo.

George Tatum tenía una copa delante cuando Armstead se acercó a él, le tendió la mano y se presentó. Seguidamente pidió un whisky doble con agua al tiempo que se acomodaba en una silla frente al abogado.

Tatum pareció avergonzado de que se le encontrara tomando un trago.

—Me he permitido pedir una copa —dijo—. Ha sido un día muy pesado.

—No faltaría más —contestó Armstead, mientras sacaba un cigarro de su funda. Supuso que a Tatum le impresionaba estar con él. Impresionado y además curioso—. ¿Sabe por qué quería verle? —le preguntó.

—Sólo sé que es algo relacionado con mi cliente, Sam Yinger, y.. que es importante.

—Exactas ambas suposiciones —asintió Armstead, mientras el camarero le servia. Saboreó su bebida lentamente, al tiempo que decidía la táctica a emplear con el abogado. Después encendió su cigarro, exhaló una bocanada de humo y dijo—: Voy a explicarle por qué quería verle. Usted ya sabe que soy el propietario del Record de Nueva York.

Librodot

—Sí, claro.

—¿Qué diría usted si yo le contase que me gustaría que uno de nuestros reporteros sostuviera una entrevista exclusiva con su cliente antes de su ejecución?

La desilusión de Tatum se retrató inmediatamente en su semblante, y contestó:

—Me temo que me vería obligado a contestarle que es imposible.

—¿Absolutamente imposible?

Tatum elevó sobre su nariz sus gafas de gruesos cristales.

—Créame, señor Armstead, seria imposible.

Puesto que ya esperaba esta respuesta, Armstead permaneció impasible y se limitó a chupar su cigarro hasta que su extremo fue un ascua.

—Bien, vamos a enfocarlo desde otro punto de vista. ¿Le gustaría ver libre a su cliente?

—¿Libre? —repitió Tatum, visiblemente desconcertado—. No puede quedar libre. Está condenado a muerte. Irá a la silla eléctrica pasado mañana por la mañana. Me he pasado todo el día tratando de conseguir que el gobernador conmutara la sentencia de muerte de Yinger por otra de cadena perpetua. El gobernador se niega. Es la silla eléctrica lo que le espera.

Armstead midió cuidadosamente sus palabras.

—Señor Tatum, yo no le pregunto sí su cliente puede quedar libre. Lo que yo le pregunto es si a usted le gustaría verlo libre.

Tatum seguía confuso.

—No estoy seguro de entenderle bien, señor Armstead. Soy el abogado defensor del señor Yinger. Yo me ocupé de su defensa y traté de que le absolvieran. Apelé contra el veredicto, recurrí al gobernador. He hecho cuanto he podido.

—Dejando aparte cuanto haya hecho usted —dijo Armstead—, ¿desea que su cliente muera en la silla eléctrica?

—Claro que no. No merece la silla. No diré que sea una buena persona ni que sea inocente, ni mucho menos. Pero si los testigos estaban en lo cierto y él hizo lo que hizo, entonces es un maníaco, un loco de remate, y estaba loco cuando lo hizo. No mandamos a los locos a la silla eléctrica. Yo estoy en contra de ello, ya que no es humano.

—Por tanto, ¿le gustaría verle libre?

Tatum soslayó la pregunta.

—No quiero que sea ejecutado.

—¿Haría cualquier cosa para evitarlo?

—Por cuestión de principio.. si —respondió. La perplejidad se reflejaba en la cara de Tatum—. No lo entiendo, señor Armstead. ¿Adónde quiere usted llegar?

Armstead dejó su cigarro en el cenicero.

—Simplemente a esto. ¿Quiere usted evitar la ejecución de Yinger? Yo puedo ayudarle a impedirla. Puedo sacar a Yinger de allí.

—¿De la silla eléctrica?

—De la cárcel —replicó llanamente Armstead.

La expresión de Tatum era ahora de total incredulidad.

—¿Habla usted en serio?

—Muy en serio.

—Le repito que el gobernador ha rechazado la petición de aplazamiento de la ejecución. Ahora es la silla, pasado mañana por la mañana. No hay salida alguna.

—Y yo le repito que.. hay una salida.

Armstead empezaba a disfrutar con aquel juego.

—¿Qué me está diciendo?

—Enseguida tendré el placer de contárselo.

—Tomó de nuevo su cigarro y volvió a encenderlo—. Suponiendo que yo pueda sacar de la prisión a su cliente, ¿dejaría usted que antes le viese mi reportero?

Tatum asintió con la cabeza.

—En estas circunstancias, sí. Podría arreglarse. No habría problemas con el guardián, y yo podría convencer a Yinger para que cooperase.

—¿Me garantiza que podría usted arreglarlo todo?

—Podría, sí. Pero el trato que usted me ofrece es imposible. No tiene pies ni cabeza.

Armstead pasó a la ofensiva sin más circunloquios.

—No tiene pies ni cabeza si no se conocen todos los datos —bajó la voz—. Vamos a ver, señor Tatum, acérquese más y escuche. Vayamos al grano. Puede usted repetirlo todo a Sam Yinger, pero sólo a él, ya que por lo demás es confidencial y podría crearnos problemas. Veamos, yo quiero que entre mi reportero y usted quiere que salga su cliente, y he aquí cómo vamos a hacerlo. Hay un túnel debajo de la celda de Sam Yinger..

Bajando todavía más la voz, Armstead siguió hablando sin interrupción. A Victoria Weston le había causado una viva excitación la inesperada misión que le encomendó Harry Dietz personalmente.

Había alquilado un sedán Chevrolet nuevo, había cargado la nota de gastos al Record y había obtenido una intrincada serie de direcciones e instrucciones. Le había dicho que el trayecto de ciento treinta kilómetros desde Manhattan a la prisión de Green Haven le exigiría unas dos horas y, puesto que la hora de entrevista con Sam Yinger había quedado fijada para las tres de la tarde, salió a las doce para asegurarse de que llegaría sin demora.

Después de llegar al East River Drive y dejar atrás la Plaza de las Naciones Unidas, pensó que dispondría de tiempo para meditar las preguntas que le haría a Yinger. Conseguir esta entrevista había sido una sorpresa maravillosa, aunque no dejaba de constituir una secuela natural de su trabajo anterior —¿cómo la habrían podido obtener?—, además de una misión estremecedora que consistía en hablar con una persona real, de carne y hueso, que unas doce horas más tarde no sería más que un cadáver depositado sobre una mesa de piedra y al que nadie vejaría.

Pero el recorrido resultó demasiado complicado como para permitir elaborar muchas preguntas. Más allá del Centro Médico de la Universidad de Corneil, cerca de la calle Ciento setenta, hubo una serie de desvíos y cambios de dirección que llegaron a confundirla. Finalmente, atravesó el Bronx, después Yonkers, y por último se encontró en la Thruway de Nueva York. Enfiló entonces la Taconic State Parkway que la condujo a la Nacional 84 y al cruce con la Estatal 216 en dirección al pueblo de Stormville. La campiña, con sus colinas ondulantes, era hermosa, pero de pronto la carretera de dos canales cambió de nivel y se encontró frente al grueso muro de hormigón de la cárcel. A un lado había lo que parecía ser una granja, en cuyos campos inmediatos trabajaban hombres con uniformes verdes, evidentemente presos. Ante ella, junto a la entrada, un rótulo metálico rezaba: ESTABLECIMIENTO CORRECCIONAL DE GREEN HAVEN.

Victoria dejó el coche en la zona de aparcamiento contigua al muro de diez metros de altura y subió por la escalera que, en la entrada principal, conducía a un cuarto de recepción acristalado. Allí pasó por el proceso de identificación, registro de su bolso, detector de metales y marcado de su mano izquierda con tinta invisible. Después, bajó por otra escalera que la condujo al terreno situado en la parte interior del muro de la prisión.

Cinco minutos antes de la hora prevista para su entrevista, subió por otro tramo de escalones hasta el vestíbulo del edificio de la administración. Una vez allí, escoltada por un corpulento y malcarado guardián de camisa azul, tuvo que someterse a otro control de seguridad, en el cual otro guardián le cogió la mano izquierda y examinó el dorso de la misma

bajo una luz ultravioleta. Seguidamente, precedida por el primer guardián, avanzó por un pasillo escasamente iluminado y subió por otra escalera que conducía al edificio de ladrillo rojo que era el hospital de la penitenciaria. Siguiendo al guardián, cruzó una reja y se encontró en lo que parecía ser una de las salas para visitantes. La hicieron sentar ante una mesa dividida en dos partes por una pantalla que llegaba al nivel de los ojos y que tenía como finalidad impedir que el visitante pudiera entregar algo al preso. Al sacar de su bolso su libreta de notas y la pluma, Victoria observó detrás de la mesa la ominosa presencia de otro guardián de rostro severo, un sargento instalado ante un escritorio con una tarima. Cerca de él, pudo ver una cámara de TV de circuito cerrado.

El guardián que había escoltado a Victoria tomó entonces la palabra.

—Se han dado instrucciones para que se instale usted aquí en vez de los cuartos de visita del Bloque de la Muerte. Supongo que es porque allí el cristal a prueba de bala y su agujero hacen que resulte muy difícil hablar. Este nuevo cuarto de visita es mucho mejor —indicó con un gesto al sargento de la tarima—. No les quitará el ojo de encima a usted y a su amigo, para que no pueda pasarle usted nada o..

—exhibió una sonrisa malevolente—para que no intenten hacer el amor. Enseguida llegará el preso.

Cinco minutos después, entró Sam Yinger y fue acompañado hasta una silla al otro lado de la mesa. Con las manos esposadas y encadenadas a un cinturón especial, Yinger iba flanqueado por dos guardianes altos y robustos. Yinger era más bajo y de aspecto más inofensivo de lo que ella había esperado. Sus cabellos rubios, ya un tanto escasos, sus ojos acuosos y su barbilla apenas prominente le daban el aspecto de una figura anodina en cualquier multitud. Exteriormente, parecía un fracasado vendedor a domicilio y nada en él indicaba al feroz asesino de siete personas seis de ellas chiquillos.

No obstante, por sus primeras palabras proferidas apenas sus uniformados acompañantes se hubieron retirado unos pasos, Victoria supo que se encontraba frente a un hombre poseído por una ira salvaje.

—¿Es usted la chica con la que dicen que tengo que hablar? —preguntó apenas se sentó.

—Soy Victoria Weston, del Record de Nueva York, y me han dicho que usted quería concederme una entrevista.

—Yo no quería; lo hago como un favor a mi abogado —replicó Yinger con una mueca feroz—. No sé ni por qué estoy aquí. ¿A mi qué mierda me importa? ¿De qué sirve dar una entrevista que uno nunca podrá leer?

—Tal vez ocurra algo antes de mañana por la mañana.

—¡Y una mierda! Usted sabe que nada ocurrir á. El gobernador era la única posibilidad y nos ha mandado con viento fresco. Soy hombre muerto.

Victoria rebulló en su asiento, sin saber con exactitud cómo había de proceder. No obstante, quería justificar su entrevista como fuese.

—Bien, señor Yinger, en primer lugar todos hemos de morir un día u otro, pero al menos tendrá usted una oportunidad de justificarse, de expresar lo que piensa hablando a través de mí. Puede hacer saber al mundo qué siente usted.., a sus amigos y familiares. Supongo que tiene usted amigos y parientes.

—Hermana, yo no tengo a nadie que me importe un comino.

—¿Ni una sola persona?

—No hay nadie que me importe un comino, excepto Caroline, y ella está muerta.

—¿Lamenta.. lamenta usted haber disparado contra ella?

Yinger no contestó y Victoria tragó saliva.

—¿Y los niños..? ¿Qué me dice de aquellos niños..?

—Tuve que hacerlo —contestó él, con voz súbitamente razonable.

—¿Tuvo que hacerlo? ¿Por qué?

—Era lógico, ése es el porqué. Eran testigos oculares contra mí. ¿Cuál es la diferencia? No se perderán gran cosa en este mundo —pareció reflexionar. Concluyó—: Ni siquiera se dieron cuenta de lo que les ocurrió.

—Es de esperar que no —musitó ella, mientras escribía afanosamente.

El la miró escribir un rato y por último la vio levantar la vista otra vez.

—Voy a decirle una cosa, señora, y podrán publicarla en letras de molde. Podrá asegurarles a todos que Sam Yinger lo dijo. No me importa morir. En realidad, me alegro de que no me cambiaran la pena por una condena perpetua. Imagine lo que es pasarse toda la puñetera vida, años y años, en una celda de hormigón que es como un agujero de cloaca. En cierto modo morir es como dormirse. Uno no sabe lo que ocurre antes o después. Un abrir y cerrar de ojos y se acabó la vida. La oscuridad. Un sueño largo y profundo. Nada de sueños ni de pensamientos. Nada. Sólo descanso. Y a mí esto no me asusta. Diga a la gente que Sam Yinger no tiene ni sombra de miedo. ¿Qué le parece, señora?

—Es toda una filosofía —contestó Victoria, mientras escribía a toda velocidad.

—Si, lo es —dijo Yinger y reflexionó unos momentos—. Hay cosas mucho peores que la muerte. Está la vida.. Mi vida fue un desastre.

—¿Quiere hablarme de ella?

—No sé..

Sin embargo, empezó a rememorar cosas. Unos padres a los que ni siquiera conoció. Negros años de orfanato. Relaciones alternativas con diferentes pandillas. Trabajos serviles. Escuela nocturna para adquirir una cierta respetabilidad. Sin embargo, ningún empleo decente. Tareas de limpieza, siempre trabajos serviles. Algo mejor en la ciudad: conductor de camión en el departamento de recogida de basuras. Único relajamiento: sesiones baratas de cine a medianoche. Y mujeres. Prostitutas que contagiaban la sífilis y las purgaciones. Su primer amor maduro fue Caroline, la maestra de escuela, y ella le traicionó; una puta como las demás, con todos sus hombres. Una mala pécora.

—Al diablo con ella —dijo a modo de conclusión.

—Esto es el pasado —comentó Victoria—, pero ¿y el presente? ¿Qué hace en su celda?

—Sólo se pueden hacer dos cosas. Ver la tele y masturbarse. La primera no es tan mala como dicen y lo segundo no me hace salir granos —pareció complacido de haberla mortificado. Luego preguntó—: ¿Algo más, señorita?

—Hay otra pregunta.. Bueno, tal vez varias más.

—Adelante con ellas.

—Yo pensaba en.. en cómo contempla hoy la vida fuera de aquí. ¿Hay algo que desearía hacer allí afuera?

—Nada en absoluto, nada. Ni siquiera acostarme con alguien —hizo una mueca—. Ni siquiera con usted.

Victoria procuró evitar toda reacción y él prosiguió apresuradamente:

—No es que no me guste. Tiene usted unas buenas tetas. Es sólo que.. tengo en la cabeza cosas más importantes.. tal vez la silla, por ejemplo.

—Por tanto, no desea usted nada del mundo exterior.

Yinger estaba sumido en sus pensamientos y Victoria no quiso acuciarle.

—Sí, hay.. hay algo que.. Volvió a guardar silencio y ella, con la pluma a punto, inquirió:

—¿Desea hablar de ello?.

—Una cosa —dijo él a media voz—. Me gustaría salir de aquí para vengarme de la gente que me trató injustamente en el juicio. Especialmente de una persona. Me refiero al fiscal.. ¿cómo se llama?

—¿Se refiere a Clark van Dusen, el fiscal del distrito de Nueva York?

—Si, ése es. Un charlatán y un mal nacido. Nunca me gustó su manera de hablar de mí ante el jurado, ni después sus comentarios ante los reporteros.., ni tampoco lo de ayer con el gobernador, cuando dio su opinión contra la conmutación de pena.

—Yinger se mordió el labio—. Sí, ese Van Dusen. Dijo que yo merecía ser borrado de la sociedad. Me llamó animal. Dijo que yo era una bestia. ¿Lo sabía usted? Me gustaría enseñarle que no se puede tratar así a un ser humano. Si por algo me gustaría estar libre, sería tan sólo para cargarme a ese tipejo llamado Van Dusen.

Victoria escribía sin cesar, pero los pensamientos se agolpaban en su mente. Tenía ante ella un hombre que a sangre fría se había cobrado las vidas de seis chiquillos, metido balas en las cabezas y los cuerpos de seis criaturas inocentes, y lo único que le preocupaba era el hecho de que el fiscal de distrito le hubiese calificado de animal.

—¿Algo más? —le preguntó Yinger.

Victoria dejó de escribir y hojeó sus notas.

—Vamos a ver..

En aquel momento, una voz gruesa y resonante tronó sobre ellos y Victoria levantó la cabeza, sobresaltada. La voz pertenecía al sargento que ocupaba la tarima cercana a la mesa, y se dirigía a Yinger.

—Oye, Sam, no quisiera interrumpir esta charla, pero hay otro visitante que te está esperando..

—Apuesto a que es el gobernador —replicó Yinger con una sonrisa.

—Sabes perfectamente quién es —dijo el sargento—. George Tatum, tu abogado, te está esperando. Supongo que habrá venido a darte un beso de despedida.

—El guardián apuntó a Victoria con un dedo—. Nada de eso es para su periódico, señora.

—No se preocupe —repuso la joven, metiendo las notas y la pluma en su bolso.

—El bueno de Tatum —murmuró Yinger—. También yo le estaba esperando.

El sargento de la tarima le interrumpió de nuevo.

—Y tú y tu portavoz me haréis el favor de hablar en inglés.

—Jódete —replicó Yinger con una sonrisa, y al mismo tiempo vio una expresión interrogante en la cara de Victoria—. Se refiere a que Tatum y yo hablamos de modo que él no nos comprende. Cuando Tatum asumió mi defensa, me enseñó un poco de esperanto, como hace con todos sus clientes como yo. Metemos en la conversación unas cuantas palabras en esperanto para que lo que estamos diciendo sea confidencial. No me gusta que ese asno lo oiga todo. Por otra parte, ningún reglamento lo impide.

—No —dijo Victoria, levantándose y preguntándose qué podía decir a modo de despedida—. Espero que obtenga su indulto o cualquier otra solución..

—No apueste ni un centavo por ella.

—Bueno, no quiero hacer esperar por más tiempo a su abogado. Muchas gracias, señor Yinger.

El ni siquiera se molestó en levantarse.

—Si mañana tiene más preguntas que hacerme, envíelas allá arriba.

Y con el índice de la mano derecha señaló hacia lo alto.

—De acuerdo —dijo ella—. Gracias de nuevo. Entrar en la prisión de Green Haven había tenido sus dificultades para Victoria Weston. Salir de ella le resultó todavía más difícil.

Librodot

El primer obstáculo fue su coche. La empresa de alquiler de coches le había entregado un saldo y, pese a sus intentos, el vehículo se negó a ponerse en marcha. Batería descargada, diagnosticó un inspector de la prisión. Y en aquel lugar no había nadie que pudiera echarle una mano. Tendría que buscar ayuda en el garaje de Stormville.

Victoria lo intentó, pero la única camioneta del servicio de reparaciones de Stormville había salido para otro encargo. Nadie sabia cuándo regresaría y le aconsejaron telefonear a un garaje de Beekman. La única furgoneta de reparaciones que tenían allí había salido también para una urgencia, pero no tardaría en regresar y se la enviarían. Terminaron recomendándole que tuviera paciencia.

La espera fue de casi dos horas y oscurecía ya cuando la furgoneta llegó, jadeante, a la bien iluminada zona de aparcamiento frente a la cárcel. Durante ese tiempo, Victoria revisó sus notas, reflexionó sobre los detalles de su charla con Sam Yinger, y trató de decidir una línea de redacción para su artículo. Había observado también las idas y venidas frente a la cárcel, incluida la partida, bastante apresurada, del hombre al que ella supuso ser el abogado de Yinger. Y durante todo ese rato, la joven se había consumido de impaciencia.

Observó ahora al jovenzuelo de la blanca furgoneta del servicio de reparaciones, esforzándose en poner en marcha su coche con ayuda de unos cables empalmados en su propio vehículo. La operación pareció interminable, y cuando finalmente lo consiguió y empezó a guardar los cables, Victoria preguntó: —¿Puedo marcharme ya?

—Será mejor que me siga hasta el taller —contestó el joven—. Si pretende regresar directamente a Nueva York, no le garantizo que llegue. Si vuelve a fallar..

—¿Qué se ha de hacer para que pueda volver a Nueva York?

—Proceder a una recarga rápida de la batería. Usted sígame. Victoria supo que no había más remedio. Su coche funcionaba sólo provisionalmente y siguió lentamente a la camioneta desde el muro exterior de la prisión y hacia el taller de Beekman. Cuando Victoria se enteró de que una recarga rápida exigiría al menos tres cuartos de hora, quiso comprar una batería nueva, pero no quedaba ninguna. Con una sensación de frustración, decidió entonces llamar al Record para hablar con Ollie McAllister.

Tuvo no pocas dificultades para comunicar con el periódico, pero cuando lo consiguió pudo hablar inmediatamente con el director ejecutivo de Redacción, y, muy agitada, le explicó lo que le había ocurrido con el coche y que seguía retrasándola.

—Y ahora me encuentro en ese pueblo —continuó—. Es posible que no pueda salir antes de una hora, y todavía me queda el viaje de vuelta. Tardé casi tres horas para llegar, y para regresar necesitaré otras tantas. ¿Prefiere que dicte el articulo?

McAllister conservó la calma.

—¿Qué clase de información ha conseguido? ¿Dijo algo interesante Yinger?

Victoria hojeó su libreta y leyó a McAllister unas cuantas notas sueltas.

—No está mal —comentó McAllister—, pero no son noticias candentes.

—A mí me parecen muy interesantes.

—Una información suplementaria, un texto de interés humano..

—Procedente de un animal —apuntó Victoria.

—¿Cómo?

—No importa. Yinger no perdona que se le haya llamado animal. ¿Quiere que lo escriba aquí mismo y lo dicte a la central de noticias? ¿O prefiere que regrese y lo escriba en la redacción?

La voz de McAllister sonaba extrañamente exenta de toda preocupación.

—¿Preferiría escribirlo donde está ahora?

Librodot

—Bueno, pues sí.. Estoy en una gasolinera, en medio de barriles de petróleo. Pero puedo hacerlo si..

—No es tan urgente, Vicky. Haré que los redactores de última hora preparen un resumen. Le reservaremos espacio. Aunque llegue aquí a las diez de la noche..

Victoria miró su reloj de pulsera.

—Oh, no será tan tarde.

—Pues aunque llegue a las diez, puede alcanzar la última edición, que se tira a medianoche. Y si todavía llega más tarde, hay una última oportunidad a las dos, para la edición de madrugada.

—Habré llegado mucho antes.

—Por otra parte, esta noche vamos un tanto rezagados —explicó él vagamente—. No debe preocuparse. No es necesario que telefonee nada. Basta con que venga.

—No tardaré en ponerme en camino. Avise al departamento de fotografía para que tengan preparadas unas cuantas de Sam Yinger. En primer plano, si es posible..

—Ya las tengo sobre mi mesa.

—Repito que no tardaré en llegar.

Pero si tardó en llegar. El alivio que sintió Victoria al saber que no tendría que dictar su artículo desde la gasolinera pronto fue sustituido por una creciente inquietud al ver demorado constantemente su retorno a la ciudad. La recarga de la batería hubiera ocasionado al mismísimo Job un ataque de nervios.

Utilizando un mapa, trató de reconstruir al revés la ruta que había seguido desde Manhattan, pero leer aquel mapa era como tratar de descifrar la Piedra de Roseta.

La primera parte de su viaje a través de Hudson Valley transcurrió pasablemente, pero cerca de la ciudad, ya caída la noche, tuvo que aminorar la marcha. Antes de que cruzara el río Harlem, la confundieron los frecuentes cambios de camino y se equivocó una y otra vez.

La tercera vez se sintió totalmente perdida y dejó la Expressway al encontrar una gasolinera de servicio nocturno, dispuesta a aclarar de una vez por todas el camino de regreso. Al caminar hacia la gasolinera, situada en un cruce muy transitado, vio que había un quiosco en la esquina y que numerosos peatones se concentraban alrededor del anciano vendedor de periódicos, que, arrodillado ante un fajo de periódicos, distribuía ejemplares a diestra y siniestra. Gritaba algo que no pudo entender, pero le pareció que pronunciaba el nombre de Yinger.

Movida por la curiosidad, Victoria se desvió hacia el quiosco y el anciano. Lo que vendía era el Record de Nueva York y los titulares de primera página anunciaban: YINGER SE EVADE DE LA CARCEL LA VÍSPERA DE SU EJECUCION. Este titular la sobresaltó y avanzó rápidamente hasta la cola que acababa de formarse para comprar el periódico. Mientras esperaba su turno, pudo ver montones del New York Times, en cuya primera página no había noticia alguna sobre la fuga de Yinger. Había también ejemplares del Daily News y del Post de Nueva York, y tampoco en ellos se mencionaba a Yinger, pero se trataba de ediciones anteriores.

Sólo el Record de Nueva York anunciaba aquella noticia sensacional y, mientras pagaba, se encontró con un ejemplar en la mano. Desplegó el periódico y rápidamente leyó aquella información exclusiva. Allí estaba la increíble fuga de Yinger en el último instante. Su celda había sido hallada vacía a la hora de la cena. No se había detectado antes su evasión porque los guardianes confiaban en el hecho de que su celda se encontraba en el llamado Bloque de la Muerte. Al parecer, Yinger había llegado a una especie de sótano a través de un tubo de aireación, y allí había encontrado un túnel que pasaba por debajo de la cárcel de Green Haven. Se había abierto paso, palmo a palmo, a través de aquel estrecho túnel, pasando por debajo del muro exterior de la prisión, y varios metros más allá había roto una delgada capa de tierra y césped y se había desvanecido en la oscuridad. Era un hombre peligroso y

podía estar armado, pues una huella en la tierra sugería que otro preso de los que habían excavado el túnel había ocultado una pistola en la ruta de la evasión. También había pruebas, pisadas y otras señales más allá, de que Yinger se había dirigido hacia el sur, camino de la ciudad de Nueva York. Había sido enviada a todas las comisarías una orden de búsqueda y captura, cosa que Victoria interpretó como la indicación de que había que disparar a primera vista contra Sam Yinger.

Al caminar hacia la gasolinera, la cabeza de Victoria registró una creciente actividad ante lo que significaba aquel acontecimiento. ¿Cómo pudo haberse enterado Yinger de la existencia de aquel túnel secreto? Sólo lo conocían dos personas en el periódico: ella y McAllister. Y McAllister sabía que era una información confidencial. Por otra parte, no tenía razón alguna, ni tampoco medios, para pasar semejante noticia a Yinger. Después pensó que ella y McAllister habían conocido la existencia del túnel porque Gus Pagano se lo había explicado. Pagano, claro.. Nadie podía considerarle como un hombre honorable. Era un delincuente habitual. Debía de haber vendido la información a cambio de dinero, y ésta debió de llegar a otro preso del Bloque de la Muerte, que la transmitió a su vez a Yinger. Y Yinger había actuado con rapidez y audacia. Y con pleno éxito. De algún modo, el Record se había hecho con la exclusiva.

Miró otra vez hacia el quiosco de la esquina. Todavía había más gente. Más ejemplares que se vendían uno tras otro. Pero sólo se vendía un periódico, porque llevaba la gran noticia. El Record de Nueva York copaba esta noche el primer puesto.

Y Victoria sintióse orgullosa de pertenecer a él.

Mientras seguía andando hacia la gasolinera, se preguntó si su entrevista a Sam Yinger tenía ya importancia. Su relato anterior a la ejecución del preso había sido suplantado por la noticia de su libertad. Victoria comprendió que su entrevista no tenía ya rango de noticia, pero todavía podía constituir una interesante información suplementaria. Debía escribir su entrevista.

Una vez en la gasolinera, tuvo que esperar diez minutos hasta que uno de los empleados pudo atenderla. Otra vez, un mapa abierto. Otra vez, una Piedra de Roseta. Pero ahora las direcciones eran más claras porque su punto de destino estaba más cercano.

Ansiosa por escribir su artículo y por satisfacer su curiosidad respecto a la primicia de su periódico, Victoria puso por fin en marcha su Chevrolet. Arrancó con brío, pero pronto se encontró sumida en un denso tráfico que redujo su marcha a un mínimo.

Poco después de las nueve dobló hacia Park Avenue y se dirigió hacia el Armstead Building. Había escrito de nuevo la estructura de su entrevista como media docena de veces en su cabeza, e incluso a la luz del reciente suceso tenía garra. Tampoco la preocupaba su tardanza, pues recordaba que McAllister le había dicho que hasta las diez se admitía material para la última edición de ciudad. El reloj del salpicadero le prometía que habría tiempo suficiente para conseguirlo si iba directamente a su mesa y escribía en seguida el artículo.

Mientras esperaba ante un semáforo en rojo, revisó mentalmente, por última vez, lo que debía ser su artículo, y llegó al párrafo final:

Al preguntarle si habría algo que le interesara hacer en caso de poder salir de la cárcel, Sam Yinger expuso con toda claridad que había una sola razón por la que le gustaría verse libre. "Me agradaría vengarme. Hubo personas que me trataron injustamente durante el juicio." Victoria había pulido ya el tosco lenguaje de Yinger mientras citaba mentalmente sus palabras. Siguió escribiendo para sus adentros: "Le estoy hablando del fiscal de distrito.. Nunca me gustó su manera de tratarme ante el jurado.. Me llamó animal.. Me gustaría enseñarle que no se puede tratar de ese modo a un ser humano. Si por algo me gustaría estar libre, sería para.. matar a ese Van Dusen".

En aquellos últimos segundos, un frío glacial empezó a adueñarse de la carne de Victoria.

Yinger estaba ahora libre, lo estaba esta noche..

Tenía una pistola y se creía que se dirigía hacia Nueva York.

Y si le había de creer, tenía un solo motivo, un motivo de animal, para ir allí. Matar. Matar para vengarse. Matar a Van Dusen, el fiscal del distrito.

Victoria lo sabia, y sabía que era verdad. En la ciudad no lo sabia nadie más, ni siquiera el propio fiscal Van Dusen.

En aquellos segundos de comprensión de los hechos, Victoria se sintió inmovilizada por el terror.

Las bocinas de los coches que tenía detrás la obligaron a actuar. Al fin de advertir que el semáforo estaba en el verde, hizo avanzar lentamente su coche hasta que pudo girar en un pasaje a la derecha. En la primera oportunidad, dejó la Park Avenue, se metió en una calle de dirección única y empezó a buscar un teléfono. Más allá de Madison Avenue había restaurantes abiertos, pero ningún lugar donde aparcar. Al llegar a la Quinta Avenida, recordó que había dos cabinas telefónicas en una esquina, una manzana más allá. Enfiló la Quinta, siguió el tráfico y distinguió con alegría los teléfonos públicos frente a la librería Doubleday. Buscando desesperadamente un lugar donde dejar el coche, vio que un taxi se apartaba de la acera y rápidamente ocupó aquel espacio vacío.

Paró el motor, se apeó y corrió hacia los teléfonos. Uno de ellos estaba libre y Victoria sabia que llevaba buena cantidad de monedas.

Ahora debía conservar la serenidad. Yinger buscaba al fiscal Van Dusen. Ella debía localizar a Van Dusen. No era tarea fácil a aquella hora, pero tenía que encontrarlo y avisarle antes de que fuese demasiado tarde.

Empezó a marcar, y fue como si una Gran Muralla de telefonistas la bloquease. Telefonistas indiferentes, despreocupadas, sin el más mínimo interés por su prisa frenética.

Finalmente, consiguió hablar con un conserje del edificio del Tribunal de lo Criminal.

—Póngame con la oficina del fiscal del distrito —rogó Victoria—. Tengo que hablar con el señor Van Dusen. Es muy urgente.

Otra voz alterada por el chicle.

—No está. Aquí no hay nadie. Oiga, ¿no sabe usted qué hora es? Vuelva a llamar mañana.

—Mañana puede ser demasiado tarde. Está en juego la vida de una persona.

—Vamos a ver, tal vez pueda encontrar a alguien que hable con usted. Voy a llamar al supervisor del departamento de denuncias. Seguro que estará allí. No se retire.

Una serie de chasquidos y un crepitar de corriente estática. Una voz de hombre. Una voz cansada.

—Berger. Denuncias.

Victoria hizo un esfuerzo para mantener firme el tono de su voz.

—Soy Victoria Weston, del Record de Nueva York. Tengo que hablar con el fiscal del distrito, es un asunto urgente..

—Lo siento, señorita, no es éste el departamento que corresponde.

—Es que tengo que encontrar al señor Van Dusen. Le digo que es muy importante.

—Le sugiero que llame a su despacho mañana por la mañana.

—Por la mañana él puede estar muerto.

—A todos puede ocurrirnos lo mismo —replicó jovialmente el supervisor—. Ahora bien, si tiene usted una legítima denuncia que formular..

—Mi denuncia es que nadie quiere ayudarme a ponerme en contacto con el fiscal del distrito.

—No se haga ilusiones respecto a conseguirlo esta noche. El señor Van Dusen se encuentra en la cena de homenaje al alcalde, en el Plaza.

—¿Dónde?

—En la Gran Sala de Baile del Hotel Plaza.

Victoria le dio las gracias y colgó el teléfono. El Plaza no estaba muy lejos y podía ir a pie, pero enseguida desechó esta idea. Estaba, sin embargo, demasiado distante para ir andando en un caso de emergencia como aquél. Subió a su coche y trató de encontrar la ruta más rápida hasta el Plaza.

Doce minutos más tarde se detuvo frente a la entrada del hotel, en la calle Cincuenta y nueve. Entregó su coche, junto con una generosa propina, al portero uniformado para que se lo aparcara, cogió el tíquet y subió apresuradamente por la escalinata que conducía al vestíbulo del Plaza, lleno de gente. Se metió en un ascensor también atestado y pidió que se detuviera en la Gran Sala de Baile. Al salir al vestíbulo revestido de mármol, observó la hora –las diez y media—y observó también que había personas vestidas de etiqueta que salían de la sala. La cena del alcalde debía de haber tocado ya a su fin. Buscó un rostro familiar, un rostro oficial, y sus ojos se posaron en el uniforme azul de un policía.

Tiró de la manga del agente.

—Oficial, ¿puede usted ayudarme?

El hombre pareció sorprendido por su expresión llena de ansiedad.

—¿Le ocurre algo, señorita?

—Tengo que hablar con el fiscal Van Dusen.

—Olvídelo, joven. Está en el escenario con el alcalde, y han dado orden de que no se les moleste. No podrá usted entrar allí.

—Pero es que..

Con gesto de frustración, Victoria volvió sobre sus pasos y entonces se fijó en un joven con gafas y aspecto anémico que la estaba mirando y que dio unos pasos titubeantes en su dirección.

—Perdona, tú eres Vicky Weston, la chica nueva en el Record, ¿verdad?

—Sí.

—Te vi ayer cuando Nick, Nick Ramsey, te enseñaba las oficinas. El nos presentó. Soy Jim Purdy, del sector ciudad. ¿Qué estás haciendo aquí?

Victoria se agarró a él como si fuese un salvavidas.

—Jim, escúchame, tú podrás ayudarme. Tengo que ver a Van Dusen..

—No es buen momento. ¿No puedes esperar?

—No, no puedo. Escucha y te contaré lo que ha ocurrido.

Le explicó con detalles su entrevista en Green Haven con Sam Yinger, y cómo el asesino le había dicho que si se encontrara en libertad buscaría a Van Dusen. Y ahora, sabiendo que Yinger estaba en libertad..

Purdy se mostró impresionado pero adoptó una expresión cautelosa.

—¿Realmente dijo que trataría de cargarse al fiscal del distrito? ¿Y tú le creíste? Tal vez sólo quiso echarse un farol, para adornar tu artículo.

—Tú le habrías creído si hubieras estado allí y le hubieras oído hablar. Sea como fuere, creo que Van Dusen debe enterarse de ello. ¿Conoces a alguien que pueda llegar hasta él?

—Yo puedo llegar hasta él —afirmó Purdy—. Mi terreno es, precisamente, Van Dusen y los tribunales de lo criminal. Voy a ver qué puede hacerse.

Victoria siguió a Purdy hasta las puertas de la sala de baile, le oyó cuchichear algo a dos policías que las vigilaban, vio abrirse una puerta y consiguió atisbar por encima de la cabeza

del reportero cuando éste echó un vistazo a la sala. Victoria pudo ver entonces, bajo las dos soberbias arañas de cristal, mesas y mesas ante las que se sentaban hombres y mujeres vestidos de gala. En el distante escenario, los dignatarios estaban de pie.

Purdy le hizo señas para que se acercase más.

—En este momento, Van Dusen se está despidiendo del alcalde. Baja por los escalones del escenario y se dirige al pasillo. Voy a ver sí puedo acercarme a él. Espérame aquí.

Con permiso de los guardias, Purdy entró en la sala y corrió por el alfombrado pasillo, donde un hombre alto y delgado, vestido de etiqueta, obviamente el fiscal Van Dusen, se abría camino entre las mesas y correspondía a los saludos de los comensales. A medio camino, Purdy lo interceptó y empezó a hablarle. Van Dusen se inclinó para escuchar, alzó la vista y echó a andar hacia la puerta donde Victoria estaba esperando.

Cuando llegó junto a Victoria, el fiscal se dirigió a ella sin circunloquios:

—¿Es usted la señorita Weston? Purdy me ha dicho que tiene usted una información importante.. algo acerca de que Sam Yingei quiere matarme. En realidad, no acabo de entenderlo..

—¿Sabe que Yinger se ha evadido de la prisión?

—Lo sé por lo que me han dicho desde Green Haven.. y por su periódico —contestó el fiscal secamente.

—Esta tarde, yo he entrevistado a Yinger en la cárcel. Le pregunté qué le gustaría hacer sí estuviera libre y él me dijo que lo único que le impulsaría a recobrar la libertad seria la posibilidad de matarle a usted.

Van Dusen frunció el ceño.

—¿De veras dijo esto?

—Tengo las notas que tomé. Eso es lo que dijo.

—Y cree usted que hablaba en serio?

—Creo que si. Al fin y al cabo, no mostraba el menor remordimiento por haber asesinado a seis chiquillos —puntualizó Victoria, remachando las palabras—. Estoy segura de que hablaba con el mayor convencimiento. Le odia a usted por haberle llamado animal ante el tribunal.

—Es que es un animal —dijo Van Dusen.

—Y ahora anda suelto —agregó Victoria.

El fiscal de distrito llamó con un signo a un hombre que acababa de salir de la sala, y mientras Victoria se preguntaba quién podía ser aquel hombre la mano de Van Dusen estrechó la suya.

—Quiero darle las gracias, señorita..

—Victoria Weston. Del Record de Nueva York.

—Gracias, señorita Weston. El jefe de policía, aquí presente, tomará precauciones inmediatamente. Doblará mi protección. ¿Puede usted disponer de unos momentos todavía? Quiero que le cuente al jefe todo lo que me ha dicho a mí. Y gracias de nuevo; es posible que yo le deba la vida. Pasaban unos minutos de la medianoche cuando Victoria, al borde del agotamiento físico, atravesó con paso incierto la casi desierta sala de redacción del Record, camino de su escritorio. Sacó su libreta de notas del bolso, deseando que le quedaran fuerzas suficientes para escribir su entrevista con Yinger antes de que fuese demasiado tarde.

Cuando llegó a su mesa, descubrió que su sillón basculante estaba ampliamente ocupado. Un indolente y tal vez parcialmente ebrio Nick Ramsey se balanceaba en él, con una de sus largas piernas sobre el brazo del mismo.

—Le estaba calentando el asiento a Lois Lane —explicó.

Librodot

—Lo agradezco —replicó Victoria—, pero ahora, sino te disgusta retirarte, tengo que escribir un articulo.

—No te molestes.

Victoria frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Tu artículo acaba de ser cancelado.

—¿Por qué?.

—Hay otras noticias más frescas. Lo que tú tienes ya ha envejecido.

—Ramsey retiró su pierna del brazo del sillón y se enderezó—. Sam Yinger ha muerto.

—¿Qué dices? —exclamó Victoria, incrédula.

—Lo que oyes.

—Ramsey se puso en pie—. Purdy ha telefoneado hace cinco minutos desde la residencia del fiscal en Gracie Square. Van Dusen volvía a su casa desde la fiesta en honor del alcalde. Sam Yinger estaba al acecho, armado con una pistola, dispuesto a asesinar al fiscal del distrito. Antes de que pudiera hacer puntería, los guardaespaldas del fiscal lo acribillaron. Yinger recibió como una docena de balazos en el pecho y la cabeza. Murió instantáneamente. El fiscal salió ileso..

—Ramsey sonrió—gracias a ti.

Victoria, confusa, movió la cabeza de un lado a otro, tratando de comprender aquellos acontecimientos. Ramsey prosiguió:

—Está todo aquí, dictado por Purdy. Joven reportera del Record salva la vida del fiscal del distrito. El propio Van Dusen dio tu nombre y te adjudicó todo el mérito.

—Pero ¿y mi articulo? Todavía hay el articulo..

—Noticias viejas, Vicky querida. Desde entonces, Yinger huyó de la prisión. Yinger buscó al fiscal. Weston avisó al fiscal. Yinger fue ejecutado horas antes de lo programado. Adiós, Yinger. Noticias viejas.

—Noticias viejas —repitió Victoria, desorientada—. Tal vez yo hubiera tenido que entregar mi articulo antes. ¿Qué pensará el señor Armstead?

—No sabría decírtelo. Van Dusen piensa que eres una heroína. En cuanto a Edward Armstead.. o bien te despedirá o bien te concederá un ascenso.

—Ramsey enlazó el brazo de ella con el suyo—. Lo que si voy a hacer ahora mismo es decirte lo que pienso yo. Que necesitas un trago. En todos los años que llevaban trabajando juntos, Harry Dietz no podía recordar haber visto jamás a Edward Armstead tan contento como aquella mañana.

El lujoso despacho del propietario del periódico estaba bañado por los rayos del sol que entraban a través de las cristaleras deslizantes ante el balcón, Era como si la Madre Naturaleza hubiera enfocado un reflector amarillo sobre Edward Armstead, que se arrellanó cómodamente en su sillón basculante tapizado en cuero, dejando que el sol calentara su rostro radiante, y desde su impotente mesa de roble hizo un signo a su ayudante:

—Explícamelo otra vez, Harry.

Obedientemente, Harry Dietz releyó la hoja de papel que tenía en su regazo.

—No son todavía cifras oficiales, desde luego, pero aunque haya alguna diferencia, no puede ser muy considerable. Ayer, el New York Times vendió, en números redondos, ochocientos sesenta mil ejemplares —carraspeó—, y el Record de Nueva York vendió novecientos cuarenta mil. Todas nuestras máquinas nuevas funcionaron a tope. Usted aplastó a la competencia. Lo consiguió.

—Es fantástico —comentó Armstead—. Toda una marca. Y la consiguió la fuga de Yinger. ¿Quién podía suponerlo?

Armstead oyó en aquel momento el intercomunicador y enseguida la voz de su secretaria.

—Señor Armstead. Puede usted hablar con Horace Liddington.

—Gracias, Estelle —dijo Armstead—. Pásamelo —mientras apretaba el botón del teléfono marcado CO 1, dirigió un guiño a Dietz—. Eso va a darle una patada en el trasero a nuestro viejo consejero legal.. ¿Horace?

—Hola, Edward —dijo Liddington—. ¿Cómo estás?

—¿Has oído las noticias acerca de las ventas que consiguió ayer el Record?

—Yo tenía una idea..

—¿Qué?

—Supuse lo que estaba ocurriendo. Cuando oí comentar tu noticia en el último telediario, salí a comprar el periódico, en busca de más detalles. Tuve que ir a tres quioscos antes de poder conseguir un ejemplar. La gente lo compraba en todas partes. Recibe mis felicitaciones, mis más sinceras felicitaciones..

Armstead tapó el teléfono con la mano y dijo a Dietz:

—Dice Liddington que él ya lo suponía. En su barrio la gente se arrancaba nuestro periódico de las manos. Ahora nos felicita.

Prestó de nuevo atención al teléfono.

—..al pensar en ti, no pude sentirme más contento —estaba diciendo Liddington.

—Gracias, Horace, muchas gracias.

—¿Cómo diablos te hiciste con una primicia como ésta?

—No importa de dónde salió la primicia. La cláusula en el testamento de mi padre fue anulada por Yinger —saboreó aquella justicia poética: la cláusula de su padre eliminada por un vulgar asesino—. Permíteme que te dé las cifras de venta de ayer. –Alargó el brazo, tomó la hoja de Dietz y dijo ante el teléfono—: Rebasamos las ventas del Times en ochenta mil ejemplares. Ahora, escucha las cifras totales.

—Se las leyó a Liddington—. ¿Qué me dices?

—Desde luego, parece que de momento te has salido con la tuya.

—Puedes estar seguro de ello. Sólo necesitaré una confirmación oficial para que quede satisfecha la condición del testamento. ¿Cuidarás tú de ello?

—Sí, te mandaré las cifras oficiales tan pronto como las reciba del Organismo de Control de Tirada en Chicago. Pero no cabe la menor duda de que..

—Sólo te estoy hablando de una formalidad, Edward. Para todos los fines, has hecho lo que se requería.

—Bien, me alegra oírte decir esto —comentó Armstead—. He cumplido la condición del testamento. A partir de hoy, el Record es mi diario.

—Te repito que no puedo estar más contento.

—Gracias, muchas gracias de nuevo. Créeme, Horace, esto sólo es el comienzo. De ahora en adelante, el camino sigue hacia adelante y hacia arriba.

—Myra y yo queremos participar en tu éxito y celebrarlo con una cena para ti y Hannah. Te prometo que habrá sobre la mesa una botella de Moet & Chandon Brut Imperial para festejar tu triunfo.

Armstead no pudo reprimir una risita, sabiendo como sabia que el abogado de su padre era un yanqui y conociendo su reputación de tacaño.

—Gracias, Horace —dijo—, aceptaré esta generosa invitación.. y también el champaña. Pronto nos veremos.

Apenas Armstead hubo colgado, volvió a oírse la voz de Estelle en el intercomunicador.

Librodot

—El teléfono llama sin parar, señor Armstead. No quiero molestarle con la mayoría de las llamadas y me limito a tomar nota del mensaje. Pero supongo que deseará contestar personalmente a ésta. Se trata del alcalde, el alcalde en persona.

—Páseme la llamada —sonrió Armstead mientras apretaba el pulsador rojo—. Aquí, Edward Armstead.. ¿Cómo está usted, señoría? Muchísimas gracias, muy amable de su parte. Pero después de todo somos un servicio público. Nos encanta ser de utilidad.. Si, será un honor para mí almorzar con usted la semana próxima.

Con una mueca, Armstead colgó el auricular y miró a Díetz.

—Su señoría me felicita. ¿Sabes por qué? No, no se trata de la primicia del Yinger. Me felicita por tener una reportera lo suficientemente emprendedora como para avisar al fiscal del distrito del peligro que corría y por ayudar a salvar la vida de Van Dusen. Y eso nos lleva a Victoria Weston. ¿Qué opinas tú?

—No lo sé —contestó Dietz con toda franqueza.

—Creo que yo sé cómo manejarla. Sé un buen chico, Harry, y envíamela. Edward Armstead contempló a Victoria mientras ésta atravesaba el despacho, desde la puerta hasta la mesa escritorio.

Era una muchacha bastante alta, volvió a advertir, con cabellos largos y rubios, un rostro agraciado y vivaz, unos pechos firmes que se movían debajo de un suéter gris y ajustado y unas piernas largas. No tan madura ni tan sensual como Kim Nesbit; una mujer menos hecha.

Pero pudo ver también que la joven se comportaba con soltura y dignidad, y que había en ella una elegancia natural que juzgó muy atractiva. Tuvo que recordarse a sí mismo que no debía dejarse seducir ni ablandar. Tenía el barrunto de que la muchacha llegaría a ser una reportera de primera fila. Ella seduciría y ablandaría a otros hombres. Seria un buen activo para el periódico, pero tendría que mostrarse un tanto duro con ella. La forja de una reportera de pies a cabeza había de comenzar hoy mismo.

Al sentarse ella frente a su mesa, la oyó decir:

—La enhorabuena, señor Armstead. En toda la casa se oye hablar de lo mismo: de que ayer el Record batió con mucho a los demás diarios de Nueva York, y esto es maravilloso.

—Sí, lo es. Gracias, Victoria. Vamos en cabeza y pretendemos mantenernos en el primer puesto.

—¿Y cómo lograron hacerse con la exclusiva sobre la fuga de Yinger? El Record fue el único diario que publicó la noticia.

Este era un terreno peligroso, pero Armstead supo moverse por él con Soltura.

—¿Se refiere a lo del túnel de Green Haven?

—Sí, y no acierto a imaginarme cómo se enteró Yinger de su existencia.

—Bueno, usted se enteró de ella a través de Gus Pagano y mantuvo su palabra respecto a no utilizar la información. Pero dudo que otros fueran tan discretos. Sea como fuere, en la prisión alguien se lo dijo a Yinger, y al mismo tiempo alguien nos informó de que Yinger iba a utilizar el túnel. Creo que tuvimos la noticia en máquinas en el momento en que él salía al exterior. No estoy autorizado para dar más detalles.

—Oh, señor Armstead, no estoy fisgoneando..

—Nada hay de malo en fisgonear, Victoria, siempre y cuando sea en los asuntos de los demás. Lo que no queremos es que fisgonee en los asuntos del periódico. Ya sé que se puede tener toda la confianza en usted.

—Una confianza absoluta, señor Armstead —aseguró ella.

Con gestos deliberados, Armstead extrajo un cigarro de su caja y jugueteó con él.

—Desde luego, estoy al corriente de que consiguió una excelente entrevista con Yinger en la cárcel.

—Fue., Interesante —admitió Victoria con cierta vacilación.

—Y durante esta entrevista, se enteró de que Yinger quería matar a nuestro fiscal de distrito, y cuando supo que Yinger había huido de la prisión, hizo cuanto pudo para ponerse en contacto con Van Dusen y avisarle el peligro que corría.

—Armstead aplicó una cerilla a su cigarro—. En realidad, con esto es más que posible que le salvara la vida al fiscal.

—Si, creo que si —dijo ella, todavía azorada.

—Supongo que todos la habrán felicitado por su humanidad y por su espíritu cívico. De hecho, ha telefoneado el alcalde para felicitarnos por su comportamiento, y también lo han hecho otros. Pero hay una persona que no va a felicitarla, y esta persona soy yo. Yo no puedo felicitarla por algo que no debió haber hecho.

Armstead sabia que ella había comprendido a qué se refería, pero sin embargo ella preguntó:

—¿A que se refiere?

El propietario del Record exhaló una nube de humo y observó su ascenso, desintegración y desaparición.

—Se lo explicaré contándole una historia que oí o leí en alguna parte, un caso en el que intervino otra reportera. He olvidado su nombre, pero creo que trabajaba para el Daily News de Nueva York. Fue en la época en que el joven príncipe de Gales se convirtió en rey Eduardo y más tarde en el duque de Windsor. Eran unos tiempos en los que el joven príncipe era noticia, frívola pero interesante, dada su figura de hombre de mundo. El príncipe, el verdadero príncipe de Gales, era un enigma, y el público quería saber más acerca de su persona. Pues bien, visitaba Quebec de incógnito, aunque todo el mundo sabia que era el príncipe de Gales, y el Daily News de Nueva York decidió intentar una artimaña para averiguar más detalles íntimos sobre él. El diario envió a Quebec a una de sus reporteras más jóvenes y bellas para que se introdujera como una jovencita recién presentada en sociedad, conociera al príncipe, se granjeara su confianza y se enterase de sus pensamientos más íntimos. Bueno, la cosa funcionó.. pero en realidad no funcionó. ¿Me está siguiendo, Victoria? ¿No se imagina lo que falló?. Sobresaltada, Victoria tartamudeó: —Pues.., pues no caigo, señor Armstead.

—Si, el truco funcionó a la perfección —prosiguió Armstead —. La reportera, en su papel de damita de la alta sociedad, atrajo al príncipe de Gales, bailó con él una y otra vez, supo conquistarlo, se ganó su confianza y obtuvo el material para su artículo. Pero después no fue capaz de escribirlo. Pensó que el príncipe había llegado a ser su amigo y que no podía traicionarlo publicando sus confidencias, escribiendo lo que tenía pensado escribir. Algo escribió, sí, pero no lo que se le había encomendado. Al final, su lealtad se inclinó por el príncipe, y no por el periódico. Como reportera, defraudó a su diario. ¿Lo ve?

—Lo veo —asintió Victoria a media voz.

—Pues del mismo modo usted me ha defraudado a mi. Tenía una historia que debía escribir para nosotros, pero en vez de escribirla pasó a preocuparse por el fiscal de distrito.

¡Pero yo no podía permitir que le mataran! —exclamó Victoria. Armstead apuntó hacia ella con su cigarro a medio fumar.

—No sea niña. Eran muy escasas las probabilidades de que Yinger consiguiera matar a Van Dusen en cualquier circunstancia. El fiscal de distrito siempre está bien protegido.

—Pero si el propio Van Dusen me dio las gracias..

—Tonterías, Victoria, todo tonterías. Un gesto político para jugar sus cartas ante la prensa, y al mismo tiempo para crearse una atmósfera de interés humano. Se las había usted con un político consumado, Victoria desde luego, se equivocó usted en sus prioridades. Debe

Librodot

saber, de una vez para siempre, que no trabaja en un servicio público, sino en la prensa, un negocio donde un perro muerde a otro perro. Nos había conseguido una historia exclusiva, cuyo montaje nos había representado unas dificultades considerables. Obtuvo una buena historia, y su instinto debió haberla traído directamente aquí para escribirla. Pudimos haber dado una segunda campanada.. y usted hubiera participado directamente en ella. Sí, una segunda edición extra. Ya estoy viendo los titulares: "Asesino fugado promete matar al fiscal Van Dusen". Con esto, nuestra circulación hubiera alcanzado cotas todavía más altas. Una vez muerto Yinger, la historia de usted ya no tenía interés alguno, y la muerte de Yinger ha sido noticia de todos, no nuestra, y por tanto se ha hecho pura rutina. Se equivocó usted en sus prioridades. ¿Comprende lo que quiero decir, Victoria?

—Creo., creo que sí, señor Armstead. Y lo siento.

—Puede que el fiscal de distrito le dé una medalla, pero no conseguirá una de Edward Armstead.. hasta que comprenda que el periódico siempre es lo primero. La próxima vez que se encuentre con un notición, tráigalo al Record, y entonces recibirá la medalla que merece.

—Observó que la joven estaba confusa, y no quiso desmoralizaría por completo—. Está bien, ha aprendido su lección; de ahora en adelante, lo hará mucho mejor.

Al salir ella, Armstead se preguntó si no se había mostrado excesivamente duro con ella, pero decidió que no. En realidad, le había dado una lección y, a partir de entonces, seria una reportera perfecta y un buen componente de un equipo vencedor. Armstead estaba dispuesto a contar con un equipo vencedor, con un periódico que figurase constantemente en cabeza.

Persiguiendo esta meta, pasó la hora siguiente revisando las últimas ediciones de todos los diarios de Nueva York, así como los de Washington y Chicago. Con el pensamiento recorrió la carpeta futura, la carpeta archivo de las noticias potenciales que pudieran surgir en los próximos días.

Quería otro Yinger. Más de lo mismo.

Al materializarse una idea en su mente, pidió a McAllister que localizara a Nick Ramsey, y poco después lo tuvo al teléfono.

—Nick, soy Armstead.

—Si, señor.

—¿Recuerdas aquel último Proyecto Especial que concebimos, aquél para el que te mandé al extranjero.. y que después mi padre se cargó?

—Desde luego. Era sobre el terrorismo, la serie que íbamos a denominar "La época del terrorista".

—Exactamente. A esa serie me refiero. Me parece recordar que acumulaste bastante material de fondo sobre el tema. ¿Tienes todavía tus notas?

—Todas ellas en condición impecable.

—Magnifico. Dáselas a mi secretaria. Quiero leerlas de nuevo. Es posible que nos interese sobremanera reactivar la serie.

—Buena idea. Podría levantar ampollas en todas partes.

—Ya veremos. Primero quiero echar un vistazo. Te haré saber algo.

Al colgar el teléfono, Armstead oyó la voz de Estelle y tuvo que tomar de nuevo el auricular.

—Ha llegado Gus Pagano. Está citado. Armstead lo había olvidado por completo.

—Hazlo pasar —ordenó.

Segundos más tarde, Gus Pagano entró en el despacho, haciendo girar su sombrero en una mano. Una vez dentro, se detuvo y ojeó la habitación.

Vaya salón! —exclamó, impresionado—. Lo que es aquí no falta espacio, que digamos.

Armstead supuso que su visitante se refería a que el despacho era más habitable que una celda en la prisión de Green Haven, e hizo un gesto a Pagano para que se sentara frente a él. Era la primera vez que veía al confidente y lo que más le sorprendió fue que Pagano tenía el aspecto que cabía esperar en él, o sea el de un granuja o un gángster de pocos vuelos. El cabello negrisímo y rizado, la tez morena y el traje a rayas encajaban perfectamente, pero no se notaban bultos que pudieran indicar la presencia de un arma.

Pagano se había instalado cómodamente y sacudía su paquete de cigarrillos para extraer uno.

¿Me permite? —preguntó, y encendió el cigarrillo sin esperar respuesta.

—Tenía ganas de conocerle, señor Pagano —dijo Armstead.

—Y yo a usted, viceversa —replicó Pagano.

Armstead no perdió más tiempo y fue directamente al grano.

—Su información sobre el túnel de la prisión.. resultó muy valiosa.

—Usted se sirvió de ella.

—Pues claro.

—Se suponía que no debía hacerlo —dijo Pagano, sin mostrarse enfadado en absoluto. Fue la suya una frase sin ninguna inflexión—. Era un secreto.

—Señor Pagano, cuando se revela un secreto a otro, deja de ser secreto. Debería usted saberlo.

—Le dije a la chica que no era para publicarlo.

—Y no fue publicado —repuso Armstead llanamente—. No fue publicado hasta que la fuga de Yinger reveló su existencia.

—Bueno, si prefiere andarse con tecnicismos..

—Señor Pagano, escúcheme. Tengo que hacerle una proposición comercial. Pero antes de exponérsela, permítame que le explique inequívocamente cuál es mi política: creo que en el mundo no existe nada que no pueda ser publicado una vez haya llegado a manos del Record. Todo lo que hay sobre la tierra es para ser publicado. Si yo me entero, es para publicación. ¿Qué le pagaron por hablar con nuestra reportera sobre Yinger y la celda?

—Doscientos cincuenta.

—No es bastante —dijo Armstead—. Por servicios prestados, se merece usted más. Voy a aumentarle esta gratificación a mil dólares. Y además voy a hacerle una proposición. ¿Le gustaría estar en mi nómina, con mil dólares semanales?

Pagano se enderezó en su asiento, brillantes sus menudos ojos negros, pero al mismo tiempo titubeante.

—¿Para hacer qué?

—Para hacer lo que usted puede hacer. Yo no le voy a dar mil dólares a la semana para que se rehabilite. Quiero que siga donde está ahora: en el mundo del hampa. Deme más informaciones como la de Yinger.

—Esas brevas no caen cada día.

—Me basta con que pesque alguna de cuando en cuando. Veamos, yo sé algo acerca de usted. Le gusta vivir bien y siempre anda escaso de dinero. Esto le permitirá seguir viviendo, y viviendo bien, pero al mismo tiempo no quiero que pierda sus contactos. Y tampoco quiero que se vuelva a enredar en atracos a mano armada. Frecuente a sus amigos de costumbre, pero no corra riesgos. Mantenga sus oídos bien abiertos.

—Y debo comunicarle lo que oiga, claro.

—Sí es algo que puede conducir a una noticia interesante, sí.

—No quiero perjudicar a mis amigos.

Librodot

—No será necesario que lo haga. Lo que usted explique no tiene porque implicarlos a ellos.

Pagano, meditabundo, aplastó en el cenicero la colilla de su cigarrillo.

—Con todo, no deja de ser un berenjenal peligroso —dijo—. A mis amigos no les gustaría enterarse de que los ronda un soplón.

—Usted no ser un soplón. Usted escuchará cuanto pueda. No perjudicará a nadie. Deberá ser selectivo, contarnos lo que pueda contarnos.

—Si, pero..

—Mil dólares por semana, Gus. Tal vez alguna que otra bonificación aparte por servicios especiales.

—Si, pero.. Armstead se levantó.

—¿Qué me contesta, Gus?. Gus Pagano se puso también en pie y alargó la mano.

—Trato hecho, señor Armstead.

Armstead le estrechó la mano cordialmente y, al soltarla, rodeó su escritorio. Estaba radiante otra vez. Ese era un buen día. Cada cosa se situaba en el lugar previsto. Se acercó a Pagano y con aire entre protector y paternalista lo tomó por el brazo.

—Vamos. Deberá hablar con Harry Dietz. Es ahora mi ayudante, y el hombre con el que deberá mantenerse en contacto. Quiero que entre los dos se tracen un plan de acción. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Armstead estaba a punto de salir de su despacho cuando le llamó por teléfono Hannah, su esposa.

Quería saber si iría a cenar, porque había algo que deseaba discutir con él.

—No podré ir a cenar —le había contestado él—, pero en cambio iré ahora mismo por unos minutos. Tengo varias citas concertadas y quiero cambiarme de ropa antes de salir otra vez. Dentro de unos minutos estaré en casa y entonces podremos hablar.

Ahora, en su dormitorio de su apartamento en un ático que dominaba Central Park, Armstead acababa de vestirse. Le esperaban tres citas y era para la segunda —una cita especial, ya que era con Kim Nesbit—que había regresado para cambiar su severo traje de oficina por un atuendo más juvenil y deportivo, con una vistosa chaqueta de cachemira y unos pantalones de franela de Savile Row. Al verse en el espejo de cuerpo entero, se sintió complacido. No había tenido mejor aspecto desde hacia años.

Constató que el tiempo apremiaba y que debía marcharse al poco rato, pero tenía que conceder cinco minutos a Hannah, que todavía le esperaba en la sala de estar. Se preguntó de qué podía querer hablar ella cuando él se encontraba tan atareado. Ya le había contado todo lo de la primicia de Yinger mientras desayunaban los dos por la mañana. ¿De qué más podía querer hablar? Si se trataba de alguna idea de Hannah, no podía ser nada bueno. Esperó que no llegara hasta el punto de estropearle su día perfecto.

Cruzó el pasillo hacia la sala de estar y tuvo una satisfacción al ver que Hannah, la constante inválida, no estaba sentada como casi siempre en su silla de ruedas. Se había instalado en el sillón, cerca del televisor, e incluso había color en su cara. Al avanzar hacia ella se preguntó si debía sentarse por unos momentos, pero decidió no hacerlo. Este gesto podía invitar a una conversación prolongada. Optó por quedarse de pie.

—He de notificarte —dijo—que hoy hemos aventajado al New York Times, lo hemos batido en toda la línea. ¿Qué te parece?

—Te felicito, Ed. Me alegro por ti.

—Sabía que podría hacerlo, y lo he hecho —comentó sacando del bolsillo de su chaqueta deportiva un cigarro y quitándole la funda. Tras despuntarlo, lo encendió con su mechero—. Y bien, Hannah, ¿qué puedo hacer por ti? Querías hablarme de algo.

—De nuestro hijo Roger —dijo ella.

—¿Qué le pasa a Roger?

—Me ha llamado hace un rato, desde un hospital en Green Bay, Wisconsin.

—¿Un hospital? ¿Qué quieres decir? ¿Qué ocurre? ¿Es algo grave? No, no puede serlo, puesto que él mismo te ha llamado.. Por otra parte, tú me lo habrías dicho por teléfono.

—No es grave —contestó Hannah—, pero no deja de estar hospitalizado. Roger estaba escalando una montaña cuando resbaló y cayo..

—¿Escalando una montaña? No hay ninguna montaña cerca de Green Bay.

—Tal vez fuese una colina —dijo ella—. Es posible que yo lo entendiera mal. Sea como fuere, sufrió una caída con lesiones. Un amigo que escalaba con él lo llevó al hospital más próximo. Roger tiene dos fracturas de pierna. No son graves, pero de momento lo han inmovilizado, y deberá estarlo durante algún tiempo.

Por una u otra razón, a Armstead le irritó oír aquella historia lejana y extravagante.

¿Qué diablos hacía escalando?

—Tenía algo que ver con su trabajo.

—Qué idiotez —rezongó Armstead—. Le está bien empleado.

—No podía recordar a ningún otro Armstead en la familia que hubiera escalado algo, excepto la cama. Este pensamiento le divirtió y dijo con mejor humor—: Bueno, lo importante es que esté bien. Ya me irás informando de su mejoría. ¿Era esto de lo que querías hablarme?

—No es todo —contestó Hannah—. Ed, quería pedirte que vinieras a Green Bay conmigo este fin de semana.

—¿Para qué? —replicó Armstead, airado—. ¿Para tomarle la mano? Dios mío, Hannah, ya no es un niño.. Además, tiene su médico allí, y un montón de amigos.

—No es lo mismo que la familia, Ed. Ha de estar echado y tú ya sabes cómo odia la inmovilidad. Estoy segura de que le gustaría tener más compañía, que tendría una alegría al ver a sus padres. Le haría mucho bien.

Armstead agitó su mano y el cigarro, en un gesto de disgusto.

—Hannah, tú ya sabes lo que está ocurriendo. Acabo de asumir la dirección del diario, y acabo de conseguir mi gran marca. Estoy metido hasta el cuello en el negocio, en el centro de todo, con un millón de planes en ciernes..

—¿Y no puedes dejarlo todo sólo por un fin de semana?

—Por favor, Hannah, sabes que no dispongo de ese tiempo. Mira, si crees que Roger necesita compañía, ve tú a Wisconsin y pasa el fin de semana con él. Yo arreglaré que te acompañe una enfermera. ¿Qué te parece?

No sin esfuerzo, Hannah dijo:

—Creo que él tenía muchísimas ganas de verte a ti, Ed. Me dijo por teléfono que en el diario local había leído lo de tu exclusiva sobre Yinger, y me encargó que te dijera que ha sido fantástico. Estaba muy orgulloso de lo que has hecho.

Armstead se sintió a la vez sorprendido y complacido.

—Bueno, veo que el chico tiene al menos algo de sentido común.

—Consultó el reloj—. Y ahora debo marcharme enseguida si no quiero llegar tarde. Sin embargo, déjame anotado el número de teléfono de Roger. No volveré muy tarde, después de cenar. Una breve celebración de la victoria con Dietz y Harmston. Cuando vuelva, yo mismo llamaré a Roger. Tú prepárate para ir a verle este fin de semana. Te echaré de menos, pero él te necesita más. Y ahora tengo que marcharme enseguida.

Cuando Armstead salió del apartamento y esperó el ascensor, se le ocurrió un pensamiento extraño.

Librodot

Pensó que él durante tanto tiempo había sido el hijo que nunca había tenido tiempo para ser padre, pero se dijo que tal vez su condición de hijo tocara ya a su fin. La vida le pertenecería a él solo (y a Roger, claro que también a Roger). Debería tocar este punto en su próxima sesión con el analista. Edward Armstead se había hundido en la desgastada butaca de cuero marrón del despacho del doctor Carl Scharf, y había hablado durante cuarenta minutos, obligando al analista a escucharle. Había sido una prueba de fuerza y Armstead había disfrutado con ella.

Finalmente, dejó de hablar, cambió su posición en la butaca y después dijo:

—Carl, ¿cuándo vas a comprarte un sillón nuevo o mandar que te arreglen éste? Los muelles se están saliendo ya. Cada vez que salgo de aquí tengo el trasero hecho papilla.

—Es para recordarte los beneficios de la vida espartana. Para recordarte que la vida es real, que la vida es dura y que es también una patada en el trasero.

—Si no queda más remedio, en Navidad te regalaré una butaca nueva.

Armstead sabía que al doctor Scharf le gustaba emplear los últimos diez o quince minutos de la sesión para efectuar un resumen de la misma. Era su método y resultaba efectivo. Siempre permitía a Armstead —y era de suponer que también a otros pacientes— salir con un cuadro claro de dónde se encontraba y adónde debía ir, en lo referente a lo emocional.

Mientras esperaba el resumen, mantuvo la mirada fija en el psiquiatra. Momentáneamente, el doctor Scharf había adquirido una cierta semejanza con una pelota de playa. Esa tarde tenía un aspecto francamente globular. Su vientre curvo y saliente colgaba sobre un estrecho cinturón. Iba tan desaliñado como siempre, con su suéter de cuello vuelto y sus pantalones de franela arrugados. En aquel momento procuraba situar debidamente sus pies sobre un taburete.

Armstead esperó oír la voz de la sabiduría. O al menos un cierto apoyo para su buen humor.

—Debo reconocer que te sacaste de la manga una buena primicia, Edward —dijo el doctor Carl Scharf.

—Ya no las llamamos primicias —explicó Armstead—. Ahora las llamamos bomba.

—Tu primicia salió en tu canal de televisión —continuó el doctor Scharf—. Por él me enteré de la escapatoria de Yinger.

—¿No lo leíste en mi periódico? Ya sabes que en él transcurre mí vida.

—Compré tres ejemplares, sólo para reforzar tus ventas —sonrió el doctor Scharf—. Me pregunto cómo conseguiste la noticia con tanta rapidez y además en exclusiva.

—Es secreto profesional.

—Oye, Edward, yo soy tu psicoanalista. Se supone que no has de tener secretos conmigo. Si he de ayudarte..

—Hoy no necesito ninguna ayuda —replicó Armstead muy ufano.

—Bien, me siento orgulloso de tus logros —dijo el doctor Scharf, cruzando las manos sobre su vientre—. Y tú debes estar satisfecho de ti mismo. Oficialmente has ganado el derecho a quedarte con el diario. Has vencido la desconfianza que inspirabas a tu padre. Has logrado lo que tu padre no pudo lograr en una década. Eres todo un mensch, un hombre.

—Así es como me siento.

—Eres libre, libre para hacer lo que se te antoje, para ir tan arriba como quieras por tu propia cuenta.

—Sólo estoy empezando —le aseguró Armstead—. El notición de Yinger no fue un hecho aislado. Yo me ocuparé de que no sea así. Tengo un millón de planes, y una vez lo tenga todo a punto voy a hacer temblar el mundo de los medios de comunicación. Todos sabrán quién soy yo.

—¿Sigue siendo tan importante?

—Ser yo mismo, si.

—¿Se trata de esto?

—Bueno, tú ya sabes lo que hay en mi cabeza. Tengo que eclipsar por completo a mi viejo. ¿Hay algo de malo en ello?

—Nunca he dicho tal cosa.

—Cuando la gente hable de Armstead, se referirán a Edward y no a Ezra.

—¿Quieres decir algo más sobre tu padre?

Armstead consideró esta posibilidad.

—No, creo que ya está todo dicho. Bueno.., me parece que hay algo más que debiera mencionar. Te vi el otro día y después fui a visitar a Kim.. a Kim Nesbit. El psiquiatra asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Cómo estaba?

—Bebida. Y también muy hermosa.

—¿Se alegró de verte?

—Creo que si —vaciló unos instantes. Luego añadió: —Me acosté con ella.. Fue bueno, espléndido. Tengo.. tengo la intención de seguir viéndola. El doctor Scharf retiró los pies de la otomana y preguntó:

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Alguna objeción?

—Ya sabes que no estoy aquí para juzgarte. Sólo tengo curiosidad por saber por qué intimaste con ella.

—No lo sé. ¿Por qué no?

El doctor Scharf se levantó y preguntó con una sonrisa:

¿Fue para demostrar a tu padre que eras un hombre.. o para demostrártelo a ti mismo? —Esperó que su paciente se levantara y después lo acompañó hasta la puerta—. Hablaremos de esto la próxima vez. No fue para demostrar nada a nadie, decidió Armstead mientras descansaba en el sofá verde lima del apartamento de Kim Nesbit. Sus ojos seguían los gráciles movimientos de Kim al dirigirse ella hacia el bar portátil. El necesitaba una mujer, una mujer apasionada, porque necesitaba la sensación de juventud, de vigor y de servir para algo. Su mujer se le había apagado hacia años. Excepto por alguna que otra preocupación por su hijo Roger, como la demostrada aquel mismo día, Hannah se había concentrado principalmente en ella misma y en su cuerpo cada vez más enfermizo. Kim era vibrante, sabía contentar y era un descubrimiento de algo en lo que él había soñado pero que hasta ahora no había podido explorar. No tenía que demostrar nada a su padre ni a sí mismo. Se trataba de algo mucho menos complicado. Deseaba a esa mujer y la había poseído, y volvería a poseerla una y otra vez, lo cual era magnífico. En la próxima sesión tendría que convencer al doctor Scharf respecto a sus auténticos sentimiento s.

—¿Whisky y agua? —preguntó Kim desde el bar.

—Exacto.

—Estoy aprendiendo —dijo ella, acercándose con el vaso—. Quiero complacerte en todo, Ed.

—Y lo haces —observó entonces que ella no tenía nada en las manos—. ¿Y tú? ¿No vas a tomar nada?

—Beberé un poco de Perrier.

—Esto no es beber.

—Ya no necesito beber —explicó ella, sentándose en el sofá a su lado. Ya te tengo a ti, querido. Tomó la cabeza de él entre sus manos y lo atrajo hacia sí. Armstead buscó sus labios húmedos, su lengua, notó el blando contacto de sus pechos contra él.

Al concluir el beso, pudo ver sus pechos desnudos bajo el escote de su diáfano negligé, y se sintió totalmente excitado.

—¿Estás todavía tan contento como esta mañana, cuando me telefoneaste? —preguntó ella.

—Yo sé lo que todavía podría ponerme más contento —contesto él, levantándose y tirando de ella para que se levantara también.

—Cariño..

—murmuró Kim, volviéndose hacia el dormitorio.

—Un momento, Kim —metió la mano en su bolsillo y, sacando un pequeño estuche de terciopelo, lo introdujo en la mano de ella—. Es para ti. Como celebración.

Ella levantó la tapa.

—Oh, Ed —musitó, al borde de las lágrimas—. ¡Es precioso!.

—Como tu.

Kim tomó el centelleante anillo de zafiro y lo deslizó en su dedo.

—¿Pretendes comprarme? —preguntó, tratando de sonreír—. Ya sabes que no es necesario.

—Pretendo adornarte —sonrió él—. Aunque ya sabes que no es necesario.

Kim extendió la mano para lucir el zafiro.

—Es maravilloso —rodeó a Armstead con los brazos—. Te quiero.

—Demuéstramelo —propuso él, al separarse de nuevo.

Kim le tomó una mano y se dirigieron hacia el dormitorio. Armstead se desvistió rápidamente y, una vez desnudo, vio que ella, también desnuda, se había echado en la cama y le tendía los brazos.

—Nada de juegos —dijo Kim—. Estoy ansiosa, Ed. Vamos a amarnos.

Kim le estrechó fuertemente entre sus brazos mientras él la penetraba.

Kim profirió un ronco gemido y Armstead gruñó. Aceleró el ritmo, empujándola a ella hacia la cabecera de la cama. Ascendió y descendió al recibirle ella con firmeza y empezar a mover gradualmente las caderas, hasta que Armstead se sintió poseído por un frenesí.

Así continuaron durante largos minutos, hasta producirse sus mutuas erupciones.

Armstead se separó de ella y se echó boca arriba, sudoroso y jadeante. Kim bajó las piernas y se apartó de los ojos sus rubios y sedosos cabellos, tratando de recuperar el aliento..

Tendidos el uno junto al otro guardaron silencio durante un rato.

—No dejes de amarme nunca —dijo ella por fin.

—Es todo lo que deseo hacer —prometió él.

Más tarde, cuando ella respiraba de nuevo acompasadamente y acabó por quedarse profundamente dormida, y él se incorporó sobre un codo, dispuesto a abandonar la cama, comprendió que las últimas palabras que había dicho a Kim eran mentira.

Hacerle el amor era algo maravilloso, una íntima satisfacción, pero no era todo cuanto deseaba él hacer, o pretendía hacer.

El sexo no era el primer objetivo, sino el segundo.

El primero era el poder.

Poder para manipular, controlar, dominar., dominarlo todo y a todos, al mundo entero.

Se le había presentado con claridad después de alcanzar el clímax: qué debía hacer y cómo debía hacerlo. Era peligrosa, muy peligrosa esa tentación inmensa, esa violación de la vida, pero él lo intentaría. Disfrutaría del orgasmo definitivo. Pese a la tentación de gozar de otra mañana de sol, Edward Armstead había ajustado las persianas para reducir al mínimo el resplandor. No quería una atmósfera relajante en su despacho; quería un ambiente sombrío, concentrado en el trabajo.

Cuando acudieron a su llamada Nick Ramsey y Victoria Weston, Armstead los saludó brevemente. Tras indicarles que se sentaran ante su mesa, se sentó detrás de ella y tomó el pliego de notas mecanografiadas que Ramsey le había entregado el día antes.

Aunque ya las había leído un par de veces, Armstead las quiso revisar de nuevo.

—Podéis fumar —dijo sin levantar la vista. Inmediatamente, Ramsey extrajo de su bolsillo un arrugado paquete de cigarrillos y encendió uno. Victoria permaneció en silencio, con ambas manos cruzadas sobre su regazo.

Finalmente, Armstead dejó las notas sobre la mesa. Estaba dispuesto a abrir el camino —un camino abierto con excavadora—hacia el cual le había dirigido el caso Yinger. Tendría que avanzar por él cautelosamente, paso a paso, siempre consciente de la posibilidad de socavones fatales.

Primer paso.

—Nick, he estado leyendo las notas que tomaste para nuestro Proyecto Especial, al que queríamos dar el nombre de "La época terrorista" —dijo—. Todavía es buen material.

—En realidad, disfruté recopilándolo —admitió Ramsey—. Ojalá se hubiera podido ponerlo en práctica.

—Todavía es posible —repuso Armstead—. Tengo algunas ideas al respecto. Algo que requerirá la cooperación de vosotros dos. En primer lugar, quiero averiguar algo más acerca de estas notas tuyas, Nick. De momento, a Victoria le bastará con escuchar; después ya veremos. ¿Preparado para comentar tus investigaciones sobre el terrorismo, Nick?

Ramsey se incorporó, alerta.

—Con mucho gusto le diré todo lo que no figure en mis notas, señor Armstead, todo lo que pueda recordar o que le sirva de ayuda.

—Quiero una evaluación tuya, Nick —dijo Armstead—. Existen hoy tantos de esos grupos terroristas que me he estado preguntando.. bien, para decirlo en pocas palabras, cuáles son los más importantes.

—¿Los más importantes en qué sentido? —inquirió Ramsey.

—Algunos de estos grupos pueden estar formados por chiflados o por simples aficionados. Ignóralos. ¿Cuáles son los más poderosos y efectivos?

—¿Entre los hoy existentes?

—Eso es.

—Los más poderosos, los más efectivos..

—repitió Ramsey—. Desde luego, el más numeroso, el mejor financiado y el que cuenta con los elementos mejor adiestrados es el Frente Popular para la Liberación de Palestina, conocido como el FPLP. Están dirigidos desde Beirut. Arabia Saudí les entrega veinticinco millones de dólares cada año. El coronel Gadaffi, de Libia, les da al menos cincuenta millones al año. Uno de sus comandos fue el responsable de la matanza en las Olimpiadas de Munich el año setenta y dos.

—Cítame otros.

—¿Otros que sean poderosos? —murmuró Ramsey, reflexionando—. Sin querer hacer una clasificación precisa, yo diría que los más disciplinados y activos después del FPLP son las Brigadas Rojas de Italia, el grupo Baader—Meinhof en Alemania occidental, el Ejército

Librodot

Rojo japonés, el IRA o Ejército Republicano Irlandés, el Frente Popular de Liberación turco, los separatistas vascos de la ETA en España.. y, en Sudamérica, los tupamaros de Uruguay.

—¿Algún vinculo en común? —consultó Armstead.

—Revolución inmediata y abajo el capitalismo —contestó Ramsey—. En su mayoría son apoyados con dinero, armas y entrenamiento por el Kremlin, la Unión Soviética. Supongo que la única persona que ha tenido que ver con muchos de estos grupos es la figura máxima del terrorismo, el hombre al que se conoce como Carlos.

—Ah, Carlos —dijo Armstead, tocando la carpeta de los documentos de investigación—. El playboy venezolano convertido en asesino. Vi varias de las fotos que conseguiste de él. Un joven obeso, blando, de cara redonda. Parece inofensivo.

—No permita que su aspecto le engañe —aconsejó Ramsey—. Carlos es implacable. Las vidas humanas no significan nada para él. Antes de llegar a ser famoso, Carlos vivía en un tercer piso de la Rue Toullier, en el Barrio Latino de París. Un amigo suyo, un libanés llamado Moukarbel, fue obligado a trabajar como informador y fue él quien condujo hasta Carlos a tres agentes del servicio de inteligencia francés. Durante su interrogatorio, Carlos obtuvo permiso para ir al retrete. Salió de él disparando con una automática rusa del siete sesenta y cinco, mató a dos de los agentes, hirió gravemente al tercero, pegó al informador un tiro en la cabeza, y huyó. Todo ello en diez segundos. Sus demás créditos figuran en mis notas.

—No recuerdo los detalles —dijo Armstead—. Hay tantos..

—Carlos ayudó a organizar la matanza realizada por el Ejército Rojo japonés en el aeropuerto israelí de Lod —explicó Ramsey—. Lanzó una granada en el Drugstore de París, matando a dos personas, hiriendo a doce e incendiando el establecimiento. Condujo un Peugeot hasta una pista secundaria del aeropuerto de Orly y disparó un lanzacohetes contra un Boeing 707 de la compañía El Al, que llevaba ciento treinta y seis pasajeros abordo. Esta vez falló. El organizó el secuestro de un avión de la Air France en Atenas, que motivó la operación de rescate de los israelíes en Entebbe. Personalmente, creo que su operación más lograda fue la que efectuó en Viena en 1975, cuando él y cinco colaboradores llegaron en tranvía al cuartel general de la OPEP, la Organización de Países Exportadores de Petróleo, en el edificio Texaco. Carlos y su grupo entraron y dieron muerte a tres guardias de seguridad, se apoderaron de once peces gordos del petróleo como rehenes y los llevaron en avión a Argel, donde los soltaron una vez cobrado el rescate. Esto requirió una gran planificación y muchos bemoles. Es un individuo de cuidado.

—Hablas como si todavía estuviera en activo. ¿Lo está?

—No lo sé —contestó Ramsey—. Lo estaba cuando busqué ese material para usted en Paris. Es lo último que oí decir.

—¿Y no sabes si vive?

—En realidad, no lo sé. Pero sospecho que si. Nada se ha dicho acerca de su muerte. Vivía en 1982 cuando envió un mensaje amenazador, con sus huellas digitales, al Ministerio del Interior francés desde algún lugar de Holanda.

—¿Dónde podría estar ahora?

Ramsey se encogió de hombros.

—Podría estar en Londres, en Bonn, en Beirut.. Pero probablemente se encuentra en París. Armstead miró a Victoria, reflexionando, y después volvió a dirigirse a Ramsey.

—Nick, dime todo lo que sepas de este asunto. ¿Es comunista ese Carlos?

Ramsey meneó la cabeza y contestó:

—Aunque parezca extraño, no creo que lo sea. Sin embargo, por lo que hay en mis notas acerca de sus antecedentes, así podría creerse. Su padre era un colombiano que se trasladó a Venezuela y ganó millones en el negocio de las inmobiliarias. El padre era un

marxista rico y tenía tres hijos, a los que puso los nombres de Lenin. A Carlos le llamó Ilich, el segundo nombre de Lenin. Carlos era Ilich Ramírez Sánchez, nacido en 1949. Recibió adiestramiento comunista en el campamento de Matanzas, en las afueras de La Habana, bajo un coronel de la KGB. Más tarde, Carlos estudió en la Universidad de la Amistad Patricio Lumumba, en Moscú. Fue expulsado de ella por excesos en la bebida y líos con mujeres, lo que fue probablemente un ardid de la KGB para meterlo en actividades clandestinas. Pero yo no creo que él fuese comunista. Cuando efectuó aquel secuestro en la OPEP de Viena, uno de sus rehenes era el jeque Yamani, ministro del Petróleo en Arabia Saudí. Yamaní habló extensamente con Carlos y no tuvo la menor sensación de que éste creyera en la causa comunista ni en la Palestina.

Armstead parecía cada vez más perplejo.

—¿Pues por qué se ha dedicado a secuestrar o matar a tanta gente?

Ramsey volvió a encogerse de hombros.

—No hay la menor seguridad al respecto. Hay quien supone que cree en la revolución internacional, en su variedad maoísta, pero yo no apostaría por ello. Tal vez le guste la aventura o tal vez le guste el dinero. Acaso le gusta el poder. Se cree que cuenta con su propio grupo, integrado por asesinos alemanes y árabes escogidos cuidadosamente. Todos los demás grupos son puramente políticos. El de Carlos puede o no serlo.

Armstead quitó la funda a un nuevo cigarro puro y, al cabo de unos momentos, preguntó casi con indiferencia:

—¿Dónde conseguiste todo este material sobre Carlos y su pandilla?

—De diversas fuentes —contestó Ramsey—. La mejor fue un informante perteneciente al grupo de Carlos. Un miembro de poca talla que sólo se dedicaba a tareas menores, pero un miembro. Yo estaba en Paris, haciendo correr dinero de un lado a otro, y conocí a ese tipo del Oriente Medio que tenía una amiguita en el grupo de Carlos y hacía diferentes recados para ella. Pedí mil dólares al señor Dietz y pagué a ese individuo la información que usted acaba de leer. Fue todo lo que pude obtener.

—Quiero más —dijo Armstead, levantándose y encendiendo su cigarro.

Ramsey no disimuló su sorpresa.

—¿Sobre Carlos?

—Sobre Carlos y su grupo.

—No sé si será posible —adujo Ramsey.

—Todo es posible —aseveró Armstead, que empezó a recorrer el despacho de un lado a otro sin dejar de hablar—. Quiero reactivar la serie sobre el terrorismo, ya que ahora puedo hacerlo. Quiero que Carlos sea el punto focal, al menos para empezar. Quiero que vuelvas a Europa, Nick, a París. Irás con Victoria Weston, pues necesitarás toda la ayuda que puedas conseguir..

Ramsey encontró la mirada de Victoria y frunció el ceño.

—No creo que éste sea trabajo para una mujer..

—empezó a decir.

—Nick, cállate —le interrumpió Victoria—. El chovinísmo machista desapareció junto con las faldas hasta los pies, o al menos así debió ser. Hablo francés y he estado en Paris, y en casi todos los lugares de Francia, tres veces. Puedo ser una buena ayuda, y tú lo sabes. No estoy asustada.

—Yo sí —aseguró Ramsey. . Armstead intervino:

—Estoy de acuerdo con Victoria y quiero que ella trabaje en esta serie. Por dos razones de peso. La primera es que quiero que tú, Nick, sigas enseñándole el oficio. La otra es que deseo el toque femenino, historias que atraigan a las mujeres, y no sólo a los hombres.

Librodot

Había otra razón, que ya había comentado con Dietz, pero que ahora se reservó. Quería hacer algo por la hija de Hugh Weston, porque deseaba complacer al máximo a Hugh. Después de todo, tal como le había dicho a Dietz, Hugh Weston era ahora secretario de prensa del presidente de los Estados Unidos. Sería muy útil que se sintiera agradecido, ya que acaso algún día podría necesitar a su vez un favor. Además, Victoria era más que capaz de cumplir satisfactoriamente su misión, a pesar de su relativa inexperiencia. Armstead estaba convencido de que su maniobra era ingeniosa.

—También hay otro motivo menor que me impulsa a asignar a Victoria este trabajo —continuó—. Quiero una buena fachada en París. Allí, los dos podréis haceros pasar por un matrimonio en viaje de turismo, al menos de puertas afuera. En el hotel, os registraré como personas separadas. Quiero que el Record quede al margen de esta investigación. No sois periodistas. Queréis ver la Torre Eiffel y comer pato en la Tour d'Argent.

—Armstead volvió a sentarse ante su mesa—. Creo, Nick, que podrías empezar por reanudar tu contacto con el grupo de Carlos. ¿Cómo se llamaba aquel hombre?

—Ahmet.

—Ahmet, de acuerdo. Entérate de si está todavía en Paris. ¿Podrás hacerlo?

—Había el dueño de un bar que sabía cómo encontrarle.

—Pues busca al hombre del bar —dijo Armstead—. Lo que más me interesa saber es si Carlos está preparando algún golpe.

—Esto es mucho pedir —murmuró Ramsey con la duda retratada en la cara.

—Te voy a pagar mucho —prometió Armstead—, y tú podrás darle a ese confidente tuyo, Ahmet, diez mil dólares para que se entere de las cosas. Pagaré más a otros para que averigüen todavía más. ¿Qué me dices?

Había preocupación en la expresión de Ramsey.

—No puedo decir qué es lo que llegaremos a saber sobre Carlos a través de Ahmet. Lo que sí le aseguro es que el dinero no puede conseguirle cualquier cosa entre los otros grupos terroristas. Saben utilizar el dinero, pero no van tras él. Sus intereses son puramente ideológicos.

—El dinero es ideología —repuso Armstead—. El dinero lo es todo, como comprobarás cuando empieces a hacerlo circular por ahí. De momento, empieza con Ahmet. Tú y Victoria preparad vuestras cosas para ir a París.

Ramsey se levantó, seguido por Victoria.

—¿Cuándo nos vamos? —quiso saber Ramsey.

—Mañana. En el Concorde. En el aeropuerto De Gaulle os esperará un Mercedes con chofer, y en el Plaza Athénée una suite con dos dormitorios. Vais como turistas de primera clase. Cuando tengáis alguna noticia, llamad a mi número privado. Después de esta, Harry Díetz o yo os confiaremos una nueva misión.

—¿También en primera clase? —preguntó Ramsey.

—Si vuestro trabajo es de primera —replicó Armstead—. Bon voyage. El día siguiente, un día gris, el Concorde de la Air France despegó del aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York a la una de la tarde y aterrizó en el casi desierto aeropuerto De Gaulle tres horas y treinta y dos minutos m s tarde, a las diez y treinta y dos de la noche, hora de París. Una vez pasado el control de pasaportes y tras haber recogido su equipaje, Ramsey y Victoria encontraron a su joven chofer francés que les acompañó, bajo el fresco nocturno, hasta el sedán Mercedes.

A medianoche se habían instalado en la suite 505 del hotel Plaza Athénée. Aunque ninguno de los dos tenía apetito —habían almorzado cumplidamente en el avión—encargaron por teléfono que les sirvieran en la habitación sandwiches au fromage. Ramsey encontró el pequeño refrigerador disimulado en un armario empotrado en el vestíbulo y se preparó dos whiskies antes de que llegaran los emparedados y un whisky doble después, y Victoria bebió

Librodot

una Coca—Cola con los suyos. Aunque para ellos todavía eran seis horas antes, Victoria se sentía exhausta por el viaje y el cambio de horario y se retiró al dormitorio más espacioso poco después de tomar su refrigerio. Ramsey, más avezado a los viajes, estaba menos cansado y permaneció despierto dos horas más, revisando sus notas y apurando su copa. Una vez terminados el examen de las notas y las copas, bostezó dos veces y supo que estaba en condiciones de conciliar el sueño. También sabia que al día siguiente debía entrar en acción.

Tras un desayuno a hora temprana en la suite, y acompañado por una Victoria fresca y descansada, Ramsey enfiló a pie la Avenida Montaigne y eligió el camino más largo por los Campos Elíseos hacia L' Etoile, para dar tiempo a que los bares abriesen sus puertas. Paris no era nuevo para Victoria, pero hacía cinco años que no visitaba la ciudad y se sentía estimulada y con ganas de hablar. Ramsey no quería conversar; le dominaba la tensión de su primera gestión.

Doblaron por la Avenida George V y después entraron en la Rue Pierre Charron. Ramsey condujo a Victoria a un modesto bistro donde un camarero estaba instalando cuatro mesas en la acera. Ramsey tocó el codo de Victoria.

—Vamos a entrar. Yo hablaré. Tú guarda silencio y bebe algo.

—¿Qué puedo beber?

—Cualquier cosa.

Victoria sintió un vago disgusto ante la manera de asumir Nick el mando y tratarla a ella como un apéndice indeseable. Por otra parte, esa misión en el extranjero también la había intranquilizado. Cuando Armstead se la asignó, a pesar de sus razonamientos ella notó un tono que sugería la posibilidad de cierto nepotismo. . Existía la posibilidad de que el dueño del Record quisiera hacerle un favor a su padre, a cambio de alguna compensación en el futuro. No podía demostrar que esto fuese cierto, pero la idea del nepotismo seguía acuciándola.

Instintivamente, apretó los dientes y decidió demostrar lo que valía en ese viaje.

Vio que Nick entraba en el bistro y le siguió prestamente, pasando entre las mesas vacías y las máquinas tragaperras que hacían funcionar dos hombres sin corbata y de edad provecta. Junto con Nick, se acercó al pequeño mostrador forrado de cinc.

Ramsey se acomodó en un taburete y Victoria se sentó junto a él. Un camarero jorobado que estaba guardando botellas dejó su tarea para preguntarles qué deseaban tomar. Ramsey encendió un cigarrillo y dijo: whisky con Evian.

Victoria había decidido pedir lo mismo que Nick, para demostrar que también era resistente y experimentada, pero la idea de beber alcohol a aquella hora de la mañana le produjo náuseas y optó por mostrarse independiente.

—Yo tomaré una Coca—Cola —dijo.

El camarero les sirvió sus bebidas y mientras lo hacía, Ramsey le habló a media voz:

—Monsieur, la última vez que estuve aquí, hará un año, había un camarero llamado Henri. No sé si..

—Henri está aquí, oui. Está dentro, cambiándose.

—¿Quiere decirle que un amigo quiere verle?

El jorobado desapareció tras una puerta al lado del mostrador y poco después salió por ella un hombre apuesto, de cabellos grises y anchos hombros, abrochándose una chaqueta blanca. Miró a los únicos ocupantes de la barra y se acercó a Ramsey.

—Hola, Henri —dijo Nick—. ¿Me recuerda?

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Henri. ¡Monsieur Nick! ¿Cómo está usted?

—Mejor que nunca, como puede ver. Estoy recién casado. Le presento a Victoria, mi esposa.

Henri la saludó inclinándose para besarle la mano.

—Le deseo toda suerte de felicidades. ¿Por qué se ha casado con un hombre tan viejo?

—Por dinero —respondió Victoria, siguiendo la broma.

—¿Y usted cómo está, Henri? —preguntó Ramsey.

—Ahora tengo un nieto.

Sacó de la chaqueta su cartera, extrajo de ella una fotografía y se la entregó. Ramsey y Victoria la contemplaron debidamente y, al devolverla, Ramsey dijo:

—Enhorabuena, abuelo.

—No se puede perder el tiempo —repuso Henri—. ¿Están ustedes aquí en viaje de novios?

—No, por negocios —replicó Ramsey.

El camarero mostró una expresión más seria.

—¿El mismo negocio? —preguntó con voz queda.

—El mismo —replicó Ramsey, bajando también la voz—. ¿Está él todavía en París?

—Sí.

—¿Puedo hablar con él?

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Dónde paran?

—En el Plaza Athénée. Suite quinientos cinco.

—Les llamará allí dentro de una hora.

—Gracias.

Ramsey bajó de su taburete, pagó las bebidas, dejó quinientos francos para el camarero y salió del bistro con Victoria pisándole los talones.

Tomaron un atajo para volver al Plaza Athénée y esperaron nerviosamente en la suite a que sonara el teléfono.

Habían pasado unos cincuenta minutos cuando por fin sonó el teléfono. Ramsey, que estaba sentado en el sofá, contestó.

—¿Señor Ramsey?

—Sí, soy Nick Ramsey.

—Soy Ahmet.

—Hola, Ahmet. Me alegro de que haya llamado. ¿Puede hablar?

—No. Ahora no. A las tres de esta tarde estaré pescando en el Sena, cerca de la escalera del Quai de Montebello. Entonces podremos hablar.

—Bien, me parece muy bien. Le veré allí a las tres. Ramsey colgó.

—Ha sido una conversación rápida —comentó Victoria—. ¿Ha habido suerte?

—Estaba nervioso. No ha querido hablar desde donde estaba. Me ha dicho que lo mejor para poder hablar era verle a las tres. Estará pescando en el Sena, y me ha explicado dónde.

—¿Quieres decir pescando, literalmente? ¿Pescando en el Sena?

—Un lugar tan bueno como cualquier otro. O mejor. Allí es muy difícil detectar una conversación con micrófonos o dispositivos electrónicos. Carlos puede mantener una estrecha vigilancia sobre sus hombres.

—Ramsey miró su reloj de pulsera—. Bien, disponemos de unas cuantas horas libres. Creo que haré una visita a Sid Lukas, el jefe de la oficina local del Record. Nos metimos en este asunto al mismo tiempo. ¿Tú quieres hacer algo?

—Dormir —contestó Victoria—. Llámame cuando empiece la cuenta atrás.

A primera hora de la tarde, bien descansada y con el rostro radiante aunque con una nota de aprensión, caminó junto a Ramsey por el Quai de Montebello, junto al río y al otro lado de la majestuosa catedral gótica de Nótre Dame.

—Es ahí —anunció Ramsey, señalando los escalones de piedra que conducían de la calle a la orilla del Sena.

Victoria le siguió por la escalera hasta el camino adoquinado a lo largo del río. Orientándose, Ramsey miró a su alrededor y después buscó a su derecha. Victoria vio lo mismo que él: cuatro o cinco pescadores situados a intervalos junto a la orilla.

—Es el que está más cerca, el que lleva un sombrero de cowboy —explicó Ramsey.

Echó a andar junto a la orilla y Victoria le siguió. Caminaron unos treinta metros y, al acercarse al pescador del sombrero de alas anchas, la joven pudo ver la cara cóncava de un hombre moreno, delgado y todavía joven, sentado y empuñando una caña de bambú, con un cesto de mimbre, cerrado, a su lado.

Ramsey se detuvo para encender un cigarrillo y dijo a Victoria en voz baja:

—Puedes venir, pero debes mantenerte en segundo plano. No hables. Le diré que eres mi esposa. Vamos, andando.

Con aire campechano, fumando su cigarrillo, Ramsey se acercó al pescador, seguido de cerca por Victoria.

Al llegar junto a él, Ramsey se detuvo al lado del cesto. Levantó la vista. Los demás pescadores quedaban lejos, fuera del alcance del oído. Ramsey señaló hacia el cesto.

—¿Cómo va hoy la pesca, Ahmet?. El joven delgado, con su sombrero de vaquero y un suéter, se encogió de hombros.

—Véalo usted mismo.

Ramsey se arrodilló a su lado y abrió el cesto. Estaba vació.

—¿Quién es la mujer? —inquirió Ahmet.

—Mi esposa.

—Está bien. Sea breve.

—Como la última vez —dijo Ramsey—. Necesito algunas informaciones. ¿Está Carlos en París?

—Podría estar.

—Me gustaría saber si planea algo para fecha próxima.

—Imposible. Lárguese.

Ramsey no se movió.

—Saber algo podría valer diez mil dólares.

Por primera vez, Ahmet miró a Ramsey, como para asegurarse de que había oído bien.

—Diez mil dólares —repitió Ramsey.

Ahmet volvió a centrar su atención en la caña de pescar. Al cabo de unos segundos, habló por un lado de la boca.

—Hoy mismo, a medianoche, le telefonearé. Adiós.

Ramsey se incorporó, se acercó a Victoria, la tomó del brazo y ambos echaron a andar.

—¿Has conseguido algo? —murmuró ella.

—Un pequeño bocado —respondió él.

Al atardecer, recuperado ya su humor jovial, Ramsey anunció a Victoria que había reservado una mesa para los dos en el Tong Yen, su restaurante favorito en París. Era un lugar pequeño pero alegre en la Rue Jean Mermoz, una calle corta y concurrida cerca del Rond

Point. Fueron calurosamente recibidos por la joven propietaria china, que besó a Ramsey en cada mejilla y los hizo sentar en un amplio rincón de la planta baja. Ramsey rehusó tomar un whisky y pidió cerveza china, que dejó probar a Victoria en su propio vaso. Encargó para los dos sopa Won Ton, chuletas de cerdo, carne de buey picada y frita con cebollas, y té de jazmín.

Antes de las once se encontraban de nuevo en su suite del hotel, fingiendo interesarse por los números matutinos del International Herald—Tribune y el Telegraph londinense.

A las doce menos ocho minutos sonó el teléfono varias veces, hasta que Ramsey levantó el auricular.

—Aquí, Ramsey.

—Soy Ahmet.

—Hola, Ahmet.

—No he podido obtener nada de mi fuente principal.

—Mala suerte, pero..

—Es que hay algo mas.

—¿Sí? Adelante, hable —le apremió Ramsey.

—He oído de otra fuente algo interesante, pero he de explicarlo personalmente.

—Bien, me parece muy bien.

—Hotel California —dijo Ahmet—. Mañana por la tarde, a las cinco. Habitación ciento diez. La puerta no tendrá echado el pestillo.

—Estaré allí a las cinco en punto.

—Usted no. Envíe a su mujer. Ella ha de traer el dinero. Dólares americanos, en metálico.

—De acuerdo, vendrá.

—Habitación ciento diez. No lo olvide.

—No se preocupe, no lo olvidaré. Gracias, Ahmet.

Ramsey se inclinó para colgar el teléfono y después dio media vuelta para enfrentarse a la mirada inquisitiva de Victoria.

—Es posible que hayamos conseguido algo —dijo.

—Dime de qué se trata, Nick. No me exasperes.

Ramsey procedió a encender un cigarrillo.

—Ahmet dijo que no había podido conseguir nada de su fuente principal. Con esto se refería a su chica en el grupo de Carlos. Después me ha dicho que había oído algo interesante de otra fuente, pero que debía explicarlo personalmente. Y ha dicho que estaría esperando en la habitación ciento diez del Hotel California..

—¿Dónde está eso?

—A una manzana y media de los Campos Elíseos, en la Rue de Bern. Es un buen hotel comercial. Quiere que tú hagas el contacto. "Envíe a su mujer", me ha dicho. Es la habitación ciento diez; la planta primera es de estilo europeo y la segunda de estilo americano, y ha dicho que la puerta no tendría el pestillo puesto. También ha exigido que le llevaras el dinero en metálico, en dólares norteamericanos. Por la mañana recogeremos ese dinero; tengo autorización de Armstead para ello. Y tú lo entregarás a las cinco, después de que Ahmet te cuente lo que ha averiguado.

—¿Y qué crees que habrá averiguado?

—Espero que sea alguna pista del próximo golpe de Carlos.

—Caray, qué nervios..

—Permíteme que te ofrezca un trago —dijo Ramsey dirigiéndose hacia la nevera.

—Tal vez esto pueda ser nuestro gran artículo, Nick.

—Seguro. Como mínimo nos valdrá el Premio Pulitzer. Faltaban seis minutos para las cinco de la tarde cuando llegaron a la entrada del Hotel California. Hicieron una breve pausa bajo la marquesina acristalada del hotel, mientras Victoria sacaba la polvera de su bolso de cuero, la abría y se miraba al espejo. Pasó la lengua por su labio superior, cerró la polvera y echó atrás un mechón de sus largos cabellos rubios.

Fue entonces cuando advirtió que Ramsey la estaba mirando con una expresión crítica.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

—La próxima vez arréglate los cabellos en un moño o algo por el estilo, antes de salir —dijo.

—¿Por qué? ¿Te resulta poco atractivo mi peinado? –replicó irritada Victoria.

—Todo lo contrario. El cabello largo llama demasiado la atención. No tienes el aspecto de una esposa.. ni el de un agente secreto.

—No soy ninguna de las dos cosas —protestó ella, pero Nick la había tomado ya del brazo y ambos entraron en el hotel.

A aquella hora de la tarde, el vestíbulo tenía una iluminación algo mortecina. Pasaron junto o un primer mostrador donde un conserje uniformado marcaba direcciones en un plano de París para un turista, y después frente a la recepción, donde se apiñaba un nutrido grupo de japoneses que registraban allí sus nombres, hasta llegar a la reja metálica del ascensor.

Ramsey oprimió el pujador.

—Recuerda que ésta es la planta baja. Encontrarás la habitación ciento diez en el primer piso.

—Nick, he estado en París tantas veces como tú. Sé cómo cuentan aquí los pisos.

—Perdona. Cuando llegues a su habitación, la puerta estará cerrada, pero sin echar el pestillo o la llave. Entra directamente. ¿Tienes el dinero?

Victoria dio un golpecito en su abultado bolso.

—Lo llevo aquí. Nick,¿y sí él no está? ¿Debo esperar?

—No, vuelve enseguida.

—Vio que el ascensor bajaba—. No te preocupes. Ahmet estará allí.

—Debo anotar primero lo que él diga, y después pagarle.

—Exactamente.

—¿Y si.. la información no vale gran cosa?

—Págale igualmente. El sabrá lo que debe hacer, y a nosotros nos interesa mantener este contacto.

El ascensor se había parado Ramsey abrió la reja exterior, pero cuando iba a entrar Victoria se volvió y dijo:

—Nick, ¿dónde te encontraré?

Con un gesto de la cabeza, él indicó una arcada que había a su espalda.

—Allí están el comedor y el bar. Estaré en el bar.

—Cerró la reja—. Aprieta el botón del primer piso. ¡Buena suerte!

Ella vio cómo desaparecía su figura ya familiar, y poco después el ascensor se detuvo en el primer piso. Salió de él, leyó la secuencia de números de habitación y caminó por el oscuro pasillo hacia la habitación ciento diez.

La puerta estaba cerrada. Preguntóse por un momento si debía llamar, pero cogió el tirador y lo hizo girar. La puerta se abrió. Entró en la habitación y cerró la puerta.

El anticuado aposento estaba envuelto en sombra, ya que unas cortinas cubrían las ventanas que probablemente daban a un patio anterior. La única y escasa iluminación

Librodot

procedía de una bombilla de poca potencia en la lámpara de pie que había entre la puerta y una gran cama doble de bronce. Pudo distinguir un armario de luna, pintado de verde, y una sillería antigua tapizada con pana marrón. La habitación parecía estar desocupada, pero al cabo de unos segundos su mirada distinguió a Ahmet. Estaba sentado en un sillón al otro lado de la cama, inclinado hacia adelante, al parecer poniéndose los zapatos.

—Ahmet —dijo Victoria—. Soy la señora Ramsey..

Se acercó al otro lado de la cama metálica, abriendo su bolso para sacar su libreta y la pluma, y había recorrido la mitad del camino cuando advirtió el silencio reinante. El hombre ni siquiera había dado señal de reconocer su presencia.

—Ahmet..

—llamó de nuevo, y se detuvo esperando respuesta. Silencio. Ahmet no se había movido, ni se había incorporado para saludarla. Estaba inmóvil. Dio dos o tres pasos más hacia él. Podía verle claramente ahora, la parte superior de su cabeza, sus hombros..

Y el mango del cuchillo que tenía clavado en la espalda. Sofocó un grito pero su cuerpo quedó como paralizado. El único sonido que se oía en la habitación era, al parecer, los latidos de su corazón.

—Oh, Dios mío —murmuró.

Y en el acto notó un miedo gélido. ¿Habría alguien más en la habitación? ¿El asesino? Reunió fuerzas para comprobarlo, pero no había nadie más allí, sólo ella y el cadáver.

Con un esfuerzo, avanzó titubeante hasta que pudo ver las manchas oscuras, secándose ya, alrededor del cuchillo, y en numerosos puntos del maltrecho suéter otras heridas punzantes.

Retrocedió un paso y se obligó a sí misma a arrodillarse para ver la cara de Ahmet, comprobar si todavía seguía con vida. Pero sus ojos eran unos óvalos blancos hundidos en la carne morena, las pupilas casi habían desaparecido y no había mirada alguna en ellas. La boca estaba abierta y de ella brotaba un grueso hilo de sangre que se había coagulado en la barbilla. Horrorizada, se incorporó, dio media vuelta sobre unas piernas que le parecieron de goma, su pie pisó el sombrero de vaquero que yacía en la alfombra, y entonces corrió hacia la puerta. En el último momento, condicionada por años de ver películas y leer novelas de misterio y asesinatos, retrocedió y buscó un pañuelo en su bolso. Con una mano temblorosa, limpió sus huellas en el tirador y después miró en el pasillo, a derecha e izquierda. No había nadie a la vista. Salió, cerró la puerta y limpió el tirador de la parte exterior.

Tratando de mantener su compostura, se alejó del lugar.

Media hora más tarde, temblando todavía, se encontró en el seguro refugio de la suite en el Plaza Athénée, con Ramsey. Mientras se servia una ginebra sola, podía oír a Ramsey que hablaba por teléfono con Nueva York. Había llamado a Edward Armstead, utilizando su número privado, y le había contado el contacto establecido con el informador y el descubrimiento del cadáver.

Sin dejar su copa, Victoria se dirigió al salón de la suite.

—De acuerdo, señor Armstead —decía Ramsey—. Nos quedaremos aquí hasta recibir instrucciones suyas. Adiós.

Colgó y se sentó en el sofá , con la vista fija en la alfombra.

—Yo.. yo nunca había visto un muerto hasta hoy —murmuró Victoria.

—Creo que Carlos nos ha dado su respuesta —dijo Ramsey—. Armstead ordena que nos mantengamos alejados de él, y que investiguemos otros grupos terroristas hasta que él nos dé instrucciones concretas.

—Miró a Victoria fijamente—. ¿Nunca habías visto un muerto hasta hoy? Pues ya verás más.

—Se levantó del sofá, alargó una mano hacia la copa de Victoria, tomó un sorbo y se la devolvió—. Será mejor que me tome un par de tragos por mí cuenta. Y en cuanto a tu cabello, sí.. la próxima vez te lo peinas hacia arriba. La realidad del asesinato en el lejano París no caló con profundidad en la mente de Edward Armstead hasta aquella noche cuando cenaba en Nueva York.

Había invitado a Harry Dietz a cenar con él en el Nanni AlnValletto, una vez terminado el trabajo. Era un restaurante italiano, tranquilo y confortable, en la calle Sesenta y una, no lejos de Park Avenue y a poca distancia a pie de la Redacción. Era un lugar agradable para charlar y esa noche Armstead tenía ganas de hablar con la única persona del mundo en la que podía confiar plenamente. Sospechaba que aquella podía ser la conversación más importante que jamás hubiera sostenido con alguien en toda su vida. Mientras servían a Dietz, Armstead contempló con afecto a su confidente. Sabia ahora, perfectamente, que la dedicación de Dietz a su persona era el principal significado de la vida de éste. Antes de iniciar aquella conversación crucial, Armstead sopesó una vez más la lealtad de su asociado y la relación que existía entre los dos. La madre de Dietz, una mujer egoísta y sin ningún interés por los demás, había educado a su hijo a través de su correspondencia con una serie de directores de pensionados. Dietz había crecido sin amor y sin amigos hasta llegar a la madurez, y hasta que Armstead (que comprendía tales privaciones) vio en él valiosas cualidades y le dio un trabajo en Chicago que le procuró a la vez fe y respeto. Desde entonces, Dietz había estado próximo a otro ser humano por primera vez en su vida, y desde un principio, Armstead había percibido que Dietz le quería, incluso le reverenciaba, y que hubiera hecho cualquier cosa para complacerle, incluso matar a su madre (a la que por otra parte odiaba) o incluso matarse él mismo por la figura de autoridad que le había dado una identidad y una finalidad en la vida. A su vez, contento de disponer de un subordinado que podía ser un aliado, un eficaz consejero y un comodín para toda clase de trabajos, Armstead siempre había demostrado la máxima consideración con su ayudante. Ambos hombres sabían que su relación reforzaba a cada uno, y que funcionaba. Ahora, cuando Armstead había asumido por fin una posición de poder y heredado una gran empresa, comprendía que tenía el compañero y confidente, el alter ego con el que podía contar en todo momento y al que destinaba un gran papel.

Sí, pensó Armstead con toda convicción, su plan estaría seguro en manos de Harry Dietz.

Hasta que éste atacó sus espaguetis —Armstead había pedido espaguetis y salsa de carne como todo entrante—no empezó a explicarle lo que les había ocurrido a Ramsey y Victoria en Paris.

—El soplón tenía algo referente a Carlos y estaba dispuesto a pasarlo a Ramsey a cambio del dinero —decía Armstead—. Quiso que Victoria fuese la intermediaria, y, por tanto, la chica fue a la habitación del hotel y lo encontró, sólo que no estaba en condiciones de contarle nada. Estaba sentado allí, muerto, asesinado.

Harry Dietz enarcó las cejas.

—No bromee. ¿Asesinado?

—Apuñalado entre los omóplatos. Muerto. Victoria no podía hacer sino lo que hizo, salir de allí arreando. Y con las manos vacías.

—Armstead se llevó la servilleta a los labios y volvió a colocarla bien doblada sobre sus rodillas—. Nos hemos metido en un terreno muy peligroso, Harry. Y esa gente juega fuerte.

—Desde luego.

—Desde el primer momento, supe que la cosa iría en serio —dijo Armstead, llevándose unos cuantos espaguetis a la boca—, y sin embargo no acabé de hacerme cargo. Era una misión periodística e incluso el asesinato sonaba a noticia de primera. Pero finalmente he caído en la cuenta. Han dado muerte a un ser humano.

—Así es, jefe.

Librodot

—Y también he comprendido que me enviaban un mensaje. Mantente al margen. No metas la nariz en los asuntos de Carlos. A no ser que quieras que también te maten a ti.

—Sospecho que éste es el mensaje.

—Sin la menor duda —asintió Armstead—. Y estoy seguro de que cualquier otro grupo terrorista en activo tendrá el mismo mensaje para nosotros.

—Es indiscutible —afirmó Dietz.

—Esto es lo que me dio mi gran idea —dijo Armstead—. Y por esto he querido tener esta charla contigo esta noche.

—¿Que se trae entre manos, jefe?

—Una idea fantástica. En realidad, la tuve, o al menos el inicio de ella, después de nuestro éxito con lo de Yinger. Esto fue lo que me hizo comprender que las noticias exclusivas no sólo se dan. Hay que lograr que se produzcan, tal como hicimos nosotros, y con ello dejamos muy atrás al Times y a todos los demás diarios de la ciudad.

—Dejó cuchara y tenedor sobre el plato y se inclinó hacia su ayudante—. Has de saber, Harry, que antes incluso de mandar a Ramsey y a la chica Weston a Paris preví que nada positivo saldría de su investigación. Me di cuenta en seguida que ningún grupo terrorista nos daría nada. Pero quería estar seguro y por esto envié allí a nuestros reporteros. Para averiguarlo con certeza. Y ellos lo averiguaron sin lugar a dudas.

—Y tanto que lo hicieron.

—Los grupos terroristas hacen su cometido por la razón que sea. No les interesamos nosotros ni nuestros problemas. Para ellos, nosotros sólo somos unos obstruccionistas. Prefieren navegar por sus propios medios. Una vez han hecho lo que han planeado hacer, es noticia desde luego, gran noticia, pero noticia que todo diario del mundo publica al mismo tiempo. Estos terroristas no conceden exclusivas a nadie.

—Las noticias no les sirven para nada —dijo Dietz.

—Exactamente —asintió Armstead—. Tal como la mayoría de las noticias que nos llegan son inútiles para nuestros fines. El otro día estuve revisando nuestro archivo de hechos futuros para ver qué se está preparando. El rey de España tiene programada una visita al País Vasco. Va a celebrarse una conferencia de desarme nuclear en Suiza. El primer ministro de Israel está estudiando otra reunión en El Cairo. Se dice que el Papa va a visitar Lourdes. Son todas noticias, pero ninguna será exclusiva. Nosotros las publicaremos, el New York Times las publicará, y todos las publicarán. Algunos periódicos exagerarán o deformarán sus versiones para darles un aspecto más novedoso y exclusivo, pero ninguna lo será. Todas serán exactamente lo mismo, tanto en la prensa como en la televisión.

—Armstead desenfundó un cigarro y apuntó con él a Dietz—. Harry, no hay noticia de veras, a menos que la fabriques tú mismo.

—Estoy tratando de seguirle, jefe.

—Sígueme atentamente. Todo el impacto de la idea, de lo que debería hacerse, me golpeó la otra noche, al acabar de estar con Kím. ¿Cómo conseguimos el notición de Yinger? Haciendo que ocurriera, haciendo que se convirtiera en nuestra noticia exclusiva. Ya viste los resultados. Nos pusimos de golpe en cabeza. Vi en seguida que habíamos de partir de este mismo nivel. Pensé en tratar de trabajar con algún grupo terrorista bien conocido, pero en mi fuero interno tuve la sensación de que no era éste el camino a seguir. Ahora, esta sensación ha quedado confirmada. Es un camino erróneo. Sin embargo, hay un buen camino y es el siguiente: cuando no hay noticia exclusiva., se inventa. Cuando surge una historia, ha de ser la tuya. ¿Comprendes la idea, Harry?

—Vagamente. ¿Cómo.. cómo la hace surgir, jefe?

—Pues teniendo un grupo terrorista propio para que le cree noticias a uno —repuso Armstead, serenamente—. Los grupos existentes no querrán cooperar. Por tanto, adquirimos

nuestro propio grupo, y éste, el nuestro, hace lo que nosotros le decimos que haga. La noticia que cree es nuestra en exclusiva. Esto podría mantenernos en primer lugar en Nueva York, y convertir nuestro diario en el de mayor venta en el mundo entero. ¿Qué te parece, Harry? ¿Es una idea descabellada? Lo de Yinger resultó. ¿Qué me dices? ¿Lo es?

Dietz meneaba vigorosamente la cabeza de un lado a otro.

—En absoluto, jefe. Es una gran idea una idea colosal. Un concepto perfecto. Creo que ha acertado usted con el camino apropiado, pero..

—Pero ¿qué? —quiso saber Armstead al advertir el titubeo del otro.

—¿Puede ponerse en práctica?

—Ya se ha hecho., con Yinger.

—Yo me refiero a lo de conseguir un grupo terrorista. ¿Por dónde empezamos?

—Por Gus Pagano —contestó Armstead al instante—. Vamos a empezar por él. Siempre y cuando todavía tengamos vara alta sobre él.

—La tenemos.

Armstead sonrió complacido y acercó la llama de su encendedor al cigarro.

—Entonces por él comenzaremos. Edward Armstead durmió toda la noche y se despertó con la sensación de que estaba metido en algo capaz de estremecer al mundo, una gran idea que Gus Pagano podía hacer posible. La pregunta inmediata era si Pagano tenía conexiones importantes con el ambiente criminal o sólo se relacionaba con peces pequeños del hampa. Y en el primer caso, la pregunta más vital era la de si cabía confiar en el. Llegado a este punto, Armstead recordó el expediente sobre Pagano que le había entregado Dietz. Tras haberlo leído, Armstead sabía que se podía confiar en Pagano. Tranquilizado, se sumió en un sueño profundo.

A primera hora de la mañana siguiente, Armstead recibió a Pagano en su despacho. Sabía que debía mostrarse franco con él, pero al principio se limitó a poner a sus anchas al confidente, mientras tomaban el café que les habían servido en la mesa escritorio. Los dos tenían muy poco en común, excepto el hecho de que Pagano figuraba en la nómina del Record, de modo que hablaron precisamente de esto.

Finalmente, Armstead notó que le impacientaba cada vez más aquella charla inocua y decidió ir directamente al grano. Apuró su taza de café y la dejó sobre la mesa.

—Gus —dijo—, quiero hablar con usted de algo importante. Pero ante todo quiero estar seguro de su lealtad. La reacción de Pagano fue suave y contundente a la vez.

—Usted me paga bien. Esta es mi lealtad.

—Es que puedo pagar mejor —replicó Armstead—, mucho mejor.

—Tiene usted mi lealtad absoluta. ¿Se refiere a si puede decirme algo que quede estrictamente entre los dos? Puede hacerlo.

—Esto no me basta —objetó Armstead—. Necesito algo más. Debo tener seguridad total de que usted es fiable en un ciento por ciento.

Picado por la curiosidad, Pagano se enderezó en su asiento.

—¿Y esto qué significa?

—Significa lo siguiente.

—Armstead tomó la carpeta que había sobre su mesa y la abrió—. Cada vez que contratamos los servicios de alguien, le abrimos un expediente y lo mantenemos al día. Cuando le contratamos a usted como informador, iniciamos uno de estos expedientes y lo llevamos al día.

—Miró fijamente a Pagano y luego hojeó el contenido de la carpeta—. Joyería Acme, en Lexington. Hubo allí un atraco hace dos años. Con tiroteo. ¿Le suena esto?

Pagano no contestó y se limitó a mirar, ceñudo, al propietario del Record.

Librodot

—Durante el tiroteo —prosiguió éste—, a causa de balas perdidas murió una cliente, la viuda de un conocido millonario, y un guarda de la tienda resultó herido, pero este guarda consiguió matar al atracador.

—¿Qué me está contando? —exclamó Pagano—. Yo nunca he matado a nadie en toda mi vida. Es un hecho que puede comprobar.

—Ni siquiera he insinuado tal cosa —replicó Armstead con fingida inocencia. Estaba disfrutando con el juego—. Digo meramente que un atracador llamado Restelí mató a tiros a una mujer durante un atraco, y a su vez murió al ser alcanzado por otros disparos. También digo que Restelí tenía un cómplice y que este cómplice logró huir. Nunca fue detenido. Debido a que allí murió una persona de alta posición, uno de los mejores reporteros criminalistas de mi padre siguió de cerca el asunto. El reportero paso mucho tiempo con el guarda de la joyería, enseñándole fotografías de delincuentes con antecedentes o en libertad condicional. Aquel hombre identificó una de ellas sin lugar a dudas como la del cómplice. La foto era la de un hombre llamado Gus Pagano.

Pagano no hizo el menor movimiento, ni siquiera un leve pestañeo, y guardó silencio.

—Hubiéramos podido dar esta información a la policía —continuó Armstead—, obtener del asunto un articulo menor, y el cómplice hubiera dado con sus huesos en la cárcel. Estoy seguro de que por largo tiempo. Pero mi padre no quiso que el buen nombre del periódico se viera manchado por el hecho de tener a uno de sus empleados mezclado en un atraco a mano armada. Mi padre optó por guardar la información en este archivo privado. Espero seguir guardándola en él.

Armstead esperó mientras Pagano rebullía en su asiento para sacar del bolsillo el paquete de cigarrillos. Extrajo de él un pitillo y lo encendió tranquilamente. Exhaló el humo, miró a través de él y exhibió una sonrisa torcida.

—Señor Armstead, usted quería saber si soy fiable al ciento por ciento.

—Hizo una breve pausa—. Señor Armstead, soy fiable al doscientos por ciento.

Una sonrisa llenó de arrugas el rostro de Armstead.

—Bien. Perfectamente. Nunca más volveremos a hablar de este asunto.

—Apartó a un lado la carpeta y, ya satisfecho, se dispuso a entrar en materia sin más circunloquios—. Vamos a empezar por la siguiente pregunta. ¿Conoce usted a varias pandillas?

—¿Pandillas? —Pagano mostró su sorpresa y su alivio ante lo que evidentemente consideraba como una pregunta tan inesperada como ingenua—. Señor Armstead, yo me he criado entre pandillas.. en el Bronx, en Brooklyn, en Nueva Jersey..

—No, no —le interrumpió Armstead—, no me refiero a pandillas callejeras. Me refiero a pandillas, bandas internacionales.

—Creo., creo que no le entiendo. Armstead volvió a la carga.

—Pandillas o grupos terroristas de los que actúan en el extranjero.

—Oh, esos —dijo Pagano—. ¿Como esos tipos de las Brigadas Rojas en Italia? No, no conozco a ninguno.

—Armstead se sintió decepcionado, pero Pagano prosiguió—: Sin embargo, esos internacionales, como dijo usted., pues sí, tengo alguna relación con un grupo. Pero no está en Italia.

—No me importa donde esté, Está bien, ¿dónde radica?

—En Londres. No son exactamente lo que usted llamaría terroristas.

—¿Pues qué son?

Momentáneamente, Pagano pareció confundido por esta cuestión semántica.

Librodot

—Tal vez lo que usted llamaría granujas de alto nivel. Cuando necesitan dinero, se unen y dan un golpe.

—¿Un golpe?

—Por ejemplo, un robo.

Esto ofrecía alguna posibilidad interesante.

¿Robo a pequeña o gran escala?

Esta vez, Pagano se mostró positivo.

—Oh, buenas tajadas, asuntos gordos.

Aún mejor.

—¿Y tiene usted algún contacto con esta pandilla?

—Claro. A través de otro graduado de Green Haven, un fulano llamado Krupinski. Por buena conducta, fue enviado a la granja que hay más allá del muro, pero como él no es amante del campo empezó a aburrirse y un buen día se las piró. Krupinski se fue a Londres. Necesitaba dinero y tenía algunas cartas de presentación. Entró en contacto con la banda de Cooper. Puesto que era un experto en dinamita y bombas, les vino de perilla y lo aceptaron. No hace mucho tiempo recibí una postal suya. Sigue en Londres. Incluso me invitó a visitarle allí.

—¿Piensa ir?

—No. Tengo pasaporte legal, ¿sabe?, pero no me gusta vivir entre extranjeros. Además, tengo ese empleo fijo con usted. ¿Para qué ir?

Armstead se levantó y, con expresión meditabunda, buscó un cigarro en el humidificador que había sobre su mesa y empezó a prepararlo.

—Gus —preguntó—, ¿quién forma parte?.

—¿Cómo?.

—De esa pandilla de Londres. ¿Quién forma parte de ella?

—Es un equipo un tanto desperdigado que se reúne de vez en cuando para planificar y realizar un buen golpe en Inglaterra o en Francia. No son aficionados. Tienen pasta y lo que usted llamaría crédito. Uno de sus golpes fue el robo de Brink's en Boston. Fueron siete de ellos, todos con máscaras de Carnaval. Se metieron en el edificio y sacaron de la caja fuerte casi tres millones. Dos de ellos tomaron parte en el robo del tren correo de Glasgow a Londres. Para esa faena contrataron a diecinueve miembros de dos pandillas. Es el golpe en el que intervino Ronnie Biggs, aquel tipo que fue detenido y escapó, y después se hizo cambiar la cara por un cirujano francés antes de largarse a Brasil. Fue una tajada de siete millones de dólares.

—No está mal —comentó Armstead, impresionado.

—Es que hubo algo mejor —dijo Pagano, cada vez más animado por el tema—. Hubo el robo de (no sé si lo pronuncio bien) la Société Générale, un banco de Niza, en Francia, donde utilizaron las alcantarillas para meterse dentro, pasaron el fin de semana en el banco, vaciaron trescientas diecisiete cajas de seguridad y se fueron con doce millones.

Armstead se mostró totalmente impresionado.

—¿Y usted dice que varios miembros de la pandilla Cooper de Londres intervinieron en estos., trabajos?

—Seguro. Es un grupo muy puesto al día.

—¿Cuántos hombres forman la banda de Cooper? —inquirió Armstead.

—Krupinski me dijo el año pasado que una docena más o menos. Pasó aquí una semana para ver a su madre, que estaba enferma. El mandamás es ese Cooper, un americano que hoy es británico. Krupinski dice que tiene un cerebro mágico. Después hay otra docena de ellos, o bien ocultos en otros países o cumpliendo todavía condena en chirona. Todos ellos son

Librodot

profesionales en falsificación, voladura de cajas y robos. No les interesa la política. Sólo el dinero, y cuanto más mejor. Armstead sonrió.

—Yo tengo mucho.

Pagano sonrió también.

—Eso he oído.

—Y tampoco me interesa la política —añadió Armstead.

Los ojos de Pagano clavaron en él una mirada llena de astucia.

—¿En qué está interesado?

—En las noticias.

Pagano trató de encontrar un sentido a aquella respuesta y repitió:

—Noticias.. Me tiene un poco desorientado. No sé a qué se refiere.

—Quiero decir que me interesa hacer noticias, crearlas para mis periódicos y mis canales de televisión. Necesito noticias en exclusiva para mis diarios y mis noticiarios televisados.

—Hizo una pausa—. Una banda capaz de crear todo esto para mí.

Pagano trató de absorber esta nueva información y meneó ligeramente la cabeza.

—Esto es un poco..

—hizo un esfuerzo por no mostrarse irrespetuoso—un poco descabellado.

—¿Quiere decir que es una locura?

—No lo sé. Supongo que tendrá su aspecto comercial. Pero no deja de ser descabellado.

Armstead decidió que habían llegado ya al meollo del asunto. A partir de aquel momento iría directo hasta el fin.

—Fue usted quien me dio la idea original —le dijo a Pagano—con aquella pista sobre el túnel de Yinger. Eso condujo a la fuga de Yinger. Fue un suceso previamente montado, inventado, y el resultado fue todo para mi. Si, fue un buen negocio, no se podía pedir más. Dobló la circulación de mi diario aquí en Nueva York, aumentó la de mis demás periódicos en todo el país, y captó la atención sobre la noticia en mis canales de televisión. Y esto me dio la idea de montar y crear más noticias. ¿Entiende ahora un poco mejor lo que le estoy diciendo, Gus?

—Si —respondió Pagano, no sin cierta vacilación—. Empiezo a captar la onda.

—Verá —trató de explicar Armstead—, no hay suficientes noticias de impacto, exclusivas. Generalmente, mis competidores venden lo mismo que yo. Pero nosotros queremos noticias sólo para nosotros, y ya que no corren por doquier, tal vez tengamos que inventar alguna que otra. Esta es mi gran idea.

¿Y para eso necesita una pandilla?

—Que pueda realizar grandes golpes para que escriba sobre ellos únicamente el Record de Nueva York. Hablando sin rodeos, necesito un grupo de granujas experimentados y bien organizados que hagan lo que sepan hacer mejor. Quiero que trabajen exclusivamente para mí. Quiero que creen noticias para mí. Nada de muertes ni asesinatos: un atraco, un robo sensacional, y sobre todo un secuestro de renombre. Material de primerísima clase, de primera página.

Esto ya se aproximaba más a la mentalidad de Pagano y lo comprendió perfectamente.

—Podría resultar peligroso —objetó.

—También lo es la pesca submarina y tripular una cápsula espacial.

—La gente se jugaría la vida por.. por unas noticias.

—Por dinero —corrigió Armstead, pronunciando cada sílaba—. Ha dicho que la pandilla de Cooper necesita dinero. Y yo tengo dinero.

—¿De cuánto dinero estaría dispuesto a hablar?

—Tal vez de tres millones de dólares por trabajo.

A Pagano se le escapó un leve silbido.

—¿Cree que les interesaría? —quiso saber Armstead.

—Depende de lo que quiera usted que hagan. Pero tres millones.. Si, les interesaría.

—Desde luego, no quiero que ellos sepan quién soy yo. No deben saber para quién están trabajando.. ni por qué. Quiero asignarles tareas.. a través de usted. No se harán preguntas. Quiero que los trabajos se ejecuten profesionalmente, con toda limpieza. Se les pagará por cada uno de ellos. ¿Cree que se mostrarán interesados?

—Supongo que si. Creo que sí.

—¿Puedo saberlo con toda seguridad?

—¿Quiere decir que me ponga en contacto con Cooper?

—Si.

—Puedo establecer este contacto —dijo Pagano.

—Pues entonces, hágalo —remachó Armstead, y era una orden—. Habrá mucho para usted en este asunto, Gus. Vaya a Londres y averigüe si cooperarán.

—Habla como si quisiera que fuese enseguida.

—Quiero que vaya esta noche. Ya lo he dispuesto todo. Espero saber algo dentro de cuarenta y ocho horas.

A las once de la noche, dos días más tarde, Armstead recibió la llamada.

Acababa de entrar en su apartamento en Central Park, cuando Hannah, desde su silla de ruedas y con el receptor del teléfono en la mano, preguntó:

—¿Eres tú, Edward?.

—Si, soy yo.

—Te llaman por teléfono. Es conferencia de Londres.

Los latidos del corazón de Armstead se dispararon y empezaron a acelerarse.

—Diles que me llamen por mi línea privada. Atenderé a la llamada en mi estudio.

Se quitó rápidamente el impermeable, lo arrojó a un lado, corrió hacia su estudio, entró y cerró cuidadosamente la puerta con llave por el interior. Después se situó junto al teléfono blanco, su teléfono superprivado cuyo número, diferente del normal del teléfono de la casa, no figuraba en los listines. Esperó unos momentos, y por fin el teléfono llamo.

Levantó apresuradamente el receptor.

—Dígame.

—¿El señor Armstead? —preguntó una voz femenina.

—Sí, soy Edward Armstead.

—Es una conferencia persona a persona del señor Pagano, desde Londres.

—De acuerdo, que se ponga el señor Pagano.

Había crepitaciones en la línea de Londres, pero la voz de Pagano sonó con toda claridad.

—¿Es usted, jefe?

—Hola, Gus. Y bien, ¿cuál es la respuesta?

—Todas las señales son positivas.

—Todas las señales son positivas.. ¿Y qué significa esto?

—Que Cooper está decididamente interesado —explicó Pagano—. Sin embargo, hay una sola cosa..

Librodot

—¿No dice que están interesados? ¿Qué pasa, pues?

—Quieren entrevistarse con usted personalmente aquí. Creo que quieren saber exactamente qué desea usted de ellos. Podemos arreglarlo de modo que no sea usted reconocido. Si no le representa un gran inconveniente, creo que valdría la pena que..

—No es un gran inconveniente —le atajó Armstead—. Si quieren verme primero, me verán, iré.

—¿Puede arreglarlo para mañana?

—Si, para mañana. Tomaré el Concorde. Saldré en el primer vuelo.

—Si me comunica su hora de llegada, yo le esperaré en Heathrow. Le haré reservar una suite en el Ritz.

—Le haré saber la hora. ¿Usted me esperar en Heathrow? Espléndido. De acuerdo también con la suite en el Ritz. ¿No traerá a nadie consigo?

—¿Traer yo a alguien? No, no se preocupe. Iré solo. ¡Hasta mañana!

Colgó lentamente el teléfono.

Se sentía exultante.

Por su propia cuenta, casi —casi—estaba metido en el circulo del terrorismo. Con su chofer al volante, el Rolls—Royce negro dio la vuelta a Piccadilly y se situó junto a la acera para detenerse ante la entrada de Arlington Street del Hotel Ritz de Londres.

Gus Pagano se apeó prestamente del coche, con Edward Armstead detrás de él. El portero trató de coger la bolsa y la maleta de Armstead, pero Pagano insistió en llevar él mismo el equipaje. La tarde era muy fría y se apresuraron a subir los escalones para entrar en el cálido vestíbulo.

Pagano hizo pasar a Armstead de largo ante la recepción.

—Ya le he registrado bajo mi nombre, señor Armstead. Es mejor que vayamos directamente a la suite que tiene reservada.

Atravesaron el largo vestíbulo, doblaron a la derecha para tomar el ascensor y subieron hasta el quinto piso. Tras doblar una esquina, llegaron a la suite número 518. Tras quitarse el sombrero y su abrigo de paño ligero, Armstead quiso saber algo más acerca de lo que le esperaba. En el aeropuerto de Heathrow apenas habían tenido tiempo de hablar, ya que el chofer del coche de alquiler se unió a ellos casi inmediatamente. Después, durante el trayecto hasta Londres, aunque el cristal que les separaba del chofer estaba cerrado, Pagano había hecho señas a su jefe para que no entablasen conversación.

Ahora, en el salón de la suite del Ritz, a las 9.35, Armstead pudo preguntar por fin a Pagano:

—¿Hasta qué punto están interesados?

—Yo diría que Cooper se mostró muy interesado. Lo suficiente como para decirme que le trajera inmediatamente a Londres. La paga de tres millones fue un buen anzuelo.

—¿Le dijo que pagaría esta cantidad por cada trabajo?

—Ya lo creo. Y eso fue lo que lo pescó. Pero todavía no está enganchado del todo, jefe. Quiere verle a usted y oír de su boca exactamente cuáles son sus planes.

—Yo estoy dispuesto si él lo está —aseguró Armstead—. ¿Cuándo podemos vernos?

—Ahora.

—¿Dónde? —quiso saber Armstead.

—Aquí —dijo Pagano—. La puerta contigua. He reservado para usted una suite con dos dormitorios y un salón. Ellos están en el otro dormitorio, esperándole.

Por primera vez desde su llegada, Armstead notó una sensación de intensa anticipación, la misma que puede tener un empresario teatral cuando el telón se levanta en Broadway la noche de un estreno, o la de un jugador de fútbol antes de un disparo crucial. Había también

Librodot

algo más en su interior, una curiosidad impulsiva por ver en persona a unos terroristas, aunque todavía no terroristas en realidad pero sí criminales notorios y temidos, hombres que habitaban un mundo secreto al margen de la ley.

—¿Cuántos de ellos están aquí? —preguntó Armstead.

—Creo que Cooper y dos de sus ayudantes. Le enseñé a Cooper la habitación y dijo que esperaba a dos de sus hombres. Esto ocurrió cuando yo me disponía a ir a Heathrow. Supongo que ya estarán todos aquí.

—Pagano estudió el rostro de su jefe—. A lo mejor quiere usted descansar primero un rato. Acaba de hacer un largo viaje en avión..

—No ha sido más agotador que conducir un coche a través de Manhattan.

—Por tanto, ¿está dispuesto a ver a Cooper y sus hombres?

—Estoy dispuesto.

Pagano levantó una mano.

—Falta algo —dijo.

Buscó en un bolsillo interior de su chaqueta deportiva. Había allí un objeto que hacia bulto detrás del bolsillo del pecho. Pagano sacó el objeto y lo entregó a Armstead.

—¿Qué es esto? —preguntó éste, aplanándolo entre sus manos—. Parece un gorro de esquiador.

—Un pasamontañas —explicó Pagano—. Una capucha de montañero, o también de esquiador. Es mejor que se la ponga si quiere que nadie pueda reconocerle. Resulta un poco calurosa, pero ocultará su cara.

Armstead dedicó a Pagano un gesto de aprobación con la cabeza.

—Está usted en todo, Gus —Se puso la capucha de lana y después se acercó al espejo del recibidor para contemplarse en él—. Grotesca, pero eficiente.

—Bien, ahora entremos —dijo Pagano.

Abrió la puerta del segundo dormitorio y se hizo a un lado. Armstead entró cautelosamente y en seguida trató de orientarse. La espaciosa habitación tenía un mínimo de iluminación. Había dos sillas plegables aisladas más allá de la cama, en un extremo de la habitación. Frente a ellas había una butaca y un sofá ocupado por tres hombres, todos ellos con chaqueta y corbata. Ninguno de ellos iba enmascarado.

Un hombre corpulento, de pelo espeso, ojos pardos y de párpados gruesos, bigote castaño de puntas caídas, y un rostro curtido e inexpresivo, se levantó del sofá, estiró su chaqueta de mezclilla y se adelantó extendiendo la mano.

—Cooper. Rápidamente, Pagano presentó a Armstead.

—Mi jefe.

—Walter Zimberg —anuncio Armstead—para fines de identificación. Encantado de conocerle.

Se estrecharon la mano y Cooper señaló a los dos hombres del dormitorio, pronunciando sus nombres casi ininteligiblemente:

—Krupínskí..Quiggs.. Si es necesario —añadió—,conocerá más tarde a los demás componentes de nuestro consejo de dirección: De Salvo, Overly, Shields y Leí air. Y ahora podemos empezar nuestra conversación de negocios.

Volvió al sofá y se sentó. Armstead lo hizo también en el borde de una de las sillas plegables, mientras Pagano ocupaba la otra a su lado.

Armstead se aclaró la garganta y pregunto: —¿Conocen todos ustedes el motivo de esta reunión?

Librodot

—Vamos a asegurarnos de que lo hemos entendido bien —repuso Cooper—. Usted quiere contratar los servicios de una organización de expertos a fin de instigar una serie de acciones. Está dispuesto a pagar tres millones de dólares por cada golpe individual.

—Correcto —aprobó Armstead.

—No le preguntaremos por qué quiere que se efectúen estos trabajos —dijo Cooper. Es asunto suyo.

—No tiene nada que ver con la política —se apresuró a aclarar Armstead.

—No importa —replicó Cooper—. Antes de que podamos decidir si trabajaremos para usted, debemos saber exactamente qué desea que hagamos. ¿Implica algún asesinato?

—¡En absoluto! —contestó en el acto Armstead, horrorizado.

Su máscara de lana empezaba a causarle una cierta comezón. Se apretó un muslo con la mano. El uso indiferente de la palabra "asesinato" le había enervado, pero trató de recuperar la compostura y la voz, y finalmente pudo explicar lo que ya llevaba preparado.

—Me interesa principalmente el secuestro —anunció—. Tal vez más tarde hablemos de robos, pero la primera tarea es un secuestro. Quiero que se apoderen de una persona muy conocida, que la mantengan en lugar oculto dos días, y que pidan un rescate. No debe ser una suma excesiva, sino una cantidad razonable que pueda ser reunida y pagada fácilmente; desde luego, podrán quedarse también con el dinero del rescate. Ya les he dicho que en esto no hay política, pero creo que sería un gesto hábil el de darle un aspecto político; tal vez pedir, en vez de dinero, la liberación de un preso político, una figura menor de ideas radicales. Pondrán en libertad a la persona secuestrada al cabo de dos días, porque quiero reducir al mínimo el riesgo de que los capturen a ustedes. Una condición importante es la de que Gus Pagano debe estar en su organización como representante mío. El les ayudará en lo que pueda, pero principalmente debe actuar como enlace conmigo y responderá estrictamente ante mi. Si se hace así, me daré por satisfecho.

—¿Donde ha de tener lugar nuestro primer golpe? —inquirió Cooper.

—En San Sebastián, en España —contestó Armstead.

—¿Cuándo?

—Dentro de dos semanas, contando desde mañana.

Tras una pausa, Cooper preguntó:

—¿A quién hemos de secuestrar?

Armstead contuvo el aliento y después contestó a través de la rendija de la capucha frente a su boca. Logró mantener un tono normal en su voz.

—Han de secuestrar al primer ministro.

Se produjo a continuación lo que pareció un silencio interminable. Lo rompió finalmente Cooper:

—Tendremos que hablar al respecto —dijo—. Vuelva a la habitación contigua. Le llamaremos cuando hayamos decidido algo. Para Armstead fue una hora de angustiosa espera. Tras quitarse la capucha, quiso llamar al servicio de habitaciones, pero Pagano juzgó que seria una imprudencia hacer que subiera un camarero. Entonces Armstead se desvistió, tomó una ducha y volvió a vestirse. Abrió su maleta y sacó de ella una carpeta, tras lo cual procedió a revisar varias posibilidades alternativas en caso de que la oferta hecha a la pandilla de Cooper fuese rechazada. Ninguna resultaba tan prometedora como la conexión con Cooper, y Armstead quiso esperar que ésta diese resultado. Hojeaba distraídamente una revista londinense cuando oyó que llamaban vigorosamente a la puerta del segundo dormitorio.

—Soy Cooper —dijo una voz amortiguada—. Pueden entrar.

Pagano puso la mano en el hombro de Armstead.

—No olvide la capucha. Póngasela.

Librodot

Armstead obedeció.

Se encontraron una vez más en el dormitorio contiguo, y allí Cooper hizo que se adelantara uno de sus dos acompañantes ingleses, un joven bajo, grueso y con aspecto granujiento.

—Ustedes ya conocen a Quiggs —dijo—. Es el que tiene más experiencia en lo referente a España. De hecho, tiene allí una casa de verano. El se ocupará de la cuestión, pero ha de hacer varias preguntas.

Cooper volvió al sofá y Quiggs esperó a que Armstead y Pagano ocuparan sus asientos. Una vez acomodados, acercó a ellos otra silla plegable y se sentó en ella. Empezó a hablar con una voz aguda y nasal.

—No se trata de una misión fácil..

—Por esto quiero expertos para ocuparse de ella —replicó Armstead en seguida.

—Bueno, el secuestro en si no puede resultar demasiado difícil —alegó Quiggs con el aire confiado del profesional—. Generalmente, apoderarse de una persona es cuestión de preparación: despliegue de otros miembros para despistar, bloqueo del tráfico, traslado de la víctima al vehículo de fuga, llegar a un escondrijo previamente determinado, contar con cambios de guardia, negociar.. Pero la misión que usted pide es más peligrosa.

—¿Acaso no lo son todas? —objetó Armstead—. ¿No hay un riesgo en toda clase de acción?

Quiggs no estaba dispuesto a ceder.

—Este trabajo es más peligroso que la mayoría porque tendrá lugar en el País Vasco. El primer ministro contará con un buen dispositivo de seguridad en previsión de cualquier ataque de los separatistas etarras.

—Yo diría que esto redundará en nuestro favor —alegó Armstead—. La policía española estará vigilando a la ETA y prestará menos atención a la presencia de turistas extranjeros que hagan el curioso. Una acción por parte de unos turistas británicos corrientes será algo totalmente inesperado.

Quiggs asintió con la cabeza.

—Sí, ya hemos hablado de esto.

—Titubeó por unos momentos—. ¿Ha oído hablar del caso Carrero Blanco?

Detrás de la calurosa capucha de lana, Armstead arrugó el entrecejo.

—¿El caso Carrero Blanco?

—Una operación de la ETA —explicó Quiggs—. No estaría mal imitarla y dejar que los vascos apechugaran con las consecuencias. Sugerimos esto como plan alternativo que, en ciertos aspectos, podría ser más fácil de ejecutar.

—El caso Carrero Blanco..—repitió Armstead—. No lo recuerdo bien.

—El almirante Luis Carrero Blanco. Era el primer ministro en España y los separatistas vascos deseaban cargárselo. Observaron que Carrero Blanco era hombre que seguía siempre los mismos hábitos. Armstead se levanto.

—A partir de este momento, vamos a considerarnos socios en el mismo negocio —añadió. Cuando Victoria entró en la suite del Plaza Athénée, después de haber pasado toda una tarde revisando los archivos de referencias del International Herald Tribune en sus oficinas de Neuilly, oyó que Ramsey ya había llegado y que estaba hablando con alguien.

Lo encontró en la sala de estar, conversando por teléfono. Inmediatamente, Ramsey tapó con la mano el receptor y le entregó un mensaje escrito.

—Está en Londres —dijo Ramsey.

Librodot

—¿Quién? —preguntó. Entonces vio que el mensaje era de Edward Armstead, que había telefoneado antes aquella misma tarde sin encontrar a ninguno de los dos—. ¿Armstead se aloja en el Ritz? —inquirió—. ¿Y qué está haciendo en Londres?

—Acabo de telefonearle —explicó Ramsey—. En seguida sabremos de qué se trata.

A los pocos segundos, se oyó la gruesa voz de Armstead.

—¡Hola!

—¿Señor Armstead? Soy Nick Ramsey, desde París. Acabamos de llegar y..

—Ya me estaba preguntando cuándo me llamaríais.

—Estábamos los dos investigando otros grupos.

—No importa —dijo Armstead—. He tenido que volar a Londres por asuntos de negocio. Apartarme de mi despacho me ha dado un poco de tiempo para pensar y he estado meditando sobre vuestra serie sobre los terroristas. Hay algo que me intriga en particular. ¿De dónde obtienen las armas?

—De diferentes naciones, grandes, pequeñas y medianas —contestó Ramsey.

—¿No irás a decirme que Estados Unidos vende armas a los terroristas?

—No exactamente. Pero de hecho Estados Unidos es el mayor traficante de armas de todo el mundo, seguido por la Unión Soviética, Francia, Gran Bretaña, Italia y Alemania Federal. Desde luego, en estos países hay control gubernamental sobre las armas y la mayor parte de sus exportaciones consisten en armamento pesado, como aviones, tanques, etcétera. A los terroristas suelen interesarles armas más pequeñas.

—¿Cómo consiguen los terroristas armas, ya sea de nosotros o de la Unión Soviética?

—Directamente no, claro —respondió Ramsey—. Una gran nación vende armas a Libia, Etiopía, Bélgica o Liechtenstein, y éstas, a su vez, pueden revender las armas a los grupos terroristas. Yo diría que en su mayoría las armas llegan por esta vía a manos de los terroristas. Es el proceso más corriente..

—Un momento, Nick. Dices que la mayoría de las armas llegan a los terroristas por ese camino, a través de diversos países. ¿Y el resto?

—A través de traficantes de armas particulares. Los legendarios mercaderes de la muerte.

—¿Hay individuos que se dedican a este negocio en solitario? —preguntó Armstead.

—Si, siempre hay unos cuantos por ahí.

—Me gustaría conocer a uno, entrevistarle —dijo Armstead—. Para nuestra serie.

—Oh, no es necesario que se moleste, señor Armstead. Vicky y yo podemos encontrar uno y hacerle una entrevista.

—No —repuso Armstead con firmeza—. Me gustar hacerlo yo mismo. Hablar con uno de esos mercaderes, como un hombre de negocios con otro. Encuentro fascinante esta idea, y al mismo tiempo me da una oportunidad para seguir en activo e impedir que se me olvide el olfato periodístico.

Mientras hablaba por teléfono, Ramsey dirigió una mirada a Victoria.

—Muy bien. Usted desea entrevistar a un traficante de armas. ¿Cuándo y dónde?

—Donde sea. ¿Cuándo? Tan pronto como sea posible. Dentro de dos o tres días, si puedes arreglarlo.

—Tendremos que hacer algunas averiguaciones, enterarnos de quién es el mejor traficante y el más disponible.

—Muy bien —aprobó Armstead—. Tan pronto como sea posible.

Librodot

No le digas quién soy yo ni que esto es para un periódico. Di que estás preparando una cita para un comprador, un comprador anónimo.. No, será mejor que yo tenga un nombre; di que representas a Walter Zimberg, un hombre de negocios norteamericano.

—Walter Zimberg. De acuerdo, señor Armstead. Vicky y yo nos ocuparemos de esto mañana por la mañana. Tan pronto como encuentre al hombre indicado, volveré a llamarle.

—No más llamadas —dijo Armstead—; sobre este asunto no. Cuando lo tengas todo organizado, ven directamente a Londres con la información. Dentro de los dos próximos días. Te esperare en el Ritz.

—Está bien, señor Armstead. Le veré dentro de uno o dos días. Después de colgar, Ramsey explicó a Victoria todo lo hablado con Armstead y concluyó: —Bien, supongo que nuestra próxima misión está bien clara.

—¿Y dónde le encontraremos un traficante de armas? –preguntó Victoria.

—No es esto lo que me preocupa. Alguno de los corresponsales en la ciudad nos dará una pista, o la obtendremos de recortes del archivo. Lo que me inquieta es otra cosa. ¿Por qué tanta prisa para una entrevista sobre el tema de las armas, cuando ni siquiera hemos empezado todavía la serie sobre el terrorismo? ¿A qué vienen tantas prisas?. Las prisas produjeron resultados. A pesar suyo, Nick Ramsey tuvo que admitirlo.

Al día siguiente a última hora de la tarde, Ramsey y Victoria Weston se encontraban en Londres, reunidos en el Ritz con Edward Armstead, quien se mostró complacido por su diligencia.

—He reservado dos habitaciones individuales para vosotros esta noche, y cuando bajemos podéis registrar vuestros nombres –dijo Armstead, arrellanándose en el sofá con su Martini en una mano—. Entretanto, bebed algo, si os apetece.

Ramsey se acercó a la bandeja que había sobre el televisor y se sirvió un whisky solo. Victoria rehusó beber.

Después, alrededor de la mesita de café, Armstead se mostró casi benigno.

—He recibido el télex en el que anunciabais vuestra llegada. Supongo que habrás encontrado a alguien fiable y habrás concertado esa entrevista conmigo.

—Encontramos varios traficantes de categoría —dijo Ramsey—. Pero creo que Vicky ha dado con el hombre que a usted más le interesa conocer.

—Todos coincidieron en que es el mejor —explicó Victoria—. Es el más importante en el negocio desde Zaharoff. Se llama Helmut Middendorf y vive en Francfort. Hablé con él por teléfono. Hablará con usted, señor Armstead. Dijo que él verá si es usted persona seria.

—¿Y cómo comprobará que soy una persona seria? —sonrió Armstead.

—Demostrando que tiene usted una cuenta bancaria en Suiza —intervino Ramsey—. Todos esos mercaderes de armas insisten en ello. Debe usted tener una cuenta en Suiza.

—La tengo —dijo Armstead.

—¿A su nombre? —preguntó Ramsey.

—A nombre de Walter Zimberg.

—El mismo nombre que utilizó Victoria para referirse a usted —dijo Ramsey—. Perfecto.

—¿Cuándo puedo ir a Francfort? —inquirió Armstead.

—No irá —dijo Victoria—. El señor Middendorf parte hoy para Antibes, donde pasará sus vacaciones. Está en el Hotel du Cap. Quiere verle a usted allí.

—Ya he estado allí.

—Si es un día soleado, él estará en la piscina. Le encontrará al lado de la piscina, en una silla tumbona, a la izquierda de la entrada del edificio del club, con una muchacha sentada en una colchoneta a su lado, con los pechos al aire.

Librodot

Armstead sonrió.

—Hombres viejos y ricos y chicas con los senos al aire, eso es muy propio del Hotel du Cap. Abunda esta clase de espectáculo en la Riviera.

Victoria bajó la vista hacia el perfil que marcaban sus pechos bajo la blusa y meneó la cabeza.

—A pesar de todo —dijo ella volviendo a su exposición de instrucciones—, lo reconocerá. El señor Middendorf se describió a sí mismo como hombre de mediana edad, calvo y con gafas oscuras; llevará unas bermudas azules y fumará en pipa. Probablemente estará leyendo una revista suiza. Abórdelo directamente. La chica de los senos desnudos se retirará y le cederá a usted su colchoneta. Usted ha de sentarse junto a él y enseñarle la libreta de su cuenta corriente suiza. Después, podrán hablar. No olvide que él cree que usted es un comprador.

—Buen trabajo, Victoria —aprobó Armstead, complacido.

—Una última cosa. Si no hace sol, es decir, si no hace tiempo apropiado para estar en la piscina, telefonee a la suite del señor Middendorf. El le esperará en un lugar u otro.

—Muy bien, Victoria.

—Señor Armstead —dijo Ramsey—, ¿no quiere que le acompañemos a la Riviera? Tal vez pudiéramos ayudarle.

—No, gracias —replicó Armstead, tajante—. En realidad, tengo pensada otra cosa para ti y Victoria. Debo encomendaros una nueva misión. Quiero que mañana vayáis a San Sebastián, en España. Es la ciudad costera del territorio vasco en España.

—Pasé allí un verano —dijo Ramsey.

—Tanto mejor. Dentro de dos semanas escasas, el jefe del Gobierno español visitará San Sebastián durante un día. Aquí, en la mesa, tengo un archivo de recortes. Se dice que la ETA, el movimiento separatista vasco, puede intentar algo contra él.

—Lo dudo —expuso Ramsey llanamente.

—Bueno, siempre pueden causar alguna perturbación –insistió Armstead.

—No —repuso Ramsey—. Es seguro que el dispositivo de seguridad local cubrirá a todo vasco que parezca sospechoso. No creo que ocurra nada.

La reacción de Armstead reveló un cierto enojo.

—Sigo diciendo que vale la pena seguir la noticia. Al menos, debemos señalarlo de antemano indicando que las autoridades van a meterse en un avispero lleno de peligros potenciales. Quiero que tú y Victoria estéis allí, no tanto para ver si algo ocurre o sino ocurre nada, como para suministrar al Record un avance sobre los aspectos de la visita.

—Lo que usted diga, señor Armstead —asintió Ramsey de mala gana.

—Nick, quiero que te enteres exactamente de cuál es el dispositivo de seguridad montado en San Sebastián para esta visita. Y también qué pueden estar tramando los separatistas vascos. No espero que te lo digan, pero tú puedes husmear por ahí y averiguar de qué se está hablando.

—Haré cuanto pueda, señor Armstead.

—En cuanto a ti, Victoria, quiero que te enteres de toda clase de detalles sobre el programa de actividades oficiales en San Sebastián. Cuándo llegan y por dónde. ¿Será una visita ceremonial? ¿ Harán un recorrido de la ciudad? ¿Dónde se detendrán? ¿celebrarán alguna reunión con las autoridades políticas y religiosas locales? En San Sebastián, alguien debe poder darte toda esta información. Si tropiezas con alguna dificultad, ponte en contacto con los organismos gubernamentales en Madrid.

Victoria asintió con la cabeza.

—Me las arreglaré para trazar su itinerario.

—Después de mi entrevista con el traficante de armas, yo regresaré a Londres y pasaré aquí el resto de la semana. El viernes por la tarde, los dos me daréis vuestros informes por teléfono. Yo estaré aquí en la suite, con una taquígrafa. Quiero que la visita de San Sebastián sea tratada como noticia de primera fila. Nick, todo lo demás que puedas averiguar acerca de los separatistas vascos podremos añadirlo a la serie sobre el terrorismo. Yo me llevaré todo ese material a Nueva York, junto con mis notas de la entrevista con el mercader de armamento. ¿Ha quedado todo bien claro?

—¿Y qué haremos nosotros después del viernes? —quiso saber Victoria.

—Oh, quiero que os quedéis en San Sebastián hasta que las autoridades hayan llegado y se hayan marchado. Sólo por sí ocurre algo. Después, Harry Díetz o yo os llamaremos desde Nueva York y os encargaremos otro trabajo.

Cuando Armstead hubo acompañado a la pareja hasta la puerta y les hubo deseado buena suerte, volvió al salón y descolgó el teléfono para llamar a la habitación de Pagano. Este contestó inmediatamente.

—Gus, todo está a punto. Baja a la conserjería y encarga dos billetes de primera clase para el vuelo de la Air France mañana a Niza. Di también que telefoneen al Hotel du Cap, en Antibes, y hagan reserva de dos habitaciones o una suite en este hotel. .

—Armstead repitió el nombre del hotel y lo deletreó—. La reserva a nombre de Walter Zimberg. No ha de haber ningún problema con las habitaciones. La temporada ha terminado ya, prácticamente. Si hay alguna dificultad, promete al encargado de reservas una buena propina. Digamos doscientos francos. Después de todo, el que va a comprar un arsenal bien puede untar unas cuantas manos a lo largo del camino. En el recodo de Cap d'Antibes, el Grand Hotel do Cap, como el resto de la antigua villa de la Riviera, recibía el resplandor amarillo del sol de última hora de la mañana.

El reloj marcaba las once menos diez cuando el ascensor se detuvo en la planta del salón y salieron de él Edward Armstead y Gus Pagano. Armstead llevaba un albornoz de franela a rayas sobre su bañador rojo y sandalias playeras, y fumaba un cigarro puro. Pagano vestía un polo blanco y unos pantalones veraniegos también blancos. Sin hablar atravesaron el salón hasta la salida posterior, y, bajo los calurosos rayos del sol, bajaron la escalera que conducía a un largo y amplio sendero.

Mientras lo recorrían en dirección a la piscina, Armstead señaló el pintoresco y verde bosquecillo que había a su izquierda, e indicó un banco junto al camino.

—Espéreme aquí, Gus. No tardaré más de diez o quince minutos.

Los dos hombres se separaron y Armstead se encaminó hacia el club Eden Roc, entró en su fresco vestíbulo y pasó entre los vestuarios y el mostrador del encargado. Dobló a la izquierda y llegó a la zona de la piscina, situada junto al acantilado que dominaba las azules aguas del Mediterráneo.

Tras contemplar la escena unos momentos —como una docena de cuerpos bronceados tendidos al sol a un lado y los dos extremos de la gran piscina—, Armstead miró por encima del hombro a la pareja más cercana.

Eran ellos, sin duda alguna. Resultaba inconfundible la calva rojiza y reluciente del traficante alemán con su voluminosa barriga colgando sobre sus bermudas azules, recostado en una tumbona, con una pipa apagada en la boca y una revista suiza sobre las rodillas. . Junto a él, echada de espalda sobre una colchoneta, en una posición que aplanaba sus senos desnudos, y con su desnudez velada tan sólo por unas enormes gafas de cristales rosados y un ínfimo bikini, también rosa, entre sus piernas, descansaba su querida.

Armsread dio una decidida media vuelta y se dirigió hacia ellos. Apenas llegó junto a la silla del alemán, la amiga de éste cogió la minúscula parte superior de su bikini y se puso en pie. Al marcharse, el obeso mercader alemán le dijo: —Te veré a la hora de almorzar,

Librodot

Gretchen. Armstead preguntó al alemán: —¿Helmut Middendorf?. El hombre se quitó las gafas oscuras y contempló a Armstead.

—Walter Zimberg, ¿verdad?

Su acento era levemente gutural. Middendorf señaló con la cabeza la colchoneta de playa que había a su lado.

Armstead se quitó su albornoz, lo dobló cuidadosamente y se sentó en la colchoneta. Trató de encontrar una posición cómoda y volvió a encender su cigarro.

—Un día caluroso, ¿no cree?

—Estamos de suerte para esa época de septiembre –repuso Middendorf.

Armstead recordó sus instrucciones. Buscó en el bolsillo de su albornoz, sacó su libreta bancaria suiza y, abriéndola, la depositó sobre la revista del alemán. Sin dedicarle más que una leve ojeada, Middendorf se la devolvió.

—Está bien, está bien —murmuró—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito una partida de armas. Principalmente, armamento ligero para guerrilleros. Siento decirle que corre mucha prisa.

—Siempre hay prisas —comentó el alemán—. ¿De qué plazo de entrega estamos hablando?

—Una semana —contestó Armstead—. A partir de hoy.

—¿El lugar de la entrega?

—Dos destinos —especificó Armstead—. Uno en Francia, cerca de Lyon. Otro en Inglaterra, fuera de Londres.. en realidad, en Gales.

—Es posible, pero todo dependerá de lo que sea su pedido. ¿Lo tiene usted, con las cantidades exactas?

—Viene todo detallado —contestó Armstead. Hundió de nuevo la mano en el bolsillo de su albornoz y sacó de él dos hojas de papel dobladas y sujetas con un clip. Al desdoblarlas, sus ojos se posaron en la enrojecida calva del alemán—. ¿No teme usted sufrir una insolación, Herr Middendorf?

—Cuando uno viene a la Riviera con una chica hermosa, no quiere estar pálido como un hombre de negocios. Es agradable estar un poco moreno y tener un aspecto saludable y vigoroso. Sólo puedo pasar cinco días aquí. No puedo perder tiempo —no obstante, su mano buscó debajo de la silla para tomar su sombrero de tela blanca, y se cubrió la calva cabeza con él—. Tiene usted razón. No debo excederme.

—Tendió la mano—. Su encargo, bitte. Armstead le entregó las dos hojas.

Middendorf levantó las rodillas y depositó los papeles en sus muslos desnudos. Recorrió la primera página, y después la segunda, en silencio.

—Muy eficiente —murmuró—. Déjeme leerlo más detenidamente.

Una vez más, se ajustó las gafas oscuras sobre el puente de la nariz. Eran, evidentemente, unas buenas gafas de sol graduadas.

Releyó la lista con minuciosidad, hablando para sí mientras leía:

—La Astra española —nosotros la conocemos como la 357 Magnum—, la mejor con mucho, gran poder de penetración. Piden cincuenta, con su munícion.. La Skorpion VZ 61, checoslovaca. Muy ligera y manejable. Con silenciadores, según veo. Munición, también.. El rifle de asalto soviético AK 47, o sea el Kalashnikov. Bien, muy bien, tenemos buena provisión de ellos.. Más artículos soviéticos. Granadas de mano RGD—5 antipersonal.. Los misiles SAM—7, tierra—aire, portátiles, prácticos, jawohl.

Armstead hubiese querido explicarle que le interesaba que Cooper empleara armas de procedencia extranjera en lo posible, especialmente soviéticas, para que toda acción futura se asemejara a la de un grupo terrorista real. Sintió incluso la tentación de comentar el carácter

ingenioso de esta idea, pero se abstuvo porque sabía instintivamente que a Middendorf le tendría sin cuidado.

El alemán, como buen conocedor, seguía murmurando comentarios mientras recorría la lista. Con admiración, leyó en voz alta:

—El subfusil automático alemán Kock MP—5. Ja, puedo garantizarlo.. Bazookas RPG—7.. Bombas detonadas por radio. Hum.. ¿qué es eso? —alzó la cabeza—. Dos helicópteros. Equipos pesados. Esto puede exigir más tiempo. ¿Son indispensables?

Armstead recordó que Cooper había tramado un plan ingenioso para recoger el dinero del rescate en España, un plan que exigía la intervención de helicópteros armados.

—Lo son —replicó.

—Deben de ser entregados en un aeródromo privado cerca de Lyon.

—Middendorf se quitó las gafas de sol y se pasó por la frente el dorso de la mano, mientras calculaba las posibilidades—. Podría hacerse a través del puerto de Venecia, en Mestre. Puedo suministrar los helicópteros, cualquier cosa..

—¿En una semana?.

—En una semana a partir de hoy —estudió Armstead—. ¿Quiere saber cuánto costar esto?

—Naturalmente. Y sé que usted se mostrará razonable teniendo en cuenta el volumen de este pedido.

—Amigo mío, para mí esto es un pedido pequeño –rezongó Middendorf—. No hay ningún tipo de descuento.

—Buscó una pluma en el bolsillo del albornoz que había debajo de su tumbona—. Permítame que sume todo esto para que tenga una idea.

Durante cinco minutos, estuvo calculando y anotando varios precios. Después, empleó varios minutos más para sumar las cifras. Finalmente, enseñó el total a Armstead.

—Este es el precio último, incluidos los gastos de entrega.

Sobresaltado por la cifra, Armstead tuvo que recordarse a sí mismo que se trataba de un gasto efectuado de una vez por todas, y que él ahora era un multimillonario. Oyó su propia voz semejante a un graznido cuando dijo:

—Aceptado.

—Muy bien.

—Middendorf dobló las hojas de papel y las depositó, junto con su pluma, en el bolsillo de su albornoz—. Hablemos ahora de los puntos de destino.

—Tengo ahí fuera un colega que le dará los detalles exactos, si usted quiere hablar con él.

—Bien, muy bien. ¿Me dirá dónde está el almacén cerca de Lyon?

—Tiene un mapa preparado para usted, y otro para el lugar en Gran Bretaña. Su envío irá destinado a Hay—on—Wye, un pueblecito de Gales, a unas tres o cuatro horas en coche desde las afueras de Londres. El almacén, un almacén de libros, está muy cerca del pueblo.

—Entonces las armas ligeras pueden ser enviadas como libros. Lo demás será expedido como maquinaria agrícola.

—¿No tendrán problemas con la aduana? —preguntó Armstead, preocupado.

Con un gruñido, el alemán se levantó no sin esfuerzo, recogió su albornoz y dejó que Armstead le ayudara a ponérselo.

—No habrá aduanas —dijo—. Deje esto por mi cuenta. Vamos a ver, ¿está aquí su socio?

—Sentado en un banco del bosquecillo, cerca de la terraza. Se llama Gus Pagano.

Librodot

Middendorf se dirigió a la puerta.

—Preséntemelo. Podremos cerrar el trato.

Bajaron hasta el amplio sendero y echaron a andar hacia el hotel. Pagano estaba de pie ante los escalones de la terraza y les hizo una seña. Armstead le indicó que se acercara.

—Daremos un paseo por el bosque —dijo el alemán—. Sirve para refrescar y, además, es un lugar tranquilo —añadió. Al seguir avanzando por el camino, aseguró—: Discutiremos todos los detalles. En primer lugar, la forma de pago.

Mientras caminaba, Armstead se sintió maravillado al pensar que todo aquello había resultado tan fácil y tan inocente como encargar una partida de juguetes navideños. Le resultaba difícil imaginar que él había atravesado la frontera.

Ahora era un terrorista. Habían llegado a San Sebastián caída ya la noche, cansados por la demora en el despegue de la British Airways en Londres y el cambio, en el aeropuerto madrileño de Barajas, a un avión de la compañía española Aviaco, nerviosos por la búsqueda de su equipaje temporalmente perdido en el aeropuerto de Fuenterrabía, y agotados por el trayecto de más de veinte kilómetros en taxi hasta la ciudad vasca. Llovía y estaba muy oscuro, con unas calles desoladas batidas por el viento, y durante la travesía Victoria apenas notó la esencia de una ciudad. Pero esta primera mañana todo era diferente. Tras un sustancioso desayuno con Ramsey en el alegre comedor del por otra parte severo Hotel de Londres y de Inglaterra —había flores recién cortadas en todas partes—y después de salir y saborear la fría claridad del nuevo día Victoria consideró espléndida la vista. . "Situación privilegiada" le había indicado su guía Fielding—, con su bahía semicircular rodeaada por montañas gemelas y respaldada por verdes colinas. Estaba allí, colgándose al hombro su bolso, Victoria manifestó su dicha llamando a Ramsey.

—Tal vez —admitió. Sus ojos recorrieron la curva de la extensa playa que tenían debajo de ellos, la Concha, ahora casi desierta debido a la baja temperatura de primera hora de la mañana—. No olvides, Vicky, que te encuentras en el País Vasco, que no es tan plácido como parece superficialmente debajo de él hierve un poso. No quieren un rey, la gente no quiere ser española. Quieren que esto sea Euskadi, su país. No quieren dictadores de fuera y no quieren presidentes españoles. Pero las autoridades demuestran mucho valor al venir aquí.

—Valor o audacia —dijo Ramsey—. Aunque yo sigo dudando de que ocurra algo. Armstead anda desorientado. Vamos a pasar aquí días de lo más aburridos y rutinarios. ¿Eres un aguafiestas? —se rió Victoria—. ¿Por dónde empezar?.

—Bien yo conozco la ciudad y tú no —dijo Ramsey—. Puesto que tu misión consiste en averiguar el programa oficial del primer ministro, será mejor que te familiarices con los lugares que posiblemente visitará. Por tanto, para comenzar voy a ofrecerte una visita general. Esta mañana seré tu guía, te obsequiaré con el Ramsey Especial, los grandes rasgos acompañados de jugosos comentarios. Esto requeríra toda la mañana.

—Me parece muy bien —aplaudió ella—. Adelante con ello.

Dieron un paseo tranquilo por la playa de la Concha y después llegaron a la Alameda de Calvo Sotelo, o Bulevar, a media mañana atestado de transeúntes que se paraban en las numerosas tiendas de artículos para caballeros, en los restaurantes de pescado y marisc y en los cafés con mesas en la acera. Cuando se cansaron, Ramsey paro un taxi que, a través de una carretera sinuosa, les condujo al mirador de Monte Igueldo, donde admiraron el soberbio panorama de la bahía. Después, Ramsey dio instrucciones al taxista para que los llevara a la Parte Vieja, al pie del Monte Urgulí, donde visitaron a pie la Plaza de la Constitución. Bordeando el viejo muelle de los pescadores, llegaron al Palacio del Mar y visitaron la exposición de su Museo Marítimo.

Ramsey demostró ser un guía infatigable al conducir a Victoria a través de una serie de museos, edificios municipales e iglesias. Finalmente, con gran alivio de Victoria, entraron en un pintoresco restaurante, Casa Nicolasa, donde en el último de sus tres comedores

Librodot

abarrotados y ruidosos, situados en un primer piso, Victoria pudo quitarse los zapatos y descansar sus pies. Tomó dos vasos de chacolí, unos entremeses a base de espinacas y cangrejos de río, pollo asado y natillas con caramelo. Cuando salieron del restaurante, la joven preguntó a Ramsey.

—¿Y que hacemos ahora?

—Quedas en libertad para el resto del día. En cuanto a mi, vuelvo al Londres para echar una siesta. Después descolgaré el teléfono y concertaré unas cuantas citas. La cosa no va a ser fácil para ninguno de los dos. Como es lógico, ningún personaje oficial querrá explicar gran cosa sobre el dispositivo de seguridad.

—¿Crees que a mi me va a resultar más fácil conseguir el programa en San Sebastián que en Madrid?

—No. No lo conseguirás en ninguno de los dos sitios.

—Es sólo una visita oficial.

—Vicky, en el País Vasco todo personaje español es un objetivo para los disidentes. ¿Por qué decirles dónde va a estar su objetivo cada hora? Aquí nadie te dará el programa completo de la visita oficial. Te dirán que no es posible darlo o que no lo conocen, o que aún no ha sido decidido. Te dirán que vuelvas a ponerte en contacto con ellos "mañana". Y un día cualquiera, después de haber llegado las autoridades y haberse marchado, te dirán dónde han estado.

—Explicaré que soy una reportera destacada aquí.

—Tanto peor.

—Una reportera muy bonita.

—Te propondrán la cama, pero no conseguir s el programa de la visita.

Victoria hizo una mueca de enfado.

—¡Puedes llegar a ser tan desalentador! Bien, pienso ignorar tus comentarios. Voy a conseguir ese programa, con todo el itinerario.

—Buscó en su bolso y extrajo de él una guía local que había comprado—. Voy a empezar por el Ayuntamiento. Iré a ver al alcalde.

—Buena suerte —dijo Ramsey sarcásticamente.

—Aunque me invitaras a cenar, no iría.

—Te invito a cenar esta noche.

—Acepto.

—En el vestíbulo del hotel, a las nueve —dijo Ramsey, y se alejó a grandes pasos.

Al despertar de su breve siesta, Ramsey se lavó la cara con agua fría, se la secó y se dirigió al teléfono que había en su mesita de noche. Seguridad era la palabra del día, y sabía que llamar a la policía de San Sebastián seria una pérdida de tiempo. Optó, pues, por llamar a su farmacia favorita y arreglar un encuentro con su amigo vasco predilecto, el farmacéutico Josu, miembro secreto de Euskadi Ta Askatasuna, la clandestina ETA. Si alguien podía saber algo acerca de los preparativos para garantizar la seguridad de autoridades de Madrid, había de ser Josu.

Una hora y media más tarde, Ramsey se detuvo ante el vistoso escaparate de la moderna farmacia sita en la Avenida de la Libertad, o simplemente Avenida. Tras contemplar, divertido, los vistosos carteles en color allí expuestos —desde vitaminas para niños hasta cremas de belleza para mujeres—, Ramsey empujó la puerta de cristal y entró. Una joven con una bata verde trasvasaba unos polvos desde un gran bocal a otros recipientes más pequeños y junto a ella, de espaldas a la puerta, abriendo y cerrando cajoncillos de un mueble de caoba, había un hombre bajito con una boina inclinada a un lado, gafas de gruesos cristales, una nariz rojiza y un hirsuto bigote gris.

Librodot

Ramsey avanzó hasta el mostrador, saludó a la mujer con una inclinación de cabeza, y dijo a media voz:

Josu..

El hombre bajito dio media vuelta, con una mirada inquisitiva a través de los gruesos lentes, y de pronto bajo su mostacho se distinguió una boca que se dilataba en amplia sonrisa.

—¡Nick! —exclamó. Corrió a lo largo del mostrador, se abalanzó sobre Ramsey y le dio un fuerte abrazo—. Nick, ¡hacia tanto tiempo! ¡Cuánto me alegra verte! —Tiró de la manga de Ramsey—. Ven, ahí en la trastienda tengo un poco de vino.

Ramsey se resistió, señalando con un gesto de la cabeza a la dependienta.

—Tal vez sería mejor ir a otra parte.. quiero decir a un lugar donde podamos hablar en privado. Josu dio una palmada en el hombro de Ramsey.

—No es necesario —señaló también con la cabeza a la joven—. No entiende una palabra de inglés. Puedes hablar con entera libertad —le guiñó un ojo—, y yo también.

Hizo pasar a Ramsey tras el mostrador y entraron en la pequeña rebotica. A diferencia de la moderna tienda, esta habitación no había sido objeto de ninguna restauración. Era en realidad un lugar destinado a almacén y contabilidad, y sólo la amueblaban una mesa y dos sillas de madera muy sencillas. La máquina de calcular había sido colocada a un lado de la mesa, y en medio de ésta había una garrafa de vino y dos vasos corrientes.

Josu hizo sentar a Ramsey en una silla y él se acomodó en la otra; seguidamente, llenó de vino los dos vasos.

—Chacolí —anunció—. Limpia las telarañas del cerebro.

—Es exactamente lo que yo necesito —dijo Ramsey, brindando y bebiendo.

Josu hizo chasquear los labios, se pasó la lengua por el húmedo bigote y dejó el vaso sobre la mesa.

—¿Por qué estás aquí esta semana, Nick? —preguntó con interés Josu.

—¿Por qué va a estar aquí el presidente del Gobierno la semana próxima?

—El, para enmendar entuertos.

—Y yo, para verle enmendar entuertos.

—¿Estás escribiendo otro libro?

—Esta vez estoy bien colocado. Vuelvo a trabajar para un diario el Record de Nueva York. Me pagan para ser curioso.

El pequeño farmacéutico tomó otro sorbo de vino y volvió a llenarse el vaso.

—¿Te inspira curiosidad nuestro primer ministro?

—¿Un primer ministro en el País Vasco? Podría ser todo un notición.

Josu meneó la cabeza, con expresión taciturna.

—No habrá notición esta vez. Está tan seguro como si llevara armadura. Precisamente porque viene aquí, se procurará que esté seguro. En Madrid suele mostrarse con poca protección, pero en San Sebastián dispondrá de un sólido acompañamiento.

—¿Cuánto?.

—¿Quién puede decirlo con exactitud?

—Tú debes de tener una idea, Josu. Dame una idea aproximada. Ya sabes que yo no mencionaré mi fuente.

—Una idea aproximada..

—murmuró Josu.

—Una idea aceptable, basada en información concreta.

Aunque se disponía a tomar otra vez el vaso, Josu no llegó a tocarlo. Ramsey pudo observar que estaba tratando de determinar hasta dónde podía llegar.

—Soy tu amigo —insistió Ramsey.

Pareció como si Josu no le hubiera oído. Empezó a hablar con una voz baja y monótona.

—Tenemos como norma mantener bajo vigilancia constante a todos los altos cargos gubernamentales en Madrid. Entre ellos el primer ministro, claro está. Le acompañan a todas partes seis guardaespaldas personales de paisano. Van armados con pistolas. Si vuela desde Madrid, traerá consigo estos guardaespaldas. El alcalde de San Sebastián lo recibirá con tres coches conducidos por chóferes militares. El coche del medio, la limusina, será utilizada por el primer ministro. Será precedido y seguido por los otros coches, en los que viajarán los guardaespaldas.

—¿No habrá una guardia personal adicional?

—No se sabe que haya más —contestó Josu—. El primer ministro no dispone de un presupuesto para una gran fuerza de seguridad. Pero aunque lo tuviera, seguramente no lo utilizaría, porque las autoridades no desean mostrar una excesiva protección. Desde luego, cuando llegue a San Sebastián es seguro que la Guardia Civil hará acto de presencia en todos los puntos donde pare la comitiva.

Ramsey evocó una imagen de la Guardia Civil, aquel cuerpo de élite con sus hombres bien adiestrados, ataviados con sus tricornios y uniformes, y armados con fusiles y pistolas.

—¿Cuántos habrá? —quiso saber Ramsey.

—No sabría decírtelo. Sin embargo, para una ocasión tan importante como ésta, puede que haya cincuenta o sesenta estratégicamente situados, no más. Asimismo, la provincia suministrará una unidad militar con sus hombres apostados en las calles, en los tejados y en todas partes.

—¿Esto es todo?

—Es cuanto podemos pronosticar. Habrá también en las calles la policía usual de San Sebastián para controlar la multitud.

—No me parece que la protección del primer ministro sea demasiado impresionante.

—No será impresionante. Pero es formidable.

—No obstante, si yo fuese un dirigente etarra, le juzgaría vulnerable.

—No, Nick —repuso el pequeño vasco—. Se trata de una situación demasiado obvia para la liberación nacional. Los elementos que cuidan de la seguridad del primer ministro estarán alerta. No podemos correr el riesgo de sufrir bajas o cometer un fallo.

—Por lo tanto, ETA no actuara.

El pequeñito mostró la sombra de una sonrisa.

—Mi idea aceptable es que no actuará —empujó hacia atrás su silla y se levantó—. Y ahora es mejor que me deje ver en la tienda. Si todavía estás aquí cuando se haya marchado el primer ministro, llámame. Beberemos a la salud de su permanente seguridad. Ramsey invitó a Victoria a una tardía cena en un antiguo y rústico restaurante de dos pisos llamado Salduba. Se sentaron ante una mesa pequeña, cubierta con un impecable mantel a cuadros rojos y blancos, bajo una lámpara improvisada con una rueda de carro.

Ramsey sugirió una sopa de pescado y la especialidad local, el changurro al horno. Victoria comió de ambos platos con avidez y Ramsey se mostró impaciente y se dedicó a sus whiskies a palo seco.

Al mirarla a través de las velas que adornaban su mesa, Ramsey pudo ver que, a pesar de su apetito, su compañera estaba de malhumor. El atractivo rostro de Victoria, exento de todo maquillaje, permanecía cubierto por un velo de preocupación nada característico en ella. Le preocupó verla tan abatida y se preguntó qué podía hacer para animarla.

Librodot

—Vicky, supongo que en realidad no esperabas que en el despacho del alcalde alguien te entregase el programa de la visita del primer ministro —le dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Es posible, pero de todos modos esperaba algo, algún que otro detalle. Se mostraron de lo menos comunicativo que puedas imaginar, y algunos de ellos incluso groseros.

—Es que has de procurar ver las cosas bajo su prisma —explicó Ramsey—. Entregarte a ti el itinerario seria como entregar una invitación al asesinato.

—Lo sé —admitió Victoria—, pero es que yo no esperaba saberlo todo. Tan sólo un par de pormenores. Hubieran podido incluso mentirme, sólo para permitirme escribir un par de párrafos.

Ramsey sonrío.

—Los vascos no suelen mentir, al menos que yo sepa. ¿Y qué hiciste al salir del Ayuntamiento? ¿Probaste en algún otro sitio?

—Claro, en la Jefatura de Policía. Creyeron que estaba loca y casi me echaron.

—¿No intentaste nada en los periódicos locales?

—Si —contestó Victoria—. Los redactores se mostraron más amables. Uno de ellos incluso me hizo proposiciones. Pero todos insistieron en que no sabían nada. Dijeron que sabrían el programa de la visita cuando llegase el primer ministro y él lo fuera siguiendo. ¿Y de qué va a servir esto? Armstead espera noticias nuestras pasado mañana. ¿Que voy a decirle? —Apartó a un lado su plato y tomó un sorbo de vino blanco—. ¿Y tú, Nick? No te he preguntado por tus gestiones. Perdona, generalmente no soy tan egocéntrica. ¿Qué averiguaste sobre el dispositivo de seguridad? Estoy segura de que las autoridades de la ciudad tampoco habrán querido cooperar.

—No he perdido el tiempo con las autoridades, Vicky.

—Oh.

—Le miró con cierta dureza pero no hizo más preguntas—. Pero, desde luego, has conseguido algo.

—Poco, muy poco —contestó él, encendiendo un cigarrillo—. Vicky, tal como yo pensé desde un buen principio, el trabajo que nos han encomendado no va a tener ninguna utilidad. No habrá ningún incidente. Nada va a ocurrirle al primer ministro.

—¿Estás seguro?

—Tengo la casi absoluta certeza. Yo no podré decirle a Armstead mucho más que tú. Mira, pequeña, unas veces pierdes y otras ganas. Esta vez no ganaremos nada. Pide un postre.

—No quiero postre. Lo que quiero es material publicable.

—Todavía te queda mañana —la alentó él mientras pedía por signos al camarero otro whisky—. No hablaremos con Armstead hasta pasado mañana por la mañana. Hay tiempo.

Victoria tenía los ojos fijos en Ramsey.

—Tú no has acudido a fuentes oficiales —dijo—. Por tanto, te has servido de fuentes no oficiales.

Ramsey dirigió una mirada a los comensales de las mesas cercanas.

—Si quieres llamarlas así..

—dijo.

Por primera vez durante la cena, la expresión de ella se reavivó.

—Esto es lo que voy a hacer yo mañana, Nick. Creo saber lo que debo hacer. Como sea, buscaré y encontraré algo que darle a Armstead. Gracias, Nick, muchas gracias.. Y sí, tomaré postre. Muy avanzada ya la mañana del viernes, se encontraban los dos en la amplia habitación individual de Ramsey en el Hotel de Londres y de Inglaterra. Victoria estaba sentada en el borde de la cama, escuchando, mientras Ramsey dictaba a la taquígrafa en la

suite londinense, con Armstead en segunda línea. Estaban encendidas las luces del techo, pues el día estaba muy encapotado y una lluvia persistente repiqueteaba en la ventana. Victoria observaba la danza de las gotas de lluvia en los cristales, mientras manoseaba nerviosamente sus notas y escuchaba con la mayor concentrado:

Ramsey no tenía notas. Hablaba fluidamente, de memoria.

—Fin —dijo a la taquígrafa—. No hay nada más. Esto es todo.

Victoria pudo oír a la taquígrafa decir "Gracias", y seguidamente la voz de Armstead que resonó en el teléfono.

—Nick —dijo Armstead.

—¿Si?

—¿Está seguro de lo que ha conseguido?

—Bastante seguro.

—Muy poca seguridad para el primer ministro en un foco guerrillas.

—Sólo puedo repetir lo que he oído —replicó Ramsey si inmutarse—. Todo parece apuntar a un cero. No se ha planeado ningún golpe.

—Por parte de los elementos locales.

—Eso es. Ninguna acción, por lo que he podido averiguar.

—Gracias —dijo Armstead—. Que se ponga Victoria.

—Ahí la tiene.

Ramsey abandonó su sillón y entregó el teléfono a Victoria, que se sentó y colocó sus notas en su falda.

—Hola, Victoria —dijo Armstead—. ¿Has conseguido el programa oficial de la visita del primer ministro?

—No hay una programación oficial, señor Armstead. Probé todas las fuentes y en ninguna se mostraron cooperativos. Pero tengo una programación no oficial.

—¿No oficial? —repitió Armstead—. ¿Qué significa esto, exactamente?

—Nadie me entregó un itinerario certificado —explicó Victoria—pero yo pensé que si el primer ministro va a estar aquí toda una mañana y toda una tarde, bien tendrá que ir a algún sitio, visitar algo.

Por tanto, me hice un resumen de los lugares que con mayor probabilidad pueda visitar. Después, ayer fui de un lado a otro toda la mañana y toda la tarde hablando con aquellos funcionarios de menos talla que tienen a su cargo esos lugares lógicos. Resultó mas fácil abordar y hablar con el conservador de un museo, el inspector de los servicios de limpieza en la Plaza Mayor, el ayudante de obispo en la iglesia más importante.., personas de ese estilo. Unos no esperan la visita del primer ministro, pero otros han recibido instrucciones al respecto y se les ha dicho que lo tengan tode a punto. La idea dio resultado y he compuesto una lista de los lugares a los que acudirá..

Al oírla, Ramsey formó un círculo con el indice y el pulgar.

—Chica lista —murmuro.

Complacida, ella se concentró en el micro del teléfono.

—Puedo leérsela ahora, señor Armstead.

—¿Estás segura de tus fuentes?

—Muchísimo. Siempre pueden haber cambios de última hora, pero es un itinerario muy consecuente y creo que el primer ministro lo seguirá. Déjeme que se lo lea.

—Un momento, Victoria. La taquígrafa esta en el otro teléfono. Puedes dictarle a ella. Adelante.

La voz de Armstead se extinguió.

—¿Está preparada? —preguntó Victoria.

—Lo estoy —contestó una mujer con acento británico.

—Empecemos, pues —dijo Victoria, organizando las notas en su regazo—. Lo que sigue es mi dictado.

—Hizo una pausa y comenzó a leerlas en voz alta—. A las nueve el primer ministro llega al aeropuerto de Fuenterrabía. A las nueve y media se dirige a San Sebastián en un helicóptero militar. A las diez llega al Palacio de Ayete, en otro tiempo residencia estival del generalísimo Franco. A las diez y media, el primer ministro y su comitiva se dirigen en coche a las Casas Consistoriales, el Ayuntamiento, donde es recibido por el alcalde. A las once y media llega en coche a la Catedral del Buen Pastor para confesarse con el obispo. A las doce la comitiva parte hacia el Palacio de Escoriaza—Esquivel, para asistir a un almuerzo ofrecido por el gobernador. A las dos y media pronuncia una alocución de diez minutos a la multitud, desde una tribuna frente al Palacio. .

—Victoria hizo una pausa—. ¿Leo demasiado de prisa?

—No se preocupe, siga —dijo la taquígrafa—. Cuando haya terminado, le pediré que me deletree unas pocas palabras.

—Hasta ahora, todo muy bien —intervino Armstead.

Victoria se aclaró la garganta y reanudó su lectura. Había caído la noche en Londres, y en el salón de la suite de Armstead en el Ritz, éste se había puesto su capucha de esquiador, debidamente ayudado por Gus Pagano.

—¿Cuántos hay aquí? —preguntó Armstead.

—Sólo dos. Cooper y Quiggs. Cooper quiere presentarle un último informe antes de partir.

Armstead asintió con la cabeza y siguió a Pagano hacia la puerta del dormitorio contiguo. Entraron los dos. Excepto un par de bombillas de escasa potencia, la habitación estaba en la penumbra. . En el centro, había una gran mesa circular de roble con media docena de sillas plegables a su alrededor. En una de ellas se sentaba el majestuoso Cooper, y en otra el joven británico, fornido y granujiento, llamado Quiggs.

Armstead les saludó parcamente y se sentó frente a ellos, con Pagano a su lado.

Momentáneamente, el propietario del Record se sintió intrigado por la expresión severa de Cooper y la cara flemática de Quiggs. ¿Habría salido algo mal, habría malas noticias?

Pero al cabo de unos segundos, Armstead sintió que se desvanecía en él toda aprensión.

—Nos marchamos dentro de una hora —explico Cooper a guisa de comienzo—. Antes de emprender el viaje, he pensado que debíamos informarles acerca de la marcha de la operación. Todo funciona exactamente tal como se había planeado.

Armstead dejó escapar un suspiro de alivio.

—La mayor parte de nuestro equipo ocupa ya sus lugares para la segunda fase —prosiguió Cooper—, algunos en Lyon y otros camino de San Juan de Luz con su equipo.

—¿Con armas? —preguntó Armstead.

—Tenemos distribuidas ya todas las armas. La expedición de Lyon ha llegado, excepto los helicópteros, que no necesitaremos hasta la semana que viene. El resto de la mercancía está siendo transportado de Gales a Francia y de allí a la frontera española.

Armstead se mostró incrédulo.

—¿Me está diciendo que han sido entregadas ya casi todas las armas? Ha sido todo muy rápido.

—Por esto pagó usted —replicó Cooper—. Pasaremos a España en las próximas cuarenta y ocho horas. Enseguida empezaremos a familiarizarnos con los diversos sitios que figuran en el itinerario del primer ministro.

—¿Le han parecido satisfactorios nuestros informes? –inquirió Armstead.

—El señor Pagano los entregó cuando acabábamos de almorzar. Ha sido también una entrega rápida y juzgamos que son muy completos.

Quiggs se movió entonces en su silla y dijo: —Esperamos que el primer ministro se atenga a ese trayecto.

—No se preocupe por esto —tranquilizó Cooper a Armstead—. Una vez en el campo de operaciones efectuaremos una verificación hasta el último instante. Si la comitiva introduce cualquier cambio, podremos acomodarlo a nuestros planes alternativos.

—¿Fue también satisfactorio nuestro informe respecto al dispositivo de seguridad? —quiso saber Armstead.

—Nos ha sido muy útil —aseguró Cooper—. Debido a la naturaleza de este dispositivo, nos vimos obligados a alterar nuestro plan original.

Armstead se vio en seguida asaltado por la curiosidad.

—¿Cómo piensan apoderarse de él? —preguntó repentinamente.

—Siento no poder explicárselo —replicó Cooper con la misma brusquedad.

—Lo siento —dijo Armstead, contrito—. No es mi intención interferir.

Cooper guardó silencio durante varios segundos y, cuando volvió a hablar, su actitud se había suavizado.

—Usted paga por esto, y por tanto creo que tiene derecho a saber algo.

—No importa —le atajó Armstead.

Cooper fingió no haberle oído.

—No me importa decirle (puesto que ya no está en marcha) que nuestro plan original era el que más éxitos ha proporcionado en anteriores operaciones. Se trata de realizar el secuestro mientras la víctima se encuentra en el coche. Se utilizan dos vehículos para interceptar y bloquear el objetivo, situando un coche ante el suyo y otro detrás, se agarra a la víctima, se la obliga a entrar en el vehículo situado delante y éste emprende la huida seguido por el segundo coche. Este era nuestro plan original que ha tenido que ser desechado.

—¿Y por qué lo abandonaron? —quiso saber Armstead—. El sujeto estará en su coche, en una comitiva continua, en San Sebastián.

—Deje que le cuente por qué abandonamos ese plan —dijo Cooper—. ¿Ha oído hablar alguna vez de un tinglado llamado Control Risks?

—¿Control..? No, ¿qué es?

—La compañía de seguros Lloyd's de Londres tiene una filial que vende seguros contra secuestro. Si usted teme ser secuestrado, pide uno de estos seguros y la Lloyd's envía un equipo de inspectores y consultores que le visitan, determinan el riesgo potencial y le dan consejos para reducir ese riesgo. Después, le extienden secretamente una póliza a través de una filial llamada Control Risks. Ellos tratan de ayudarle a prevenir un secuestro, pero si a pesar de todo es usted secuestrado y paga un rescate, le reembolsan. Es una operación poco conocida pero que ya empieza a popularizarse.

—Muy especial, sin embargo —comentó Armstead—. ¿Y qué tiene que ver esto con su cambio de planes?

—Tenemos una mujer en Control Risks. Mantiene un lío con uno de nuestros hombres y le hace favores. Ella tiene acceso a los archivos confidenciales de Control Risks, y por estos archivos nos enteramos de que un noventa por ciento de todos los secuestros actuales, o sea nueve de cada diez casos, tiene lugar cuando la víctima se encuentra en un coche. Comprendimos que si Control Risks trabaja de acuerdo con esta estadística, deben de haber estudiado una mejor protección para las víctimas en potencia que se desplazan en coche. Y comprendimos también que si intentábamos secuestrar al primer ministro mientras viajara en

Librodot

su limusina, las fuerzas de seguridad españolas estarían preparadas para esta eventualidad. La posibilidad de un fracaso hubiera sido demasiado grande y, por tanto, decidimos abandonar esta modalidad de secuestro. Cambiamos nuestros planes. Ahora ya lo comprende.

Armstead lo comprendía y se sentía impresionado. Experimentó la tentación de hacer más preguntas y tratar de averiguar el plan alternativo de Cooper, pero antes éste ya se había mostrado inflexible en cuanto a divulgarlo. Lo más probable era que siguiera negándose. Y de pronto, Armstead ya no quiso saber el modus operandi. Quiso mantener la operación a prudente distancia de su persona. Tuvo que recordarse a si mismo que él era el propietario de un periódico y no, después de todo, un terrorista.

—Y ahora creen que van a tener éxito —fue todo lo que pudo decir.

Cooper se puso en pie.

—Esperamos tener éxito, pero no podemos garantizarlo. Sólo podemos intentarlo. Y ahora debemos marcharnos inmediatamente; ¿quiere que el señor Pagano nos acompañe?

Armstead se levantó a su vez.

—Pagano es esencial. El será mi enlace con las actividades de ustedes. Yo me marcharé de Londres mañana y Pagano sabe dónde encontrarme. Mantendrá el contacto entre nosotros —Se volvió hacia Pagano—. ¿Preparado para marcharse, Gus?

—Todo está a punto —contestó Pagano.

—Esperaré tener noticias suyas.

—Armstead titubeó—. ¿Está seguro de que podrá comunicarse conmigo?

—Minutos después de que ocurra la cosa —prometió Pagano—, yo estaré atravesando la frontera con Francia, por el mismo camino por el que pasamos las armas de contrabando., una ruta clandestina. Tengo reservado un teléfono y le informaré de inmediato.

—Perfecto —dijo Armstead, satisfecho—. ¡Buena suerte!

Armstead esperó hasta que los tres hubieron salido de la habitación. Una vez solo, regresó a su suite, despojándose de su incómoda capucha. Más tarde, se desprendería de ella como fuese.

Se sentía extrañamente excitado y notaba una erección parcial. Deseó estar ya en Nueva York, estrechando a Kim entre sus brazos.

Pero sabía que su verdadero orgasmo lo tendría en San Sebastián. En San Sebastián la mañana era fría y luminosa, y el primer ministro y su séquito habían llegado puntualmente según lo programado.

A pesar de diversos retrasos debido a las aglomeraciones, Victoria y Ramsey habían podido seguir el mismo camino del primer ministro en el Renault nuevo alquilado por Ramsey. A las diez de la mañana presenciaron la llegada del alto dignatario al palacio de Ayete, tras haber aparcado el coche para mezclarse los dos con la multitud de curiosos que esperaba frente al edificio. Obligado a permanecer inactivo, Ramsey se mostró nervioso y malhumorado mientras fumaba un cigarrillo tras otro, hasta que por fin el primer ministro salió del edificio.

A su alrededor, la muchedumbre prorrumpió en aclamaciones, y Victoria, impasible, señaló su reloj de pulsera y dijo:

—Son las diez y media, Nick. El programa se está desarrollando con toda exactitud. Ahora irá al Ayuntamiento. Sigamos a la comitiva. ¿Dónde ha quedado nuestro coche?

—Si insistes —gruñó Ramsey, abriéndose paso con los codos, frente a ella, entre el gentío.

De nuevo en coche, siguieron la ruta de la comitiva hasta el Ayuntamiento de San Sebastián, dejaron el Renault mal aparcado en una calle lateral y se abrieron camino entre más espectadores, a tiempo para ver cómo el primer ministro y sus acompañantes entraban en el edificio municipal junto con el alcalde.

Esperaron fuera unos veinte minutos, durante los cuales el nerviosismo de Ramsey se hizo cada vez más patente.

Finalmente, tiró de una manga de la chaqueta de Victoria.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada, todavía —contestó ella.

—Todavía nada, nada ahora y nada más tarde. Vicky, estamos perdiendo el tiempo. Ya te advertí que de aquí no saldría ninguna noticia, y ahora deberías ver que yo tenía razón.

—Ten un poco más de paciencia, Nick.

—¿Para qué? Ya tengo bastante, Vicky. Voy a largarme.

—¿Te marchas? —preguntó ella, incrédula.

—Ya lo creo. Esto es de lo más corriente, como yo pronostiqué. Sí se produce alguna noticia de primera, sabrás arreglártelas por tu cuenta. Ocurra lo que ocurra, la noticia es tuya. En cuanto a mí, pienso regresar a pie al hotel, tomar unas copas y hacer una siesta. Cuando te dispongas a enviar tus noticias a Nueva York.. despiértame y yo te otorgaré un apoyo moral.

—Entregó las llaves del coche a Victoria. Mantente alerta, muchacha, y sobre todo sobria.

Y dicho esto, desapareció entre la multitud.

Desalentada por el cinismo de su compañero, sintiéndose más que ingenua en sus románticas expectativas, además de bisoña y totalmente inexperta, Victoria se afianzó firmemente en el pavimento y se dispuso a esperar. "Qué caray —se dijo para sus adentros—, aquí podría haber noticia y yo soy una reportera.. y Nick es un borrachín empedernido."

A las once y cuarto el primer ministro todavía no había reaparecido, lo que significaba que a partir de entonces todo se desarrollaría con retraso. Victoria examinó a los espectadores, esperando detectar la presencia de manifestantes o provocadores, pero no había ninguno a la vista.

Pasaron diez minutos y de pronto Victoria extremó la atención al oir una salva de aplausos y varios vivas. Poniéndose de puntillas, pudo ver la majestuosa figura del primer ministro. Estaba estrechando la mano del alcalde de San Sebastián antes de volver a su limusina, mientras miembros de su séquito y los guardaespaldas de paisano le rodeaban prontamente.

Victoria dio media vuelta y pugnó por atravesar el gentío, hasta que por fin dispuso de espacio libre y corrió hacia la calle lateral donde había dejado el Renault. Lanzó un suspiro de alivio al ver que no tenía ninguna papeleta de multa.

Una vez dentro del coche, buscó su mapa de San Sebastián, localizó las equis que había marcado en los puntos de parada del primer ministro, buscó el Ayuntamiento y la ubicación actual de ella, y seguidamente la siguiente parada en el programa, la Catedral del Buen Pastor. Trazó la ruta, puso en marcha el coche y avanzó buscando las calles menos transitadas. Finalmente, cuando tuvo a la vista el campanario principal de la iglesia, con sus setenta y cinco metros de altura, buscó un lugar donde aparcar y, tras varios intentos frustrados, cruzó el río Urumea por el puente de Maria Cristina y encontró unos terrenos vacíos cerca de la estación del Norte. Con el bolso colgado del hombro y el mapa en la mano, atravesó de nuevo, a buen paso, el mismo puente. Poco después se encontró en la Plaza de Bilbao, no lejos ya de la imponente catedral neogótica.

Una vez más había una multitud de espectadores que asediaban -a la entrada del templo y eran contenidos por un cordón de policías. Victoria trató de acercarse más para obtener mejor vista, pero no pudo llegar a menos de cincuenta metros de la entrada.

Su visión quedaba parcialmente obstaculizada por el entusiasta gentío, pero pudo observar que la comitiva motorizada había llegado ya y que el primer ministro, rodeado por sus acompañantes, caminaba hacia la puerta principal de la catedral. Una vez allí, los

miembros del séquito parecieron esfumarse al hacerse a un lado, mientras el alto dignatario, seguido por dos de sus guardas personales, les dejaba atrás y saludaba a un sacerdote. Juntos, los cuatro hombres entraron en la iglesia.

El hecho de que el primer ministro entrara en la catedral acompañado solamente por dos miembros de su séquito resultaba inesperado, pero Victoria comprendió enseguida lo que estaba ocurriendo al recordar el itinerario que ella había preparado. La catedral era una breve interrupción en la jornada protocolaria, durante la cual el alto dignatario seria oído en confesión. Victoria suspiró. Este era un gesto de respeto. No era una noticia.

Entumecida y mucho más cansada ahora, se acomodó como pudo, dispuesta a una nueva espera. El interior de la catedral había sido vaciado discretamente de turistas y fieles, y, excepto unos pocos sacerdotes que se disimulaban recatadamente en diversos rincones sombríos, el primer ministro estaba solo con el sacerdote que le servia de guía y un par de guardaespaldas.

Bajo los majestuosos techos abovedados del templo, el primer ministro pasó entre las filas de bancos vacíos y se encaminó hacia el confesionario más cercano.

Al llegar ante la entrada del mismo, oculto por una cortina, alejado de las ovaciones de la multitud, aislado de los graves asuntos de Estado, el primer ministro hizo una pausa para ordenar sus pensamientos y después se acercó al confesionario.

En el confesionario, una rejilla de madera le separaba del sacerdote que había de oír su confesión y darle la absolución. El primer ministro sabia que seria el propio obispo quien estuviera detrás de la rejilla.

El alto dignatario se arrodilló en el escalón almohadillado, inclinó la cabeza ante la reja y empezó a hablar en voz baja pero clara.

—Padre, he pecado.

—Sí, hijo mío.

—Deseo confesar..

En aquel instante, la rejilla se corrió a un lado y, con gran asombro del primer ministro, no apareció el rostro del obispo. Una mano enguantada apuntaba una pistola Parabellum calibre 9 a través de la abertura y apoyó el extremo de su cañón en la frente del alto dignatario.

—Silencio —ordenó una voz sibilante—. Haga lo que se le ordene si no quiere morir.

El primer ministro seguía arrodillado, como petrificado.

La cortina del confesionario se abrió y sólo a medias pudo distinguir una persona con atuendo clerical, que empuñaba una pistola y sostenía unas ropas en la mano, de pie detrás de él. Después notó que le colocaban una mitra en la cabeza y que le introducían en los brazos y alrededor del cuerpo una prenda eclesiástica, posiblemente la sotana púrpura del obispo.

—Vamos, levántese —le dijo una voz a su oído, en español.

Otro sacerdote armado, un pistolero vestido con sotana y sobrepelliz, había hecho ahora su aparición.

Entre los dos alejaron al primer ministro del confesionario, en dirección al cavernoso fondo de la iglesia. Mientras le obligaban a caminar, empujándolo a punta de pistola, se les unieron otros dos hombres también con atuendo eclesiástico, que acabaron de rodearle.

Entre los cuatro le hicieron pasar entre los bancos y el altar.

El primer ministro sólo pudo lograr una breve visión de sus guardaespaldas y varios sacerdotes, auténticos éstos según supuso, que estaban siendo atados y amordazados mientras falsos sacerdotes les apuntaban con metralletas.

Junto al oído del primer ministro, la misma voz sibilante de antes dijo:

—Vamos a meterle en un coche, en la parte posterior. Compórtese bien y no le ocurrirá nada. Una sola palabra y será hombre muerto.

El primer ministro asintió con la cabeza, guardó silencio y dejó que se lo llevaran. Fuera, mientras mantenía fija la mirada en la entrada de la catedral, Victoria se sentía cada vez más exhausta.

Habían transcurrido otros quince minutos exasperantes, bajo un viento casi helado, y el primer ministro todavía no había vuelto a salir. Mientras, los miembros de su séquito esperaban pacientemente frente a la catedral. Victoria estaba casi dispuesta a admitir que Ramsey estaba en lo cierto. Aquél no era un día de noticias, sino una jornada de ceremonias rutinarias, decepcionante no sólo para ella sino también para Armstead en Nueva York. Pensó en echar a andar hacia su coche, caminando lo más rápido posible a fin de entrar en calor, en busca otra vez de Ramsey para que la ayudase a preparar su historia carente de noticias.

Y en aquel instante oyó un grito delante de ella.

Sobresaltada pero instantáneamente dominada por la curiosidad, Victoria empujó a una pareja de campesinos que tenía delante y pugnó por acercarse al cordón de policías para ver y oír mejor lo que estaba ocurriendo. Al cabo de un minuto consiguió ver toda la puerta de la iglesia y lo que vio la sorprendió todavía más. Ante la entrada, un hombre de avanzada edad, con la cabeza descubierta y despeinado, al parecer el propio obispo vestido con sotana, gritaba frenéticamente ante varios guardias civiles y los componentes del séquito. Un oficial de la Guardia Civil le agarró por los hombros, tratando de calmarle, y el obispo dejó de gritar y empezó a hablar, nerviosamente, con el oficial. Bruscamente, el cordón de policías maniobró hacia atrás y Victoria se hubiese caído de no ser por la presión de la gente que había a su alrededor. Frente a ella se produjo una erupción de personas en la entrada de la catedral, al echar a correr guardias civiles, policías y agentes de paisano hacia los coches que esperaban, y, atravesando esa avalancha, otros policías y sacerdotes condujeron al histérico obispo hacia el interior de la iglesia, cerrando el paso a los curiosos.

En todas partes, la algarabía de voces en crescendo se mezclaba con el rugido de los motores de coches. Evidentemente, había ocurrido algo terrible, pero Victoria no podía saber lo que sucedía porque no comprendía ni una palabra de español. Alzó la voz, para que la oyeran los espectadores más cercanos: —¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? ¿Alguien habla inglés?

Sus vecinos la ignoraron, hasta que un joven con gafas y aspecto de estudiante, se abrió paso entre las personas que los separaban y la tocó en el hombro para que le prestase atención.

—Hablo inglés —le dijo—. El primer ministro ha sido secuestrado en el interior, a punta de pistola, por un grupo de terroristas. Ataron al obispo y ocuparon su lugar. Los demás iban disfrazados de curas.

Conmocionada, incrédula, Victoria agarró al joven por el brazo para impedir que se alejara.

—¿El primer ministro secuestrado? —gritó—. ¿Está seguro?. El joven asintió vigorosamente con la cabeza.

—Es verdad. Ha sido secuestrado.

Victoria volvió a tirar del brazo del joven.

—¿Quién lo ha hecho? ¿Se sabe ya?

Esta vez, el joven meneó la cabeza negativamente.

—No lo han dicho.. pero con toda seguridad ha de ser la ETA.

Y el muchacho se soltó y se alejó, mientras Victoria gritaba tras él: —¡Gracias, muchas gracias!

No había tiempo para pensar; sólo para actuar. Forcejeó entre la muchedumbre enardecida, procurando alejarse de ella, y al cabo de varios minutos observó que el gentío

disminuía. Finalmente, logró encontrarse en un espacio libre, abierto, y sólo se detuvo unos momentos para recuperar el aliento.

Su mente funcionaba vertiginosamente. Había obrado acertadamente al quedarse para asistir a la visita del primer ministro. En cambio, Nick había cometido un error al marcharse, al creer que no ocurriría nada. Había ocurrido algo increíble, y ella lo había presenciado a medias. Tenía una.. una primicia. El Record la tendría. Armstead se volvería loco de entusiasmo.

Corrió entonces alejándose de la catedral, en dirección del lugar donde había dejado su coche. El primer pensamiento que se había impuesto en su cabeza era el de encontrar un teléfono donde fuese y llamar a Nueva York, pero la realidad no tardó en amortiguarlo. Los obstáculos serian insuperables, pues no sabia cómo efectuar una llamada desde fuera del hotel, era incapaz de hacerse entender por una telefonista española, tendría que solicitar una llamada con cobro revertido.. Era imposible. Agotada, tuvo que moderar su carrera al acercarse al coche. Su destino inmediato le parecía ahora más claro. . Debía regresar al Hotel de Londres, subir a su habitación y pedirle a la telefonista de la centralita, que hablaba inglés, que hiciera llegar su llamada a Armstead.

¡El primer ministro secuestrado!

Entró precipitadamente en el Renault, puso el motor en marcha y partió como si la hubiera despedido una catapulta. Segura ya en su habitación del hotel, Victoria llamó a la telefonista, dijo que quería hablar con Nueva York, en una llamada previamente pagada persona a persona, y enunció cuidadosamente el número del Record.

—Cuelgue, por favor —le dijo la telefonista—. Yo la llamaré.

—Procure que sea lo antes posible —rogó Victoria. La telefonista, imperturbable, replicó:

—La llamaré apenas consiga la conferencia.

Ahora Victoria estaba esperando, tratando de ordenar la noticia en su cabeza y suplicando al teléfono que llamara de una vez.

Lo hizo al cabo de un minuto, y Victoria lo descolgó en el acto. La voz de la telefonista sonó exasperantemente fría.

—Señorita Weston, la conferencia que ha pedido con Nueva York.. no es posible dársela por ahora.

—¿Cómo?

—Tal vez más tarde, dentro de unas horas..

—¿Y por qué no puedo hablar con Nueva York?

—Son medidas policiales. Todas las llamadas desde San Sebastián han quedado interrumpidas. No es posible darle su conferencia. Yo la avisaré apenas se reanude el servicio internacional.

Victoria sabia que toda nueva petición ante un funcionario de poca monta, una pieza menor en el engranaje general, no la conduciría a ninguna parte y, antes de colgar, dijo con total impotencia:

—Estaré esperando que me llame usted.

Sólo una leve luz vino a aliviar su negra frustración. Si durante aquel estado de emergencia no se permitían llamadas al exterior, ello significaba que otros representantes de la prensa toparían con el mismo obstáculo. A ningún periódico español ni a ningún servicio extranjero por cable se le permitiría enviar noticias desde San Sebastián. Y también estaba segura de que no se autorizaría a ninguna emisora española de radio o televisión transmitir la noticia. Esto representaba una mordaza inmediata sobre la difusión del secuestro del primer ministro, y cualquiera que fuese la razón que tuviera la policía española para imponer esta censura, no cabía duda de que la estaba ejerciendo con pleno efecto.

¿Qué podía hacer?

Nick Ramsey, claro. Nick, que se estaba echando una siesta en la habitación contigua, ignorante de lo que había ocurrido y de la gran primicia que sólo ella poseía. Debía recurrir a él, con toda su experiencia, y preguntarle qué podían hacer para conseguir que la noticia llegase a Nueva York.

Salió rápidamente de su habitación y recorrió el pasillo hasta la habitación vecina. Llamó enérgicamente a la puerta de Ramsey para despertarle.

Apenas se habían separado sus nudillos de la puerta, ésta se abrió de par en par.

—Nick..

—empezó a decir, entrando en el cuarto, pero en el acto se detuvo.

Confusa, trató de asimilar aquella escena inesperada.

Ante la puerta había un hombre uniformado y armado con un fusil. El había abierto la puerta. En la cama, exactamente frente a ella, estaba sentado Ramsey, descalzo y con el torso desnudo, vestido sólo con sus pantalones, y con un guardia civil a cada lado. En el extremo más lejano de la habitación, junto a una mesa y hablando por teléfono, había otro miembro de la Guardia Civil, probablemente un oficial.

Victoria miró a Ramsey. Tenía un aspecto terrible, como si sufriera los peores efectos de una resaca. Detrás de él, la cama estaba deshecha.

Ramsey levantó la mano en un saludo jovial.

—Hola, Vicky.

—Pero, ¿qué está ocurriendo aquí? —preguntó Victoria, acercándose a Ramsey. Uno de los dos guardias le dijo algo en español. Ella no le entendió pero se detuvo—. ¡Nick, han secuestrado al primer ministro!

—Acabo de enterarme —dijo Ramsey—, y ellos creen que fui yo quien lo hizo.

—¡Pero si tú has estado aquí todo el tiempo! Además, esto es absurdo.. ¿Por qué tú?

—Fui seguido la semana pasada. Me vieron entrar en una farmacia cuyo propietario es simpatizante de la ETA.. y me vieron salir media hora más tarde, sin haber comprado nada. Entonces se figuraron que yo había estado conspirando con él.

—¡Esto es perfectamente ridículo! —exclamó Victoria.

—Díselo a ellos, no a mi —recomendó Ramsey sonriendo.

—Nick, necesito tu ayuda..

En el acto, él se puso serio.

—Yo necesito primero la tuya. Apenas salgas de aquí, habla con Armstead y pídele que se ponga en contacto con el embajador de Estados Unidos en Madrid y que éste me libre de la policía.

—Esto es lo malo —dijo Victoria, frenética—. No puedo comunicarme con Armstead para explicarle mi noticia., ni para ayudar a ti. Han cortado todas las comunicaciones con el exterior. ¿Cómo puedo hablar con Nueva York desde aquí?

—¡Silencio! —rugió una voz desde el otro extremo de la habitación. El oficial de la Guardia Civil había colgado el teléfono y ponía el tricornio mientras avanzaba hacia la cama. Se dirigió a Ramsey—: Haga el favor de vestirse. He hablado con mis superiores. Va a quedar usted detenido mientras se aclare todo.

Debe venir conmigo para ser interrogado.

—En marcha, pues —dijo Ramsey, poniéndose en pie y cogiendo su camisa. Al mismo tiempo miró a Victoria e hizo un gesto de impotencia—. Me parece que estamos quemados los dos.

El oficial hizo una señal a los guardias para que hicieran salir a Victoria y seguidamente se dirigió hacia el pasillo, delante de ella.

La joven habló con rapidez.

—Nick, no estamos quemados. Escúchame.

—Será mejor que hables de prisa.

—Iré a San Juan de Luz, en la frontera francesa. Está a unos treinta kilómetros de aquí. He estado allí y conozco el lugar. Tomaré un tren, o lo que sea.

—No te dejarán pasar.

—Yo creo que sí, cuando enseñe mi pasaporte norteamericano Nick, iré al Hotel Chantaco, que ya está en Francia, y allí podré utilizar el teléfono. Llamaré a Armstead en nombre de los dos. daré mi noticia y haré que te pongan en libertad.

Los guardias que habían estado junto a la cama se habían situado ya a ambos lados de Victoria, y la obligaron a cruzar la puerta y salir al pasillo. La joven permaneció allí, inmóvil, viendo cómo los guardias sacaban a Ramsey sin contemplaciones de la habitación. Una vez en el pasillo, lo rodearon y marcharon con él hacia la escalera.

Al pasar, Ramsey le dirigió una fugaz mirada y trató de sonreír pero no lo consiguió.

—¡Nick —gritó ella—, te estaré esperando allí!

Al desaparecer Nick con sus guardianes, Victoria corrió hacia habitación en busca del teléfono, para averiguar cómo llegar a San Juan de Luz, en el supuesto de que la dejaran salir de San Sebastián y de España en aquel día aciago. Aunque San Juan de Luz estaba a escasa distancia, Victoria necesitó largo tiempo para llegar hasta allí.

Aquella tarde fue angustiosa para Victoria a causa de las amenazas que se cernieron sobre ella, y fué exasperante en ciertos aspectos debido a las numerosas demoras. En su deseo de conseguir un teléfono para ayudar a Ramsey, palpitante en su interior la noticia todavía exclusiva del secuestro del primer ministro, el desfile de las horas fue para ella una tortura.

Ante todo, buscó la ayuda del primer conserje del hotel, apoyando su petición de un medio de transporte con una propina sustanciosa. El hombre le aseguró que le exigiría mucho tiempo ir allí en tren, y finalmente encontró un servicio de alquiler de coches en San Sebastián que, según dijo el conserje, le enviaría dentro de un par de horas un sedán BMW y un chofer con dominio del inglés para llevarla a Francia.

Sin pensar, intentó llamar por teléfono al Hotel Chantaco de San Juan, pero una vez más le recordaron que desde San Sebastián no se permitía ninguna llamada al extranjero. No obstante, un agente de viajes local le aseguró que en San Juan de Luz la temporada turística había terminado prácticamente —el hotel cerraría dentro de unas pocas semanas—y que era seguro que encontraría plaza.

Sin quitar la vista del reloj de pared, esperando la llegada del chofer y el coche, se entretuvo tomando notas sobre el secuestro del primer ministro. Deseaba estar preparada para detallar la noticia a Armstead apenas hablara con él por teléfono. Después, tras encontrar y comprar en el vestíbulo una guía local de viaje que dedicaba varias páginas a San Juan de Luz, regresó a su habitación para leerla y tomar un refrigerio.

Estaba cerrando su única maleta, a punto de marcha, cuando llegó la policía.

Eran dos, ambos de paisano, y los dos hablaban inglés. El más distinguido de ellos mostró su carnet y verificó la identidad de Victoria Weston examinando su pasaporte. Después procedió a un minucioso interrogatorio. Dijo que aquella mañana se había producido un acto terrorista en la ciudad. ¿Estaba ella enterada? Ella contestó que sí, que incluso casi lo había presenciado. ¿Por qué se encontraba cerca de la catedral? ¿Cómo turista, para ver al primer ministro? Respondió que no, sino como periodista para escribir sobre la visita oficial. ¿Podía demostrar que formaba parte, verdaderamente, de la prensa norteamericana? Le enseñó su pase de prensa del Record de Nueva York, pero él se lo devolvió con la observación de que bien podía tratarse de una falsificación. Entonces ella sugirió que se pusiera en contacto con su periódico para verificar su pertenencia a su plantilla, pero él inició otra ronda de preguntas. Había pruebas de que ella había estado haciendo averiguaciones en

San Sebastián antes de la visita del alto dignatario. ¿Por qué se había mostrado tan interesada? ¿Y por qué no había de estarlo?, replicó ella. Se le había encomendado un articulo sobre las actividades del primer ministro en San Sebastián y ella había estudiado abiertamente su itinerario.

El policía le describió detalladamente las visitas por ella realizadas en la ciudad, y quiso que le explicara la finalidad de cada una de ellas. Después le describió también sus actividades en compañía de un tal Nick Ramsey y quiso saber cuál era la relación entre los dos.

El interrogatorio se prolongó más de una hora, y al final quedó libre de sospecha de complicidad. Sin embargo, por más que se esforzó en ello, no consiguió saber nada acerca del paradero de Nick Ramsey.

Su partida de San Sebastián fue muy tardía, y ella y su chofer fueron parados tres veces. Tras enfilar la autopista en dirección a San Juan de Luz, tuvieron que detenerse en un puesto de control en las afueras de la ciudad, donde ambos fueron interrogados. Al llegar a Irún y la frontera, los retuvieron un buen rato los aduaneros, y cuando se desviaron de la autopista en la población francesa de Ciboure, sufrieron una nueva demora, esta vez a causa de obras en la carretera y un desvió de la misma.

Cuando hubieron cruzado el puente sobre el río Nivelle y entrado en San Juan, Victoria lanzó un audible suspiro de alivio. Aunque era poco más de la media tarde, había luces y animación en la alegre ciudad portuaria, pero Victoria no se distrajo de su objetivo primordial. A un par de kilómetros del centro urbano, llegaron al elegante Hotel Chantaco. El refugio que éste ofrecía con su enorme chimenea cerca del mostrador de recepción y sus arcadas morunas no suscitó el menor interés en Victoria. Sólo le interesaba una cosa: ¿tenían una habitación con baño, una habitación con teléfono, para una estancia de dos o tres días como mínimo? La tenían.

Y una vez en la habitación, a pesar de que la aguijoneaba el hambre, sólo un pensamiento ocupaba su cabeza. Pidió la conferencia con Nueva York, con las oficinas del Record, y al cabo de cinco minutos pudo hablar con Estelle Rivkin, la secretaria de Edward Armstead, y la excitación de Victoria subió de grado. Tenía que hablar inmediatamente con el señor Armstead. Supo entonces que estaba fuera y no era posible localizarlo, y que Estelle no tenía la menor idea de cuándo regresaría. Victoria se sintió decepcionada, enseguida preguntó por Harry Dietz, el segundo de a bordo. Dietz tampoco estaba. Nueva decepción. Victoria comprendió entonces que había anhelado recibir felicitaciones y alabanzas al más alto nivel, pero en realidad esto carecía de importancia y accedió de mala gana a hablar con el número tres, su director ejecutivo de redacción. Finalmente, oyó la voz de Ollie McAllister.

—Ollie, soy Victoria Weston. Toda la tarde he estado tratando de comunicarme.

—¡Vicky! ¿Cómo está? —La voz del adusto escocés sonaba sorprendentemente complacida—. ¿Dónde demonios está?

—Llamo desde el Hotel Chantaco, en San Juan de Luz..

—¿Dónde?

—La villa turística francesa al otro lado de la frontera con San Sebastián. Estoy en el Hotel Chantaco.

—Si, el señor Armstead mencionó que..

—Ollie, tengo una primicia increíble. Nadie ha podido telefonearla desde San Sebastián. Por esto he venido aquí. ¡Esta mañana han secuestrado al primer ministro español! ¡Me parece que la tenemos en exclusiva!

—Desde luego que si, Vicky —asintió McAllister—. La tenemos sólo nosotros, una exclusiva de campeonato. Hace una hora la hemos puesto en la calle. El primer ministro secuestrado en la Catedral del Buen Pastor, en San Sebastián, por un grupo de terroristas vascos. Iban disfrazados de sacerdotes y efectuaron el rapto sin disparar ni un tiro. La hemos

dado con los titulares más grandes. Me dicen que el Record se está vendiendo casi al mismo ritmo que con la fuga de Yinger..

—Ollie —le interrumpió ella—. No sé si le he oído bien. ¿Estáis enterados del secuestro del primer ministro?

—Ya se lo he dicho. Está en primera plana.

Victoria se sentó en el sofá, anonadada.

—Pero Ollie, yo tenía la noticia exclusiva. Nadie ha podido sacarla de España.

—Bueno, pues alguien lo consiguió. Un buen intento el suyo, pequeña, pero..

—¿Quién? —quiso saber ella—. ¿Cómo?

—Lleva la firma de Mark Bradshaw. Me han dicho que es un as británico al que el señor Armstead contrató para cubrir el continente.

—¿Y cómo sacó la noticia de España?

—No lo sé con exactitud. Fue remitida a través de nuestra oficina en Londres. Debió de encontrar algún medio para enviarla. Tal vez como lo ha intentado usted..

—El señor Armstead no me dijo que tuviese alguien más allí.

—Los grandes jefes no siempre confían en los reporteros, ni siquiera en los directores ejecutivos..

—Pero Nick Ramsey y yo..

—quiso insistir Victoria, pero entonces recordó—. ¡Oh, Dios mío, Ollie! ¡Casi lo había olvidado!. Nick Ramsey ha sido detenido por la policía española este mediodía. Se lo llevaron del hotel para interrogarlo sobre el secuestro. Le habían visto hablar antes del suceso con un simpatizante de la ETA..

McAllister emitió una risita despreocupada.

—¡El bueno de Nick! Ya volvemos a las andadas.. que ha sido detenido, Ollie.

—Siempre lo detienen. Bueno, está en manos de la policía de San Sebastián y usted quiere que nosotros tratemos de conseguir que lo suelten.

—El quería que el señor Armstead hablase con el embajador en Madrid..

—Lo sé. Nick siempre viaja en primera clase. No se preocupe, yo me ocuparé del asunto.

—Quedamos en que yo le esperaría aquí. Y también en que estaríamos a la espera de instrucciones para nuestra próxima tarea.

¿Podrá hacer que suelten a Nick?

—No se preocupe, Vicky. Disfrute del sol mientras pueda. No tardará en ver a Nick otra vez, y en tener noticias nuestras.

Después de colgar. Victoria rompió a llorar, abatida por la fatiga y la frustración. Como jugadora de un equipo, se alegraba de que el Record hubiera conseguido la noticia, pero la abatía el pensar que había fracasado en su empeño de conseguirlo por si sola, y que había sido derrotada por su propio bando. Minutos más tarde, se repuso y volvió a descolgar el teléfono, esta vez para hablar con el servicio de restaurante. El día siguiente, excepto una larga caminata por las angostas calles de San Juan de Luz y un descanso en los muelles para contemplar las embarcaciones verdes y azules de los pescadores de atún, se encerró en su habitación, esperando una llamada de Ramsey.

Cuando sonó el teléfono, en vez de una llamada de éste se encontró con una conferencia pedida por Edward Armstead desde Nueva York.

—Sé que ayer me telefoneaste con noticias sobre el secuestro —dijo Armstead—. Tengo en gran estima el esfuerzo que has realizado y quería que lo supieras.

Victoria se mordió el labio y no sin dificultad consiguió decir:

—De todos modos, le felicito por conseguir la noticia antes de que yo pudiera hacérsela llegar. Debe de estar muy contento.

—Estoy en éxtasis —se rió Armstead—. Estamos superando la venta de todos los demás diarios de la ciudad. Con este éxito nos ponemos en primer lugar, muy destacados de todo el resto. Y esta mañana hemos conseguido otra buena primicia.

—¿Sí? ¿Qué es? —preguntó Victoria cortésmente.

—Bradshaw nos ha enviado las condiciones de los secuestradores. Consiguió el comunicado que éstos acaban de enviar. ¿Quieres oírlo?

—Sí, claro.

—Pues voy a leértelo —dijo Armstead, muy ufano—. Ahí va. "La Organización Revolucionaria Socialista Vasca para la Liberación Nacional, Euskadi Ta Askatasuna —o sea, la ETA—, asume la responsabilidad de haber tomado ayer bajo su custodia el primer ministro del Estado español."

—¿De modo que fue ETA?

—Naturalmente —respondió Armstead—. ¿Quién iba a ser si no? Y el comunicado prosigue: "Nuestra acción contra el primer ministro y el Gobierno español constituye un gran paso hacia adelante para el socialismo de Euskadi en nuestra lucha contra la opresión nacional, así como para la liberación de los explotados y oprimidos en el Estado español". Después exponen su petición de rescate. Quieren que sean puestos en libertad media docena de presos políticos vascos en Madrid. Cuando tengan la seguridad de que se ha cumplido esta condición, devolverán el primer ministro ileso.

—¿Y no piden dinero? —preguntó Victoria, sorprendida.

—Es que ha sido un secuestro puramente político —dijo Armstead—. A propósito, en realidad he llamado para explicarle que he intervenido en el asunto de Nick Ramsey. Acabo de recibir noticias de nuestro embajador en Madrid. Me ha prometido que Ramsey saldrá libre esta mañana. Le verás mañana a cualquier hora.

—Me alegra mucho saberlo.

—Cuando estéis juntos otra vez, llamadme. Inmediatamente se os encargará otro trabajo. A la mañana siguiente, descansada, bañada y vestida con un blazer de mezclilla, una blusa de hilo irlandés y una falda de franela, Victoria desayunó, ya tarde, en el patio comedor del Chantaco. Casi había terminado su café y acababa de leer en el International Heraid Tribune la extensa información sobre el secuestro del primer ministro, que concedía todo el mérito al Record de Nueva York, cuando oyó que alguien la llamaba por su nombre.

Alzó la vista y se encontró con Nick Ramsey, que acababa de cruzar el arco de entrada y que se quitaba su nueva boina negra para dedicarle una breve reverencia.

La saludó con un beso en la frente y se sentó.

¿Cómo se encuentra la reina de las primicias? —dijo. Hizo una seña a un camarero y le encargó—: Huevos con jamón y café fuerte.

Victoria le estaba contemplando fijamente.

—Nick, ¿estás bien?

Ramsey levantó los brazos y fingió inspeccionarlos.

—Todo está en su lugar. Ningún atisbo de brutalidad policial. Tan sólo horas con las mismas preguntas una y otra vez, lo cual es peor.

—¿Has estado en la cárcel?

—No he tenido esa suerte. Ningún detalle pintoresco. Tan sólo fui devuelto a mi habitación del hotel, bajo vigilancia armada. Gracias por hacer que me soltaran. Y bien, tu primicia alborotó a todo el mundo.

Ella le tendió el Heraid Tribune y le señaló el articulo más destacado.

—Puedes verlo tú mismo.

En silencio, Ramsey leyó la página.

—Esto no es tuyo —comentó al terminar—. ¿Quién es Mark Bradshaw?

—Creí que tú lo sabrías.

—En mi vida he oído hablar de él.

—Ollie dice que Armstead lo contrató en el extranjero.

—Me gustaría saber cómo se te pudo adelantar Bradshaw.

—Seguro que ya estaba todo montado —murmuró Victoria con enojo.

—Sea como fuere, Armstead tenía todas las cartas en la mano. Debo reconocérselo. Nunca lo supuse tan perspicaz como para enviarnos a todos allí, previendo que pudiera suceder algo semejante.

Crepitó un altavoz y se anunció que la señorita Victoria Weston debía acudir a recepción.

Victoria se levantó de un salto y corrió hacia el mostrador de la recepción, donde le dijeron que la llamaban desde Nueva York y le indicaron una cabina telefónica en el vestíbulo.

El que llamaba era Harry Dietz.

—Hola, Victoria —dijo—. Allí donde está debe de ser de mañana. He probado en su habitación y entonces dije que la llamaran por megafonía.

—Aquí estoy.

—El señor Armstead me pidió que averiguase si Nick Ramsey ha llegado ya.

—Ha llegado hace unos momentos. Está sano y salvo. Ahora estábamos desayunando.

—Espléndido —dijo Dietz.

—Su noticia sobre el secuestro ha tenido resonancia. Primera página en el Herald de Paris, con pleno crédito para el Record de Nueva York..

—Estupendo. Informaré de ello al señor Armstead. A propósito, le interesará saber que hemos conseguido una nueva exclusiva sobre el secuestro de la ETA. El Gobierno español capituló ante la petición de rescate y el primer ministro fue puesto en libertad en circunstancias muy dramáticas. Le trasladaron en helicóptero a un monte aislado cerca de San Sebastián y le dejaron en la cima desierta, atado y con los ojos vendados. Después de desaparecer el helicóptero, las autoridades españolas recibieron una llamada telefónica que indicó dónde podían encontrarle. Lo hallaron sano y salvo. Tenemos esta noticia totalmente exclusiva en nuestra última edición para la distribución matinal.

—De nuevo les felicito a todos —dijo Victoria.

—Hay otra cosa que el señor Armstead quería que les dijera a usted y a Nick. Deben trasladarse a Paris hoy mismo. Se instalarán en el Plaza Athénée, como la última vez. El señor Armstead se pondrá en contacto allí con ustedes mañana por la tarde, y les explicará su próxima misión.

—¿Tiene idea de cuál será? —quiso saber Victoria.

—Vaya a París y espere.

Al colgar, advirtió que se había olvidado de pedirle a Dietz la información que más le interesaba. Tenía pensado preguntarle quién era Mark Bradshaw. Decidió que tal vez consiguiera averiguarlo en París. Con una mano, el doctor Carl Scharf barrió las migas de pan adheridas a su suéter verde de cuello vuelto, las hizo caer en la copa que formaba con la otra mano, y por último las depositó en el plato de cartulina que había sobre su mesa de trabajo y que todavía contenía los restos de un bocadillo de tomate y lechuga.

—Edward —dijo a Armstead—, ¿te das cuenta de que durante toda esta sesión, que ya casi ha terminado, no has mencionado ni una sola vez a tu padre?

Armstead no estaba seguro de si se le estaba ensalzando o bien criticando. Decidió finalmente que se trataba de un cumplido.

—Mi padre está muerto —dijo con tono indiferente—. Ya no forma parte de mi vida.. En realidad, le concederé un mérito. Pudo no haber respetado a su retoño, pero no cabe duda de que le inspiraba respeto el poder. El siempre tenía en cuenta que el nombre del juego es éxito. Ahora compruebo que tenía razón. Así es. Bien mirado, esto es el verdadero orgasmo.

—Hay lugar para ambos orgasmos —comentó Scharf—. Ambos son reales.

—Para mi —dijo Armstead—, el éxito es el orgasmo número uno, el grande. El otro es el pequeño; prácticamente cualquiera puede tenerlo.

El doctor Scharf contempló sus manos regordetas colocadas sobre la curva de su barriga y después miró a su paciente con benigno orgullo.

—Bien, me gusta que te sientas complacido de ti mismo.

—Esta frase es horrenda —criticó Armstead—. Nunca te la pasará en el Record.

—Se arrellanó en su butaca—. Si, estoy más que complacido conmigo. Siempre supe que podría hacerlo si tenía una oportunidad, y ahora lo estoy haciendo. Debes admitir, que no es poca cosa obtener dos grandes exclusivas una tras otra primero la fuga de Yinger y ahora el secuestro del primer ministro.

—Ciertamente, has demostrado ser un genio en tu oficio.

—Y sólo es el comienzo, Carl, sólo es el comienzo. No tengo la menor intención de pararme.

—¿Cómo explicas tu instinto para oler lo que va a ocurrir, y estar allí cuando ocurre?

Armstead sonrió forzadamente.

—Suerte y también mi bola de cristal.

—Adoptó una expresión de seriedad—. No, hay algo más. Se trata de saber dónde estará una persona importante en el momento indebido. Es percibir su momento de vulnerabilidad. Es conocer lo que están pensando sus enemigos. En cierto modo, es como ser Dios. Es como contemplar las cosas desde una nube altísima y poder ver lo que les espera a los meros mortales. Y ser capaz de actuar al respecto.

—Creo que realmente lo dices en serio —comentó Scharf.

—¿El qué?

—Que te sientes como sí fueras Dios.

Armstead se encogió de hombros, un tanto confuso.

—No, no es eso lo que quiero decir exactamente. No me tientes. Sólo digo que soy muy apto en el departamento de premoniciones. Sabía lo que le iba a ocurrir al primer ministro, y ocurrió. Yo fui el primero con esa noticia. La circulación aumentó vertiginosamente. Mis diarios son sinónimo de noticia. No puedo quejarme. Y yo disfruto del poder. Tendré que marcharme —añadió, mirando su reloj.

—No tengas tanta prisa —le aconsejó el doctor Scharf, mirando a su vez el reloj de pared—. Yo te haré saber cuándo es la hora de marcharse; aún tenemos algún tiempo.

Armstead se levantó.

—Es que estoy muy atareado. Tengo que hablar con alguien en Paris —titubeó unos momentos—. De hecho, tenía que decirte una cosa. Mi trabajo no me permite ya verte tres veces por semana. Mi vida se encuentra ahora bajo un buen control, de modo que en adelante bastará con una vez por semana.

—Si así lo dispones..

—Así es.

El doctor Scharf se puso en pie.

—Muy bien. Probaremos con una vez por semana, en este mismo día y a la misma hora.

—Será mucho mejor —aseguró Armstead.

El doctor Scharf le siguió hasta la puerta.

—A propósito de lo que te dije antes, mi intención era hacerte un cumplido —le confió.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que hoy has podido olvidarte por completo de tu padre.

—Que se joda de una vez —replicó Armstead y, abriendo la puerta, abandonó el consultorio.

En su despacho, Armstead se había quitado la chaqueta y se disponía a instalarse ante su mesa, cuando Harry Dietz asomó la cabeza.

—Estelle me ha dicho que usted ya estaba de vuelta —explicó—. He hablado con Ramsey y Weston. Están en París, en el Plaza Athenée, y esperan allí su llamada.

—Pide la conferencia —ordenó Armstead—. Quiero hablar con Nick en primer lugar.

—Enseguida —dijo Dietz, y volvió a cerrar la puerta.

Armstead se dejó caer en su sillón basculante tapizado de cuero y examinó el fajo de mensajes telefónicos que había sobre su escritorio. En su mayoría procedían de ejecutivos y editores de prensa y televisión de todo el país —de su propia cadena, así como de entidades rivales pero amistosas—y le felicitaban por su serie de asombrosas primicias en los últimos días, durante el inesperado secuestro y la feliz liberación del primer ministro en España. Complacido, Armstead volvió a apilarlos cuidadosamente y los apartó a un lado, pero dejándolos a la vista.

Sonó el intercomunicador en su teléfono y en seguida oyó la voz de Dietz.

—Edward, tengo a Nick Ramsey al habla.

—Bien. Pásamelo.

—Armstead se inmovilizó por unos momentos mientras repasaba el enfoque de su gran plan y, satisfecho, levantó el receptor—. Hola, Nick.

—Mis cordiales saludos, señor Armstead. Gracias por haberme sacado de España.

—Cada vez que te situemos en un lugar donde las cosas se pongan demasiado feas, nuestra obligación es sacarte de allí.

—Y le felicito por esas exclusivas tan impresionantes.

—Así continuaremos de ahora en adelante —prometió Armstead—. Hay dos acontecimientos que tendrán lugar en las próximas tres semanas, a los que quiero que se les dé una cobertura especial. Deseo que tú te ocupes de uno y Victoria del otro. De momento voy a separaros.

—Lo que usted diga, señor Armstead.

—Quiero que vayas a Tel Aviv y te prepares para la reunión que va a tener lugar entre el primer ministro israelí y el presidente de Egipto en El Cairo.

—Tendrá lugar dentro de tres semanas —dijo Ramsey.

—Lo que me interesa es que te instales primero en Israel, husmeando todo lo relativo a la reunión. Esta puede ser crucial y tal vez se produzca algún acto de violencia.

Escuchó en espera de que Ramsey le contradijera, pero el reportero se limitó a murmurar:

—Todo puede ser.

Armstead sonrió para sí al comprobar que Ramsey había sido domesticado, y dijo:

—Has de mantenerte a cubierto durante un par de semanas. Nuestra redacción sólo debe admitir material directo. Quiero algunas notas de color. Envía unas cuantas impresiones de fondo para nuestros dos próximos números de fin de semana; algo sobre el primer ministro,

sobre los miembros de su gabinete que se muestren en desacuerdo con él, sobre la opinión pública en Israel, y una versión amena de las cuestiones que van a ponerse sobre la mesa. ¿Entendido?

—Entendido —asintió Ramsey.

—Muy bien. Cuando el primer ministro salga de Tel Aviv para El Cairo, tú saldrás con él. Has sido acreditado como miembro de la prensa a bordo del avión. Una vez en El Cairo, busca una serie de comentarios marginales que arrojen luz sobre las conversaciones. Y ten los ojos muy abiertos ante toda novedad que pueda ser aprovechada para nuestra serie sobre el terrorismo.

—Lo haré.

—Después de estas reuniones en el Oriente Medio, te enviaré a otro lugar. En cuanto a Victoria, voy a mandarla a Ginebra.. pero será mejor que se lo explique yo mismo.

—Está aquí a mi lado, esperando con impaciencia su turno.

—Que se ponga.

Armstead cogió una colilla de puro de su cenicero de cristal y la encendió. Oyó que Victoria le decía algo inaudible a Ramsey y que después tomaba el teléfono.

—Señor Armstead. Soy Victoria.

—Vamos a ver, Victoria, tengo una misión inmediata para ti. No sé si Nick te lo ha dicho ya.

—No ha tenido oportunidad.

—Voy a dejarte trabajar por tu cuenta los próximos ocho o quince días. Envío a Nick a Israel y quiero que tú estés en Suiza mañana. En Ginebra, para ser exactos.

—Me parece muy bien.

—¿Quieres decir que separaros no significa un gran disgusto?

—Le echaré de menos, señor Armstead. Nick es una ayuda muy valiosa. Pero en realidad celebro que se me dé una oportunidad.

—Pues bien, ahí la tienes. ¿Estás enterada de la Conferencia de Naciones No Nucleares programada para la semana próxima en Ginebra?

—Tengo alguna idea al respecto.

—Los detalles te estarán esperando en tu habitación en el Hotel Beau—Rivage, junto con tus instrucciones. Esta conferencia comienza dentro de cuatro días, a contar de hoy, en el Palacio de las Naciones, sede oficial de las Naciones Unidas en Ginebra. El secretario general, el austriaco Anton Bauer, llegará a Ginebra dentro de tres días. También llegarán los delegados de los veinticinco países que cuentan con mayores probabilidades de poseer armamento nuclear en los próximos cinco a diez años. Encontrarás en tu carpeta la agenda de la conferencia. Contiene toda la información que necesitas..

—Me será muy útil.

—Sí, nuestra oficina de Zurich y la oficina de protocolo de las Naciones Unidas te proporcionarán todo lo que pueda serte necesario. Y ahora voy a explicarte lo que necesitamos para el Record. Quiero dos artículos preliminares, el primero sobre el Palacio de las Naciones y, específicamente, sobre la sala de reuniones del Consejo donde se instalarán los delegados durante la conferencia. Mándalo por teléfono mañana por la noche, con nuestro sistema corriente de dictado. Tan sólo notas. Ya montaremos el artículo aquí. Pasado mañana, deberás ir al Hotel Intercontinental, donde se instalarán Anton Bauer y sus acompañantes, anotar todos los detalles referentes a la suite de Bauer y su ubicación, y comunicármelos directamente a mí o a Harry Dietz, el primero con el que puedas establecer contacto.

—¿Un artículo completo? —inquirió Victoria.

Librodot

—Unas notas completas. Repito que esto debe hacerse pasado mañana. A media tarde, según tu horario. O sea el día después de la llegada de Bauer. No es necesario que te ocupes de esta llegada; se ocupará de ello personal de nuestra oficina.

—¿Debo ponerme en contacto con alguien de esta oficina?.

—Esta vez no. Trabajas estrictamente por tu cuenta. Ellos llevan largo tiempo allí y no quiero que te afecten prejuicios a causa de lo que saben ni que te veas influenciada por lo que ellos dan por sentado. Quiero que estos artículos sean frescos, vistos desde tu propia perspectiva. El tercer día de tu estancia en Ginebra lo tendrás libre. Ello te dará oportunidad de mezclarte con los delegados y echar un vistazo a la ciudad. Pero el cuarto día quiero que te encuentres en la galería de prensa, cubriendo los preliminares. Noticias directas, si las hay. Después, actuaremos de oído. Veremos cuál es el interés de los lectores por esta información. Si no has entendido bien algo de lo que te he dicho, lo encontrarás todo detalladamente explicado en la información que te espera en la habitación. En resumen, mañana al mediodía has de llegar a Ginebra. Tienes ya tu reserva en el Beau—Rivage. ¡Buena suerte!

Fue un vuelo corto el de la Swissair de París a Ginebra, y un trayecto de sólo cinco kilómetros desde el Aeropuerto de Cointrín al Hotel Beau—Rivage, al que llegó antes del mediodía. Ella y Ramsey se habían despedido la noche anterior a última hora, ante la habitación de Victoria en el Plaza Athénée y ambos se habían mostrado poco conversadores y un tanto tristes, ella a causa de aquella repentina separación y él, sospechaba la joven, por tener que ir al Oriente Medio. Ni Tel Aviv ni El Cairo eran sus lugares favoritos.

Había habido también una cierta tensión embarazosa la noche pasada ante la habitación de Victoria. Ella había sentido un deseo casi desesperado de invitarlo a su habitación, así como a su cama y su cuerpo. Pese a mostrarse tan disoluto y cínico, tan diferente de Victoria en muchos aspectos, al viajar juntos le había encontrado cada vez más atractivo y se había sentido atraída por su apostura, sus aires a lo Sydney Carton, su olor viril, su simpatía desenfadada pero cautivadora. Había sentido el anhelo de poseerlo, de adueñarse de él, pero no había conseguido reunir fuerzas para ser ella la agresora. Había esperado contra toda esperanza que él se invitase a tomar una última copa, pero si es que llegó a pensar en ello Nick dejó pasar el momento. Como antes en Paris y en San Juan de Luz, la había enviado a acostarse con un casto beso en la frente y un apretón de sus manos en los brazos. Salvo que esta última noche había añadido:

—Pronto volveremos a vernos.

Al desvestirse para acostarse, ella se preguntó, obsesivamente incluso, por qué no estaba él con ella. Nunca había conocido a un hombre que no la desease. Este era el primero. Y era también el primero en otro aspecto, porque ella le deseaba. Sabia que no se detendría hasta averiguar por qué se le resistía. Hasta poco antes de conciliar por fin el sueño, su curiosidad respecto a Ramsey no cedió el paso a la preocupación más inmediata de su misión solitaria.

Pero al día siguiente por la mañana, al apearse del taxi a un par de metros de la marquesina azul del Hotel Beau—Rivage, en su entrada por la Rue Fabri, alejó todo recuerdo de Ramsey y venció el temor de verse lanzada por su cuenta y riesgo, dejándose llevar por el estimulo de una nueva aventura y una buena oportunidad.

Después de pagar al taxista y mientras el portero sacaba su maleta, su bolsa y su máquina de escribir del portaequipajes, pudo ver la fachada de aquel hotel de seis plantas, con sus toldos amarillos desplegados para dar sombra a los balcones de ornamentales barandas de hierro forjado, y ante el edificio un amplio paseo con parterres cubiertos de flores y con bancos pintados de verde, y más allá, bajo un sol centelleante, una suave y azul alfombra de agua que se extendía a través del río. Nunca había estado en Ginebra y había esperado algo más austero, pero lo que pudo ver era amable y espléndido.

Entró en el hotel y atravesó el elegante vestíbulo con sus columnas de mármol rosado hasta llegar al mostrador de recepción. . Desde luego, Armstead se había ocupado de todo.

Cinco minutos después se encontraba en su habitación individual de lujo, con una alfombra azul, una colcha azul pálida en la amplia cama, y unas cortinas azules corridas para que desde las ventanas pudiera verse a la distancia una magnífica montaña —probablemente el Mont Blanc—. Sobre una mesa de superficie de cristal, situada entre dos butacas marrones, había un ramo de crisantemos recién cortados en un jarrón de porcelana, y sobre la mesa escritorio un bol de plata con fruta madura, platos, servilletas y un cuchillo. Ante el bol, un abultado sobre de papel grueso sobre el que habían escrito con un rotulador rojo: Para Miss Victoria Weston. Personal. Entregar a su llegada.

Victoria se quitó la chaqueta, depositó el sobre en la cama, lo abrió y extrajo cuidadosamente su contenido. Había varias carpetas de cartulina, todas ellas etiquetadas, una de las cuales contenía material sobre el Palacio de las Naciones, otra folletos ilustrados del Hotel Intercontinental, otra listas fotocopiadas de los delegados que asistían a la conferencia indicando sus respectivas naciones, otra con una biografía de Anton Bauer, el secretario general de las Naciones Unidas, otra con mapas de Ginebra y sus alrededores, así como una lista mecanografiada de números de teléfono de personas de la ciudad que pudieran resultar útiles. Armstead no había dejado nada al azar.

Deseosa de anunciar su presencia antes de la pausa para el almuerzo, Victoria se acercó a la mesita de noche, sobre la cual había un teléfono y debajo de la superficie tenía una radio empotrada. Levantó el auricular y pidió línea con el secretario de protocolo en el Palacio de las Naciones.

Con notable eficiencia, se le recomendó que se presentara allí a las dos en punto si quería tomar parte en la primera de las diversas visitas colectivas que por la tarde se efectuaban en el Palacio.

Satisfecha de su programación, Victoria empezó a desnudarse. Tendría tiempo de tomar un baño y almorzar con calma en el restaurante de la terraza, contemplando aquellas aguas azules. Y durante el almuerzo, dispondría de tiempo suficiente para leer el contenido de varias de sus carpetas.

Despojada de toda su ropa, se situó desnuda de forma que pudiera verse por completo en el espejo que había sobre la mesa escritorio. Inspeccionó su larga cabellera rubia, sus labios gordezuelos, sus hombros anchos y un tanto huesudos, sus pechos erectos con los pezones en el centro de unas aureolas rosadas del tamaño de medio dólar, el triángulo del ombligo, las esbeltas caderas y los muslos carnosos que flanqueaban el montículo triangular cubierto de rojizo vello púbico. Desde luego, Nick Ramsey no podía tratarla como una chiquilla.

Desde luego, Nick Ramsey no tenía idea de lo que se perdía.

Con un esfuerzo, volvió a pensar en el trabajo que la esperaba, entró en el cuarto de baño cubierto de azulejos e hizo correr el agua en la corta y cuadrada bañera.

¿Dónde estaba la historia periodística en aquel enclave neutral y límpido, donde reinaba la abundancia? Un puñado de naciones, cada una de ellas con la tecnología suficiente para producir armas nucleares, iban a recibir del secretario general de las Naciones Unidas la admonición pertinente para que prometieran hacer restricciones en este aspecto, puesto que la época actual aconsejaba el desarme. Sí, una noticia, pero una noticia más que sobada. Lo que ella quería era una noticia explosiva, algo que causara impresión a todos los habitantes de Nueva York.

¿Dónde había un primer ministro como el español?

¿Dónde un grupo terrorista?

¿Ocurriría algo, alguna vez, en Suiza?. Antes de almorzar, Victoria había encargado un coche de alquiler, y después de comer el Jaguar estaba ya a punto, junto con explicitas instrucciones del conserje acerca de cómo llegar al Palacio de las Naciones.

Librodot

Cuando se encontró en la curva Avenue de la Paix, buscó un edificio que dominaba la calle y que había de ostentar dos cruces rojas en el rótulo que remataba su tejado inclinado. El CICR Comité Internacional de la Cruz Roja, sede principal de la Cruz Roja Internacional. Le habían dicho que inmediatamente después, y frente a él, estaba la entrada de visitantes del Palacio de las Naciones. Las instrucciones resultaron ser excelentes. Identificó el edificio del CICR, y al rebasarlo divisó la taquilla que vendía los billetes para las visitas al palacio. Pasó ante la estructura modernista del palacio y seguidamente giró desde la Avenue de la Paix.

No le fue difícil encontrar lugar para aparcar en una calle lateral cercana. Volvió caminando apresuradamente a la taquilla y allí enseñó al empleado su pase de prensa. Inmediatamente fue incorporada a un torrente de turistas que se encaminaba hacia la puerta de la sala de recepción, donde debía unirse a los visitantes pertenecientes a la prensa.

Había ya varios grupos reunidos en el interior, y en uno de ellos los componentes estaban provistos de libretas de notas y plumas o lápices. Victoria se acercó a él, segura de que debía de ser el de los miembros de la prensa, y no tardó en confirmarlo. Tras una espera de cinco minutos, durante la cual se les unieron otras dos personas, la guía, una francesa alta y joven, se cercioró de que estuvieran junto a ella todos los visitantes que eran de esperar, y para ello leyó en voz alta la lista que llevaba en la mano. Lo hizo en inglés, citando el nombre de cada persona, el periódico, revista o emisora de televisión por ella representada, y el país de donde procedía. Victoria quedó sorprendida por la variedad de naciones que habían mandado enviados especiales —reporteros de Israel, Japón, Italia, Suecia, Pakistán, Rumania, Turquía, dos de Austria—y casi al final de la lista la guía enunció: "Victoria Weston, Record de Nueva York, Estados Unidos".

Seguidamente, la guía se metió la lista y la tablilla a la que iba unida debajo del brazo.

—Puesto que están presentes, podemos empezar —anunció en francés—. No es lo usual, pero ofreceré mis descripciones en francés, inglés y alemán, por lo que les ruego un poco de paciencia.

Deseamos atender a todos los que van a informar sobre la Conferencia de Naciones No Nucleares.

—Se aclaró la garganta. Continuo—:

Nos encontramos ahora en la nueva ala del antiguo edificio de la Sociedad de Naciones, oficialmente llamado Palacio de las Naciones. Esta nueva ala, agregada en el año setenta y tres, amplió la longitud de nuestra fachada de cuatrocientos a quinientos setenta y cinco metros, y permitió que esta sede europea de las Naciones Unidas dispusiera de diez salas adicionales de conferencia, así como de setecientas oficinas. Si hacen el favor de seguirme, iniciaremos el recorrido.

Victoria y los demás siguieron a su guía a través de un laberinto de pasillos, hasta llegar a una amplia sala, una de cuyas paredes estaba orillada por sofás tapizados en plástico marrón y situados entre los pilares de mármol.

—Anualmente aquí tienen lugar más de cinco mil reuniones —explicó la guía mientras caminaban—. Es, con mucho, el punto de reunión más concurrido del mundo.

Entraron seguidamente en el anfiteatro de una sala de consejos atractiva y majestuosa. Al mirar hacia abajo, Victoria pudo ver hileras de negros asientos frente a la mesa presidencial, desde la que Anton Bauer, secretario general de las Naciones Unidas, pronunciaría su conferencia. Victoria se enteró de que la cabina acristalada en la parte posterior de la sala, situada sobre los asientos de los delegados, estaba destinada al personal encargado de la traducción simultánea. Más arriba estaba el anfiteatro donde ellos se sentaban ahora, la galería para la prensa y los visitantes, rodeada por impresionantes murales pintados en oro sobre sepia por el artista español José María Sert. Victoria pudo observar que los murales representaban el fin de la guerra y el nacimiento de la paz.

La guía les invitó a formular las preguntas que quisieran acerca de la Conferencia de Naciones No Nucleares que comenzaría dentro de tres días.

—¿Cuál es la finalidad de la conferencia? —preguntó Victoria.

La guía tenía preparada la respuesta:

—Persuadir a aquellos países más avanzados en tecnología nuclear a limitar la aplicación de ésta a las necesidades energéticas domésticas. Anton Bauer aportará su prestigio personal a la conferencia para conseguir un tratado que suplemente la limitación de armas nucleares ya acordada por Estados Unidos y la Unión Soviética.

Cuando terminaron las preguntas, el grupo fue conducido a través de más pasillos y bajaron por unas escaleras hasta llegar al puesto de venta de souvenirs. Después de pasar un rato en él, los más abandonaron el edificio y caminaron por un sendero hacia un mástil en el que ondeaba la bandera azul de las Naciones Unidas. Victoria se sintió instantáneamente cautivada por el paisaje, un ondulante prado cubierto de verde césped y en cuyo centro se alzaba lo que parecía ser una gigantesca esfera de oro o de bronce sobre las aguas reflectantes de un estanque; más allá del monumento, una hilera de cedros y cipreses majestuosos flanqueaba las aguas resplandecientes del lago de Ginebra.

—Esta bola dorada..

—señaló Victoria—. ¿Qué representa?

—Precisamente lo estaba leyendo ahora —dijo una joven que caminaba junto a ella—. Lo que se ve en el centro es la esfera armilar—de Woodrow Wilson (un antiguo instrumento astronómico). y los aros representan la posición de los planetas. Fue un regalo de Estados Unidos en memoria del presidente Wilson y sus esfuerzos en pro de una paz permanente.

Victoria contempló el globo, asombrada. Quince minutos después se encaminaba hacia el coche con sus notas.

Una contradicción le resultaba bien aparente y la confundía.

Su misión era absolutamente anodina, y sin embargo Armstead era un hombre astuto. La cosa no tenía el menor sentido.

Una vez en su coche y cuando se disponía a emprender el regreso al Beau—Rivage, tomó la decisión de no oponer resistencia ni dificultades. Era una misión a realizar y ella telefonearía debidamente a Nueva York para informar de lo que había visto. Tenía la esperanza de que la tarea del día siguiente fuese algo mejor. En realidad, la tarea del día siguiente fue todavía peor.

Victoria siempre se había enorgullecido de su capacidad imaginativa para convertir cualquier cosa, por vulgar y poco prometedora que pudiera ser, en una historia legible. Sin embargo, las notas para el segundo artículo que Armstead le había ordenado preparar, la materia prima para un artículo preliminar acerca del lujoso Hott Intercontinental en Ginebra, y los aposentos que Anton Baue ocuparía en él, le representaron un obstáculo poco menos que insalvable. Por lo que había leído, el propio Bauer sí podía proporcionar una buena historia. Ese dinámico austriaco, rubio y atlético, procedente de una familia pobre y dedicada a la música, se había abierto camino por si solo hasta convertirse en un sobresaliente diplomático internacional, y actualmente estaba al frente de La Organización de las Naciones Unidas. Cabía escribir sobre él. Pero en cuanto a su hotel en Ginebra o la instalación de Bauer en el mismo, era imposible encontrar en ello material adecuado.

Sin embargo, acompañada por un subdirector de dientes salientes y elegante chaqué a la suite presidencial del hotel —ya preparada para la llegada de Bauer al día siguiente—, Victoria decidió lograr que a fin de cuentas resultara posible un artículo.

Su libreta de notas ya estaba llena de datos y observaciones sobre el trayecto en coche desde la Route de Ferney al Hotel Intercontinental, el portero con chistera negra, casaca verde esmeralda y pantalones blancos, el amplio vestíbulo de la planta baja con dos escaleras

mecánicas que comunicaban con el entresuelo donde estaban ubicadas las tiendas, el mostrador acolchado de la recepción y los ascensores.

Ahora, en uno de los ascensores había llegado a la suite de Bauer.

Paseó lentamente por el vasto salón, mientras el subdirector, a su lado, charlaba hasta por los codos. Una habitación majestuosa, imponente. A la izquierda había dos grandes sofás de cuatro plazas y cuatro mullidas butacas tapizadas en terciopelo. A la derecha, un piano de cola con su banqueta, un bar, una mesa rodeada por sillas de respaldo recto, y otra mesa sobre la que destacaba un gran cesto lleno de fruta fresca.

Cuando hubo terminado su inspección y se encontraba junto a la puerta, disponiéndose a salir, miró atrás de nuevo.

Trató de infundir mentalmente vida a aquella suite, trató de animarla con la presencia de Bauer y los delegados de la conferencia nuclear en consultas privadas, pero no lo consiguió. Aquel espléndido salón siguió siendo lo que en realidad era: un salón.

Victoria abandonó la suite, disgustada, y dejó el hotel preocupada por lo que podría comunicar a Armstead.

Cuando su Jaguar se detuvo ante ella, dio una propina al portero por su ayuda, subió al coche, se puso el cinturón de seguridad y miró la hora en el reloj del salpicadero. Todavía era demasiado temprano para telefonear a Armstead en Nueva York —no podía encontrarse aún en su despacho—y calculó que le quedaban de tres a cuatro horas de tiempo libre. Había planeado para la mañana siguiente, su día libre antes de la conferencia, efectuar una visita a la ciudad; tenia ahora la oportunidad de avanzar este recorrido, y sin embargo decidió lo contrario. La atraía más el campo. Su mapa de Suiza descansaba, bien doblado, en el asiento de al lado. Lo abrió y lo examinó rápidamente. Su vista se centró en la carretera de Ginebra a Lausana junto al lago, denominada Nl, e instintivamente supo que el trayecto prometía ser cautivador. Puso en marcha el Jaguar y se alejó del Intercontinental en busca de la Nl.

Ciertamente, el descansado paseo hacia las afueras de Ginebra resultó lleno de colorido. Victoria condujo a velocidad muy moderada, inhalando el aire fresco, observando las villas edificadas a orillas del lago, las granjas pequeñas y apacibles, y los huertos de árboles frutales. Después de pasar media hora en la carretera, sólo había recorrido veinte kilómetros y se encontró en la antigua ciudad de Nyon, que decidió visitar.

Se había detenido en la esquina de la Avenue Viollier y la Avenue Pertems, buscando sin prisas un café con terraza en el que pudiera hacer una pausa para tomar un té, cuando creyó haber visto algo, en realidad alguien, que le produjo un breve sobresalto.

Lo que había visto era un hombre que caminaba hacia un edificio y entraba en él; el edificio bien podía ser un hotel, y constató que si lo era, un hotel de cinco pisos cuyo rótulo rezaba: Hotel des Alpes. Y se había sobresaltado porque creyó reconocerlo, haberlo conocido en otro lugar, y porque resultaba muy sorprendente verlo allí, en aquella ciudad suiza poco conocida.

Sólo había tenido un atisbo de él en la esquina de la calle, y al entrar en el hotel había desaparecido de su vista. Trató de recordar quién era. La visión que de él había tenido era la de un hombre delgado, más bien joven, no muy alto, con un sombrero de ala ribeteada sobre unos cabellos negros y rizados, ojos hundidos, nariz ganchuda, labios gruesos y una tez más bien morena.

Como un fugitivo en un film de gángsters de Edward G. Robinson en los años cincuenta.

Así lo había caracterizado la primera vez que lo vio, e instantáneamente estableció la asociación y lo identificó sin lugar a dudas.

Gus Pagano.

Desde luego. Gus Pagano, el ladrón de poca monta y soplón al que ella había entrevistado en Nueva York en su primer trabajo para el Record.

¿Qué podía estar haciendo Pagano en un lugar llamado Nyon, en Suiza?

Sonó un claxon detrás de ella, e inmediatamente sintió el deseo de aparcar y tener una reunión con Pagano. Movida por la curiosidad. Movida por la repentina necesidad de hablar con alguien que venía de muy lejos y que le resultaba conocido. Movida por el deseo de tener un acompañante para el té o el almuerzo. Las llamadas de claxon detrás de su coche persistían y Victoria trató de orientarse. Vio entonces un aparcamiento a su derecha, en la Place Pertems, un vasto espacio gratuito al aire libre para los turistas que venían a visitar el chateau que alojaba un museo, algo más abajo.

Victoria avanzó, introdujo su Jaguar en el aparcamiento y lo detuvo en el espacio libre más próximo.

Se apeó del coche, cruzó el aparcamiento y la calle, y entró en el Hotel des Alpes.

Era un vestíbulo pequeño, con sólo tres sofás y un mostrador de recepción al fondo. No había nadie en él, ni Gus Pagano ni ninguna otra persona. Victoria caminó presurosa hasta la recepción, pero allí tampoco había nadie. Vio un timbre sobre el mostrador, indudablemente destinado a llamar al servicio, y lo pulsó.

A los pocos segundos, un camarero joven y moreno, posiblemente italiano, salió del restaurante adyacente, miró a Victoria de pies a cabeza, llegó a la conclusión de que era norteamericana y se excusó en inglés.

—Perdóneme. Me ocupo de las mesas del restaurante, pero hoy también atiendo la recepción. ¿Desea usted una habitación?

—No —contestó Victoria—. Tienen ustedes un huésped aquí que es amigo mío. Me gustaría verle. ¿Puede decirme el número de su habitación?

El camarero pasó detrás del mostrador de recepción y abrió el libro de registro.

—¿Su nombre, por favor?

—Es el señor Pagano. Gus Pagano. De Nueva York.

—Voy a ver —el camarero—recepcionista revisó la última página de inscripciones, pasó después a la anterior y seguidamente a otra—. ¿Quiere deletrearme el nombre, por favor?

—P—a—g—a—n—o. Pagano.

El joven recorrió con el dedo otra vez las inscripciones de cada página y meneó negativamente la cabeza.

—Lo siento. No hay nadie llamado Pagano.

—Déjeme ver el registro —pidió Victoria. El joven se lo ofreció y ella leyó las dos páginas. No había ningún Pagano—. Le he visto entrar hace cosa de un minuto —aseguró, perpleja.

—Pues no está registrado aquí.

—Tal vez sólo iba al restaurante.

—No, tampoco. Nadie ha entrado aquí en la última media hora Señorita, acaso haya venido a visitar a algún amigo residente en el hotel.En este caso, desde luego, no podemos saber su nombre.

Esta era una posibilidad que no se le había ocurrido a Victoria. Más que una posibilidad, era lo más probable. Dio las gracias al joven y salió del vestíbulo del Hotel des Alpes, sintiéndose vagamente decepcionada. Lo cual no dejaba de ser ridículo, se dijo a sí misma, puesto que apenas conocía a Pagano y ni siquiera podía recordar si le había caído simpático.

Al salir del hotel consultó su reloj y decidió que sería mejor orillar Lausana y regresar a Ginebra. Necesitaba algún tiempo para revisar sus notas antes de telefonear a Armstead.

Todavía le causaba cierto temor telefonear al dueño de su periódico, cuando lo más interesante que había visto en todo el día se limitaba tan sólo a otro miembro de la plantilla, y

además no en plantilla fija, que seguramente pasaba unas vacaciones en Suiza. . A primera hora de la tarde, Victoria obtuvo conferencia con Nueva York y sostuvo el teléfono junto a su oído, esperando que Estelle le diese comunicación con Edward Armstead.

Las páginas arrancadas de su libreta y que contenían notas informativas sobre el Hotel Intercontinental estaban apiladas sobre su regazo y, con una sensación de impotencia, las revisó por cuarta vez.

—Aquí, Armstead. ¿Eres tú, Victoria?

—Si, señor Armstead. Dijo usted que le llamara para informarle acerca del Intercontinental.

—Veo que eres puntualísima. ¿Has confirmado que Anton Bauer va a instalarse allí?

—Le esperan mañana —titubeó y tragó saliva—. Señor Armstead, debo decirle que hice cuanto pude en el hotel. La gerencia me facilitó la máxima cooperación, incluso uno de los subdirectores me enseñó el hotel..

—Era de esperar. He estado muchas veces allí por consiguiente, no tengo ninguna queja a este respecto. Pero debo confesarle, señor Armstead, que a pesar de haberlo visto todo hay muy poco sobre lo que escribir.

—Deja que yo sea el juez en esta cuestión, Victoria.

—Sí, claro. Simplemente, trataba de señalar que.. es desde luego un hotel de cinco estrellas.., pero en realidad sin nada especial..

—¿Ningún preparativo especial para el secretario general de la ONU?

—Que yo pudiera observar, no.

—Bien, adelante y dicta lo que viste y oíste.

—¿Van ustedes a tomarlo todo palabra por palabra?

—No, no te inquietes, Victoria. Estelle está en la misma línea. Ella tomará taquigráficamente lo que dictes. Yo me quedo a la escucha, en caso de que desee hacer alguna pregunta.. Estelle, ¿preparada?

—Preparada —pudo oír Victoria a la secretaria.

—Está bien —dijo Armstead a Victoria—, ya puedes dictar Adelante. Victoria tomó sus notas y empezó a leerlas. Describió el interior del Hotel Intercontinental, desde las tiendas en el vestíbulo hasta la suite presidencial de Anton Bauer. Varias veces vaciló, como excusándose por la pobreza del material que estaba dictando. Continuó durante diez minutos, sin que la interrumpieran, hasta llegar al punto final.

—Esto es todo —dijo—. Ya lo han oído todo.

—Gracias —dijo Estelle, y abandonó la línea. ¿Sigue usted aquí, señor Armstead?.

—Estoy aquí, Victoria. La joven habló atropelladamente.

—Ya le he dicho que no creo que esto sea gran cosa. No sé si puede salir nada de ello.

—Bastará —aseguró Armstead—. Es exactamente lo que esperaba. Redactaremos un breve comentario (el secretario general de las Naciones Unidas en un ambiente lujoso, mientras se prepara para poner en cintura a las recalcitrantes naciones no nucleares), o tal vez hablemos de las naciones parcialmente nucleares que tratan de interferir. Sí, bastará.

Victoria sintió el impulso de comentar que este ángulo no le parecía el más acertado, pero se contuvo y se limitó a decir:

—Me alegro.

—Bien, has realizado tu tarea. Mañana te tomas el día libre y después asistirás a la inauguración de la conferencia para tomar unas notas..

—Oh, debo contarle una nadería, señor Armstead —le interrumpió ella—. Antes de poder telefonearle dispuse de un tiempo libre y lo aproveché para dar un paseo por la campiña suiza. ¿Sabe usted a quién vi.. o creí ver? A uno de sus empleados..

—¿Cómo? ¿A uno de.. mis empleados?

—A Gus Pagano. ¿Quién?

—Gus Pagano. ¿Recuerda el primer trabajo que se me encomendó al día siguiente de empezar yo en el Record? Me dijeron que hablase con uno de los informadores que trabajan para el diario. Un individuo que había ocupado la misma celda que Yinger. Se llamaba Pagano.

—Lo recuerdo. ¿Y qué pasa con él?.

—Hace unas horas, decidí dar un paseo en coche y llegué a una pequeña ciudad llamada Nyon. Y allí vi a Pagano en el momento en que entraba en un hotel. Se me ocurrió saludarle y yo también entré en el hotel, pero no estaba registrado allí. Creí que era Pagano.., de todos modos creo que todo esto no tiene la menor importancia.. Sólo quería comentarlo.

—No era Pagano —dijo Armstead, echándose a reír—. Te confundiste. Difícilmente podía Pagano estar en dos lugares al mismo tiempo. Se encuentra en Nueva York. Harry Dierz y yo hemos hablado personalmente con él hace media hora.

¡Vaya plancha la mía! Estaba persiguiendo a otro hombre y hubiera hecho el ridículo. Siento haberle molestado con esta tontería, señor Armstead.

—No tiene la menor importancia Disfruta de tu estancia en Ginebra y cubre la conferencia. Adiós. Durante un largo minuto, Armstead permaneció inmóvil en su sillón basculante En su interior era como si algo ardiese.

Oprimió el pulsador de su intercomunicador.

—¿Harry?

—Sí, señor Armstead.

—Ven enseguida —ordenó Armstead—. Quiero verte.

Harry Dietz se materializó en el despacho de Armstead casi en el acto, con una expresión de perplejidad en su pálido semblante.

—¿Ocurre algo malo, jefe?

¿Algo malo? —explotó Armstead—¡Ese imbécil de Pagano ha estado a punto de echarlo todo a perder!

Dierz se adelantó, todavía más perplejo.

¿Qué quiere decir?

—Ese idiota se ha dejado ver en la ciudad donde se encuentra..

—¿En Nyon?

—Como quiera que se llame. . Quedamos en que no se dejaría ver.

—Pero ¿cómo?

—Una persona de nuestra plantilla, la chica Weston, salió a dar un paseo en coche, haciendo tiempo antes de telefonear aquí. Fue a Nyon y allí vio a Pagano. Estaba entrando en su hotel. La chica aparcó y le siguió. Por suerte, no pudo encontrarle por suerte, también, no estaba registrado con su nombre. Dio el nombre de James Ferguson. .

—Dietz parecía estar reflexionando y meneaba lentamente la cabeza—. No sé, jefe, no sé sí es buena idea tener a esos dos por ahí, quiero decir a Weston y Ramsey, aun que se encuentren en lugares diferentes. Algo como esto siempre puede volver a suceder..

—Es que necesito tenerlos allí —insistió Armstead—Son útiles. El material que han estado obteniendo nos ayuda. Este encuentro ha sido una mala coincidencia si Pagano hubiera seguido las instrucciones..

—Descargó una fuerte palmada sobre la mesa—. Harry, llama inmediatamente a Pagano. Quiero hablar con él y va a oírme. Pero antes dile a Estelle que pase a máquina estas notas lo antes posible. Debo pasar la información a Pagano. Y después me pone en comunicación con ese cretino.

Librodot

Dietz abandonó presuroso el despacho y a los pocos momentos Armstead le oyó en el intercomunicador. Las conferencias con el extranjero tenían una corta demora.

Durante veinte minutos, Armstead continuó sentado ante su mesa, tamborileando incesantemente con los dedos y sintiendo cómo gradualmente iba aumentando su cólera.

Cuando le avisaron por el intercomunicador que Gus Pagano estaba al aparato, Armstead se dispuso a cantarle las cuarenta.

—¿Gus? —gritó ante el teléfono.

—¿Qué ocurre, jefe?.

—¡Ha dejado que le vieran, maldito idiota! —rugió Armstead.

—No comprendo —balbució Pagano, confuso.

—Alguien le vio —insistió Armstead, machacando las palabras—. Alguien de la casa, uno de nuestros reporteros.. ¿Recuerda a aquella chica, Victoria Weston, que en cierta ocasión le entrevistó?

—No recuerdo.

—De pronto se hizo la luz en su memoria—. ¿Se refiere a aquella chica de agradable aspecto que me habló de Yinger?

—Es la chica de nuestro equipo que está en Suiza investigando el Intercontinental. Dio un paseo en coche y llegó a ese lugar donde usted se encuentra.. ¡Y le vio entrar en su hotel!

—¿Estuvo en esa ciudad que nadie conoce?

—En un paseo turístico, maldita sea. . Lo que quiero preguntarle es qué demonios hacia usted en la calle y en pleno día, cuando cualquiera podía reconocerle. Recibió sus instrucciones a este respecto.

—Oiga, jefe, deje que yo le explique. Cooper..

—¿Es segura esta línea?

—A nadie le importa un comino esta línea. Yo no soy sino un turista pelagatos más que ha venido aquí a ver los museos. Deje que le explique. Conozco mis instrucciones. Pero Cooper me llamó desde el Hotel Xenia, en Ginebra, y quiso que yo buscara un lugar alternativo para el.. escondrijo, y por tanto tuve que salir del hotel..

—Cooper hubiera tenido que pensarlo dos veces. No quiero que esto vuelva a suceder nunca más.

—Bueno, a veces tengo que darme un garbeo por ahí..

—Pues déjese crecer la barba o el bigote.. No, no hay tiempo para ello. Cómprese uno. Compre un disfraz, cualquier cosa..

—Vale, jefe.

—En su voz había todavía una nota de incredulidad—. ¿Y cree que la chica esa me vio realmente?.

—Le vio perfectamente y así me lo dijo. Conseguí persuadirla de que no se trataba de usted. Le dije que usted estaba en Nueva York y que yo acababa de verle. Se lo creyó. Por tanto, no hay problema en este aspecto. Pagano lanzó un suspiro de alivio.

—En adelante, tendré más cuidado.

—Tengo el material sobre el Intercontinental.

—Estupendo. Aunque no creo que Cooper vaya a tener gran necesidad de él. Ya tiene a uno de sus hombres entrando y saliendo del hotel. De todos modos, se lo transmitiré. ¿Quiere dictármelo?

—Un momento. Voy a coger las notas.

Armstead abandonó su sillón y abrió la puerta de la oficina de su secretaria, tendiendo la mano hacia el interior. Estelle se levantó de un salto con las páginas mecanografiadas y se las entregó. Armstead cerró la puerta y volvió al teléfono.

—¿Preparado con papel y lápiz? —preguntó.

—Todo a punto.

—Procuraré leer lentamente.

Con todo esmero, con cariño incluso, Armstead leyó en voz alta los tres folios y medio mecanografiados. Victoria había realizado un trabajo admirable y Armstead estaba complacido.

Cuando hubo terminado, preguntó:

—¿Lo ha anotado todo?

—Todo está aquí.

Armstead bajó la voz para preguntar:

—¿Está programado el acontecimiento?

—Pasado mañana a la hora convenida. No hay ningún cambio.

—Yo estaré aquí, en mi despacho. Debe usted informarme a mí, directamente.

—Un segundo después de enterarme yo, lo sabrá usted.

—Este asunto es muy importante, Gus. Espero que les acompañe el éxito.

—Se saldrán con la suya, jefe. No pueden permitirse el lujo de fallar. No se preocupe.

Pero al colgar el teléfono, Armstead estaba preocupado. Cuando las noticias se producen espontáneamente, uno no está implicado, salvo en lo referente a informar. Pero cuando uno provoca las noticias, la cuestión es muy diferente. Se tiene una intervención directa, una plena responsabilidad.

Entonces es inevitable el preocuparse.

No resultaba tan fácil jugar a ser Dios. Dos días más tarde en Ginebra.

Las nueve y veinticinco de la mañana.

La galería para visitantes y representantes de la prensa en la sala española del Palacio de las Naciones estaba atestada. Victoria había llegado temprano para asegurarse un lugar ventajoso y había conseguido sentarse en la primera fila del anfiteatro. Inclinada hacia adelante, apoyados los brazos en la barandilla de bronce, contempló una vez más la sala de sesiones. . Estaba llena de delegados que, en su mayoría, ocupaban sus asientos, aunque había algunos que se desplazaban de un lugar a otro, y se oía hablar en numerosos idiomas.

Era un espectáculo pintoresco el que ofrecía aquella multitud políglota y Victoria sintió el deseo de ver cómo se desarrollaba la sesión. Al aproximarse los relojes a las nueve treinta, fueron cada vez más los delegados que prestaron atención a la mesa presidencial y al sillón que quedaría ocupado al llegar el secretario general Bauer de su cuartel general en el Hotel Intercontinental.

Las nueve y media. Victoria seguía sentada y alerta, con la libreta y la pluma a punto. Las nueve y treinta y cinco. El sillón del secretario general continuaba vacío. Las nueve cuarenta, las nueve cuarenta y cinco.

Pasaron otros quince minutos y Anton Bauer seguía sin hacer acto de presencia.

Por primera vez, Victoria pudo observar una cierta inquietud entre los delegados que llenaban la sala. Algunos de ellos se habían levantado y gesticulaban y se interrogaban entre si. A Victoria la tardanza de Bauer no le parecía un hecho inusual. Los grandes estadistas solían encontrarse con varias e importantes tareas a la vez y tenían mucho que hacer en un tiempo limitado, y estaba convencida de que Bauer no tardaría en llegar.

Librodot

Cinco minutos más tarde, como respuesta a los murmullos en la sala, Victoria oyó que alguien anunciaba en voz muy alta: —¡Se me ha informado de que Herr Bauer ha salido de su suite! Estas palabras calmaron a los delegados por el momento.

El tiempo siguió transcurriendo, sin que Bauer se dejara ver. Victoria notó que los nervios se le encrespaban y finalmente, obedeciendo a un impulso, se levantó y abandonó la galería.

En el vestíbulo vio un cordón de policías federales suizos y se dirigió al más cercano.

—Perdone, ¿habla usted inglés?.

—Si, madame.

—¿No ha llegado todavía Anton Bauer?.

—Todavía no. Le estamos esperando de un momento a otro.

No tardarían en tener una explicación lógica de ese retraso, se dijo Victoria para si, y lo que ella debía hacer era regresar a la galería y ocupar de nuevo su puesto como miembro de la prensa, para presenciar el comienzo de la conferencia. Pero no regresó a la galería, sino que optó por recorrer rápidamente la serie de pasillos que conducían a la salida y seguidamente echar a correr hacia su coche. El instinto automático del reportero le estaba indicando que podía haber sucedido algo que se salía de lo corriente. El hecho de que Bauer no apareciera era extraño. Incluso podía constituir noticia, y valía la pena investigarlo a fondo.

Victoria entró en el Jaguar, arrancó y se dirigió hacia el Hotel Intercontinental, distante sólo unas pocas manzanas. Mientras conducía, trató de definir lo que había en su mente. Una posibilidad era la enfermedad. Anton Bauer podía haber sufrido un ataque al corazón, lo cual explicaría la demora. Debía averiguar qué estaba ocurriendo.

Ante la entrada del hotel, confió el coche a uno de los porteros, con el ruego de que lo dejara cerca de allí, y se encamino con premura hacia la escalera mecánica para trasladarse al entresuelo. Observó la zona entre la recepción y los ascensores. Había un nutrido grupo de hombres, algunos uniformados y otros de paisano, reunidos cerca del ascensor, mientras otros paseaban por el vestíbulo dando señales de impaciencia. Victoria supuso que se trataba del dispositivo de seguridad de Bauer, cuyos hombres todavía le estaban esperando, pero quiso cerciorarse.

Su mirada se dirigió de nuevo al mostrador de recepción, y esta vez vio al subdirector de los dientes protuberantes que le había hecho visitar el hotel, y sin perder momento se dirigió hacia él.

—Hola —le dijo—. ¿Me recuerda?

Durante un momento, el subdirector la miró perplejo, pero en seguida la reconoció.

—Si, desde luego. Buenos días, señorita Weston.

Victoria señaló con el pulgar por encima del hombro.

—¿Estos hombres forman la escolta de Anton Bauer?

El subdirector levantó la mirada.

—Si, así es.

—¿Qué le ha ocurrido al señor Bauer?

El hombre se encogió de hombros.

—No lo sabemos.

—¿Está en su habitación?

—Hemos llamado allí. No contestan.

—Tal vez esté enfermo y no pueda contestar al teléfono.

—No, señorita Weston. Hemos estado en su suite. Allí no hay nadie. Herr Bauer se ha marchado.

—Pero..

En aquel momento, el subdirector irguió la cabeza, con la mirada fija en algo o alguien detrás de Victoria. Esta se volvió inmediatamente para ver lo que le había llamado la atención. Había un caballero corpulento, de negros cabellos cuidadosamente peinados con fijador y gafas de montura de concha, impecablemente vestido hasta el último detalle, que hacía señas imperativas. El subdirector adoptó la posición de firmes.

—Perdóneme, señorita —dijo con cierto nerviosismo—, el director quiere verme.

Abandonó apresuradamente el mostrador y trotó hacia el director. Victoria vio que éste pasaba el brazo sobre los hombros de su subalterno y le empujaba hacia una de las cuadradas columnas de mármol blanco en las que se exponían las vitrinas enmarcadas en madera de teca.

El voluminoso director, en el momento de desaparecer los dos detrás de la columna, se inclinaba hacia su ayudante y con aire confidencial le estaba susurrando algo al oído. Al instante, la curiosidad aguijoneó a Victoria y la obligó a caminar hacia la columna. Era muy posible que los dos hombres hablaran tan sólo de alguna cuestión del hotel, pero de todos modos bien valía la pena aguzar el oído. Con afectada indiferencia, la joven se aproximó al lado de la columna más cercano a ella, y una vez allí se situó junto a la esquina tras la cual habían desaparecido los dos.

Ellos no podían verla, pero ahora ella oía claramente la voz del director. Hablaba rápidamente en francés, pero consiguió entender casi todas las palabras, y lo que oyó la dejó petrificada.

—Sí, así es, Pierre; es información confidencial de la jefatura de policía, donde están interrogando al guardaespaldas. Por lo que he podido saber, ocurrió lo siguiente. Bauer entró con su guardaespaldas en el ascensor que había de bajarlo directamente hasta donde le esperaba su escolta. Sin embargo, el ascensor fue detenido y abierto antes de llegar al entresuelo. Unos terroristas armados —ahora sabemos que se trata de la banda de Carlos—se apoderaron de ambos hombres, los sacaron del hotel, los metieron en un coche grande, les vendaron los ojos a los dos, y se los llevaron fuera de la ciudad.

—Imposible —oyó Victoria que balbucía el subdirector—. El secretario general de las Naciones Unidas secuestrado en Ginebra.. ¡No puede ser!

El director seguía hablando en francés.

—Pues así es, Pierre, por desgracia es verdad. Se sabe todo esto por su guardaespaldas. Carlos se lo llevó también, no sólo para tenerlo custodiado hasta el momento que se juzgara oportuno, sino también para que él mismo comunicase el secuestro a la policía y revelase las condiciones del rescate. Todavía no conozco estas condiciones. Y no sólo vendaron los ojos al guardaespaldas, sino que además le ataron las manos a la espalda. Tras lo que él ha calculado en unos veinte a treinta minutos de trayecto, el vehículo se detuvo y el guardaespaldas fue sacado del asiento posterior y abandonado en un campo, y el coche se alejó. Sus ligaduras habían quedado algo flojas, deliberadamente creo yo, y al cabo de un rato pudo desatarse, quitarse la venda de los ojos y tratar de detener un coche. Advirtió que estaba en las afueras de Coppet. Un coche lo recogió, llegó al pueblo y avisó a la policía, y entonces lo trasladaron a la jefatura, aquí en Ginebra. Recordó que sus captores mencionaron a Carlos; dijeron que Carlos estaría muy contento. Sólo hablaron directamente con él cuando lo dejaron en aquel campo. Le explicaron las condiciones para el rescate y le dijeron que las transmitiera. La policía me ha llamado para que preste mi cooperación.

—¿Cómo?

—No quieren que se sepa todavía ni una palabra del asunto, pero me han dicho que comunique a la escolta que ya no es necesario que sigan esperando. Sin embargo, bien tengo que darles alguna explicación inocente..

—Dígales que monsieur Bauer está enfermo.., algo le obliga a guardar cama uno o dos días. Que debe descansar.

—Perfecto, Pierre. Usted mismo dirá esto al grupo de escolta. Entretanto, yo debo telefonear al Palacio para que se aplace la conferencia de esta mañana a causa de la indisposición de Bauer. No debe saberse la verdad, Pierre. Perjudicaría los esfuerzos de la policía, y tal vez dañaría los intereses del hotel.

Por primera vez Victoria empezó a moverse.

No debían sorprendería escuchando. Tenía que transmitir aquella noticia increíble a Nueva York con la mayor rapidez posible.

Discretamente, abandonó su puesto de escucha junto a la columna. Aunque sus mejillas ardían de excitación, trató de mostrarse tranquila al encaminarse hacia la escalera mecánica para llegar a la planta baja.

Segundos después, se encaminaba hacia su coche, poseedora de la noticia más sensacional de su carrera. Una vez encerrada en su habitación del Hotel Beau—Rivage, Victoria calculó la hora de Nueva York en función de la de Ginebra. Eran poco más de las doce, y por tanto en Manhattan estaría despuntando el día. No habría nadie importante en los altos puestos del Record, y lo que ella tenía era demasiado importante para confiarlo a cualquier subalterno. Debía dirigirse sin rodeos a la cumbre.

Al pensar en Edward Armstead, comprendió que estaría en su casa y ella no tenía el número de teléfono de su apartamento. De nada serviría llamar a la información telefónica de Nueva York para conseguirlo, pues no figuraría en el listín. Procurando calmar sus nervios, recordó que Harry Dietz le había dicho que si alguna vez había una urgencia podía llamar a su apartamento, y éste era la suite que recientemente había adquirido en el Hotel Sherry Netherland.

Descolgó con impaciencia el teléfono y pidió conferencia con el Sherry Netherland.

Al parecer, las líneas de Nueva York no estaban saturadas en esa hora del día, y a los pocos minutos pudo oír a la telefonista del Sherry Netherland. Victoria anunció que deseaba hablar con el señor Harry Díetz. Como es frecuente entre las solitarias telefonistas nocturnas, la del hotel se deshizo en explicaciones.

—No sé —dijo—; generalmente desconecta su teléfono a las dos de la madrugada y no quiere que se le moleste hasta las ocho. Voy a probar. No, esta mañana no está desconectado. Tal vez no esté en la suite. Vamos a averiguarlo.

Hubo una breve llamada y una pronta respuesta.

—¡Diga!. El corazón de Victoria pegó un brinco. La voz era, inconfundiblemente, la de Harry Dietz.

Victoria tenía ganas de anunciar la noticia a gritos, de hacerla explotar en el oído de Dietz, pero también deseaba mostrarse como una fría e impasible profesional. Supo contenerse.

—Señor Dietz, le llama Victoria Weston desde Ginebra —dijo con rapidez—. Siento despertarle a esa hora, pero..

—No se preocupe, no me ha despertado —la interrumpió Dietz —. De hecho, todavía no me he acostado.

—Su voz era ligeramente gangosa, como la del que acaba de tomarse un par o tres de copas—. Edward y yo hemos salido hace poco de la redacción. Ha sido una noche de alivio, pero tenemos en marcha otra bomba de las grandes; acaba de salir de máquinas y pronto circular por las calles.

—Bueno, escuche, yo.. Dietz la ignoró y siguió hablando.

—En realidad, procede de ese rincón donde está usted. Un notición de los que hacen época, sólo lo tenemos nosotros. En ningún otro lugar se tiene ni ligera sospecha. ¡Es

fantástico! El secretario general de las Naciones Unidas, Anton Bauer, ha sido secuestrado.. Lo atraparon cuando salía de su habitación en el hotel..

—El grupo de Carlos.

La voz de Victoria había perdido toda vivacidad. Se sentó en el borde de la cama, dolorida, como si hubiera recibido un puñetazo en la boca del estómago.

Dietz no dio la menor muestra de haberla oído.

—. .secuestrado por Carlos y su pandilla terrorista. Ed y yo nos enteramos de las condiciones para el rescate precisamente cuando nos disponíamos a marcharnos para dormir un poco. Tenemos todo un equipo trabajando como locos. Así conseguiremos mantener la exclusiva para la próxima edición..

—¿Cuáles son las condiciones para soltar a Bauer? –preguntó Victoria, de mala gana.

—Increíbles, realmente increíbles. Pero supongo que la cosa tiene cierto sentido si se sabe algo acerca de ese Carlos. Consisten en suspender la Conferencia de Naciones No Nucleares y enviar de nuevo a sus casas a los delegados. Porque la conferencia era una jugada de las grandes naciones para mantener a las más pequeñas desarmadas y débiles. Era una discriminación respecto a ellas. Por tanto, si todos regresan a sus países y a éstos se les permite fabricar sus bombitas, será más justo. Una vez todos hayan abandonado Ginebra, Anton Bauer ser puesto en libertad.

—¿Y no puede haber otra conferencia al poco tiempo?

—Claro, pero Carlos promete que en este caso volverá a utilizar el terrorismo. Esta es su manera de hacer una manifestación política. Bueno, el Record y Mark Bradshaw se han anotado otro tanto. Podrá leerlo todo en el Record. Y ahora creo que voy a echarme y tratar de dormir un poco. Mañana, o sea hoy, me espera una jornada muy larga. Gracias por su llamada, Vicky.

Le oyó colgar, demasiado absorto en sus asuntos para preguntarle siquiera por qué le había telefoneado.

Siguió sentada en la cama, confusa y anonadada.

De nuevo, ella había conseguido una primicia, y de nuevo se le había adelantado Mark Bradshaw, el as prodigioso del Record.

¿Cómo?

Su reloj de pulsera le indicaba que el secuestro se había producido tan sólo tres horas antes. Ella se había hecho con la noticia, se había apoderado de ella, sola. Y sin embargo, no era así. Alguien la había transmitido antes que ella, y en Nueva York aquella historia sensacional estaría en las calles y en las ondas dentro de pocos momentos, cuando en Ginebra y prácticamente en todo el mundo el público la ignoraba. La gente sólo la sabría cuando se la comunicase el infalible Record.

¿Cómo podía ser?

Tal vez un veterano como Nick Ramsey tuviera respuesta. Debía encontrarlo, contárselo todo y escuchar lo que él dijera. Aliviado al encontrarse de nuevo en un lugar con aire acondicionado, Nick Ramsey se acomodó en uno de los sillones disponibles en la sala provisional de prensa instalada en el edificio terminal del aeropuerto internacional Ben Gurion, y observó cómo servía el oficial whiskies de una botella de litro a los demás corresponsales extranjeros instalados a lo largo de las paredes. Cuando el oficial llegó ante él, Ramsey vio con satisfacción que la Botella todavía estaba más que mediada. Tendió su copa, vacía, excepto dos cubitos de hielo.

—Dime cuándo, Nick —le rogó el oficial de prensa israelí, vertiendo lentamente el whisky.

Ramsey guardó silencio hasta que el vaso estuvo lleno hasta el borde. Entonces, con una sonrisa, dijo:

—Cuándo.

Se llevó el vaso de whisky a la boca y saboreó un largo trago. La respuesta de su cuerpo le pareció casi instantánea. El torturante dolor de la fatiga en los músculos del pecho, brazos y muslos, empezó a desaparecer gradualmente.

A continuación, el oficial de prensa se dirigió al grupo de reporteros.

—Dentro de una hora, el primer ministro Salmon subirá al avión que ha de conducirle a El Cairo para reunirse con el presidente egipcio Massouna. Bueno, tal vez sea dentro de una hora y media. Depende —dio una ojeada a su reloj de pulsera—. En estos momentos, el primer ministro debe de estar rematando su entrevista con el embajador egipcio Nahas, en el Knesset o Parlamento. Salmon dijo algo acerca de efectuar un pequeño rodeo para acompañar al embajador egipcio a ver el museo donde están los rollos del mar Muerto. Un trayecto rápido, de quince o veinte minutos. Como ustedes saben, Salmon se siente muy orgulloso del papel que desempeñó su padre en la adquisición de estos rollos. Después, ambos vendrán directamente al aeropuerto para tomar el avión oficial para El Cairo. .

—El oficial de prensa cogió su vaso—. Dentro de quince minutos, ustedes se instalarán en el avión de prensa de la compañía El Al 707. Habrá en él bar libre, pero les recomiendo la máxima sobriedad. El presidente egipcio Massouna recibirá personalmente a nuestro primer ministro y tendrá. lugar una pequeña ceremonia que ustedes podrán cubrir.

—Lo que significa que tendremos que vagar más de una hora en el aeropuerto de El Cairo antes de que tenga lugar la ceremonia —protestó Ramsey.

—Serán ustedes bien atendidos en el aeropuerto internacional de El Cairo —prometió el oficial de prensa israelí—. Los egipcios les ofrecerán un ágape a lo Faruk en el departamento de prensa. Platos preparados por el Nile Hilton y servidos por camareras.. Les aseguro que no lo pasarán mal. Bien..

—El oficial alzó su vaso—. Shalom.

Ramsey sofocó un bostezo y tomó otro trago.

No le agradaba la idea de marcharse. Le gustaba estar en Tel Aviv y su interés por Jerusalén era constante. Odiaba El Cairo, el hacinamiento de sus habitantes, la suciedad y pobreza de la ciudad, y ningún dinero del mundo podía inducirle a visitar otra vez las Pirámides, con todos aquellos buhoneros insistentes y mentirosos y sus odiosos cachivaches. Hubiera sido preferible quedarse en Israel, salvo el hecho de que en aquellos momentos poco había allí para escribir, y desde luego ningún acontecimiento que mereciera un rincón en las cuatro primeras páginas del Recordde Nueva York. Y las próximas reuniones en El Cairo de los primeros gobernantes de Israel y Egipto prometían poco más. En los últimos años se habían registrado innumerables encuentros similares, y ni uno solo había producido material para una noticia internacional digna de este nombre.

Ramsey terminó perezosamente su vaso y se preguntó qué estaría haciendo Victoria Weston. Echaba de menos su vivacidad, su charla. Casi cada mañana, desde que se separaron, se había despertado pensando en ella y en su cuerpo, y experimentando una erección. Deseó que estuviera allí para acompañarlo a El Cairo y hacer que la visita resultara más soportable.

El pensamiento de que la vería en pocos días, y de que tal vez entonces dejase él de actuar como un necio, cosa que había hecho hasta el momento, le hizo sentirse un tanto más tranquilo.

Alzó su vaso para recibir otra dosis de whisky. Inclinándose hacia adelante, cogió unos cuantos cubitos de hielo del recipiente que había sobre la mesa, los dejó caer en su vaso y bebió de nuevo, esperando que se desvanecieran del todo las últimas señales de cansancio.

Para Ramsey, los diez últimos días habían sido agotadores. Apenas llegado al Hotel Tel Aviv Hilton procedente de París, había recibido noticias de Nueva York y de Ollie McAllister. Había para él una nueva misión prioritaria. En vez de limitarse a recopilar material de fondo para cubrir el vuelo del primer ministro israelí a Egipto, y sus reuniones allí

con su colega egipcio, Ramsey había de acompañar al ministro israelí de Defensa en una gira de inspección por todo el país, lo que exigiría cinco días. El sexto día debía desplazarse al Santuario del Libro —el museo de los rollos del mar Muerto en Jerusalén—y hacer un reportaje de un aniversario del museo, ocasión para una reunión de eminentes arqueólogos internacionales.

El recorrido con el ministro de Defensa había reducido rápidamente a Ramsey a una especie de andrajo humano, no porque estuviera en malas condiciones físicas o a causa del implacable calor, o debido a las escasas comodidades facilitadas por los militares (ningún hotel, sólo cuarteles y tiendas de campaña), sino porque el joven y vigoroso ministro era una dinamo. Ramsey había viajado con el ministro, o en pos de él, desde Haifa hasta Afula, de Gaza a Beersheba, y a través del Negev. El artículo resultante –la preparación de Israel para una posible guerra en un futuro próximo contra cualquier coalición de estados árabes—resultó muy interesante hasta que los censores israelíes se ensañaron con él.

El sexto día, en Jerusalén, Ramsey hizo el reportaje de la ceremonia en el museo donde se guardaban los rollos del mar Muerto. Nunca había visitado antes el Santuario del Libro, nombre que daban los israelíes al lugar sagrado donde se custodiaban los siete valiosísimos rollos del mar Muerto, descubiertos en la gruta de Qumran en el año 1947. Al caminar entre la blanca cúpula, modelada como la tapadera de uno de los jarros de barro que contenían los rollos, y una negra pared de basalto que descendía hasta la principal cámara subterránea, Ramsey se sintió interesado pero al mismo tiempo escéptico acerca de la posibilidad de que la inanimada historia de un museo pudiera excitar un gran interés entre los afanosos lectores de un diario neoyorquino buscador de sensaciones potentes y cargadas de tensión.

Sin embargo, una vez en el interior, Ramsey se vio obligado a abandonar toda duda. Le había intrigado poderosamente lo que se ofreció a su vista bajo la doble cúpula parabólica. Durante una inspección antes de la ceremonia, mientras seguía el guía arqueólogo a través de un túnel abovedado revestido de vitrinas hasta llegar al vestíbulo central circular, donde en un alto pedestal se exhibía el pergamino de Isaías, con todo el libro de este profeta, Ramsey llegó a quedar boquiabierto de pura fascinación. Era como si la antigua comunidad de Qumran, que había existido hacía dos mil años, hubiera vuelto a la vida, resucitada por las numerosas y melladas hojas de vitela que contenían en arameo los relatos de la continua lucha entre el Bien y el Mal.

De mala gana, Ramsey realizó su tarea, tomó notas para su artículo y lo apuntó todo, desde el hecho de que la arquitectura interior del museo tenía la forma de la gruta en la que habían sido descubiertos los rollos, hasta el de que éstos estaban expuestos detrás de grueso cristal en diez vitrinas y el de que los fragmentos del rollo principal, el de Isaías, no eran los originales, sino magníficas fotocopias, puesto que los fragmentos auténticos, muy frágiles, podían quedar destruidos por la exposición a la luz.

Con el intérprete a su lado, Ramsey se había unido a los demás invitados cuando se les adjudicaron sus asientos, había tratado de prestar atención a la ceremonia, y había escuchado a medias los discursos de los eruditos bíblicos y de los arqueólogos. Pero para Ramsey, los oradores habían carecido de vida. Lo que inyectaba vida y sangre a aquella jornada eran los propios rollos.

Aquella tarde, en el Hotel Rey David, Ramsey había procurado infundir algo de esa vida a su articulo, y al llamar a Nueva York para dictar el texto, se sintió modestamente complacido de su labor. Sin embargo, a pesar de saber que el propio Armstead había sugerido esa misión, todavía sospechaba que el artículo recibiría poca prominencia en un día normal de Nueva York, repleto de asesinatos y robos, historias de sobornos y corrupción, y unos cuantos escándalos de índole sexual.

A la mañana siguiente, tan calurosa como la anterior, Ramsey hizo llamar un taxi para efectuar el trayecto de tres cuartos de hora desde Jerusalén hasta el Hilton de Tel Aviv. Apenas tuvo tiempo para tomar una ducha, cambiarse de ropa, devorar un bocadillo sobre la

Librodot

marcha, y ningún tiempo para contestar a los mensajes telefónicos de Victoria —quien, para sorpresa suya, se encontraba en París y no en Ginebra—antes de subir al autocar de prensa con destino al Aeropuerto Internacional Ben Gurion.

Se encontraba todavía en la sala provisional del aeropuerto, dando buena cuenta de su segundo whisky, cuando oyó que le llamaban por el sistema interior de altavoces.

Dejando su vaso, se levantó apresuradamente.

—Me están llamando por los altavoces. No lo había oído.. ¿Dónde puedo contestar a la llamada?

El oficial israelí de prensa le puso una mano en el hombro.

—En la sala de al lado. Déjeme que le ayude. Venga conmigo.

Entraron en una habitación pequeña, claustrofóbica, y el oficial descolgó el teléfono, habló dos veces en hebreo y le entregó el auricular.

—Tiene París al habla. Ahora darán la comunicación.

—Se encaminó hacia la puerta—. No olvide que saldremos de un momento a otro. Una vez solo, Ramsey se llevó el auricular al oído.

—Diga. Soy Nick Ramsey.

—¡Por fin! —suspiró una voz lejana, que era la voz de Victoria Weston—. ¿Dónde has estado metido, Nick? Empezaba ya a preocuparme. He estado tratando de comunicarme contigo desde hace mas de una semana..

—Hola, Vicky. Recibí tus mensajes cuando paré en el Hilton, pero no tenía tiempo para llamarte. ¿Cómo has sabido que me encuentro en Ben Gurion?

—En tu hotel me dijeron que estabas camino del aeropuerto.

—A punto de tomar un avión para El Cairo. Cuando llegué a Tel Aviv, Armstead tenía una misión adicional para mí.

—¿Relacionada con el terrorismo?

—Ojalá hubiera sido así. Una gira por las instalaciones defensivas. Y un día dedicado a las ceremonias en el Santuario del Libro.

—¿El qué?

—El museo donde se guardan los rollos del mar Muerto. Un buen artículo, pero que no va a aumentar la tirada del Record. Oye, respecto a esas llamadas tuyas, ¿hay algo que no marcha?

—Todo., o tal vez nada.

—¿Y qué estás haciendo en París? Creía que estabas..

—En Ginebra, ¿verdad? Bueno, lo de Ginebra forma parte del asunto, y quise hablar contigo después de lo ocurrido. Me refiero al secuestro de Bauer. El secretario general de las Naciones Unidas fue secuestrado por Carlos mientras yo me encontraba allí.

—Leí las noticias en el Post de Jerusalén y el Herald—Trib mientras viajaba.

—Conseguí la noticia yo sola, Nick —dijo Victoria atropelladamente—. ¿Leíste el crédito de la gran primicia?

—No había crédito en el primer texto que leí. Los servicios de información lo adjudicaban al Record de Nueva York.

—Pues en las columnas de Nueva York sí había crédito. ¿ Supones de quién?

—¿No irás a decirme que otra vez Mark Bradshaw?

—Otra vez. Telefoneé inmediatamente a Dietz, segura de ser yo la única que tenía la noticia, y me dijo que ésta ya estaba en prensa. ¿Qué está haciendo Armstead? ¿Dando una doble cobertura a nuestras noticias con otro enviado especial?

—Supongo que quiere asegurarse. Ese Bradshaw es un tío con suerte. Me gustaría tener un poco de la suya. Y Armstead, aunque yo nunca lo hubiera pronosticado, se nos ha convertido en una especie de genio.

—¿A qué te refieres?.

—A eso de enviarnos a nosotros y a Bradshaw a lugares que son focos de sucesos gordos. Le darían un buen cargo en el Registro Central de Premoniciones. Pero esta vez le va a salir el tiro por la culata.. conmigo en Israel y tú en Paris. A propósito, ¿qué estás haciendo en París?

—Armstead me llamó en Ginebra y me envió aquí hasta que tuviera otro trabajo para mí. Hasta que ocurra algo, estoy dando vueltas a mis pulgares.

—Bueno, nada va a ocurrir en París y, por lo que puedo ver, nada va a suceder aquí. Este viaje mío es un perfecto cero a la izquierda. De todos modos, reconforta saber que nuestro gran jefe es un ser humano, que a veces gana y otras veces pierde, como todos los demás mortales. Sea como fuere, tal vez volvamos a vernos pronto.

—Así lo espero, Nick.

—Lo mismo te digo. Oye, alguien me está llamando y mucho me temo que haya llegado el momento de desearme un buen viaje.

—Nick, llámame cuando llegues a El Cairo.

—Tan pronto como pueda, nena. Espero que pronto podamos pasar mucho tiempo juntos. A media tarde, el microbús azul giró a moderada velocidad desde el bulevard Herzí en Jerusalén y entró en Ruppin.

Dentro del microbús alquilado, Cooper, modelo del hombre de negocios turísticamente ataviado con un ligero traje de verano, una severa corbata y una camisa blanca de tejido Oxford, se acercó a la ventanilla hasta que su nariz casi tocó el cristal. Pudo ver a su derecha los edificios de la Universidad Hebrea, y ante si el estadio universitario. Al apartarse de la ventana pudo divisar brevemente las majestuosas columnas del Knesset, el Parlamento de Israel. Aguzando la vista a lo largo del pasillo del vehículo y a través del parabrisas del pequeño autocar, vio el grácil arco de una cúpula blanca que remataba el museo de los rollos del mar Muerto, algo a su derecha y a poca distancia.

—Casi hemos llegado —anunció Cooper, enderezándose en su asiento. Alzó la voz para que le pudieran oírlos otros siete hombres que viajaban en el microbús—. Estaremos allí dentro de poco, de modo que alerta todos. Habéis estado todos en el museo y ya conocéis el camino. Cada uno tiene encomendada su tarea y sabe lo que debe hacer.

—Perfectamente —contestó Quiggs desde un asiento anterior. Cooper guardó silencio durante medio minuto mientras el microbús seguía avanzando y la cúpula blanca se agrandaba frente al parabrisas. Después volvió a hablar, casi con indiferencia.

—Krupinski conducirá este microbús a la zona de aparcamiento junto al museo. Dejará el vehículo allí y, junto con Pagano, se dirigirá a los dos Ford vacíos que esperan allí. Permanecerán cerca de ellos, fumarán un cigarrillo, vigilarán la hora, y estarán en todo momento dispuestos a saltar al volante. Entretanto, nosotros seis habremos bajado del microbús como turistas; un grupo procedente de Liverpool, recordadlo. Haremos cola ante la taquilla —hay en ella un cartel en inglés y en hebreo que la identifica—y cuando tengamos nuestras entradas, caminaremos de uno en uno o por parejas hasta las puertas de la cabina de cristal. Una vez hayamos pasado por esa cabina, encontraremos el largo camino pavimentado con piedra negra que conduce al Museo de Israel, en esa pequeña colina que tenemos ahora delante. Antes de llegar, en la segunda travesía a la derecha, habrá un rótulo que anuncie SANTUARIO DEL LIBRO. Es allí. Caminad tranquilamente hacia él, sin prisas; recordad que sois turistas visitando una curiosidad. Subiréis cuatro escalones, seguiréis caminando, dos escalones más y llegaréis a la escalera que conduce al patio. Cuando empecemos a bajar por ella, entraremos en acción.

Librodot

Lefair alzó la mano y preguntó:

—¿Y si se mezclan con nosotros turistas auténticos, al bajar por la escalera?. Eso es poco probable, pero si posible —replicó Cooper—. Si ocurre esto, los detendrás allí mismo y los cubrirás con tu arma, inmovilizándolos allí hasta que emprendamos la retirada.

—Se dirigió a los demás—. Seguimos todos según lo acordado. Deprisa. Hay tres minutos entre entrar en el museo y salir de él. ¿Entendido?

—Entendido —contestó Quiggs.

—¿Alguna pregunta más? —inquirió Cooper.

No había ninguna.

—Una advertencia basada en informaciones de última hora transmitidas por Pagano —advirtió Cooper.

Todos los ocupantes del microbús, excepto el conductor, se habían vuelto para escuchar atentamente a su jefe. Este prosiguió:

—Recordaréis que, después del vestíbulo de entrada y del puesto de venta de recuerdos, está el túnel con las vitrinas iluminadas. Ignoradlas. Exponen los manuscritos de Bar Kokhba y los pergaminos, monedas, vasijas y otros artefactos de Masada. No son grandes tesoros. Pasad de largo hasta llegar al vestíbulo principal central, el de forma circular. No os paréis en el pedestal elevado que hay en el centro de la sala. Contiene hojas del rollo de Isaías, pero son fotocopias, no el original. Vuestro objetivo son las diez vitrinas que hay alrededor de la sala. Estas contienen los originales de los rollos del mar Muerto, hallados en las cuevas de Qumran. No intentéis romper los cristales de estas vitrinas. No sabemos su grosor, ni sabemos sí están conectados con un dispositivo exterior de alarma. Utilizad las llaves duplicadas que nos hemos hecho fabricar. Puede que las llaves exijan unos segundos más, pero son mucho más seguras. Cada vitrina tiene una cerradura debajo del bastidor de madera. Insertad la llave, levantad la tapa y sacad los rollos. ¡Y entonces nos largamos todos!

El microbús giró y Cooper miró su ventana.

—Ya hemos llegado. Estamos pasando ante los dos Ford que utilizaremos. Hacia atrás, Krupinski, aparca aquí.

Estaban todos sentados, con los nervios en tensión, mientras el microbús entraba en la zona de aparcamiento, en la que sólo había otros tres coches desocupados.

Cuando el vehículo se detuvo, Cooper habló de nuevo, con rapidez.

—Referente a la retirada. Si todo va bien, nos marcharemos tan tranquilamente como hemos entrado. Vosotros cuatro regresaréis tan campantes a vuestro buque de crucero en Haifa. Me dejaréis a mi vuestras bolsas con los rollos. . Gus y yo volveremos a Jerusalén para hacer lo que tenemos que hacer, antes de largarnos en avión. Si algo no sale como es debido, si nos vemos acosados, entonces nos las piraremos tan de prisa como podamos; seguiremos el plan alternativo, tomaremos una ruta diferente, os dejaremos en parejas en vuestros puntos de contacto, donde dispondréis de ropas para cambiaros. Después saldréis del país —añadió. Se dirigió a Krupinski y a Pagano—: En cualquier caso, cuando salgamos de este aparcamiento, recuerda que no quiero carreras, y nada de saltarse los semáforos rojos. Los israelíes tienen cámaras sobre sus sem foros para sacar fotos de los infractores. Una vez todos a salvo, nos reuniremos en Paris tal como acordamos.

Cooper miró por la ventanilla. El microbús se había detenido. Su motor se paró.

—Bien, muchachos —dijo a media voz—, nos espera el trabajo. ¡En marcha!

Se abrió la puerta del microbús. Krupinski dejó el volante y se apeó seguido por Pagano. Por unos momentos, Cooper les vio encaminarse hacia los Ford. Bajó a su vez y siguió a sus colegas dejando atrás el aparcamiento.

Se dividieron en dos grupos que siguieron cambiando frases entre si mientras avanzaban hacia la taquilla de venta de entradas. Formaron una cola ordenada, cada uno de ellos

buscando moneda israelí y pagando cada cual su billete, y de uno en uno pasaron a la cabina siguiente, un recinto acristalado con bastidores azules y un letrero en el que se leía: ENTRADA.

Cooper fue el primero en entrar. Dentro había un joven de aspecto despreocupado, con un esparadrapo en la barbilla y un adhesivo del museo en su chaqueta deportiva, charlando en hebreo con una obesa adolescente judía que estaba sentada cerca de él y mordisqueaba una manzana. El joven miró automáticamente cada entrada y apenas se fijó en los hombres que desfilaron ante él.

Se reunieron de nuevo afuera, en un camino pavimentado con hormigón y gravilla negra. Cooper se adelantó a los demás, como si guiara al grupo de turistas. Echaron a andar lentamente y varios de ellos se secaron la frente con el pañuelo y se quejaron del calor. Pasaron ante el primer camino transversal a su derecha, la salida del museo desde la librería y las salas de descanso situadas en la parte posterior, y continuaron hacia el sendero que llevaba hasta el museo. Un cartel en un poste rezaba: SANTUARIO DEL LIBRO.

Junto al cartel, moderaron el paso, se reunieron detrás de Cooper y enfilaron otro camino, acelerando ligeramente el paso al subir tres breves escalinatas. Parecían pequeños al lado del majestuoso muro negro y liso a un lado y la blanca cúpula al otro. Al doblar una esquina se reunieron una vez más en lo alto de una empinada escalera de piedra que conducía a un patio. No había a la vista ningún turista auténtico.

Cooper dirigió un rápido vistazo a su reloj, alzó la cabeza para llamar la atención de los demás y después señaló con ella la escalera.

—Adelante —ordeno.

Como respondiendo a una señal, los seis hombres se sacaron unas grotescas capuchas coloreadas de esquiador y se cubrieron con ellas. Quiggs ya había extraído su metralleta Koch de la bolsa de compras que llevaba, y mientras bajaban corriendo por la escalera cada uno de los demás empuñó una pistola española Magnum. Llegaron al patio prácticamente todos a la vez, giraron a la izquierda echaron a correr a través del mismo hasta la entrada del museo subterráneo.

Cooper, el primero en llegar, pudo ver al personal que él había esperado encontrar: junto a la abierta puerta metálica de la entrada, dos empleados del museo, uno de ellos, al parecer el encargado de recoger las entradas, con ropas corrientes, y el otro con una especie de uniforme de guarda, un hombre de edad y de cuyo cinturón colgaba un revólver en su funda. No lejos y detrás de ellos, sentado junto a un mostrador de venta de folletos y adhesivos, un empleado de cara bien rasurada estaba sentado leyendo un periódico.

La repentina aparición de Cooper, con su atemorizadora capucha provista de rendijas para los ojos y empuñando una reluciente pistola, ocasionó en los tres miembros del personal del museo una parálisis temporal. Cooper irrumpió como una tromba, seguido por los otros cuatro encapuchados. Al pasar Shields junto a él, Cooper le recordó:

—La alarma que localizaste ayer probablemente no estará conectada, pero asegúrate antes.

El taquillero tenía levantadas las manos, y también el empleado del puesto de venta de recuerdos. El único que trato de ofrecer resistencia fue el viejo guarda de la entrada, que bajó una mano temblorosa hacia su arma. Cooper dio un rápido paso hacia él y le golpeó en la cabeza con su pistola. El hombre gruñó y empezó a derrumbarse. Cooper lo sostuvo, le despojó del revólver y dejó que el cuerpo inanimado se desplomara. Quiggs, tras dejar a un lado la metralleta y las bolsas de viaje, se situó detrás del empleado que recogía las entradas, le hizo bajar los brazos, le ato las manos a la espalda con una delgada cuerda de cáñamo que sacó del bolsillo de su chaqueta, hizo que el hombre se tendiera en el suelo, sacó también del bolsillo un pañuelo de tela gruesa y lo introdujo en la boca de su prisionero. Al mismo tiempo, Cooper ataba las muñecas del guarda inconsciente y le amordazaba, mientras Overly hacía lo mismo con el vendedor de recuerdos.

Librodot

Cooper se incorporó ágilmente y con un gesto indicó a Quiggs que se quedara en la entrada. Tomó las bolsas, le pasó una a Overly y distribuyó las otras a Lefair, De Salvo y Shields, mientras corrían por el túnel del museo. Overly les siguió y Cooper cubrió la retaguardia.

Pasaron a través del túnel de basalto, entre las vitrinas iluminadas que contenían los documentos de Bar Kokhba y Masada. Al aproximarse a la cuesta que conducía a la redonda sala principal del museo, un guarda uniformado y corpulento hizo su aparición ante ellos. Cooper saltó hacia él, con la pistola a punto, pero vio que el guarda estaba desarmado y que ya tenía las manos en alto. Con un gesto, indicó a sus compañeros que ataran y amordazaran al segundo guarda.

Mientras lo hacían, Cooper dio una rápida vuelta alrededor de la sala, para comprobar si había alguien más. Oculta por el pedestal central, una pareja, al parecer un matrimonio que rondaba en los sesenta años, y ambos sordos a juzgar por los aparatos auditivos visibles en ambos, contemplaba atentamente una vitrina que guardaba el amarillento rollo del Comentario de Habacuc. Cooper se plantó ante ellos con su pistola antes de que hubieran advertido su presencia. Demasiado asustados para ofrecer la menor resistencia, Cooper los empujó en seguida por el pasillo, hasta llegar junto a los demás cautivos, donde fueron atados y amordazados y se les ordenó echarse junto a los empleados.

Sin perder un segundo, los componentes del grupo se desplegaron alrededor de la sala y cada uno insertó su llave en una vitrina ya predeterminada.

Se levantaron a la vez cinco tapas de cristal, y los genuinos y frágiles rollos del mar Muerto, hojas cortadas en antiquísima piel, algunos de ellos cosidos con hilos de lino, fueron sacados de las vitrinas y metidos en las bolsas de viaje, rasgándose algunos de ellos. Se levantaron otras cinco tapas y otros tantos rollos cayeron en las bolsas.

El saqueo se había consumado. En la entrada del Museo de Israel y el Santuario del Libro, el primer ministro israelí, Salmon, con el embajador egipcio Nahas a su lado, había dejado su limusina y su escolta junto a la acera, había ignorado la entrada del público y había hecho pasar a su invitado por la cerca abierta junto a ella.

A pesar de sus setenta y dos años, el primer ministro caminaba por el paseo pavimentado con la celeridad de un atleta, obligando al embajador egipcio a aspirar anhelosamente el aire, y a los tres guardaespaldas, más jóvenes, dos bigotudos israelíes y un egipcio totalmente rasurado, a emprender un trote para no quedar rezagados.

El primer ministro llevaba retraso, un notable retraso. Como político que siempre se había enorgullecido de su puntualidad, consideraba toda tardanza como un pecado imperdonable. Pero la última reunión con el embajador Nahas había durado más de lo proyectado, y, con gran disgusto por su parte, Salmon sabia que su séquito, los consejeros, ayudantes y ministros que le acompañaban a El Cairo, se encontraban ya en el avión, esperando su llegada.

Sin embargo, esta nueva demora era necesaria. Al salir del Knesset, había prometido al embajador egipcio efectuar una breve visita al museo de los rollos del mar Muerto. Para Salmon, se trataba de una cuestión de legítimo orgullo. Su padre había sido uno de los grandes responsables de las pertenencias del museo, y como el nuevo embajador todavía no las había visto, Salmon deseaba enseñárselas.

El primer ministro redujo ligeramente su marcha.

—¿Conoce la historia del descubrimiento de los rollos?

—Sí, he leído algo acerca de ella —jadeó el embajador Nahas.

—Mi padre, Yitzhak, fue uno de los que intervinieron decisivamente en su adquisición. En vísperas del voto de las Naciones Unidas sobre Palestina y a punto de estallar el conflicto, mi padre acompañó al profesor Eleazar Sukenik, el arqueólogo de la Universidad Hebrea, de Jerusalén a Belén, donde un marchante había descubierto recientemente unas jarras con rollos.

Era peligroso, muy peligroso, pero hicieron el viaje sanos y salvos, compraron los pergaminos, y ahora los tenemos aquí para que pueda verlos todo el mundo. ¡Tienen casi dos mil años de antigúedad estos rollos!.

—Salmon hizo una seña a uno de sus hombres—. Tomaremos un atajo y entraremos en el museo por la parte posterior. Ganaremos tiempo y dispondremos de unos minutos para examinar los tesoros. Después partiremos directamente, a toda velocidad, hacia el aeropuerto y El Cairo. En el interior del museo de los rollos del mar Muerto, Cooper había corrido hasta la entrada del túnel y silbado tres veces. Esperó, oyó que Quiggs silbaba también tres veces, y se tranquilizó. Era la señal para marcharse todos. Esperó unos momentos y vio que Quiggs, armado con su metralleta, se le acercaba presuroso. Cuando Quiggs estuvo a su lado, Cooper dio media vuelta y gritó a los demás, para que pudieran oírle sus maniatadas víctimas:

—¡Dice Carlos que nos larguemos de aquí!

El, Quíggs y sus colegas, con sus bolsas llenas, echaron a correr hacia la salida de la sala que comunicaba con el pasillo posterior, pero, de pronto, inesperadamente, la puerta se llenó de hombres: uno, dos, tres, cuatro, cinco desconocidos que entraban en el museo, dos de paisano y tres uniformados y armados. Cooper pudo ver la expresión de asombro en sus rostros y recordó que él, Quiggs y los demás todavía llevaban puestas las capuchas que permitían reconocerles en el acto como terroristas.

Uno de los hombres de uniforme había sacado ya la pistola y abrió fuego inmediatamente. Las primeras balas alcanzaron a Shields, que se desplomó sin vida, y entonces Cooper oyó que, a su lado, Quiggs entraba en acción. La metralleta de Quiggs barrió con sus proyectiles, de un lado a otro, al grupo de recién llegados, y después siguió disparando contra ellos en otras dos pasadas. Como muñecos de madera, todos los componentes del grupo fueron abatidos. Los cinco quedaron tendidos en el suelo, mientras la sangre empezaba a brotar de sus heridas.

La matanza había exigido unos pocos segundos, y Cooper pensó con angustia en la posibilidad de que el tableteo de las ráfagas hubiera sido oído en el exterior.

Con un gesto enérgico, ordenó a los supervivientes de su pandilla que prosiguieran su retirada. Saltando sobre los caídos, pasaron de la sala al pasillo posterior y corrieron hacia la derecha en busca del pasadizo de salida, quitándose al mismo tiempo las capuchas y ocultando sus armas en los bolsillos. Pasaron por la librería, ante la estupefacta empleada que les miró desde el mostrador, y en seguida se encontraron fuera.

Una vez al aire libre, en pos de la cercana salida del museo, todos imitaron el ejemplo de Cooper, que aminoró su carrera hasta convertirla en un vivo paso normal mientras recorrían de nuevo el camino hacia la puerta final de la tapia, contigua a la taquilla acristalada. Mientras se encaminaban hacia ella, sin que ninguno de ellos corriese, el joven de la cabina y el personal de escolta alrededor de la limusina parada junto a la acera, ni siquiera levantaron la cabeza. Cooper suspiró aliviado. Las detonaciones habían sido demasiado distantes para que se oyeran, y si alguien las había oído no las había identificado como tales.

Manteniendo un grupo compacto y con paso decidido, cruzaron el aparcamiento donde les esperaban los dos sedanes Ford, con Krupinski y Pagano como dos chóferes.

Al encaminarse hacia ellos, Cooper les hizo un gesto para que se sentaran ante sus volantes. Los miembros del grupo se dividieron entonces, entraron en sus respectivos coches y cerraron las puertas.

—Ha habido un tiroteo —gruñó Cooper, dirigiéndose a Pagano—, de modo que seguiremos el plan alternativo. Larguémonos enseguida.

Mientras Pagano arrancaba precipitadamente, Cooper se volvió hacia los ocupantes del asiento posterior.

—¿Quién diablos eran aquellos dos tipos que iban con los guardias?

Uno de ellos se parecía al primer ministro israelí —contestó Lafair.

—¡Mierda! —exclamó Cooper—. Y además, hemos perdido a Shields. ¡Mierda! Adelante, Gus, no pierdas los nervios pero aprieta el acelerador. Salieron del aparcamiento, dejando atrás rápidamente el saqueado y ensangrentado santuario, silencioso bajo el sol de la tarde. Había concluido la misión. En El Cairo había caído la noche. Desde una ventana del Aeropuerto Internacional de El Cairo, situado a veinticinco kilómetros al noreste de la bulliciosa capital, un fatigado Nick Ramsey veía encenderse los focos que iluminaban las pistas de asfalto. La mayor parte de los reactores que habían estado aterrizando con luz diurna, y que seguían aterrizando ahora, pertenecían a la Egyptair. Todavía no había ningún indicio de la llegada del vuelo 747 de la compañía El Al, en el que viajaba el primer ministro israelí. Ramsey miró debajo de él, buscando al presidente y el vicepresidente de Egipto, con el ministro egipcio de Comercio y la compañía de honores con uniforme de gala, que llevaban ya tanto tiempo esperando. Ahora Ramsey pudo observar que el presidente y otras autoridades habían abandonado sus puestos, probablemente para retirarse al interior, y que los soldados de la compañía de honor, aunque en posición de descanso, parecían cansados y nerviosos.

La demora del primer ministro israelí era inexplicable.

A Ramsey le habían dicho, mucho antes, que el primer ministro se había retrasado y que saldría del aeropuerto Ben Gurion dos horas más tarde de lo programado. Ramsey había matado el tiempo bebiendo, comiendo un poco y charlando con otros periodistas. Durante este compás de espera se había dicho que el primer ministro llegaría al Aeropuerto Internacional de El Cairo al cabo de una hora, pero esta hora había transcurrido también y el avión de Salmon no se dejaba ver.

Nunca hasta entonces había tenido tan prolongada demora el avión del político israelí y su ausencia resultaba desconcertante. Ninguna otra explicación había llegado a oídos de los inquietos y perplejos representantes de la prensa.

Ramsey se apartó de la ventana, preguntándose si debía continuar su espera o bien atreverse a abandonar su puesto y trasladarse a la ciudad, a la habitación que le había sido reservada en el hotel Nile Hilton, donde podría gozar de un descanso bien merecido.

Estaba tratando de tomar una decisión cuando oyó que alguien le llamaba:

—¡Oye, Nick!

Se volvió y vio a un joven pecoso y de cabello muy rubio que avanzaba presuroso hacia él. Le reconoció en seguida: era un reportero británico —Brian Enders, del Times de Londres—con el que había hecho amistad en su anterior viaje al extranjero.

Enders le saludó con una amplia sonrisa y le tendió la mano.

—Te felicito, tus compañeros de Nueva York lo han conseguido otra vez.

Perplejo, Ramsey se dejó estrechar la mano.

—¿A qué viene la felicitación?

—Por la tremenda exclusiva del Record de Nueva York. Hace unos momentos lo he oído por la radio —miró a Ramsey—. ¿Vas a decirme que no estás enterado?

—¿Enterado de qué? —dijo Ramsey.

—Ah, veo que no lo sabes. Deja entonces que sea yo el primero en contártelo. En Jerusalén, el museo de los rollos del mar Muerto fue asaltado por Carlos y sus terroristas hace unas horas. Lo saquearon y se marcharon con casi todos los rollos. Increíble. El robo más audaz que he oído en toda mi vida.

Ramsey quedó atónito.

—¿Carlos y su pandilla se llevaron los rollos del mar Muerto? No puedo creerlo.

Enders se echó a reír.

—Pues es la pura verdad, muchacho. Viene en la primera página de tu periódico, según ha dicho la radio. Y el Record de Nueva York tiene esa maldita historia para él solito. ¡Toda una primicia!. Ramsey señaló con la cabeza la ventana del terminal.

—Supongo que eso explica que el primer ministro no llegue. Oyó las noticias y aplazó su viaje.

—No lo creo. Los egipcios nos dijeron que estaba en camino hace al menos una hora.

—Probablemente le llegó la noticia por la radio del avión e hizo que diera media vuelta. Enders hizo un gesto de duda. No lo sé.

—Tampoco yo lo sé —admitió Ramsey, meditabundo—. Voy a tratar de averiguarlo. Si no lo consigo, iré a mi hotel y me tomaré un baño caliente. Gracias por el flash, Brian.

—Dirigió al reportero británico un saludo burlón y los dos echaron a andar—Hoy es un día de alivio. Desaparecen los rollos del mar Muerto y ahora desaparece también el primer ministro. ¿Qué diablos ocurre?. Pero tenía el presentimiento de que Edward Armstead tal vez pudiera saberlo. Una vez registrado en el Hotel Nile Hilton, Ramsey dijo al botones egipcio que le esperase mientras él hacía unas compras en el quiosco. Fue hacia allí atravesando el vestíbulo lleno de gente, y compró dos paquetes de cigarrillos americanos y tres diarios en inglés. Mientras subía al cuarto piso en el ascensor, revisó la primera página de cada periódico en busca de detalles sobre el robo de los rollos del mar Muerto. No pudo encontrar la menor mención del suceso y finalmente advirtió que los diarios eran de la Víspera. Cuando se encontró en la lujosa habitación doble, la mente de Ramsey daba vueltas a otra cosa, un misterio que todavía seguía en pie. El primer ministro de Israel había partido del Aeropuerto Ben Gurion con destino a El Cairo, y no había llegado. Después de dar una propina al botones y verle salir, Ramsey trató de especular sobre el misterio. Aunque no pudiera esbozar ninguna explicación lógica, y a pesar de la tentación que significaba para él un baño caliente, sabía perfectamente lo que debía hacer ante todo. Un acontecimiento que no llega a producirse puede ser también noticia, y su deber era comunicar esta noticia o al menos alertar a Armstead en Nueva York acerca de lo que ocurría., o lo que no había ocurrido. Iba a acercarse al teléfono que había en una mesa junto al sofá, cuando empezó a sonar su timbre. Sorprendido, Ramsey levantó el auricular con el convencimiento de que alguien se equivocaba de número. Pero no había equivocación. Era una conferencia desde París y quien llamaba era Victoria Weston.

—¿Eres tú, Nick? —le oyó decir.

—Sin la menor duda —contestó—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Sabía que tenias reserva en el Nile Hilton.

—Sin embargo, era de suponer que yo estuviese en el aeropuerto de El Cairo.

—Pensé que ya no perderías más tiempo esperando allí..

—Entonces ¿te has enterado de que el primer ministro no ha llegado? Precisamente iba a telefonear a Armstead para explicarle ese misterio.

Hubo un largo silencio y por un momento Ramsey pensó que se había cortado la comunicación, pero volvió a oírse la voz de Victoria.

—¿No estás enterado todavía? Nick, ¿no te has enterado?

—¿De qué?

—El primer ministro israelí fue ametrallado por la pandilla de Carlos durante el robo de los rollos del mar Muerto. El gobierno israelí ha impuesto un riguroso control sobre esta parte del suceso, la del tiroteo. Por razones de seguridad.

Ramsey, estupefacto, se sentó en el sofá.

—¿El primer ministro ametrallado? Tú bromeas.

—Yo misma lo he oído en la televisión francesa, en un telediario que ha dado un escueto comunicado del gobierno.

—¿Está muy malherido Salmon? —quiso saber Ramsey.

Librodot

—No tengo la menor idea. Sólo hay la declaración gubernamental demorada, según la cual los terroristas de Carlos dispararon contra el en el museo y se encuentra ahora en un hospital de Jerusalén. No hay más detalles.

—No.. no sé qué decirte —murmuró finalmente Ramsey—. ¿Y yo qué diablos estoy haciendo aquí?

—Sólo Dios lo sabe —contestó Victoria, citando a Henry R. Luce, uno de los veteranos fundadores de la revista Time. Luego añadió—: Traducido, esto significa que sólo Armstead lo sabe.. quizás. No Olvides que él ha obtenido en exclusiva la mayor parte.

—Armstead —repitió Ramsey—. Será mejor que espere aquí hasta tener noticias suyas. ¿Y el primer ministro? —preguntó como sí hablara para sus adentros—. ¿Qué será de él?.

—¿Qué dices que han hecho? —exclamó Edward Armstead, palideciendo y levantándose de su sillón del despacho, incapaz de dar crédito a sus oídos. Nervioso, Harry Dietz rebulló en la silla ante la enorme mesa escritorio.

—Dispararon contra él, jefe —repitió.

—¿Dispararon contra el primer ministro de Israel? ¿Es esto lo que me estás diciendo? ¿Le hirieron?

—Al parecer, si, puesto que la nota gubernamental indica que ha sido trasladado a un hospital. Esta nota (acaban de darla) es muy breve y escueta, pero según mis informaciones lo más probable es que el estado del primer ministro sea sumamente grave. ¿Te has enterado de eso por Pagano?

—Por Gus Pagano, si. Cuando nos informó de la operación de los pergaminos, no quiso decirnos nada acerca del tiroteo. Primero, porque con ello podía revelar que alguien del grupo asaltante nos estaba informando, y en segundo lugar porque no estaba seguro de quiénes habían sido los ametrallados. Pero apenas oyó la nota del gobierno, volvió a telefonear para darnos algunos detalles.

—¿Qué detalles? —exigió Armstead—. ¿Cómo ocurrió?. Dietz se aclaró la garganta.

—No lo sé con exactitud, pero he aquí cuanto he podido averiguar. Cooper y sus hombres acababan de hacerse con los rollos y se disponían a largarse cuando el primer ministro y algún huésped suyo, con tres guardias armados, les salieron al paso. Al ver a nuestros hombres encapuchados, uno de los guardias comprendió inmediatamente lo que ocurría y abrió fuego. Tumbó a uno de los hombres de Cooper, un tal Shields, que al parecer murió instantáneamente. Armstead procuró dominar sus nervios.

—¿Mataron a uno de los hombres de Cooper?.

—Sin duda alguna —respondió Dietz—. Pagano estaba seguro de eso.

—¿Y qué ocurrió después?.

—Los terroristas contestaron al fuego..

—No me gusta que les llames terroristas —interrumpió Armstead, sentándose de nuevo detrás de su escritorio—. ¿Y qué ocurrió después?.

—Uno de los muchachos de Cooper disparó con una metralleta se los cargó a todos, a los cinco uno tras otro: al primer ministro, invitado y los tres guardaespaldas. Quedaron tendidos en el suelo como las víctimas de la matanza del día de San Valentín en Chicago. Según Pagano, Cooper no pudo decir cuántos estaban muertos y cuántos heridos. Todo ocurrió con demasiada rapidez.

—¿Y Cooper y sus hombres pudieron salir sin más novedad?

—Totalmente.

Armstead meneó la cabeza.

—Menos mal. Sin embargo, tuvieron que dejar allí a Shields..

—No había más remedio. Cada segundo contaba.

Librodot

—Supongo que no quedaría ninguna señal de identificación en el cadáver de Shields..

Absolutamente ninguna. Ninguno de ellos llevaba la menor señal de identificación.

Armstead volvió a menear la cabeza, en un gesto de contrariedad.

Nunca quise que hubiera derramamiento de sangre.

—Tarde o temprano tenía que haberlo —replicó Dietz—. Además, nuestros hombres no tuvieron otra opción. Fue en defensa propia.

—Supongo que sí —musitó Armstead—. ¿Quién cargará con el mochuelo?.

—La nota del gobierno israelí ya se lo ha cargado a Carlos. Armstead frunció el ceño.

Lástima que no tuviéramos también en exclusiva lo del tiroteo.

—Levantó la vista—. Sin embargo, en cuanto a los detalles de la refriega, nadie más posee detalles excepto nosotros.

—Así es, jefe.

—Y bien, ¿cuándo va a salir de máquinas?

Jefe, es que todavía no ha sido escrito. Acabo de recibir la segunda llamada de Pagano, y yo.. El Puño de Armstead se abatió sobre su mesa.

¡Maldita sea, Harry, ponlo todo en marcha! No quiero que nadie lo saque antes que nosotros. Adelante con ello.. Otra primicia de Armstead, otra exclusiva. El relato completo del ametrallamiento del Primer ministro Salmon, la noticia del año.

—Abandonó su sillón y dio vuelta a la mesa mientras Dietz se levantaba a su vez—. . ¡En marcha, Harry! —gritó, agarrando el brazo de su segundo—. Hemos llegado a la cumbre mundial y debemos mantenernos en ella.

Enseguida lo entregaré a máquinas, jefe. ¿Vuelvo a citar a Mark Bradshaw? Ya le hemos adjudicado la primicia en el robo de los rollos, y sería lógico que fuese él quien nos comunicase el resto de la historia, todo lo del tiroteo. Armstead aprobó la sugerencia: Tienes razón, Harry. Que siga siendo nuestra estrella. De acuerdo. Perdón, es que hay otra cosa..

—¿Cuál?.

—¿Qué hacemos con Ramsey? —preguntó Dietz.

—Lo mejor será que saquemos a Ramsey de El Cairo. Envíalo a París, para que se reúna con la chica Weston. Creo que pronto tendré alguna otra cosa más en preparación. Ya junto a la puerta, Dietz pareció titubear.

—Es que estaba pensando algo, jefe.. Tal vez fuese conveniente que nos diéramos un respiro entre una noticia y otra.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan cauteloso, Harry?

—En realidad, no es que me haya vuelto cauteloso, pero..

—Deja que yo me ocupe de trazar los planes —dijo Armstead—. Cuando uno está haciendo girar la bola del mundo, ya no se detiene. A Nick Ramsey, desplazarse en las curiosas y ondulantes escaleras mecánicas del Aeropuerto Charles de Gaulle siempre le resultaba una experiencia placentera, como la de subir en las montañas rusas de pie y sin apoyarse. Pero ese día, al regresar a Paris procedente de El Cairo antes de la una de la tarde, apenas se fijó en las escaleras, conmocionado como estaba por los violentos acontecimientos que se habían producido cerca de él en Egipto y Oriente Medio.

Se acercó a las cintas de transporte de equipaje en la planta baja, y buscó la que había de entregarle su maleta y su máquina de escribir. Vio aproximarse el equipaje de El Cairo sobre la cinta deslizante, distinguió su maleta negra y más que usada, se inclinó hacia adelante para tomarla al pasar delante de él, y poco después se hizo también con su máquina de escribir portátil.

Le sorprendió entonces ver a una mujer joven que desde lejos le hacia señas levantando el brazo, y al llegar a la salida de la aduana pudo ver que la joven era Victoria. Al terminar el

trámite de la aduana, no pudo evitar una sonrisa al acercarse a ella. Llevaba su chaqueta de tweed con una blusa de seda marrón y unos pantalones beige muy ajustados en las caderas; era como un sueño caminante, pero en el semblante de Victoria no había la menor sonrisa. Estaba muy seria, incluso visiblemente preocupada.

—Nick..

—le dijo.

El sintió el deseo de besar aquellos labios rojos y carnosos, pero se limitó a darle un beso en la mejilla. Después estudio la expresión de la joven.

—¿Algo que no marcha?

—Nick, el primer ministro de Israel.. ha muerto.

—¿Ha muerto?

—Falleció en el quirófano.

—Maldita sea —rezongó Ramsey entre dientes—. ¿Cómo te has enterado?

—Han interrumpido el programa de la televisión francesa para dar un boletín especial. Salmon recobró el conocimiento una sola vez antes de que lo operasen. Alguien le dijo que habían sido robados los rollos del mar Muerto, y le comunicó el rescate exigido. A cambio de los rollos, liberación de los cinco terroristas de la OLP que el mes pasado atacaron el kibbutz Kfa Hanassi. El primer ministro murmuró: "Jamás, ni en un millón de años. Los rollos nos son preciosos, pero lo es más la seguridad de nuestro pueblo. Israel no cede ante los terroristas, ni ahora ni nunca". Entonces lo trasladaron al quirófano. Y poco después murió.

—¿Esto es todo lo que han dicho?

—No, hay más. La televisión francesa también tenía los detalles de lo que ocurrió en el museo, detalles de lo que condujo a la matanza. Los dieron, pero citando una exclusiva de un diario norteamericano.

—Supongo que citarían la información del Record —dijo Ramsey lentamente.

—Si.

—Un reportaje firmado por Mark Bradshaw.

—Si.

—Ya veo —asintió Ramsey, aunque era incapaz de ver nada.

—Yo creo que esto es muy extraño —comentó Victoria, mientras caminaban hacia la salida de la terminal a la calle.

—Opino que en este mundo ocurren muchas cosas extrañas —repuso Ramsey.

La joven levantó la mano para llamar la atención de un chófer que fumaba un cigarrillo no lejos de allí, y el hombre se apresuró a bajar de su coche.

—Tengo en el hotel un coche alquilado, pero temí que si lo utilizaba en la autopista me perdiese y no llegara a tiempo para recibirte. Por tanto, alquilé ese Mercedes con chofer.

—Un poco derrochadora, ¿no crees?

Había hablado con tono ligero, pero Victoria siguió muy seria.

—Es el dinero de Armstead, y está ganando cada vez más con todas esas primicias.

—Bien, yo creo que ha merecido ganárselo.

—Armstead se está haciendo famoso; prácticamente, ya es una leyenda.

—Yo diría que también lo merece.

—El y Mark Bradshaw. Al notar el énfasis de sus palabras, Ramsey la miró. Victoria le tomó el brazo.

—Nick, quiero hablar contigo de todo esto. ¿Podemos hablar? Ramsey supo que debía preguntar de qué había que hablar exactamente, pero todavía no se sentía preparado para ello.

El chófer había detenido su Mercedes junto a la acera, ante ellos, Ramsey abrió la puerta posterior para que subiera Victoria.

—De acuerdo —dijo—, hablaremos. Dame un poco de tiempo para sacudirme el polvo de El Cairo, tomar una ducha y cambiarme de ropas. En el trayecto hasta París, limitémonos a besuquearnos.

—Nick, estoy hablando en serio.

—Y yo también.

—Te diré lo que vamos a hacer —anunció Victoria—. Cuando lleguemos al centro de la ciudad, déjame en la oficina del Record. Tengo algo que hacer allí. Tú te vas al hotel, pasas por el registro (la misma suite) y después, cuando bajes, nos encontramos en un café de los Campos Elíseos para comer algo.

—¿Qué café?

—Digamos la Maison d'Alsace de la Rue Marbeuf, junto a los Campos Elíseos, dentro de una hora. Está a poca distancia a pie, más allá de la esquina de la Avenue Montaigne.

—Acabas de conseguir una cita.

—Una conversación en serio —puntualizó ella.

—Una conversación en serio —repitió él, no sin preguntarse sobre qué podría versar. Victoria estaba sentada ante una mesa y bajo una sombrilla roja frente a la Maison d'Alsace, saboreando su jerez dulce y observando a los transeúntes que desfilaban en ambas direcciones a lo largo de los Campos Elíseos. Al notar que sus especulaciones sobre la identidad de algún que otro peatón distraían sus pensamientos, Victoria posó su mirada en el toldo rojo que cubría las sombrillas y mesas del café, y trató de concentrarse en la idea que dominaba su mente a fin de organizar la conversación con Nick Ramsey sobre el tema.

Ella y Nick habían convenido encontrarse allí una hora después de que él la dejara delante de las oficinas del Record en París, y había llegado al café diez minutos antes. Esperaba encontrar ya en él a Nick, pero éste no se dejaba ver y la silla tapizada de tela blanca y negra, frente a ella, seguía desocupada.

Deseosa de tener la conversación con él y arrancarle su opinión, aunque ya había previsto que se mostraría escéptico, estiro e cuello y miró hacia la Avenue Montaigne. Inmediatamente vio a Nick. Aunque estaba a media manzana de distancia, era más alto que los transeúntes franceses y por tanto fácil de identificar. No pudo reprimir una sonrisa de condescendencia. Tenía un aspecto impecable y relajado con su traje gris, y avanzaba a largos pasos, sólo obstaculizado de vez en cuando por las personas que contemplaban los escaparates. Victoria supuso que la invitaría a cenar, pero decidió que ante todo le obligaría a hablar largo y tendido con ella en el café.

Por un momento, su mirada se desvió y le perdió de vista. Después, volvió a verle y entonces su ceño se frunció. . Nick ya no caminaba. Se había parado o le habían obligado a pararse. Lo bloqueaba parcialmente un hombre corpulento con un traje oscuro, que estaba hablando con él. Otro hombre —más bajo pero todavía más robusto, un individuo con una chaqueta negra de cuero, que parecía un libanés—había aparecido detrás de Nick y pareció chocar con él. Movida por la curiosidad, Victoria trató de averiguar qué estaba ocurriendo. Vio entonces que la pareja que había parado a Nick le estaban empujando fuera de la acera, en dirección a la calzada. La acción era confusa, pero era como si la pareja obligara a Nick a dirigirse hacia un sedán que esperaba junto al bordillo. Alarma a Victoria abrió su bolso, sacó unos francos, los dejó sobre la mesa y una vez más buscó a Nick. Los tres hombres, los dos desconocidos y Nick, habían llegado junto al coche, un sedán de línea baja. Ahora era más evidente lo que estaba ocurriendo. Decididamente, estaban forzando a Nick a subir a la parte trasera del coche. Victoria se levantó de un salto, preguntándose por qué Nick no ofrecía resistencia contra aquella táctica intimidadora, pero en seguida comprendió que no podía hacerlo. Se le estaba obligando a entrar en el coche, probablemente a punta de pistola.

Librodot

Estaban secuestrando a Nick. Y entonces Victoria echó a correr. Obstruida por los transeúntes, esquivaba a un lado y a otro, y seguía corriendo hacia el sedán. Al acercarse a él, pudo distinguir en su interior a un hombre sentado ante el volante, y a los dos secuestradores en el asiento posterior, con Nick entre ellos. Antes de que pudiera abrir la boca para gritar, el sedán, un Citroen de color azul pálido, arrancó desde la acera y seguidamente trató de introducirse en el tráfico, a pesar del desfile de los demás coches, todos los cuales hicieron sonar sus bocinas. Frenéticamente, Victoria buscó con la mirada algún uniforme azul, un gendarme, pero comprendió en seguida que no había ninguno a la vista, y entonces vio algo más. Un taxi se había detenido en la acera lateral de los Campos Elíseos para que bajara su pasajero. Este había pagado ya y se disponía a cerrar la puerta trasera cuando Victoria llegó y la detuvo. Al subir al taxi y dejarse caer en el asiento, el taxista, un hombre de cara morena y sin afeitar, se volvió hacia ella y lanzó un torrente de protestas en francés:

—¡No, no, no! He terminado ya mi jornada. ¡No quiero más viajes! Tengo que ir a casa a comer. Victoria se inclinó hacia adelante, le cogió el brazo con las dos manos y lo sacudió.

—¡Oiga, monsieur, se trata de una urgencia! —gritó—. Le daré cincuenta francos de propina.

—Señaló hacia adelante, a través del parabrisas—. ¿Ve aquel coche, aquel Citroén azul? Tres hombres se llevan en él a mi amigo, ¡lo han secuestrado!

El taxista miró también a través del parabrisas.

—Esto es cosa de la policía..

—No hay tiempo. Debo averiguar adónde le llevan. ¡Le daré cien francos de propina!. El taxista capituló.

—Tratándose de usted, madame, lo seguiré.

¡Gracias, muchas gracias! Pero procure que ellos no se den cuenta.

El hombre maniobró de tal modo que al poco rato sólo hubo un automóvil entre su taxi y el Citroén. Después hizo girar el volante y situó el taxi entre otros dos coches que avanzaban con el tráfico.

Victoria se reclinó en el asiento lanzando un suspiro de alivio, al disminuir gradualmente la densa circulación y acelerar los coches su marcha en dirección a la Place de la Concorde, pero enseguida volvió a inclinarse hacia adelante, tensa y preocupada, preguntándose quiénes podían ser los raptores y qué querían de Nick. Fijos sus ojos en la curvada parte posterior del Citroen, rezó para que los secuestradores no se perdieran de vista.

—No deben enterarse de que les estamos siguiendo —suplicó al taxista.

—No se preocupe, madame, conozco mí oficio. Tengo un hermano mayor en la Súreté.

Victoria volvió a pensar en la policía. ¿En qué momento debería pedir ayuda? Pero conocía la respuesta. No antes de estar segura del lugar al que aquellos individuos conducían a Nick.

Se aferró a la correa junto a la parte superior de la ventanilla mientras el taxi corría velozmente a través de calles de Paris y barrios de la ciudad que le resultaban totalmente desconocidos. A través de la ventana buscó sitios famosos, pero no supo reconocer ninguno. Pasaron ante tiendas y unos grandes almacenes, y trató de grabar sus nombres en su memoria. Estiró el cuello en un esfuerzo por averiguar si Nick era visible en el asiento posterior del Citroen que les precedía, pero no consiguió una buena visión del coche.

El Citroen pasó una luz ámbar en el momento en que se volvía roja, y lo mismo hizo el coche que iba delante de ellos, y Victoria ansió que su conductor hiciera lo mismo. El semáforo estaba ya en rojo y el taxista lo franqueó audazmente.

Llevaban ya de quince a veinte minutos de persecución y habían entrado en un distrito que la joven jamás había visitado cuando el coche que separaba el Citroen del taxi se desvió y se dirigió hacia un aparcamiento. Quedaron entonces expuestos al espejo retrovisor del

Citroen que les precedía, y lo único que podía hacer Victoria era esperar que el conductor no sospechara de su taxi.

Diose cuenta entonces de que el Citroen aminoraba la marcha, y que su taxi hacia lo mismo.

—¿Dónde estamos? —preguntó al taxista.

—En el Distrito Décimo, cerca ya del Musée de l'Affiche.

—¿El museo de los carteles?

—Oui —iba frenando gradualmente—. Me parece que se disponen a girar.

—Sígalos.

—No, debemos vigilar. Ya veremos.

El coche que tenían delante casi se había detenido, y Victoria observó que sólo se veían los dos secuestradores, y que Nick había desaparecido. Únicamente podía haber una explicación lógica: le habían ordenado echarse en el suelo.

El automóvil que les precedía se detuvo por fin, y el taxista se vio obligado a frenar bruscamente. Con la palma de la mano, dio varios bocinazos para expresar su indignación.

—¡No haga esto! —exclamó Victoria—. Sólo conseguir llamar la atención.

—Estoy actuando con toda naturalidad. Si alguien bloquea un taxi, nosotros le soltamos un bocinazo. Es lo que se espera en estos casos. Deje que actúe a mí manera, madame.

El Citroen se había puesto de nuevo en marcha, virando hacia una calle transversal.

—Supongo que éste es su lugar de destino —observó el taxista. Victoria alzó la vista y vio los nombres de las calles. Se encontraban en la Rue de Paradis. La calle transversal en la que había entrado el Citroen era la Rue Martel.

—¿Todavía estamos en el Dixiéme? —preguntó.

—El Dixiéme —asintió el taxista—. Un barrio obrero. El taxi aceleró y pasó de largo frente a la Rue Martel.

—¡Oiga! ¿No piensa seguirlos?

—No. Se darían cuenta enseguida. Creo que no se nos escaparán. Mire, ya están reduciendo la marcha. Supongo que se disponen a aparcar.

—Detuvo el taxi en una zona de aparcamiento prohibido—. Baje en esta esquina —dijo—. Camine como si tal cosa y cruce la calle. Eche un vistazo a la Rue Martel y mire si están aparcando. Si no es así, enfilaremos la calle y los perseguiremos.

Tenía el coche parado junto al bordillo de la acera y Victoria no puso en tela de juicio su sabiduría callejera. Abrió la puerta y saltó a la acera. Procurando conservar la compostura, caminó hacia la otra esquina. Miró hacia la Rue Martel, procurando aparentar el mayor desinterés posible. El Citroen era la única actividad existente en la calle. Había recorrido menos de la mitad de la misma y estaba girando a la izquierda para meterse en la entrada de un edificio. Segundos después desapareció.

Victoria vaciló por unos momentos en la esquina de la calle, segura de que no había sido vista, y mucho menos considerada una amenaza.

Esperó un momento para ver si alguien salía del edificio, pero no apareció nadie.

Resueltamente, dejó la Rue de Paradis y entró en la Rue Martel. Caminó a buen paso, como si el distante extremo de la calle fuera su destino. Una estudiante francesa, camino de su apartamento al salir de clase.

Al acercarse al edificio en que había visto entrar el Citroén, aminoró levemente el paso. Pasó junto a la entrada de vehículos de una casa que ostentaba el número 10. Sabia que no era aquél el edificio, sino el siguiente.

Siguió andando, ante un antiguo edificio con el número 12. Había en él otra entrada de vehículos, una puerta caché a un lado de la casa, y por el rabillo del ojo pudo ver que más allá

de la puerta había un patio interior. Estaban aparcados en él varios coches, pero no pudo ver el Citroen azul. Sin embargo, estaba absolutamente segura de que había entrado en aquel patio.

Caminó unos metros más, pero no siguió adelante.

Había descubierto ya lo que necesitaba saber.

Dio media vuelta, pasó de nuevo ante la entrada del número 12, y volvió a la Rue de Paradis.

Se preguntó qué podía estar ocurriendo. ¿Por qué alguien podía querer secuestrar a Nick Ramsey? ¿Por qué razón? ¿Para pedir un rescate? ¿Le habrían confundido con otro, con un americano rico? Y por encima de todo, ¿quiénes eran los raptores?

Al entrar en su taxi, trató de decidir cuál había de ser su inmediata decisión.

Había una opción obvia. Acudir inmediatamente a la policía. Sin embargo, algo la hizo titubear. El recuerdo de la amonestación de Edward Armstead aquel día: siempre había que informar al Record de Nueva York en primer lugar.

Pero si seguía el consejo, el retraso podía significar mayor peligro para Nick.

Tuvo que prometerse a si misma que sólo demoraría unos pocos minutos su denuncia a la policía, y seguidamente decidió informar a Edward Armstead en primer lugar.

El sabría exactamente qué debía hacerse.

Vio que el taxista la estaba estudiando con aire interrogativo y le dijo:

—Sé dónde están. Lléveme, tan rápido como pueda, al Plaza Athénée. Si es posible, tome un atajo. Desde allí denunciaré lo ocurrido. Pero dese prisa. Corra y le prometo una propina de ciento cincuenta francos.

—Trés bien —respondió el taxista, empuñando el volante—. Agárrese bien. ¡Ahí vamos!. Resultaba extraño encontrarse privado de la vista durante tanto tiempo, y seguir privado de ella.

Desde el instante de su secuestro y hasta este momento, en algún lugar de Paris, Nick Ramsey no había sentido miedo. Había pugnado con las emociones de la sorpresa, el asombro y la confusión, pero no con el miedo. Tan seguro había estado de que su secuestro era un error, un error de identidad, que tuvo la certeza de que se darían cuenta de la plancha y le soltarían.

Una vez le tuvieron sentado en el asiento posterior del coche y dejaron atrás los Campos Elíseos, le ordenaron que se arrodillara en el suelo. De mala gana, con el cañón de una pistola junto a su sien, había obedecido. Y fue entonces cuando le vendaron los ojos. Varias veces durante el trayecto, había tratado de hablar, de protestar, de explicar el craso error cometido, y cada vez uno de ellos le había ordenado desesperadamente, en inglés, que se callase. Esto aparte, ni los dos del asiento posterior ni el conductor del coche le dirigieron la palabra, ni tampoco se hablaron entre ellos.

Ramsey había tratado de calcular el tiempo empleado en su recorrido, pero la oscuridad le desorientaba y le impedía pensar. Durante el trayecto había oído ruidos callejeros hasta cosa de un minuto antes de pararse el coche, por lo que dedujo que se encontraban todavía dentro de Paris y no en las afueras.

Se había preguntado cuánto tiempo seguiría Vicky esperándole en el café, en qué momento empezaría a preocuparse por él, a investigar su paradero, a sentirse alarmada, a considerarlo desaparecido. Y se habíapreguntado también qué haría ella, y había tratado de imaginar qué haría él en su lugar. Dudaba de que la joven hubiera pensado en la posibilidad de un secuestro, ya que semejante conclusión resultaba irreal. Al fin y al cabo, él no era una personalidad, no era un cautivo que prometiera buen rescate.

Al detenerse el vehículo y pararse el motor, se había dejado levantar y sacar del coche. Apresuradamente, le habían conducido a través de lo que parecía ser un suelo pavimentado y cruzado una especie de entrada. Después, a juzgar por el cambio de temperatura, se encontró

Librodot

en un interior de edificio. Con ayuda de sus raptores, subió tres tramos de escalones de piedra; le obligaron a detenerse, oyó el crujido de una puerta, noto bajo sus zapatos la blandura de una alfombra, y siguieron empujándole a través de lo que supuso que eran varias habitaciones, hasta que finalmente le forzaron a sentarse en una silla de madera.

Seguidamente, desanudaron y quitaron la venda que le cubría los ojos.

Ramsey esperaba verse cegado por la luz, pero la transición de la oscuridad a la visión fue fácil, ya que salió de la primera para encontrarse en algo que era poco más.

Una solitaria bombilla de escasa potencia a un lado de una habitación pequeña y casi desnuda, procuraba una iluminación mínima. Lo que pudo distinguir Ramsey bajo aquella luz mortecina y amarillenta fue un hombre sentado directamente frente a él, cabalgando sobre una silla y apoyando los brazos en el respaldo, y dirigiéndole una leve sonrisa. A cada lado del hombre, detrás de él, Ramsey pudo entrever vagamente las siluetas de otras tres o cuatro personas.

Ramsey devolvió la mirada al desconocido que se encontraba ante él. Al parecer, se trataba de un hombre más bien joven, de menos de cuarenta años, ojos grandes y pardos, nariz ancha y recta, mejillas hundidas y labios gruesos. La carne de su cara era fláccida, como la de la persona obesa que ha perdido mucho peso.

Cuando el desconocido habló, lo hizo con una voz modulada, culta, de acento ligeramente británico.

—Bienvenido, señor Ramsey —dijo—. Espero que no se le hayan ocasionado excesivas molestias.

—¿Qué es eso, una broma? —inquirió Ramsey, sorprendido al constatar que se conocía su nombre.

—Difícilmente puede considerarse una broma.

—¿Entonces, de qué diablos se trata? ¿Quién es usted? ¿Dónde me encuentro? ¿Qué quiere de mí?

—Contestaré a las preguntas una por una. Ante todo, permítame que me presente. Soy Ilich Ramírez Sánchez.

Toda confusión se disipó inmediatamente en la mente de Ramsey. Sus sentidos recuperaron todo su vigor y un claro recuerdo salió a la superficie.

—Carlos..

—murmuró.

—Puede añadir "el terrorista". Carlos el terrorista, como siempre me llaman ustedes, los periodistas.

Estupefacto, Ramsey miró al tan buscado secuestrador y asesino venezolano.

—¿Y qué puede usted querer de mi?

—Hablar, simplemente hablar —contestó Carlos.

Pero Ramsey no le escuchaba y prosiguió:

—Si busca un rescate o algo por el estilo, se ha equivocado de persona. Sólo soy un periodista, un periodista norteamericano, y además no muy famoso.

—Sabemos quién es usted y qué es usted.

—Entonces esto no tiene el menor sentido. ¿Qué diablos puede querer usted de mi?

—Ya se lo he dicho —repuso Carlos—. He decidido que era hora de que sostuviéramos una breve charla.

—¿Sobre qué?

—Sobre sus escritos calumniosos en ese infame periodicucho que es el Record de Nueva York.

La sonrisa se había evaporado. La cara y el tono, antes blandos, se habían endurecido.

—¿Mis escritos? —repitió Ramsey, perplejo.

—Sus embustes, señor Mark Bradshaw.

Ramsey se quedó boquiabierto.

—¿Bradshaw? ¿Usted cree que yo soy Mark Bradshaw? Está equivocado, totalmente equivocado. Usted mismo me ha llamado Ramsey. Usted sabe que yo soy Nick Ramsey —titubeó. Luego añadió vacilante—: Puedo demostrarlo. Puedo enseñarle mi pasaporte.

—Cualquiera puede poner un nombre en un pasaporte. Nosotros tenemos docenas de pasaportes con docenas de nombres. Tal como usted nos ha investigado, también nosotros le hemos investigado a usted. Hemos seguido sus pesquisas, sus viajes, sus artículos.

Tenemos todas las razones para creer que es en realidad Mark Bradshaw, ese periodista, ese chacal que me ha estado atribuyendo todas las actividades terroristas recientes. Ya estoy harto y he decidido que ha llegado el momento de llamarle al orden. Ramsey estaba estupefacto.

—Créame, yo no escribí esos reportajes.

—¿No? —dijo Carlos—. Pues han sido publicados. Son exclusivas de su periódico. Se han difundido por todo el mundo. Carlos suministra armas a los secuestradores vascos del primer ministro español. Carlos secuestra al secretario general de las Naciones Unidas. Carlos roba los rollos del mar Muerto. Yo no he hecho ninguna de estas cosas. Ninguna de ellas refleja mis métodos. Ni una sola vez se ha pedido un rescate importante.

El puntillo de Ramsey, el periodista, se sintió aguijoneado.

—¿Y la muerte del primer ministro israelí? —exclamó—. Otras veces se ha apoderado de ministros como rehenes. Y ha matado.

—No tuve nada que ver con el asesinato del primer ministro de Israel —replicó Carlos—. Sólo un estúpido trataría de conseguir un rescate de un país que no pagará nunca un rescate. Israel se negó a satisfacer las demandas a cambio de los rollos del mar Muerto. Esta mañana, los ladrones cedieron y devolvieron los pergaminos; dijeron al gobierno que los encontrarían en un depósito de basura cerca del puerto de Haifa. Todo eso lleva la marca de una operación de la OLP. Pero por otra parte, para ser sincero, ninguno de estos actos terroristas lleva el sello de los terroristas políticos. Quienquiera que esté realizándolos está motivado por algo que nada tiene que ver con la política. Ninguna de estas operaciones ha sido efectuada por Carlos, y sin embargo Mark Bradshaw asegura que todas han sido dirigidas por Carlos. Yo creo que usted es Mark Bradshaw.

—Ya le he dicho que comete un tremendo error.

—No me negará que usted y la joven que le sirve de ayudante trabajan para el Record de Nueva York. No me negará que uno de ustedes se ha encontrado siempre en el escenario de los acontecimientos.

—Yo sólo niego ser Mark Bradshaw. El escribió esos reportajes. Yo no. El le acusó a usted de esas operaciones. Yo no.

Por breves momentos Carlos guardó silencio.

—Si usted no es Bradshaw, ¿quién es él? ¿Puede dirigirme hacia él?

—No puedo. No le conozco.

—Esto me parece muy improbable.

—Pues es la verdad.

—Opto por pensar que me está mintiendo —dijo Carlos—. Voy a hacerle una advertencia, y si usted no es Bradshaw, adviértale a él.

Librodot

—Un embuste más sobre mí en su periódico y es usted hombre muerto —añadió con frialdad—. Yo le volaré la cabeza. Y para mayor seguridad, volaré también la de su amiga. ¿Me ha oído?

—Le he oído —contestó Ramsey—. ¿Y si yo no soy Bradshaw?

—Pues entonces averigüe quién es y transmítale mi aviso.

—Haré cuanto pueda.

—Hizo una pausa—. ¿Y qué más?

—¿Qué más?.

—¿Qué va usted a hacer conmigo?.

—Ya no le necesito más. He querido cerciorarme de que recibía mí mensaje. Le vendarán de nuevo los ojos y le soltarán. Le sugiero muy encarecidamente que no escriba nada acerca de este encuentro. El terrorista se disponía a levantarse cuando Ramsey habló una vez mas.

—Carlos..

—¿Qué hay?

—Una pregunta.

—Ramsey no había podido resistir la tentación; le fascinaba la egolatría de aquel hombre—. Puesto que se le han atribuido tantos crímenes, ¿por qué no permite que se le relacione con los hechos de los que hemos estado hablando?

—Orgullo profesional —contestó Carlos, sin asomo de humor—. Lo que ha estado sucediendo no corresponde a mi estilo. Quiero que se hable de mi cuando ello sea lo debido. Cuando se escriba historia de nuestra época, deseo que mi papel sea descrito con exactitud. ¿Me ha comprendido?

Ramsey asintió con la cabeza y Carlos se levantó.

—Una última advertencia, señor Ramsey. Procure conservar la cabeza.. sin un agujero en ella. Adiós.

Y Carlos desapareció en la oscuridad. Victoria se encontraba en el vestíbulo de la suite en el Plaza Athénée, junto a la mininevera y sirviéndose su segunda Coca—Cola, cuando oyó sonar el teléfono.

Durante más de una hora desde su regreso de la Rue Martel, el lugar donde tenían su escondrijo los secuestradores, había estado intentando ponerse en contacto con Edward Armstead, en Nueva York. Le dijeron que Armstead había estado en su despacho en el Record y después había salido, y ni su secretaria ni McAllister tenían idea de adonde había ido.

—Tal vez lo sepa Harry Dietz —sugirió McAllister—. Sé que el señor Dietz salió con el señor Armstead, pero Dierz volvía a su apartamento en el Sherry Netherland para recoger algo. Volverá dentro de un par de horas, y tal vez sepa dónde se puede localizar al señor Armstead.

Victoria no había querido esperar el regreso de Dietz al Record. Quiso llamarle en el Sherry Netherland, pero todavía no había llegado al hotel. Más tarde, había vuelto a llamarle, pero seguía sin aparecer. Entonces se sintió frenética y al mismo tiempo pugnó por decidir si era conveniente perder tanto tiempo tratando de hablar con Armstead. Temiendo lo que pudiera sucederle a Nick en manos de sus secuestradores, casi estaba a punto de llamar a la Súreté francesa, pero optó por intentar hablar con Dietz por última vez. Telefoneó por tercera vez al Sherry Netherland y, con gran alivio por su parte, Dietz contestó desde su apartamento.

Victoria le explicó entonces que tenía que comunicar un asunto urgente al señor Armstead y preguntó si él podía ayudarla a localizarlo. Notó una cierta reticencia por parte de Dietz. Incluso trató de soslayar la cuestión.

—Bueno, no estoy seguro. ¿Y no es algo en que yo pueda prestar ayuda?. Por un momento, ella pensó en contárselo todo a Dietz, pero un cierto instinto le aconsejó que lo reservara para Armstead. Era algo que debí a ser explicado personalmente al dueño del periódico.

—En realidad, debería hablar con el señor Armstead.

—Hum.. ¿Y de veras es tan urgente?.

—Urgentísimo, de veras.

—Está bien, Victoria. Tal vez tenga una idea de dónde está. Deje que me cerciore primero.

—¿Y no puedo llamarlo yo directamente, adonde sea, para ganar tiempo?

—¡No! Creo que no. Es mejor que lo haga yo. Si él puede hablar con usted, le diré que la llame lo antes posible.

—En el Plaza Athénée de París.

—Lo sé, Victoria. Espere la llamada.

Transcurrieron interminables minutos mientras el teléfono permanecía mudo y Nick —Victoria estaba segura de ello—seguía en poder de sus secuestradores.

Y finalmente sonó el teléfono y ella corrió, con el vaso en la mano, hacia la sala de estar de la suite. Dejando el vaso, descolgó el receptor y se sentó en el sofá.

Hablaba una telefonista francesa.

—¿Miss Victoria Weston?

—Si.

—Una conferencia para usted desde Nueva York. La llama el señor Armstead.

—Escucho.

Llegó hasta ella la voz de Edward Armstead, baja y lejana, pero clara y con un matiz de enojo.

—¿Qué ocurre, Victoria? ¿Qué es eso tan importante?

—Siento molestarle, señor Armstead, puede creerme, pero no tengo más remedio. Aquí hay problemas. Nick Ramsey ha sido secuestrado.

—¿Que ha sido qué? ¿Secuestrado, dices?.

—Toda irritación había desaparecido de la voz de Armstead, en la que ahora se advertía una nota que era más de curiosidad que de preocupación—. ¿Te he oído bien?

—Me ha oído bien. Nick fue secuestrado ante mis propios ojos, hace poco más de dos horas. Deje que se lo cuente rápidamente.

Con un torrente de palabras, refirió cómo se había reunido con Nick en el aeropuerto, cómo él la había dejado en la calle y habían convenido encontrarse en un café de los Campos Elíseos, y cómo había visto que dos hombres le obligaban a subir en un coche. Por verdadero milagro, ella había logrado seguirlos y había averiguado dónde tenían secuestrado a Nick.

Armstead la interrumpió por primera vez.

—¿Tienes alguna idea de quién haya podido hacerlo?

—Ni la menor idea.

—¿Todavía no has sabido nada de sus raptores?

—Ni una palabra. Probablemente, todavía es demasiado pronto. ¿Debí denunciarlo directamente a la Súreté? Es que he pensado que primero tenía que avisarle a usted.

—Has hecho lo debido, Victoria.

—¿Puedo llamar ahora a la policía? Tengo las señas de ese lugar. Es el número doce de la Rue Martel. Puedo informar.. Antes de que Victoria pudiera continuar, o Armstead

contestar, se oyó otra voz. Victoria levantó vivamente la cabeza y vio que Ramsey entraba en la habitación.

—¿Hablas con Armstead? —quiso saber éste—. Dile que cuando ya me soltaban oi decir a uno de ellos que mañana se trasladarían a otro lugar seguro. Al parecer, se están desplazando sin cesar.

Fascinada por la inesperada aparición de Ramsey, Victoria le escuchó ignorando lo que Armstead le estaba diciendo por teléfono. Al reaccionar y oírla voz del dueño del Record en el otro extremo de la línea, exclamó junto al micro:

—¡Señor Armstead, Nick acaba de entrar! -Está sano y salvo!.

—¿Está aquí? —preguntó Armstead.

—Aquí mismo. Quiere hablar con usted.

—Y yo quiero hablar con él —dijo Armstead.

—Un segundo..

Victoria entregó a Ramsey el teléfono y le dio un rápido beso, al tiempo que se movía en el sofá para hacerle sitio. Nick tapó con la mano el auricular y preguntó a la joven:

—¿De veras sabes dónde me llevaron?

—Vi cómo ocurría todo en los Campos Elíseos. Conseguí seguir tu coche.

El la contempló con sincera admiración.

—¡Eres un tesoro! —dijo—. Esta noche tal vez te invite a champaña. Ella le dirigió una sonrisa radiante.

Ramsey quitó la mano del auricular.

—¡Hola, señor Armstead! Ya sé que Vicky le ha contado mi pequeño episodio.

—Así es —repuso Armstead—, pero ahora quiero que tú me cuentes qué ha ocurrido. ¿Quién te secuestró? ¿Por qué? ¿Y cómo es que estás libre?

—Le costará creerlo —dijo Ramsey—. Fui secuestrado por orden de Carlos y me llevaron a presencia del propio Carlos.

—¿Quién?

—Carlos, el famoso Carlos.

—¿El terrorista?

—El Número Uno en persona. El me hizo raptar. Quería hablar conmigo.

—¿Y por qué?

—Porque estaba seguro de que yo era el mismísimo Mark Bradshaw del Record de Nueva York, y quería decirme (advertirme) que si seguía escribiendo historias para el periódico acusándole a él de más secuestros, me volaría la tapa de los sesos. Eso es todo. Hubo una nota de vacilación en la voz de Armstead.

—Estás diciendo que negó haber secuestrado a Bauer, haber robado los rollos del mar Muerto..

—. .y haber asesinado al primer ministro israelí. Insistió en que él no ha tenido absolutamente nada que ver con estas operaciones. En realidad, le indigna verse relacionado con ellas.

—Ramsey hizo un esfuerzo para controlar su respiración—. Será mejor que se lo cuente todo, paso a paso.

Ramsey observó que Victoria seguía atentamente cada palabra, con los ojos de nuevo muy abiertos, y le dirigió un guiño antes de concentrarse una vez más en la conversación por teléfono. Hizo un relato completo de su reunión forzosa con Carlos.

Mientras Ramsey narraba su aventura, Armstead no le interrumpió ni una sola vez.

Sólo cuando Ramsey hubo terminado, el propietario del Record volvió a tomar la palabra para preguntar:

—¿Esto es todo?

—Todo.

—Es una historia más que notable —comentó Armstead—. Lo mejor será que nos la escribas sin perder ni un momento.

—Con mucho gusto —replicó Ramsey—, si quiere usted tener un reportero con un agujero en la cabeza. Esto es lo que Carlos prometió si yo decía una sola palabra.

—No, no quiero que tu vida corra ningún peligro.

—Por otra parte, si comunicamos a la policía dónde pueden encontrar a Carlos y su banda, y éstos son puestos bajo buen recaudo, Vicky y yo podemos cubrir esa información y guardarla.

Hubo una pausa.

—No, decididamente no —manifestó Armstead—. Tan pronto como lo sepa la policía, lo sabrá todo el mundo. Perderemos nuestra exclusiva. Deja que yo me ocupe de Carlos a mi manera. Quiero estar seguro de no darles ventaja a todos los demás. Tengo mis propios contactos con la Surete.

—Como usted guste —asintió Ramsey—. Pero será mejor que actúe antes de que lo haga Carlos. Es un individuo escurridizo.

—No te preocupes. Deja que yo me cuide del asunto.

—De acuerdo —dijo Ramsey con leve reticencia—. Pero hay algo que yo debo hacer. En caso de que Carlos se esfume..

—Ya te he dicho que yo me ocuparé de él.

—Pero si consigue esfumarse, como siempre ha hecho, será mejor que yo localice a Mark Bradshaw. Debo hacerle saber que Carlos ha prometido eliminarlo si vuelve a poner su nombre en las páginas del periódico. ¿Puede decirme dónde he de ponerme en contacto con Bradshaw?. Hubo un largo silencio. Ramsey esperó, sosteniendo la mirada inquisitiva de Victoria. Finalmente, Armstead habló.

—Prefiero que dejes a Bradshaw para mí. Y a Carlos.

—Como quiera, señor Armstead.

—Déjalo todo en mis manos —repitió Armstead con firmeza—. Vamos a ver, tú y Victoria bajad al bar y tomad unas copas a mi salud. Las merecéis. Debéis estar de nuevo en la suite., veamos, ¿qué hora es? Digamos a medianoche según vuestra hora. Yo os llamaré, os pasaré un informe completo y os explicaré vuestra próxima misión.

Victoria observó que Ramsey colgaba el teléfono con un gesto de disgusto. Se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué ocurre, Nick? ¿Qué te ha dicho?

—Armstead quiere hacerlo todo él mismo. Insiste en ello. Al parecer, tiene sus propios contactos en la Súreté. Teme que sí nosotros acudimos a la policía, echemos a perder su exclusiva. Lo único que le preocupa son sus malditas primicias.

—Pues lo único que me preocupa a mi eres tú —dijo Victoria con acaloramiento—. Es demasiado arriesgado andar por ahí incomodando a Carlos. Creo que deberíamos recurrir directamente a la policía.

—¿Y que nos echen del periódico? —replicó Ramsey, levantándose—. No, yo creo que no, Vicky. Pienso que hemos de dejar que él haga su juego y ver qué sucede después.

—¡Esto no me gusta nada! —protestó Victoria.

—Hemos de darle una oportunidad. Volverá a llamarnos a medianoche.

—Ramsey tomó las manos de Victoria y tiró de ellas para que la joven se pusiera en pie—. Mientras tanto, Armstead ha insistido en que bajemos y brindemos por él.

—Yo no quiero tomar ninguna copa —repuso Victoria—. Lo que tengo es hambre.

—Está bien. Tú cena, pero yo necesito un buen trago.

Victoria se dejó llevar hasta la puerta de entrada de la suite. El la abrió, pero ella le retuvo.

—Nick, no me has hablado de una cosa. ¿Qué ha dicho Armstead con respecto a Bradshaw?.

—Sólo que él se ocupará de Bradshaw.

—¿Y crees que lo hará?. Ramsey se encogió de hombros.

¿por qué no ha de hacerlo?. Salieron de la suite y Ramsey cerró la puerta. Caminaron hacia el ascensor.

—Nick, quiero hablar contigo acerca de Bradshaw. Ramsey contempló el ascensor, que llegó a su piso y se detuvo. Cuando se abrieron las puertas, invitó a Victoria a entrar y dijo: —Más tarde. Veamos primero con qué nos sale Armstead. De momento, tú cena y deja que yo me tome tranquilamente unas copas. Armstead seguía sentado, inmóvil, en medio del apartamento de Kim Nesbit. Llevaba largo tiempo mirando fijamente el teléfono verde oliva que acababa de utilizar. Una y otra vez repasó mentalmente sus conversaciones con Victoria Weston y Nick Ramsey, mientras trataba de pensar.

Había salido de su despacho para ir al apartamento de Kim a media tarde, porque le había entrado un súbito deseo de poseerla, por primera vez en muchos días. Se había sentido orgulloso de todos sus éxitos, satisfecho de sí mismo, complacido porque Bruce Harmston le había comunicado que la revista Time pensaba dedicarle una portada y que ya se había concertado una sesión fotográfica, y Armstead había querido celebrarlo. Al llegar al apartamento de Kim, había experimentado una leve sensación de enojo al encontrarla dormitando —probablemente bebida—en su cama. No le había gustado su aspecto, con los rubios cabellos enmarañados, el maquillaje corrido bajo los párpados cerrados, el olor a whisky de su aliento., y a pesar de que ya era primera hora de la tarde todavía iba en camisón. Pero su enfado quedó mitigado por la visión de un muslo a través de la abertura en el camisón de seda blanca. Al comprender que no llevaba nada más debajo, su deseo se acrecentó. Le resultó difícil despertar a Kim, pero una vez estuvo despierta y logró serenarse, susurró palabras de alegría al verle y le estrecho fuertemente entre sus brazos, prometiéndole hacerle feliz, más feliz que nunca.

El dejó que Kim fuese al baño para refrescarse y prepararse, y él se había quitado ya la chaqueta y se disponía a desnudarse cuando sonó el teléfono. Era Harry Dietz. . Armstead no tenía el menor deseo de llamar a la chica Weston en aquel momento, ni desde aquel lugar, pero el carácter urgente de la llamada acabó por imponerse. Telefoneó a Victoria en Paris, y habló también con Ramsey. Ahora estaba tratando de decidir qué debía hacer.

Echando un vistazo desde la sala hasta el dormitorio, para tener la certeza de que Kim todavía no había salido del baño, y convencido de que ella todavía pasaría un buen rato con la bañera, el maquillaje, las lociones, los perfumes y la ropa interior, decidió que tenía tiempo para efectuar otra llamada. Consultó su reloj y calculó que todavía encontraría a Dietz en el Sherry Netherland. El asunto en cuestión era algo que debía ser manejado a través de Harry.

Llamó al hotel y al poco rato estuvo al habla con Dietz.

—Harry, he llamado a la chica Weston.

—¿Y era la cosa tan importante como ella decía, o se trataba de una falsa alarma?

Armstead bajó la voz al contestar:

—Era muy importante.

—¿Si?

Librodot

—Ramsey, Nick Ramsey, se encuentra de nuevo en Paris. Fue secuestrado por la banda de Carlos en los Campos Elíseos.

—¿Está usted bromeando?

—Victoria Weston los vio y les siguió. Descubrió dónde está el escondrijo de Carlos.

—Oiga, esto es toda una noticia. Si la comunicamos a la policía..

—La daremos a todos los periódicos del mundo –interrumpió Armstead—. Tuve que frenar a Ramsey para que no explicara lo de Carlos a la policía francesa. No seria conveniente.

—Tiene toda la razón, jefe. ¿Y qué podemos hacer respecto a Carlos?

—Todavía no estoy seguro —contestó Armstead, pensativo—. Pero quiero seguirle los pasos hasta que decidamos cómo se ha de enfocar este asunto. ¿Está ahí Gus Pagano?

—Acaba de regresar de Paris.

—Perfecto. Llama a Pagano inmediatamente. Dile que Carlos y su grupo están ocultos en el número doce de la Rue Martel. Es posible que se trasladen a otro lugar antes de medianoche. Dile a Pagano que se mueva por esa zona y que haga seguir a Carlos. Quiero saber dónde está cuando haya decidido cómo lanzar esta historia.

—Así se hará —prometió Dietz—. Pero no me ha dicho una cosa.. ¿por qué secuestró Carlos a Nick Ramsey?

—Creyó que él era Mark Bradshaw. No le gusta que los artículos de Bradshaw le carguen a él todas las culpas. Juró que mataría a Ramsey o a Bradshaw si vuelve a aparecer otro reportaje de éste.

Dietz se echó a reír.

—¿Va a matar a Bradshaw?

—O a Ramsey —replicó Armstead—. Nick no cree que la cosa resulte divertida. Está decidido a encontrar a Mark Bradshaw, no solo para prevenirle, sino también para sacarse a Carlos de encima. Se mostró muy apremiante conmigo sobre este punto.

—¿Y usted qué le dijo?

—Que yo mismo me ocuparía de Bradshaw. Oye, Harry, Ramsey me tiene un poco preocupado. No le gustó que yo le quitara la tarea de buscar a Bradshaw. Es posible que se muestre inquisitivo, que empiece a husmear por su cuenta, y esto podría ocasionar problemas. ¿Qué te parece a ti?

—Yo pienso que debería sacarlo de París inmediatamente., de hecho, traerle aquí y que abandonara Europa.

—Es lo mismo que he pensado yo —dijo Armstead—. Pues bien, esto es lo que quiero que hagas tú. Ramsey espera que yo le llame en el Plaza Athénée a medianoche, según la hora de allí. Quiero que tú te ocupes de esta llamada.

—¿Y qué debo decirle?

—Primero, dile que he intentado hablar con mi contacto en la Súreté de Paris, pero que ya era demasiado tarde y que no ha sido posible encontrarlo. Puesto que Carlos vuelve a andar suelto, nos preocupa su vida. No queremos que ninguno de nuestros empleados corra peligro. Nuestro primer deber es proteger a nuestros reporteros. Por tanto, y en beneficio suyo, queremos que vuelva aquí. Mañana por la mañana, Ramsey ha de salir de Paris y tomar un avión para Washington. Dile que le trasladamos a la sección de misiones especiales en la oficina de Washington D.C. Dile también que trabaje el programa del presidente Callaway durante sus reuniones con el primer ministro británico dentro de dos semanas. Dile a Ramsey que tal vez haremos que acompañe al presidente. ¿Te ocuparás de ello?

—¿Y Victoria Weston? ¿No quiere sacarla de París, ahora que Pagano ha vuelto a esa ciudad?

—Victoria Weston..

—repitió Armstead, reflexionando—. No, todavía no. Quiero que se quede en París y que reúna información sobre Lourdes, como preámbulo de la visita que el Papa efectuará a ese santuario. ¿Lo has anotado todo?

—Primero, llamar a Pagano.

—El debe seguir los pasos de Carlos. Después, ha de encomendar esta tarea a otros cuando Gus se marche a Lourdes.

—Y después he de llamar a Nick Ramsey a medianoche, hora europea, y darle instrucciones para que vuele a Washington..

—Espera un momento —dijo Armstead, levantándose—. Tal vez será mejor que se las dé yo mismo. Yo me ocuparé de Ramsey y la Weston desde mi despacho. Tú, ocúpate de Pagano. Mira, lo mejor es que pongamos en seguida manos a la obra. Llegaré al despacho dentro de veinte minutos. Espérame allí.

Al colgar el teléfono, vio por el rabillo del ojo a Kim Nesbit, en la entrada de la sala. Llevaba una vaporosa prenda rosada y le sonreía dulcemente. Después dio media vuelta y desapareció.

Armstead la había olvidado por completo, así como la razón de su presencia en el apartamento.

Abrochándose lentamente los botones de la camisa y enderezando el nudo de su corbata, echó a andar hacia el pasillo.

Cuando entró en el dormitorio, Kim acababa de quitarse su negligé y de dejarlo sobre el diván. Llevaba una chaqueta de pijama china, de seda blanca, que apenas cubría su vello púbico. Corrió hacia Armstead, con una sonrisa seductora y los brazos abiertos.

—¿Todavía estás vestido, cariño? —dijo—. Pensé que no querías esperar. Yo no quiero. ¡Estoy tan contenta de que hayas venido! Ha pasado demasiado tiempo.

Su voz se alteró al darse ella cuenta de que él pasaba por su lado, evitando sus brazos, y que se disponía a ponerse la chaqueta. La expresión de Kim cambió.

—¿Qué haces?

—Lo siento, Kim. Tengo que volver en seguida a la oficina. Ha ocurrido algo importante.

Ella corrió hacia él y lo rodeó con los brazos.

—¡Oh, querido, por favor, no te vayas! Concédeme un poco de tiempo. Pasemos un rato juntos. Apenas te he visto últimamente. Te deseo, te necesito..

—Más tarde —contestó él con brusquedad—. En este momento tengo cosas más importantes que hacer.

Se libró del abrazo de ella, dio media vuelta y salió de la habitación. Kim le siguió por el pasillo y, al llegar a la sala de estar, se aferró a él y volvió a abrazarlo.

—Cariño, por favor, te lo ruego..

—imploró —. También nosotros contamos. El mundo puede vivir algún tiempo sin ti.

—¡No puede! —exclamó él, iracundo, mientras se deshacía del abrazo de Kim.

Seguidamente, salió de la sala a grandes pasos.

—¡No te marches! —gimió Kim débilmente—. ¡No vuelvas a dejarme sola!

Al abrir la puerta, Armstead titubeó, como si quisiera decir algo más, pero vio que ella, como si le hubiera olvidado, se estaba sirviendo una copa. Sin pronunciar palabra, Armstead salió y cerró dando un portazo. Una vez terminadas sus conversaciones con Ramsey y Victoria en Paris, Armstead colgó el teléfono de su despacho y se arrellanó en su sillón basculante, totalmente agotado.

Librodot

Empezó a pensar que lo que deseaba ahora era el largo y vigorizante trago que no había tomado en el apartamento de Kim Nesbit, pero cuando se disponía a procurárselo sonó el teléfono interior. Era Estelle.

—Señor Armstead, voy a marcharme pero debo decirle que está aquí Bruce Harmston. Desea saber si puede usted concederle un minuto.

Armstead soltó un gruñido.

—¿Es algo que no puede esperar hasta mañana?

Oyó que Estelle hablaba con Harmston, y después sonó de nuevo la voz de la secretaria en el teléfono.

—Dice el señor Harmston que convendría que le recibiera inmediatamente.

—Está bien, está bien, dile que pase.

Momentos después, Harmston estaba sentado muy tieso ante él, con la frente perlada de sudor debajo de las entradas del pelo y con una expresión preocupada en su cara de luna.

—Señor Armstead, siento presentarme con estas prisas, pero se trata de algo que debo solucionar lo antes posible. Es la revista Time otra vez.

Armstead no disimuló su enojo.

¿Qué diablos quieren ahora? Ya les he concedido una entrevista, he posado para sus fotos..

—Oh, ya saben ellos que usted ha cooperado al máximo, pero todavía no están satisfechos con lo que usted les dijo (o, para utilizar sus mismas palabras, con lo que no les dijo) acerca de su gran corresponsal extranjero, Mark Bradshaw.

—Bradshaw, dichoso Bradshaw, acabarán por exasperarme..

—Tengo la seguridad de que usted sabe, señor Armstead, que se nos está pidiendo constantemente información sobre Bradshaw. He conseguido concentrar todos los artículos en usted, en su genial intuición, en la brillantez de su pensamiento. Todo el mundo lo da por sentado, tan obvio resulta, pero sin embargo quieren saber más acerca del hombre al que usted ha asignado la misión de cubrir estas exclusivas. La revista Time ha sido la más persistente al respecto. Su dirección considera que usted se muestra evasivo, y ahora insiste en hacerle otra breve entrevista sobre Bradshaw: quién es, cómo le conoció, cómo es que trabajan juntos.. ¿No cree que..?

—¡Al diablo con la revista Time! —explotó Armstead—. No voy a perder ni un segundo más con ella, aunque me cueste que no publiquen el artículo.

—No, no, señor Armstead, no me ha interpretado bien. Ellos quieren que salga usted en sus páginas. Quieren redondear el articulo. Pero han pensado que la falta de información sobre Bradshaw ha dejado un hueco en él. Sin embargo, siguen adelante con la publicación, claro..

—Lo siento, Bruce, diles simplemente que estoy demasiado ocupado para poder concederles más tiempo. Además, mi colaboración con Bradshaw es un asunto clasificado como estrictamente privado. Nuestro éxito depende del secreto, y pienso mantenerlo. No, no voy a hablar de Bradshaw con ellos ni con nadie mas.

Como todos los buenos agentes de prensa, Harmston era obstinado. Ni un tornado podía apartarle de su camino. Carraspeó y volvió a hablar:

—Señor Armstead, si al menos me permitiera que yo les echara un hueso.. Cualquier cosa, algo que les llegara de usted a través de mí, sólo para aplacarlos un poco.

—¿Por ejemplo?—Unos breves trazos biográficos. Cualquier cosa. Yo no tengo ni una línea archivada sobre Bradshaw. Comprendo su deseo de mantener el secreto, pero usted ya sabe que yo debo realizar mi tarea..

Armstead lo sabía. Harmston era un veterano leal y merecía ser atendido. Pero Armstead también sabía que sus pasos debían ser cautelosos. Harmston nunca había sido informado acerca de lo que ocurría. En el círculo íntimo de Armstead, sólo Dietz y Pagano estaban enterados. Nadie más, ni una sola persona, y nunca lo sabría nadie más. No obstante, Armstead comprendió que no se perdería nada si se echaba un hueso a aquel testarudo.

—Está bien —dijo con tono más amable—. Tal vez pueda darte unos pocos informes., muy poca cosa, pero algo que sirva para calmarlos a todos.

—Gracias, muchísimas gracias —exclamó Bruce Harmston, sacando del bolsillo de su chaqueta una pequeña libreta de notas y un lápiz—. Todo detalle sobre Mark Bradshaw será utilísimo. Al menos parará un poco las reclamaciones.

Armstead cerró los ojos, meditando sobre lo que podía decir. Cuando tuvo formulado un esquema mental, habló:

—Bradshaw, Mark. Nacido en Liverpool, Inglaterra. Estudió en Cambridge. Trabajó en dos diarios londinenses. Ha publicado tres libros de reportajes.

—Armstead hizo una pausa—. De nada le servirá a esa gente que tanto nos acosa tratar de localizarlo. Nació, se educó y trabajó bajo otro nombre. Adoptó el nombre de Bradshaw sólo después de que yo viera sus méritos y le contratara personalmente. Figura en mi nómina privada con carácter exclusivo.

Armstead guardó silencio y Harmston levantó la cabeza.

—¿Esto es todo?

—Esto es todo.

—Quiero decir.. ¿No podría decirme algo acerca del lugar donde le tiene usted instalado?

—Lo tengo guardado debajo de una roca. Le dejo salir cuando es de noche.

—Señor Armstead..

—Esto es todo, Bruce, lo siento. Volveremos a vernos pronto. Harmston se levantó de mala gana, mientras se guardaba la libreta en el bolsillo.

—Bien, muchas gracias. Siempre es algo. Trataré de sacar el máximo provecho. Sí, espero volver a verle pronto.

Dio media vuelta y abandonó presurosamente el despacho.

Armstead suspiró. Había sido una jornada larga y muy dura, sobre todo en su última parte, al verse obligado a disponer de Nick Ramsey y después atender a la cuestión de Mark Bradshaw.

Se levantó. Había llegado el momento del trago largo y vigorizante. Buscaría a Dietz y lo tomarían juntos. En Paris eran cerca de las dos de la madrugada.

En su dormitorio del Plaza Athénée, Victoria Weston se quitó la bata, la dejó bien doblada en el respaldo de una silla, anudó la cinta en el escote de su blanco camisón de seda, se sacó las chinelas, apagó la lámpara de la mesita de noche y se metió en la cama.

Tendida boca arriba en la oscuridad, pasó revista tristemente al final de su velada con Nick.

Para ella, al menos, la cena había resultado poco satisfactoria. Había cenado, como era su deseo, pero sin disfrutar de la comida. Nick había dejado sus platos casi intactos y había bebido en exceso. Ella había tratado varias veces de tocar el tema de su inquietud con respecto a las maniobras de Armstead, el misterio de Mark Bradshaw, y el carácter insólito de las misiones encomendadas a los dos. Sin embargo, no pudo establecer una verdadera comunicación con Nick, ya que él se negó, simplemente, a escucharla y prefino hablar, cuando habló, de Israel y Egipto. El la atraía demasiado como para no mirarle con cierta compasión, y una y otra vez se preguntó por qué bebería tanto, y por qué parecía evitarla constantemente.

Librodot

Antes de la medianoche habían regresado a su suite para esperar la llamada telefónica convenida. Poco después, Armstead les llamó desde Nueva York. Armstead habló con Nick, y después con ella. Hubo serias decepciones. Armstead reveló que había utilizado sus conexiones con la Súreté francesa, pero que Carlos se había trasladado de lugar antes de que la policía pudiera echarle el guante. Con ello se había perdido una noticia sensacional. Además, Nick fue informado de que, en beneficio de su propia seguridad, se le transfería de Paris a Washington, D.C., aquella misma mañana. En cuanto a Victoria, debía quedarse sola en Paris a fin de reunir material para un articulo sobre Lourdes, que había de publicarse antes de la visita del Papa al santuario la semana próxima. Antes de terminar, la joven tuvo la temeridad de preguntar a Armstead si se había puesto en contacto con Mark Bradshaw, pero el amo del Record se limitó a contestar que ya se había ocupado de Bradshaw, sin añadir el menor detalle. Victoria había decidido que era el momento de discutir todos aquellos enigmas con Nick, pero de nuevo éste evitó la conversación. Alegó que estaba demasiado ocupado en aquel momento para sostener una conversación seria, e insistió en que debía bajar para encargar al conserje su billete para el primer vuelo a Washington. Añadió que no le esperase, con la voz alterada por el alcohol, le dio un beso en la frente, y repitió que no debía esperarle, pues él tenía mucho que hacer. Y Victoria tuvo la seguridad de que no sólo quería encargar su reserva de vuelo, sino también visitar el bar del Plaza Athénée para tomar unos tragos más.

Y ahora, ya acostada y sabiendo que Nick no había regresado de su prolongada excursión al vestíbulo de la planta baja, Victoria descubrió que estaba desvelada. Su cansancio era dominado por la desazón que le producían tantas preguntas sin contestar. Intentó comprender a Nick. Trató de comprender también a Armstead y a su misterioso Bradshaw. Procuró comprender por qué se le había asignado a ella, y no a la oficina de Paris, aquella tarea rutinaria en Lourdes.

Y mientras trataba de ordenar todo esto en su mente, llamaba al sueño como hubiera podido llamar a un amante.

El sueño no quería unirse a ella.

Al mirar a esfera luminosa de su despertador de viaje, comprobó que llevaba al menos cuarenta minutos de insomnio. Por vez primera en varios meses, pensó en tomar una píldora somnífera, pero después creyó oír un forcejeo con la cerradura de la puerta de la suite. Percibió a continuación, claramente, el ruido de la puerta al cerrarse, aguzó el oído, y supo que alguien avanzaba dándose algún que otro golpe con los muebles de la sala de estar. Cuando oyó cerrarse la puerta del otro dormitorio, comprendió que Nick había llegado.

Permaneció un largo intervalo totalmente despierta, tratando de decidir si debía acorralar a Nick por la mañana, antes de que se marchara, o hacer un esfuerzo para enfrentarse con él ahora.

Mañana podía eludirla; ahora, en cambio, confinado en su dormitorio, no tendría escapatoria. Borracho o no, tendría que escuchar.

Ahora era el momento.

Apartando las ropas de la cama, buscó la lámpara de la mesita de noche, la encendió y se levantó. Se puso la bata, se detuvo un momento ante el espejo, se arregló un poco el pelo y se dirigió hacia la sala de estar. Pasó ante el televisor y la mesa de escritorio y se detuvo ante la puerta de Nick.

Por un instante, titubeó. Tal vez no estuviera en condiciones de oírla. "No importa, maldita sea —se dijo para sus adentros—; tiene que ser ahora mismo."

Llamó a la puerta.

Ninguna respuesta. Tal vez ya dormía.

Una nueva llamada, esta vez más enérgica.

Ahora sí se oyó la voz de Nick, amortiguada.

—Adelante. .

Victoria abrió la puerta y entró en el dormitorio.

La habitación estaba iluminada solamente por las lámparas a cada lado de la cama sin deshacer. Frente a la mesa escritorio, Nick había dado media vuelta para enfrentarse a ella, y, excepto sus calzoncillos blancos, estaba desnudo.

Dando un respingo, Victoria se dispuso a retirarse mientras decía: —¡Oh, lo siento! No sabía que..

—No hagas aspavientos, Vicky. Ya has visto antes a muchos hombres —sonrió—. No es que últimamente tenga yo mucho de hombre..

La joven permaneció clavada donde estaba, mirándole, advirtiendo que el cuerpo de él contradecía sus palabras. Era un hombre de pies a cabeza. Lo que más la sorprendió fue que no diese señales de obesidad ni de hinchazón a causa de la bebida. Su velludo pecho y su vientre eran planos y los muslos, robustos. Pero cuando él quiso dirigirse hacia ella desde el escritorio, estuvo a punto de perder el equilibrio, y cuando hablo lo hizo con voz pastosa:

—¿Quieres acompañarme en la última copa antes de acostarme?

Alzó su copa llena de brandy.

—Gracias, pero no quiero, Nick. Lo que en realidad quería era hablar contigo unos momentos antes de que te marches. ¿Cuándo te vas?. ¿Del hotel? A las once.

Caminó cautelosamente junto a la cama y se sentó en ella, mirando fijamente a Victoria por encima de su copa.

—Supongo que esa conversación puede esperar —tuvo que reconocer ella—. Será mejor que duermas un poco. Tal vez podamos hablar mañana por la mañana. Se trata de algo importante.

—No, Vicky —repuso él, dejando la copa sobre el mármol de la mesita de noche—. Vamos.. vamos a hablar. Hace mucho tiempo que quiero hablar contigo.

—Está bien, sí tu lo quieres..

—Me siento predispuesto —afirmó Nick—. Quiero hablar de algo que es importante para mí.

—Palmeó la cama. Anda, siéntate aquí.

—De acuerdo —asintió ella y, haciendo acopio de valor, se acercó a la cama y se sentó en ella—. Pero deja que yo empiece primero; después te tocará el turno a ti.

Nick la miró con los ojos enturbiados y meneó la cabeza.

—No. Primero me toca a mí. Lo mío es más importante. Nos afecta a los dos.

Victoria levantó la mirada para encontrar la suya, movida en el acto por la curiosidad, esperando.

—A los dos —repitió él—. Nunca te he hecho ninguna proposición. Y cada vez he querido hacértela. Pero nunca la he hecho. Te explicaré.. déjame que te lo explique.

—No es necesario que lo hagas, Nick.

—Pues tengo que hacerlo.

—Su voz seguía siendo pastosa, pero hizo un esfuerzo para sobreponerse y articular bien las palabras—. Yo era soltero. Hace seis o siete años me enamoré de veras de una chica. Me daba miedo complicarme la vida, pero ella me quería tanto, creí yo, que nos casamos. Poco después, descubrí que estaba embarazada de otro tipo, otro tipo al que quería de veras, pero él no quiso legalizar las cosas y entonces ella me enredó a mi para que nos casáramos. Tuve ganas de matarme, o de matarla a ella. Te lo aseguro.

Ella le tomó las manos.

—¡Cuánto lo siento, Nick!

—Bueno, no deja de ser agua pasada. No hice nada, no maté a nadie. Sólo me divorcié de ella. La dejé. Me juré que jamás confiaría en otra mujer, y que nunca más dejaría que me

hirieran. Esto significó soledad, frustración, empezar a beber y a no dejar de beber. Buena compañía. Desde luego, tuve muchas relaciones de una sola noche, sin compromiso, sin confiar nunca más en nadie. Y nunca volví a enamorarme hasta que te conocí.

Victoria sintió que su corazón se lanzaba al galope.

—Me dio miedo enamorarme de ti —estaba diciendo Nick—. Miedo de confiar en una mujer que tanto significaba para mi..

—¿Tanto significo para ti?

—Qué diablos, yo te quiero, Vicky, y te aseguro que es la verdad.

—Oh, Nick..

—Victoria se había levantado, casi al borde de las lágrimas. Buscó los labios de él y le besó una y otra vez—. ¡He estado tan enamorada de ti desde que te conocí!

Los brazos de él la rodearon con fuerza y la atrajeron hacia sus rodillas, mientras le devolvía los besos.

—Vicky, acuéstate conmigo.

Victoria notó la erección de él y una oleada de calor bajó desde sus mejillas y sus pechos hasta sus ingles. Contuvo el aliento y trató de mostrarse despreocupada.

—Pensaba.. pensaba que nunca me lo pedirías.

Nick la empujó hacia la cama.

—Ahora mismo, cariño.

La joven consiguió soltarse y dijo con voz ronca:

—Sí, ahora.

—Se levantó—. Deja que vaya primero al baño. No tardaré un minuto.

Corrió, descalza, hacia el cuarto de baño y se encerró en él. Se despojó de su bata y la colgó en un gancho, y después se sacó el camisón por la cabeza. Estaba arrebolada y la invadía una excitación palpitante. El la amaba. La deseaba. Nunca más volverían a separarse.

Se miró en el espejo del lavabo. Ojalá dispusiera de sus cosméticos, sus lociones, su perfume.. Pero no importaba. El espejo le mostró lo que él vería, y lo que vería seria una mujer joven y bien formada, desnuda, en pleno florecimiento de su amor, desde los endurecidos pezones hasta la húmeda vagina.

Disfrutaría de ella. Y ella lo deseaba. No se podía perder ni un segundo más en su mutuo encuentro.

Salió del baño apagando la luz, dio la vuelta a la esquina con paso mesurado y, en toda su desnudez, entró en el dormitorio fingiendo la mayor indiferencia posible.

Pudo ver que él la esperaba en la cama.

Avanzó hasta llegar junto a él, con los brazos colgando a ambos lados, los pechos subiendo y bajando.

Ahora podía verle perfectamente. Yacía de lado, todavía con los calzoncillos puestos y la cabeza hundida en una almohada. Tenía los ojos cerrados y roncaba levemente. Estaba profundamente dormido.

Totalmente inconsciente.

Siguió mirándole, estupefacta, sintiendo al mismo tiempo ganas de llorar o de reír.

Al contemplar aquella figura inerte, trató de evaluar la confesión que Nick le había hecho. Al despojarse de toda inhibición, ¿había sido sincero al confesarle su amor, o bien en el estupor de su embriaguez había sido capaz de decir cualquier cosa?

¿Cuál era la respuesta?

En cierta ocasión, cuando todavía era una adolescente, había ido con su padre a un festival de películas mudas, recortes de seriales mudos de otras épocas. Siempre dejaban al público en suspenso al finalizar un episodio. ¡Continuará!, anunciaban.

Sonrió dolorosamente para sí. "Continuará", se dijo.

Dio media vuelta, volvió al baño, recuperó su bata y su camisón y, arrastrándolos, se encaminó hacia su dormitorio, atravesando la sala de estar.

Ya que no satisfecha, al menos se sentía soñolienta.

¿Qué más ocurriría? Continuaría. A las diez y media de la mañana, Victoria Weston bajó al vestíbulo del Hotel Plaza Athénée, recibió de manos de un conserje su ejemplar del International Heraid Tribune y se sentó en un sillón en un extremo de la sala. Parcialmente oculta por el periódico que mantenía abierto ante ella, vigilaba a los clientes que entraban en el vestíbulo principal, procedentes de los ascensores instalados en el vestíbulo posterior. Recordó que Nick había dicho que a las once de la mañana saldría del hotel para dirigirse al aeropuerto Charles de Gaulle, y estaba dispuesta a interceptarle antes de que se marchara.

Cuando se despertó, mucho antes, después de echarse la bata encima atravesó el salón hasta llegar a la puerta del dormitorio de él. Llamó varias veces, pero sin obtener respuesta. Después entreabrió la puerta y le llamó, pero siguió sin conseguir contestación. Entonces entró. Nick no estaba en el dormitorio ni tampoco en el baño. Vio su maleta ya hecha, la máquina de escribir y el impermeable en un sillón. Por tanto, había ido a alguna parte, pero todavía no al aeropuerto. Después, Victoria se vistió apresuradamente, bajó en el ascensor y visitó los dos bares, pero sin encontrar rastro de Nick. En el restaurante de la planta baja, eligió una mesa cerca de la entrada y, sin dejar de vigilar el vestíbulo, dio rápida cuenta de su desayuno. Nick seguía sin dejarse ver, lo cual significaba que atendía a algún quehacer privado, como por ejemplo visitar a Sid Lukas o tal vez despedirse de alguna amiguita en la ciudad. Victoria sabia que podía entrar en el hotel por otras puertas, posiblemente la del bar Reíais Plaza, pero lo que no podía hacer era abandonarlo sin pagar su nota. Teniendo en cuenta este detalle, la joven se había apostado en la esquina del vestíbulo principal.

Mientras hojeaba distraídamente el periódico, sus pensamientos se centraban en realidad en la última noche, en el fracaso de aquella noche, y en la inesperada declaración de amor que Nick le había hecho. Ella sabía que él estaba entonces totalmente bebido y que era capaz de balbucir cualquier cosa, incluso mentiras, pero a pesar de ello cabía que Nick supiera lo que decía y fuese veraz hasta la última palabra. No podía estar segura de ello, pero cuando tuviera la oportunidad de hablar con él y escucharle, sabría de qué se trataba.

Victoria había llegado al editorial del Heraid Tribune, observando al mismo tiempo que su reloj señalaba las once menos nueve minutos, cuando vio a Nick cruzar a largas zancadas el vestíbulo precedido por un botones cargado con su pesada maleta y su máquina de escribir portátil. El botones se encaminó directamente a la puerta giratoria, y después al sedán Mercedes que esperaba en la estrecha franja pavimentada entre la acera y la Avenue Montaigne. Nick se había parado ante el mostrador del conserje y Victoria le vio entregar unos francos, evidentemente una propina, y le siguió con la mirada mientras seguía hasta el mostrador de caja, donde firmó su nota.

Seguidamente, con el impermeable colgado del brazo, avanzó hacia la puerta giratoria. Iba bien arreglado, vestía con despreocupada elegancia su chaqueta deportiva beige y unos pantalones de franela, y era la imagen de la más estricta sobriedad. Se encontraba dentro de la puerta giratoria e iba a salir a la calle, cuando Victoria se levantó de un salto y, arrojando a un lado el periódico, atravesó corriendo el vestíbulo en pos de él.

El chófer se había separado ya de un grupo de colegas para abrirle la puerta del Mercedes a Nick, y éste había dado ya sendas propinas al botones y al portero y había entrado en la parte posterior del coche, cuando Victoria llegó junto a éste, hizo un gesto al chófer y se metió en el Mercedes.

Librodot

Acomodándose en el asiento trasero, entre la ventanilla y Nick, Victoria exhibió una sonrisa triunfal. ¿Te importa tener compañía, camino del aeropuerto?

Sorprendido, Ramsey se hizo a un lado para cederle más sitio.

—Encantado —dijo—, pero ¿cómo supiste cuándo me marchaba?

—Tengo facultades psíquicas —contesto.

Esperó a que el chófer pusiera en marcha el coche y avanzara un trecho hasta girar a la derecha y dirigirse hacia la autopista y el aeropuerto, y entonces continuo:

—Anoche hablamos y tú dijiste a qué hora te marchabas.

—Hizo una pausa—. ¿No te acuerdas?

La expresión de él fue de sincera perplejidad.

¿Anoche hablamos? ¿Después de saber cuándo iba a marcharme? Recuerdo haber visto al conserje y..

—titubeó por unos instantes—y entonces subí y me acosté.

—En este intervalo hablamos —insistió ella.

Ramsey se encogió de hombros.

—Es posible —intentó sonreír—. Creo que tal vez tomé alguna copa de más.

—Supongo que así fue —dijo ella, tratando también de sonreír, pero sus labios se negaron a hacerlo y notó un peso en el corazón.

Nick no recordaba nada. Había estado perdidamente borracho. El mecanismo de su memoria había quedado bloqueado.

El amorío más breve de la historia, pensó Victoria, abrumada. De nada serviría tratar de recordárselo. Y además resultaría embarazoso, puesto que era muy posible que Nick Ramsey en estado de sobriedad, con su personalidad real, no abrigara tan románticos sentimientos acerca de ella.

Finalmente, decidió dejar esa cuestión de lado. No podía hacer nada más que encarar su derrota.

—En realidad, necesitaba hablar contigo, Nick, antes de que te marcharas. Ya sabes que lo he intentado varias veces. Entre ellas anoche, mientras cenábamos.

—¿Mientras cenábamos? —Apareció en sus ojos la chispa de un recuerdo—. Si, después del episodio de Carlos, antes de que Armstead llamara para comunicarme mí traslado. Supongo que todavía me tenía aturdido lo de Carlos.

—Tal vez si —dijo ella—, pero tú has estado esquivando mis preguntas.

—Lo siento.

—Pensé que tal vez fuese ésta una buena oportunidad para hablar.

—Adelante.

Victoria se volvió hacia él.

—Nick, ha estado ocurriendo algo muy extraño que me tiene desconcertada. Quiero llegar al fondo de la cuestión y necesito tu opinión.

—Está bien. Te escucho. ¿Qué es eso tan extraño?

—La oleada de terrorismo que se ha producido desde que estamos en Europa.

—Vicky, ha habido terrorismo aquí hace años.

—No como ahora —insistió ella—. No tantos actos terroristas, ni tan seguidos, uno tras otro. Ni tampoco tan espectaculares. Sólo han afectado a grandes personalidades: al primer ministro de España, al secretario general de las Naciones Unidas, al primer ministro de Israel.. Y han sido robados objetos valiosos, como los rollos del mar Muerto. Antes no sucedían estas cosas de este modo.

Librodot

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Le han achacado a Carlos y su grupo todos estos actos, incluso, el suministro de armas para la operación de la ETA en España. Tú viste ayer a Carlos, y le oíste negar que hubiese tenido parte alguna en ellos.

—Yo no consideraría a Carlos una fuente de información fiable acerca de lo que ha hecho o ha dejado de hacer.

—¿Crees que Carlos te dijo la verdad?

—Sinceramente, no lo sé.

—Tampoco yo lo sé, pero deja que te diga lo que pienso. Creo que Carlos te dijo la verdad. No creo que tuviera nada que ver con los actos terroristas que se han estado produciendo ante nuestras narices.

—¿Qué te hace estar tan segura de ello?

—Simplemente, el revisar lo que ha estado sucediendo.

Y Victoria procedió a una recopilación, punto por punto, de los recientes secuestros, robos y asesinatos, hasta que concluyó:

—Estoy de acuerdo con Carlos. Ninguno de ellos se aviene con su estilo. Ni la manera de operar ni los rescates pedidos. Todo esto no lleva la firma de Carlos. Lleva la de otro, otro que es el que lo está haciendo.

Ramsey contempló pensativo, a través de la ventanilla, el paisaje suburbano.

—Si no es Carlos, ¿quién es?

—No lo sé —confesó Victoria con un gesto de impotencia—. Pensé que tal vez tú tuvieras alguna idea.

—Hay por ahí como un centenar de grupos terroristas —dijo Ramsey—, unos grandes y otros pequeños. Puede ser cualquiera de ellos, incluso varios.

—Es siempre el mismo grupo —afirmó Victoria categóricamente.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—Bradshaw, Mark Bradshaw —contestó llanamente la joven—. El es el común denominador. Siempre que ha ocurrido algo, ha estado allí.

—También tú y yo, casi cada vez.

—Pero él ha sido el primero. Es el que llega al Record en primer lugar. ¿Cómo puede saber antes que nadie dónde van a producirse actos terroristas?

—Intuición, supongo —dijo Ramsey.

—Ha de ser algo más que intuición—afirmó Victoria—. Lo que yo sugiero es que Mark Bradshaw tiene alguna conexión con la banda de terroristas que realiza estas acciones. Es posible que conozca a alguien del grupo. E incluso que pueda formar parte del mismo.

—Te estás dejando llevar por la fantasía, Vicky. Ese tipo no es mas que un reportero que trabaja para Armstead, como lo hacemos nosotros.

Victoria miró fijamente a Ramsey.

—Demuéstralo —invito.

—¿El qué?

—Que Mark Bradshaw es un reportero del Record de Nueva York.

Ramsey frunció el ceño.

—¿Qué hay que demostrar? No soy un ingenuo, pero, como cierto americano famoso, creo lo que leo. Y leo el nombre de Mark Bradshaw en el periódico. Eso es real.

—Eso es una línea impresa, Nick. No es una persona.

—Nunca he sabido de un crédito que no representara a una persona o unas personas.

Victoria no se dejó convencer.

—Si Mark Bradshaw es una persona, ¿dónde está? ¿Quién es? ¿Conoces a alguien que sepa quién es, que le haya visto? En todos los periódicos, todo el mundo está haciendo preguntas sobre Mark Bradshaw, y de momento no hay ninguna contestación. Y yo diría que él es la clave de lo que está sucediendo, que lleva a quién está montando todas estas acciones terroristas. Te repito que si se encuentra a Mark Bradshaw se encontrará la verdad de lo que está ocurriendo y que tan sospechoso resulta.

—Vicky, es posible que no haya nada que resulte tan sospechoso.

—Pues yo pienso que sí. Y creo que deberías estar de acuerdo conmigo. Bueno, ahora tú te marchas y yo me quedo aquí. Tengo que ir a Lourdes en misión informativa, y así lo haré, pero también voy a buscar a Mark Bradshaw. He decidido averiguar quién es. Y espero que en este punto estés de acuerdo conmigo.

Ramsey guardó silencio. Una vez más miró por la ventanilla del coche mientras reflexionaba. Al llegar al desvío hacia el Aeropuerto Charles de Gaulle, encendió un cigarrillo y bajó unos centímetros el cristal de la ventanilla.

Hasta que el Mercedes se detuvo ante la acera, bajo la marquesina de la terminal del aeropuerto, y el chófer se apeó para sacar la maleta y la máquina de escribir del portaequipajes, Ramsey no volvió a hablar.

—Estoy de acuerdo. Haz lo que puedas para encontrar a Bradshaw. Si ves que no llegas a ninguna parte, te sugiero que pruebes con la directora de personal del Record, Katherine Crowe. Hablaste con ella el día que empezaste a trabajar para el diario. Es una buena amiga mía y puedes hablar con ella confidencialmente. Si necesitas buscar más datos sobre Bradshaw, utiliza a alguien que no pertenezca al periódico (siempre es mejor trabajar con alguien ajeno a nuestra oficina, especialmente en un asunto como éste); ponte en contacto con Howie Dittman, del Telegraph de Nueva York. Es un investigador brillante. Haría cualquier cosa por mí y es un lince.

—Un momento —le interrumpió Victoria, que ya tenía la libreta de notas sobre la rodilla. Mientras escribía, repitió—: Telegraph de Nueva York.. ¿Estás seguro de que no te arrepentirás de haberte metido en esto, Nick? —dijo alzando la vista.

—No importa. Haz lo que te he dicho.

—Agarró la manecilla de la puerta del coche—. Oye, hay algo que quise decirte ayer por la noche., pero de todas maneras puede esperar. No tardaremos en reunirnos de nuevo.

—¡Oh, así lo espero, Nick!. Impulsivamente se inclinó hacia él y le dio un beso.

—Sigue tu camino —dijo él y, al apearse del coche, se volvió hacia ella—. Vigila adónde vayas y cuídate siempre las espaldas. Recuérdalo.

—Lo recordaré.

—Si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

—Sí, Nick.

Ramsey, cargado con su maleta y su máquina de escribir, se encaminó hacia la terminal. De nuevo en el Plaza Athénée, Victoria dejó la suite y trasladó sus efectos a una habitación individual en la misma planta. Una vez instalada, pidió que le sirvieran una ensalada y quiche. Cuando hubo terminado su almuerzo, sintió la tentación de emprender la búsqueda de Mark Bradshaw, dondequiera que las pistas pudieran conducirla, pero comprendió que todavía no era prudente enfocar su actividad en este sentido.

Armstead le había confiado una misión concreta, y su primera obligación era cumplirla. El Papa iba a dejar el Vaticano para visitar la cueva milagrosa de Lourdes —Su Santidad pasaría allí cuatro días—y a Victoria se le pedía que documentara y escribiera un articulo sobre lo que vería el papa. Tenía instrucciones para hacerlo llegar a McAllister a última hora de la tarde siguiente.

Librodot

Trató de decidir por dónde comenzaría su tarea, y finalmente determinó partir de un lugar obvio. Iría a la oficina del Record en París y buscaría en su archivo recortes de prensa sobre Lourdes. Con ello adquiriría una información suficiente para saber lo que debía hacer, y tal vez la orientaría hacia fuentes capaces de ofrecer una información de primera mano.

Había poco trecho hasta el edificio de la Rue de Boétie, una manzana desde los Campos Elíseos. Tomó el destartalado ascensor hasta el segundo piso, entró en la oficina del Record, saludó a las dos jóvenes francesas que trabajaban en la sala principal, y asomó la cabeza en un pequeño cubículo que era el despacho de Sid Lukas, el miope jefe de la oficina, que estaba redactando una noticia en su escritorio.

—Hola, Sid —saludó Victoria—. ¿ Le importa que eche una ojeada a sus archivos de referencias? Estoy preparando un artículo sobre Lourdes.

—Considérese en su casa, pero dudo que encuentre muchas cosas que puedan serle útiles.

—Ya veremos.

Volvió a cruzar la oficina principal y se dirigió a la larga hilera de archivos metálicos de color verde, y cuando encontró la carpeta con el título LOURDES la sacó y se instaló ante una mesa desocupada. Tal como le había advertido Lukas, el grosor de la carpeta no auguraba gran cosa. Se sentó y extrajo un par de docenas de recortes y fotocopias, las puso sobre la mesa y las clasificó por categorías, y seguidamente sacó de su bolso la libreta y el bolígrafo.

Empezó a leer cuidadosamente los recortes y las fotocopias, tomando de vez en cuando alguna nota. En primer lugar, la razón histórica de la fama de Lourdes. El inicio de su renombre se remontaba al 11 de febrero de 1858. Una jovencita del lugar, Bernadette Soubirous, de catorce años de edad, que había sido pastora y que en la escuela parroquial era una alumna mediocre, una muchacha que llevaba largo tiempo padeciendo asma, había ido a las afueras del pueblo, con su hermana y un amigo, a buscar leña para el fuego. Mientras caminaba detrás de los otros dos y se disponía a cruzar el canal del molino, cerca de una gruta, Bernadette oyó un murmullo lejano que tomó por una ráfaga de viento. Más tarde, recordaría este momento: "Perdí la facultad del habla y del pensamiento cuando, al volver la cabeza hacia la gruta, vi en una de las grietas de la roca un rosal, uno solo, que se movía como si soplara un fuerte viento. Casi al mismo tiempo, salió del interior de la gruta una nube dorada, y poco después vino una señora joven y bella, extraordinariamente hermosa, como nunca había visto otra, y se situó junto a la entrada de la abertura, sobre el rosal".

La hermosa y descalza joven, vestida con una túnica blanca, un manto azul y un velo blanco, y con una rosa amarilla en cada pie, llevaba un rosario de cuentas blancas y cadena de oro. Cuando Bernadette trató de hacer el signo de la cruz, descubrió que su brazo estaba paralizado. Fue la etérea Señora la que hizo el signo de la cruz, e instantáneamente el brazo de Bernadette recupero el movimiento. Bernadette, que se había puesto a rezar el rosario, seguía arrodillada cuando su hermana y su amigo regresaron. La muchacha les contó entonces la visión que había tenido. Los dos se burlaron de ella y la tacharon de imbécil. La hermana de Bernadette explicó el suceso a su madre, y ésta prohibió a Bernadette regresar a la gruta de Massabielle.

Pero ninguna restricción pudo mantener a aquella niña de catorce años alejada de la gruta. Se sintió atraída una y otra vez, durante los cinco meses siguientes. Y tampoco ninguna imposición de silencio pudo impedir que la voz corriera entre los habitantes del pueblo, que pronto empezaron a seguir a Bernadette en sus visitas a la gruta. En este periodo, la Señora vestida de blanco se apareció a Bernadette dieciocho veces, pero no le habló hasta la tercera visita. En visitas subsiguientes, la Señora ordenó a Bernadette que bebiera el agua de una fuente y se bañara en ella. Guiada por la aparición, Bernadette excavó un hoyo en el suelo y finalmente apareció agua. . Más tarde, la niña descubrió un manantial que brotaba en el fondo de la gruta. En la decimoquinta visita de Bernadette a la gruta, se concentraron hasta veinte mil espectadores y los soldados tuvieron que mantener el orden. Tres semanas después, la

Librodot

Señora reveló su identidad: "Soy la Inmaculada Concepción". Poco más tarde, siete personas gravemente enfermas que rezaban ante la gruta, sanaron milagrosamente.

Bernadette se apartó de la vida pública y pasó los doce últimos años de su vida como monja de clausura. En sus tres años postreros, enfermó gravemente de tuberculosis pulmonar, hasta que murió en 1879. En 1933 consiguió la inmortalidad al ser canonizada por la Iglesia católica.

Su lugar natal, Lourdes, escenario de estos portentos religiosos, se convirtió en una leyenda de resonancia mundial, el lugar milagroso más famoso de la tierra. Puesto que la Señora había solicitado una capilla, cerca de la gruta de Massabielle se erigió la Basílica Superior, así como la del Rosario. En las décadas siguientes, la Iglesia reconoció sesenta y cuatro milagros entre las cinco mil curas portentosas atribuidas al agua que brotaba de la cueva.

Revisando los recortes, Victoria encontró las mismas informaciones, y todavía más. Un material maravillosamente atractivo, pensó, y al mismo tiempo un fondo utilísimo para su artículo. Sin embargo, quedaba casi sin respuesta la pregunta que Armstead había formulado tan enfáticamente: ¿qué vería el Papa en Lourdes cuando llegara allí dentro de unos pocos días?

Había, sí, algunas descripciones actualizadas de Lourdes, tipo guía Michelin en su mayor parte, pero eran breves y carentes de colorido.

Guardando de nuevo los recortes en la carpeta, Victoria comprendió que no bastaban para su trabajo y que necesitaba algo más para la tarde del día siguiente.

De nuevo se dirigió hacia el despacho de Sid Lukas. Este seguía inclinado sobre su maltrecho escritorio, con un cigarrillo humeante entre sus dedos manchados por la nicotina, y un lápiz en la otra mano. A pesar del práctico ventilador negro que había en una esquina de su mesa escritorio, una densa voluta de humo flotaba sobre él como una nube.

Victoria entró en el cubículo.

—Gracias, Sid.

—A su servicio —dijo él, sin alzar la cabeza.

—Tenía razón. No hay gran cosa.

—Es que ya no es un gran tema. En esta época de ordenadores, ¿a quién le puede interesar Lourdes?

—Al Papa si. Va a ir dentro de unos días.

—Es cosa suya. ¿A quién puede importarle?

—A mí, Sid. ¿No puede echarme una mano? —Avanzó hacia el escritorio—. Necesito su ayuda.

Por primera vez, Síd se incorporo y apoyo la espalda en su sillón basculante.

—Está bien —dijo, apagando su cigarrillo en el cenicero y mirando a la joven a través de los gruesos cristales de sus gafas—. Adelante. ¿Qué puedo hacer?

—Armstead quiere que en mi reportaje describa el Lourdes actual, tal como lo verá el Papa.

—¿Ha mirado en la guía Michelin?

—Había un extracto en el archivo, pero necesito más, algo que ofrezca un interés humano, algo que un experto en Lourdes pudiera contarme de primera mano.

—Hay en París muchos teólogos que deben de conocer Lourdes de un extremo al otro.

—Alguien, tal vez uno de sus reporteros, escribió una nota en un trozo de papel cosido a un recorte. Dice: "Probar doctor René Leclerc".

—Leclerc, Leclerc.. sí, ése es su hombre. Ya me acuerdo. Fue hace tres o cuatro años. Queríamos conseguir material para un articulo sobre Lourdes, y un cura de NótreDame nos

aconsejó que viéramos al doctor Leclerc. Es la máxima autoridad sobre Lourdes. . Pudimos averiguar sus señas, pero no se encontraba entonces en París y nosotros no podíamos esperar. Si todavía sigue aquí, y es lo más probable, tiene un apartamento en el barrio de la Sorbona. No le costará dar con él y le dará todo lo que necesite. Victoria envió un beso a Lukas.

—¡Es usted un tesoro, Sid!.

—No tiene importancia. Le deseo suerte —gruñó él.

Victoria estaba ya junto a la puerta, a punto de salir, cuando se le ocurrió que ésa era una buena oportunidad para hacer unas preguntas sobre la otra cuestión prioritaria en su mente.

—Oh, Sid, hay otra cosa.. Siento importunarle, pero es que haya otro asunto que..

Sid volvió a reclinarse en su sillón, resignado.

—¿De qué se trata?.

—De Mark Bradshaw.

—¿Quién? ¿Qué? ¡Ah, se refiere al nuevo astro de Armstead!

—Recordará que ayer por la tarde, a última hora, estuve un rato aquí. De hecho, estaba buscando en sus archivos referencias de otros reportajes firmados por Mark Bradshaw. No pude encontrar nada hasta llegar al secuestro del primer ministro español. Usted estaba ocupado, pero le interrumpí para preguntarle si alguna vez había visto a Bradshaw.

—Y yo contesté que no.

—Y después le pedí que averiguase si sus reporteros le conocían o lo habían visto alguna vez. ¿Lo ha hecho?

—Siempre hago lo que he prometido hacer —contestó Lukas, encendiendo un cigarrillo—. Si alguien le hubiese conocido, la habría telefoneado. Pero nadie le ha visto jamás.

—Pues a mí me interesaría hablar con Bradshaw —dijo Victoria.

—Pruebe en la oficina central. Le dirán dónde está.

—Ya lo he hecho, pero se niegan. Pensé que tal vez usted pudiera hacerme el favor de preguntarlo a los otros jefes de las oficinas del extranjero, desde Londres hasta Bagdad. Para saber dónde puedo encontrar a Bradshaw.

—¿Quiere que consulte a todos los jefes del extranjero? ¿Tan importante es la cosa?

—Para mí, sí.

—De acuerdo. Lo haré. Telefonéeme pasado mañana.

—Hizo una pausa—. No me dé las gracias, pero sí hágame un favor.

—Lo que sea.

—Cuando encuentre a Bradshaw, pregúntele cómo demonios lo consigue. ¡Es increíble!

Victoria estuvo a punto de corregirle: increíble no, simplemente no es creíble. Pero se contuvo y, antes de marcharse, se limitó a decirle:

—Le prometo que se lo preguntaré. No fue difícil localizar al profesor René Leclerc. Era uno de los profesores más eminentes de la Sorbona, todo un experto en Lourdes, y además había correspondido satisfactoriamente a la llamada telefónica de Victoria. Aunque alegó que sus clases no le dejaban tiempo libre y que sería difícil concederle una entrevista, parecía deseoso de publicidad y acabó por otorgarla.

Por la mañana, Victoria cruzó el Sena en coche, en dirección a la Rive Gauche, y pudo aparcar a sólo dos manzanas del edificio que le habían indicado en la Universidad de la Sorbona. Ya dentro, un conserje la precedió por la escalera hasta llegar aun vestíbulo que comunicaba con una sala de espera. La habitación estaba mal iluminada y olía a rancio, y Victoria quedó encerrada en ella. Esperó veinte minutos, tratando de entretenerse revisando

las preguntas que haría. Cuando empezaba a preocuparle la posibilidad de que Leclerc faltara a la cita, un hombre delgado y de aspecto frágil, de unos setenta años, abrió la puerta.

—Soy monsieur Leclerc —dijo en inglés—. ¿Es usted la señorita Weston? Venga conmigo, por favor.

Su despacho, pequeño y de austeridad espartana, separado de la escalera por un tabique de vidrio, tenía como único mobiliario una mesa de madera totalmente despejada, un archivador y tres sillas.

Al sentarse el profesor Leclerc en una silla ante su mesa, Victoria advirtió que su cara, profundamente arrugada, parecía tan reseca como un papiro, y que usaba un aparato para la sordera. Su rasgo mas juvenil eran los ojos, de color pardo claro, brillantes y alerta. Se excusó por su tardanza. Había dado clase de religión comparada a quinientos estudiantes, una clase de dos horas que de algún modo se había prolongado hasta casi dos horas y media.

—Con la edad uno se vuelve charlatán —confesó con timidez—. No permita que me exceda con usted. No tengo tiempo para ello.

Victoria inició inmediatamente las preguntas que había preparado, eludiendo las referentes a la historia de Lourdes para formular las que versaban sobre la ubicación del santuario que visitaría el Papa. El profesor Leclerc, que al parecer consideraba Lourdes como su terreno acotado y la visita del Papa como una gestión personal suya, ofreció las respuestas con tanta claridad como entusiasmo.

Durante más de una hora, Victoria escuchó y tomó notas. El profesor Leclerc había empezado por explicar que Lourdes se encontraba al pie de un valle que llevaba a los Pirineos franceses. Describió el boulevard de la Grotte, por el que los peregrinos y turistas, y ahora el propio papa, se dirigían hacia el "Domaine de la Grotte". Describió también los bancos frente al santuario y el interior de la cueva, con la estatua blanca y azul pastel (un tanto ennegrecida por años de soportar el humo de los cirios) de la Señora, colocada en una hornacina, y debajo de ella el manantial milagroso, cubierto por un panel de cristal. Disertó sobre la Basílica Alta y la Basílica del Rosario, y el parque de doce hectáreas que rodeaba a ambas.

Habló seguidamente de la basílica subterránea, la basílica de san Pío X, la estructura artificial subterránea más colosal del mundo.

—Esta basílica —dijo—, completada en mil novecientos cincuenta y ocho, mide ochenta y un metros por doscientos uno, y está cubierta por una explanada de césped. Tiene cabida para veinte mil peregrinos, número superior al de toda la población permanente de Lourdes. Es utilizada para ceremonias que se celebran en invierno o con mal tiempo, o cuando se congregan grandes multitudes. El papa dará su bendición a los millares de fieles que se acumularán en esta basílica subterránea. Pero no olvide que el papa sólo será uno de los cuatro millones de visitantes de Lourdes en este año.

Victoria lo había anotado todo, por lo que su mano empezaba estar entumecida.

El profesor Leclerc pareció advertir su dificultad, pues de pronto dejó de explicar para preguntar:

—Perdone, madame, pero ¿tiene usted hora?. Victoria consultó su reloj de pulsera.

—Las doce y treinta y dos, profesor.

Leclerc se levantó en el acto, soltando un respingo.

—Debo despedirme. Llego ya tarde para un almuerzo. Espero que mis descripciones le hayan resultado suficientemente claras.

Victoria se levantó a su vez.

—Clarísimas. No sé cómo darle las gracias por su amabilidad.

Pero el profesor Leclerc no parecía estar totalmente satisfecho.

—Lástima que no tenga el mapa para enseñárselo. Un mapa excelente, el mejor de todos, publicado hace varios años por el Hotel de Ville de Lourdes. Por desgracia, entregué mi último ejemplar a otro norteamericano que vino ayer.

El sobresalto de Victoria fue inmediato.

—¿Otro norteamericano?

—Sí, pero no tema, pues no era un periodista competidor. Según me explicó, es un historiador que prepara una obra definitiva sobre lo que podríamos llamar lugares milagrosos de todo el mundo.

Victoria seguía abrigando sospechas.

—¿No le.. no le dio su nombre? No sería Mark Bradshaw por casualidad?

—No, no se llamaba así. Era..

—Hizo un esfuerzo para recordar—. Ferguson, el señor James Ferguson, de una universidad de Nueva York. Un joven más bien delgado, de cabellos negros y rizados, nariz prominente y barba. Una personalidad llamativa. No tengo idea sobre su erudición, puesto que habló muy poco. Pero tal vez conozca usted a ese señor Ferguson y pueda compartir con él el mapa de Lourdes..

—Ojalá fuese así, pero no lo conozco —repuso Victoria.

Sin embargo, cinco minutos más tarde, cuando caminaba hacia su coche, el nombre de James Ferguson resonó en la mente de Victoria como el estribillo de una vieja canción. No conocía a James Ferguson, pero estaba segura de haber oído o visto el nombre en alguna parte.

Pero ¿dónde?

Después de almorzar en el Plaza Athénée, Victoria subió a su habitación, preparó su máquina de escribir portátil y examinó las notas que había tomado sobre Lourdes. Finalmente, cuando las hubo absorbido y organizado todas, empezó a escribir.

Al cabo de una hora quedó terminado el artículo, y resultaba satisfactorio. Después de corregirlo, se dispuso a telefonear al Record de Nueva York. Serían las nueve y media de la mañana en esta ciudad y las oficinas ya estarían funcionando. Lo que no sabía era si debía remitir el artículo directamente a Armstead o a Dietz, pero optó por pedir comunicación directa con el primero. Ni Armstead ni Dietz se encontraban en sus respectivos despachos, por lo que Victoria pidió línea con McAllister. Este estaba en su puesto y la invitó a dictar el artículo a su grabadora.

Apenas hubo colgado después de hablar con McAllister, sonó el teléfono. Era Sid Lukas.

—Zilch —dijo.

Por unos momentos, Victoria, ocupada todavía su mente en el artículo sobre Lourdes que acababa de dictar, quedó confundida.

—¿Qué quiere decir?

—Cero acerca de Mark Bradshaw —explicó Lukas.

La desilusión se apoderó inmediatamente de ella.

¿Quiere decir que no ha podido saber nada?

—He investigado en todas nuestras oficinas a este lado del Atlántico y en Oriente Medio —dijo Lukas—. He preguntado a cada director si Mark Bradshaw ha trabajado para su oficina, o si alguna vez ha trabajado para él, y he pedido que, en caso afirmativo, me dieran su dirección o su teléfono. La respuesta ha sido negativa en un ciento por ciento. Nadie ha utilizado nunca sus servicios. Nadie le conoce personalmente. Algunos han añadido que les agradaría poder contar con él en sus tareas informativas, todos se mostraron muy curiosos al

respecto. Por tratarse de un tipo tan destacado, lo más lógico sería que se hubiera mostrado algo más visible.

—Y como después de una reflexión, Lukas agregó—: Pero tal vez sea esto lo más acertado cuando uno maneja hilos tan delicados. Me refiero a lo de permanecer invisible.

—Es posible que deba hacerse así —admitió Victoria.

—Siento no haber podido ayudarla, Vicky.

—Muchas gracias de todos modos, Sid. Un día de éstos le compraré un buen cigarro.

Después de colgar el teléfono, se quedó sentada contemplando el aparato. Descorazonada pero no derrotada, resolvió no abandonar el asunto. Incluso tenía la sensación de un desafío. Con una determinación creciente, decidió perseguir al elusivo reportero hasta llegar a las últimas fuentes de información.

Antes de marcharse, Nick le había dicho que, si se veía en apuros, estableciera contacto con una buena amiga suya en el departamento de personal del Record de Nueva York. Y recordó que esta amiga, la señora Crowe, era persona más que fiable. Algo animada, Victoria efectuó una llamada directa al Record de Nueva York y en seguida la pusieron en comunicación con una voz femenina que anuncio:

—La señora Crowe al habla.

—Soy Victoria Weston. Trabajo para el periódico.

—Lo sé. La recuerdo perfectamente.

—Llamo desde París —explicó Victoria.

—Parece como si estuviera en la oficina de al lado. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Se trata de un asunto personal —dijo Victoria—. He estado trabajando con Nick Ramsey, y él sugirió que la llamase. Me recomendó que dijera que es asunto confidencial.

—Y lo será .

—Llamo para saber algo acerca de otro miembro de la plantilla. Mark Bradshaw. Tengo que hablar con él. ¿No podría usted averiguar si..?

—¡Qué coincidencia! —la interrumpió la señora Crowe—. Sepa que durante semanas he estado atendiendo al menos una llamada diaria interesándose por él. Todo el mundo de la prensa, desde Newsweek hasta la Columbia Journalism Review, quiere información. Las editoriales Doubleday y Simon and Schuster quieren hablar con él para encargarle un libro. La CBS desea contratarle para.un spot publicitario. Y hoy, la suya es la segunda llamada en la serie referente al señor Bradshaw. Hace una hora, un reportero de la revista Time quería también información sobre él.

—¿La revista Time? —repitió Victoria—. ¿Por qué?

—Al parecer, la dirección de la revista piensa publicar un artículo sobre el señor Armstead y su fantástica serie de noticias exclusivas sobre el tema del terrorismo. Desde luego, el señor Bradshaw ha estado desempeñando un papel primordial en cuanto a conseguir estas noticias, y por tanto quieren saber algo acerca de él. Lo malo es que yo no puedo ayudarlos, como tampoco puedo ayudarla a usted. Sencillamente, no tenemos ficha de Mark Bradshaw. En lo que a nosotros respecta, no existe como miembro de nuestra plantilla de personal.

—Pero bien tiene que estar en ella —insistió Victoria.

—Ya lo sé —admitió la señora Crowe con resignación. De pronto, su voz se animó—: ¡Un momento! Tengo otra idea. No se retire, querida.

Victoria esperó, adquiriendo una leve esperanza y preguntándose qué se le habría ocurrido a la señora Crowe.

Pasó un minuto largo antes de que sonara de nuevo la voz de Katherine Crowe en el aparato.

—¿Señorita Weston?

—La escucho.

—He intentado un truco viejo, pero no ha dado resultado. Se me ocurrió que la única persona que podía saber dónde localizar a Mark Bradshaw es Estelle Rivkin, la secretaria personal del señor Armstead. He querido intentarlo y la he llamado por teléfono, para decirle que está usted en París y que le interesa saber dónde puede encontrar a Mark Bradshaw. Lo único que Estelle ha podido decirme es que no tiene ni la menor idea, y que supone que el señor Armstead tiene un contrato personal con Bradshaw y que trabaja personalmente con él. Estoy segura de que Estelle me ha dicho la verdad. Creo que no sabe ni palabra de ese asunto.

Victoria suspiró.

—Bien, supongo que nada más puede hacerse. Muchas gracias por su ayuda, señora Crowe.

Una vez más, Victoria colgó el teléfono. Su frustración se acentuaba, ahora recubierta por una pátina de preocupación. Al separarse, Nick había sugerido que hablase confidencialmente con Katherine Crowe, pero sin revelar su búsqueda de Bradshaw a ninguna otra persona del Record. Cualquier otra persona podía incluir a la secretaria privada del señor Armstead, y la señora Crowe había decidido obrar por su cuenta y había hablado con ella. En cierto modo, el secreto de Victoria había quedado al descubierto, aunque era muy posible que Estelle Rivkin no diese al incidente tanta importancia como para contárselo a su atareado jefe. Victoria decidió quitarle peso a la cuestión y, obstinadamente, trató de pensar si había algo más que ella pudiera hacer.

Y fue entonces cuando comprendió que quedaba un último recurso.

Al partir, Nick había sugerido los nombres de dos personas a quienes consultar, si era necesario, en su búsqueda de Mark Bradshaw. Una era Katherine Crowe en el Record, y el contacto se había saldado con un fracaso. La otra era —y recordó las palabras exactas de Nick—Howie Dittman, del Telegraph de Nueva York. Es un investigador brillante. Haría cualquier cosa por mí y es un lince.

Howie Dittman sería su último cartucho. El teléfono del Plaza Athénée se había convertido en una extensión de su cuerpo. Volvió a utilizarlo en una, dos llamadas, antes de hablar con el Telegraph y de que pasaran su comunicación a la mesa de Howie Dittman. Oyó que el teléfono sonaba lo que pareció ser un número interminable de veces y, desalentada, se disponía ya a colgar cuando contestó una voz masculina.

—¿Sí?

—¿Hablo con el señor Dittman?

—No. Yo soy su vecino de mesa. Se fue a su casa hace una hora. ¿Algún mensaje para él?

—Desearía llamarle a su casa.

—No sé. Se supone que no debo dar números privados.

—La voz masculina titubeaba—. ¿Se trata de algo relacionado con el trabajo o es particular?.

—Particular —afirmó Victoria, dando a su voz un tono frívolo—. Soy Kitty, su nueva novia. Tal vez él le haya hablado de nosotros. El esperaba que yo lo llamase, pero hasta ahora no he podido telefonear. Y se me ha extraviado el número de su casa.

La voz del otro extremo se ablandó.

—De acuerdo. Un momento y se lo daré. ¿Tiene un lápiz?

—Desde luego.

—Endicott dos nueve nueve siete cero. ¿Lo ha escrito?

—Si.

Librodot

—Si no lo encuentra, vuelva a llamarme a mi. Me llamo Ozzie. Esta noche no tengo nada que hacer.

—Desde luego.

Victoria colgó. Ozzie. Howie. ¡Jesús! Bueno, gracias, Ozzíe.

Otra vez el teléfono. Otra conferencia de larga distancia. A la primera llamada contestó Howie Dittman. Después de hablar con Ozzie, no sabía qué podía esperar, pero resultó que Howie Dittman era hombre serio, con voz de bajo y lo que parecía ser un tartamudeo controlado.

Después de presentarse, Victoria empezó a explicarle que era amiga y colega de Nick Ramsey, pero Dittman la interrumpió antes de que pudiera terminar.

—Lo sé. Nick me llamó ayer desde Washington para decirme que tal vez usted se pusiera en contacto conmigo, y que yo cooperase.

Victoria sintió una oleada de afecto por Nick, que había pensado en ella desde tan lejos.

—¿Está usted en Paris? —preguntó Dittman.

—Si, todavía estoy en París, en el Plaza Athénée.

—Entonces lo mejor será ir directos al grano. No nos excedamos en su nota de gastos.

Esto recordó a Victoria que debía al contado aquellas llamadas telefónicas, para asegurarse de que no fueran cargadas en la cuenta del Record y pudieran llamar la atención de Armstead o de Dietz.

—Necesito que usted efectúe una investigación rápida y discreta para ayudarme —dijo Victoria—. Quiero averiguar cuanto pueda acerca de una persona, una persona perteneciente a los medios de comunicación y que hoy es objeto de la mayor atención. Quiero enterarme de cuanto pueda saberse acerca de él. Quiero saber su paradero. Tengo que hablar con él.

—¿Su nombre? —inquirió Dittman.

—Mark Bradshaw, corresponsal en el extranjero del Record de Nueva York.

—¿Qué más puede decirme sobre él?

—Ni una palabra. Así está la cosa. Imagino que en estos momentos es famosísimo. Es el autor de aquellos reportajes de primera plana, exclusivos del Record, comenzando por el secuestro del primer ministro español..

—Sí, ya sé, hasta llegar al asesinato del primer ministro israelí. Su nombre es bien conocido, señorita Weston. Y no obstante, ¿no puede usted saber nada de él?

—Nada. Necesito ayuda. No pierda el tiempo con el Record de Nueva York. Ya lo he intentado yo, empleándome a fondo, y oficialmente Bradshaw no figura en el periódico, excepto en la primera página. No lo entiendo.

—Evidentemente, trabajará para el periódico con unas condiciones no oficiales, o bien a base de un contrato personal con las altas esferas del diario.

—Así parece. Quiero llegar hasta él.

—¿Piensa que alguien quiere impedir que usted llegue hasta él?

—No, no creo que suceda nada tan dramático. De hecho, exceptuando a Nick, a usted, una amiga de Nick en el Record, la secretaria del propietario y el jefe de nuestra oficina en París, nadie sabe siquiera que quiero encontrar a Bradshaw.

—¿Es esto lo que desea saber? ¿Cómo encontrarlo?

Victoria se corrigió a sí misma.

—Bueno, tal vez no sea esto exactamente, aunque al final pueda llegarse a un encuentro. No, lo que yo le pido a usted es algo sobre Bradshaw y, sobre todo, dónde se puede dar con él. ¿Cree poder ayudarme?

—Puedo intentarlo.

—Nick me dijo que usted es un lince.

—Yo no lo creo así. Sin embargo, no soy malo en mi oficio. Sé buscar donde conviene y trabajo de firme. Tengo acceso a toda clase de fuentes que no podría usted conseguir en Paris. En mi experiencia, hay una mención de toda persona existente en algún lugar, hasta la nulidad menos conocida. Mark Bradshaw nada tiene de nulidad, y por tanto espero averiguar algo.

—Sería estupendo.

—¿Cuándo necesita este material?

—Para ayer.

—Ah, ¿así estamos? ¿Le sirve mañana?

—Estaré aquí, en el Plaza Athénée, pegada al teléfono.

—Me dedicaré a esta tarea esta tarde —dijo Dittman—. Mañana tengo el día libre, de modo que podré dedicarle también mañana y tarde. Mañana, a las seis de la tarde, creo que tendré ya algo para usted, tal vez antes.. ¿Qué hora será para usted, en París?

—Medianoche.

—Espere la llamada mañana, alrededor de medianoche. Tras haber terminado con el teléfono por aquel día, Victoria se reclinó en el sofá, exhausta y ronca. Pero esperanzada. Dittman había reavivado el último vestigio de optimismo. Si Carlos no había sido el responsable del terrorismo que había formado parte de la vida de ella en las últimas semanas —y de ello estaba convencida—, quizá supiera pronto quién era el auténtico responsable y se encontrara con la mayor noticia de su carrera. Mañana por la noche tal vez lograse hablar con Bradshaw, y sin duda Bradshaw le daría la solución. El día siguiente, una mañana y una tarde frías y grises, propias del otoño en Paris, Victoria, sin la menor instrucción del Record respecto a alguna nueva misión y detenida temporalmente su búsqueda de Bradshaw, aceptó con agrado la oportunidad de dedicarse por completo a ver tiendas. Disponer de tiempo libre en París, y de unas tarjetas de crédito aceptables, equivalía a una promesa de felicidad casi celestial.

Por la mañana, tomó su Renault rojo alquilado y fue a la galería Maeght, en la Rue de Teherán. Pasó allí dos horas inspeccionando carteles y litografías, y al final eligió dos de éstas firmadas, una de Joan Miró y otra de Calder, para enviárselas por correo a su madre, en Evanston. Al disponerse a dejar la Rive Droite, desvió su coche hacia los elegantes almacenes Aux Trois Quartiers, en el Bulevard de la Madeleine, y allí adquirió dos pañuelos de seda y un maravilloso suéter de cachemira. Al sentir apetito, caminó hasta la Rue de Rivoli, localizó bajo las arcadas la librería W. H. Smith & Sons, y tras examinar en el escaparate los bestsellers en inglés, en su mayor parte británicos, compró tres libros de bolsillo: uno de intriga, otro de tema amoroso, y la reedición de un clásico, Samuel Butíer, para sentirse menos culpable por leer los otros dos. Después subió por la escalera de madera a la sala de té de la librería Smith y pidió dos bocadillos pequeños, uno de pollo y el otro de queso, y una tetera llena de té casi hirviente.

A media tarde, había atravesado el Sena para pasar a la Rive Gauche, y aparcado en una angosta callejuela cerca de St. Germain des—Prés. Su primer objetivo fue la galería Claude Bernard, en la Rue des Beaux—Arts. Tras contemplar con agrado los numerosos óleos y esculturas de Giacometti allí expuestos, muy lejos de las posibilidades de su bolsillo, buscó para su padre algo que sus medios le permitieran. Revisó las carpetas de carteles y litografías, y encontró un interesante póster en color, firmado por Fernando Botero. Lo compró y encargó su envío a Georgetown.

El resto de la tarde lo empleó paseando por las dos aceras de la Rue Bonaparte, mirando escaparates, y por último reconfortándose con una taza de café en la Brasserie Lipp.

Seguidamente, fue a buscar su coche y se dirigió al hotel, para cambiarse antes de cenar. Había sido invitada a cenar por Lukas y su esposa francesa, Odette, en su apartamento de la

Rue de Teherán. Odette, a la que Victoria no conocía aún, resultó ser una francesa de mediana edad, parlanchina pero aguda, cuyas herencias le habían permitido amueblar tan espléndidamente su apartamento que el único objeto que parecía fuera de lugar era Sid Lukas. Asistían a la cena otras dos parejas, formada la primera por un apuesto editor francés que despreciaba todo lo norteamericano, y su intimidada esposa, una poetisa. La segunda la componían un obeso y exuberante cineasta húngaro, que había realizado incontables transacciones pero ningún filme en veinte años, y al que le agradaba citar frases de Georg Lichtenberg —"Tal vez, con el paso del tiempo, en la llamada Era de la Oscuridad será incluida la nuestra"—o de Stanislaus Lec —"La distribución de la injusticia se encuentra siempre en buenas manos"—, y su esposa checa, una mujer sencilla que siempre recordaba a quién atribuir los aforismos. Durante la cena, la conversación fue cínica y sofisticada, y la comida fue servida en bandejas de plata por un criado filipino que llevaba unos guantes blancos inmaculados.

Victoria se hubiera sentido francamente incómoda, de no ser por la presencia de Sid Lukas, que se mostró campechano y hogareño y procuró utilizar el argot norteamericano tanto como le fue posible, probablemente para aguijonear o molestar a su elegante esposa francesa.

Después de cenar, mientras ayudaba a Victoria a dejar la mesa, Lukas le preguntó:

—¿Le han confiado ya una nueva misión?

—Sigo buscando a Bradshaw —susurró ella. Luego, mirándole fijamente, añadió—: Que quede entre nosotros.

—Entre nosotros —prometió él.

En realidad, Bradshaw ocupaba toda la mente de Victoria, y ésta sabia que se aproximaba la hora en que Howie Dittman tal vez consiguiera ponerla en contacto con él, por lo que prestó muy escasa atención a la conversación después de la cena.

A las once menos cinco, el cineasta húngaro rogó que se le excusara porque le dolía una muela y se retiró con su esposa checa, y Victoria se las arregló para marcharse con ellos.

Una vez instalada en su habitación del Plaza Athénée, se desnudó y se puso el camisón, con la vista fija en su reloj despertador, contando los minutos que pasaban. Cuando el minutero marcó las doce menos cuarto y el teléfono permaneció silencioso, el estómago de Victoria se contrajo, signo inequívoco de nerviosismo. A las doce menos nueve minutos sonó el teléfono. El que llamaba era Howie Dittman, desde Nueva York.

—¿Señorita Weston? He podido localizarle a Mark Bradshaw.

—¡Magnifico! ¿Dónde está?

—En el Anuario de los Medios de Comunicación, página cincuenta y cuatro.

—No le entiendo..

—balbució ella.

Howie Dittman no la dejó terminar.

—Permítame que se lo explique. Hace tres años, una editorial muy conocida de obras de referencia (Ravenna Books, aquí en Nueva York) lanzó al mercado una especie de Quién es quién dedicado a la gente de prensa, la radio y la televisión. Fue la primera edición de dicho anuario, y también la última. Aunque se vendieron unos cuantos ejemplares, adquiridos por un par de docenas de empresas, la obra no tuvo ningún éxito. Por consiguiente, la editorial decidió prescindir del anuario. Hubo tan sólo esta edición, relativamente desconocida, y hoy, a última hora, he tenido en mis manos un ejemplar.

—Y en ella figura Mark Bradshaw —dijo Victoria, sin poder reprimir su excitación—. ¿Qué dice de él? ¿Dónde puedo encontrarle?

—¡Alto! No tan de prisa.., déjeme que termine —rogó Dittman—. Al igual que cualquier otra personalidad de los medios de comunicación reseñada, Bradshaw tenía una dirección en la que se le podía localizar. Su dirección era un número de apartado de correos

en la estación Times Square. Pude haberle escrito o telegrafiado a ese número de apartado, pero yo tenía que llamarla a usted esta misma noche y por tanto no quise perder tiempo. Traté de averiguar a quién pertenecía el número del apartado, tarea que no tuvo nada de fácil. Pero me salí con la mía.

—¿Dónde se puede encontrar a Bradshaw?

—Descubrí que su número de apartado era el mismo número del apartado de Ravenna Books, editores del difunto Anuario de los Medios de Comunicación.

—¿Trabaja para ellos y al mismo tiempo para el Record?

—Señorita Weston, no trabaja para nadie —contestó Dittman—. Mark Bradshaw no existe.

—¿Cómo?

—Ya me ha oído. No hay ningún Mark Bradshaw. Cuando supe a quién pertenecía el apartado de correos de Bradshaw, sospeché en seguida lo que estaba ocurriendo. Recordé haber oído explicar en cierta ocasión que la muy respetable Appleton's Cyclopedia of American Biography quedó en situación muy comprometida allá por los años veinte o treinta, por haber citado entre personalidades auténticas ochenta y cuatro biografías de personas ficticias, inexistentes. Entonces recordé haber leído en algún lugar que una de nuestras grandes guías biográficas contemporáneas (he olvidado cuál, pero también una especie de Quién es quién) solía agregar una media docena de nombres con supuestas biografías. Lo hacían para averiguar sí ciertos tipos poco escrupulosos o fraudulentos utilizaban su obra de referencias para perseguir victimas a través del correo.

Bien, lo cierto es que sospeché que ésta era la explicación de la inserción del nombre Mark Bradshaw en el Anuario de los Medios de Comunicación. Sin perder tiempo, fui a Ravenna Books y pesqué al director ejecutivo en el momento en que salía de su despacho. Se resistió un poco, pues no le gustaba admitirlo, pero finalmente tuvo que confesar que Mark Bradshaw era uno de los diez nombres falsos inventados e incluidos en su anuario para atraer cartas de los tipos sin escrúpulos que pudieran incomodar a sus personajes reales. Mucho me temo que no exista ningún Mark Bradshaw. Lo siento.

Victoria trató de digerir la información. Le costaba articular las palabras y cuando quiso pedir nuevas explicaciones se atraganto y cambió de idea, sabiendo que de nada iba a servir seguir discutiendo con Dittman.

—También yo lo siento —dijo por fin—. Gracias por su espléndido trabajo. Voy a darle mis señas para que pueda enviarme la factura de sus honorarios.

Le dio la dirección de su apartamento en Nueva York y colgó. El sueño no resultaría fácil esa noche, y Victoria lo sabia. Al menos mientras hubiera tantas preguntas sin contestación rebullendo en su cabeza. Lo que convenía hacer era tratar de obtener las respuestas de alguien que simpatizara con su tarea. Este sería el mejor antídoto contra el insomnio. Aquel enigma debía ser obligado a reposar.

Totalmente despierta, tomó el teléfono una vez más para pedir una conferencia con la oficina del Record en Washington, situada en el National Press Building. Nick Ramsey estaba allí y la telefonista puso la comunicación.

—Aquí, Nick Ramsey —oyó Victoria, con una sensación de alivio inmediato.

—Nick, soy Vicky.

Se mostró auténticamente complacido.

—¡Me alegra oírte! ¿Dónde estás?

—En el alegre Paris.

—¿Y cómo es que no estás durmiendo?

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Tenía que hablar contigo. Tengo algo que decirte..

Librodot

—Deja que yo te diga primero una cosa —la interrumpió él—. Ha sido un buen artículo el que has hecho sobre Lourdes, excelente. Supongo que estarás enterada de lo que ocurrió en Lourdes la noche pasada..

—¡No! —exclamó Victoria—. ¿Qué ocurrió? Todavía no he visto la televisión ni he oído la radio.

—Casi un desastre —explicó Ramsey—. El papa era llevado a la Basílica subterránea de san Pío X en Lourdes, escoltado, con cientos de personas que se apiñaban a su alrededor, apretando y empujando.. cuando de pronto se apagaron todas las luces. Mucha gente se dejó llevar por el pánico y hubo un desorden total, casi un caos.. Sólo la inmediata reacción de los miembros de su escolta evitó que el Papa pereciera pisoteado. Cuando finalmente se encendieron las luces, había al menos cuarenta peregrinos heridos, algunos de ellos de gravedad..

—Pero ¿el papa estaba ileso?

—Ya te he dicho que llevaba una fuerte escolta. Gracias a ella..

—Nick, apuesto que ellos, sean quienes sean, apagaron las luces y trataron de secuestrar al papa, y no pudieron conseguirlo.

—Ahora estás desatando tu fantasía. No hay la menor prueba de ello. Si semejante cosa se hubiera planeado, puedes estar segura de que el nombre de Mark Bradshaw habría adornado las primeras planas, como de costumbre. Si no hay ese nombre, no hay noticia.

Victoria hizo un esfuerzo para respirar, exhaló aire y, finalmente, exclamó:

—Nick, ¡ese crédito es una mentira!

—No te he oído bien.

—Que ese crédito con el nombre de Bradshaw en cada exclusiva es una mentira. No consiguió la primicia de los rollos del mar Muerto. No consiguió, ni escribió ninguna de ellas. Mark Bradshaw no existe.

Hubo silencio en el teléfono de Washington, pero al cabo de un rato volvió a oírse la voz de Ramsey.

—Vicky, ¿qué estás diciendo?

—Estos dos últimos días he estado buscando a Bradshaw. Logré que tu amigo Howie Dittman me ayudara. Recuerda que tú me diste el nombre de Dittman.

—Continúa.

—Le contraté para que buscase a Bradshaw. Lo hizo. Deja que te cuente lo que averiguó.

—Y seguidamente explicó a Ramsey todo lo que Dittman le había dicho, hasta llegar a la admisión, por parte del director del Anuario de los Medios de Comunicación, de que Mark Bradshaw no existía, y de que era una invención de su plantilla para atraer solicitudes de beneficencia fraudulentas y a otros corresponsales delictivos—. Y es por esto que te he llamado, Nick. Me estoy volviendo loca tratando de desentrañar este asunto. ¿Qué piensas tú?. No hubo respuesta inmediata de Ramsey, pero finalmente dijo: —No lo sé, Vicky. No estoy seguro.

—¿Por qué ha de hacer firmar Armstead estas grandes exclusivas con el nombre de alguien que no existe?

—Bueno —respondió Ramsey lentamente—, hay algún antecedente al respecto. Utilizar un nombre falso protege a la publicación contra su lanzamiento de un verdadero corresponsal o columnista que adquiera tanto renombre que pueda hacer peticiones exorbitantes de sueldo, o incluso pasarse a otro periódico rival. Si fabricas un nombre supuesto, propiedad tuya, controlas y conservas lo que has ayudado a crear.

—De acuerdo. Pero ¿por qué elegir el nombre de Bradshaw? ¿Cómo se le ocurrió a Armstead buscar el nombre de una persona no existente?

—También esto puede tener una explicación sencilla —repuso Ramsey, esforzándose por mostrarse razonable—. Un día Armstead oyó a alguien que había trabajado en el Anuario de los Medios de Comunicación contar una anécdota sobre los falsos nombres de ese libro. Una historia divertida. Alguien la contó. Armstead la oyó y, cuando quiso un nombre registrado para su firma, lo recordó y lo utilizó. Se limitó a poner Mark Bradshaw como crédito de esos reportajes en exclusiva.

—Sabiendo siempre que Bradshaw no existía y que no los escribía.

—Así lo creo.

Pero, Nick, alguien consiguió estas primicias, alguien escribió estos reportajes. Lo que yo pregunto es.. ¿quién?

Hubo un nuevo y prolongado silencio de Ramsey.

Victoria volvió a la carga: Alguien del Record averiguó lo del primer ministro español, lo del secretario general de las Naciones Unidas, lo de los rollos del mar Muerto y lo del primer ministro de Israel, antes que nadie. ¿Quién pudo enterarse de estas cosas precisamente mientras ocurrían, y comunicarlas al Record con exclusividad e instantáneamente?

—Vicky, no tengo ni la menor idea.

—Pues yo sí. Armstead pudo tener contacto con alguien relacionado con un grupo terrorista, o incluso con alguien que formase parte de uno de estos grupos. Y ese alguien pudo haberle vendido a Armstead material informativo prácticamente en el acto. ¿No te parece probable?

—No. Demasiado fantástico.

—Pues yo no encuentro otra explicación. Esperaba que tú la tuvieras.

—De momento, no. Déjame pensar. Ahora tengo que ir en seguida a la Casa Blanca y oír la declaración de Hugh Weston sobre la decisión presidencial de agregar un plan para la reducción de armamento nuclear al orden del día de Londres.

—Está bien —se resignó Victoria—. Saluda a mi padre de mi parte.

—Oye, Vicky, deja que reflexione algo más sobre este asunto.

—Era evidente que trataba de animarla—. Procuraré verte tan pronto como pueda. Supongo que no habrás olvidado que tu padre se lleva consigo un pequeño grupo de la sección de prensa de la Casa Blanca en el vuelo de la Fuerza Aérea Uno (el avión presidencial) a Londres. Acompañaremos al presidente para informar de sus reuniones con el primer ministro británico. Esto será muy pronto. Cualquier tarde, trataré de esfumarme y volaré para reunirme contigo. Entonces podremos hablar detenidamente de todo. ¿Qué te parece?

—No puedo esperar tanto, Nick.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a continuar hasta resolver el problema sea como sea. Después de dieciocho hoyos en el campo de golf y un almuerzo con compañeros de juego, Edward Armstead había regresado a su despacho para atender debidamente a la llamada telefónica programada. Esta se produjo a la hora prevista, había durado diez minutos y ahora llegaba a su fin.

—Está bien, esto lo explica todo, Gus —dijo—. Ojalá hubiera salido bien, pero no pudo ser. Como dijo Cooper, no es posible ganar todas las bazas. Dile de mi parte que no se impaciente. Tal vez la próxima sea más fácil. Dile que permanezca a la espera.

Al colgar el teléfono, Armstead vio que Dietz esperaba en el umbral de la puerta.

—¿Qué estás haciendo aquí, Harry? Creía que te ibas a tomar un día libre.

—Le estaba esperando. Sabía que había de telefonearle Pagano y he esperado a que terminase la conferencia.

—Entró en el despacho y, con el ceño fruncido, caminó hacia uno de los sillones situados frente a la mesa de Armstead y se sentó sin abandonar su expresión preocupada—. ¿Le ha explicado Pagano por qué fracasó lo de Lourdes?

—Sencillamente, era un plan imposible. Dejaron el lugar a oscuras y tenían a sus hombres distribuidos en los lugares convenidos, pero hubo una masa de gente, demasiada gente, que se descontroló. Y al mismo tiempo, demasiadas fuerzas de seguridad alrededor del Papa. El riesgo era demasiado alto y Cooper suprimió la acción. Me disgusta enfrentarme a nuestro primer fracaso, pero tampoco querría que intentasen algo que después no pudieran completar.

—Estoy de acuerdo —manifestó Dietz. Armstead estudió la cara de su subordinado.

—Parece como si hubiera algo más que te preocupase, Harry. ¿Qué estás pensando?

—Un par de cosas que desearía mencionar.

—Te escucho.

Dietz se inclinó hacia adelante en su sillón y adoptó un aire confidencial.

—Supongo que ya sabe usted que la revista Time ha estado husmeando en sus asuntos.

—Bruce Harmston tiene esto bien controlado. Incluso les ha alentado. Hasta cierto punto, desde luego. No descubrirán gran cosa.

—No sé. Es jugar con fuego.

—No descubrirán nada —repitió Armstead, tajante.

—Está bien. Si Bruce está al tanto, no hay por qué preocuparse.

—Dietz titubeó—. Pero hay otra cosa..

—¿Qué es?

—¿Sabía que esa chica nueva, Victoria Weston, ha estado curioseando por ahí, tratando de averiguar quién es Mark Bradshaw?

Armstead sonrió.

—Mucho me temo que no llegue muy lejos.

—Pues ha llamado desde París, y ha hecho que la señora Crowe, la directora de personal, preguntase a su secretaria dónde se podía localizar a Bradshaw.

Armstead hizo un gesto de indiferencia con la mano.

—Bueno, es natural.. Celos de alguien que le arrebató unas cuantas noticias importantes. Tiene ganas de conocerle, saber cómo se las apaña. Tú y yo sabemos que no averiguará nada.

—Sin embargo..

—insistió Dietz—. Jefe, esto no me gusta nada. No me gusta esta curiosidad. Ha conseguido usted unas cuantas primicias descomunales sin ningún problema. Yo le aconsejaría poner punto final mientras va usted ganando.

—¿No te estás preocupando en demasía, Harry? Es una majadería abandonar cuando uno está en la cima del mundo.

—Yo lo recomendaría —repuso Dietz gravemente. La euforia de Armstead se disolvió ante la postura decidida de su colaborador. Asintió con la cabeza y dijo:

—Está bien, Harry, deja que consulte con la almohada. Veamos qué nos trae el día de mañana. La mañana siguiente trajo la revista Time.

Un efervescente Edward Armstead llegó a su despacho, con un ejemplar en la mano, y vio a Dietz, sentado frente a la mesa escritorio de roble, esperándole. Armstead, radiante, exhibió la revista, señalando su retrato en la cubierta, con la faz nebulosa e indistinta de otro hombre al fondo (presumiblemente el elusivo Bradshaw) y un titulo en grandes caracteres que decía: EL TODOPODEROSO DEL PERIODISMO.

—¿La has visto, Harry? —exclamó Armstead —. No está mal, ¿ eh?

Dietz alzó a su vez la revista que tenía sobre sus rodillas.

—Ya la tengo. He leído el trabajo.

Mientras se dirigía hacia su mesa, Armstead comentó la cubierta:

—Creo que me han sacado bastante parecido. Las mejillas un poco exageradas, tal vez.

—El retrato está muy bien —le aseguró Dietz—. Le representa en el apogeo de su vigor, con una expresión perspicaz.

—Supongo que no puedo pedir más —dijo Armstead, acomodándose en su sillón basculante y contemplando de nuevo la cubierta, con expresión satisfecha—. "El Todopoderoso del periodismo" —leyó—. ¿Te gusta este titulo?

—Es la verdad —contestó Dietz.

Armstead meneó la cabeza, como maravillado.

—Ni siquiera mi padre tuvo algo como esto.

—¿Ha leído ya el articulo? —inquirió Dietz.

—Claro. Opino que es muy ajustado a la realidad. Incluso a Hannah le ha gustado.

Por un momento, Dietz se mostró perplejo, pero después pareció recordar.

—¿Su esposa lo ha leído?

—Quería saber cosas sobre mí —dijo Armstead, riéndose—. Sí. Incluso le ha gustado a la vieja. ¿Y a ti qué te ha parecido, Harry?

—Muy bueno, sin la menor duda. Tal vez un poco insistente en lo de Bradshaw, al decir que le tratamos como a una prima donna, reservándonos información sobre él como si temiéramos que nos lo robe la competencia, pero en conjunto un magnifico articulo. Ha provocado un alud de llamadas telefónicas. Estelle ha anotado la mayoría para que usted se ocupe de ellas cuando tenga tiempo.

—Tomó de la mesa varios memorándums—. He traído informe de las más importantes, pensando que usted querría echarle inmediatamente una ojeada.

Armstead empezó a examinar la lista.

—Hay una de Hugh Weston —continuó Dietz—, el secretario de prensa del presidente, con las felicitaciones del presidente Callaway y una invitación del mismo para una cena en la Casa Blanca, la noche antes de partir hacia Londres.

Armstead había encontrado ya este mensaje telefónico.

—¿Qué te parece a ti?

—Creo que Weston quiere una respuesta enseguida. El presidente desea reunir a unos cuantos peces gordos de los medios de comunicación, pero no cabe duda de que usted seria la estrella de la velada. Pero, claro, yo no sabía., si usted querrá ir.

Armstead le miró sorprendido.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Acarició con afecto la revista—. ¿De modo que consideras el artículo y el retrato muy buenos?

—Sin la menor duda —Dietz hizo una pausa—. Sólo hay una cosa que me preocupa un poco. Puede inducir a que otros quieran husmear también en sus asuntos. ¿Ha pensado en lo que estuvimos hablando ayer?

La expresión del dueño del Record se había serenado.

—¿Te refieres al consejo que me diste? Si, he reflexionado al respecto.

—Se acomodó en su sillón y miró fijamente a Dietz—. Tienes razón y he decidido seguirlo. Abandonaré.. pero sólo después de otra bomba periodística, la mayor de todas.

—Jefe, yo no estaría tan seguro.

—Pues yo lo estoy —replicó Armstead resueltamente—. Estoy en la cumbre, y en mi posición nadie puede retirarse con un fallo. Con un fracaso como el de Lourdes.

—¡Pero si nadie está enterado de ello!

—Yo si, Harry. No voy a dejar este campo con un fiasco. Voy a hacerlo con un éxito de los mayúsculos. Quiero que mi último acto sea una apoteosis.

—En su rostro se dibujó una sonrisa—. Sé lo que estoy haciendo, Harry. Puedes confiar en el Todopoderoso, o el Omnipotente, como prefieras.

—Lo que usted diga —se resignó Dietz.

—Será el último acto —prometió Armstead—. Y añado que debemos actuar sin perder tiempo.

—Está bien.

Armstead volvía a ser el hombre de negocios de siempre.

—Pagano debería regresar ya a Paris. Búscale. Quiero que me organice otra reunión con Cooper. En París, mañana por la noche en el Lancaster.

Dietz frunció el ceño.

—Jefe, quiero prevenirle. Su reportera Victoria Weston, que mete la nariz en todas partes, se encuentra precisamente ahora en París, esperando que se le encomiende un nuevo trabajo. No me gustaría que ella le viese a usted allí.

—No tendrá esta oportunidad —replicó Armstead, impaciente—. Estaré en el Lancaster una sola noche y no saldré del hotel. Y sí esto te preocupa tanto, enviaré a la chica a Londres y haré que espere allí.

—Siempre será mejor.

—Entretanto, lo primero ante todo. Búscame a Pagano. Y al mismo tiempo, dile a Estelle que me saque un pasaje en el Concorde para el primer vuelo de mañana por la mañana.

—Dirigió un guiño a Dietz—. Será el último acto, Harry, te lo prometo. Al romper el alba, Victoria, profundamente dormida en su cama, fue arrancada de su sueño por un sonido distante. Gradualmente, el sonido se intensificó hasta despertarla a medias. Abrió con un esfuerzo los párpados, escuchó y al fin comprendió que el teléfono de la mesita de noche resonaba persistentemente en sus oídos.

Se incorporó con esfuerzo, tratando de aclarar su cabeza, y su mano entró en contacto con el auricular. Lo empuñó, dejó caerlo, lo recuperó y por último lo acercó a su cara.

—¿Si?

—¡Hola, Vicky! Soy Nick. Ya sé que te levantas pronto, pero.. ¿acaso te he despertado?

—No —mintió ella.

—Pues yo creo que si —hizo una pausa—. Bueno, es que no me fijé debidamente en el horario. Aquí casi es medianoche, de modo que en Paris apenas debe de amanecer.

—No importa, Nick. Me alegra oír tu voz a cualquier hora. ¿Qué ocurre? ¿Ha sucedido algo?

—No es esto, exactamente. Es decir, tal vez si o tal vez no. No me gustó el final que tuvo nuestra última conversación.

—¿Cómo terminó?

—Tú te preguntabas cómo consigue Armstead todas esas primicias que atribuye al inexistente Bradshaw. Yo dije que deseaba meditar al respecto y que dentro de una o dos semanas estaría en Londres con el presidente. Dije también que deseaba buscarme una tarde libre para ir a Paris y charlar contigo. Y tú dijiste que..

Victoria estaba ya totalmente despierta.

—Dije que yo pensaba seguir buscando hasta resolver esta cuestión, sea lo que sea.

—Y esto es lo que yo deseo saber y por esto te llamo. ¿Qué has estado haciendo?

—He ido de tiendas, he comido en exceso, he esperado que me encomendaran un trabajo y he tratado de pensar, todo ello por este orden.

—Pero ¿has continuado tu investigación? —la apremió Ramsey.

—No he hecho nada más —contestó ella—. Me encuentro en un callejón sin salida. No sé qué dirección tomar.

—Tal vez yo pueda ayudarte —dijo Ramsey—. Tampoco yo sé adónde dirigirme, pero ya veremos. He estado reflexionando a fondo sobre tu teoría.

—¿Si? —exclamó Victoria.

—Según tu teoría, Armstead es un terrorista. Yo no creo que lo sea aunque a ti no se te ocurre otra posibilidad, todavía sigo creyendo que ha de ser el único capaz de montar todas esas noticias. Dime si discreparás de mí.

—Nick, en este momento está bien, admitamos que se trata de un montaje. Armstead nos dijo que había hablado para que los detuvieran, cosa que no finalmente no ha marchado.

—Cariño, de esa teoría a la de embustero no hay ni un paso. Impidió que la policía detuviera a Carlos, porque Carlos no es un juego.

—Estoy de acuerdo.

—Recuerda que después de soltarme y hablar con Armstead te dije que oí a alguien decir que cambiarían de escondrijo al día siguiente. Bien, después de pensar y hasta empezar a poner los detalles juntos me dí cuenta de que había algo más, que casualmente le dije. Victoria tenía la oreja pegada al teléfono y escuchaba atentamente.

—Adelante, adelante —alentó a Ramsey.

—El terrorista de Carlos que dijo que iban a cambiar de lugar a la mañana siguiente, dijo también: "Nos trasladaremos al número diez. Nos quedaremos allí". Desde luego, a ninguno de ellos le importaba un comino lo que dijeran ante mí, ya que me habían llevado allí con los ojos vendados y yo no podía tener la menor idea de en qué lugar de París me encontraba.

—Ramsey hizo una pausa—. Pero tú si lo sabías. Tú sabias adónde me llevaron.

—Cerca de la Rue de Paradis, a una casa en el número doce de la Rue Martel.

—¿Había un número diez en la Rue Martel?

—¡Ya lo creo, en la puerta de al lado!

—Es un tiro al aire, Vicky, pero ¿no sería lógico que..?

Victoria estaba cada vez más excitada.

—¡Ya lo creo que si!

—No me gusta enviarte allí, pero si vas..

—Pienso ir, Nick.

—Entonces ve a echar un vistazo. Pero no sola. Quiero que te acompañe alguien. Sid o alguien de tu oficina. Prométemelo.

—Intentare., intentaré ir con alguien —murmuró ella.

Pero sabía que no haría tal cosa. Demostraría ser capaz de hacer algo importante por su propia cuenta.

—Sí, hazlo —estaba diciendo Ramsey—. Echa un buen vistazo. ¿Quién sabe? Pero no te acerques demasiado. No quiero perderte.

—¿Te disgustaría? —preguntó ella, con una alegría infantil.

Ramsey evadió la respuesta y dijo, tajante:

—Recuérdalo. Tú no estás buscando a Carlos.

—Busco una pieza más gorda —replicó la joven a media voz.

—Manténte en contacto conmigo —dijo él—. Bonne chance. Era una noche oscura y lluviosa en París y en los Campos Elíseos casi toda actividad se desarrollaba puertas adentro.

No lejos de la arteria principal, el Hotel Lancaster se alzaba con todo su radiante esplendor. Parecía como si cada habitación o suite del mismo estuviese brillantemente iluminada, con la excepción de las ventanas de una suite en la tercera planta.

A la luz velada de una lámpara del dormitorio de esta suite, Edward Armstead se mantenía inmóvil mientras Gus Pagano le ajustaba una nueva capucha de esquí en la cabeza y la cara. A través de la rendija para la boca, Armstead preguntó:

—¿Cuántos dice que hay aquí?.

—Esta vez sólo Cooper y Quiggs. Son los que dirigen la banda.

—¿Tienen alguna idea de lo que traigo entre manos esta vez?

—No —contestó Pagano—. Con una operación de tamaña magnitud, pensé que debía ser usted el primero en presentarla.

—Estoy preparado —anunció Armstead.

Pagano abrió la puerta del dormitorio y entraron en la pequeña sala de estar, con sus recargados muebles de época y su chimenea. La habitación estaba todavía más oscura que el dormitorio, y al principio Armstead no pudo distinguir a sus ocupantes. Finalmente, vio que estaban sentados en un sofá de dos plazas, en el lado más distante de la sala.

Avanzó hacia ellos, flanqueado por Pagano, y estrechó la mano a Cooper y a Quiggs antes de sentarse en una silla frente a ellos.

—Quiero agradecerles todo lo que han hecho —dijo Armstead—. Nunca pensé que pudiera funcionar todo tan bien.

—Siento lo de Lourdes —se excusó Cooper—. No me gustó la situación. Es mejor dejar de hacer un trabajo que hacerlo mal.

—Tomó usted la decisión correcta. Pero todas las demás operaciones fueron un éxito.

—Planificación —puntualizó Cooper—. Nos enorgullece haberlas efectuado sin dejar ninguna pista. Hubo seis bajas, cinco en el otro bando y una en el nuestro, pero en este negocio es un bajo nivel de pérdidas. Espero que habrá sacado usted el mejor partido de su dinero.

—No hay la menor queja —repuso Armstead. Después añadió con una nota de humor en su voz—: Estoy seguro de que ya habrán supuesto por qué encargué estas operaciones y qué he estado buscando.

—Tal vez hayamos hecho algunas suposiciones —contestó Cooper en el mismo tono—, pero nunca hemos tratado de hacer indagaciones. No hemos querido exponernos a la tentación de extorsionar a un cliente. Creemos haber cumplido nuestra parte, y nos alegra que haya quedado usted satisfecho. Nos ha pagado espléndidamente y le damos las gracias.

—Todos le damos las gracias —dijo Quiggs.

—Todavía no —les atajó Armstead—. Todavía no hemos terminado. Tengo otra tarea para ustedes, la última antes de que nos demos mutuamente las gracias y disolvamos nuestra asociación.

—La última —repitió Cooper—. Me parece muy bien. Supongo que se trata de una operación importante para que usted se haya desplazado personalmente.

—Es importante, sí, la más importante de todas —confirmó Armstead mientras buscaba en el bolsillo de su chaqueta, del que extrajo una hoja doblada de papel de hilo que procedió a desdoblar lentamente—. No soy partidario de escribir mis encargos. Nunca lo he hecho hasta ahora. Esto lo he escrito yo mismo a máquina, a mi llegada. He querido que todos los aspectos

Librodot

de la operación quedaran perfectamente claros. Una vez lo hayan leído, lo romperé y lo arrojaré al inodoro. Aquí lo tiene.

Alargando la mano para tomar la hoja, Cooper comentó:

—Parece ser un encargo muy especial.

—El más útil de todos, para mis fines —repuso Armstead. Cooper y Quiggs leyeron juntos la hoja mecanografiada. Armstead, nervioso, dirigió una rápida mirada a Pagano, y después contempló a Cooper y Quiggs en silencio.

Tras haber leído juntos la hoja, Cooper la releyó y seguidamente dobló la hoja y la devolvió a Armstead.

La voz suave de Cooper rompió el silencio de la habitación.

—Me temo que no será posible —dijo—. No podemos hacerlo. No entra en nuestras especialidades. Es demasiado.

La respiración de Armstead se había acelerado.

—¡Tienen que hacerlo! Bien hicieron los otros.

—Esto es diferente.

—Supongo que no se trata de una objeción a mi idea.

—¡Claro que no! A nosotros no nos importa un pepino la operación, ni tampoco la víctima. Más o menos, todos son iguales para nosotros. No se trata de esto. Lo que digo, simplemente, es que resulta demasiado difícil.

—¿Ni siquiera por el doble del dinero? Les garantizo diez millones de dólares.

Cooper meneó la cabeza.

—Ni por todo el dinero del mundo. Es, básicamente, un problema técnico. No estamos equipados para emprender este tipo de operación. No podríamos hacernos con el avión. No podríamos conseguir el piloto que usted necesita. De hecho, nadie podría..

—titubeó—, excepto, claro está, Carlos. He oído decir que cuenta con ese tipo de persona en Japón. Probablemente, Carlos y su banda podrían hacerlo. En realidad, estoy seguro de ello. Pero nadie más. Nosotros, ni pensarlo.

Armstead había captado especialmente una parte de la respuesta de Cooper.

—Pero ¿cree que Carlos y su grupo lo harían?

—Estoy seguro de que podrían hacerlo. Pero no querrían.

—¿Por qué no?

Cooper habló con evidente sinceridad.

—Vamos a ver. Yo y mis chicos tenemos montado un negocio. Somos hombres de negocios, sensatos. Para nosotros, casi todas las operaciones representan una manera de ganarnos la vida, pero no ocurre lo mismo con Carlos y sus secuaces. Ellos no son hombres de negocios; son unos fanáticos. El dinero de usted nunca les impresionará. Son criaturas políticas que actúan por una causa, como si fuese una religión. En esto, no verían ninguna causa auténtica implicada y por tanto no tendrían motivo para querer hacerlo. Armstead miraba fijamente a Cooper a través de las dos rendijas de su capucha.

—Yo podría darles un motivo. Cooper se mostró a la vez sorprendido y curioso.

—¿Qué motivo?

Armstead siguió mirando a Cooper.

—Yo podría pedirle a usted que secuestrara a un hombre por el que ellos estuvieran dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de recuperarlo. Podría pedirle que lo secuestrara, y el rescate consistiría en poner en práctica mi operación final. Yo sé dónde se encuentra ahora ese hombre. Le pagaría a usted los diez millones para que se apoderase de él.

El interés se reflejó en el rostro de Cooper.

—¿Apoderarme de quién?

Armstead tragó saliva y contestó:

—De Carlos. Ahora eran los otros tres quienes le miraban con fijeza. Armstead volvió a tragar saliva.

—Apodérese de Carlos y manténgalo secuestrado. Sus hombres harán lo que yo quiera con tal de rescatarlo. ¿Qué me contesta?. Poniéndose su gabán ligero a cuadros, que había sido comprado tres años antes, cuando él estaba gordo, y que ahora le venía grande, Carlos salió del pasaje del número 10 de la Rue Martel. Automáticamente, miró a derecha y a izquierda; no había transeúntes a un lado ni al otro, excepto una joven que estaba haciendo sus compras en la esquina de la Rue de Paradis.

Satisfecho, Carlos respiró el aire fresco de la tarde, limpiado por la lluvia de la noche anterior, y se dirigió hacia el Citroén que esperaba junto a la acera. Carlos observó que se había instalado un taxímetro en el sedán, para camuflarlo como taxi de Paris, y que el trabajo había sido realizado eficientemente. Carlos abrió la puerta posterior y subió al coche.

Su chofer estaba sentado ante el volante, inmóvil y esperando instrucciones. Llevaba un grueso abrigo, una bufanda de lana enrollada alrededor del cuello y la parte inferior de la cara, y su gorra de costumbre, calada hasta las orejas. Tosía ruidosamente.

—Creo que has pillado un buen resfriado —dijo Carlos.

El chofer asintió con la cabeza y tosió de nuevo, tapándose la boca —con un pañuelo.

—En marcha, Jean —ordenó Carlos—. Al Charles de Gaulle. Líneas Aéreas Turcas, la THY. Sin prisas. No quiero correr ningún riesgo. Dispongo de tiempo suficiente para hacer un alto en el camino, y después para confirmar el pasaje y comprar algo para leer. Sin dejar de asentir con la cabeza y tratando de sofocar la tos con su mano libre mientras cambiaba de marcha con la otra, el chofer desvió el coche de la acera y miró al frente.

Bruscamente, al llegar al pasaje siguiente, que conducía al patio del número 12, el conductor agarró el volante con ambas manos y el coche viró a la izquierda para introducirse en la oscura entrada e inmediatamente se detuvo de un brusco frenazo.

Lanzado hacia adelante y mientras trataba de recuperar el equilibrio, Carlos rugió:

—¿Qué diablos estás haciendo, idiota?

Pero cuando se disponía a hablar de nuevo a Jean, el chofer se dio la vuelta, apartó la bufanda de su rostro y no era Jean, sino un desconocido. Alargó un brazo por encima del respaldo del asiento delantero y en su mano había una Astra 357 Magnum, cuyo cañón se apoyó en la frente de Carlos.

—Cállese —ordenó el chofer—. Un solo movimiento y morirá. Se había abierto ya la tapa del portaequipajes del Citroén y de él salió un hombre que cerró la tapa de golpe, mientras otro individuo se unía a él. Seguidamente, los dos abrieron las puertas traseras del coche y entraron en él, uno a cada lado del estupefacto Carlos.

—¿Qué es..? —había empezado a decir Carlos, cuando la Astra se apartó de su frente y le fue aplicada sobre su boca y nariz una compresa de algodón empapada de éter.

Carlos trató de resistirse, pero los dos forzudos sentados a su lado le inmovilizaron mientras la mano de uno de ellos ejercía presión sobre el algodón empapado en éter que le cubría la boca y la nariz.

A los pocos segundos, la resistencia de Carlos cedió y su cuerpo se aflojó y se derrumbó sobre uno de los secuestradores. Con manos avezadas, el hombre registró a Carlos, hasta encontrar y retirar su pistola Skorpíon YZ61.

Entre los dos, sacaron a Carlos del asiento y lo depositaron en el suelo del coche.

—En marcha —dijo uno de ellos. El conductor puso marcha atrás y lentamente salió del pasaje a la Rue Martel. Al disponerse a entrar la primera, una voz detrás de él gritó:

—¡Para un momento! ¡Ahí viene Pagano!. Al otro lado de la calle, una figura se había materializado en el oscuro umbral de una tienda cerrada y corría hacia el coche. Se abrió la puerta delantera y Pagano subió de un salto, se sentó junto al chofer y señaló hacia adelante.

Mientras aceleraba, éste preguntó: —¿Han visto algo de esto en el número diez?

—Nadie ha visto nada —aseguró Pagano, y seguidamente se volvió hacia la pareja del asiento posterior—. ¿Tienes el paquete, Quiggs?.

—Durmiendo como un angelito —dijo Quiggs, hurgando con el zapato el bulto inmóvil que había a sus pies. Después levantó la cabeza, con una sonrisa radiante—. ¡Un buen paquete que vale diez millones de dólares americanos!. El Citroén seguía acelerando a lo largo de la Rue Martel. Segundos más tarde, un Renault rojo enfiló la misma calle, con Victoria al volante, siguiendo al taxi. Cuando Carlos abrió completamente los ojos y su cabeza comenzóa aclararse y a permitirle enfocar la visión, comprobó que había dos hombres de pie frente a él, observándole. También constató que estaba fuertemente amarrado a una recia silla, con las muñecas atadas detrás del respaldo y los tobillos también atados a las patas delanteras.

Le resultaba difícil hablar. Tenía la boca pastosa. Con un gran esfuerzo, consiguió articular una pregunta:

—¿Quiénes son ustedes?

Volvió la cabeza en ambas direcciones. Estaba en una habitación sumida en la penumbra, una sala de estar destartalada, y supo que había otras personas en ella, a su espalda. Logró formular otra pregunta:

—¿Dónde estoy?

—No importa dónde estás —dijo el más alto de los dos hombres, mientras se sentaba en una silla frente a él—. Ya que vamos a pasar algún tiempo juntos, creo que será mejor que nos presentemos. Yo soy Cooper. Este es Quiggs.

Carlos había recuperado su voz.

—Esto vais a pagarlo muy caro, sucias ratas de alcantarilla.

—No estoy lo que se dice preocupado —replicó Cooper—. Creo que eres tú el que ha de empezar a preocuparse.. sí no cooperas.

Los ojos de Carlos refulgieron.

—Carlos no coopera con nadie, sí él no quiere. Y me niego a hacerlo con un hatajo de mercenarios, de bandidos de pacotilla. O me soltáis o..

—¿O qué?

—O haré que os den una paliza a todos y os corten el pellejo a tiras.

Cooper rodeó con los dedos el cuello de Carlos y apretó el pulgar contra la nuez del terrorista. Cuando Carlos se atragantó, aflojó su presa.

—Y ahora escúchame, canalla; tú no harás nada, ni ahora ni nunca. Vamos a volarte la cabeza. Vamos a arrojar tu cadáver, cubierto de cadenas, al fondo del Sena.

—Cooper se enderezó—. No quiero oír más baladronadas. O cooperas o eres hombre muerto. Tienes exactamente un minuto. ¿Qué decides?

Carlos le miró fríamente y por último movió levemente los hombros en señal de rendición.

—¿Qué queréis de mí?

—Tu banda.

—¿Estás loco?

—Necesitamos tus hombres para una operación —dijo Cooper—. Nosotros queremos tener tu banda, y tu banda querrá tenerte a ti. Hemos planeado una operación especial, pero no estamos equipados para llevarla a cabo. Tus hombres si. Queremos que tus hombres la

realicen. Esta es nuestra petición de rescate. Si tus hombres nos hacen ese trabajo, te pondremos en libertad y volverás con los tuyos.

Con los labios apretados, Carlos clavó en Cooper su mirada letal. Finalmente, habló: —¿Qué queréis que se haga? Desde luego, yo no puedo ayudar. Si queréis que se haga algo, tendréis que explicarlo a mis hombres, no a mí. Quiggs se acercó a él y se inclinó ante su cara.

—¿Con quién nos ponemos en contacto?

—No sé. Tal vez con mi socio. En mi ausencia, es el único que puede hablar por los demás. Es Robert Jacklin.

—¿Dónde está? —inquirió Cooper—. ¿En vuestro escondrijo de la Rue Martel?

—No —contestó Carlos—. Jacklin está en Estambul, preparando con el Frente de Liberación Popular de Turquía una operación nuestra. Quiggs le enseñó un billete de las Lineas Aéreas Turcas.

—¿Ibas a reunirte con él?.

—Si.

—¿Cómo vamos a establecer contacto con él en Estambul, para exigir el rescate? —quiso saber Cooper.

—No será posible. No tiene ninguna dirección en Estambul.

—Pero tú ibas a reunirte con él —dijo Cooper—. ¿Dónde?. Carlos hizo una mueca y se movió en su silla.

—¿No vais a aflojar estas malditas ligaduras?.

—A su debido tiempo —replicó Cooper—. ¿Dónde ibas a encontrarte con Jacklin?.

—En el interior de una mezquita, la Mezquita Azul. Mañana, a las once de la mañana.

—¿En qué lugar dentro de la mezquita?. Carlos dudó antes de contestar, pero miró a sus secuestradores y finalmente cedió.

—Delante del balcón del cantor.

—Después nos lo explicarás con más detalles —dijo Cooper—. ¿Cómo identificaremos a Jacklin?.

—Por una cicatriz.. Tiene una cicatriz en la mejilla derecha.

—Carlos seguía mirando fijamente a Cooper y a Quiggs—. Ya que no querrá hablaros de nada.

—Lo hará —aseguró Cooper—si ve una petición de rescate escrita Carlos, o sea de tu puño y letra. Será mejor que te avengas nuestro juego, Carlos, si quieres seguir vivo. Carlos había empezado a calmarse. Su situación parecía divertirle en su cara apareció la sombra de una sonrisa.

—Supongo que no tengo otra opción —dijo. Cooper se levantó y señaló hacia los billetes de la compañía aérea turca que Quiggs tenía en la mano.

—Da esos billetes a Gus. Dile que se prepare para marcharse apenas le entreguemos la nota. Dile también que informe a nuestro cliente acerca de la demora.

—Alzó la mano para consultar su reloj de pulsera—. Todavía tiene tiempo para tomar el avión de las tres, si se da prisa. Quiero que esté hoy mismo en Estambul. Una hora antes, tal vez menos, Victoria había presenciado casi toda la acción que tuvo lugar en la Rue Martel. Desde la esquina, había visto a un hombre con un gabán a cuadros salir del número 10 y entrar en un taxi Citroen, un coche muy parecido al que habían empleado para secuestrar a Nick Ramsey en los Campos Elíseos, salvo que éste era un taxi. No había podido identificar con exactitud al solitario pasajero, pero por la anterior descripción de Nick y por sus propias pesquisas en los archivos, sospechaba que bien podía tratarse de Carlos, el terrorista más buscado del mundo.

Había visto el vehículo apartarse del bordillo de la acera, frenar, virar y desaparecer en el siguiente pasaje particular. Momentos más tarde, lo vio salir marcha atrás, pero esta vez había tres hombres en vez de uno en el asiento posterior, y repentinamente el del medio había desaparecido de su vista.

Victoria giró a su vez, caminó tranquilamente hacia la Rue du Paradis y, una vez en ella, corrió hacia su Renault, subió y lo puso en marcha. Cuando enfiló la Rue Martel, el taxi casi había llegado ya al extremo más distante de la manzana y estaba doblando la esquina. Victoria lo siguió obstinadamente.

Quiso la suerte que dos semáforos le permitieran mantenerse a la vista del taxi fugitivo.

El trayecto hasta la Rive Gauche fue un recorrido largo y lleno de tensión.

Vio al otro coche abandonar la Rue de Seine para tomar la Rue Jacob y aminoro la marcha al ver al taxi meterse en un pasaje junto a una vieja librería de aquella calle. Resistió la tentación de seguirlo en la Rue Jacob, temiendo que su presencia resultara sospechosa, y optó por seguir a lo largo de la Rue de Seine, en busca de un lugar donde aparcar, hasta que finalmente encontró uno, ilegal, en la Rue Dauphine.

Seguidamente, Victoria volvió a pie a la Rue Jacob, reflexionó si podía ser una imprudencia entrar en aquella calle desierta y, por ultimo, se aventuró en ella. La atravesó y pasó por delante de la librería y el pasaje al otro lado. No había rastro del taxi, pero sobre la tienda pudo ver que había apartamentos, con ventanas cerradas por grises persianas metálicas y protegidas por rejas pintadas de negro. Temiendo que alguien observara su paso, regresó a la esquina de la Rue Jacob y la Rue de Seine, esperando que allí su presencia resultara menos conspicua, ya que había un cierto movimiento de peatones.

Seguía en el mismo lugar de la esquina, transcurridos veinte o treinta minutos, cuando vio salir el taxi Citroen del pasaje particular. No le fue posible distinguir claramente a los dos hombres en el asiento delantero, pero sabía que ambos eran piezas esenciales para su investigación.

Regresó entonces, con toda la rapidez posible, a la Rue Dauphine para subir al Renault y emprender la persecución, pero cuando se acercó al coche vio que había junto a él un policía uniformado de azul, escribiendo una multa por aparcamiento indebido.

Se esfumaron de golpe todas sus esperanzas. Ya no podría seguir al taxi. Sin embargo, se consoló pensando que conocía el lugar donde unos secuestradores desconocidos habían llevado a un miembro de la banda de Carlos, probablemente al propio Carlos.

Decidió regresar a su puesto de vigilancia, hasta poder ver con mayor precisión a alguien que saliera de la casa y dar su descripción exacta a Armstead. En este caso, estaba casi segura de lograr el reportaje del año. Al llegar al Aeropuerto Yesilkéy, en las afueras de Estambul, Pagano fue recibido por el coche y chofer que había reservado de antemano. El coche era un pequeño Anadol, de fabricación turca, y el chofer era un bigotudo estudiante musulmán llamado Vasif.

Tras encargar una suite confortable en el International Hilton, Pagano tomó parte en una visita de tarde a la ciudad, que, atravesando el puente de Calata, sobre el Cuerno de Oro, le llevó al casco antiguo de Estambul y después a la mezquita del Sultán Ahmed, que, como pudo saber, era el nombre oficial de la Mezquita Azul.

A la mañana siguiente, Pagano, impresionado de nuevo por el Obelisco y los seis minaretes de la Mezquita Azul, de principios del siglo diecisiete, cruzó el vasto patio hasta la puerta que conducía a una terraza. Bajó por una escalera hasta un paseo adoquinado, y ahuyentando a un enjambre de vendedores de postales y baratijas, lo siguió hasta llegar al verde toldo que cubría la entrada de la mezquita. A la izquierda de la entrada vio unas estanterías de madera, parecidas a las de una librería, donde los visitantes dejaban sus zapatos. Pagano les imitó, quitándose sus mocasines Gucci y dejándolos bien paralelos en un estante.

Pasó después bajo el toldo verde y entró. La visión que contempló era totalmente nueva para su experiencia.

El interior era una caverna colosal y multicolor, obra del hombre. Arriba, una imponente cúpula central se apoyaba en cuatro gruesas columnas estriadas, de mármol. Alrededor, de arriba abajo y en todos los lados, había ventanas con vidrios de color, con predominio del azul —doscientas sesenta ventanas, le había explicado Vasif—, y todo el suelo rectangular, de piedra, estaba cubierto por alfombras tejidas a mano de todos los tamaños, aportación de diversos pueblos turcos, así como de jefes de Estado de todo el mundo. El polvoriento aire del interior parecía impregnado de una especie de atmósfera mística, y en todas partes había gente, turcos y extranjeros, arrodillada para rezar sus plegarias.

Pagano oyó que alguien respiraba cerca de él y vio que era su chofer, Vasif, que le había seguido.

—Extraordinario, ¿verdad? —comentó Vasif.

Pagano recordó entonces que no estaba allí como turista y preguntó:

—¿Dónde está el balcón del cantor?

Vasif señaló a su derecha, hacia una sala cuadrada de mármol, sin ventanas y situada en el interior de la mezquita, sobre la cual había una barandilla.

—Desde el balcón, el cantor entona la plegaria —explicó Vasif.

—Gracias —dijo Pagano—. Ahora quiero estar solo. Espéreme en —el coche.

Tras esperar a que su chofer saliera de la mezquita, Pagano se volvió y contempló la pequeña estructura que sostenía el balcón. Junto a su puerta, un hombre solitario estaba arrodillado, rezando. Pagano había encontrado lo que buscaba. Echó una rápida ojeada a su reloj de pulsera. Las once y tres minutos. Puntual.

Pagano avanzó cautelosamente sobre las alfombras, en dirección a la solitaria figura arrodillada. Cuando llegó a su lado, se arrodilló a su vez y miró a su vecino. Era un hombre con cara de hurón y tez aceitunada, con cabellos negros y aceitosos y una lívida cicatriz en su mejilla derecha.

Sin perder tiempo, Pagano preguntó en voz muy baja:

—¿Usted es Robert Jacklin?

Jacklin se mostró sorprendido e instantáneamente atento.

—¿Quién es usted?

—Vengo de parte de Carlos —respondió Pagano.

—¿Por qué?

—Soy el emisario de un grupo de Paris que han secuestrado a Carlos. Lo tenemos en nuestro poder. Pueden recuperarlo sano y salvo si cumplen las condiciones de nuestro rescate. Yo se las explicaré. Ni un solo músculo se movió en la cara de Jacklin.

—¿Cómo sé que me está diciendo la verdad?

—Le enseñaré un mensaje de Carlos. Reconocerá su letra.

—Debo verlo.

—Sí, lo verá, y entonces le explicaré nuestras condiciones. Tendrá tiempo para consultar con sus compañeros en Paris. Si está dispuesto a cumplir lo que le digo, se reunirá conmigo, y con mi jefe, en una mesa del restaurante Bosphorus Terrace, en el Hotel Hilton, mañana a las dos. ¿Comprendido?

Jacklin se había levantado.

—Déjeme ver la prueba de que tienen ustedes a Carlos en su poder. Después, hágame un esbozo de su petición de rescate. ¿De acuerdo?

—Está bien —asintió Pagano. Unos minutos antes de las dos de la tarde, Edward Armstead, acompañado por Pagano, pasó del vestíbulo principal del International Hilton de Estambul al pasillo lateral que conducía al restaurante Bosphorus Terrace, en el otro extremo.

Muy incómodo a causa de la espesa peluca gris sobre sus propios cabellos, la masilla que prolongaba su nariz y el bigote de puntas colgantes pegado sobre su labio superior, Armstead se sentía, sin embargo, dispuesto a pasar por toda clase de inconveniencias con tal de lograr la gran jugada que tenía en mente.

Iba a encontrarse ahora con el lugarteniente de Carlos y sabría si la operación iba a ser puesta en práctica. Todo dependería de la respuesta de Robert Jacklin.

Pasaron junto a la dependencia que albergaba el guardarropa y los lavabos, siguieron junto a las atractivas paredes de azulejos verdes y azules, y entraron en el restaurante. El maitre se acercó inmediatamente a ellos.

—Tenemos una mesa para tres reservada en la terraza, a nombre del señor Walter Zimberg.

El maitre comprobó su lista de reservas.

—Si, desde luego, una mesa para tres en la terraza. El otro caballero ha llegado ya.

Su mesa era, en realidad, dos mesas cuadradas juntas y situadas junto a una barandilla que dominaba una larga y deslumbrante piscina. El joven elegantemente vestido, más bien bajo y delgado, con una visible cicatriz en su atezada mejilla, no se dignó levantarse cuando Pagano apartó una silla para que Armstead se sentara directamente frente a él.

—El señor Robert Jacklin.. El señor Walter Zimberg.

Jacklin hizo una breve inclinación de cabeza mientras Armstead y Pagano se sentaban. Jacklin tenía ante él una botella de agua mineral Kestana, sobre el mantel de cuadros verdes y blancos, y se sirvió un segundo vaso.

—Espero que no le hayamos hecho esperar —dijo Armstead cortésmente.

—No —contestó Jacklin, mirando a Armstead con los labios fruncidos—. Su disfraz es muy deficiente, mucho. Se lo digo por su futura seguridad. No es que me importe, desde luego, pues me tiene sin cuidado quién sea usted realmente.

Algo sorprendido, Armstead buscó una respuesta, pero antes de que pudiera hablar llegó un jefe de camareros con tres menús.

—¿Desean beber algo antes de comer?

Jacklin puso la mano sobre su vaso.

—Yo ya estoy servido.

Armstead abrió el menú y lo devolvió en seguida.

—¿Tienen un buen vino blanco? Ah, sí, su lista de vinos.. ¿Quiere compartir una botella conmigo, Gus?

—¿Por qué no? —contestó Pagano.

—¿Puedo recomendarles el Cankaya? —sugirió el camarero.

—El mejor —repuso Armstead—. Ya que está usted aquí, encarguemos algo para comer. ¿Qué tal aquí los huevos revueltos?

—Menemen —dijo el camarero—. Huevos con tomates, pimientos verdes, perejil y queso blanco.

—Yo tomaré lo mismo —encargó Pagano.

—Yo un flan de vainilla —dijo Jacklin, entregando el menú.

—Krem Kara mel Vanilyah —enunció el camarero mientras tomaba nota—. ¿No quiere usted nada para empezar?

—Nada —replicó Jacklin.

Librodot

Cuando el camarero se alejó, Armstead se dirigió a Jacklin con voz queda.

—Supongo que ahora ya tiene usted una idea bastante clara del asunto.

Jacklin bajó la cabeza.

—Tengo una idea, a través de la nota que escribió Carlos y de lo que me explicó ese amigo suyo.

—¿Pueden hacerlo?

—En un momento u otro lo hemos hecho casi todo. No exactamente una cosa como ésta, pero si otras, todavía más peligrosas. Esta es un poco inusual.

Los músculos de la cara de Armstead adquirieron inmediata rigidez.

—No le pido su opinión. Lo que pregunto es si pueden hacerlo.

La expresión de Jacklin no se modificó.

—Queremos que nos devuelvan a Carlos.

—Entonces lo harán —dijo Armstead.

—No nos queda otro remedio —admitió Jacklin—. Sí, he hablado con los otros, en París, y están de acuerdo. Podemos hacer todo lo que usted quiera. No es tarea sencilla, pero puede hacerse. Por suerte, la persona clave que se necesita se encuentra disponible en Japón, a través del Ejército Rojo japonés. Se unirá a nosotros si el precio es aceptable.

—El precio es Carlos.

—Para nosotros, sí, pero no para la persona clave en Japón. A él no le interesa Carlos. Necesita por separado la garantía de una suma en metálico, para él. Tal vez un millón de dólares americanos, no puedo decírselo con exactitud. Pero cooperará si se le paga el precio que pida. Le necesitamos para que la operación funcione.

Armstead no lo pensó dos veces.

—Yo me ocuparé de que el precio sea aceptable.

Los tres guardaron silencio mientras otro camarero se situaba junto a ellos con una mesita sobre ruedas que contenía sus platos. Cuando el camarero se retiró, después de servirles, Armstead hundió el tenedor en los huevos revueltos, pero la ansiedad le había quitado todo apetito.

—El hombre de Japón necesitará unos cuantos días de entrenamiento especial —explicó Jacklin.

—¿Esto representa algún problema? —quiso saber Armstead.

—Ninguno. El día antes de la operación llegará desde Tokio para reunirse con nosotros. Mejor dicho, para reunirse con ustedes. Insistirá en verles primero y constatar que se ha depositado el pago en una cuenta a nombre de su mujer. Podrán ustedes reunirse con él en cualquier parte.

—En su punto de partida desde Estados Unidos –puntualizó apresuradamente Armstead.

Jacklin se llevó a la boca una cucharada de flan.

—Muy bien.

—Mi amigo —prosiguió Armstead, señalando a Pagano—arreglará todos los detalles con usted en Paris. Hoy mismo regresa a París.

—Yo estaré allí mañana —dijo Jacklin—. El señor Pagano tiene las instrucciones para ponerse en contacto con nosotros por teléfono.

—La mirada de Jacklin se clavó en Armstead—. ¿Ningún cambio en el programa?

—Sigue siendo para dentro de una semana a partir de hoy —contestó Armstead—. La sincronización debe ser perfecta.

—Lo será —afirmó Jacklin, siempre con la vista fija en Armstead—. Una vez concluida la operación, habrá quedado pagado el rescate. Y entonces, Carlos. ¿Cuándo nos devolverán a Carlos?

Armstead hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Al cabo de una hora de haberse verificado el resultado, su contacto en París recibirá una llamada del señor Pagano. El les dirá que Carlos está libre y dónde pueden irle a buscar.

—Armstead pronunció las siguientes palabras con toda deliberación—. Ustedes cumplan su parte y nosotros cumpliremos la nuestra.

La sombra de una sonrisa cruzó por la cara de Jacklin.

—El terrorismo depende de la confianza —dijo a media voz—, incluso cuando lo practicamos entre nosotros. En la oficina editorial en París del Record de Nueva York, Victoria sacó de los archivadores cuatro carpetas con fotografías y las colocó sobre la mesa metálica de lectura, en el centro de la habitación.

Después se sentó para estudiar una foto del hombre al que buscaba, y cuando se levantó experimentaba una sensación de alivio casi increíble.

Esto ocurría a media tarde del cuarto día después de haber presenciado Victoria el secuestro de un miembro de la banda de Carlos —posiblemente el propio Carlos—por unos desconocidos que se llevaron a su víctima a un escondrijo en la Rive Gauche. Ella había tenido la suerte de poder seguir a los raptores hasta la Rue Jacob, pero después perdió la oportunidad de seguir a dos de ellos, conductor y pasajero, que salieron de la Rue Jacob aquel primer día.

Desde entonces, Victoria se había mostrado incansable en su vigilancia. Durante tres días, excepto brevísimos períodos de tiempo para comer un bocadillo o algo ligero, o visitar el lavabo de un hotel, y seis horas de sueño después de cada medianoche, había mantenido su puesto en la esquina de la Rue de Seine y la Rue Jacob. Aquella mañana y la primera parte de la tarde habían constituido su cuarta jornada en ese juego agotador. No sabia con exactitud cuál era el objeto de su vigilancia, aunque suponía que en realidad era el de ver salir a alguien del escondrijo, alguien a quien pudiera seguir y después describir. Sin embargo, su intención había variado. Su primer intento en la Rue Martel, basado en la pista ofrecida por Nick, había sido estimulado por la esperanza de conseguir una especie de vinculación entre las noticias exclusivas publicadas por el Record y el grupo de Carlos. Una visión del propio Carlos, o de un informador al que se le pudieran seguir los pasos. Sin embargo, lo que pudo presenciar fue un secuestro, el rapto de alguien que salía de la guarida de Carlos, efectuado por unos desconocidos. Seguidamente, su intención se había desplazado hacia la identificación de los desconocidos y el hombre al que éstos habían secuestrado. Pensaba que ello podía llevarla a conseguir la noticia más sensacional del año, obra exclusiva suya, sin que le importara ya quién hubiera informado sobre las anteriores acciones terroristas.

Pero en su cuarto día de vigilancia en la Rue Jacob, nadie más salió del pasaje contiguo a la librería. Ni una sola persona. Victoria se dijo que tal vez salieran tan sólo de noche, mientras ella dormía en la Rive Droite. No obstante, también ellos tenían que dormir, y lo más probable era que lo hicieran cuando dormía ella. A primera hora de la tarde, su vigilancia empezó a hacerse demasiado difícil. Los policías que hacían su ronda rutinaria y los propietarios de las tiendas cercanas empezaban sin duda a mirarla con una cierta suspicacia. La misma joven, siempre plantada en aquel lugar. Podía darles la impresión de actuar como gancho, o como exploradora del lugar para un posible robo. La incomodidad creada por la familiaridad o, lo que todavía era peor, la fatiga que causaba aquel plantón constante, paseando por una zona tan reducida, había comenzado a crear molestias en sus pantorrillas y tobillos, y a primera hora de aquella tarde había experimentado por primera vez un cierto decaimiento.

Estaba ya a punto de darse por vencida y pensaba en abandonar, cuando comprendió que podía estar haciendo algo que fuese de más utilidad.

Librodot

En todas aquellas horas, desde la Rue Martel hasta la Rue Jacob, sólo había visto claramente a una sola persona. La persona que había salido del escondrijo de Carlos y había sido secuestrada. Y a esa persona creía poder reconocerla si volvía a verla. Reconocerla y posiblemente identificarla. Ello podría indicarle si la víctima había sido el propio Carlos o un miembro de menor rango en la banda.

Existían fotografías de Carlos. Ella había visto por encima algunas que tenía Nick. Podía descubrir quién había sido secuestrado si buscaba fotos de Carlos.

Con esta idea como nueva motivación, tenía una razón para abandonar su improductiva vigilancia en la Rue Jacob, y por tanto fue a buscar su Renault y se dirigió a las oficinas de su diario en la Rive Droite.

Ahora, recién sacadas de los archivos fotográficos de la oficina, tenía cuatro colecciones de fotografías de terroristas y de sus victimas.

Tomó la primera carpeta, la abrió y, lentamente, empezó a examinar, una tras otra, las copias tamaño ocho por diez.

Aquello era una galería siniestra de los protagonistas de hechos violentos en todo el mundo. El revolucionario italiano Feltrinelli, con gafas de profesor y barbilla huidiza. George Habash, el líder del FPLP (el Frente Popular para la Liberación de Palestina), de aspecto más formidable y amenazador. El cadáver de Aldo Moro. La habitación en la ciudad olímpica de Munich, llena de impactos de bala, Gabriele Kroecher—Tiedemann, la terrorista de la Alemania Occidental. Hassan Salameh, de la organización Septiembre Negro. El profesor Antonio Negri, de las Brigadas Rojas. El nefasto coronel Gadaffi, de Libia.

Una tras otra, vació de copias dos carpetas, sin encontrar ninguna cara familiar.

Abrió la tercera carpeta, sin hacerse grandes ilusiones. Ilich Ramírez Sánchez, conocido también como Carlos.

Había cuatro fotos de él. Un rostro redondo y carnoso. Una cara simpática y afable. El animador de cualquier fiesta social. Un semblante de camarero servicial. Un estudiante de intercambio con el extranjero. Nada en él que delatara al asesino. Y tampoco era la cara del hombre al que ella había visto secuestrar en la Rue Martel.

Una quinta fotografía, y ésta la reconoció.

Cabellos oscuros, cejas pobladas, nariz ancha, labios gruesos, mejillas fláccidas. Ni rastro de obesidad, un hombre más delgado, más endurecido, pero la copia llevaba también el nombre de Carlos. La foto más reciente de Carlos.

Y era el hombre del gabán a cuadros, demasiado grande para él, que había salido del número 10 de la Rue Martel. El hombre que había sido raptado por unos desconocidos. El hombre al que tenían prisionero en la Rue Jacob.

Sin la menor duda.

Victoria oyó un rumor de pasos, se volvió a medias en su silla y vio que Sid Lukas espiaba por encima de su hombro.

—¿Qué está buscando, Vicky? —preguntó—. ¿Puedo ayudarla en algo?.

—Sólo estoy revisando sus fotos de archivo de terroristas.

—Veo que ha encontrado a Carlos.

—Si. ¿Le ha visto usted alguna vez?

Lukas lanzó una breve risita.

—De ser así, todo el mundo se habría enterado.

Victoria evitó su mirada, mientras pensaba hasta dónde podía llegar en sus preguntas.

—Sid, si.. si alguna vez usted encontrase su pista, o alguna información sobre él..

—¿Sobre Carlos?

—Por ejemplo, el lugar donde se oculta. Algo por el estilo.

—Sería el gran día —gruñó Lukas.

—¿Qué haría usted?

—Es que es algo que no ocurrirá nunca.

—Pero ¿y si ocurriera? —insistió Victoria.

—Desde luego, iría directamente a la Súreté francesa.

—¿Lo haría?

Sid Lukas titubeó, frunciendo el ceño y reflexionando sobre semejante posibilidad.

—Bueno.., en vista de la predilección de Armstead por las exclusivas, tal vez se lo comunicaría primero a él. Si, supongo que es lo que haría.

—Se encogió de hombros—. Pero ¿por qué soñar despierto? Y por otra parte, ¿qué anda buscando? ¿Todavía material para aquella serie sobre el terrorismo? Porque si yo puedo serle de alguna ayuda..

Victoria se levantó, estimulada, y envió un beso a Lukas.

—Ya me la ha prestado, Sid. ¡Muchas gracias! —Reunió apresuradamente las fotos y las carpetas y lo entregó todo al estupefacto jefe de la oficina—. ¡Muchísimas gracias!. Sabia lo que debía hacer a continuación. Tras haberse quitado los zapatos, Victoria estaba de pie sobre la alfombra de su habitación en el Plaza Athénée, con el auricular del teléfono sostenido entre su oreja y su hombro, en espera de que le pasaran la comunicación.

Oyó que contestaba Harry Dietz.

—Hola, señor Dietz. Soy Victoria Weston, desde París. En realidad, deseaba hablar con el señor Armstead.

—Lo sé, pero es imposible —contestó Dietz—. Ha estado fuera de la ciudad, acaba de regresar y probablemente descansa todavía. Pensé que yo podía atender su llamada y comunicarle a él lo que me diga.

—Desde luego —dijo Victoria—. Es una noticia tremenda, y por una vez quiero ser yo quien se apunte la primicia.

—Contuvo el aliento por unos momentos. Finalmente exclamó: —¡Carlos! ¡He visto secuestrar a Carlos!

La voz de Dietz sonó distante.

—¿El famoso terrorista?

—Había localizado su nueva guarida. Le vi salir de ella. Vi cómo le secuestraban. Y vi dónde le llevaban, el sitio donde lo tienen prisionero.

—¿Quién lo secuestró? ¿Quién le tiene..?.

—Todavía no lo sé. Unos desconocidos. Otra banda. Ahora le tienen en su poder. Nadie, salvo nosotros, sabe nada al respecto. Es noticia fantástica -Debemos publicarla antes de que se entere la policía.

—Es verdad..

—La voz de Dietz se alejó y después volvió acercarse, vacilante—. Pero espere. No haga nada, Vicky. No ha hablado de esto con nadie, ¿verdad?.

—Claro que no.

—No lo haga. Quiero que, ante todo, se entere el señor Armstead. El podrá tener alguna idea..

—¿Sobre qué? —preguntó Victoria con impaciencia.

—Bueno —dijo Dietz, vacilante—, podría ser que hubiera algo mas..

Victoria comprendió.

—¿Se refiere a quién tiene a Carlos en su poder? He tratado de averiguarlo. Puedo seguir intentándolo.

—Se trata más o menos de esto. Deje que yo le explique todo al señor Armstead y veremos qué aconseja él. Sí, tiene toda la razón, es una noticia bomba. Pero esperemos hasta que yo hable con el señor Armstead. Cuelgue y no se mueva. Dentro de unos minutos, la llamaré. Apenas oyó la voz de Armstead, Dietz supo que había despertado a su jefe. Pero Dietz también sabía que lo que se disponía a explicarle era de capital importancia, y que a Armstead no le importaría que le hubiera despertado.

La llamada había llegado por la línea privada de Armstead a su estudio superprivado en un ático de la Quinta Avenida. Desde que heredó el diario había estado durmiendo y trabajando en él, siempre solo, para evitar que le molestara Hannah, su esposa, pero también para ocultarle lo que él estuviera haciendo. Normalmente, Armstead hubiera estado ya levantado a esa hora y disponiéndose a salir hacía sus oficinas, pero aquella mañana, y también la anterior, había dormido hasta más tarde para recuperarse del cansancio del viaje a Turquía y el cambio de horarios.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz pastosa.

¿Está despierto, Ed? —preguntó Dietz, para darle más tiempo—. No le hubiera molestado, jefe, pero se trata de algo muy importante.

—Estoy despierno. ¿Qué pasa?

—Acabo de recibir una llamada desde París, de aquella chica que tenemos allí. Victoria Weston. Estaba muy excitada. Cree haber encontrado una noticia bomba.. ¡Asegura haber visto cómo secuestraban a Carlos!

Dietz dejó que cayera el rayo. Sabia que sería un rayo.

—¿Qué? —exclamó Armstead—. ¿Cómo pudo haberlo visto?

—No lo sé —se apresuró a contestar Dietz—. No quise acosarla a preguntas de momento. Pero presenció el secuestro.

—¿Y sabe quién lo hizo? —inquirió Armstead con rapidez.

—No. Dijo que fueron unos desconocidos.

—¿Está seguro?

—Ella no lo sabe, jefe. De haber sabido algo sobre Cooper, o sobre Cooper y nosotros, no habría telefoneado.

—Tienes razón —admitió Armstead—. Sabe que ocurrió.. pero no sabe quién lo hizo.

—Exactamente. Quiere que lancemos la noticia a los cuatro vientos, pero yo la he frenado. Le he dicho que antes debía consultarlo con usted, y que tal vez usted querría que ella averiguase más datos antes de publicar la noticia. Se ha ofrecido para seguir vigilando el escondrijo y tratar de averiguar quién tiene prisionero a Carlos.

—¡Bruja chismosa! —rezongó Armstead—. Puede causar un desastre si interfiere en nuestra operación.

—Esto es lo que me preocupa. La he persuadido para que no se mueva hasta que yo haya hablado con usted. Le prometí llamarla inmediatamente. ¿Qué quiere que le diga, jefe?

La respuesta de Armstead fue inmediata.

—Dile que regrese aquí.

—¿Y qué le digo acerca de Carlos?

—Dile que tendremos a alguien en París para que no pierda de vista el lugar donde lo ocultan. Prométele que tendrá el articulo firmado por ella, pero haz que regrese a Nueva York. Dile que quiero verla personalmente, oír de primera mano lo que ha Visto.

—Guardó un breve silencio—. Después, decidiré lo que vamos a hacer con ella.

—No conviene que empiece a sospechar.

—No te preocupes, Harry. Deja el asunto en mis manos. Apenas sonó el timbre en la puerta de entrada de la sala de espera del doctor Scharf, indicando la llegada del siguiente paciente, Edward Armstead se apoyó en los brazos de su raída butaca y se levantó.

—Creo que mi tiempo ha terminado —murmuró con un deje de irritación en la voz.

El doctor Carl Scharf, parcialmente derrumbado en el sillón opuesto, cruzados los dedos de las manos sobre su barriga protuberante y apoyados los pies en la otomana, permaneció imperturbable. No hizo ni el menor gesto de levantarse.

—¿Por qué no dejas que sea yo quien diga que ha terminado tu tiempo? —preguntó como si fuese por centésima vez—. Todavía estábamos hablando..

Vio que Armstead se acercaba al diván para tomar su abrigo, y supo que sus palabras serian inútiles. Eran mayoría los pacientes que solían reaccionar de este modo cuando el timbre les anunciaba el final de su hora de cincuenta minutos, sobre todo los pacientes más dependientes, y Armstead no constituía una excepción al respecto. El doctor Scharf suspiró para sus adentros. No había modo de cambiar ese resentimiento. Los pacientes llegaban a asumir una implicación personal con su psicoanalista. Aceptaban gradualmente a su psiquiatra como amigo y confidente, y siempre se enojaban cuando se les recordaba que detrás de ellos había otros pacientes, que éstos también pagaban por esta comunicación, que esas sesiones eran, después de todo, un negocio y su psicoanalista un hombre de negocios, o al menos alguien que les trataba con la vista puesta en la capacidad afectiva., y en su cartera. Sin embargo, Armstead se había mostrado más difícil que la mayoría de los pacientes, en especial últimamente, debido a un "yo" revigorizado que revelaba signos de insoportable arrogancia. Al principio, Armstead había acudido a él en busca de afecto, pero ahora parecía exigirlo como una prerrogativa especial, como derecho y privilegio propios.

El doctor Scharf no quiso perder más tiempo y se levantó a su vez. Se acercó a su paciente mientras Armstead acababa de abrocharse el abrigo. Scharf deseaba apaciguarlo.

—Me alegra de veras que vayas a la Casa Blanca a cenar con el presidente —dijo—. Es un gran honor, pero tú te lo has ganado. Te veré poco después del acontecimiento. Quiero que me cuentes todo lo que ocurra allí.

—No pienso ir —replicó Armstead con brusquedad—. Estoy demasiado ocupado para atender a esas tonterías.

—Y al advertir la sorpresa del psicoanalista, mientras los dos se encaminaban hacia la puerta del pasillo, agregó—: Al fin y al cabo, los presidentes llegan y se van. En realidad, compartir el pan con uno de ellos no significa gran cosa. Mi trabajo es más importante.

Esperó a que el doctor Scharf le abriera la puerta y, con una breve inclinación de cabeza, se despidió diciéndole:

—No te inquietes. .

—"Será mejor que no te inquietes tú", estuvo a punto de replicar el doctor Scharf, pero se contuvo.

Cerró la puerta de su despacho y se apoyó en ella, meditando.

Le preocupaba Edward Armstead. En esa sesión, en la última, en la penúltima, Armstead había dado crecientes señales de megalomanía. Se encontraba ahora, indudablemente, en un estado hipomaniaco, una auténtica condición sicótico—maniaca, un estado peligroso que podía afectar gravemente a todo juicio equilibrado que tuviera que emitir sobre otras personas.

El doctor Scharf se dirigió lentamente hacia su butaca, revisando mentalmente los síntomas de su paciente. Durante semanas, mientras Armstead iba revelando su conducta respecto a su esposa, su hijo, su amante y sus empleados, habían existido sutiles indicaciones de su estado hipomaniaco. Armstead se había mostrado irritable con más frecuencia, sin mostrar la menor consideración respecto a los demás, atento tan sólo a su propia satisfacción, y denotando posibilidades de crueldad y violencia en su creciente omnisciencia. Su última

Librodot

observación —la de que no tenía tiempo para el presidente de los Estados Unidos—revelaba la creencia de que se consideraba más importante que la máxima autoridad del país, y acababa de colmar la medida. Para si mismo, Armstead se había vuelto omnipotente, y el doctor Scharf trató de recordar en qué punto, después de la muerte de Armstead padre, había observado él esta tendencia. Mucho antes de la portada de la revista Time. En algún lugar de su trayectoria, durante el meteórico ascenso periodístico de Armstead, gracias a aquellas noticias en exclusiva, y sin duda alguna cuando fue el primero en anunciar al mundo que el primer ministro de Israel había sido asesinado. Se trataba de un problema emocional, y no obstante el doctor Scharf abrigaba dudas. Consideró la posibilidad de que el estado de Armstead tuviera un origen orgánico, quizás un tumor del lóbulo frontal. Tal vez fuese conveniente pedir una revisión médica —él podría hablar con el médico primero y manifestarle su preocupación—y después una visita a un neurólogo de primera fila. Pero entonces el doctor Scharf recordó que hacia poco tiempo, Armstead, inquieto por haber sufrido vahídos en varias ocasiones, había sido visitado sucesivamente por su médico y por un neurólogo, quienes habían asegurado que gozaba de excelente salud.

El doctor Scharf se arrellanó en su sillón, absorto en el problema de Armstead. El problema no era orgánico; se trataba de una psicosis, que quizá pronto degenerara en episodios de auténtico arrebato maníaco.

El teléfono interrumpió sus cavilaciones y supuso que sería su servicio de mensajes. Cuando llamaban, solía ser en la breve pausa entre dos pacientes. El doctor Scharf descolgó el teléfono. Era un mensaje.

—Ha llamado la señorita Kim Nesbit. Rogó que la telefoneara cuando tuviera tiempo. Aseguró que usted tenía su número.

El doctor Scharf, pensativo, volvió a colgar el teléfono. Creía saber el motivo de la llamada de Kim y de su deseo de hablar con él. Si estaba en lo cierto, era terreno peligroso, pero también podía resultar útil. Se preguntó si debía llamarla a su vez antes de mencionar el hecho a Armstead, ello suponiendo, claro, que Armstead fuese el tema que Kim deseaba tratar con él.

El reloj de pared le indicó que disponía de cinco minutos libres antes de hacer pasar a la siguiente visita. Abrió la libreta de direcciones, encontró el número de teléfono, descolgó de nuevo y llamó a Kim Nesbit. Dos o tres llamadas, y ella contestó.

—¿Kim? Soy Carl Scharf. He recibido tu mensaje. Llevo mucho tiempo sin saber nada de ti.

—¿Cómo está, doctor?.

—Bien, muchas gracias. ¿Y tú qué tal, Kim?

—Tan bien como cabe esperar.

—Soltó una breve risa—. Usted ya debe de saberlo. Scharf pensó que su sospecha iba bien encaminada. Iba a tratarse de Armstead.

—Bien, hace tiempo que no te he visto —dijo—. Quiero suponer que estás bien.

—¿Quién puede decir que esté bien? —replicó ella con desenfado.

El psiquiatra detectó un leve tono pastoso en su voz, pero daba la impresión de hablar con lucidez. Llegó a la conclusión de que todavía estaba sobria.

—Bueno, si hay algo que yo pueda..

—empezó a decir.

—Voy a explicarle por qué he llamado —le interrumpió ella—. Quería que me diera algún consejo sobre un amigo común.

—Me alegrará poder ayudar, si es posible.

—Es acerca de Edward Armstead. Supongo que todavía le ve, ¿verdad?

—Bien, yo..

—contestó el doctor Scharf, precavido.

Kim soltó otra corta carcajada.

—Si le ve (y sé que es así), está usted logrando más que yo. Claro que también yo le veo; ya sabe que viene a visitarme. Pero ya no con tanta frecuencia. Sólo alguna que otra vez, cuando a él se le antoja. No es lo que se dice un visitante regular.

El doctor Scharf decidió no dejarse arrastrar por el cariz que tomaba la conversación, y contestó:

—Sabes que me gustaría orientarte en todo lo que esté a mi alcance, pero creo que en mi lugar sería incorrecto hablar de Edward Armstead. Sí, tal como él te ha dicho, es un paciente mío, Kim. Es una cuestión de ética, de respeto a las confidencias.

—¡Vamos, Carl, no me hable así! —repuso ella campechanamente—. No quiero saber ninguno de sus secretos. Sólo quería hacer unos comentarios con alguien en quien pueda confiar, con alguien que le conozca a él tan bien como le conozco yo. Quería que alguien me dijera cómo tratarle.. Está enfermo, ¿sabe? —añadió tras una breve pausa.

Para el doctor Scharf, esta afirmación fue totalmente inesperada. Era el momento de dar por terminada la conversación, de encontrar la manera de ponerle punto final, y sin embargo experimentó la aguda tentación de dejar que Kim continuara, sin comprometerse él. Scharf comprendía que, si Armstead estaba a punto de caer en una psicosis, toda confirmación resultaría útil. Normalmente, él buscaba una consulta con otro psiquiatra, pero a veces, pese a su cautela, el doctor Scharf se dejaba llevar por caminos heterodoxos. Pensó en hacerlo ahora, tratando de confirmar su diagnóstico con otra persona que viera a menudo a Armstead, en diferentes circunstancias pero casi con la misma frecuencia. Kim no sabía nada de medicina, pero era una antigua paciente, en general fiable en sus afirmaciones. Y ella le había telefoneado. No sería exactamente una falta de ética escuchar, sin expresar ninguna opinión propia.

Y entonces el doctor Scharf decidió apoyarse en las últimas palabras de Kim.

—¿Crees que está enfermo? ¿Lo que se dice enfermo?

—¿Y usted no? ¡Pues debería saberlo! Quiero decir que está mal de la cabeza. Tiene delirios de grandeza. Cree estar dirigiendo el mundo. El poder es lo único que le interesa. Tiene tanta avidez de poder, le obsesiona tanto el poder, que apenas puede tener una erección cuando estamos en la cama.. y cuando al final lo consigue, es como si yo no estuviese allí, como si no fuese otro ser humano. Me trata como a una de esas muñecas inflables japonesas.

—Lo lamento, Kim.

—Todo fue muy bien al principio, cuando murió su padre, cuando él creía desearme. Pero ahora yo no soy nada para él. Desea a todos los habitantes del mundo. Poseerlos. Dominarlos.

—¿Vas a seguir viéndole?

—No lo sé —confesó Kim con impotencia—. ¡Ni me importa! —reflexionó un instante. Luego añadió—: Creo que si. Supongo que le veré cuando se digne venir aquí. Soy su único juego en la ciudad. Si usted se entera de otro, hágamelo saber.

—Kim, siempre que lo desees, ven aquí.

—Tal vez lo haga.

—Me gustaría mucho charlar un rato contigo. Aunque no me sea posible hablar de Edward Armstead sin su permiso.

—Olvídelo, pues, y gracias por la sesión gratis.

—Es que me gustaría ayudarte, Kim, pues te veo preocupada. Y la verdad es que también él me preocupa, pero creo que tendrás que utilizar tu propio juicio en cuanto a tratar a Ed. Si, últimamente me ha dado la impresión de estar sometido a.. fuertes tensiones. Pero espero que esto mejore con el tiempo.

Librodot

—Hizo una pausa—. Creo que seria prudente por tu parte no mencionar que hemos hablado, hasta que yo pueda sacar el tema a colación con él la semana próxima.

—Mejor que no lo haga —rogó ella.

—Bueno, yo..

—En lo que a mi respecta, no diré nada. Tiene mi palabra, doctor.

—Gracias, Kim —dijo el doctor Scharf algo inquieto—. Adiós.

El psiquiatra colgó el teléfono. Confirmado. Había caminado por una cuerda floja ética, pero había valido la pena y no se había perjudicado a nadie. Propondría a Armstead que reanudara sus tres visitas semanales. Al menos dos. Y sugeriría al médico de Armstead que realizara algunos tests o análisis, pensando en el posible empleo de litio. Y lo haría muy pronto.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta de la sala de espera, para hacer pasar al siguiente paciente. Al salir del consultorio del doctor Scharf, Armstead regresó en su limusina a la oficina y pasó una tarde larga y satisfactoria poniendo en orden sus asuntos. A las cinco todo parecía encontrarse bajo control.

Dietz le había asegurado que Victoria Weston no representaría ningún problema. Había aceptado dócilmente las nuevas instrucciones y accedido a dejar Paris para trasladarse a Nueva York, complacida al enterarse de que Armstead deseaba verla inmediatamente y escuchar los detalles del secuestro de Carlos. Al llegar el día siguiente al aeropuerto Kennedy, iría directamente al edificio del Record para ser recibida a primera hora de la tarde por el propietario del periódico.

Seguro de que la filtración potencial en la banda de Cooper había quedado taponada, Armstead se dedicó a verificar la marcha de la programación de su noticia más resonante. Pagano había regresado a Paris y Armstead había hablado extensamente con él. Carlos seguía siendo un rehén oculto. Jacklin hacia todo lo convenido para conseguir la libertad de su jefe. Procedentes de diversos lugares, miembros del grupo de Carlos se estaban reuniendo en las Bahamas y en Cuba. Y, lo más importante de todo, la figura clave en Tokio —por fin Armstead había sabido que se llamaba Yosuke Matsuda—había aceptado las condiciones para su participación, se estaba preparando y no tardaría en emprender viaje.

Aliviado al constatar que la gran noticia, la noticia bomba, se estaba elaborando y se acercaba inexorablemente a su clímax, Armstead había podido atender a otros asuntos del diario que esperaban su decisión. Durante dos horas conferenció con McAllister y varios editores.

Al caer la tarde, cuando se marchó el personal del turno de día y nada más le quedó por hacer, Armstead empezó a sentirse muy solo. Sabía que sólo podía hablar con Harry Dietz, y en el curso de la jornada había sostenido ya media docena de conversaciones con Dietz. Deseaba una compañía femenina, pero alguien con quien se sintiera cómodo. Imposible pensar en Hannah; esa noche no tenía ganas de soportar sus quejas y sus reproches. Había dado instrucciones a su secretaria para que la telefoneara y le dijera que su trabajo le impedía ir a casa a cenar.

Con ello sólo quedaba una persona, y a esta persona le comunicó que iba a verla. A las cinco y diez, entraba en al apartamento de Kim Nesbit.

Inmediatamente le agradó que, por una vez, ella estuviera completamente vestida y además bien arreglada. Llevaba un vestido de seda roja, ceñido, que él todavía no le había visto. Se había peinado sus rubios cabellos, que formaban una corta melena suelta por detrás, y acababa de maquillarse con sumo acierto.. La encontró sentada en uno de los sofás, sin ninguna copa en la mano. Decidió que resultaría agradable desnudarla, poseerla, despeinarla, disfrutar de su sumisión y sus súplicas.

Para recompensarla, atravesó la sala, la abrazó y la besó. Dio un paso atrás, frunciendo el ceño. Ella no había respondido a su beso y, a pesar de un leve aroma a menta, su boca olía como una destilería.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Armstead.

—Claro, ¿por qué no? —respondió Kim, pero en sus palabras sonaba una nota de incertidumbre.

—¿No vas a ofrecerme un trago?

—Toma un trago —hizo un gesto vago en dirección al bar—. Sírvete.

—¿No quieres preparármelo tú?

—No faltaría más.

—Trató de levantarse del sofá, pero se tambaleó y tuvo que apoyarse en un brazo del mismo—. Será mejor que lo hagas tu mismo.

Irritado, Armstead se acercó al mueble bar y se preparó un whisky con soda. Mientras, vio que Kim avanzaba tanteando el sofá , hasta llegar al extremo más distante y dejarse caer en él.

Tuvo ganas de echarle en cara su estado, pero vio que el vestido de seda había quedado por encima de sus rodillas, y la visión de sus blancos muslos le distrajo. Podía notar los inicios de su primera erección en una semana y pensó que si procedía con rapidez, ignorándola a ella, todavía podría obtener un cierto placer.

Pero Kim se merecía alguna atención.

—¿Quieres un poco de café fuerte? —preguntó.

—La chica ha salido —respondió ella—. No. Sírveme una copa.

Armstead no la quería totalmente ebria, y tampoco estaba dispuesto a perder más tiempo, por lo que se trasladó al sofá y se sentó junto a ella, dejando su vaso sobre la mesita de café.

Kim siguió sentada, con las piernas ligeramente separadas y el vestido subido todavía más, revelando una mayor porción de la blanca carne de sus muslos.

Sus ojos vidriosos contemplaron cómo la mano de él se acercaba a un muslo, aplicando la palma en su parte interior y ascendiendo por debajo del vestido.

—Te he echado de menos, Kim —dijo Armstead—. Te deseo.

—No —replicó ella.

—¿Me has oído? Te deseo.

—¿Y tú me has oído? —dijo ella con voz pastosa—. No.

La mano de él se detuvo. Sabía que podía someterla fácilmente, pero no tenía la intención de tomarla por la fuerza. Durante largo tiempo no había topado con resistencias, ni se le había negado nada, y quería que fuese ella quien le diera lo que él deseaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿No me deseas?

—Sí, te deseo —dijo. Puso la mano en el brazo de él, hasta obligar a Armstead a retirar la mano que tenía sobre su muslo—. Pero todavía no. Antes quiero hablar.

Armstead decidió complacerla. Kim deseaba crear un poco de ambiente.

—Está bien —dijo con impaciencia—. Pues hablemos. ¿Qué has estado haciendo hoy?

—He ido a la peluquería. He visto la televisión. He.. he tomado unas copas.

Armstead procuró reprimirse.

—No deberías beber tanto.

—¿Y tú dónde has estado? —inquirió ella—. Llevo una semana sin verte.

—He estado muy atareado. Dirijo.. .

—Las palabras que acudieron a él eran de la revista Time—un imperio de los medios de comunicación.

—Deberías tener tiempo para los demás.. para mi.

—Sé razonable, Kim. He tenido que ir a Paris. He estado en Estambul. Miles de personas dependen de mí.

—Yo soy una de ellas. Podrías encontrar un poco de tiempo. Me siento muy sola.

Armstead notó que ella se ablandaba, y de nuevo experimentó el endurecimiento entre sus piernas.

—Encuentro este tiempo. Ya ves que estoy aquí.

Una vez más la acarició, esta vez con ambas manos, una por debajo del corpiño del vestido, rodeándole un pecho, y la otra entre sus piernas.

Con gran dificultad ella se apartó de él, y reunió la fuerza suficiente para tirar de sus dos brazos hasta obligar a que la soltara.

—¡No! —exclamó—. No te lo permitiré nunca.., nunca más, a menos que..

—¿A menos qué? —inquirió Armstead, sintiendo que la cólera se apoderaba de él.

—.. a menos que me prometas venir a verme como hacías antes. Ahora me tratas como si yo fuese un montón de basura. Y soy una persona.. una persona..

—¡Tú eres lo que yo quiera que seas! —replicó él, enfurecido—. No eres nada, excepto lo que yo quiero que seas. ¿Quién te has creído que eres para tratarme de esta manera? Todo el que es algo en este mundo depende de mi, incluso el presidente de los Estados Unidos. Lo que la gente sabe, todo lo que les sucede, depende de mí. Todo reposa sobre mis hombros.

—Se había levantado y se erguía ante ella, con los ojos desorbitados—. Yo soy la noticia. Yo hago las noticias. Yo hago la vida que anima el mundo.

Kim le miraba asustada.

—No, Ed. No hables así. No es verdad. Eres influyente, pero no eres..

Armstead agarró las dos muñecas de Kim y las apretó con toda su fuerza.

—¡No me digas lo que soy o lo que no soy! Yo sé lo que soy. Lo dicen hasta las revistas. ¡Soy el Todopoderoso! ¡El Omnipotente!

—Te estás comportando como un loco —gimió Kim—. Por favor.. Pero él aumentó su presión sobre las muñecas, retorciéndolas y lastimándolas.

—¡No me digas que estoy loco!

—¡Pues todos lo dicen! —gritó ella—. ¡Todos lo saben! Hasta el doctor Scharf dijo..

Se contuvo y deseó poder tragarse esas palabras.

Armstead siguió frente a ella, estupefacto, mirándola fijamente.

—¿El doctor Scharf? —repitió—. ¿Le has visto?

—¡No! No, no..

El levantó la mano y le dio un par de bofetadas.

—¿Le has visto?

—¡No! —jadeó ella.

Armstead volvió a abofetearla.

—Le telefoneé —murmuró Kim—.Me tenias muy preocupada y.. hablamos.

—¿Scharf habló contigo?

—Pues.. claro.

—¿Y qué te dijo? —rugió Armstead.

Kim apretó los labios. La mano de él se alzó y cayó por dos veces, golpeándola en la mejilla y la mandíbula.

—¡Basta, por favor, Ed! —suplicó ella—. Lo hice por ti.., por tu propio bien. Llamé. y hablamos..

Armstead se dispuso a golpearla de nuevo, pero ella se protegió con el brazo, asustada, mezclándose sus lágrimas con sangre.

—¡Habla! —exigió él—. ¿Qué te dijo?

—Se mostró de acuerdo en que estás enfermo. Bueno, en realidad eso lo dije yo, pero él dijo que estabas sometido a una fuerte presión.. y se mostró preocupado. ¡No, Ed, no me pegues más!

Armstead se irguió en toda su estatura, con una sonrisa cruel en la cara.

—Ahora ya hemos aclarado la cosa. Scharf dice que estoy enfermo y Nesbit dice que estoy loco.

—No, Ed, escucha..

—El espía y la prostituta —dijo Armstead—. Ahora ya tenemos información de las más altas autoridades.

—Escucha, Ed..

—imploró ella.

Pero Ed ya no estaba.

Kim miró, asombrada, por encima de su hombro.

Armstead había salido del apartamento, como un huracán. Una hora m s tarde, Armstead y Dietz estaban sentados en un banco ante una mesa del bar del Four Seasons. Armstead hablaba, muy serio, y Dietz le escuchaba con la misma seriedad.

Cuando Armstead terminó, Dietz preguntó:

—¿Está usted seguro, jefe, de que ella dijo la verdad? ¿Cree que Scharf realmente habló con ella?

—Estoy totalmente seguro. Ya llevaba yo mucho tiempo sospechando de esa rata barriguda.

—¿Y cree que dejó entrever lo que ella asegura?

—Dalo por descontado. Kim no es lo bastante inteligente como para inventarse una cosa así. Estaba citando palabras de él.

—¿Y a qué nos lleva esto?

—Nos lleva al hecho de que Scharf cree que ocurre algo raro. Está preocupado y es capaz de andar husmeando por ahí, tal como lo hizo la chica Weston, y nosotros no podemos permitir que nadie se cruce en nuestro camino precisamente cuando estamos a punto de conseguir el premio gordo.

—Tal vez esté en lo cierto, jefe.

—Sé que estoy en lo cierto —afirmó enfáticamente Armstead—. Huelo peligro. Scharf es un peligro.

—¿Qué quiere hacer al respecto?

—Frenar a Scharf antes de que cause problemas. Apenas nos separemos esta noche, quiero que busques a alguien que pueda entrar en su consultorio y registrarlo. ¿Sabrás hacerlo?

—No habrá la menor dificultad —aseguró Dietz.

—Busca a alguien que entre esta noche en su despacho. No le costará mucho. Que borre mi nombre en su libro de notas, en su cuaderno de visitas, en sus copias de minutas, incluso en sus fichas, si las tiene. ¿Podrás disponerlo todo?

—Lo haré.

—Después quiero que nos libre de Scharf.

Librodot

—¿Quiere decir para siempre?

—No, eso no, maldito sea. Tiene esposa e hijos. Arréglalo para que sólo quede fuera de circulación por una temporada. Tal vez accidente en la calle, mañana, cuando vaya a trabajar.

—Claro —asintió Dietz—. Puedo organizarlo. Será un accidente. Pero lo que no puedo garantizar es la magnitud de.. de lo que ocurra.

—Limítate a hacer que pase unos días inmovilizado. Asegúrate de ello. Paga bien a tu hombre, cualquiera que sea la idea de éste. Estoy convencido de que lo arreglarás debidamente. Sé que siempre puedo contar contigo, Harry. Y ahora empiezo a tener hambre. ¿Y tú? Aquí, el hígado de ternera salteado siempre es muy bueno. Vamos a pedirlo. La gran esperanza de Edward Armstead, al entrar en su espacioso y elegante apartamento de la décima planta, era que su esposa Hannah no estuviera despierta. No quería tener que darle explicaciones por haber evitado de nuevo la cena en casa y su compañía. No quería escuchar sus quejas sobre su salud delicada y sus molestias corporales, y tampoco sobre la escasa atención que él le dispensaba. Deseaba estar solo, en la inexpugnable seguridad de su estudio a prueba de ruidos, ante su escritorio de estilo victoriano, para empezar a escribir el gran articulo, el artículo exclusivo más sensacional en la historia del periodismo.

Desde el vestíbulo de la entrada, Armstead echó un vistazo hacia la sala de estar y el salón, sin observar signos de vida. Se sintió complacido por ello, ya que si Hannah se quedaba hasta tarde solía estar sentada en su silla de ruedas en la sala de estar, dormitando ante la gran pantalla de televisión. Después se acostaba y a las diez dormía, y ahora eran ya las diez y treinta y cinco. Aliviado, entró en el amplio pasillo al que daban las puertas de los dos dormitorios a un lado, y la formidable puerta de roble de su estudio privado, en el opuesto.

Caminando de puntillas sobre la moqueta del pasillo, vio que la puerta del primer dormitorio, el dormitorio de Hannah, estaba abierta y que las luces de la habitación estaban encendidas. Su corazón dio un vuelco. Aquello significaba que Hannah estaba despierta y le esperaba. Ansiando estar equivocado, aminoró el paso, miró hacia el interior y se detuvo. Efectivamente, ella estaba allí, sentada en la silla de ruedas junto a su cama. Vio sus ojos hundidos en su rostro demacrado y arrugado, que contemplaban retadores los suyos.

—¿Todavía no te has acostado? —preguntó Armstead—. Deberías estar descansando ya.

—Y tú también —repuso ella—. Te he estado esperando. ¿Porqué llegas tan tarde? ¿Dónde estabas?

—Cenando con Harry Dietz. Teníamos que hablar de varios asuntos.

—¿Y antes?

—En mi despacho, desde luego.

—Saliste de tu despacho a las cinco —dijo Hannah.

Los dientes de Armstead rechinaron. Aquella arpía iba a ponerse pesada. De algún modo, se había enterado de dónde había estado él entre la oficina y la cena. Era mejor admitirlo, ablandarla con su confesión, enfocar la cosa desde una perspectiva adecuada, y entonces ella no se sentiría tan agraviada. Pero antes de que pudiera hablar, volvió a hacerlo ella.

—Al salir de tu despacho, Edward, fuiste al apartamento de Kim Nesbit.

Armstead hizo chasquear los dedos.

—¡Es verdad! Lo había olvidado. Una breve visita para ver si se encontraba mejor.

—La breve visita duró más de una hora.

—¡Por favor, Hannah! ¿Qué es esto? En realidad, Kím es casi como de la familia. La muerte de mi padre la afectó muchísimo. Desde entonces, la he ido a ver dos o tres veces para expresarle mi condolencia.

—Dos o tres docenas de veces —le corrigió Hannah con dureza—. ¡Es mucha condolencia!

—¡Maldita bruja! —gritó Armstead—. Me has estado espiando, has hecho que me siguieran..

Hannah apretó los labios y se aferró a los brazos de la silla de ruedas hasta que los nudillos se le tornaron blancos.

—Lo que pasa es que lo sé —dijo con voz temblorosa—. Tengo mis fuentes de información. ¡Y no permitiré que me humilles!

—Haré lo que me dé la gana —replicó Armstead—. ¡Y tú no podrás evitarlo!

—Es mucho lo que yo puedo hacer, si quiero. Olvidas que mi padre ayudó a financiar al tuyo cuando éste se vio en apuros. Mi padre me dejó sus acciones. Poseo al menos la mitad de las acciones de tus negocios. Podría venderlas y causarte no pocos problemas.

—Empezó a gimotear, mientras procuraba regularizar la respiración—. Edward, yo no quiero hacer nada semejante. Sólo quiero que tú seas amable conmigo, que te portes decentemente.

—Yo seré lo que quiero ser —dijo Armstead, iracundo—. No te metas en mi camino. Y si alguna vez vuelves a hacer que alguien me siga y yo me entero, te arrepentirás, te juro que te arrepentirás. Recuerda, Hannah, que te lo he advertido.

Y dicho esto, salió y cerró violentamente la puerta del dormitorio.

Ciego de rabia, avanzó por el pasillo hasta llegar a la gruesa puerta de roble. Mientras buscaba en su bolsillo la pesada llave —la única llave existente para aquella habitación—trató de serenarse, Todo funcionaba a la perfección, sin un fallo, excepto las mujeres. Todas sus contrariedades las originaban mujeres. Primero, aquella jovencita entrometida, la chica Weston, en Paris. Después, Kim, la ramera, traicionándole y colaborando con su psicoanalista. Y ahora aquel esqueleto del dormitorio, que le había hecho seguir los pasos y que incluso le amenazaba.

Al insertar la llave de plata en la cerradura de la puerta de su estudio, hizo una pausa para revisar las implicaciones de lo que Hannah había estado diciendo. Estaba enterada de sus visitas a Kim, de cada visita, porque había recurrido a los servicios de una agencia de detectives para que le siguieran a todas partes y observaran todo movimiento suyo. No le importaba un rábano cuántas veces le hubieran visto visitar a Kim, pero tal vez le hubieran visto encontrarse con otras personas. Personas como Pagano, por ejemplo, aunque en tales casos siempre podía existir una explicación inocente. Sin embargo, la persecución de la que Hannah, en sus celos, le hacía objeto, podía conducir a lances peligrosos. Especialmente en los próximos días. Debía hacerse algo, y sin perder tiempo.

Dio vuelta a la llave, empujó con el hombro la pesada puerta y entró en su estudio privado. Antes de encender las luces se quedó de pie en la oscuridad, reflexionando.

Pensó entonces que podría ser sensato mostrar ante Hannah un cierto arrepentimiento. Por ejemplo, servirle el desayuno por la mañana. Sí, eso haría. Por la mañana, sustituiría al ama de llaves y, personalmente, prepararía el desayuno de Hannah y se lo serviría en la cama. Ollie McAllister, al que rara vez se le había convocado para reunirse con el dueño del diario en terreno ejecutivo, entró cautelosamente en el despacho de Armstead, con una carpeta bajo el brazo.

Meciéndose en su sillón basculante tapizado en cuero y fumando su primer cigarro del día, Armstead le miró con fijeza. Últimamente no había mantenido un contacto regular con los cargos directivos de su personal, ya que prefería limitar todas sus reuniones a las que celebraba con Harry Dietz, pero esa mañana Armstead había llegado muy temprano, antes que Dietz. La noche anterior, Armstead había estado trabajando de firme y durante largo tiempo en el primer borrador de su obra maestra —el gran articulo—y después había dormido con un sueño ligero, alerta en su subconsciente para levantarse lo bastante temprano como para

Librodot

preparar el desayuno de Hannah y servírselo. Ante este rasgo de amabilidad, Hannah se había mostrado agradecida hasta el punto de derramar lágrimas.

No encontrará todavía a Dietz significó para Armstead una leve contrariedad. Había un asunto que había quedado pendiente de conclusión la noche anterior y que debía rematarse a primera hora de la mañana, y Armstead deseaba conocer el resultado. Había esperado una hora a Dietz y, al ver que éste todavía no aparecía, la impaciencia de Armstead fue en aumento. Fue entonces, poco antes de las diez, cuando se le ocurrió otra manera de averiguar la conclusión de aquel asunto. Hizo llamar a Ollie McAllister y pidió los primeros sumarios de noticias locales procedentes de la sección metropolitana.

Y ahora el inquisitivo McAllister se encontraba ante él, con la carpeta.

—Siéntese, siéntese, Ollie —invitó Armstead.

McAllister se acomodó con dificultad en uno de los sillones de mimbre frente a la mesa escritorio de su jefe.

—¿Quería usted únicamente los sumarios de noticias metropolitanas? —preguntó McAllister, sólo para estar más seguro.

—Me había olvidado demasiado de las noticias de la ciudad —dijo Armstead—, pero estos últimos días les he echado algún vistazo. No son como para entusiasmar a nadie. Pacotilla casi ínfima.

Inmediatamente, McAllister ofreció excusas.

—No ha habido gran cosa en el ámbito local. Todo lo mejor ha procedido del extranjero. Las exclusivas de Bradshaw han dominado el espacio.

—Desde luego —dijo Armstead—. Sin embargo, he pensado en echarles una ojeada para ver si podemos mejorarlas. Deme los sumarios de hoy.

McAllister se levantó a medias para entregar la carpeta a Armstead, por encima de la mesa.

—En esta hora, treinta posibles noticias. He destinado nueve columnas de las ciento noventa disponibles para la sección de noticias. Nueve columnas para las locales. Lo basamos en una primera edición de sesenta páginas.

—Veamos qué tenemos aquí —dijo Armstead, abriendo la carpeta y acercando el sillón a su mesa.

Hojeó los sumarios de la sección metropolitana, fingiendo leer varios de ellos. Después separó una página.

—¿Qué es eso acerca de ese tipo que se anuncia como candidato a la alcaldía? No me parece demasiado interesante.

—Es un novelista, sí, pero pensamos que podía ofrecer una nota de un cierto colorido.

—Por Dios, Ollie, ¡van a publicarle un nuevo libro! Esto es un truco publicitario. No le conceda más que unas líneas.

—Volvió a meter la hoja en la carpeta y siguió revisando las otras. Después separó las otras páginas—. ¿Un hombre muerde a un perro? ¿Se trata de una broma?

—Es que en realidad ocurrió —alegó McAllister, buscando una sonrisa—. Lo metieron en chirona, claro.

—Y yo voy a meter esa noticia aquí —repuso Armstead, arrugando la hoja y dejándola caer en la papelera—. En este diario no tenemos espacio para los chiflados.

—Siguió volviendo páginas, hasta que se detuvo otra vez—. Unos hermanos siameses en Bellevue. De raza blanca. ¿Están bien?.

—Gozan de buena salud.

—Adelante con ella. Los fenómenos son otra cosa. A los lectores les gustan los fenómenos.

Librodot

—Sí, señor.

Armstead continuó hojeando los sumarios, inspeccionándolos brevemente, buscando el resultado del asunto que había dejado sin concluir. De pronto se detuvo y extrajo una página.

—¿Qué es esto? Psiquiatra gravemente herido por un automovilista que seda a la fuga. Su estado es grave. ¿De dónde ha salido esto?.

—De Simms, que lo sacó de la policía de tráfico. Telefoneó esta mañana. El médico cruzaba la calle para ir desde un aparcamiento a su oficina. Un coche tomó una curva a gran velocidad y (es posible que el conductor no lo viera) golpeó al peatón en la pierna y el costado izquierdos. Fue un impacto tremendo que lo arrojó a diez metros de distancia y lo estrelló contra un vehículo aparcado. El coche se dio a la fuga.

—¿Alguna pista sobre el coche que lo atropelló?

—No hubo testigos oculares. Todo sucedió en breves segundos. Por ese lado no vamos a saber nada.

Ocultando su satisfacción, Armstead se concentró en la hoja.

—Hum. El doctor Carl Scharf. Nunca he oído hablar de él. ¿Y usted?

—No, pero intentamos saber algo. Puede ser noticia si tiene algún paciente importante.

Armstead soltó un bufido desdeñoso.

—No lo creo. ¿Ha visto dónde está el consultorio de ese psiquiatra? En la calle Treinta y seis de Broadway. ¿Qué clase de psiquiatra tendría un consultorio en semejante vecindario? Debe de ser un don nadie, igual que sus pacientes.

—Ya le he dicho que lo averiguaremos.

—No pierdan el tiempo —ordenó Armstead, arrugando la hoja de papel—. Poco más interesante que el robo del bolso de un ama de casa.

Arrojó la bola de papel a la papelera.

—Creo que tiene usted razón, señor Armstead.

Seguidamente, Armstead examinó con premura los papeles que quedaban en la carpeta, cerró ésta y se levantó.

—Creo que tiene usted razón al decir que la noticia local anda un tanto baja —entregó la carpeta a McAllister—. Está bien, haga cuanto pueda, Ollie. Gracias.

Vio salir de la habitación a su subordinado y entonces tomó el encendedor de ónix de sobremesa, lo encendió y aplicó la llama a su cigarro ya frío.

Acudió a su mente una breve imagen de su rechoncho psicoanalista. El hijo de perra le había traicionado, pero él había dado su merecido a aquel mal nacido. Esperaba que Scharf no muriese, pero si lo hacia se lo habría buscado. Lo importante era que una filtración había quedado taponada. Quedaba otra de la que se ocuparía después de almorzar. Una hora después del almuerzo, Dietz asomó la cabeza en el despacho.

—Ha venido a verle Victoria Weston, jefe.

Armstead le hizo un signo para que entrara y Dietz obedeció, cerrando la puerta tras él.

—He leído en los sumarios la noticia del psiquiatra que se interpuso en el camino de un automovilista —dijo Armstead.

—Quería comunicárselo yo mismo, pero esta mañana se me han pegado las sábanas. Lo siento, pero es que pasé casi toda la noche levantado, ocupándome de ese asunto.

—Buen trabajo, Harry. En el sumario se decía que su estado es grave. ¿Hasta qué punto?

—Es prematuro decirlo. He preguntado en la sección metropolitana acerca de diversas noticias, y me enteré allí de que, según el último parte médico, sigue inconsciente. Conmoción cerebral, fracturas múltiples, y tal vez la columna vertebral rota. Todavía estaba en el quirófano.

Librodot

Armstead desenvolvió otro cigarro.

—Espero que se reponga. Tenme informado. Bien, veamos ahora a la señorita Weston.

Armstead estaba atareado ordenando varios memorándums en su mesa cuando Victoria Weston entró en el despacho.

—Buenas tardes, señor Armstead. Hace mucho tiempo que no le veía.

El le señaló un sillón frente a él y, mientras encendía su cigarro, sus ojos recorrieron a la joven. Esta había dejado en la otra silla su boLso y su impermeable y se había sentado. Llevaba lo que era evidentemente un conjunto francés nuevo: chaqueta de terciopelo, blusa blanca con encajes y una falda escocesa. Estaba atractiva y conservaba toda su compostura, pero, según juzgó Armstead, se mostraba demasiado alerta. Podía ofrecer dificultades.

—¿Qué tal ese vuelo desde Paris? —pregunto.

—Excelente. Hubiera llegado ayer, pero sólo pude conseguir pasaje para otro avión posterior.

—Sin embargo, espero que hayas podido dormir un poco, para eliminar el cansancio del viaje.

—Me encuentro perfectamente —aseguró Victoria.

—Quería decirte que estamos muy contentos de ti. Tus reportajes han sido muy satisfactorios. Y te has encontrado en el lugar exacto cada vez que ha surgido una noticia.

—Temo que ello no le haya servido a usted de mucho —repuso Victoria—. Usted ya tenía toda la información en sus manos antes de que yo pudiera transmitírsela.

—Esto se debe a contar con una organización de información de primera línea, Victoria. Sin embargo, siempre nos alegramos de que tú estuvieras allí como refuerzo, en caso de que algo fallase.

—Señor Armstead..

—empezó a decir la joven. "Ya vamos al grano —pensó Armstead—. Va a mostrarse difícil.". .sólo hay una cosa que me inquieta —estaba diciendo ella—. El que usted me haya hecho regresar en este momento. Como expliqué al señor Dietz, yo seguía la pista de una primicia formidable, algo que con toda seguridad había de interesarles muchísimo..

—Claro, y pensamos seguirla. Sin embargo, pensé que debía comentarlo antes contigo, personalmente.

—Pero es que mientras hablamos, todo puede evaporarse..

—protestó ella.

—No te preocupes, Victoria. Apenas nos enteramos del asunto, asignamos a uno de nuestros hombres en París la misión de no perder de vista el lugar. ¿Dónde era? Si, en la Rue de Seine y la Rue Jacob. Tenemos a alguien que lo vigila. Pero yo quería saber más, directamente de ti, antes de profundizar en esta búsqueda. No quería cometer errores ni perjudicar nuestra credibilidad. En poco tiempo, hemos batido todas las marcas, y cada noticia exclusiva nuestra ha demostrado ser verídica en un ciento por ciento. Somos la envidia de todo el país, y nuestra circulación aventaja la de todos los diarios. No estoy dispuesto a poner en peligro esta posición, anunciando con bombo y platillos una noticia que después no pudiéramos confirmar. Sería nuestro primer paso en falso. Por tanto..

—Pero, señor Armstead —le interrumpió ella—, yo estuve allí y vi cómo ocurría todo. Les vi secuestrar a Carlos.

—¿De veras? —Armstead exhaló una nube de humo—. Victoria, debes perdonarme, pero yo soy perro viejo en estas cosas, y tú eres nueva y relativamente inexperta. En mis tiempos, asistí a innumerables juicios por asesinato en los que cinco testigos oculares dieron cinco descripciones diferentes del asesino. Quiero decir que, al fin y al cabo, todos somos humanos..

—Señor Armstead, puede usted creerme.

—Y te creo. Pero mi instinto natural, que me mueve a meterme en un asunto así con la máxima prudencia, a recurrir a la cautela antes de actuar, hace que haya querido hablar primero contigo. El hecho es que yo creo que eso tiene posibilidades de noticia de primera plana. Por esto te he hecho venir hasta aquí, para decidir por mi cuenta si hemos topado con algo de peso. Por tanto, vamos a comenzar desde un buen principio. Tú estabas en la Rue de Paradis, vigilando la Rue Martel..

—Vigilando el escondrijo que utilizaba Carlos.

Armstead levantó su mano con el cigarro.

—Un momento, Victoria. La última información la tuvimos de Nick Ramsey, después de haber sido secuestrado y haber oído que alguien de la banda de Carlos decía que iban a cambiar de sitio. Y de hecho, cuando lo notifiqué a la Súreté, hicieron un registro en el número doce de la Rue Martel y encontraron que el apartamento ya estaba vacío. Carlos se había trasladado a otro lugar.

—Pero yo descubrí que no había hecho sino trasladarse a la casa vecina.

—¿Y cómo lo descubriste?

—Pues yo..

—miró a Armstead, perpleja—. Creí habérselo explicado. Es posible que lo olvidara. Bien, después de llegar Nick a Washington recordó algo que omitió decirle a usted, ya que se le fue de la cabeza, y cuando hablamos por teléfono me lo contó. El miembro de la banda de Carlos que mencionó el traslado dijo también que se iban al número diez. Y yo recordé que había un número diez junto al antiguo escondrijo del número doce.

—Muy meritorio por tu parte, Victoria, pero no deja de ser un tiro en el aire. Debe de haber en París innumerables casas con el número diez. El terrorista pudo haberse referido a cualquiera de ellas, en cualquiera de muchas docenas de otras calles.

—Si, podía ser —concedió Victoria—, pero no era así. Se refería al número diez de la Rue Martel, en la puerta contigua. Y esto era lo que Nick y yo habíamos deducido. ¿Por qué iban los miembros de la banda de Carlos a exponerse a la vista del público, yendo de un lado a otro de la ciudad? ¿No era más seguro trasladarse a la casa de al lado? Y en realidad, esto fue lo que hicieron.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque vi al propio Carlos, su jefe, salir del edificio.

Armstead chupó su cigarro.

—Victoria, ¿cómo sabes que era Carlos? ¿Le has visto alguna vez en persona?

—Claro que no —replicó Victoria, exasperada—, pero antes, cuando trabajábamos en la serie de los terroristas, Nick me lo describió y me enseñó fotos de él en recortes de prensa. Finalmente, al cabo de unos pocos días, decidí asegurarme con absoluta certeza. Fui a nuestras oficinas en París, saqué todas las fotos archivadas, y entre ellas había una reciente del hombre al que yo vi salir a la Rue Martel y ser secuestrado en ella.

—¿Y qué te hizo pensar que lo secuestraban?

—Pues porque..

—Victoria titubeó—. Subió., subió a un taxi y se sentó en medio del asiento posterior, como pasajero. Entonces el taxi arrancó, viró de repente hacia un segundo pasaje de entrada de vehículos y desapareció. Al cabo de unos segundos volvió a salir marcha atrás, y pude ver que en el asiento posterior había otros dos hombres, y a Carlos, que había ocupado el centro del asiento, ya no se le veía. Era evidente que le habían obligado a echarse en el suelo y que lo estaban reteniendo por la fuerza.

—¿No viste que eso ocurriera?

—No, no lo vi, pero era evidente. Armstead se mantenía escéptico.

—Tal vez fuese Carlos sentado todavía en el asiento posterior, pero que se había hecho a un lado cuando el taxi entró en el pasaje, para recoger a otro pasajero. ¿No es esto posible?

—Es posible —tuvo que admitir Victoria—, pero no creo que fuese lo que ocurrió.

—No crees que fuese lo que ocurrió —repitió Armstead—. ¿Y después?

—Corrí en busca de mi coche y pude seguir al taxi hasta la Rive Gauche, la Rue de Seine y la Rue Jacob. La madriguera de otra banda.., la que secuestró a Carlos.

—¿Y viste a esa supuesta otra banda meter a Carlos en su madriguera?

—No.., yo no lo vi. Estaba aparcando el coche.

—¿Viste en algún momento a miembros de esa supuesta banda?

—Una sola vez. Pero no en realidad. Vi salir a dos hombres en el taxi. Quise seguirlos, pero un policía me estaba poniendo una multa por aparcamiento indebido. Y ellos se marcharon.

—Si te enseñáramos fotos de terroristas pertenecientes a varios grupos, ¿crees que podrías identificar a esos dos hombres?

—Creo.. creo que no. En realidad no pude ver claramente a ninguno de los dos. Procedieron con gran rapidez.

—Pero, ¿sigues creyendo que miembros de otra banda terrorista mantienen prisionero a Carlos? Yo me pregunto por qué han de correr ese riesgo.

—Yo no puedo imaginarlo.

—Ni yo —concluyó Armstead—. Es posible que exista alguna rencilla entre bandas, pero lo dudo. Lo dudo mucho. No creo que nadie se atreva a hacer algo que pueda contrariar a Carlos. Sin embargo, siempre puede existir ese alguien. Y por esta razón seguiré la pista.

—Yo pensaba que usted me mandaría allí otra vez, que me dejaría seguirla a mí.

Victoria no estaba dispuesta a dejarse despedir.

Armstead apagó la colilla de su cigarro en el cenicero.

—Respeto tu perseverancia, Victoria, pero en este caso no creo que esté justificada. Seguiremos por nuestra cuenta ese asunto en Paris, y utilizaremos a alguien que se encuentre allí. Tenemos muchas cosas para mantenerte a ti ocupada aquí.

—Así lo creo —dijo Victoria, levantándose y tomando su impermeable y su bolso—. Lo que siento es que ésta no haya funcionado.

—Si lo hace, serás la primera persona informada al respecto y tendrás tu parte en el crédito. Tómate el resto del día libre, y ven a trabajar mañana por la mañana.

—Gracias, señor Armstead, pero quiero pasar un rato en mí mesa y revisar lo que se ha apilado en ella. Después, iré a mi apartamento, desharé la maleta y dormiré un poco.

—Puedes utilizar un coche de la casa hasta que dispongas del tuyo.

—Gracias otra vez. Antes de salir del edificio del Record, Victoria se detuvo en la mesa para inspeccionar y clasificar la acumulación de correspondencia desde que partiera para Europa. Necesitó quince minutos para despejar la mesa y llenar su papelera al descartar folletos publicitarios, cartas inútiles y notas interiores ya sin interés.

Al terminar, todavía descorazonada por su entrevista con Armstead, recorrió el pasillo, dispuesta a salir, cuando chocó con Harry Díetz, que se encaminaba apresuradamente hacia su despacho. El la sostuvo, la ayudó a recuperar el equilibrio, y se excuso.

Después, al soltarla, Dietz escrutó el semblante de ella.

—¿Por qué tan enfurruñada, Victoria? ¿No le gusta encontrarse de nuevo en casa?

—Bueno, yo..

Dietz asintió, con un gesto de comprensión.

—Ya lo sé todo. El señor Armstead me ha informado brevemente acerca de su conversación. Bien, todos hacemos suposiciones y todos cometemos errores. Sin embargo, en previsión de que aquí pueda haber algo, él seguirá el asunto. Puede usted confiar en él. Si la cosa resulta, él le otorgará el crédito debido. Yo le prometo que lo compartirá con Bradshaw. ¿Qué le parece?

Y sin esperar su respuesta, Dietz se alejó apresuradamente.

Mientras se dirigía hacia el ascensor, Victoria trató de remedar la pregunta para sus adentros: ¿Qué le parece?

Y al entrar en el ascensor, enfurecida, dio su respuesta a esa pregunta: ¡Váyase a paseo, señor Harry Dietz!

Al salir del ascensor al vestíbulo, se detuvo y revisó lo que Dietz le había dicho.

El seguirá el asunto. Puede usted confiar en él. Si la cosa resulta, él le otorgará el crédito debido. Yo le prometo que lo compartirá con Bradshaw.

Con Bradshaw.

No había ningún Bradshaw. Y ellos lo sabían. También ella lo sabía. Pero., ellos no sabían que ella lo sabía.

Desde luego, todo era un embuste. Lo que Armstead le había prometido no tenía ninguna intención de cumplirlo. El no creía en su historia. Simplemente, se la había quitado de encima.

Su cólera aumentó al calibrar aquella injusticia. Armstead y Dietz la estaban tratando como si fuera una chiquilla, una reportera novata, sin la menor experiencia. Y sin embargo, ella había visto aquel suceso en París, lo había visto con sus propios ojos, y había dado crédito a lo que vio. No estaba equivocada. Ellos, los peces gordos, los sabihondos que no sabían nada, eran los equivocados. Y de pronto quiso darles una lección, demostrarles su valía.

Había un teléfono público cerca de la salida, y estaba libre. Victoria se encaminó hacia la cabina, se encerró en ella, y busco su tarjeta de crédito personal. Cuando la tuvo, pidió conferencia con París. Quince minutos mas tarde, Harry Dietz recibió en su despacho de la sexta planta del Edificio Armstead una inesperada llamada telefónica que le causó viva inquietud. Tras escuchar, dijo.

—No, no sé nada de todo esto. Tal vez el jefe esté enterado. Déjeme ver si el señor Armstead está aquí. Si está, creo que será mejor que hable usted con él. No se retire.

Dietz dejó la comunicación abierta, se levantó, se dirigió hacia la puerta privada que daba al despacho del propietario del Record, llamó secamente y asomó la cabeza. Armstead estaba sentado ante su mesa, y solo.

Dietz entró en el despacho y se acercó presuroso a la mesa escritorio de su jefe.

—Señor Armstead, hay una llamada..

Armstead inclinó la cabeza en un gesto interrogativo. Acabo de recibir una llamada de la oficina de Paris, de Sid Lukas, y creo que tal vez querrá usted atenderla.

—¿Sid Lukas? —Armstead miró la hora en el reloj que había sobre su mesa, y calculó la hora en París—¿Precisamente ahora? ¿Qué ocurre?

—El se lo explicará —le apremió Dietz.

Dietz se colocó frente a la mesa y se sentó en el borde de un sillón, mientras Armstead, perplejo, apretaba el botón de su consola y descolgaba el teléfono.

—¿Qué hay, Síd? —preguntó Armstead.

—Señor Armstead, yo no quería molestarle, pero el señor Dietz ha pensado que tal vez pueda usted ayudarme. ¿En qué?

—Victoria Weston ha llamado hace diez minutos. Supongo que está otra vez en Nueva York. Por pocos minutos, no he podido recibir personalmente su llamada, pero ha dejado un

mensaje. Creo que se trata de algo muy importante, pues de lo contrario no les habría importunado.

Instantáneamente, Armstead se mostró alerta y dirigió una mirada a Dietz.

—Prosiga, Sid.

—Yo me encontraba en Lyon para un reportaje —explicó Lukas—, y acababa de llegar a París. Se me ocurrió pasar por la oficina para ver si había algo urgente en mi mesa antes de ir a casa. Verifiqué el contestador automático, y había un mensaje que me pareció muy importante. Una conferencia de Vicky Weston desde los Estados Unidos. Creí que ella todavía estaría trabajando y por esto la llamé aquí. Al no obtener respuesta, pedí que me pusieran con el señor Dietz, y éste creyó que debía hablar con usted.

—Pues aquí estoy —dijo Armstead—. ¿Qué desea saber?

—Pensé que ustedes podrían completarme el mensaje de Vicky. Es un tanto enrevesado. Sospecho que no quiso dar todo el mensaje al contestador automático.

—¿Cuál es el mensaje? —preguntó Armstead, aunque su expresión indicaba que ya lo sabia.

—El mensaje es el siguiente: "Digan al señor Lukas que tuve que dejar Paris cuando estaba en la mitad de una noticia importante. Nadie cree que la haya conseguido, pero es cierta. Recuerde que hace dos días revisé las fotos de terroristas en su oficina, y que hablamos sobre el jefe. Yo sé dónde está en este momento. Creo que deberían seguir esa pista. Dentro de una hora estaré en mí apartamento. Telefonéeme a cualquier hora a partir de entonces y le daré todos los detalles. Victoria Weston." Y dejó su número de teléfono.

—Sid Lukas hizo una pausa—. Desde luego, se refería a Carlos. Ella sabe dónde está y esto puede ser muy importante. Yo podría aprovechar en el acto cualquier detalle complementario, y esperaba que usted pudiera echarme una mano. De lo contrario, puedo conseguir de ella los detalles algo más tarde. ¿Sabe usted algo acerca de todo eso, señor Armstead?

No sin esfuerzo, Armstead soltó una risita.

—Sid, lamento tener que deshincharle el globo. Si, hoy he visto a la señorita Weston, y me lo ha contado todo. Yo le he señalado que ha sido víctima de una confusión, y que trataba de confundir a los demás. Se lo he demostrado, y le he dicho que lo olvidara todo.

—Entonces, ¿por qué diablos me viene con el cuento a mí? —se quejó Lukas.

—Porque es como todos los reporteros novatos —explicó Armstead—. Quiere demostrar su valía de la noche a la mañana. La obsesiona la idea de que vio a alguien que se parecía a Carlos, cuando en realidad sabemos que Carlos se encuentra en estos momentos en Trípoli. Esto es todo. Ignore las fantasías de Vicky y olvide este asunto.

—De acuerdo, señor Armstead, muchas gracias. Siento haberle molestado. Sin embargo, no sé qué voy a decirle a esa chica cuando la llame esta noche.

—No es necesario que la llame. Vaya a dormir.

—De acuerdo. Pero tal vez la llame, sólo por cortesía. Me mostraré muy cortés con ella, pero no le diré nada. Armstead tuvo que contenerse.

—Como quiera, Sid. Si quiere llamarla esta noche por cortesía, adelante. Y por otra parte, lástima que su historia no sea autentica.

Apenas Armstead colgó el teléfono, Dietz se apoyó con ambas manos en el otro lado de la mesa escritorio, reflejando la ansiedad en su rostro.

—¿No irá a permitir que él la llame, verdad, jefe? Piense que ella es capaz de persuadir a Sid para que eche un vistazo al asunto.. incluso puede que éste lleve a la Súreté al escondrijo de la Rue Jacob, y que allí no sólo encuentren a Carlos, sino también a Cooper y a todo nuestro equipo.. y que sigan la pista hasta nosotros. Es que..

—Tranquilo, Harry —repuso Armstead—. Victoria Weston no va a recibir ninguna llama de Sid Lukas esta noche.. ni ninguna otra noche.

—¿Por qué no?

—Harry —dijo Armstead con una sonrisa—, ella va a morir. Y tú vas a ocuparte inmediatamente de ello. Después de la llamada telefónica a Paris desde el vestíbulo, Victoria bajó al garaje del Edificio Armstead para pedir un coche de la casa. El último que quedaba disponible se encontraba sobre un elevador de engrase y Victoria tuvo que esperar media hora antes de que el mecánico terminara su tarea. Una vez al volante del Ford, salió con él y se sumió en el denso tráfico de Park Avenue.

Deseaba regresar a su apartamento cuanto antes para no perderse la llamada de Lukas. Sabia que éste telefonearía apenas llegara a París y escuchara los mensajes de su contestador automático. La posibilidad de una primicia sobre Carlos era una oportunidad que Sid no era capaz de perderse. Llamaría, desde luego, y ella quería estar en su casa cuando sonara el teléfono. No tendría precio el poder poner en evidencia a Armstead y Dietz, aquellos dos arrogantes papanatas, y demostrarles que ella no era una infeliz, sino alguien con tanta agudeza mental como ellos, por no decir más.

Frenada por el tráfico, parando y arrancando constantemente, Victoria tuvo tiempo para revivir su entrevista con Armstead y su breve encuentro con Dietz, y de nuevo se sintió irritada por su manera de tratarla.

Era increíble su desfachatez al tratar de inducirla a creer que seguirían atentamente su historia sobre Carlos, y aún más la de Dietz al decir que Bradshaw se ocuparía de ello.

Bradshaw. Que Dietz pretendiera que Bradshaw existía y que les había proporcionado todas aquellas primicias sensacionales, cuando ella sabia..

Y en aquel preciso instante, ella supo.

Notó cómo los brazos se le ponían de piel de gallina, y sus dedos se aferraron al volante con más fuerza al crisparse todo su cuerpo. Como un torrente, acudían a ella las respuestas increíbles a las preguntas que se había estado formulando las últimas semanas. Como un relámpago que inundara con su luz cárdena y cegadora una zona oscura, iluminando todo lo que durante tiempo había estado oculto.

Y en aquellos momentos de pasmosa revelación, Victoria pudo ver toda la verdad. Era demasiado escandalosa, incluso horripilante, para darle crédito, pero era la verdad puesto que no podía haber otra. Todo se presentaba ante ella: quién era Mark Bradshaw; por qué ella y Nick siempre habían sido enviados a lugares donde estaba a punto de producirse un acto de terrorismo, para adelantar relatos de fondo allí donde después golpearían los terroristas; cómo había obtenido el Record noticias exclusivas sobre el secuestro del primer ministro español, el rapto del secretario general de la ONU, el robo de los rollos del mar Muerto, el asesinato del primer ministro israelí, y el frustrado secuestro del papa en Lourdes; por qué Carlos no había sido detenido y encarcelado, y por qué se le había ordenado a ella, repentinamente, que abandonara París y regresara a Nueva York.

Todo esto tenía pleno sentido si.. Hizo girar el volante y se desvió de la corriente de tráfico para detenerse junto a la acera, para oír cómo latía su corazón y cómo su sentido común le dictaba la verdad definitiva. Tenía sentido si Edward Armstead estaba detrás de todo ello, si era el organizador y promotor de su propio grupo terrorista, si él era el verdadero Bradshaw que en secreto fabricaba todas aquellas primicias y exclusivas que aumentaban prodigiosamente la circulación de su diario e incrementaban cada vez más su poder.

Tenía que ser Armstead, pues no podía ser nadie más. No era posible, pero así había de ser.

La lógica se imponía, así como la certeza. Pero no la prueba.

¿Cómo probarlo?

Librodot

Si al menos fuese ella una reportera investigadora experimentada, sabría qué camino tomar. Pero entonces se le ocurrió pensar que sí ella no lo era, conocía a alguien con esta característica, y a esta persona debía recurrir. Tenía que telefonear a Nick Ramsey sin perdida de tiempo.

Alejándose de la acera, volvió a introducir su Ford en el tráfico y, temblando de excitación, buscó un teléfono público. Dada la extrema dificultad de encontrar a la vez aparcamiento y un teléfono público, Victoria consideró la posibilidad de ir a su propio apartamento en la calle Setenta y tres Oeste, pero comprendió que ello le exigiría demasiado tiempo y tal vez no encontrase ya a Nick Ramsey, lo cual, en ese momento, sería un desastre. Recordó que no lejos de donde se encontraba había cabinas telefónicas y aparcamiento fácil, y giró para alejarse de Park Avenue, atravesó la Quinta Avenida, y se dirigió hacia la plaza Rockefeller. Una vez allí, se detuvo ante el Edificio NBC, dejó su Ford y una propina generosa en manos del portero, y entró corriendo en el vestíbulo, en busca de una cabina.

Poco después, conseguía comunicación con la oficina del Record le Nueva York en Washington.

Nick Ramsey todavía trabajaba.

—¿Puedes hablar con libertad? —quiso saber Victoria.

—Contigo en cualquier momento —contestó él—. Estoy sentado aquí, tratando de redactar un artículo de relleno para la conferencia del presidente en Londres.

—Escúchame, Nick..

—Oye, ¿qué te ocurre? Pareces muy excitada.

—Es que lo estoy. A punto de reventar. Estoy en Nueva York..

—¿Como es eso? Creía que me llamabas desde Paris. ¿Qué pasa?

Victoria trató de exponer la situación con la mayor rapidez.

—Nick, tu pista me condujo hasta Carlos. Vi cómo lo secuestraba otra banda.

—¿Tú lo viste? Pero.. ¿por qué iba alguien a querer.. o a atreverse a secuestrarlo?

—No lo sé. Se lo expliqué a Dietz, y sólo sé que me ordenaron regresar a Nueva York y contárselo todo a Armstead. Así lo hice. El no me creyó, pero me prometió hacer averiguaciones. Si mi noticia se confirma, compartiré el crédito con Mark Bradshaw.

—¿Con Bradshaw? Pero si él no..

—Lo sé, y tú lo sabes, pero Armstead ignora que lo sabemos. Esto es lo que me dio la idea. ¿Cómo pude haber sido tan ciega? Lo tenía todo ante mis ojos. La verdad, la auténtica verdad. Quién está detrás de la última ola de terrorismo., quién escribe esas exclusivas para el Record..

—Te estoy escuchando —oyó que decía Ramsey. No había ironía en su voz y ella trató de imaginárselo en el otro extremo de la línea, con el receptor apretado contra su oreja, serio y sobrio, dispuesto a oír lo que ella dijera—. Continúa, Vicky —añadió.

Alentada, ella siguió hablando. Vertió en el teléfono todo lo que había en su mente, sin omitir nada. Y a medida que hablaba, su certidumbre iba en aumento. Ni una sola vez Ramsey la interrumpió o la contradijo. Seguía con la mayor atención su explicación. . Finalmente, Victoria terminó su relato y entonces quiso oír la respuesta de él.

—Ahí lo tienes, Nick —concluyó—. Ahí lo tienes todo.

Siguió un breve silencio y por último Ramsey murmuró:

—Edward Armstead.. ¿De modo que crees que es Armstead?

—Sé que es Armstead.

—Pero si es él, ¿por qué.. por qué lo hace? Tiene todo el dinero del mundo.

Librodot

—Pero no tiene identidad, o al menos no la tenía cuando se quedó con el diario. Tú mismo me lo dijiste una vez. Ha de ser alguien. Quiere poder. Y parece.. no sé, parece como si estuviera un poco loco.

—Podría ser —dijo Ramsey, pero había un matiz de duda en su voz—. Sin embargo, no es posible. Has establecido una teoría, pero no obstante me parece desorbitada. Armstead alquilando mercenarios, empleando terroristas, cometiendo actos criminales, asesinando.. No parece posible.

—Todo es posible, Nick, todo. La lógica se impone, y no hay contradicción para la lógica. No hay otra explicación.

—No sé encontrar otra mejor —admitió Ramsey—. Pero supongamos que todo lo que has dicho es cierto. ¿Qué puedes hacer tú al respecto? ¿Qué puedes hacer sin pruebas?

—Puedo acudir a la policía, procurar que investiguen el asunto.

—Te echarían con cajas destempladas. Lo sabes perfectamente.

—Lo sé —confesó Victoria, compungida—. Necesito pruebas. Creo que por esto te he llamado. Necesito ayuda. Tal vez tú puedas sugerir algo. ¿Qué harías tú si te encontraras en mí lugar?

Ahora Ramsey habló con el mayor aplomo.

—Ante todo, me rodearía de precauciones, procedería con cautela, vigilaría todos mis pasos. Porque si te encuentras cerca de la verdad, Vicky, corres el peligro de pisar una mina y hacerla estallar. Si Armstead está implicado, ya te tiene catalogada como una amenaza. Acaso por esto te hizo regresar. Si persistes, si le acosas demasiado, cabe que Armstead se vea obligado a.. a eliminarte.

—Justa advertencia —reconoció Victoria—. Pero ¿y después? En mi lugar, ¿qué harías tú después?

—Pues bien..

—Titubeó un rato—. Pruebas, necesitas pruebas. Y es casi imposible imaginar dónde podrías encontrarlas. No obstante, hay dos fuentes, próximas las dos a Armstead, y en mí opinión no muy apegadas a él. Una es su esposa, Hannah. Durante años, las ha pasado muy negras a su lado, sobre todo, en los últimos dos. ¿La conoces?

—He oído hablar de ella.

—La otra es Kim Nesbit. ¿Te suena el nombre?

—Un poco. Era una actriz de Broadway, cantante o algo por el estilo, y la querida de Ezra J. Armstead.

—¿Esto es todo lo que sabes?

—No sé nada más.

—Ahora es la amante de Edward Armstead. El la heredó de su padre.

—¡Bromeas!

—Puedes creerme. Kim también está pasando las de Cain, según he oído decir. Armstead la ha tratado de un modo abominable. Son dos cosas que se saben. Yo ignoro cuáles son los sentimientos de ella por él en este momento. Puede mostrársele leal, pero también puede estar indignada y sentir sed de venganza. Si tienes suerte, tal vez puedas sacar tajada de esta segunda posibilidad.

—¿Y si no la tengo?.

—Es muy capaz de explicarle a Armstead lo que tú estás haciendo.

—Correré este riesgo. Pero ante todo he de saber dónde puedo verlas.

—Tengo aquí la dirección de Hannah y Edward Armstead. Y también la del apartamento de Kim Nesbit.

—¿Y cómo sabes tú todo esto? —inquirió ella.

—Recuerda que soy un reportero investigador. En cualquier empleo, siempre observo la política de investigar en primer lugar a mi jefe.

—De acuerdo. Dame las direcciones.

Ramsey se las leyó y ella las anotó debidamente.

—Te sugiero que empieces por Kim —dijo Ramsey.

—Es precisamente lo que pensaba hacer. Gracias, Nick.. te echo mucho de menos.

—Y yo también a ti. Me gustaría estar a tu lado para echarte una mano, pero ya sabes que pasado mañana me voy a Londres. Si me necesitas, estaré en el Hotel Athenaeum..

—De acuerdo.

—Es más, si necesitas con urgencia ayuda o un consejo, llama a la Casa Blanca y pregunta por Sy Rosenbloom. Forma parte del equipo del presidente, como ayudante en el Ala Izquierda, y él estará siempre allí. Tu padre le conoce y simpatiza con él. Sy es uno de mis mejores amigos. Compartimos el mismo cuarto en el colegio.

—Sy Rosenbloom. Lo recordaré. ¿Piensas decirle lo que ocurre?

—No, esto no. Desde luego, no en este momento. Pero él ya ha oído hablar de ti y sabe que hemos trabajado juntos. Claro que si las cosas se ponen muy feas y te ves en apuros, si necesitas información, ayuda, o alguien que responda por ti.. puedes contárselo todo a él, desde el principio hasta el final. Pero procura siempre hablar conmigo primero.

—Así lo haré. Te deseo un buen viaje, Nick.

—Lo mío no importa. Eres tú quien me preocupa. ¿Tendrás mucho cuidado?

—Mucho.

—¿Cuándo piensas empezar a buscar la prueba?

—Esta noche, Nick. Exactamente, dentro de un minuto. Dos sorpresas aguardaban a Victoria después de llamar al timbre de la puerta de Kim Nesbit.

La primera fue que Kim Nesbit, que al parecer había utilizado la mirilla, abrió personalmente la puerta. La otra fue que Kim Nesbit pareciera ser tan joven. Victoria esperaba ver a una mujer de muchos más años. Después de todo, había sido la querida del padre de Armstead. Sin embargo, en la entrada del recibidor, débilmente iluminado, ataviada con un pijama y un quimono de modelo oriental, con las facciones relajadas, y sus cabellos tan largos y rubios como los de Victoria, ofrecía un aspecto asombrosamente juvenil.

—Desde abajo, el conserje me ha dicho que usted pertenece al periódico —dijo Kim.

—Así es —asintió Victoria.

—¿Qué quieres de mí?

—Me gustaría hablar con usted un momento, si es posible.

Kim Nesbit se mostró suspicaz.

—¿Sobre qué?

Victoria sintió cierta inquietud, pero sabia que debía emplearse a fondo.

—Tengo entendido que es amiga del señor Armstead.

—Ja, amiga. Bien, tal vez si sea amiga suya. ¿Y qué?

Por primera vez, Victoria juzgó que Kim podía estar bebida.

—Pensé que tal vez pudiera hablar de él con usted.

—¿Se trata de una entrevista?

—No, es una cuestión personal —se apresuró a aclarar Victoria—. En realidad, se trata de algo que me agradaría poder hablar con usted en privado.

Kim la miró detenidamente.

—¿No la habrá golpeado Ed, verdad?

—¡Oh, no! Nada de eso.

—Está bien —rezongó Kim—. Entre.

Victoria pasó ante Kim para entrar en el oscuro vestíbulo, y en seguida quedó deslumbrada por el blanco resplandor de la gran sala de estar. Detrás de ella, Kim dijo: —Siéntese donde quiera. ¿Le apetece beber algo?. Victoria movió la cabeza con ademán negativo.

—No, gracias. Había tres sofás con cojines verdes, y Victoria eligió el que tenía a su izquierda. Vio cómo Kim se acercaba al bar, recuperaba un vaso a medio llenar y después se acercaba a ella. Pudo observar también que el paso de aquella mujer era incierto, y que la luz de la sala había incrementado considerablemente su edad. Iba desgreñada y había arrugas de preocupación en su cara. Kim se sentó en el sofá del medio, bebió lentamente un sorbo de su vaso, y depositó éste en la mesita de café.

—¿Qué pasa con Ed Armstead? —preguntó—. ¿Qué quiere saber y por qué?

Los dedos de Victoria recorrieron nerviosamente su bolso.

—No sé exactamente cómo empezar.

—Empiece como sea —la apremió Kim.

—Como usted ya sabe, trabajo para Edward Armstead. Pertenezco al nuevo equipo de reporteros del Record. Con un colega, fui a Europa por orden suya, a fin de reunir información para una serie de reportajes sobre el terrorismo actual y para otros artículos. Durante ese periodo, y recientemente, han ocurrido varias cosas que me han causado preocupación.

—¿Preocupación por qué?

—Por el propio señor Armstead. No.. no sé cómo decirlo. Quiero ser sincera con usted, pero estoy un poco asustada. Temo que pueda usted repetir al señor Armstead lo que tengo que contarle.

—¿Y que él la despida?

—Algo por el estilo.

—No sé qué pretende usted, ni si yo puedo ayudarla. Pero tenga una cosa por segura. Puede usted ser tan sincera como quiera, sin pensar ni por un momento que yo vaya a repetir nada. ¿Repetir algo yo? No voy a hablarle nunca más a ese hijo de mala madre. ¡Así le parta un rayo! —Tomó de nuevo su vaso y bebió otro sorbo—. ¿Qué le ha hecho ese mal nacido? Adelante, cuéntemelo sin reparos.

—Nada. A mi no me ha hecho nada, personalmente, pero me preocupa lo que pueda estar haciéndoles a otras personas.

Al parecer, Kim no entendió del todo estas palabras.

—Es mucho lo que nos ha hecho a su esposa y a mí. Nos ha ignorado por completo, ha abusado de nuestra buena fe. Es un hijo de perra. La mayoría de la gente no lo sabe, pero es un verdadero hijo de perra.

—Sobre este aspecto, yo no sé nada —repuso Victoria—. Yo me refería a la manera en que ha estado tratando a otras gentes en todo el mundo. Al daño que les puede estar causando. Me refiero a su interés por el terrorismo. Parece ser que está muy vinculado a terroristas, y es posible que favorezca, e incluso inspire, algunas de sus actividades. Lo cierto es que él sabe más que nadie sobre todos los recientes atentados terroristas. Es como si escribiera sobre ellos en el mismo momento en que ocurren. Es el primero en publicar estos sucesos. Y todo ello me hace pensar que tiene alguna conexión con el terrorismo.

Victoria había sido más directa de lo que había pensado, pero tuvo la sensación de que podía confiar en aquella mujer, y ahora sintió una sensación de alivio por haberlo dicho. Esperó la respuesta de Kim.

Kim estaba apurando su vaso.

—Terroristas..

—murmuró vagamente—. ¿Y usted cree que tiene algo que ver con ellos?

—Desearía saber lo que piensa usted, señorita Nesbit. Kim contempló su vaso vacío.

—El poder —dijo—. Le gusta. Aplastaría a cualquiera con tal de conseguirlo.

—¿Lo dice de veras?

—Haría cualquier cosa por el poder.

—¿Qué haría?

—Matar incluso.

Victoria no estaba segura de si la sobriedad de Kim era suficiente para saber lo que estaba diciendo.

—¿Puede probarlo? —preguntó.

Kim guardó silencio durante unos momentos.

—Puedo decirle muchas cosas..

—murmuró, pero alzó la cabeza y añadió—: pero no lo haré.

—¿No?

—No puedo.

—Con un esfuerzo, se puso en pie—. Será mejor que se vaya.

Y se encaminó hacia el bar, tambaleándose ligeramente, para servirse otra copa. Victoria se levantó a su vez, rápidamente, y la siguió.

—Si no se encuentra bien, tal vez podamos hablar en otra ocasión.

Kim dejó su vaso sobre el mueble bar.

—En otra ocasión. Ahora voy a echarme.

Victoria anotó algo en su libreta, arrancó la página y la metió en la mano de Kim.

—Le doy mi dirección y mi número de teléfono —dijo—. Estoy en casa prácticamente todas las noches.

—Procuró estimular la atención de Kim—. Espero que reflexione en lo que hemos estado hablando y que se ponga en contacto conmigo.

—Tal vez sí —contestó Kim—. Adiós. Al entrar en el lujoso vestíbulo de On Fifth Towers, Victoria se encaminó directamente hacia el guarda uniformado sentado ante la mesa.

Debía asegurarse de que Armstead no se encontrara en su apartamento.

—¿No ha regresado todavía el señor Armstead? —preguntó y, abriendo su roja cartera, enseñó su credencial de prensa—. Pertenezco a Armstead Communícatíons.

—El señor Armstead todavía no ha regresado.

—En realidad, a quien deseo ver es a la señora Armstead. ¿Está en casa?

—Siempre está.

—El guarda descolgó el teléfono—. ¿A quién debo anunciar?

—A la señorita Weston. Trabajo para el Record, el diario del señor Armstead. Diga.. diga que debo entregar algo a la señora Armstead.

El guarda llamó, repitió el mensaje, escuchó, asintió con la cabeza y colgó.

—Está bien, señorita Weston. Suba al ático.

Mientras subía en el silencioso ascensor, Victoria pensó que todas sus esperanzas de encontrar una pista se centraban en Hannah Armstead. La entrevista con Kim Nesbit había sido nula. Lo más probable era que ella hubiese estado demasiado ebria para entender nada de lo que Victoria le había dicho. Desde luego, Kim se había mostrado muy dura con su amante, pero al mismo tiempo demasiado asustada para revelar cualquier información. Demasiado asustada o demasiado bebida. Hannah seria otra cosa. Nick le había dicho que los Armstead

estaban mal avenidos, pero al mismo tiempo Hannah era la esposa de Armstead y, cualesquiera que fuesen sus sentimientos respecto a él, podía optar por protegerle. Victoria sabía que debía proceder con suma cautela.

En la planta del ático había un solo apartamento, y la grandiosa puerta de entrada, frente al ascensor, ostentaba un solo nombre en letras de bronce: ARMSTEAD.

Haciendo acopio de todo su valor, Victoria pulsó el timbre y pudo oír en el interior el lejano retintín de unas campañas.

Esperaba que la propia Hannah acudiera al oír el timbre, pero de momento nadie vino a abrir. Victoria se disponía a llamar por segunda vez cuando se abrió la puerta.

Una mujer membruda y de rostro aplanado —parecía ser de origen nórdico o germánico—, con un almidonado uniforme de enfermera, llenó el espacio de la entrada.

—¿Sí? —inquino.

—Soy de Armstead Communications —dijo Victoria—y desearía ver a Hannah Armstead.

—Lo siento, señorita. Ha elegido un mal día. El médico ha dado orden de que hoy no reciba visitas.

—Se trata de un asunto personal. La señora Armstead lo consideraría vital.

—Hoy no, señorita. Yo tengo que obedecer al doctor.

—¿Está enferma la señora Armstead?

—Después de desayunar, sufrió un serio ataque a consecuencia de un envenenamiento con tomaína. Tuvieron que hacerle un lavado de estómago.

—¿Se repondrá?

—Bien puede darle gracias al Señor. Lo sacaron todo con el tiempo justo. Se está recuperando, pero está muy débil y no se le permitirá ver a nadie durante un par de días. Con un suspiro de alivio al saber que Hannah había sobrevivido, Victoria dijo:

—Me gustaría dejarle una nota personal. ¿Podrá entregársela?

—No veo ningún inconveniente.

—Sólo un momento..

Victoria sacó su libreta y su pluma, comprendiendo que forzosamente había de correr un riesgo con lo que escribiera. Sin embargo, no veía otra alternativa, y finalmente escribió: "Trabajo para su esposo. Debo verla en privado por un asunto referente a él. Es de la mayor importancia. Por favor, no deje que él vea la nota o mí nombre. Gracias. Victoria Weston." Debajo de su nombre, anotó el número de teléfono de su apartamento.

Arrancó la página, la dobló y la entregó a la enfermera.

—Esto es para Hannah Armstead. Sólo debe verlo ella. Nadie mas.

—Lo que usted diga, señorita.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

Al echar a andar hacía el ascensor, Victoria decidió no utilizarlo para bajar. Siempre había la posibilidad de encontrarse con Armstead, que se dispusiera a subir, y la persona a la que ella más deseaba evitar en aquel momento era Armstead. Por tanto, se dirigió hacia la escalera.

Mientras bajaba, comprendió que debía apresurarse a regresar a su apartamento, para esperar la llamada de Sid Lukas desde París. Pero de pronto aminoró su marcha.

Carlos ya no tenía importancia.

Victoria perseguía una pieza de caza todavía mayor. En su dormitorio del Sherry Netherland, Harry Dietz, completamente vestido, había colocado las almohadas de su cama, una sobre otra, en la cabecera, y se reclinaba en ellas mientras empezaba a hojear la primera

Librodot

edición del Times de Nueva York correspondiente al día siguiente. Le gustaba examinar lo que hacía a diario la competencia, pero esa noche apenas podía concentrar su atención en la letra impresa.

El teléfono de su mesita de noche debía haber llamado hacia al menos una hora, pero hasta el momento había guardado silencio. La llamada de Pagano llevaba ya una larga demora. Dietz era un hombre eficiente, que esperaba eficiencia de los demás, y la tardanza de Pagano resultaba inexplicable, a no ser que algo hubiera salido mal. Dietz empezaba a preocuparse.

Y en aquel momento oyó el grato timbre del teléfono y se apresuró a contestar.

—Sí, dígame —contestó, ansioso.

—Soy Gus.

—¡Ya era hora! —exclamó Dietz, con una mezcla de irritación y alivio en su voz—. ¿Misión cumplida?

—¡Qué diablos va a estar cumplida! —replicó Pagano, revelando a su vez su enojo—. Ni siquiera ha comenzado.

Dietz se sentó en la cama.

—¿Qué quiere decir?

—Usted me dijo que la rubia iba directamente a su apartamento de la calle Setenta y tres Oeste.

—Y así era. Incluso pregunté en el garaje. Firmó el recibo de un coche de la casa hace una hora y media.. Iba a su apartamento.

—Bueno, pues no lo hizo —dijo Pagano—. Tengo a nuestro hombre en el otro teléfono, esperando. Dice que ella no está allí.

—¿Ha entrado en su casa?

—Dos veces ya. No hay problema para entrar. No hay ninguna cerradura especial. Ni cerradura tipo cilindro, ni nada por el estilo. Probablemente le habrán prometido que se la montarán más tarde. De momento, tan sólo una cerradura de pacotilla, que puede abrirse con una aguja del pelo. Pero allí no había nadie. Esperó un rato y volvió a intentarlo; seguía sin haber nadie en el apartamento. ¿Está seguro de que pretendía ir a su casa?

—¿Adónde más podía ir? —replicó Dietz con exasperación—. No sé qué puede haberla retrasado, pero forzosamente ha de ir.

—¿Qué quiere que haga nuestro hombre?

—¿No puede apostarse en algún lugar, fuera del apartamento, y esperar su llegada? Y después seguirla cuando entre..

—No puede ser. El ya quiso hacerlo, pero en ese piso no hay un punto de observación conveniente.

—Entonces, que entre en el apartamento y la espere allí.

—Demasiado peligroso —repuso Pagano—. ¿Y si ella llega con tres o cuatro personas más? Podrían atraparlo.

—¡Maldita sea! —exclamó Dietz—. Entonces que siga haciendo lo que ha hecho hasta ahora. Que espere media hora más y vuelva allí. Quiero que entre cada media hora, hasta que la encuentre en el apartamento y efectúe el trabajo.

—Se lo diré.

—Pagano denotaba cierto titubeo—. Es que cada vez que lo hace, se expone más. El riesgo es mayor. Va a costar más dinero.

—¡No importa el dinero! —replicó Dietz, perdida toda paciencia—. Lo que queremos es que haga su trabajo. Ahora tengo que ir al despacho. En su próxima llamada quiero que me diga que nos hemos desembarazado de ella. ¿Me ha oído?

—Con toda claridad.

—Llámeme allí. Dietz colgó, irritado. Lo único que había podido decirle Pagano era que el trabajo iba a costar más dinero. ¡Salteadores de caminos!. Sólo pensaban en el dinero. ¿Es que ya nadie tenía puntillo en su profesión?

Abandonó la cama, dispuesto a celebrar una conferencia de última hora en la oficina con Armstead, un hombre que ponía auténtico puntillo profesional en todo lo que hacia. Kim Nesbit había tratado de adormilarse, y tal vez lo había conseguido. Había pasado una hora desde que se echara en la cama, y ahora volvía a estar totalmente despierta. Bien mirado, su jaqueca era discreta, una jaqueca que sólo le causaba leves pulsaciones dolorosas, acompañadas por hinchazón alrededor de los ojos, y boca y lengua muy secas. En conjunto, se sentía algo más sobria.

Al sentarse en la cama, preguntóse si debía ir al baño en busca de una aspirina, o al bar a echar un trago.

Optó por el bar y el trago.

Después de servirse un whisky con hielo, deambuló por la sala de estar. Era como encontrarse sola en el fondo del Gran Cañón. Encendió la luz del vestíbulo y vio que los dos periódicos de la mañana —el Record y el Times—habían sido introducidos por la rendija del correo en la puerta de entrada, y yacían en el suelo. Se detuvo, tomó los dos, los llevó hasta el sofá del medio y los dejó allí, para leerlos más tarde.

Al pasar por detrás del sofá, con el vaso de whisky en la mano, observó que un cojín estaba deformado y se inclino para arreglarlo. Vio entonces que había sido utilizado otro cojín en otro sofá y, al darle unas palmadas para que recobrase su forma, recordó vagamente que en la víspera había tenido una visitante.

La joven del periódico, que deseaba averiguar cosas personales sobre Ed Armstead.

Se sentó sin abandonar el vaso, tomó un sorbo y trató de recordar más detalles. Su memoria normalmente aturdida, estaba más clara que una hora antes. Recordó claramente a la joven y trató de oír de nuevo sus palabras. La muchacha había hablado de las noticias exclusivas en las primeras planas de Ed sobre actos de terrorismo, y había especulado sobre la posibilidad de que Ed pudiera tener alguna relación personal con los terroristas. Por alguna razón, Kim había tildado a Ed de perfecto hijo de mala madre, lo cual era cierto, y también de monstruo sediento de poder, lo que asimismo era cierto. Después.. ya no podía recordar su conversación.

Apurando el resto de su whisky, Kim se acercó al bar para repostar, dejó caer dos cubitos de hielo en el vaso vacío y vertió sobre él una generosa ración de whisky. Alzó el vaso, color ámbar, lo examinó y decidió que se había mostrado mezquina en la dosis, que merecía más, un trago más largo, y bajando de nuevo el vaso le añadió otros dos dedos de whisky. Eso ya estaba mejor. Y mientras bebía, empezó a pensar una vez más en Ed Armstead.

Era, desde luego, un hijo de perra, un miserable mal nacido. Olvidaba todas las necesidades de ella y era cruel con su persona. Se alegraba de haberse librado de él.

Contempló su espaciosa sala de estar. Su mirada sólo podía captar objetos inanimados. Allí no había vida, nada latía, no existía ninguna cálida presencia humana, excepto su solitaria e insignificante persona, sentada en una esquina del sofá.

La soledad era la peor maldición del mundo, y ella estaba sola, aislada de toda la humanidad y abandonada a sus propios medios, sola consigo misma, con una persona a la que no podía soportar.

Necesitaba a alguien, en un momento u otro, un hombre de carne y hueso.

El único hombre al que conocía era Edward Armstead. Un mal nacido, desde luego, pero al menos su hombre.

Ayer se habían peleado. Ella le llamó todo lo que pasó por su cabeza, cosas terribles, y él hizo lo mismo con ella. Había salido del apartamento como una fiera, y en aquellos momentos ella no se había preguntado siquiera si volvería. Ahora se preguntó si lo haría. ¿Lo había perdido para siempre? Quería verlo otra vez presente en su despoblada vida. Aunque no viniera lo suficiente, a veces venia. Y aunque no se mostrara cariñoso y amable, deseaba su cuerpo, se unía a ella, disfrutaba.

Un mendrugo, un simple bocado que no cabe ignorar cuando una persona se muere de hambre.

Imaginó estrategias, medios para volver a hacerlo suyo.

Una idea ascendió entre la niebla y llamó su atención. La joven de aquella tarde, la joven que trabajaba en el diario y que husmeaba en la vida privada de Ed. Era una excusa válida para llamarle, y llamarle para hacerle un favor, ponerle en guardia, advertirle que una persona de su empresa curioseaba en sus asuntos a su espalda.

El se mostraría agradecido, emocionado por el interés que le demostraba Kim, y sabría apreciar su inteligencia y su aviso.

Vería entonces quién contaba de veras en su vida. Todo quedaría perdonado. El regresaría y aquella habitación ya no sería un desierto.

Buscó el trozo de papel con el nombre, la dirección y el número de teléfono de la chica, que había dejado en el mueble bar, lo encontró debajo de un vaso, y con la húmeda hoja en la mano volvió al sofá, se dejó caer en él, junto al teléfono verde oliva, y marcó el número privado de Ed Armstead, la línea de su estudio en su apartamento. Lo oyó llamar una y otra vez, sin obtener respuesta. Allí no había nadie. Lo cual significaba que lo más probable era que estuviera todavía en su despacho del periódico.

El índice de Kate buscó de nuevo el disco del teléfono. Se equivocó dos veces de número, pero la tercera vez tuvo la satisfacción de acertar. El teléfono llamó dos veces y alguien lo descolgó.

—¡Hola, Ed! —dijo—. Soy Kim.

—No soy Edward —contestó una voz—. Soy Harry Dietz.

—He llamado a Ed por su línea privada. Quiero hablar con Ed.

—Es que yo estaba trabajando en su mesa. Voy a ver si está én la casa.

—Si, vaya a buscarlo —insistió ella.

Bruscamente, como si una mano hubiera cubierto el micro del teléfono, quedó sofocado todo sonido.

Pero no del todo.

Al parecer la mano se había deslizado un poco, pues pudo oír una voz distante que hablaba con enojo:

—Ya te expliqué lo que has de decir, maldita sea. ¡Dile que no estoy!

Era la voz de Ed, lejana pero clara. Después sonó en el teléfono la de Dietz, con todo su volumen.

—He estado mirando, Kim. No está aquí.

Lívida de rabia, Kim gritó:

—¡Está allí, embustero! ¡Le he oído! Dígale que se ponga al teléfono inmediatamente, pues tengo que decirle algo importante. Dígale que si no habla conmigo, se arrepentirá después.

Hubo una pausa y Dietz insistió:

—Kim, le digo que no está aquí.

—¡Dígale a ese hijo de perra que reviente de una vez! —chilló ella, y colgó violentamente el teléfono.

Durante cinco minutos estuvo echada en el sofá, incubando su cólera y tratando de conseguir que se moderasen los latidos de su corazón.

"Le daré una lección a ese hijo de perra —se dijo—. Se la daré aunque sea la última cosa que haga."

Volvió a beber, para ayudar a la niebla a descender de nuevo.

Cuando sólo quedaba ya un pequeño claro en su mente, Kim trató de proyectar su venganza.

Aquella joven que la había visitado, la chica del periódico.. Buscó la mojada hoja de papel y, aunque estaba ya borroso, pudo descifrar el nombre. Victoria Weston. La que había estado investigando las actividades de Ed Armstead, y que sospechaba de él. Si, tal vez aquella chica fuese el medio para desquitarse, para encontrar algo que Ed le hubiera revelado a ella. Recordó entonces un iracundo estallido de él, al menos algunos fragmentos: Lo que le ocurre a la gente, depende de mí, o algo por el estilo, y también: Yo hago las noticias, yo hago la vida que anima el mundo.

Estas fueron, más o menos, sus palabras. ¿Implicaban que el dirigía a unos terroristas? Tal vez sí, tal vez no. ¿Le serian útiles a Victoria Weston, tendrían algún significado especial para ella?. Quizá si, pero probablemente no.

Kim deseaba herir a aquel arrogante canalla tal como él la había herido a ella, pero sus pruebas contra él eran muy poco importantes. Demasiado para confiarlas a Victoria Weston.

Al diablo con todo, decidió Kim, bebiendo de nuevo y empezando a encontrarse mejor.

Tomó el periódico que tenía más cerca; siempre solía leer el diario hasta que le entraba un sopor que le permitía dormir sin dificultad. Vio que era el Record de Nueva York y quiso desafiar a Ed, rasgándolo y arrojándolo al suelo. Tomó en su lugar el Times de Nueva York, y se echó a reír al pensar cómo se hubiera enfurecido Ed de haber observado esta preferencia. Parpadeando, trató de leer la primera plana. Ezra, E. J., solía decirle que un periódico al día era mejor que comer una manzana diariamente. Contribuía a formar a una mujer, le confería mayor interés por las cosas y la hacia más interesante, ya que al comparecer en público podía conversar de cuanto ocurría. Tenía algún que otro buen recuerdo de Ezra. Desde luego, se había dejado absorber demasiado por el trabajo y había envejecido demasiado, pero siempre se había mostrado más amable que su hijo. Después de escuchar su consejo, ella nunca había dejado de leer un periódico a diario, pero ahora, al esforzarse por leer la primera página, comprendió la triste verdad: apenas leía ya. Al llegar esa hora, siempre veía las letras desenfocadas. Lo que en realidad hacía era recorrer las diferentes secciones, concentrándose sólo en los titulares y dedicando especial atención a los estilos de modas femeninas en los anuncios de los grandes almacenes.

Volvió la página, y después otra y otra, entreteniéndose en los anuncios y examinando los titulares. En la página seis, acababa de contemplar un anuncio de Bloomingdale con nuevos bolsos italianos, cuando el título de una breve noticia situada directamente encima captó su atención. En realidad, lo que la obligó a fijarse fue una sola palabra. La palabra PSIQUIATRA. Después leyó las dos que la seguían: GRAVEMENTE HERIDO. Algo intrigada, entrecerró los ojos para lograr que las letras dejaran de bailar.

Había empezado a leer aquel corto relato cuando el nombre del doctor Carl Scharf pareció saltar hacia ella. Con un esfuerzo supremo, descifró las siguientes palabras, y entonces notó que se aceleraban los latidos de su corazón.

La niebla que llenaba su cabeza no podía ocultar el sentido de lo que estaba leyendo. El doctor Carl Scharf, en el momento de cruzar la calle frente a su consultorio, había sido víctima del atropello de un coche, cuyo conductor se dio a la fuga. Después, se informaba de su estado de suma gravedad en la unidad de cuidados intensivos del Hospital Roosevelt. Cirugía, cirugía, cirugía. Una lista de los títulos y diplomas del doctor Scharf. La policía decía

que, dada la fuga del conductor después del accidente, de momento no había pistas que señalaran al responsable.

Kim permitió que el texto se desenfocara otra vez, y se concentró en la parte del mismo que había quedado adherida a su mente.

Un accidente.. sin pistas que señalaran al responsable.

Se estremeció.

Flotaban en su mente las imágenes y palabras que habían tenido lugar antes del accidente. La conversación del doctor Scharf con ella sobre Edward Armstead. Scharf: Me tiene preocupado. Scharf: Al parecer se encuentra bajo una fuerte presión. Ella: Enfermo, ¿sabe? Delirios de grandeza.. cree que él dirige el mundo. Scharf: Será mejor que no le digas que hemos hablado.

Y sin embargo, ella había mencionado que Scharf había hablado con ella. Estúpidamente, imperdonablemente, medio ebria, se lo había contado a Edward Armstead. Ella: Hasta el doctor Scharf dijo.. que estabas bajo presión.. que estaba preocupado. Y Ed había estado a punto de matarla.

Kim arrugó el diario, en un gesto de impotencia.

Y ahora Ed había tratado también de matar al doctor Scharf.

Eso era. No se trataba de un accidente, sino de un intento deliberado. Ella conocía al responsable.

No, no había ya duda en su mente, ni la menor duda, de que Edward Armstead había sido el responsable del intento de eliminar al doctor Scharf. ¿Por qué? ¿Porque Scharf, su psiquiatra, le había traicionado? No, eso no, porque semejante reacción habría dependido de una sensibilidad y unas emociones humanas. Ed Armstead ya no poseía ni una cosa ni otra. Entonces, ¿qué otro motivo podía haber? Impedir que alguien que sospechaba que él era un maníaco pudiera poner de manifiesto su conducta.. y tal vez sus crímenes.

Sus crímenes.

Aquella muchacha, la del periódico, había insinuado algo en este sentido, o tratado de hablar de ello, y había buscado corroboración.

¡Pues ahora la tendría! Tendría toda la ayuda que Kim pudiera prestarle.

Kim se puso en pie, plantados firmemente los pies en la alfombra, mientras su cuerpo se bamboleaba. Sabia que estaba tremendamente bebida, pero también sobria; al menos, una cierta sensibilidad de conciencia en ella estaba sobria. ¿Podía una persona estar borracha y sobria a la vez? No, claro que no, pero ella estaba ambas cosas.

Había una cosa más que deseaba hacer antes de entrar en acción. Una cosa buena, corriente. Una cosa amistosa. Una cosa caritativa. Llamó al Hospital Roosevelt.

—Si, enfermera, soy familiar suya y debo saberlo.

—Bueno, no debería decírselo hasta que el doctor que le asiste.. está bien, puedo decírselo: el paciente empieza a recobrar el conocimiento, sigue en cuidados intensivos, la operación ha tenido un resultado satisfactorio, está camino de la recuperación, pero la convalecencia será larga, muy larga.

—¿Vivirá?

—Sí, vivirá.

Gracias a Dios. Al colgar el teléfono, Kim pensó que había algo más que agradecer a Dios. Había su directriz. La venganza es mía, yo pagaré en la misma moneda, dijo al Señor.

Ella actuaría en nombre del Señor.

Colocando con cuidado un pie delante del otro, Kim se dirigió hacia el dormitorio, para cambiar su quimono y su pijama por un suéter grueso, unos pantalones y una chaqueta de piel.

Para ir a ver a Victoria Weston lo antes posible. Ante la puerta del apartamento de Victoria Weston en la calle Setenta y tres Oeste, Kim se tambaleó, y en vez de pulsar el timbre llamó con los dos puños.

—¿Quién es? —preguntó una voz muy tenue desde el interior.

—Soy yo, Kim Nesbit. Por el amor de Dios, ¡déjeme entrar!

Se corrió el cerrojo, la puerta se abrió de par en par, y Victoria, había empezado a desnudarse e iba sólo con la falda y el sujetador, tuvo tiempo de sostener a Kim antes de que ésta se desplomara.

—Señorita Nesbit, yo no esperaba que..

—exclamó Victoria, recurriendo a toda su fuerza para conseguir que Kim se mantuviera de pie.

—Debo hablar con usted.. tengo muchas cosas que decirle.. he hablarle —musitó Kim—. Muchas cosas sobre Ed, Ed Armtead. .cosas que él me dijo. Me dijo que él dirigía las vidas de la gente, que él hacia las noticias.. tal vez con ayuda de una banda.., y tratando de hacer matar a alguien, a su psiquiatra, que resultaba sospechoso.. Caray, pequeña, estoy borracha como una cuba. He de reconocerlo. Borracha como una cuba. Déjeme sentar.

Victoria la ayudó a quitarse la chaqueta de piel y la acompañó hasta el sofá, que acababa de convertir en cama para la noche. Consiguió sentarla en el borde de la misma.

—Voy a prepararle un poco de café —dijo Victoria—. ¿Beberá café solo?

—Cualquier cosa —suspiró Kim.

—Siga sentada aquí. Iré a la cocina y prepararé café instantáneo. Espere dos minutos. Vuelvo en seguida.

Victoria estudió a su visitante y después, tranquilizada, se puso la bata y desapareció en la cocina.

Kim siguió sentada en el borde de la cama, bamboleándose, echándose atrás los rubios cabellos, apretando las sienes con las manos y cubriéndose con ellas los ojos.

Ansiaba cerrar los ojos y descansar, descansar para siempre. Se dejó caer sobre la cama, descansó las piernas en ella, y se echó hacia atrás hasta que su nuca encontró a blandura de la almohada y su cuerpo pudo relajarse. Echada sobre su espalda, trató de resistir el sueño, pero inmediatamente sucumbió a él.

Con los ojos cerrados, vagó a través de la oscuridad. Una oscuridad que ni siquiera se disipó al abrirse silenciosamente la puerta del apartamento.

La puerta siguió abriéndose y apareció en silencio la silueta de un hombre, que se introdujo de lado en la habitación, con agilidad fruto de la práctica.

En una fracción de segundo examinó el cuarto. Su mirada felina se posó en la figura que yacía en el sofá—cama. Ahí estaba, por fin. La rubia en la cama.

Una buena moza todavía. Sintió la tentación de violarla primero, pero esto seria impropio de un profesional, un exceso que el no podía permitirse. Estaba orgulloso de su profesión, y su tarea debía ser ejecutada con rapidez y perfección. En realidad, hasta resultaba demasiado fácil.

Se movió grácilmente sobre sus zapatillas de tenis, hasta llegar al pie de la cama. Su mano derecha tocó metal en su bolsillo. Extrajo la Walther P—38 y el voluminoso silenciador, enchufó éste en el cañón, corrió el seguro, rodeó el gatillo con su dedo índice y levantó el arma por encima del pie de la cama. Su brazo derecho se alargó por completo, y la pistola se convirtió en una extensión de su mano derecha.

Apuntó hacia el centro de la blanca frente de la mujer rubia.

Oprimió el gatillo.

Una especie de zumbido seco y apagado.

La mujer experimentó una sacudida convulsiva —era el impacto, como bien sabia él—y se quedó quieta, fláccida y muy quieta. El hombre bajó veinticinco centímetros la P—38 y le metió una bala en el corazón.

Para mayor seguridad, y por otra parte le resultó divertido. El segundo disparo había hecho brotar sangre, una mancha que se extendió sobre el suéter.

Dio media vuelta, se alejó por la abertura que había dejado entrar, y desapareció tras la puerta, que cerró silenciosamente.

Segundos después, Victoria entró, procedente de la cocina, con una taza de café y un plato en una mano, y el entrecejo fruncido a causa del extraño ruido que le había parecido oír.

La habitación estaba tal como la había dejado. La puerta cerrada. Tranquilizada, se volvió hacia Kim Nesbit, que se había echado en la cama. Al principio, no comprendió. Después sí comprendió y retrocedió hasta chocar con la pared, mientras taza y plato se caían de su mano temblorosa.

Trató de encontrar su voz, pero sólo un sonido gutural acompañado de una arcada brotó de su garganta. Y entonces se alejó de aquel lecho de muerte y empezó a gritar. Corrió hacia la puerta, chillando, y siguió chillando en el pasillo, con todas sus fuerzas. Más allá de las ventanas y bajo el balcón del despacho de Edward Armstead en el sexto piso del Edificio Armstead, la claridad gris del alba empezaba a recortar la forma de los rascacielos al otro lado de Park Avenue. Sentados a uno y otro lado de la gran mesa de roble, Armstead y Dietz tomaban el primer café caliente del nuevo día. Armstead, balanceándose en su sillón basculante, con la última edición matinal del Record de Nueva York sobre su rodilla, leía la noticia en la página tres.

—Supongo que tuviste que incluirla —dijo. No era una pregunta, pero Dietz optó por contestarla.

—Tuvimos que incluirla. De no hacerlo, hubiera sido tan extraño como sospechoso. Armstead asintió con la cabeza.

—Tienes razón.

—Terminó de leer la información y dejó el diario d un lado—. Un texto discreto —comentó.

—Procuramos que pasara lo más desapercibido posible. Armstead meneó la cabeza de un lado a otro.

—¡Pobre Kim! ¿Cómo pudo el hombre de Pagano cometer una plancha de este calibre?.

—Es comprensible —repuso Dietz—. Se le había confiado una misión. El nunca había visto a su víctima. Se le había dicho que se cargara a la rubia que vivía en aquel apartamento. Por tanto, entro y mató a la primera rubia que vio, mientras la auténtica se encontraba en la cocina.

—Lo cual nos deja una tarea todavía por hacer.

—Esto me temo.

—¿Y dónde está nuestra Victoria Weston?

Desapareció del apartamento. Ni idea de su paradero.

—Tendremos que averiguarlo, Harry.

—Así lo haremos, jefe.

Armstead apuró su taza de café.

—¿Y qué diablos estaría haciendo Kim en aquel apartamento?

—No lo sé. Lo que lamento es el error cometido.

—Yo lo lamento.. y no lo lamento —dijo Armstead, levantándose—. Debió de ir allí para hablar. Es probable que no tuviera esa oportunidad.

—Sonrió y empezó a desenvolver un cigarro. Parece como si la suerte nos sonriera continuamente. Hannah Armstead ya estaba despierta, sentada en la cama, quitándose la redecilla del pelo y leyendo la noticia en ambos periódicos cuando entró la enfermera para decirle que el médico acababa de telefonear.

—Le he informado de su estado y se ha mostrado muy satisfecho —explicó la enfermera—. Prefiere que hoy coma usted lo menos posible, pero si tiene mucho apetito y desea desayunar..

—Quiero desayunar.

—Confirmó Hannah.

—El doctor desea hablar con usted.

—Está bien. Primero, ayúdeme a levantarme y a ponerme la bata. Acerque la silla de ruedas.

Una vez instalada en su silla de ruedas y cuando la enfermera salió en busca del desayuno, Hannah descolgó el teléfono.

—Mi enhorabuena —dijo el médico—. Ya sé que se está recuperando rápidamente. Pronto estará del todo bien.

—¿Fue tomaína?

Posiblemente. En las gachas había una sustancia tóxica. Si fue un defecto en la elaboración o bien la presencia de un poco de ácido bórico —tienen ustedes un poco en la cocina, para combatir las cucarachas —incluido en la mezcla por error, no puedo decirlo. Pero si desea que sigamos investigando..

—No importa.

—Puedo venir más tarde y echarle otro vistazo.

—No se preocupe. Me encuentro muy bien. Pasaré el día descansando y durmiendo.

—Desde luego, esto será lo mejor. Tómese todo el descanso necesario. Si hay el menor problema, cualquier tipo de malestar, llámeme. De no ser así, mañana iré a visitarla.

—Mañana, sí.

—A propósito, señora Armstead, antes de llamarle a usted he telefoneado a su esposo. ¡Le vi ayer tan trastornado! Pero ahora he podido tranquilizarlo asegurándole que el pronóstico era de un restablecimiento total. Se disponía a salir de la ciudad con urgencia, pero me ha dicho que iría a verla antes de marcharse. En realidad, me alegró poder darle la buena noticia. Quedó muy aliviado.

"Supongo que si", pensó Hannah, y seguidamente dio las gracias al médico.

Después de colgar el teléfono, Hannah releyó la noticia en el Record. Una antigua estrella de las revistas musicales de Broadway, Kim Nesbit, asesinada por un desconocido. Seguidamente, Hannah revisó el texto que sobre el particular ofrecía el Times, en primera plana y más explicito. Kim Nesbit, rubia protagonista de numerosas comedias musicales de Broadway, dos décadas antes, muerta a tiros en el apartamento de una amiga la noche pasada. La policía mantenía la teoría de que había sido despertada por la entrada de un ladrón, y éste la había matado. Había respaldado principalmente las suntuosas revistas de Kim Nesbit el difunto Ezra J. Armstead, el magnate fundador de Armstead Communications.

Ninguno de los periódicos indicaba la presencia de Edward Armstead en la vida de Kim Nesbit; en un caso —pensó Hannah—la omisión había sido deliberada, y en el otro se debía a ignorar la verdad.

Pero Hannah conocía la verdad.

Apartó a un lado los periódicos mientras la enfermera colocaba ante ella la bandeja con su frugal desayuno.

Con un ojo fijo en el reloj, despachó su huevo pasado por agua y bebió su taza de té. Unos minutos después de acabar de desayunarse, Hannah accionó el control remoto y puso el telediario de la mañana.

Estoicamente, contempló la información sobre un desastre en una mina de Virginia Occidental y soportó los preparativos que se efectuaban para el viaje del presidente Thomas Callaway a Londres, para entrevistarse con el primer ministro británico el día siguiente por la mañana. Después de unos cuantos anuncios, dieron las noticias locales más destacadas, y Hannah se inclinó hacia delante en su silla de ruedas. El vetusto edificio en la calle Setenta y tres Oeste, uno de cuyos apartamentos había sido escenario de una tragedia la noche anterior. Imágenes del pequeño estudio alquilado por una periodista de Manhattan, Victoria Weston. Una macabra fotografía de la cama, con manchas de sangre. Un montaje de fotos de la extinta Kim Nesbit en algunos de sus papeles en Broadway. El interrogatorio de un inspector de policía de Nueva York sobre el asesinato., no había pistas, no había nada, punto muerto en una muerte. Un vano intento de entrevistar a la ocupante del apartamento, la señorita Victoria Weston, una joven muy bonita pero con el rostro ceniciento cuando abandonó el teatro del crimen entre dos policías. Y la información pasó a versar sobre la inauguración de una nueva guardería en Harlem.

Hannah oprimió el botón de su control a distancia y la pantalla del televisor se apago.

Victoria Weston.

Hannah impulsó su silla de ruedas hacia la cabecera de su cama. Sus dedos buscaron debajo de la almohada, hasta tocar la hoja de papel doblada. La sacó, la desdobló y una vez más leyó aquel mensaje críptico que le habían dejado la noche anterior:

"Trabajo para su esposo. Debo verla en privado para un asunto referente a él. Es de la mayor importancia. Por favor, no deje que él vea la nota o mi nombre. Gracias, Victoria Weston."

La agraciada joven que trabajaba en el periódico de Edward. La joven en cuyo apartamento había sido asesinada la amante de Edward la noche pasada. La joven que la noche pasada había tratado de ver a la esposa de Armstead. Por favor, no deje que él vea la nota o mi nombre.

Una joven que temía a Edward Armstead. Una joven que quería oír o decir algo acerca de él. Es de la mayor importancia.

Hannah pulsó el timbre para llamar a la enfermera.

Cuando la robusta enfermera compareció ante ella, Hannah le dijo:

—Helga, hoy ya no la necesito más. Puede volver a su casa.

—¡Señora Armstead! —protestó la enfermera—. Acabo de comenzar mi jornada. El médico ha ordenado que..

—No importa lo que ordene el médico. He hablado con él y me ha dicho que, si yo no la necesitaba, usted podía regresar a su casa. Hoy ya no la necesitaré. Una amiga mía está en camino, y se ocupará de mi hasta la hora de acostarme. Se le pagará todo el día. Gracias, Helga, gracias por todo.

—Si usted lo quiere así..

—Lo quiero así.

Hannah escuchó atentamente desde su silla, y diez minutos después cuando oyó que la enfermera se marchaba, dirigió la silla de ruedas hacia el teléfono.

Marcó el número que Victoria Weston le había dejado anotado.

Sin que ello la sorprendiera, la voz que contestó a la llamada desde el apartamento fue la de un policía.

—Agente Flaherty al habla.

—Soy una amiga de Victoria Weston. Desearía hablar con ella.

—No está aquí, señora. Se ha trasladado temporalmente.

—¿Quiere decirme dónde puedo llamarla?

—Lo siento, pero no me está permitido, señora. Mis instrucciones consisten en tomar cualquier mensaje que llegue para la señorita Weston. Ella llamará hoy.

—¿Esta usted seguro?

—Por completo. Si me da su nombre y el número de su teléfono, yo los daré a ella.

—Está bien, agente —dijo Hannah—. ¿Quiere anotar?

—Cuando usted quiera, señora.

—Dígale que ha telefoneado la señora Hannah Armstead y que desearía verla lo antes posible. Diga esto únicamente a la señorita Weston, y a nadie más.

—Puede confiar en mí, señora. ¿Quiere que le diga dónde puede localizarla a usted?

—Sabe dónde localizarme —contestó Hannah—. Pero quiero que antes me telefonee.

Y dicho esto, colgó el teléfono. Durante su todavía corta vida, Victoria Weston no había pasado de la juventud; la muerte, para ella, había sido algo lejano, una realidad abstracta a la que no se había visto obligada a considerar emocionalmente, ni siquiera en un futuro previsible. Recientemente, Victoria había topado con la muerte por segunda vez. Había escuchado a un ser humano y le había hablado, una mujer bebida pero vibrante de vida y minutos más tarde había mirado a aquel ser humano y había encontrado un cadáver, despojado para siempre de toda vida.

Esta experiencia le había resultado todavía más traumática que la del informador de Carlos en Paris.

Y poco después, se le había ocurrido otra idea, un pensamiento casi tan aterrorizador como la propia experiencia: La posibilidad de que al pistolero se le hubiera ordenado asesinar a la ocupante del apartamento —o sea ella misma—y que por error hubiera dado muerte a Kim Nesbit.

Desde luego, la policía había adelantado la teoría de que el asesinato hubiese sido casual, un accidente causado por un ladrón de gatillo fácil, tal vez drogado. Si Victoria hubiese podido creer tal cosa, habría sentido menos temor, pero no le había otorgado el menor crédito. Un ladrón robaba, y el invisible asesino de Kim no se había molestado en hurtar ni un solo objeto. Había entrado con una sola finalidad, la de matar, y había matado y desaparecido. Esto era lo que Victoria había creído desde el primer momento, y lo que todavía seguía creyendo. Alguien había recibido la orden de liquidar a Victoria Weston.

Por pura suerte había escapado de la muerte, pero sabía que la muerte no había quedado definitivamente burlada.

Su instinto de supervivencia le había aconsejado la huida, y la noche pasada, ya avanzada la hora, lo había hecho. Su instinto le había aconsejado desaparecer de la vista de todos, desaparecer de aquel lugar ya conocido, ocultarse en algún lugar de la ciudad hasta que decidiera lo que podía hacer. Y entonces había recordado un hotel de segunda categoría, pero muy acogedor, que podía proporcionarle un anonimato y una seguridad temporales: el Royalton, en la calle Cuarenta y cuatro, donde en cierta ocasión había pasado varios días con su padre en una de las visitas de éste a Nueva York por cuestiones de trabajo. Reunió unas cuantas cosas para pasar la noche, abandonó el coche del periódico, dio las gracias a los dos policías por su escolta en el coche policial, y se inscribió en el Hotel Royalton con el nombre de Barbara Parry.

Durante todo el resto de la noche y las primeras horas de la mañana, a pesar de haber tomado sedantes, no estuvo sola. El espectro de la muerte había estado junto a su hombro, un espectro parecido a Edward Armstead, acompañado por sus invisibles sicarios. Y ella había pretendido renunciar a todas sus primicias, a toda su labor de investigación; había querido

decirle que ella lo abandonaría todo si él también lo hacía. Pero sabía que él jamás abandonaría.

Y ahora la muerte estaba cerca, y ella estaba asustada. Esa noche tuvo ganas de llorar sobre su almohada, y lloró. ¡Era injusto, tan injusto tener que morir! ¿Cómo morir tan pronto, cuando nunca había poseído a un hombre amado, ni llevado un hijo en su seno, ni disfrutado de la chimenea de una casa rural propia una mañana navideña en el estado de Vermont, ni visto el Taj Mahal en una noche estival con claro de luna, ni presenciado un amanecer desde una terraza en Venecia, ni leído aquellos poemas de Shelley que siempre había deseado leer, ni disfrutado una vez más de la interpretación de Camille por Greta Garbo?

¿Quién había metido en ella esas imágenes de cosas que nunca serían? Entonces lo recordó. Una clase de elocuencia en el instituto. Un relato de Aldous Huxley, titulado "La sonrisa de la Gioconda". Ajena a su realismo, había aprendido de memoria aquel párrafo para recitarlo, y ahora pasó una vez más por su mente, palabra tras palabra. "La muerte le estaba esperando. Sus ojos se llenaron de lágrimas; deseaba tan apasionadamente vivir.. Había todavía en este mundo asombroso tantos lugares por visitar, tantas personas curiosas y deliciosas a las que todavía no conocía, tantas mujeres adorables a las que nunca vería. Los enormes bueyes blancos seguirían arrastrando sus carretas a lo largo de los caminos toscanos, los cipreses continuarían creciendo, rectos como pilares, hacia el cielo azul, pero él no estaría ahí para verlos. Y los dulces vinos meridionales —Lágrima de Cristo y Sangre de Judas—los beberían otros, no él. Otros caminarían por los oscuros y estrechos pasillos entre las estanterías de libros de la London Library, aspirando el polvoriento aroma de la buena literatura, examinando títulos raros, descubriendo nombres desconocidos, explorando los confines del vasto dominio del conocimiento. El yacería en un hoyo, bajo tierra."

Ella yacería también en un hoyo.

No, no, no. ¡Todavía no! ¡No era justo!

Era demasiado joven. Merecía sus bueyes blancos, sus cipreses enhiestos, sus vinos meridionales, su aroma polvoriento de títulos extraños.

Dormitaba y soñaba.

Después de una noche espantosa, había dormido y se había despertado, y finalmente se había dormido de nuevo hasta las diez y veinte de la mañana. Se había levantado con la histeria en cierto modo exorcizada.

Después de tomar el desayuno en su cuarto, comiendo con hambre mientras leía los periódicos de la mañana, Victoria sintió que recuperaba la confianza. Estaba viva y era joven, y la muerte quedaba muy lejana. Y sin embargo, había sido incapaz de decidir qué hacer a continuación: si quedarse o huir. Lo pensaría durante el día. Entretanto, optó por telefonear a sus padres, previendo la posibilidad de que hubieran leído lo que sucedió en su apartamento, para hacerles saber que estaba bien. Telefoneó a su padre en Washington y a su madre en Evanston, les contó lo que ellos no habían leído y les aseguró que ella sólo había sido una figura periférica en lo que era un suceso nada raro en la vida de Nueva York. Después llamó a Nick Ramsey, no sólo para decirle que estaba bien, sino también para recabar su consejo. Le dijeron que Nick estaba fuera de la redacción y que ya no regresaría, puesto que a las nueve de la mañana siguiente tomaba el avión para Londres. Victoria dejó su nombre.

Había comprendido que esta vez debía confiar por completo en sus propios medios.

Ahora, al preguntarse por qué no sonaba el teléfono, supo de pronto que no tenía por qué llamar. Excepto los dos policías que la escoltado hasta allí, nadie sabia dónde estaba. Así lo había querido ella. Después, Victoria recordó la medida que había tomado la noche pasada, al abandonar su apartamento. El policía que vigilaría hoy el apartamento, un agente llamado Flaherty, contestaría al teléfono y anotaría todos los mensajes para ella. Se los comunicaría cuando ella le llamara.

Victoria no se había acordado de llamar, pero pasó a subsanar su olvido.

El agente Flaherty contestó. Victoria se identificó y supo que había cuatro mensajes para ella. Los tres primeros procedían de los medios de comunicación —dos emisoras de televisión y uno de una emisora de radio—, y Victoria le dijo que los rompiese.

El cuarto mensaje era de la señora Hannah Armstead.

¡Hannah Armstead estaba dispuesta a verla!

El último vestigio de miedo se disolvió en el aire. Victoria notó que por su cuerpo fluía la adrenalina. Alguien había decidido por ella en aquellos momentos. No habría escapatoria. Se quedaría. Pasara lo que pasara, se quedaría.

Marcó el número de Hannah Armstead.

Esperaba que la voz que contestara al teléfono fuese senil y temblorosa, pero resultó ser vibrante y resuelta.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Señora Armstead? Soy Victoria Weston. Me han dado su mensaje.

—Muy bien. Quiero verla. No sé con qué finalidad, pero ya lo veremos.

—Puedo venir inmediatamente.

—No. Todavía no, señorita Weston. Tengo entendido que no desea usted ver a mi esposo ni ser vista por él. Pues bien, acaban de decirme que pasará por aquí unos momentos para hacer su maleta antes de marcharse de la ciudad esta noche. Tendremos que esperar hasta que venga y vuelva a marcharse. Creo que vendrá esta tarde.

—Esperaré, señora Armstead.

—Espere hasta que yo la llame. ¿Dónde puedo telefonearía?

—Estoy en el Hotel Royalton, bajo otro nombre.., Barbara Parry.

—Comprendo —hizo una larga pausa—. ¿Teme usted, señorita Weston, que mi marido quiera matarla?

—Bueno, yo..

—Probablemente sea así —dijo Hannah Armstead secamente—. Espere mi llamada. Eran ya más de las siete de la tarde cuando Victoria recibió la llamada de Hannah Armstead, indicándole que el terreno estaba despejado.

—Puede venir ahora mismo —dijo Hannah.

—Salgo en seguida —replicó Victoria.

Ya en el taxi, Victoria se llenó de excitación, y hasta que llegó ante la entrada del apartamento de Armstead no empezó su entusiasmo por su investigación a mitigarse un tanto a causa de una sensación de zozobra. Su mano vaciló antes de tocar el timbre. ¿No podía estar Hannah confabulada con su marido para atraerla allí y poner fin a sus pesquisas? ¿Y no cabía la posibilidad, también, de que, bajo amenazas, Hannah se hubiera visto obligada a hacer caer a Victoria en una trampa? Se dijo que una y otra cosa eran posibles, pero no probables. Su dedo oprimió el pulsador. Segundos después, la puerta de entrada se abrió hacia dentro. Una mujer de mediana edad, con un albornoz rosado y sentada en una silla de ruedas, le había abierto.

—Soy Hannah Armstead —dijo. Victoria vio a una mujer de facciones ajadas y de aspecto frágil, pero de ojos brillantes y alertas, y una mueca de astucia en su pequeña boca.

—¿Es usted Victoria Weston? —inquirió. Victoria asintió.

—No se preocupe —dijo Hannah—, él no está aquí. No hay nadie más aquí. Estamos las dos solas. Entre. Victoria bajó la guardia, disipados por completo sus anteriores temores. Obedientemente, siguió a la silla de ruedas hacia la sala de estar.

—Vino y se marchó hace una hora —explicó Hannah por encima de su hombro—. No regresará hasta mañana. Esta noche podemos conversar totalmente en privado.

—Gracias, señora Armstead.

—Puedes llamarme Hannah. Yo te llamaré Victoria. Espero que este encuentro sea muy personal, y los nombres de pila nos facilitarán las cosas. Siéntate aquí, Victoria.

Señaló un sillón de alto respaldo situado ante una chimenea cuya repisa había sido tallada en el siglo dieciocho y que estaba enmarcada por placas de mármol de Carrara. Al sentarse Victoria en el sillón, Hannah condujo su silla de ruedas hacia un lado de la chimenea y la hizo girar para quedar de cara a Victoria.

—Muy bien —dijo Hannah—, no perdamos tiempo. ¿Por qué querías verme? ¿Qué es ese asunto de la mayor importancia del que me hablas en tu nota? Evidentemente, es algo relacionado con mi esposo.

—Sí, está relacionado con el señor Armstead.

—En caso de que te sea difícil explicarlo, yo puedo allanar toda vacilación por tu parte —le aseguró Hannah—. No tengo ya ninguna clase de estimación por mi marido. No siempre ha sido así, pero es algo que se ha ido formando en años recientes, y cada vez más en las últimas semanas. Ha abandonado todo principio propio de una persona civilizada, hasta el punto de que su conducta es a veces la de una bestia. O, para hablar con mayor exactitud, la de un loco, hasta el punto de atemorizarme cuando le veo llegar a casa. Y una vez expuesta esta situación, tal vez te resulte más fácil hablar.

El corazón de Victoria se volcó hacia aquella dama inteligente y amable.

—Mucho más fácil, señora.., muchísimo más fácil, Hannah.

—Dime, ¿por qué estás aquí?

—Porque creo que su marido puede ser el cerebro detrás de un grupo terrorista internacional.

Hannah no mostró la menor reacción; se limitó a formular una pregunta retórica:

—¿El hombre retratado en la revista Time como el Todopoderoso del periodismo, el magnate de la prensa más discutido de los tiempos modernos, jefe de unos terroristas?

—Ya sé que suena a improbable..

—No, no. Sigue. Quiero oír cómo llegaste, exactamente, a esta conclusión. ¿Tienes pruebas?

—Circunstanciales —se apresuró a contestar Victoria—, pero muy persuasivas.

—Tengo ganas de oírlas.

—Y yo ganas de contarlo todo a alguien que pueda mostrar comprensión. Si está usted dispuesta, se lo explicaré.

Victoria expuso con rapidez sus observaciones y sus deducciones, narró sus sospechas crecientes acerca del hombre que era su patrono.

Habló de la serie de fenomenales primicias que habían incrementado vertiginosamente la circulación del diario de Armstead y alzado la rentabilidad de sus emisoras de televisión. Todas estas primicias habían sido adjudicadas a Mark Bradshaw, una persona que no existía. Cada una de ellas había tenido como precedente el envío de Victoria o de su colega Nick Ramsey al escenario de un acto terrorista que subsiguientemente tuvo lugar. En cada caso, ella o Nick habían recibido orden de investigar de antemano el lugar donde se produciría violencia y buscar información sobre el mismo. En una ocasión, ella creyó haber visto a una persona, un tal Gus Pagano, un delincuente que formaba parte de la plantilla del señor Armstead como informador, en la zona de un ataque terrorista. Un norteamericano llamado James Ferguson había adquirido un mapa detallado de Lourdes en París antes del frustrado intento de secuestro del Papa, y después ella había recordado haber visto el nombre de James Ferguson en el registro de un hotel de Nyon, una ciudad de Suiza. Victoria siguió hablando, hasta llegar a la experiencia de haber presenciado el secuestro de Carlos por unos desconocidos, haber informado debidamente al señor Armstead, y no habérsele permitido seguir su investigación.

Cuando terminó, esperó la reacción de Hannah.

A lo largo de toda su explicación, Hannah había escuchado atentamente, sin un solo comentario o interrupción. Sus ojos estaban fijos en Victoria, sus labios se movían casi imperceptiblemente como si masticara algo, y sus manos surcadas por gruesas venas estaban cruzadas e inmóviles sobre su regazo. . Tras haber escuchado hasta la última palabra de Victoria, su mirada adquirió una expresión ausente, como si estuviera reflexionando.

Finalmente habló, con una voz que era poco más que un susurro.

—Sí —dijo—, últimamente se me había ocurrido la posibilidad de todo eso una o dos veces. No podía haber otra explicación para los golpes de suerte de Edward..

—¿Excepto concluir que podía estar inventando las noticias?

—Inventando las noticias —repitió Hannah—. Pero lo alejé de mi mente como algo inconcebible. Hasta ayer, cuando mi marido intentó envenenarme.

Victoria quedó estupefacta.

—¿El señor Armstead intentó envenenaría.., matarla?

—Ayer por la mañana insistió en prepararme personalmente el desayuno. Una rara atención y un gesto de consideración, pensé yo. Salió para su oficina, yo tomé mi desayuno muy contenta, y poco después creí que me moría. Conseguí llegar hasta el teléfono y llamar a mi médico, y abrir la puerta del apartamento antes de perder el conocimiento. Me salvaron por los pelos.

—Hizo una pausa—. No, Victoria, no fue tomaína. De manera accidental o deliberada, habían puesto veneno en mi comida. Estoy segura de que fue deliberadamente., y que lo puso mi esposo.

—Pero, ¿por qué hacer semejante barbaridad? Desde luego, yo no conozco las relaciones entre ustedes..

—La noche anterior habíamos disputado de mala manera. Yo le había comunicado mis sospechas con respecto a sus prolongadas ausencias, y que sabía que tenía un enredo con Kim Nesbit.

Victoria quedó sorprendida al oír el nombre de Kim en labios de Hannah.

—¿Cómo lo averiguó usted? —pregunto.

—Utilizando el medio más obvio —respondió Hannah—. Contraté los servicios de una agencia de detectives privados e hice seguir a Edward durante varias semanas.

—¿Y le dijo a su marido que le había hecho seguir?

—No exactamente, pero aludí a esta posibilidad.

Victoria consideró las palabras de su interlocutora y sopesó interiormente lo que iba a decir ella a continuación.

—Hannah, no trató de matarla porque usted hubiese averiguado su lío con otra mujer. Trató de matarla porque usted le hacía seguir secretamente sus pasos.

—No comprendo.

—Al hacerle seguir, usted podía convertirse en una amenaza para la actividad oculta que hay en su vida. Podía haberse enterado de la existencia de muchas personas a las que él veía, criminales o terroristas, y averiguado lo que realmente se traía entre manos. El tenía que pararla antes de que usted se enterase de la verdad.

—No había pensado en esto —dijo Hannah lentamente. Después afirmó—: Sea como fuere, trató de envenenarme. De eso tuve plena seguridad. Pero yo no sabía qué podía hacer al respecto, puesto que no tenía ninguna prueba. No sabía adónde dirigirme. Entonces, esta mañana, al leer y ver las noticias sobre el asesinato en tu apartamento, la muerte de Kim Nesbit, quedé firmemente convencida de que Edward podía estar detrás de ello. El era el común denominador para que sucediera lo de tu apartamento. Kim había sido su amante. Tú

eras una empleada suya, con suficientes sospechas de él como para correr el riesgo de mandarme una nota a mí. No sé si pretendía matarte a ti o a Kim, ni por qué..

—Tampoco yo lo sé con certeza —dijo Victoria—, pero si creo saber el porqué. De algún modo, su esposo se enteró de que yo sospechaba de él y trataba de obtener de Kim pruebas contra él. Ordenó a alguien que me eliminase, y por un error mataron a Kim. Tal vez me hubiera matado también a mí de haber sabido que yo estaba en otra habitación.

—Sea como sea —afirmó Hannah—, tu nota, después de haber sido yo envenenada, coincidía con la tragedia en tu apartamento. Supuse que sabías algo de suma importancia, tal como me escribiste. En interés de mi propia supervivencia, yo tenía que enterarme de lo que tú supieras.

—Ahora ya lo sabe —repuso Victoria.

—Lo sé.

—Hannah afirmó con la cabeza, convencida—. No podemos permitirle que siga su camino. Ya te he dicho antes que su conducta en las últimas semanas ha sido la de un demente, posiblemente la de un maníaco homicida.

—Y el jefe de la más activa de todas las bandas terroristas.

—¿Tú lo crees?

—Absolutamente.

Hannah miró fijamente a su visitante.

—Pero no puedes demostrarlo.

—No, no he podido demostrarlo. Mi última esperanza era la de que usted pudiera ayudar.

Hannah guardó silencio por un rato. Contempló el espacio, como si tratara de adoptar alguna decisión, y finalmente habló:

—Puedo ayudar. Puedo ayudar a probar, o a desmentir, la implicación de Edward.

—¿De veras puede?

Victoria se había levantado como electrizada, en su avidez por enterarse de lo que se le había ocurrido a Hannah Armstead.

Hannah levantó una mano y con un dedo señaló hacia el pasillo que partía de la sala de estar.

—Sígueme —dijo, y empezó a hacer rodar rápidamente su silla de ruedas enfilando la hacia el pasillo, seguida de cerca por Victoria.

Ante el umbral del primer dormitorio, Hannah le indicó con un gesto que esperase. Victoria la vio avanzar hasta la cabecera de la cama y tomar un bastón apoyado en ésta. Valiéndose del bastón, Hannah se levantó de la silla de ruedas y se puso en pie. Después, se encaminó con paso vacilante hacia su tocador. Abrió un cajón, situado a la izquierda del espejo. Buscaba algo difícil de encontrar, al parecer bien oculto, pero al final consiguió dar con lo que había estado buscando. Victoria no pudo ver de qué se trataba, pero le pareció que no era un solo objeto, sino posiblemente dos, lo que metió en un bolsillo de su bata.

Seguidamente, Hannah caminó hasta el lugar donde Victoria esperaba.

—Ven conmigo —dijo—. Si existe la prueba, voy a enseñarte el único lugar donde podemos encontrarla.

Apoyada en su bastón, Hannah avanzó por el pasillo, con una Victoria llena de curiosidad pegada a sus talones. Pasaron ante el segundo dormitorio y se detuvieron ante una formidable puerta de madera de roble, provista de un impresionante pomo y una cerradura de metal bruñido.

—El estudio privado del señor Armstead —dijo Hannah—. A nadie se le permite entrar aquí en su ausencia. Yo he estado una sola vez sin su permiso. Esta va a ser la segunda.

—Buscó en su bolsillo uno de los objetos que guardaba ocultos en su tocador, y extendiendo la mano mostró una llave—. Edward cree que él tiene la única llave del estudio; no permitió que se hiciera ninguna copia. Pero yo encargué una sin que él lo supiera, y es ésta.

—Insertó la llave en la cerradura y entró perfectamente—. La hice fabricar sin decírselo. No porque yo entonces tuviera sospechas o porque quisiera espiar, sino porque todavía me preocupaba por él. Pasaba tanto tiempo encerrado en su estudio, trabajando tantas horas, que llegó a inquietarme su salud. Me atormentaba pensar en la posibilidad de que tuviera un ataque al corazón y que fuese imposible entrar y llegar hasta él para prestarle ayuda. Por tanto, llamé en secreto a un cerrajero y le encargué una segunda llave para su estudio. La destinaba a un caso de emergencia. Y esto, creo yo, constituye una emergencia. Con un enérgico giro de muñeca hizo dar vuelta a la llave. Hubo un sonido metálico. Hannah empuñó el pomo y apoyó el hombro en la maciza puerta. Sin el menor ruido, ésta se abrió hacia dentro.

—¿Este cuarto siempre ha sido su estudio privado? –preguntó Victoria.

—Si, pero antes nunca estaba cerrado con llave —dijo Hannah—. Unas semanas antes de que el primer ministro español fuese secuestrado en San Sebastián instaló la cerradura especial y dio órdenes de que no entrara nadie.

Hannah y Victoria cruzaron una mirada y entraron. Victoria miró a su alrededor. Una habitación lujosa con paneles de un exquisito color claro y detalles neoclásicos, una de las paredes cubierta con libros encuadernados en piel, un televisor de inmensa pantalla en una esquina, un retrato al óleo de Napoleón Bonaparte sobre la enorme chimenea frente a ellas, dos sillones de tapizado claro detrás de una mesa de roble, un amplio sofá—cama con una manta de terciopelo, una puerta que comunicaba con un cuarto de baño, y finalmente un escritorio victoriano, con una máquina de escribir eléctrica en una mesita al lado.

Hannah señaló la silla que había entre la máquina de escribir y el escritorio.

—Se instala aquí casi cada noche, y se sienta en esta silla para escribir a máquina —dijo—. Yo no lo he visto, pero sé que lo hace y que lo ha estado haciendo varias semanas después de heredar el diario de su padre.

Estupefacta, Victoria se inmovilizó donde estaba, con los ojos clavados en la máquina de escribir.

—¿Supone que él escribe esos reportajes sobre los actos terroristas? —preguntó.

—¿Quieres saber si supongo que mi marido es Mark Bradshaw? —repuso Hannah—. Vamos a averiguarlo.

Se dio la vuelta y con el índice señaló la pared al otro lado del estudio, detrás de las butacas de tapizado claro.

—¿Ves esto?

En su primera visión del estudio le había pasado desapercibido a Victoria. Era un cuadro de tamaño mediano, con un marco discreto, y representaba a un niño de unos diez u once años ataviado con uniforme militar, que posaba como una versión juvenil del retrato de Napoleón colgado sobre la chimenea.

—Un recuerdo de la infancia de Edward —explicó Hannah—. La caja fuerte está empotrada en la pared, detrás de él.

Victoria miró a Hannah y exclamó:

—¿La caja fuerte?

—La prueba —dijo Hannah—. Si existe, estará en esta caja oculta —extrajo un trozo de papel del bolsillo de su bata—. Aquí está la combinación. La encontré y la copié la única vez que estuve dentro de este cuarto, cuando vino el cerrajero. Súbete a esa silla y descuelga el cuadro. Encontrarás la caja. Yo te diré la combinación. Si hay una prueba, estará dentro de la

caja fuerte. Es toda la ayuda que puedo ofrecerte. Te deseo.., no suerte, sino que encuentres la verdad.

Victoria titubeó momentáneamente. Recordó haber leído en el instituto la historia de una maestra de escuela de Nueva Inglaterra que fue la primera en presentar una teoría seria en la que afirmaba que Shakespeare no había escrito sus obras teatrales y que la prueba conclusiva al respecto podía ser hallada en la tumba del bardo en el presbiterio de la iglesia de la Santísima Trinidad, en Stratford upon—Avon. Cuando, después de años de solicitar la apertura de la tumba de Shakespeare, la maestra tuvo la oportunidad de hacerlo, tuvo miedo. "Una duda se apoderó de su mente —había escrito su amigo Hawthorne—: la de si no se habría confundido de depositario.. temía enfrentarse a la impresión de levantar la lápida y no encontrar nada." Y entonces abandonó su proyecto.

En aquellos segundos de titubeo, Victoria temió también enfrentarse a la posibilidad de no encontrar nada. Entonces seria ella la loca, y no Armstead.

—No.. no sé..

—murmuró.

—Será tu última oportunidad —la apremió Hannah—. Las dos merecemos conocer la verdad.

Victoria asintió con la cabeza. . Trasladó la silla al otro lado del estudio y la colocó detrás de los sillones y debajo del cuadro de Armstead niño. Subió a la silla y descolgó sin dificultad la pintura y la depositó en el suelo.

Quedó a la vista una pequeña caja metálica azul, de treinta centímetros de lado, provista de una cerradura niquelada con el disco para la combinación.

—Cuando usted quiera —dijo Victoria a Hannah, que estaba junto a ella.

—Gira el disco tres veces a la izquierda, y la cuarta vez páralo en el cincuenta y seis.

Victoria hizo girar el disco tres veces a la izquierda, pasando por el cero, y la cuarta vez lo detuvo en el cincuenta y seis.

Hannah examinó las notas en su hoja de papel.

—Ya está.

—Ahora dos veces a la derecha, y la tercera vez páralo en el veintiséis.

Victoria obedeció.

—Ya está.

—Ahora a la izquierda otra vez, y en la segunda vuelta párate en el setenta y cuatro. Una vez más, Victoria siguió las instrucciones.

—Hecho. ¿Algo más?

—Gira el disco a la derecha, hasta el cero. Con esto debería abrirse.

Cuidadosamente, llena de dudas, Victoria hizo girar el disco hasta el cero.

Un chasquido de pestillo.

Victoria accionó la palanca y la caja fuerte empotrada se abrió.

Metió la mano en ella y tocó un sobre de gran tamaño. Lo sacó. No había nada más en la caja. Contempló el sobre. Era de papel grueso y no llevaba más identificación que una fecha escrita con lápiz a través de él. La fecha del día de mañana.

—Sólo hay esto —dijo Victoria, bajando de la silla.

—¿Qué hay en él? —inquirió Hannah—. ¿Qué hay dentro?

Victoria levantó la solapa del sobre. En su interior había tres hojas tamaño folio. Estaban pulcramente mecanografiadas, a doble espacio.

Había un título de crédito.

El de Mark Bradshaw.

Había un artículo.

Juntas, Victoria y Hannah leyeron ávidamente. Al terminar la primera hoja, las dos mujeres se miraron, horrorizadas.

—Dios mío —murmuró Victoria—, Hannah..

Hannah temblaba.

—No puedo creerlo..

—¡Pues yo lo creería! —exclamó una voz desde el otro lado de la habitación.

Las dos mujeres alzaron la vista, sobresaltadas, y quedaron como petrificadas al ver a Edward Armstead junto a la puerta abierta. Había una sonrisa fija en su semblante cuando entró en la habitación.

—No siempre es posible, amigas mías, leer hoy las noticias de mañana.

Se detuvo junto a su escritorio, se inclinó y arrancó de la pared el cable del teléfono.

Después reanudó su lento avance a través del estudio, hacia las dos mujeres, muy juntas e inmovilizadas.

Al llegar ante ellas, su sonrisa era casi benévola. Levantó una mano y, casi con delicadeza, tomó las hojas de manos de Victoria.

—He venido a buscar esto —explicó—. Cometí la estupidez de olvidarlo en mi prisa por marcharme.

—Dobló cuidadosamente las hojas y las introdujo en el bolsillo de su abrigo—. Y ahora, sí me lo permitís.. ¡ah, sí, Hannah, dame la llave duplicada, por favor!

Anonadada, su esposa le entregó la llave. Al dar él media vuelta para irse, Hannah volvió de pronto a la vida y se aferró a él con ambas manos.

—¡Edward, no puedes hacer esto!. Con un gesto brusco, Armstead se soltó.

—Querida —dijo—, todos tenemos que morir alguna vez, ¿no es cierto? En lo que se refiere a ti y a tu amiga, no tendréis que esperar más allá de mañana.

Cruzó la habitación y salió al pasillo. Entonces se volvió y se inclinó cortésmente ante ellas.

La puerta se cerró. Oyeron el pestillo al correrse. El estudio había quedado sellado. Hannah se despertó gradualmente, y cuando consiguió abrir los ojos se sintió desorientada. Necesitó unos segundos para comprender que estaba echada en el diván del estudio de su esposo. Los acontecimientos de la tarde, la noche, las largas horas de encarcelamiento, todo salió a la superficie. Estaba demasiado exhausta para sentirse horrorizada. Movió la cabeza a un lado y vio a Victoria de pie junto a ella, mirándola.

—Creo.. creo que me quedé dormida —dijo Hannah—. ¿Has dormido tú?.

—Un rato —contestó Victoria—. En una butaca. Hannah contempló el techo.

—Creo que será mejor que me expliques de nuevo de qué se trataba —murmuró—. Aquel reportaje que escribió. El suceso que va a ocurrir hoy. Apenas pude echarle un vistazo y me perdí casi todos los detalles. El.. avión del presidente..

—El avión del presidente, el Fuerza Aérea Uno, chocará en pleno vuelo sobre el Atlántico con otro avión —dijo Victoria con voz hueca—. La colisión hará que el avión presidencial explote. No habrá supervivientes. El presidente Callaway morirá. Su secretario de prensa, Hugh Weston, morirá. Más de un centenar de ocupantes del avión presidencial morirán.

—Y Edward escribió todo esto.

—Como si ya hubiera ocurrido. Ocurrirá dentro de poco más de una hora.

—¿A qué hora? —preguntó Hannah.

—La noticia decía que había ocurrido a las nueve treinta y dos de esta mañana.

—¿Qué hora es, Victoria?

Victoria miró el reloj que había sobre el escritorio.

—Son las ocho y ocho minutos de la mañana.

Hannah se estremeció.

—¿Y cómo., cómo lo hará?

—En su reportaje no se atrevía a decir demasiado. Su opinión era, desde luego, la de que el presidente Callaway había sido era arteramente asesinado en un choque en pleno vuelo. No se conocían detalles, pero la televisión de La Habana había anunciado que un Mig 27F, un avión de las fuerzas aéreas cubanas, importado de la Unión Soviética, había sido robado por una de las facciones castristas más violentamente antinorteamericanas, en una base militar cercana a Cienfuegos. El piloto podía ser un ex oficial kamikaze desequilibrado, que una semana antes había escrito una carta amenazadora, la carta propia de un demente y que nadie había tomado en serio. En mil novecientos cuarenta y cinco se le había confiado la misión de matar al presidente Roosevelt, había fracasado y, para lavar su honor, había decidido matar a otro presidente de los Estados Unidos. Con la ayuda de cubanos, este japonés había despegado con el caza Mig Foxbat, obtenido el curso del vuelo del Fuerza Aérea Uno desde la base aérea de Andrews, en Maryland, hasta Londres, y estrellado el avión robado contra el del presidente a doscientos kilómetros de la costa atlántica, unos cuarenta minutos después de haber despegado éste. Había a continuación una lista completa de las personas a las que se daba por muertas: el presidente y todos los demás pasajeros. Esto fue todo lo que tuve tiempo para leer.

Hannah se había sentado en el sofá.

—Es inimaginable. Edward de debe haber contratado a los mejores terroristas profesionales del mundo para intentar esto.

—Su cabeza se inclinó, abrumada por el dolor—. Teníamos razón, Victoria. Mi marido es un loco de atar.

—Pero con la lógica suficiente para haber organizado todo esto —repuso Victoria.

—Está completamente loco —repitió Hannah.

Victoria empezó a pasear lentamente por el estudio.

—¿Que cree que será de nosotras? ¿Qué nos hará?

—Lo dijo bien claramente, Victoria. Mañana, o sea en cualquier momento ya, mandar a alguien, probablemente a una pareja, para que abran la puerta y nos lleven a cualquier lugar donde puedan matarnos tal como eliminaron a la pobre Kim.

—Pero él hubiera podido matarnos esa noche —alegó Victoria.

Hannah meneo la cabeza.

—No, Edward es demasiado listo para hacer semejante cosa. ¿Matarnos y quedarse con los cadáveres aquí? Es más fácil confiar la tarea a alguien más profesional, sacarnos de aquí y realizar el trabajo.

—Abajo, en el vestíbulo, hay un guarda. El lo vería.

—Sospecho que el guarda no estará en su puesto. Se apoderarán de él por sorpresa y lo encerrarán en cualquier sitio. Después subirán a buscarnos. Los ojos de Victoria recorrieron los paneles del estudio.

—Hannah, debe de haber alguna manera de salir de aquí.

—Ya sabes que es imposible —dijo Hannah con un gesto de impotencia—. Después de marcharse él, hemos pasado horas esta noche registrando palmo a palmo las paredes y toda la habitación. No hay manera de salir hasta que alguien nos saque.

Victoria se detuvo.

—No temo por mí, Hannah, se lo aseguro. Lo siento por usted.

—No te preocupes por mí..

—Pero lo que más me desespera es pensar en todos los que viajan en ese avión: mi padre y un hombre al que quiero de veras, y el presidente y todas esas personas son inocentes. Nunca ha ocurrido nada como esto en toda la historia Hannah, ¡no debe ocurrir!

—Tal vez no ocurra —dijo Hannah con toda la gentileza posible.

—Pero ¿cree que sí ocurrirá?

—Me temo que si. ¿Qué va a impedirlo? Nosotras no podemos hacer nada —cerró los ojos—. Hemos perdido la partida. Cuatro horas antes, había tenido lugar una escena extraña.

La más extraña en toda su experiencia, decidió Armstead cuando Gus Pagano le guió hasta el salón abovedado de la vetusta casa de madera en las afueras de Newport, en Rhode Island.

Armstead, disfrazado con peluca, un bigote postizo y gafas, había llegado en un Learjet alquilado, siendo recibido por Pagano en un sedán Dodge de modelo corriente, y conducido a través de la ciudad hasta aquel caserón aislado de veintidós habitaciones. La vanguardia de Carlos lo había alquilado a un propietario ausente y lo había utilizado como refugio y base de operaciones.

Al encontrarse en el salón con Armstead, Pagano explicó:

—Es un lugar perfecto. Nunca viene nadie y enviaremos a Matsuda a las Bahamas desde el aeródromo privado que, como usted sabe, se encuentra a poca distancia en coche de aquí. Todo está preparado y el tiempo apremia, de modo que la entrevista deberá ser breve. Pero él insistió en ella antes de poner manos a la obra.

—Por mí, conforme —dijo Armstead.

—¿Tiene lo que él quiere? —preguntó Pagano.

—No hay problema.

—Espere aquí. Voy a buscarlo.

Pagano salió de la habitación y Armstead se quedó solo, contemplando maravillado su entorno. Aquella sala probablemente había alojado a los iguales de Diamond Jim Brady, James Gordon Bennett, Jay Gould.. todo un panteón de gigantes. Estudió el otrora elegante mobiliario del siglo diecinueve, y le divirtió observar que las escupideras originales de porcelana con flores pintadas a mano, todavía seguían en su lugar.

Historia ya antigua. Armstead se situó en el centro de la sala. El vivía la historia y, a partir de hoy, ningún templo de la Fama dejaría de otorgarle su pedestal más destacado.

Oyó entonces que entraba alguien y dio media vuelta para saludar a su estrella.

En vez de una persona, eran dos las que avanzaban hacia él. Reconoció a Robert Jacklin, al que no había visto desde Estambul y que había estado dirigiendo toda la operación como segundo de Carlos. El segundo hombre era la estrella, un japonés diminuto, patizambo y de edad provecta. Medía poco más de metro y medio, tenía unos sesenta y cinco años, y llevaba un casco de cuero con el emblema del Sol Naciente y un traje de calle mal cortado, en cuya chaqueta ostentaba otra representación del Sol Naciente, una insignia de fieltro de las Fuerzas Aéreas Imperiales niponas de 1945.

—El señor Walter Zimberg —les presentó brevemente Jacklin—. El teniente Yosuke Matsuda, en otro tiempo del Cuerpo de Asalto Especial japonés, y encargado de su misión.

Armstead ofreció su mano y una sonrisa insegura. El teniente Matsuda tomó la mano y la estrechó cordialmente, con una amplia sonrisa que reveló una fila superior de dientes de oro.

—Habla muy poco inglés —explicó Jacklin—y casi no lo entiende. Sin embargo, yo hablo japonés y ayudaré, puesto que es necesario.

—Espléndido —aprobó Armstead, fascinado por la dentadura de oro del teniente—. ¿De dónde ha sacado esos dientes?

—Un obsequio anterior a la guerra, pagado por sus padres.

—Está bien. Cuando quieran —dijo Armstead.

—Quiero explicar lo que le ha traído aquí. El teniente Yosuke Matsuda estaba en la base aérea de Konoya, como miembro del 721 Grupo Aéreo y de una escuadrilla suicida que fue enviada contra un portaaviones de los Estados Unidos el diecisiete de abril del cuarenta y cinco. La misión de Matsuda consistía en atacar a lo kamikaze el portaaviones con su bombardero en picado Suisei 4Y1, estrellando su aparato con la bomba de doscientos cincuenta kilos que llevaba sujeta al fuselaje, contra el puente de mando del buque, donde se creía que se encontraba el presidente Franklin D. Roosevelt como observador.

—Un momento —le atajó Armstead—. ¿Cuándo dice que ocurrió esto?

—El diecisiete de abril de mil novecientos cuarenca y cinco.

—¡Pero si el presidente Roosevelt ya había muerto! El presidente Truman..

A su vez, Jacklin le interrumpió levantando un dedo.

—Usted y yo sabemos esto, pero el teniente Matsuda lo ignoraba en aquel entonces. Lo cierto es que Matsuda no llegó a cumplir su misión. En el último minuto, cuando ya entraba en su picado final, perdió su aplomo. No quería morir. Tenía una novia que le esperaba en Tokio. Quería volver vivo para reunirse con ella. Por tanto, no terminó su ataque kamikaze, esquivó el puente del portaaviones y estrelló su avión en el agua. Lo sacaron vivo y se convirtió en prisionero de guerra. Terminada la guerra, fue puesto en libertad, regresó a su país y se reunió con su prometida. Pero había caído en desgracia, había perdido su honor, y en los años subsiguientes nunca pudo conseguir un empleo digno. Desde entonces, él, su esposa y sus tres hijos han vivido en la pobreza. Su mujer está imposibilitada. El teniente Matsuda sólo ha vivido para una cosa: encontrar un medio para cubrir definitivamente las necesidades de su esposa y sus hijos. Hizo saber que si se le volviese a ofrecer una misión de kamikaze, la cumpliría si le reportara lo que él buscaba: unos ingresos satisfactorios para su familia. Cuando Carlos se enteró de eso a través del Ejército Rojo japonés, estableció contacto con el ex aviador y lo mantuvo en reserva para el día en que pudiera resultar útil. Este día ha llegado.

Armstead seguía mirando al menudo y sonriente japonés, con una expresión de incertidumbre.

—¿Y si vuelve a fallar en su misión, como hizo la primera vez?

—No hay la menor posibilidad al respecto —contestó Jacklin—. Su único deseo es garantizar la prosperidad de su familia. Y también hay la cuestión del honor, como él mismo le explicar . Incluso lleva un omanorí en su bolsillo.

—¿Un qué?

—Un amuleto budista de madera, para garantizar el éxito de su misión.

Al observar que Armstead parecía satisfecho, Jacklin se dirigió al teniente Matsuda en japonés y éste le contestó. Después, Jacklin se volvió hacia Armstead.

—Sí, dice que está dispuesto a partir ahora mismo y ejecutar la misión, si usted le demuestra que ha depositado en el DKB —el Dai—Ichi Kanayo Bank—de Tokio un millón de dólares americanos.

—Está todo arreglado —contestó Armstead, sacando del bolsillo de su chaqueta el recibo del DKB—. Esto es un duplicado del recibo. El dinero ha sido puesto a nombre de su esposa. El representante de ustedes en Tokio entregará hoy el original a su mujer.

Jacklin tomó el recibo y lo enseñó al piloto japonés. Matsuda lo leyó y al terminar volvió a exhibir su deslumbrante sonrisa de oro. Después habló en japonés.

—Voy a traducir —dijo Jacklin—. Está satisfecho. Le da a usted las gracias. Pero quiere que sepa, tal como ya le dije, que también hay en este asunto un punto de honor.

—¿Qué punto de honor?

—Hace mucho tiempo dejó de cumplir una misión que le había sido encomendada. Celebra esta segunda oportunidad de matar a otro presidente, o sea al señor Callaway. Esta vez realizará su misión con éxito. No se preocupe. Cumplirá su cometido.

La mirada de Armstead, inquieta, volvió a posarse en el japonés.

—Es que tiene un aspecto tan ridículo.. ¿Está capacitado?

—Perfectamente. Suficientemente adiestrado para llevar el nuevo caza de reacción hasta su objetivo.

—¿Cómo lo ha aprendido? —inquirió Armstead—. ¿Y el avión? ¿Cómo van a conseguir el avión?

—No ha sido muy difícil —respondió Jacklin—. Compramos por una buena suma a uno de los pilotos de Castro. En estos momentos parte para un vuelo rutinario de adiestramiento, pero en vez de regresar a su base de Cuba, desertará y aterrizará en un aeródromo desierto en las Bahamas. No importa dónde esté.., el sindicato de las drogas también lo utiliza y no quieren que se sepa su ubicación. Allí, el desertor será recibido por nuestros hombres y sustituido por el teniente Matsuda, que se hará cargo del aparato.

—Jacklin dio un golpecito con el dedo en su reloj de pulsera—. Debemos partir sin tardanza hacia el aeropuerto si queremos cumplir exactamente el programa.

Posó su mano en el brazo del pequeño japonés y éste descubrió sus dientes resplandecientes por última vez.

—Tenno banzai —dijo a media voz, casi tímidamente, y salió de la casa acompañado por Jacklin.

Cinco minutos más tarde, Armstead abandonó la casa con Pagano. Cuando llegaron junto al coche, Armstead dijo:

—Usted volverá conmigo a Nueva York, en avión. ¿No lo habrá olvidado?

—No lo he olvidado —aseguró Pagano.

—Aquí tiene las dos llaves —continuó Armstead—. Una para que sus hombres entren en el apartamento. La otra para que entren en el estudio. Apenas lleguemos a Nueva York, usted les entregará las llaves.

—Está todo previsto, jefe, no se preocupe.

Armstead se acomodó en el asiento delantero.

—No puede haber ni el menor fallo.

—No lo habrá. Nadie encontrará jamás los cadáveres —dijo Pagano.

Corrió al otro lado del coche y se sentó detrás del volante.

Armstead le tocó el brazo.

—Oiga, Gus..

—¿Qué?

—Ellas ni se darán cuenta, ¿verdad?.

—No notarán nada, se lo prometo. Será como lo de la Nesbit. Ningún dolor. Nada. Relájese, jefe. El japonés se ocupará de la gran noticia, y yo me ocuparé de lo demás. Encienda un cigarro, póngase cómodo y fume.

Puso en marcha el coche y se alejaron de allí. En el cerrado estudio del apartamento de Armstead, las dos mujeres se habían resignado a lo inevitable.

Hannah estaba sentada en el sofá y Victoria se había derrumbado en una butaca. Las dos estaban paralizadas por la laxitud y la impotencia.

Victoria se sentía como hipnotizada por el reloj de su escritorio. Seguía los avances del minutero. Un avance más. Victoria se estremeció.

Librodot

—Están despegando —anuncio.

Saliendo de su sopor, Hannah levantó la cabeza.

—¿Quién?

—El Fuerza Aérea Uno desde la base Andrews en Maryland. Son exactamente las nueve. El avión está despegando con todos ellos a bordo. Supongo que esto significa que el ex kamikaze despega también —cambió de posición en la butaca, para hablar directamente a su compañera de reclusión—. Y supongo que esto también significa que su marido va a mandar a alguien a buscarnos.

—También lo supongo yo.

Por primera vez en las últimas horas, Victoria dio muestras de coraje.

—Cuando vengan, Hannah, no voy a dejarme llevar a cualquier sitio para que me ejecuten. Apenas estemos abajo, echaré a correr.

—Te matarán a tiros en plena calle.

—Que lo hagan —dijo Victoria—. Igual acabarán conmigo pase lo que pase, pero tal vez les detengan. Quizá de este modo pueda huir usted.

—No con estas piernas, Victoria —repuso Hannah, frotándose uno de los delgados tobillos que salían por debajo de su bata—. No iría muy lejos con estas piernas.

Victoria exclamó airadamente, con los puños apretados.

—¡Pero es que no podemos quedarnos sentadas esperando que nos conduzcan al matadero, como aquellos judíos indefensos de Auschwitz! Tenemos que resistir. No puedo creer que no haya una manera de salir de aquí.

—Lo hemos revisado todo, Victoria. Que yo sepa, no hay escapatoria.

Victoria se puso en pie y miró a su alrededor.

—Ventanas. Nunca he visto una habitación sin ninguna ventana. Debe de haber una y habrá sido disimulada.

—Yo estuve aquí cuando empezaron a remodelar la habitación. Se había planeado construirla sin ventanas. No hay ninguna.

—Si hubiera algún objeto pesado, como un pico o una maza, podríamos utilizarlo para abrir un boquete en la pared.

—Victoria, ¿qué iba a hacer Edward con un pico o una maza en esta habitación? Y de haber en ella un objeto semejante, se lo habría llevado antes de marcharse. Es demasiado astuto para dejar aquí una posible arma.

Victoria se acercó a la pesada máquina de escribir.

—Si pudiera levantar esa máquina de escribir y golpear con ella la pared..

—No conseguirías nada. Estas paredes están reforzadas con acero y hormigón, como una cámara acorazada.

Victoria se encaró con Hannah.

—¿Y ha dicho que no tienen ustedes servicio permanente en la casa?

—No tengo a nadie.

—Pero no es posible que usted sola lleve un apartamento como éste. Bien ha de haber alguien que venga a limpiar, a hacer las camas, a cocinar. Ha de tener usted una especie de camarera..

—Antes venía cada día una mujer negra, que era maravillosa, pero hace unas semanas Edward me obligó a despedirla. Insistió en que deseaba estricta intimidad en su casa, sin que nadie fisgoneara en ella. Personalmente, contrató a una asistenta, que viene dos días a la semana y trabaja tres o cuatro horas. Es una joven guatemalteca que apenas habla inglés y no lee ni una palabra de él.

—¿Y cuándo ha de venir?

—Hoy no. Lo siento, Victoria. Y el conserje residente en el edificio manda a alguien para que haga las camas y limpie un poco, sólo cuando se lo pedimos. El nuestro es un hogar imposible, ya que Edward lo ha transformado en un monasterio. Por razones obvias.

—¿Y no teme él a los ladrones? Debe de haber algún tipo de sistema de seguridad interno.

—Ninguno, absolutamente ninguno. Edward juzgaba que bastaba con el guarda que hay abajo. Además, no quiso permitir la instalación de ningún mecanismo que pudiera encaminar al acceso a este apartamento o a su estudio —Reflexionó unos instantes—. Lo único que permitió instalar fue el detector de humo, porque tiene una fobia terrible a los incendios.

Victoria se mostró instantáneamente alerta.

—¿Un detector de humo? ¿Dónde? —Aquí mismo, claro. La mirada de Victoria recorrió el alto techo de vigas vistas.

—No lo veo.

—No puedes desde aquí —dijo Hannah—. Edward lo hizo instalar detrás de aquella viga de madera más alejada porque era muy poco estético. No puedes verlo, pero está allí.

Sin perder tiempo, Victoria fue al otro lado de la habitación, se situó debajo de la viga de madera y miró hacia arriba. Pudo distinguir un disco metálico pintado del color de la madera, de unos quince centímetros de diámetro, con una diminuta luz roja apenas visible en su centro.

—Hay aquí una placa metálica, redonda..

—Es el detector de humo.

—¿Y qué hace? —inquirió Victoria.

—Pues se dispara, desde luego, si hay fuego y humo.

—¿Se dispara? —insistió la joven—. ¿Cómo?

—Suena un timbre, como en todos, para avisar al ocupante de esta habitación. Pero este modelo de detector de humo es más sofisticado que otros. Cuando se dispara, también envía una señal de alarma a la compañía que lo instaló. Sus empleados avisan inmediatamente al cuartel de bomberos más cercano y viene un autobomba..

—¡Hannah! —gritó Victoria—. ¡Hay una posibilidad de huida!

Hannah la miró, estupefacta.

—No comprendo..

—Una posibilidad de hacer saber a alguien que estamos en un apuro. Iniciamos un incendio aquí y el fuego acciona el detector. El aparato da la señal de alarma..

Hannah se había levantado.

—¿Un incendio? Bueno, sí.. Pero en realidad esto es peligroso. Podríamos vernos rodeadas por las llamas..

—Apagaremos las llamas. ¿Qué podemos perder? Piense en lo que va a ser de nosotras de todos modos.

Hannah había barrido su inercia.

—Es una idea brillante, Victoria. Puede ser una manera de pedir ayuda.

Victoria ya había entrado en acción, arrastrando la silla hasta debajo del detector de humo.

—¿Tiene cerillas?

—Edward ha de tener..

Hannah abrió la caja de cigarros puros de su marido y buscó sobre el escritorio, sin éxito. Abrió entonces el único cajón del escritorio, lo registró y finalmente encontró una caja

Librodot

verde de cerillas. Caminó hacia Victoria y le entregó la caja. Victoria se subió a la silla, se puso de puntillas y alzó una mano tan arriba como pudo. Después bajó la mano.

—No puedo acercarme lo suficiente al detector. Está demasiado alto. Sólo un fuego de veras podría.. Hannah, ese periódico.. ¡deme el periódico que hay sobre el escritorio!

Hannah obedeció con toda la rapidez de que fue capaz.

—Perfecto —dijo Victoria tomando unas páginas del periódico, las enrolló en diagonal, dándoles forma de cono—. Voy a encender un extremo y acercarlo al detector. Creo que bastará.

Sosteniendo el cono de papel debajo de un brazo, Victoria encendió una cerilla.

—Ten cuidado, Victoria —rogó Hannah.

La joven aplicó la cerilla encendida al extremo ancho del periódico enrollado y en seguida prendió la llama en el papel. Al crecer la llama, cada vez más extensa y brillante, Victoria se puso de puntillas y alzó el cono llameante tan alto como pudo, debajo del detector de humo. Desde aquella antorcha improvisada, empezó a ascender una espiral de humo hacia el aparato, mientras el fuego descendía rápidamente hacia los dedos de Victoria.

—¡Cuidado! —gritó Hannah.

Victoria la ignoró, mientras imploraba frenéticamente al metálico disco:

—¡Dispárate! ¡Dispárate!

Y de pronto, con un timbrazo estridente, se disparó. La alarma sonaba con intensidad, continuamente; el aparato funcionaba a la perfección. El rostro de Victoria estaba acalorado e iluminado por la antorcha. De pronto, lanzó un grito de dolor al lamer su mano el borde inferior del fuego. Dejando caer la antorcha y agarrándose con la otra mano los dedos quemados, Victoria saltó desde la silla.

La mano de Hannah la agarró por un hombro, mientras con la otra señalaba:

—¡Mira, Victoria!. El llameante cono de papel que Victoria había arrojado al suelo había caído bajo los pliegues de una colgadura ornamental color marrón. El cortinaje se estaba transformando en una hoguera roja y amarilla a medida que las llamas lo lamían, cada vez más extensas.

—¡Apaguémoslo, tenemos que apagarlo! —gritó Victoria.

Fascinada, Hannah contemplaba cómo las llamas, cada vez más rápidas, empezaban a formar un halo rojo alrededor de la parte superior de la habitación.

¡No, Victoria, es demasiado tarde! No podemos apagar el fuego y dentro de poco nos rodeará y nos sofocará .

—Tiró con desesperación de Victoria—. Por aquí.., al cuarto de baño.. Los bomberos nos lo dijeron una vez. Hay que meterse en el baño, bajo la ducha.., abrir la ducha..

El humo era ya cegador. Doblándose por la cintura, Victoria corrió detrás de Hannah, a través de una puerta estrecha. Hannah se apoyó en la puerta, cerrándola, y seguidamente empujó a Victoria sobre el suelo de baldosilla hacia la puerta de una cabina de ducha.

—¡Adentro! —ordenó—. ¡Entremos aquí!

Quedaron las dos apretujadas en la cabina.

—Puedo oler el humo —tosió Victoria—. ¡Se está filtrando! Si el humo no nos mata antes, lo hará el fuego. ¿Abro el grifo de la ducha?

—Todavía no —dijo Hannah—. Será nuestro último recurso. Escucha, Victoria.

Las dos aguzaron el oído y pudieron oír el timbre agudo y estridente de la alarma de incendio.

—Si el sistema funciona como es debido —dijo Hannah, respirando entrecortadamente—, deben de haber avisado ya a los bomberos.

Y éstos no pueden tardar mucho.

—Así lo espero —murmuró Victoria, torturada por la tos—. Pero no creo que lleguen a tiempo.

—Miró la hora en su reloj de pulsera—.

Han pasado ya de ocho a diez minutos.

Mirando a través de la puerta de cristal de la cabina, pudo ver que la puerta del cuarto de baño empezaba a oscurecerse, al tiempo que se formaban ampollas en la pintura, y oyó también el crepitar de las llamas cada vez más cercanas. En el baño, el humo se estaba espesando; cubría los cristales que rodeaban la ducha y se filtraba por la puerta de la cabina.

Victoria vio entonces una toalla seca, colgada en el asa de la puerta de la cabina. La descolgó, buscó en su bolsillo un pañuelo, y accionó el grifo en la pared de azulejos hasta que cayó una lluvia de agua fría. Victoria mantuvo la toalla y el pañuelo bajo el chorro de agua, cerró ésta y entregó la toalla empapada a Hannah. Después se aplicó el pañuelo mojado a su boca y nariz.

Los ojos le ardían por efectos del humo, y la tos persistente la sofocaba.

De pronto oyó un ruido tremendo que dominó el crepitar del incendio, y aplicó la oreja al cristal de la cabina.

Era un ruido diferente, intenso, potente, a base de golpes y martillazos, y de pronto la puerta del baño recibió un impacto demoledor, un choque que la hizo saltar sobre sus goznes, un chorro de agua irrumpió en el baño y, entre los silbidos, el fuego cedió y pareció apagarse. Victoria buscó a tientas a Hannah, pero constató que ésta había caído de rodillas y estaba al borde del colapso.

A través del oscuro cristal de la cabina, Victoria creyó ver dos figuras que, con máscaras y chaquetas de amianto, entraban en el baño. Abrió entonces la puerta de la ducha y anunció a gritos su presencia, y apenas salió un bombero la sostuvo e impidió que se cayera.

Jadeante, Victoria señaló detrás de ella:

—Ella está aquí.. ¡ayúdenla!

El segundo bombero entró corriendo, seguido por un tercero, y mientras Victoria era sacada, trastabillando, del chamuscado cuarto de baño y de las brasas del estudio de Armstead, pudo ver que levantaban a Hannah y la extraían de la cabina de la ducha.

Después se encontró en el pasillo, mientras Hannah era trasladada al segundo dormitorio, el de Armstead, y tendida sobre la cama de matrimonio. Victoria dejó a los bomberos, que irrumpían corriendo, uno tras otro, en el estudio, provistos de sus extintores químicos, y a su vez entró en el dormitorio. La forma exánime de Hannah estaba rodeada por personal médico, tres hombres jóvenes y una mujer vestidos de blanco, limpios y esperanzadores como ángeles, todos ellos inclinados sobre Hannah, prodigándole sus cuidados.

Uno de ellos, un joven de barba bien recortada, se acercó a Victoria.

—¿Se encuentra bien, señorita?

La tos de Victoria había cesado y pudo asentir vigorosamente. El practicante señaló con el pulgar, por encima del hombro, hacia la cama.

—No se preocupe, su madre saldrá de ésta. Ha inhalado humo, pero ya está volviendo en sí. La sacaron a tiempo.

Victoria seguía asintiendo, sin dejar de mirar hacia la cama. Hannah tenía los ojos muy abiertos y Victoria supuso que la estaba llamando. Automáticamente, caminó hacia la cama y pudo observar que Hannah trataba, débilmente, de pedirle que se acercara mas. Entonces Victoria se arrodilló y acercó su cabeza a la de Hannah.

—En seguida se repondrá por completo —le prometió.

Hannah intentaba murmurar algo y la joven acercó más su cabeza a los labios temblorosos de la esposa de Armstead.

—Víc..

—susurro Hannah—.No dejes que lo maten.. Sólo., sólo está enfermo, muy enfermo.

Victoria asintió, se apartó y se puso en pie, musitando unas palabras de agradecimiento al personal médico, que seguía ocupándose de Hannah.

Después miró a su alrededor. Todo el mundo estaba muy atareado: el personal sanitario en el dormitorio, y los bomberos, con sus equipos contra incendio, de un lado al otro del pasillo. Tomando su bolso, Victoria corrió hacia el pasillo y se dirigió hacia la sala de estar. Saltó sobre la manguera, procuró esquivar a los afanosos bomberos y policías, y nadie la vio salir del apartamento. En el rellano, frente a la puerta de entrada, discutían varios jefes de bomberos y, por un momento, Victoria pensó en revelarles el complot contra el Fuerza Aérea Uno. Pero sabia, por instinto, que necesitaría demasiado tiempo para explicárselo, demostrárselo y convencerles. Con toda naturalidad, Victoria siguió la serpenteante manguera en dirección a la escalera. No era momento oportuno para que la detuvieran y le hicieran preguntas. Una vez en la escalera, empezó a bajar con toda la rapidez posible sin incurrir en el riesgo de tropezar y caerse.

No era necesario que mirase su reloj de pulsera. Sabía que el tiempo casi se había agotado. Victoria se detuvo frente a la primera tienda abierta en Madison Avenue, apoyándose en el borde del escaparate para recuperar el aliento.

Había llegado allí corriendo, desde la salida del edificio de apartamentos en la Quinta Avenida, cruzando entre la multitud de curiosos y la hilera de coches de los bomberos, atravesando una de las manzanas modernas, sin perder tiempo buscando la entrada de una de las residencias, y atrayendo las miradas de los transeúntes hasta que llegó a Madison Avenue.

Entró en la tienda, un largo almacén de vinos y licores, y la campana de la puerta anunció estrepitosamente su llegada.

El dueño de la tienda, medio oculto por la caja registradora, se incorporó y se dejó ver. Era un hombre de mediana edad, calvo y achaparrado, con todo el aspecto de un tendero de la Piazza San Marco.

—¿En qué puedo servirla, señorita? Oiga, ¿qué le ocurre? Parece como si hubiera pasado una noche muy agitada..

—He estado en un incendio —contestó Victoria, consciente de que debía dar una explicación de sus cabellos desgreñados, su rostro tiznado y sus ropas sucias y rotas—. Necesito telefonear.

—Ahí mismo, frente a usted.

Había una cabina de teléfono público y entró en ella. Después de cerrar la puerta, buscó en su bolso una tarjeta de crédito; no pudo encontrar ninguna, pero tocó su abultado monedero y lo sacó en seguida, agradeciendo la primera lección elemental que había aprendido como reportera novata. Siempre llevaba moneda suelta, en cantidad, para las llamadas telefónicas. El teléfono era una de las arterias principales del reportero, y lo que la activaba eran las monedas. Colocó las monedas en la ranura y descolgó el teléfono.

Trató de recordar el número y éste acudió a su mente. Marcó el prefijo de Washington D.C., el 202, y seguidamente el número de la Casa Blanca: 456—1414.

Le contestó una telefonista de la centralita, con una voz metálica. Victoria titubeó, sin saber de momento por quién pedir. Tal vez el avión presidencial se hubiera retrasado; quizá todavía no hubiera despegado. Quizá su padre se encontrase todavía en la Casa Blanca.

—Quiero hablar con Hugh Weston, el secretario de prensa.

—Paso la llamada a su oficina.

Contestó una voz femenina, juvenil y cordial.

—Tengo que hablar con el señor Weston. ¿Está todavía aquí?

—Lo siento. Estará una semana fuera de la ciudad. Si quiere usted dejarme su nombre..

—Es un asunto urgentísimo. Afecta a la vida del presidente. Si hay alguien que..

La joven de la oficina se mantuvo imperturbable, sin perder en absoluto la cordialidad.

—Permítame que pase su llamada al jefe de operaciones de la Casa Blanca. No se retire.

Segundos después, se oyó una agradable voz masculina.

—Soy Frank Oliphant. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Sí puede —contestó Victoria—. Soy la hija de Hugh Weston, el secretario de prensa..

—Tal vez será mejor que hable con su oficina. Permítame que..

—Acabo de hablar con ella —dijo Victoria, exasperada—, y me dijeron que se lo explicase todo a usted. Se trata de una cuestión de la máxima urgencia. La vida del presidente está en peligro. De un momento a otro puede..

El jefe de operaciones de la Casa Blanca la interrumpió, tratando de apaciguarla.

—Yo no me preocuparía por él en estos momentos, señorita Weston. Está camino de Londres, perfectamente seguro en el avión presidencial. Pero si alude usted a alguna amenaza futura, gustosamente haré un informe al respecto. Si me da usted su nombre completo y su dirección, así como los detalles de su caso, yo lo anotaré todo y lo pasaré al departamento de investigación.

Un sentimiento de frustración estrangulaba a Victoria. Aquel estúpido la estaba tranquilizando, tratándola como a una maniática rutinaria. Estaba a punto de suceder un desastre increíble y no había nadie que le prestara atención, que le otorgase crédito. Los burócratas trataban a todo desconocido como sí fuese un orate, y la incredulidad, reforzada por la rutina, se alzaba como un obstáculo ante casi todas las emergencias. Ella había leído que cuando lo de Pearl Harbor ocurrió algo por el estilo.

Y cuando estaba a punto de colgar, llevada por la ira, un nombre brotó en su mente.

Sy Rosenbloom.

La última vez que hablaron, Nick le había dicho: Si necesitas con urgencia ayuda o un consejo, llama a la Casa Blanca y pregunta por Sy Rosenbloom. Forma parte del equipo del presidente, como ayudante.. si las cosas se ponen muy feas y te ves en apuros.. puedes contárselo todo a él.

—¡Quiero hablar con el señor Sy Rosenbloom! —gritó.

—¿Con quién?

—Con el señor Rosenbloom. Es ayudante del presidente. Está en el Ala Izquierda de la Casa Blanca.

—Un momento, señora, deje que consulte la lista.. Sí, ya lo veo. Tengo el número de su extensión. Voy a tratar de pasarle su llamada.

Varios segundos. "Pasa la llamada, pasa la llamada", imploraba Victoria al mudo teléfono.

Una voz de mujer de más edad, una voz más humana:

—Despacho del señor Rosenbloom.

—Oiga, por favor. Es un asunto urgente, urgentisimo. Debo hablar con el señor Rosenbloom. Soy Victoria Weston y él..

—Ha salido hace un momento, señorita Weston. Acaba de marcharse con un colega a tomar un café. Es seguro que volverá antes de media hora.

La desesperación se apoderó de Victoria.

—Le ruego que me haga un favor. Ya le he dicho que es una cuestión urgente, y de veras lo es.. Es una cuestión de vida o muerte. ¿No se encontrará todavía en la casa? ¿Puede intentar localizarlo?

La secretaria contestó muy seria:

—Es posible. Si lo encuentro, ¿quién ha dicho que le llama? ¿Ha dicho Weston..?

—Victoria Weston. Dígale que soy la hija de Hugh Weston, amiga de Nick Ramsey. El sabe quién soy.. ¡Por favor, dese prisa!

—Espere un momento.

Latiéndole las sienes, Victoria esperó en una especie de limbo. El minutero de su reloj de pulsera había vuelto a moverse. La telefonista del servicio público avisó y Victoria metió nuevas monedas en la máquina y siguió esperando.

Una voz fría y bien modulada resonó en el otro extremo:

—¿Señorita Weston?

—¡Sí, si!

—Soy Sy Rosenbloom. Lamento haberla hecho esperar y me alegra hablar con usted. Desde luego, la conozco ya a través de Nick y del padre de usted, un hombre maravilloso. Nick me dijo que tal vez me llamara usted. ¿Hay algo que..?

—¡Sy, escúcheme, escúcheme! —imploró Victoria—. El presidente, mi padre, Nick Ramsey y todos los que vuelan en el avión presidencial van a morir de un momento a otro. Hemos descubierto un complot, una conspiración asesina que en estos momentos va a ponerse en práctica.. No me diga que estoy loca, pues no lo estoy.. ¡todo es verdad! Un caza robado a las Fuerzas Aéreas cubanas y pilotado por un terrorista va a estrellarse contra el avión presidencial.

Victoria pudo oír una seca inspiración de aire en el otro extremo de la línea.

—¿Habla usted en serio? ¿Está segura de ello?

—Oh, Sy, lo estoy, ¡créame!

—La creo. ¿Cuándo supone que va a suceder esto?

—Ahora. En cualquier momento.., puede ser cuestión de minutos.

—Será mejor que la comunique directamente con el avión presidencial. Será mucho más rápido. Usted puede alertarlos. ¿Dónde está usted en este momento?

—En Nueva York, en un teléfono público de Madison Avenue.

—No se mueva del teléfono —ordenó Rosenbloom—. Voy a hacer todo lo necesario.

La joven vio que había otras dos personas ante la cabina telefónica, esperando su turno, y cuando Victoria inició la nueva espera una de ellas golpeó airadamente el cristal con los nudillos. Victoria no se alteró. Fue requerida la presencia del dueño de la tienda y éste abandonó el mostrador y, a su vez, llamó con los nudillos a la puerta de la cabina.

Victoria la abrió medio palmo.

—¡Señorita, no puede usted acaparar el teléfono! —la reprendió el tendero—. Salga y dé a los demás una oportunidad.

—No puedo —replicó Victoria—. Estoy esperando para hablar con el presidente de los Estados Unidos. ¡Y no avise a los loqueros!

Cerró la puerta y en el mismo momento oyó una voz en el teléfono.

Victoria oprimió el auricular contra su oreja.

—¡Si, soy yo!

—Aquí, Sy Rosenbloom. Un instante, Victoria. Va a hablar con el Fuerza Aérea Uno. A veintidós minutos de vuelo desde la base aérea Andrews, surcando serenamente el cielo sobre las nubes y las azules aguas del Atlántico, el Jumbo 747 designado como Fuerza Aérea Uno cubría una primera etapa en su vuelo a Londres.

En el interior del avión, Hugh Weston, secretario de prensa del presidente, fue avisado para que atendiera a una llamada telefónica en el centro de comunicaciones de la aeronave. Cuando entró, el sargento mayor indicó el teléfono que había sobre una mesa.

Librodot

—Para usted, Hugh.

—¿Quién es?

—No tengo idea. Sólo sé que se trata de una emergencia. La llamada procede de la Central de la Casa Blanca, transmitida desde otro lugar.

Perplejo, Hugh Weston descolgó el receptor y quedó estupefacto al oír la voz de su hija.

—¡Vicky! ¿Qué ocurre?

Ella empezó a contárselo, hablando entrecortadamente, y al cabo de un minuto él la atajó.

—Vicky, no quiero perder ni un segundo. Debo avisar al presidente. Llamaré a Nick para que oiga el resto. ¿Dices que él conoce el fondo del asunto y que tú puedes dictarle taquigráficamente..? ¿Y que entonces Nick podrá contestar a cualquier pregunta del presidente? No te muevas, Vicky. Nick viene en seguida.

Hugh Weston dejó el receptor sobre la mesa y tocó el hombro del sargento, el cual se quitó un auricular.

—Max, procure que no se corte la comunicación en este teléfono.

Weston salió presuroso al pasillo, vio a un joven con chaqueta azul, uno de los camareros del avión, y lo llamó.

—Vaya en seguida al departamento de prensa, busque a Nick Ramsey y dígale que venga aquí, volando.

El joven corrió hacia el compartimiento posterior, donde una docena de periodistas jugaban a cartas, leían o dormitaban. Al cabo de medio minuto, Ramsey, casi perdido el aliento, se presentaba ante el secretario de prensa.

—¿Qué ocurre, Hugh?

—Nick, mi hija está al habla desde Nueva York..

¿Vicky?

—Acaba de librarse de ser asesinada por Armstead. Tiene una prueba irrefutable de que Armstead ha fletado un caza Mig robado, tripulado por un terrorista a lo kamikaze, para volarnos a todos. Al presidente y a todos nosotros. ¿Es capaz Armstead de hacer una cosa semejante?

Sin titubear, Ramsey contesto:

—Sí, es muy capaz.

—Entonces, ¿cree que es verdad?

—Si Vicky lo dice y ha visto la prueba.., es verdad, Hugh.

—Dice que va a ocurrir dentro de nueve minutos. Será mejor que informe al presidente. Vicky sigue en el teléfono para darle a usted todos los detalles. Anótelos y venga en seguida a la suite presidencial. Yo estaré allí con él.

Un minuto más tarde Ramsey colgó el teléfono y echó a correr por el pasillo hacia la suite presidencial, situada a proa. El sello azul y oro del presidente había sido pintado en el panel de la puerta, y Ramsey lo golpeó con el puño.

—¡Entre! —invitó el presidente—. La puerta está abierta. Pase.

Ramsey irrumpió en la suite y encontró al presidente Callaway sentado en el borde de su sillón basculante tapizado en cuero, con las palmas de las manos apoyadas en la pulimentada superficie de su mesa; al copiosamente condecorado general Judson, el militar de más graduación a bordo del avión, en posición de firmes a su lado; y a Hugh Weston sentado en la butaca situada frente a la mesa escritorio.

El presidente fue inmediatamente al grano.

—¿Está usted convencido de que la señorita Weston dispone de datos fiables?

—No cabe la menor duda, señor presidente —contestó Ramsey—. Tuvo la prueba en sus propias manos: el reportaje que Armstead había escrito para la edición de esta tarde y que había de acompañar a la noticia de que el Fuerza Aérea Uno explotó a consecuencia de una colisión en pleno vuelo.

—¿Cómo va a suceder esto?

—Utilizando un caza robado a las Fuerzas Aéreas cubanas, con una especie de kamikaze suicida como piloto. Armstead tiene a sueldo un grupo terrorista profesional para que cree noticias exclusivamente para él. La señorita Weston lleva algún tiempo vigilando a Armstead. Ahora, éste ha hecho que sus terroristas roben uno de los cazas de Castro, metan en él a un ex piloto kamikaze, y nos lo envíen para barrernos del cielo.

—¿Y cuándo se cree que va a ocurrir esto?

Los ojos de Ramsey miraron el reloj de la pared.

—Dentro de ocho minutos, señor presidente.

Callaway hizo girar su sillón y miró al general Judson.

—¿Cuál es su protección para este vuelo, general?

—Ninguna, señor, como probablemente sabe usted, debido a nuestra política de los últimos años en cuanto a minimizar toda seguridad de tipo militar. El nuestro ha de parecer un vuelo de las líneas civiles. Es posible que haya en nuestra zona algún avión de los servicios de salvamento..

—¡De poco nos servirá! —exclamó el presidente—. Lo que yo pido es protección.

—Será mejor asegurarse de si ha sido robado un Mig y de que se encuentra en manos de terroristas.

—Pues asegúrese pronto —replicó el presidente, acercando al general su teléfono blanco—. Si la respuesta es afirmativa, averigüe si hay algún caza nuestro cerca de nosotros, en el aire o a bordo de un portaaviones. Debe conseguir respuesta en cuestión de microsegundos. Porque si no nos ayudan..

El general Judson hablaba ya por el teléfono blanco, poniéndose en contacto con el centro del Sistema de Mando Militar Nacional en el Pentágono. Firmemente sujeto a su asiento en la cabina del esbelto caza interceptor Mig—27F en pleno vuelo y protegida su cabeza por el casco de cuero, el teniente Yosuke Matsuda tenía la vista fija en las indicaciones del ordenador de su panel de mandos. Había suministrado al mismo los datos de hora y coordenadas longitud/latitud al despegar, junto con las coordenadas para el punto de intercepción que él había calculado. El ordenador, que funcionaba con el sistema de navegación inercial, digería los inputs o entradas y exponía lecturas, continuamente corregidas, sobre la distancia que quedaba y el tiempo disponible antes de que Matsuda iniciara su glorioso picado desde la altitud de veintidós mil metros, el techo óptimo del Mig. En los minutos finales, su radar de proa captaría la señal del avión presidencial en su pantalla, mientras el 747 norteamericano seguía su ruta a once mil metros de altitud sobre el océano Atlántico. Después, Matsuda sustituiría el piloto automático, llegado el momento de su destino que por tan largo tiempo le había eludido.

Su obliteración se aproximaba por momentos, y sin embargo Matsuda sonreía, satisfecho al pensar en el millón de dólares en el banco de Tokio, que habían de sustentar a su familia, y complacido por el hecho de que, después de varias décadas, iba a limpiarse del deshonor que le había estado atormentando toda su vida.

Con su muerte, sería por fin un buen padre y un gran héroe.

La última etapa de su viaje era como un sueño. No tenía la menor preocupación ni sentía confusión alguna. No había necesidad de utilizar radar, computadora o pantallas para disparar un misil contra el objetivo.

En su caso, él y el avión eran el misil, el proyectil que había de destruir al enemigo: el presidente norteamericano, su séquito y su avión.

Matsuda observó que el cuadrante se había inmovilizado en la velocidad fija de 2.3 mach, muy por debajo de la línea roja de los 2.8 mach, velocidad en la que los técnicos ya no podían garantizar la integridad del avión cuando éste llevaba misiles. Ignoró el indicador de carburante. A plena carga, el Mig tenía un radio de acción de más de dos mil quinientos kilómetros, mucho más que suficiente para su vuelo sin regreso. Las potentes turbinas gemelas Turmanski le llevarían a su punto de destino en el momento en que el avión presidencial llegara a un punto situado a unos doscientos kilómetros de la costa de Delaware.

Por unos minutos, los pensamientos de Matsuda volvieron a su familia —al dolor inmediato de ésta y a su bienestar posterior mientras su caza seguía el trayecto prescrito. Después, al sonar un pitido de aviso, vio aparecer repentinamente un eco visual en el radar, que indicaba un objeto a unos ciento cincuenta kilómetros frente a él. Con los ojos clavados en el radar, buscó con gesto ausente en el bolsillo interior la foto en color de su esposa, Kieko, y sus tres hijos. Contempló la fotografía, en una larga y afectuosa despedida. Pudo imaginarlos venerando su memoria en el santuario de Yasukuni. Seguidamente, próximo ya el momento final, Matsuda dejó caer la foto sobre sus rodillas, desconectó el piloto automático y tomó la palanca de mando manual. Inclinó levemente el ala izquierda para conseguir mejor visión y miró hacia abajo.

Todavía muy distante, pero con un tamaño que aumentaba con rapidez, tuvo su primera visión del avión denominado Fuerza Aérea Uno. Con una sonrisa que descubrió sus dientes de oro, Matsuda empujó hacia adelante la palanca para iniciar un vertiginoso picado hacia su objetivo. En la sala de conferencias, contigua a la suite presidencial del avión oficial de la FAl, los tres hombres, inclinados y con los rostros pegados a tres ventanas, esperaban el momento de su extinción. En una ventana el presidente Callaway, y en la siguiente Hugh Weston, y en la tercera Nick Ramsey. Más allá de la puerta abierta junto a ellos, que conducía al centro de comunicación, el general Judson estaba rígidamente instalado ante el equipo de radar y por el amplificador del sistema intercomunicador informaba al presidente sobre el movimiento del eco visual, ya claramente visible en la pantalla de radar.

Desde sus ventanas en la sala de conferencias, el presidente Callaway, Weston y Ramsey nada podían ver en el cielo azul, ni siquiera una mota.

Los pilotos y la tripulación no habían sido consultados. Apenas había tiempo para ello y una acción evasiva hubiera sido inútil. Su avión era como un blanco fijo. Tampoco habían sido advertidos los pasajeros. Nada podían hacer, e informarles hubiera sido condenarlos a morir presas del pánico.

El centro de comunicaciones del avión ya había avisado, y desde el centro de Seguridad Nacional se había advertido que, a través de un satélite espía, había sido detectado un avión no identificado que, con las características de un caza, se aproximaba al Fuerza Aérea Uno a gran velocidad. Se intentaba emprender una acción apropiada.

La llamada de superemergencia de Judson también había alertado al alto mando y éste se había puesto en contacto con los medios defensivos más próximos y había dirigido una llamada a los cazas norteamericanos de cobertura en aquella zona en general, pero no había manera de saber con exactitud dónde iba a tener lugar la colisión, ni si la ayuda podía llegar a tiempo.

El resultado era indeciso. Toda la esperanza estaba en el aire, tal como ellos flotaban en el aire, objetivo de un loco enviado por otro loco. Para Ramsey, apostado junto a la ventanilla, la muerte inmediata seguía siendo inaceptable, irreal. Su mente se negaba a admitir lo que él perdería: no amar nunca más a Vicky ni hacer el amor con ella, no escribir nunca el libro que ya tenía comenzado, no disfrutar nunca más de un aperitivo en Fouquet's, no ser jamás un padre ni perpetuar su apellido. No conocerá más que la nada. Inconcebible.

Librodot

Crepitó el altavoz. Ramsey oyó la voz estrangulada del general que iniciaba la cuenta atrás de la sentencia anunciada por el radar.

—Ese maldito está a ciento sesenta kilómetros de distancia.., a ciento treinta.., a cien..

Apenas habían cesado las reverberaciones de la voz del general Judson cuando éste irrumpió en la sala de conferencias, presa de un furor incontrolable, y corrió hacia las ventanas, situándose junto a Hugh Weston en la del medio. Como los demás, oteó el cielo, vacío e insondable.

Desde su ventana, Ramsey aguzó la vista, buscando a su ejecutor. No había nada, sólo unas nubes inocentes. Y en aquel instante, le heló la sangre un griterío general.

—¡Allí! ¡Mirad allí! ¡El hijo de perra viene por nosotros como sí fuese una bala!

Con el corazón trepidante, Ramsey miró a su izquierda, levantando la vista, y pudo distinguir la cinta blanca, la ominosa cinta, en el cielo azul, distante pero apuntando hacia ellos, acercándose desde lo alto a una velocidad increíble, picando hacia su avión, creciendo en su visión hasta que pudo ver la temible silueta de un caza Mig.

—¡Dios mío, baja del cielo como un proyectil! —exclamó el general—. ¡Viene hacia nosotros a tres mil quinientos kilómetros por hora!

—Estamos perdidos —gruñó el presidente.

Pero Ramsey había distinguido otra cinta, dos cintas, por el rabillo del ojo, y sin dejar de mirar por la ventana, gritó:

—¡Miren! ¡Miren abajo!

—¡Cazas F—15 de gran radio de acción! —rugió el general—. ¡Son los nuestros!

—¡Por Dios santo, miren! —gritó a su vez el presidente.

Todos vieron cómo los misiles AMRAAM aire—aire abandonaban los aviones defensores y surcaban el cielo como vengadores gemelos, avanzando con la rapidez del rayo en dirección al atacante que caía sobre ellos.

Horrorizado, Ramsey pudo ver al kamikaze casi encima de ellos, y a los misiles gemelos casi encima del avión kamikaze.

¿Cuál sería el primero en chocar y aniquilar? El cuerpo de Ramsey se envaró, esperando el impacto, la carnicería, la muerte.. Pero ante sus ojos una gran bola anaranjada cubrió el cielo azul. El Mig kamikaze explotó en una masa de llamas y fragmentos, fragmentos que salieron despedidos por el aire, fragmentos que iniciaron su caída al mar, sin que quedase en el cielo ninguna parte identificable del atacante; tan sólo trozos y retazos que se alejaron flotando en el aire.

El Fuerza Aérea Uno se había estremecido violentamente por la presión de la cercana explosión.

Vibraba todavía, pero recuperaba su estabilidad y continuaba ininterrumpidamente su viaje a Londres.

Y en la gran sala interior, cuatro hombres se abrazaban alborozados... Al concluir su conversación telefónica con el Fuerza Aérea Uno, Victoria sólo pudo decir una cosa:

—Rezo por ti y por papá —y después exclamó—: ¡Te quiero, Nick!

Pero supo que la comunicación estaba ya cortada, que Nick ya había colgado y estaba haciendo lo que pudiera hacerse.

Colgando a su vez, Victoria quedó como paralizada en la cabina telefónica.

No había terminado; quedaba algo por hacer, otra llamada telefónica.

El capitán Timothy Crawford, división de detectives de la jefatura de policía de Nueva York. Apresuradamente, Nick le había preguntado qué pensaba hacer a continuación, y con el mismo apresuramiento ella se lo había dicho.

—No te enfrentes a Armstead tú sola —le había prevenido Nick —. Ponte en contacto con la policía de Nueva York, división de detectives, y habla con mi amigo Timothy Crawford. Díselo todo, todo; él sabrá lo que ha de hacer.

Había telefoneado al capitán Crawford, identificándose y mencionando a Nick Ramsey, y brevemente se lo había contado todo.

—Lo último basta para que actuemos —le había asegurado Crawford —. En cuanto al resto, tenemos que estar seguros y ver qué le ocurre al Fuerza Aérea Uno. Pero lo último es suficiente. Denuncia por intento de asesinato, presentada por usted y la esposa de Ed. ¿Puede volver en seguida al Edificio Armstead? Nos veremos allí.

Al salir de la cabina, tratando de dominar todo pensamiento sobre el avión presidencial y sus seres queridos, tuvo que pasar entre cinco personas iracundas que esperaban utilizar el teléfono, pero hizo oídos sordos a sus quejas e imprecaciones. Salió de la tienda de licores, corrió por Madison Avenue e hizo seña a un taxi que pasaba.

—Edificio Armstead, en Park Avenue —dijo al taxista.

Ahora, al aproximarse al desenlace, el temor que la había estado atenazando empezó a estrechar su presa. Pudo ver el cuarto de cuatro coches patrula de la policía detenerse ante la entrada del Edificio Armstead, y trató de concentrarse en los sucesos que se avecinaban.

—Bajaré aquí —indicó al taxista.

Al detenerse el coche, Victoria metió tres billetes de dólar en la ranura debajo del cristal de partición, y abrió la puerta.

—Oiga, ¿es que ocurre algo? —quiso saber el taxista.

—Mucho —respondió ella—. Ya lo leerá en los periódicos.

En la acera se habían congregado como una docena de policías de uniforme y otros de paisano. La joven trató de adivinar cuál podía ser el detective Timothy Crawford, y dedujo que podía ser el hombre corpulento y de rostro rubicundo que estaba en medio del grupo.

Estaba en lo cierto, pues el hombre corpulento se acercó a ella.

—¿Es usted Vicky Weston? Soy Crawford. Como puede ver, hemos cumplido. ¿Cree que él esté aquí?

—Ha de estar —aseguró Vicky—. Está esperando la confirmación de la gran explosión, para poder lanzar su noticia. Probablemente se encuentra en su despacho, en la parte posterior de la sexta planta. Yo les enseñaré el camino.

—Mejor será que se mantenga al margen, señorita Weston. Puede haber peligro. Voy a subir con unos cuantos hombres.

—¿Y sabrá usted quién es Edward Armstead?

El capitán Crawford mostró sus dientes mal alineados en una leve sonrisa.

—Su cara ha sido muy visible en las últimas semanas. El Todopoderoso, ¿sabe? No podemos confundirnos.

—Se volvió hacia sus hombres—. Vamos, muchachos. Cuatro de vosotros por la escalera, y otros tres conmigo, en el ascensor. Los demás os quedaréis aquí, rodeando el edificio por si trata de escapar.

Entraron en el vestíbulo, con Victoria inmediatamente detrás de ellos.

Después ella se metió en el ascensor y se excusó ante Crawford:

—Yo tengo que estar presente.

Al llegar al vestíbulo de la sexta planta, Crawford contuvo a sus hombres hasta que los otros cuatro policías llegaron por la escalera. Entonces ordenó a éstos que se quedaran vigilando, alzó una mano e hizo una seña a los otros para que entrasen en la sala de noticias locales.

Librodot

Victoria se situó en cabeza, seguida por Crawtord y sus hombres. La sala hervía de actividad cuando entraron y avanzaron decididamente entre las interminables filas de mesas, camino de las oficinas de los ejecutivos en la parte posterior. Gradualmente, cesó todo trabajo al inmovilizarse editores, reporteros y redactores para contemplar con curiosidad la firme marcha de los cinco a través de la inmensa sala y hacia el despacho del propietario.

Al pasar frente a su mesa, Victoria oyó que su teléfono estaba llamando. Trató de ignorarlo y después vio que alguien lo descolgaba.

—Es para ti, Victoria —le dijo uno de los reporteros.

—Ahora no puedo.

—Dice que es importante. Es un tal Sy Rosenbloom.

Victoria se detuvo, miró a Crawford y dijo:

—Un momento. Debe de tratarse del.. Fuerza Aérea Uno.

Corrió hacia el teléfono, escuchó unos instantes y notó que los tensos músculos de su cara empezaban a relajarse. Después se volvió hacia Crawford, con una sonrisa radiante.

—El Fuerza Aérea Uno está sano y salvo —dijo—. Los cazas de intercepción abatieron al terrorista de Armstead.

Los dientes mal alineados de Crawford revelaron la satisfacción de este.

—Magnifico. Ahora sólo nos queda un paquete que envolver.

Reanudaron su marcha y Victoria les precedió hasta el cuarto de recepción de Estelle Rivkin. Estelle alzó la cabeza desde su máquina de escribir y quiso saber el motivo de aquella irrupción.

—¿Qué quieren?

—¿Está el señor Armstead? —preguntó Victoria.

—Está, pero es posible que esté trabajando con el señor Dietz. Voy a llamarle.

Crawford se adelantó.

—No mueva ni un dedo, señorita. Queremos dar una sorpresa a su jefe.

Su cabeza hizo un ademán hacia la puerta de Armstead. Victoria la abrió y su corazón latió con más intensidad al ver cómo entraban los policías en el despacho del dueño del Record.

Después entró a su vez, a tiempo para oír al capitán Crawford anunciar:

—Aquí no hay nadie.

En aquel mismo instante se abrió la puerta del otro lado del despacho, la puerta que daba al pasillo que conducía al despacho de Dietz, y apareció Edward Armstead blandiendo al aire unas hojas de papel, vuelta la cabeza mientras reía, jubiloso, mirando a Dietz que caminaba detrás de él. Victoria creyó ver también a alguien más, parcialmente visible, tal vez Pagano. Armstead siguió riéndose mientras hablaba a Dietz por encima del hombro.

—¡El dispositivo electrónico más formidable del que he oído hablar! Jacklin ha dicho que él oyó con toda claridad la explosión en pleno aire. ¡Y ya tenemos la noticia del siglo! Voy a..

—Jefe —graznó Dietz—. Vuélvase..

Crawford avanzó hacia él.

—Edward Armstead, queda usted detenido por conspiración criminal e intento de asesinato.

Detrás de otro policía, salió Victoria y se puso al lado de Armstead. Al verla, los ojos de Armstead se abrieron desmesuradamente.

—Hannah y yo logramos salir. Lo hemos contado todo.

—Victoria hablaba con dificultad, pero prosiguió—: No hay tal noticia. La explosión que oyeron fue la de su kamikaze, al ser abatido por los cazas interceptores. El Fuerza Aérea Uno está intacto.

Armstead movía la cabeza con aire de incredulidad, mientras miraba a todos los presentes con los ojos empañados de un lunático, retrocediendo lentamente, hasta que su espalda tocó las puertas deslizantes del balcón.

¡Leedle sus derechos, muchachos, y después nos lo llevaremos! —ordenó Crawford.

—¡No! —chilló Armstead, abriendo de par en par las puertas correderas y saliendo al balcón.

Instintivamente, Crawford empuñó su revólver de reglamento y apuntaba ya con él cuando Victoria agarró su muñeca.

—¡Por favor! No.. no le mate. Su esposa, ella.. El no tiene conciencia de sus actos. Está enfermo, es un desequilibrado.

El detective miraba a Armstead.

—Fíjese en él —dijo—. ¡Está loco de remate!

Armstead se había subido al parapeto de hormigón y se sostenía en precario equilibrio sobre la estrecha baranda.

—No puedo permitírselo —gruñó Crawford, avanzando hacia el balcón.

Victoria corrió junto al detective y gritó a Armstead:

—¡Deje que le ayuden! ¡Ellos quieren ayudarle!. Bamboleándose sobre la baranda, Armstead cerró la mano y mostró el puño a Victoria.

¡Tú, mala pécora, nunca serás una reportera! ¡Has echado a perder la noticia del siglo! ¡Dejadme solo, todos vosotros, quiero ver a mi padre! ¡Le necesito!

Y dicho esto saltó desde la baranda del balcón al vacío y desapareció de su vista.

Victoria gritó, pero Armstead ya no estaba. La joven salió al balcón, donde se encontraba ya Crawford mirando a la calle, seis pisos más abajo. Cuando Victoria se acercó a él, Crawford la hizo retroceder con firmeza.

—Hay un buen trecho hasta la acera. Es mejor que no vea lo que ha ocurrido.

—Está muerto.

—Sin la menor duda.

Entraban otra vez en el despacho cuando les sobresaltó un disparo de pistola cuyo eco reverberó en el pasillo, más allá de la puerta que Armstead había dejado abierta.

Dos policías entraron en el pasillo, y Crawford y Victoria les siguieron. Los agentes habían irrumpido en el despacho contiguo y uno de ellos salió en seguida.

—Ese fulano se ha suicidado. Se ha pegado un tiro en la cabeza.

Crawford miró a Victoria.

—¿Quién es?

—Harry Dietz, el ayudante de Armstead.

—Creo que han ahorrado muchos quebraderos de cabeza al Estado —gruñó Crawford.

Más tarde, después de haber sido retirado el cadáver de Dietz y cuando Crawford se disponía a marcharse, Victoria le siguió hasta la sala de noticias locales.

—Tim —le dijo—. Acerca de la caída del señor Armstead..

—¿Sí?

—Fue un accidente, ¿sabe?

Crawford la miró fijamente durante un buen rato, y finalmente se encogió de hombros.

—Pudo haberlo sido. Lo que usted diga. Ahora, la noticia es suya. Y se alejó. Tras la confusión inmediata, el tumulto, las preguntas, y las mentiras que contó ella, Victoria pudo quedarse sola para escribir su articulo.

Pero no en seguida. Había otra cosa que debía hacerse. A continuación descolgó el teléfono y llamó al apartamento de Sid Lukas en París.

El propio Lukas contestó al teléfono.

Victoria empezó por hablarle de Carlos, pero Lukas la interrumpió:

—Vicky, debo decírtelo. Edward Armstead no cree que usted viera a Carlos y me dijo explícitamente que no quiere que yo siga investigando la noticia.

Victoria titubeó y por unos momentos pensó en contarle a Sid Lukas toda la verdad, decirle que Edward Armstead ya no existía, pero optó por no hacerlo. Con ello sólo conseguiría desviar a Sid de lo que ella quería que hiciera, y éste exigiría unas explicaciones cuando no había tiempo que perder. Por otra parte, no tardaría Lukas en enterarse de lo que le había ocurrido a Armstead. En ese momento, el tema era Carlos.

—Sid —replicó—, Armstead no quiere que usted siga investigando porque es la propia banda terrorista de Armstead la que tiene secuestrado a Carlos.

¿Cómo? Pero.. ¿qué está diciendo?

Ya me ha oído. No me pida explicaciones. No pierda ni un minuto Por la mañana lo sabrá todo. Puede creerme cuando le digo que Edward Armstead convirtió el terrorismo en un gran negocio. Haga que la Súreté busque a la banda de Armstead, y a Carlos. Dígales que vayan cuanto antes al número tres de la Rue Jacob. Le Prometo que mañana yo se lo contaré todo, pero haga algo, Sid, sin perder momento.

Si esto es una falsa alarma, Vicky, quedaría como un desgraciado ante Armstead y ante la Súreté.

Le condecorarán Sid, se lo garantizo. ¡Hágalo en seguida! ¿Quiere hacerlo?

De acuerdo, Vicky. El número tres de la Rue Jacob.

Cosa hecha.

Colgó el teléfono y acercó más su silla a la mesa. Ahora, el artículo. Había de ser el texto de la primera plana de mañana, a no ser que desde el Fuerza Aérea Uno se decidiera anunciar a la prensa su peligrosa aventura. Ante las teclas de su procesador de palabras, Victoria se puso a trabajar de firme, escribiendo y reescribiendo.

Pasaron varias horas. La sala de redactores se vació y se impuso en ella el silencio, y caía ya la tarde cuando Victoria terminó su tarea. Dispuso el patrón junto a la procesadora y el borrador definitivo fue mecanografiado automáticamente.

Sacándolo de la máquina, Victoria se arrellanó en su silla y lo releyó por última vez.

El relato de la caída accidental que había ocasionado la muerte del Todopoderoso en la cumbre de su brillante carrera. Su vida. Sus logros. Su olfato para las noticias. Sus exclusivas memorables.

Esto era todo nada más. Hannah había rogado a alguien que observara una actitud caritativa.

Victoria enrolló las hojas.

El legado de Hannah.

Agotada Victoria consiguió ponerse en pie y echó a andar hacia el despacho de Ollie McAllister. Este estaba inclinado sobre su mesa escritorio, revisando los textos de la primera edición.

Levantó la vista y preguntó:

¿Ya está?

He terminado —dijo Victoria y dejó las hojas sobre la mesa—. Ha sido una larga jornada. Buenas noches.

Caminó lentamente a través de la sala de redacción. Más allá del fondo de la misma se oía el tecleo de los teletipos. Se detuvo para entrar en el cuarto de comunicaciones y se acercó a la máquina de la que estaban brotando las últimas noticias de Europa, vía Londres. Observó las teclas automáticas que martilleaban el rollo de papel que bajaba en cascada hasta el suelo. Tomó la larga tira de papel ya impresa, y buscó una noticia de París.

Ahí estaba, en el segundo grupo desde arriba;.

COMUNICADO.. ARTICULO PRINCIPAL PARIS.. ESTA NOCHE LA SURETE FRANCESA HA DESCUBIERTO EN LA RIVE GAUCHE UN ESCONDRIJO DEL LEGENDARIO TERRORISTA CARLOS, EL CUAL CONSEGUIA ESCAPAR MINUTOS ANTES DE QUE LA POLICIA IRRUMPIERA EN SU APARTAMENTO. HABIA ESTADO OCULTO ALLI CON OTRO GRUPO TERRORISTA DIRIGIDO POR UN HOMBRE AL QUE SOLO SE CONOCE COMO COOPER. MIEMBROS DE ESTE GRUPO, JUNTO CON COOPER, TAMBIEN CONSIGUIERON ESCAPAR DE LA ACCION POLICIAL. UN MIEMBRO DE LA BANDA QUE SE DEMORO PARA DESTRUIR PRUEBAS Y QUE FUE MORTALMENTE HERIDO, DIJO LLAMARSE PETER QUIGGS, DE LEEDS, INGLATERRA. ANTES DE MORIR CONFESO HABER SIDO RESPONSABLE DE VARIOS ACTOS TERRORISTAS RECIENTES. LA SURETE SIGUE INVESTIGANDO.. XXX.. CONTINUA.

Victoria dejó caer la cinta del teletipo.

Alguien había alertado a Cooper poco antes de que se presentara la policía, permitiendo que Cooper soltara a Carlos y él escapara también con la mayoría de sus hombres.

Alguien había llegado hasta ellos primero, para avisarlo. Desde luego, ese alguien era Gus Pagano. Victoria estaba segura de haberle visto con Armstead y Dietz, y después ya no le vio mas. Había huido. Victoria sabía que no volvería a verle nunca más. El no era el Todopoderoso. El era el Sobreviviente.

Oyó que la llamaban y al volverse encontró a Ollie MacAllister, en el umbral del cuarto de teletipos, con su artículo en la mano.

Fue hacia él.

MacAllister agitaba los folios del artículo y la miraba con los ojos muy abiertos.

—Vicky.., aquí dice que fue un accidente. ¿Es verdad esto?

Ella le devolvió la mirada y contestó:

—Ollie, yo estaba allí. Afirmo que es verdad. Creo que los nuevos propietarios del periódico, Hannah Armstead y Roger, estarán de acuerdo conmigo.

—Entonces es verdad —dijo McAllister.

Victoria se dispuso a marcharse, pero la mano de McAllister la retuvo.

—Otra cosa —le dijo.

Victoria esperó. McAllister golpeó con la otra mano las hojas del reportaje.

—En cuanto a ese crédito.., ¿quiere que siga aquí? Todavía dice: "por Mark Bradshaw".

—Sí, Ollie —respondió ella sonriendo—. Quiero que se publique así.

Y se encamino hacia el ascensor. Una semana y un día más tarde.

La tarde en que él regresaba. . Llegaría de un momento a otro, y Victoria había iniciado la celebración por su cuenta.

Había ordenado su apartamento, revuelto después de que los operarios retiraran el sofá—cama en el que Kim Nesbit había muerto, y había vigilado la colocación de otro nuevo

y flamante. Se había bañado y perfumado, y se había puesto un negligé que desde Paris había reservado para una noche como ésa. La botella de champaña, debidamente enfriada y descorchada, se encontraba sobre una mesa junto a ella, y Victoria se reclinó en el cojín del respaldo de su nuevo sofá y saboreó su cuarta copa de champaña mientras esperaba.

La cuarta copa se vació rápidamente, y empezaba a beberse la quinta cuando oyó el zumbador de la puerta.

Dejó la copa sobre la mesa, abandonó el sofá y corrió hacia la puerta, donde manipuló los nuevos y complicados cerrojos y abrió de par en par, sabiendo que había de ser él.

Nick Ramsey, cargado con una maleta y su máquina de escribir, entró sonriente, dejó en el suelo maleta y máquina, tomó a Victoria entre sus brazos y la levantó en vilo. Se abrazaron y se besaron.

Nick, por fin ¡estas aquí, por fin estás aquí!.

—Claro que si —dijo él—. Oye, vaya conjunto que llevas., o no llevas.

—Me lo quitaré —bromeó ella.

—Todavía no —repuso Ramsey, despojándose de su chaqueta—. ¿Me has guardado una copa de ese espumoso?

—Aquí la tienes —dijo Victoria, caminando descalza hasta la mesa y llenando la otra copa.

El había desanudado su corbata y se estaba desabotonando la camisa.

—¿Sabes una cosa, Vicky?

—Que vas a pasar la noche aquí —contestó ella.

El volvió a sonreír.

—¡Creía que nunca me lo pedirías! —Se quitó la camisa—. ¿ Dónde está el baño? Ya lo veo. No te muevas. Vuelvo en seguida. Y desapareció en el cuarto de baño.

Victoria se dejó caer en la cama. Se tendió boca arriba, admirando sus piernas y canturreando tontamente.

Nunca se había sentido tan alegre.

Se incorporó para apurar su quinta copa, después se sirvió una sexta y, al sentirse algo soñolienta después de beberla, se escanció una séptima copa y dio buena cuenta de ella.

Cinco minutos más tarde, Nick Ramsey salió del baño desnudo.

—¿Vicky? —llamo.

No hubo respuesta. Ramsey describió un rodeo alrededor de la cama e, inclinándose, la contempló. Victoria estaba acurrucada, de lado, bajo la sábana, con los ojos cerrados y respirando por la nariz. Estaba profundamente dormida. Ramsey examinó la botella de champaña y vio que estaba vacía. Victoria se había quedado dormida, o tal vez el champaña la había dejado fuera de combate.

Sonriendo, la dejó descansar, anduvo hasta el otro lado de la cama y se metió debajo de la manta, junto a ella. La joven ni se movió. Sin dejar de sonreír, Nick se relajó, cerró los ojos, y poco después se quedó dormido.

A primera hora de la mañana estaban los dos despiertos y sobrios, pero embriagados, más embriagados y más dichosos, el uno en brazos del otro, que en ningún otro momento de toda su vida..

FIN